

\* F1234  
.526  
EJ-2

E4J3  
7777  
Ej. 2.



SECRETARIA DE MARINA  
UNIDAD DE HISTORIA  
Y CULTURA NAVAL  
BIBLIOTECA CENTRAL

Reposición:  
2894/02  
por el No 3503/1997.



# Remembranzas...



SECRETARÍA DE MARINA  
UNIDAD DE HISTORIA  
Y CULTURA NAVAL  
BIBLIOTECA CENTRAL

*Álvaro Sandoval Paullada*

## INDICE

	<i>Página</i>
<i>Las fiestas del centenario y el comienzo de la Revolución (1910)</i>	3
<i>En Torreón</i>	8
<i>En Toluca</i>	16
<i>Los Caudillos</i>	24
<i>En Veracruz</i>	31
<i>Nuevamente en Toluca</i>	36
<i>La Academia Naval Militar</i>	40
<i>Muerte de Carranza</i>	45
<i>Embarcado</i>	49
<i>A bordo de un petrolero</i>	52
<i>Nuevamente en la Escuela Naval</i>	54
<i>Mi primer viaje de prácticas</i>	55
<i>Revolución delahuertista</i>	57
<i>El cañonero norteamericano Takoma</i>	60
<i>Compañeros nuestros en combate</i>	62
<i>Nuestros barcos se rinden</i>	68
<i>El comodoro Hurtado de Mendoza: un adelantado</i>	71
<i>Nueva Orleans, Cubita la bella y Panamá</i>	78
<i>Navegando en el Pacífico</i>	85
<i>Mueren revolucionarios buenos y malos</i>	89
<i>Defensa heroica de Puerto Vallarta</i>	91
<i>Los cristeros en Manzanillo</i>	93
<i>La muerte de Obregón</i>	96
<i>El Puerto de Guaymas</i>	97
<i>La última asonada en la segunda década</i>	102
<i>La armada en crisis</i>	108
<i>Los Quijotes</i>	112
<i>Brilló nueva aurora</i>	116
<i>En España</i>	119
<i>Bolívar en Vizcaya</i>	122
<i>En Galicia</i>	124
<i>La Revolución de octubre</i>	126
<i>El Ferrol y Cádiz</i>	130
<i>Cádiz</i>	131
<i>Mis parientes andaluces</i>	132
<i>Preparativos de regreso a México</i>	135
<i>Despedida de España</i>	140
<i>La Gran Canaria preciosa; Cabo Verde horrendo</i>	142
<i>Atravesamos el Atlántico</i>	146
<i>Arribada a Natal (Brasil)</i>	149
<i>Fraternidad masónica</i>	151
<i>Belén de Pará</i>	153

<i>De Brasil a Isla Trinidad</i>	158
<i>Isla Trinidad y Panamá</i>	160
<i>Recalada a Veracruz</i>	166
<i>Segundo comandante de cañonero</i>	169
<i>Verdadera democracia en Costa Rica</i>	174
<i>Comandante de cañonero</i>	177
<i>Comandante del buque escuela Progreso</i>	181
<i>Ciclón tropical</i>	184
<i>Destituido por irrespetuoso</i>	187
<i>En viaje presidencial</i>	192
<i>Departamento Autónomo de Marina</i>	197
<i>Designio</i>	200
<i>Isla Margarita</i>	205
<i>Barro en la isla; una bendición</i>	208
<i>El primer secretario de Marina</i>	211
<i>En la Escuela Naval</i>	212
<i>Mejoran las prácticas marineras</i>	215
<i>México en guerra</i>	218
<i>En el Pacífico en tiempo de guerra</i>	221
<i>En San Francisco por segunda vez</i>	226
<i>Retorno a nuestras aguas</i>	233
<i>Subdirector en la Escuela Naval del Pacífico</i>	239
<i>Presidentes Avila Camacho y Alemán</i>	246
<i>Transportando petróleo de Tampico a Nueva York</i>	249
<i>Huyendo del submarino</i>	255
<i>Como infante de Marina</i>	260
<i>Contratiempos y éxitos</i>	265
<i>Conspiré contra la superioridad</i>	266
<i>Agregado naval en Canadá</i>	272
<i>Formar marinos, trabajo fascinante</i>	276
<i>Director de la Escuela Naval, la comisión más hermosa</i>	279
<i>Ante el monumento al benemérito</i>	283
<i>Inspector de carreteras</i>	285
<i>En Isla Margarita por segunda vez</i>	288
<i>¿Por qué no una iglesia?</i>	293
<i>Banquetes con pescado y mariscos</i>	299
<i>Jefe de Estado Mayor de Marina</i>	304
<i>Acto de soberanía en las Islas Revillagigedo</i>	308
<i>Visita oficial a Estados Unidos</i>	313
<i>Casas para oficiales, mi desideratum</i>	320
<i>Solamente perseverando</i>	324
<i>Comandante de zona naval en Veracruz</i>	328
<i>INVI, INFONAVIT, INDECO y demás: puras pamplinas</i>	332
<i>Ayudé a Fidel Castro</i>	338
<i>Viaje al Mediterraneo</i>	340

<i>En nuestro continente</i>	349
<i>Agregado naval en Washington</i>	351
<i>Corto viaje a México</i>	355
<i>Dean de la Asociación de Agregados Navales</i>	357
<i>El retiro</i>	361
<i>Los presidentes Díaz Ordaz y Echeverría</i>	365
<i>Me dediqué a la construcción</i>	367



SECRETARÍA DE MARINA  
UNIDAD DE HISTORIA  
Y CULTURA NAVAL  
BIBLIOTECA CENTRAL

# Prólogo

*Existen varias clases de marinos. Yo admiro a aquellos que por convicción dejaron huella con su trabajo, sus ideales e indomable espíritu, sosteniendo sus principios aun a costa muchas veces de su propia tranquilidad o conveniencia, sacrificando la relación familiar si fuera necesario, para seguir el rumbo directo hacia el objetivo vislumbrado.*

*Por regla general este raro sujeto nunca llega a ocupar puestos de relevancia en la administración gubernamental. Para la mayoría de sus congéneres representa una amenaza que al desplegar constantemente y en el desempeño de cualquier comisión una radiante energía, opaca y pone en evidencia los espíritus mediocres o pusilánimes que lo rodean.*

*En los países como el nuestro donde sistemáticamente y durante siglos se ignoró y se continua ignorando el hecho de que por su geografía es casi una ínsula y solo se piensa en el mar como agradable medio de recreo, cualquier proyecto, cualquier intento por incorporar la infinita riqueza de los gigantes líquidos que nos abrazan al desarrollo económico, a la planeación estratégica de la seguridad nacional (que tampoco existe) se encontrará confrontada con el mayor escepticismo oficial y estará condenada al fracaso.*

*Mi almirante, don Alvaro Sandoval Paullada fue una de esas rara avis que aún desde sus primeros años de su accidentada y prolifera carrera, se dio cuenta de estas grandes y tristes verdades. A través de sus años mozos, como oficial a bordo, como jefe más tarde y como almirante en la fase final de su carrera, no tuvo jamás temor de exponer en los más elevados foros oficiales y ante el pueblo mismo en teatros y salones públicos, la necesidad de desarrollar el arma naval como elemento indispensable para custodiar la soberanía de nuestro territorio patrio.*

*Navegó, combatió en los difíciles y amargos días de nuestras convulsiones armadas y posteriormente, al mando de un buque tanque tripulado por personal naval cruzó con su roda las peligrosas aguas del Golfo de México cuando la amenaza de ser hundido ocupaba la mente de todo hombre embarcado.*

*Oficial distinguido, fue seleccionado para efectuar cursos de artillería en España, mientras en forma paralela se llevaba a cabo un programa de construcción naval de nuevas unidades para la marina mexicana.*

*Su devoción hacia el tiro naval se convirtió en una obsesión mientras vivió y sus libros de texto fueron nuestra guía al cursar esa materia en los años de escuela. Una y otra vez insistió en desarrollar ejercicios de tiro, adiestramiento de dotaciones en los montajes, en los telémetros, en la dirección de tiro, llegando incluso a la improvisación de aparatos complementarios y tablas de cálculo para hacer mas precisos sus ejercicios.*

*Entusiasta promotor del deporte, no escatimó esfuerzo ni entusiasmo como director de la Heroica Escuela Naval para hacernos sudar con el remo en la mano o la escota del velero, siempre dispuesto a poner la muestra él mismo, iluminado por esa energía que le acompañó durante su vida.*

*Desafortunadamente cada día existen menos oficiales navales que hayamos tenido el privilegio de servir bajo sus órdenes.*

*Sus acciones temerarias, hijas quizás de su carácter impulsivo, su inquebrantable empeño por mejorar la condición económica y moral del marino se van diluyendo poco a poco y de esa gran llama crepitante que iluminó un día las esperanzas de otros muchos, cientos, miles de soñadores, no*

*queda sino una pequeña flama que habrá pronto de extinguirse con su recuerdo. Por eso al leer este libro renace en mi la esperanza de que oficiales jóvenes honestos, autodeterminados y valientes, amantes de su carrera, continúen en la dura lucha por hacer comprender a nuestros gobernantes que la Marina de Guerra no es un lujo ni privilegio de país rico sino la red protectora, el escudo invisible que realizará la detección anticipada de cualquier amenaza natural o artificial dirigida contra nuestro territorio. ¿Que es tan difícil de entender esto?*

*Como todo buen oficial bizoño recuerdo como criticábamos entonces a «los viejos», atribuyéndoles la culpa por todas las cosas que podrían haberse hecho y no se hicieron.... ¡Que equivocados estábamos!. Fueron esos bizarros y entusiastas oficiales los que construyeron, mantuvieron y conservaron la Armada que nos legaron. Fueron ellos los que aportaron de su humilde salario, los dineros para mantener sus buques listos y en condiciones habitables. Fueron ellos los que tiñeron con su sangre las cubiertas de sus naves ó el azul de los mares, ya en las cruentas luchas fratricidas ó cumpliendo con su deber en contiendas mundiales. Fueron ellos los que insistieron una y otra vez ante la máxima autoridad gubernamental en turno, de la necesidad de crear y fortalecer la Marina de Guerra como medio insustituible para mostrar y hacer respetar la bandera en agua nacionales.*

*De esa generación formó parte activa el almirante don Alvaro Sandoval Paullada, digno representante de la Marina Mexicana, recordado con el mayor respeto en su país y en el extranjero donde sirvió con orgullo, en el muy marinero puerto de Veracruz donde construyó y fundó el Club de Yates, promoviendo en su sociedad el sano y viril deporte de la vela.*

*Recuerdo una ocasión en que platicando animadamente con otro viejo marino, ahora desaparecido, almirante don Armando Cañizares Sánchez, en un arranque de entusiasmo me dijo... «caray, ¡como me hubiera gustado haberlo conocido antes!... En esa misma forma hoy quisiera poder decirle a don Alvaro: comparto sus anhelos por el total mejoramiento de nuestra institución, quiero luchar a su lado contra el conformismo ignorante que nos mantiene en el limbo, desarrollando humillantes funciones, que no son las de una Armada, custodiando huevos de tortuga o efectuando tareas policiales.*

*Que sirva este libro, que bien podría llamarse «Memorias de un marino honesto» para que el oficial joven comprenda y acepte con entusiasmo que su destino está en el mar, en esa bastísima superficie mayor aún que la territorial y que su carrera está diseñada para servir a su país con el mayor desinterés, la mayor eficiencia y la más abnegada entrega a bordo de sus unidades, en la mar, en el aire o en la tierra, en el desempeño de sus funciones académicas, docentes, administrativas, logísticas y aún diplomáticas, donde quiera que sus servicios sean requeridos, pero consciente de que su vida será modesta, su familia habrá de sufrir las consecuencias de su elección y de que nunca habrá un reconocimiento oficial a su labor, ni una pensión digna que le permita aguardar con tranquilidad la hora de su partida.*

*Con todo esto, volveríamos a recorrer gustosos sin dudarle un segundo, el largo y azaroso camino, empuñando escotas como cadete, soñando con la gloria de defender un día desde el puente de mando, la soberanía de nuestra patria mexicana.*

Marzo de 1997

Almirante Tomás Ortega Bertrand



## Las fiestas del centenario y el comienzo de la Revolución (1910)

*¡Oh! Juárez tu nombre lo escribe la historia  
Nimbado de inmenso divino esplendor  
Con Lira de Oro lo canta la gloria  
Nosotros con himnos fervientes de amor  
Nosotros con himnos fervientes de amor*

Era el *Himno a Juárez* que a diario cantábamos en la escuela primaria núm. 1 de nuestra capital mexicana. Varias escuelas, en conjunto, formarían un coro en los días de fiesta nacional, los del mes de septiembre de 1910. Se trataba del centenario de nuestra independencia, y no hablábamos, en el colegio, más que de eso.

Tenía yo siete años y apenas alcanzaba la edad para tomar parte en el gran coro. Era una ilusión la mía de presenciar el desfile del día 16: estaría con los de mi grupo en el Paseo de la Reforma.

Había entusiasmo por asistir a todos los eventos patrios; por las noches las calles de Madero —entonces Plateros— la avenida Juárez, las adyacentes al zócalo y este mismo, se encontraban llenas de transeúntes, sin otro objeto que admirar la iluminación. Desde entonces había ese derroche inútil de fuerza motriz, resultado de la patriotería que se refina a medida que el tiempo pasa. Si mi madre o hermana mayor no nos podían llevar a las calles del centro, me salía con mi hermano Carlos —mayor que yo un año—, y acompañábamos a nuestros vecinos en su mayor parte mujeres.

¡Ah, qué bonito alumbrado el del Centro Mercantil! ¡Mira el Palacio Nacional!, mira la catedral, se ve preciosa!; eran las exclamaciones a cada momento, por parte de las personas con quienes solíamos ir. Me llamaba la atención, por supuesto, esa profusión de luces de colores, así

como los balcones adornados con el pabellón nacional, y lamentaba que en casa no pudiéramos lucirlo, ya que vivíamos en vecindad; pero ¡qué caray! con los diez centavos ahorrados por más de una semana, nos hacíamos de una banderita de seda que no soltábamos ni para dormir.

Las fotografías del dictador, general y presidente de la República, don Porfirio Díaz —vistiendo uniforme de gala— se veían en casi todos los aparadores de las grandes tiendas; lucía bien el viejo arrogante, cuajado de condecoraciones. Lo veíamos como lo que de hecho era: un soberano, era el amo de la nación; nada se hacía, nada se movía, sin que él dictara su visto bueno.

Por esos días, el pueblo estaba ya a punto de revelarse; estaba cansado de una dictadura prolongada por más de 30 años. Se encontraba saturada de impaciencia la gente que deseaba vivir en un país libre, acorde a la Constitución que los hombres de la Reforma habían legado.

Recuerdo los carros alegóricos del día 16; el que más me llamó la atención representaba a la insurgencia; iban hombres y mujeres armados, el pecho cruzado con cananas, tocados con sombreros de palma, de enorme ala; simulaban estar en el vivac. El niño ve las cosas a través de un cristal de fantasía, a veces con dimensiones mayores a las reales y de naturaleza o calidad también distinta.

Probablemente alguno de esos ocupantes del carro, llevaba un traje de charro lleno de bordados y botonadura dorada; el caso fue que me quedó grabada una policromía como la que nos dejaban los cirqueros en sus comedias con que finalizaban las funciones, en que salía una princesa llena de brillantes y oro, vestuario que siendo puro oropel, a un adulto no le impresiona, pero al niño sí.

Con motivo de las fiestas patrias, hubo funciones gratis para niños, durante varios días, en el circo Oprín, de don Ricardo Bell, el *clown* más famoso que se ha conocido en México. Fueron





de alegría para los chicos, para los que no pensábamos en que los Landa y Escandón, los de la Torre, los Limantour, los Braniff, todos estos en la capital, y en los estados, los Redo, los Terrazas, los Revueltas y otros, formaban la clase que sostenía al gobierno, a la vez que otra élite pero de patriotas alentaba con la pluma un movimiento reivindicatorio. Flores Magón, Sánchez Azcona, Iglesias Calderón y Francisco I. Madero, eran los nombres entre otros mexicanos, que penetraban en el corazón del pueblo, como los adelantados en una cruzada que terminase con la injusticia. No habíamos oído—los chicos—, hasta entonces, las palabras “dictadura”, ni “democracia”, y menos sabíamos que la primera fuese un mal para la nación, y la segunda una bendición difícil de conseguir, y casi imposible en países de bajo nivel cultural.

Hasta entonces se principió a oír el nombre de Francisco I. Madero. No podía un niño comprender cabalmente por qué a ese hombre le acompañaban, en las pláticas de las personas mayores, las palabras “persecución”, “cárcel”, “revolución”.

Madero había publicado su libro *La sucesión presidencial* había estado preso, con la ciudad por cárcel, en San Luis Potosí logrando huir a los Estados Unidos. Había decidido, con sus correligionarios, que el 20 de noviembre estallase el movimiento armado.

No habiendo satisfecho don Porfirio Díaz las aspiraciones de sus opositores, de dejar que las elecciones —por lo menos para la vicepresidencia— fueran efectivas, se desconocería al gobierno.

Pasaba yo a segundo año de primaria cuando se sacrificaba a don Aquiles Serdán en Puebla, el revolucionario íntegro y valiente que daría el grito de rebelión el 20 de noviembre. Fue obligado a presentar resistencia el día 18, cuando un grupo de pretorianos intentó tomar por asalto su casa. La resistencia heroica de toda la familia

dio, como saldo, la muerte de Máximo Serdán primero, luego Aquiles.

El 20 de noviembre, la capital debe haber sido un pandemonium; suspendieron las clases en la escuela, y mi madre no nos dejó salir de la casa. En ésta teníamos constantes visitas de los vecinos.

La colonia Guerrero, donde vivíamos, estaba habitada por gente de la clase media. En aquellos años, solamente los muy ricos vivían en la Juárez y la naciente Roma. En Guerrero había pocas casas que pudieran llamarse “unitarias”; a la fecha conserva su estilo: construcciones de una sola planta con dos viviendas, y otras con escalera al medio de la entrada que da acceso a otras dos en la segunda planta. Existen todavía las vecindades con cinco, ocho, diez y más casas. Pero no era, ni es, una colonia proletaria. En aquellos días vivían en ese rumbo de la capital, la familia González Rojo, cuyo jefe era don Enrique González Martínez, poeta y literato laureado; Xavier Villaurrutia, que por entonces era un niño y, por supuesto, no mostraba su inclinación por la literatura y el arte; la familia Valdez Peza, de don Juan de Dios, “el poeta del Hogar”. Eramos amigos de sus nietos: Pedro, María de Lourdes, Margot, María Luisa y Armando; los Capilla, que dieran un descendiente “medalla de oro” en las Olimpiadas; los Ogarrio; los Yñiguez; los Ramírez España; los Bazán, de donde procedía Gustavo, que se había ganado cinco primeros premios en el Colegio Militar; fue discípulo del general Ángeles y combatiría a su lado como artillero de Villa. Los Troyo, de rancia estirpe del sureste; los Merino; los Ayala. Había muchos profesionistas destacados, a la vez que ferrocarrileros. De ahí salieron varios jóvenes a engrosar las filas de la Revolución, llegando algunos, con el tiempo, a ocupar puestos importantes en la Secretaría de Guerra y Marina, como fue el caso del general Leobardo Ruíz y su hermano Eladio. La familia Flores Díaz, dio uno de nuestros ases de la avia-



ción, Feliciano, y un historiador, Jorge. También vivieron ahí los Leduc y los Ocadiz. Mi hermano Manuel —el menor de la familia—, fue ferrocarrilero por más de 30 años y casó con una muchacha de la colonia, cuyo padre y hermano mayor eran, también ferrocarrileros.

Magón, los de don Fernando Iglesias Calderón y tantos otros que virilmente, con la pluma, atacaban el régimen de opresión; a la vez que otros, conociendo la realidad del momento en que se vivía, tomaban las armas, no sólo en un afán de aventura y arrojo juvenil, al ir a tomar las armas, no solamente era un afán de aventura y arrojo juvenil. Estos fueron los verdaderos hombres de la Revolución; muchos brillaron y miles cayeron en el campo de batalla, quedando para siempre ignorados.

Un muchacho del barrio, empleado de ferrocarriles, me dijo un día:—Si estuvieras un poco más grande te llevaba conmigo—. Se llamaba Juan Ayala; toda su familia era de ferrocarrileros; se preparaba Juan para ir al norte donde quería darse de alta con Pascual Orozco.

No era mi edad como para hacerme sentir inclinaciones revolucionarias ni antirrevolucionarias, cuando vibraba en mí un deseo que conmigo había nacido. Mi contestación a Juan era:—¿para qué he de ir?—, yo me voy a embarcar porque quiero ser marino, —lo de marino quítatelo de la cabeza—, decía él, riéndose—, eso no es para ti. Sus palabras me producían desilusión momentánea pero no me hacían quitar el dedo del renglón.

Sin haber visto el mar mas que en estampas, óleos, revistas y raras veces en el cine, tenía yo el inmenso deseo de ir a su encuentro, de vivir en él. Como antes asiento, la idea de ser marino nació conmigo, y esto puede obedecer a mandatos cósmicos —herencia, reencarnación—, algo que entra dentro del aspecto esotérico. Cuando en reuniones de gente grande, en que estábamos presentes algunos chiquillos, amista-

des o familiares, nos hacían preguntas —como a menudo sucede— sobre lo que cada uno quería ser cuando llegase a hombre, de inmediato se manifestaban los médicos, los abogados, los militares y los policías. Un psicólogo podía sacar interesantes conclusiones con esas respuestas de chiquillos, pudiendo analizar qué factores operantes en la vida de un niño influyen para fijarle una idea que le haga escoger un lugar en el devenir del tiempo. Yo invariablemente contestaba: “Voy a ser marino”. Nunca cambié de idea, aun cuando leía algo sobre naufragos, oía sobre el maltrato que se daba a los principiantes de la carrera y de todas las penalidades que sufría el embarcado. Estudiar para marino era para mí una gran ilusión a pesar de todo. Por eso, cuando después de haber realizado mis anhelos, alguien me ha comentado, al ver mis éxitos en la construcción de viviendas, que equivoqué la carrera, he contestado categóricamente: “No fracasé como marino, mi afición a construir es solamente un hobby (perdón por el pochismo) y es —también— el resultado de una necesidad”. En mi carrera eduqué gente; escribí un libro y reglamentos e hice escuela en el aspecto esencial de la profesión, que es la artillería. Soy marino de vocación, navegué mucho, disparé mucho los cañones, no hice carrera política en los escritorios. Probablemente por eso, no llegué a los puestos en que ya figura uno entre los probables ministros para futuros gobiernos.

En plena efervescencia política pasó el año del Centenario de la Independencia, con los grandes brotes de rebelión por todos los estados de la República. En el norte tenían lugar, en 1911, sangrientas batallas; el país estaba en llamas, y los asaltos a los trenes se llevaban a cabo casi a diario.

A principios del citado año, mi hermana Edelmira —pura energía y dinamismo— decidió que hiciéramos viaje a Torreón, Coahuila, donde se encontraba mi padre, que era gente de la cervecería Toluca, con jurisdicción en Lerdo,



Gómez Palacio y otras poblaciones cercanas. Para él fue una sorpresa vernos llegar, pues ni siquiera se le avisó de nuestro arribo. Así se las gastaba mi hermana, a quien temíamos por los pescozones que nos propinaba. Mi madre, que era toda conformidad y prudencia, dejaba a mi hermana el mando de la casa por ausencia del jefe de la familia; tendría ella unos 20 años, y además de su energía, carácter firme y don de mando, poseía una fortaleza física tremenda. Ubicándola en determinado momento y circunstancias, podría haber sido una heroína. Mi padre apenas había insinuado—por carta—que mandaría por nosotros; lo había pensado bastante por lo peligroso que resultaba viajar, que entonces solamente se podía por ferrocarril.

Era la primera vez que los cuatro últimos de la familia viajábamos. Resultaba una fiesta para quienes no nos dábamos cuenta del peligro. Mi hermana, la segunda, Carmela, que debe haber tenido unos 14 años, se mostraba indiferente cuando estábamos de partida, era sumamente calmada, no rompía un plato, en tanto que la otra, iba y venía por la sala de espera y andén, hablaba con el conductor, regresaba a la taquilla, vigilaba que se acomodaran las maletas, regateaba a los cargadores, y nos acomodaba a todos en el carro. Tenía agallas como para mover un ejército. Nada se le interponía que no lo hiciera a un lado con energía.

El viaje fue como de dos días lo que para los menores era diversión, para mi madre fue angustiante; lloraba y rezaba, la vi hablando con el conductor que era un norteamericano (por esos días la tripulación era mixta, no se nacionalizaban todavía los ferrocarriles). El motivo que la angustiaba era que llevábamos a bordo del tren una escolta de soldados federales. Afortunadamente dejaron a esa gente en León, Guanajuato. La tripulación se había enterado, por telégrafo, que en estación Picardía habían fuerzas maderistas.

Como se había temido, en la citada estación los sombrerudos nos esperaban; el tren se detuvo y aquéllos subieron a todos los carros. Era un grupo numeroso de gente armada, todos abrazaban carabinas 30-30 cruzados del pecho con cananas. No era un asalto de bandidos, sus rostros eran sonrientes. El cabecilla entró precisamente al carro donde viajábamos nosotros, que estaba contiguo al pullman. No le quitaba yo la vista a ese hombrón de tez morena y bigote espeso, que además del 30-30 portaba una pistola; era una figura arrogante, a todos los pasajeros les saludaba haciendo un ligero movimiento de cabeza. Sus ojos no echaban chispas como se decía de esos rebeldes. Cuando pasó junto a mí, me dio una palmada en la cabeza y otra a mi hermano "Moyo" el menor de la familia. Sentí un impulso de simpatía hacia ese "pelado" cariñoso, y le pagué con una sonrisa, nadie del pasaje hablaba, solamente los soldados revolucionarios que escudriñaban por debajo de los asientos, los baños y los repizones donde se colocan las maletas. El conductor del pullman que había cambiado su gorra de rielero por un sombrero, en su castellano chapurreado dijo alguna guasa al jefe del grupo, y se rieron; parecía que ya se habían encontrado en ocasión anterior. Hablaron un buen rato hasta que los soldados terminaron su inspección. El jefe se despidió del pasaje levantando el brazo y diciendo algo así como: "que les vaya bien".

Me causó magnífica impresión ese jefe maderista. Debe haber sido un Eulalio Gutiérrez, un Francisco Coss, un Aguirre Benavidez, un Almanza, un Calixto Contreras; no precisamente un Fierro ni un Lacarra, ni un Palomera López. De ese tipo que causó tan buena impresión en el pasaje del tren hubo muchos más. Así eran los Lucio Blanco, los Caballero, los Herrera, pertenecientes a esa clase de rancheros gente noble y honrada, quienes sin pensar en la rapiña ni en el crimen se pusieron al frente de grupos para



luchar contra un ejército pretoriano. Eran, sí, los hombres buenos del campo que no estaban engañados y contaminados por la demagogia pero con una sed de justicia que les haría dejar casa y familia para luchar por un ideal.

Muy diferentes a quienes después llegaron cosechando lo que se había sembrado y regado con sangre, que en los años próximos posteriores a la iniciación del movimiento, se fueron erigiendo en señores y amos de vidas y haciendas. Claro que antes de los gobiernos civilistas fue teniendo lugar lo antes asentado, que en cuanto a los subsecuentes gobiernos en manos de los universitarios hábiles para la política y, en un alto porcentaje de ellos, buenos para hacer fortuna, a estos señores se les puede dedicar capítulo aparte. De los que como oficiales o soldados engrosaron las filas insurgentes solo por aventura, o por ser prófugos de la justicia, puede hacerse una diferenciación: unos siguieron honrando al instituto armado por que le tomaron cariño a la profesión que adoptaron, y por antigüedad o competencia escalaron sus jerarquías, hasta llegar a las más altas; pero qué duda cabe, "de todo hay en la viña del señor"—también surgieron especímenes, arbitrarios y matones que se creyeron los verdaderos amos de la nación; tanto que muchos —con el tiempo—pasamos penas lidiándolos, ya que con esos nos teníamos que encontrar quienes seguimos la carrera militar, tanto en tierra como en la mar.

Estaba por llegar a Torreón el tren en que viajábamos. Mi madre y la enérgica hermana mayor, se dieron a la tarea de lavarnos cara y manos y cambiarnos de ropa a los cuatro menores, en el carro pullman, que el conductor del mismo, ofreció espontáneamente. Gran trabajo dio mi hermana Chita, la que me seguía en edad —menos de año— y la menor de las mujeres. Se había posesionado de un lugar pegado a la ventanilla, y durante todo el viaje no se separó del mismo, en que casi, con medio cuerpo de fuera,

recogió, en cara, brazos y manos, la gran cantidad de hollín, que largaba por la chimenea la locomotora que en ese tiempo consumía carbón de hulla o leña.

Cuando el tren estaba por reanudar su recorrido hacia la frontera, la chiquilla se soltaba de las manos que la sujetaban para meterle el peine, y trataba de salir del baño a medio arreglar. Esto contribuyó más que otra cosa a que se retrasara la salida del tren, en ese tiempo en que las salidas y llegadas eran con la puntualidad del reloj. El conductor gritó "vámonos" cuando con mil trabajos se terminaron de bajar nuestras maletas.

Era mi hermana Chita la más camorrista de los cuatro que todavía estábamos en edad de dar guerra. La quería yo más que el resto de hermanos juntos, y en ese cariño estaba yo correspondido. Los dos—casi gemelos—estuvimos en la misma escuela antes de entrar a la primaria; no era precisamente un "kinder". Conservo claramente en mi memoria bastante de lo que acontecía en esos días anteriores al Centenario de la Independencia. Cinco años tendría ella y yo apenas cumplidos los seis, cuando con el brazo al hombro de uno al otro, caminábamos —a mañana y tarde—desde la casa, ubicada en la esquina de Zarco y Moctezuma de la colonia Guerrero, a nuestra "escuela", a dos cuadras de distancia, donde nos sentaban en sillas chaparritas con asientos de tule. La directora doña Luz Santana, era—para nosotros, doña Lucesito—, quien para mi hermana, tenía mucha deferencia. Esta era templada, daba unos manazos, como los podía dar un muchacho fornido. Yo nunca los recibí porque todas nuestras inclinaciones concordaban. Si uno rompía un caño, el otro estaba medido en el llo; si el mayor de los hombres se ponía abusivo y le pagaba a ella o trataba de pegarme a mí los dos le fajábamos; y también hacíamos causa común para zurrarle al más chico de la familia, que siempre lloraba, y era motivo para



que la pareja recibiéramos sendos coscorriones de la hermana mayor, la única que podía ponernos en orden a falta del jefe de la familia.

## En Torreón

Poco tiempo estaríamos los Sandoval Paullada en Torreón donde nos tocó pasar días de combate y presenciar los crímenes que conllevan una Revolución. La agencia de la cervecería con sus bodegas, corral y casa habitación, ocupaban un cuarto de manzana. Estaba ubicada en la esquina de las calles Ildelfonso Fuentes, corriendo norte-sur, y la del extremo sur de la ciudad frente a la cual corría un tajo, de oriente a occidente (brazo del Nazas). Inmediato a ese río se extendía un inmenso llano, que tenía como fondo los cerros. Que uno de ellos se llamaba La Fe, o el nombre era de un poblado que se encontraba en la falda. De allí bajaron algunos revolucionarios. Era un lugar de encuentro entre bandos contendientes. Un grupo de federales se atrincheraron en una parte del tajo, que, por entonces, estaba seco, de manera que resultaba peligroso permanecer en la casa. Mi padre mandó colocar cajas de cerveza tapando las ventanas, en la bodega; se hizo un tendido, también con cajas, y sobre éste se pusieron los colchones. Tres noches dormimos rodeados de cerveza. Más de 72 horas duró el combate, hasta que los federales abandonaron la plaza al mando del general Lojero.

Fue entonces cuando se calumnió a Villa; se le atribuyó un crimen. Todavía hay la creencia de que al entrar a Torreón hizo matazón de chinos. Esa matanza, fue en la ocasión a que me vengo refiriendo, en la cual no tomó parte Villa. Este guerrillero andaba entonces por Chihuahua, y todavía su nombre no sonaba. Su fama principiaría con las batallas de San Andrés, Casas Grandes, Ciudad Juárez, y otras que principiaron en el año 1913, como consecuencia del asesinato de Madero.

Abundaban los chinos en Torreón, se dedicaban a diferentes actividades: agricultura, lavanderías y abarrotes; manejaban mucho dinero; tenían un banco. Se llegó a decir que unas gentes —enemigos de la Revolución— entre ellos, los Navarro, entregaron armas a los asiáticos, haciéndoles creer que los revolucionarios irían a saquear el banco. No se supo a ciencia cierta por qué parte principió el fuego, mas el resultado fue que la sangre de los chinos corrió en abundancia, pues no solamente fue la del zafarrancho en el banco, sino la persecución se extendió por varios días; los mataban en el mercado en sus mismos puestos de verdura, o cuando los encontraban por las calles; a uno que cargaba un niño en su hombro se le balaceó vilmente. Esto cesó cuando Gustavo Madero llegó a la ciudad. El arribo de este señor —hermano de don Francisco— obedeció a que de antemano estaba prevista su llegada, o por las noticias de la masacre y saqueo que hubo en el comercio. No he leído en ningún libro de la Revolución algo sobre este penoso episodio. El caso fue que ese hombre, don Gustavo, todo energía y valor, dio órdenes estrictas por las que cesaron los crímenes con los chinos, y se hizo que gran cantidad de cosas que habían sido saqueadas, regresaran a empeños y tiendas, so pena de fusilamiento.

Relacionado al episodio trágico en que los chinos fueron víctimas, hubo un acto de heroísmo. Una señora española llamada Sinfioriana —comerciante en muebles— dio asilo a una veintena de los asiáticos que huyendo de la muerte, caminaban precipitadamente sin rumbo fijo, por la calle donde se encontraba su negocio y las contiguas; un trabajador de su confianza y los sirvientes invitaban a los perseguidos, a que se refugiaran en la mueblería. En tanto que don Gustavo Madero no llegaba a la ciudad, la dama valiente afrontaba el peligro de cateo con que trataba de amedrentarla para que entregase a sus protegidos. Los supo ocultar en su propia



casa habiéndolos trasladado por la noche con riesgo de haber caído en manos criminales.

La proeza de doña Sinforiana fue reconocida públicamente por don Gustavo Madero, a su llegada a Torreón y—posteriormente—por el mismo jefe de la Revolución. La señora había mostrado una gran calidad, con su generosidad acompañada del valor que, quién sabe debido a qué factores operantes en las mujeres, las hace más arrojadas que los hombres en momentos difíciles.

Si lo que siempre se ha dicho sobre la ferocidad de Villa es tan falso como lo achacado en cuanto la matanza de los chinos, resulta que el Centauro del norte fue mucho menos asesino que otros generales, algunos llegados a presidentes de la República. El, Villa, tomó Torreón posteriormente a 1911, que era cuando acontecía lo antes narrado; entró en esa plaza el primero de octubre de 1913; y en abril de 1914 fue su segunda batalla, cuando subió a lo más alto de su prestigio. En tal ocasión su arrojo salvó de una derrota a su ejército; en lo más encarnizado del combate, se iba quebrantando el ala izquierda villista, que estaba al mando del gran Maclovio Herrera. Esto sucedía en Gómez Palacio —pegado a Torreón—. En los momentos decisivos Villa, sin hacer cálculos tácticos y contando con su coraje, y el de sus Dorados, se lanzó como catapulta a la cabeza de su gente; con lo que no solamente impidió la derrota de Herrera, sino que este golpe de audacia abrió las puertas de Torreón.

Valga esta digresión porque casi todo lo que se diga del guerrillero, entusiasma y haciendo a un lado la cronología que debería seguir la pluma, no se puede menos de dedicar un modesto homenaje a las hazañas de Pancho Villa.

Volviendo al combate que nos hizo pasar tres días en las bodegas de la cervecería, no fue éste un acontecimiento de gran resonancia; todavía no se oía de las batallas entre miles de hombres por uno y otro bando. En una ocasión

oí decir algo respecto a un general Argumedo, como uno de los jefes del grupo que entró a Torreón, y hasta indicaban que portaba una barba espesa. Ahora creo que no puede haber sido Benjamín de ese apellido, pues éste nunca fue un revolucionario definido. Debe haber sido otro Argumedo cualquiera.

Respecto a Gustavo Madero, a quien llamaban Ojo Parado por tener un ojo de vidrio, era la primera vez que oía yo su nombre. Después, por las crónicas de los que le conocieron y lo trataron, deduje que si la firmeza de carácter y visión de este personaje las hubiese tenido su hermano Francisco, otro curso hubiese tomado la marcha del gobierno maderista.

En los días en que la plaza se encontraba en zozobra por los desmanes de los que la tomaron a sangre y fuego, cometí una imprudencia que pudo habernos costado la vida a mí o a algunos de mi familia.

Andaban esparcidos por toda la ciudad grupos de insurgentes con las armas en la mano, ebrios de contento y de alcohol, festejando su triunfo echando "vivas" y "muera" tras la toma de la plaza. Fue entonces que puse en un aprieto a la familia.

La cosa era el resultado de ser yo un "niño decente" hijo de una familia que, no por venida a menos económicamente, perdía sus buenas costumbres, entre las que están la esmerada limpieza; la tendencia a la buena presentación; la costumbre de meterse al baño todos los días y no faltar el sermón diario para los chicos, reprendiéndolos por mil motivos entre los que está el de rasgar la ropa. Un muchacho de esta clase social es natural que tome aprensión por la gente astrosa; y en mi caso, no me causaba la misma impresión el soldado tocado con sombrero de petate, descalzo o con guaraches, desgarrado y mugroso que el federal calzado con botines, tocado con gorra de reluciente visera, y dorados botones, ignorando, sin capacidad de compren-



der, que los primeros peleaban por una causa noble y los otros, los bien presentados y disciplinados, eran el brazo fuerte del odioso pretorianismo.

Muy mala era la impresión que me causaban los levantados en armas, a pesar de lo bien que me había caído el hombre de bigote espeso que con sus soldados nos había parado el tren en la estación Picardía. Una sonrisa, unas palabras afables o unos golpecitos afectuosos, pueden dejar buen recuerdo de alguien, como yo lo conservaba del cabecilla aludido, pero los sucios, rasgados, ebrios que andaban cantando, y gritando por las calles de Torreón me causaban una impresión tremenda.

Al día siguiente, o dos, después de la toma de la plaza, encontrándome en una recámara de la casa que ya tenía abiertas todas las ventanas, después de haber permanecido cerradas debido al combate; oí voces de hombres y mujeres muy cerca de la ventana, y el rasgueo de una guitarra. Se vitoreaba a la Revolución y a los principales jefes. No imaginándome que se tratara de gente armada, después de un "viva" a Madero coreado por el grupo de hombres y mujeres, respondí a todo pulmón; "No, que viva Porfirio Díaz". De inmediato apareció frente a la ventana esa gente, cortando cartucho, de los rifles 30-30 y apuntando hacia adentro de la casa. Uno de ellos, en voz alta preguntó: ¿Que viva quién?, en tanto que el resto vociferaba —principalmente las mujeres—. Yo enmudecí sin saber si correr o negar que ahí se hubiese dicho algo que les molestara. Todo fue en unos cuantos segundos. Cuando una de las mujeres me decía: "muchachito pendejo, ¿tú gritaste?", aparecía mi madre diciendo: "sí, él gritó, mírenlo es un niño no sabe lo que dice, es un tonto que repite lo que oye en la escuela. Aquí somos maderistas; y terminó gritando: "¡Viva Madero!

Aquellos hombres que con tanta facilidad apretaban el gatillo de su arma y con tanta natu-

ralidad proferían picardías y frases obscenas; mostraron otra fase de su persona, de una gran cantidad, habían comprendido la situación y se despidieron, si no en forma cordial sí con bastante cortesía, recomendando que se tuviese mucho cuidado con el niño.

Cuando mi padre llegó de la calle, mi hermano fue a sacarme del escondite que teníamos en la bodega entre las cajas de cerveza. Me extraño que el correctivo fuese solamente una reprimenda y advertencia de muchos azotes si repetía los "vivas" para cualquier bando, ya había padecido mucho con el susto por la presencia de los armados frente a mi recámara y la espera de una ración de patadas, que eran las felpas de don Carlos, cuando se enojaba.

A los pocos días de haberme revelado como porfirista, cuando las "fuerzas" convertían en cuartel la bodega y el corralón que estaban frente a la cervecería y llevaban sus caballos a tomar agua al nuestro, que tenía un magnífico pozo, ya los muchachos de la familia éramos amigos de esos buenos sombrerudos que nos permitían montar en pelo sus bestias. A ellos les debería yo que a mis 11 años estando en Toluca, montara con facilidad tanto a potros como becerros.

Media docena de hombres armados pudieron haber cometido un crimen, aunque no provocado por ellos. Andaban con sus "viejas" festejando el triunfo parcial de su causa, con un impulso agresivo derivado de la violencia que vivían una guerra intestina. Pero ¿qué pudo haber operado, para evitar una tragedia? Probablemente el hecho de que no hubiesen visto a un hombre como el causante de lo que para ellos fue una injuria; o —¿por qué no?— el influjo poderoso de la madre que con valentía les habló y les hizo deponer la determinación de matar, que llevaban por las calles.

Era esa actitud admirable —aleccionadora— la de esa gente, que contrastaba con la saña con que mataron a tantos chinos. Por eso,



siempre que he recordado aquel día de mi imprudencia, he pensado en ese influjo que en actitud heroica de una madre santa, tornó en comprensivos y buenos a unos hombres que las circunstancias —muy ajenas a sus voluntades— los habían convertido en fieras.

Como quiera que esos hombres se apiadaron y yo seguí viviendo, pude —al paso del tiempo—, saber cómo era Madero, cuál era su causa; qué luminosos destellos de redención acompañaban a su figura grande y generosa, que ha merecido la bendición eterna de un pueblo.

Ahora, al leer este capítulo de mi libro inédito a mi hermana la mayor, que no ha perdido sus energías pero sí algo de su memoria, me dice ser yo el culpable de que la otra hermana, la de en medio de las tres mujeres, enfermó de hidropesía a consecuencia del susto que llevó cuando eché mi: "Viva Porfirio Díaz". Era la hermana flemática, tímida, la que nada le molestaba, nada le llamaba la atención, no hablaba y cuando uno esperaba una expresión de regocijo por algo que le alegrara o al contrario si le molestaban, solamente se quedaba viendo muy apacible —de hito en hito— con sus ojos muy azules que completaban la belleza de su rostro; ni siquiera pestañeaba, miraba como lo hacen los perritos malteses que lo mismo pueden estar diciendo: eres un encanto o malhaya sea tu estampa. Parecía como inmune a cualquier turbación del ánimo. Pero si en la ocasión de marras su estado emocional se afectó a causa del susto que nos dieron los maderistas, ¡cómo fue a escoger el momento menos oportuno de su vida para enfermarse porque fue su enfermedad precisamente, lo que nos hizo salir de Torreón, donde gozábamos de buena posición económica.

Pascual Orozco y Francisco Villa llevaban una campaña de que alternando las derrotas con los grandes triunfos, iban acabando con las fuerzas federales.

El presidente veía que el círculo de hostigamiento se le cerraba, aparte de la gran cantidad de conspiraciones que se descubrían en todas las ciudades, principalmente en el D.F. Las batallas de Casas Grandes y Ciudad Juárez fueron de gran resonancia. Esta última quebrantó la espina dorsal del Ejército Federal y la que decidió la contienda. Don Porfirio se vio obligado a renunciar.

El día 11 de abril, llegó el presidente al Congreso, quería rectificar su vida de dictador. Moralmente, no tuvo ningún efecto lo que ahí expuso la legalidad y democracia. El hombre se vio perdido y no tuvo más que entrar en un pacto con los revolucionarios.

En la aduana de Ciudad Juárez tuvo lugar la junta de los representantes el 21 de mayo de 1911.

Los del gobierno fueron, entre otros, don Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón.

Poco tiempo fue nuestra permanencia en Torreón para haber sido tan placentera, pues como el empleo de mi padre era de agente, que abarcaba toda "la laguna", fue la ocasión en que tuvimos bonanza económica. Eramos unos pequeños burgueses, teníamos un coche tirado por yegua, bicicleta, un gran corral con dos vacas paridas, gallinas de las mejores razas y gran cantidad de palomas, esto es una pequeña granja.

No recuerdo el menor abuso de los maderistas; respetaron nuestros animales; una sola caja de cerveza no salió de las bodegas, que no fueran las propias del negocio. A mi padre lo respetaban y le daban trato afable; claro, él era de las ideas revolucionarias, y yo —entre azorado y mohíno— lo observaba cuando, feliz, charlaba con algún jefe.

Estando la plaza en poder de los revolucionarios, llegó de Estados Unidos una tía hermana de mi madre con sus tres hijas, unas jovencitas. El jefe de la familia andaba por Texas, era porfirista de hueso colorado y había tenido cargos





como cónsul de México en diferentes partes del mundo; el último fue en un pueblo de Arizona. Posteriormente fue orozquista, cuando éste se levantó contra el gobierno de Francisco I. Madero y tomó a don Gonzalo como prospecto para postularlo como presidente de la República, si triunfaba su Causa. Gonzalo Enrile era el nombre de mi tío, por quien todos los sobrinos sentíamos un gran cariño, ya que era consentidor y bondadoso con la muchachada. Al triunfo de la Revolución Maderista se desterró para regresar—según lo acabado de expresar—cuando Orozco se levantó en armas por segunda vez; y al ser éste, derrotado, don Gonzalo volvió a salir del país para retornar hasta el año de 1921, cuando se conspiraba contra el gobierno obregonista, y él tomaba parte muy activa en la conjura. Esta conspiración fue descubierta y la aprehensión de los personajes que la alimentaban se llevó a cabo en Oaxaca. El general Vizcaino, que se encontraba inodado, fue fusilado; mi tío fue asesinado en una celda de la cárcel. Otros inmiscuidos en el asunto fueron perseguidos, entre los que se encontraba un señor Sánchez Juárez descendiente del Patricio. Me tocó ser Conspirador en esta ocasión, por haber sido el mensajero, en el Distrito Federal, llevando cartas a señores metidos en el asunto, quienes vivían en las colonias Juárez y Roma. Con espíritu de aventura servía yo llevando correspondencia; a mi edad no podía diferenciar entre un revolucionario y un reaccionario, quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos. Pero sí veía hijos de destacados generales como Álvaro Obregón y de Benjamín Hill en el Colegio Mexicano, a donde me era impedido ingresar por falta de recursos económicos, ¿acaso los revolucionarios de esos días, como el general Monteverde no traían espléndidos automóviles de marca cunningham, que eran los cadillacs de ahora? El Colegio Mexicano era el “Mascarones” de la época de Porfirio Díaz.

Mi tía, única hermana mujer de mi madre, era un señora altiva y dominante. Era una vieja bonita, había sido elegida—en su juventud—reina de las fiestas “carmelitas” en su tierra natal, Ciudad del Carmen, en el estado de Campeche. El tío Enrile, con espíritu inquieto, político, un tanto aventurero; si no era hombre rico, podía ganar lo suficiente para hacer que su esposa no olvidase sus tiempos de hija de acaudalado.

En cambio mi madre, era el reverso de la medalla; sencilla, extremadamente conforme y condescendiente. No debió haber sido muy bella en su juventud, pero tenía unos ojos de bondad que reflejaban la pureza de sus pensamientos, estaba siempre dispuesta a perdonar cualquier falta.

Era desinteresada, al grado de que le costaba trabajo aceptar lo que yo le daba de menzualidad cuando principié a ganar mis emolumentos en la Armada. Trabajadora incansable, cuando estábamos chiquillos cosía nuestra ropa, haciéndonos pantalones, blusas y cachuchas. Siempre atenta en la cocina de cuanto debía hacer la sirvienta. Aguantó el mal carácter de mi padre, sin que yo recuerde haberla visto alguna vez enojada; nunca levantó la voz. Su vida de privaciones la pasó sin exclamar jamás, algo como protesta contra el destino. Los años de su juventud fueron de abundancia en comodidades, y nunca se envaneció en recordarlas, a diferencia de esa actitud—principalmente de las mujeres—de no perder oportunidad para hablar de riquezas. Era sencilla, bondadosa y dispuesta a ayudar al prójimo, llegando a carácter de humildad, era una santa. Su hija—la mayor de los que nos logramos—le heredó en sus cualidades, pero tuvo algo más, que para los menores de la familia nos era de mucho perjuicio, la fortaleza física y la disposición de disparar pescozones con una magnífica puntería.

Recién llegadas a Torreón mi tía y primas, una tarde se presentó un señor preguntando por la señora Enrile. Me causó curiosidad ver que



cuando el personaje entró, sus dos acompañantes se quedaron a la entrada de la casa; me sentía impaciente por qué no los invitaban a pasar. La tía nos corrió a la chiquillada que nos hablamos amontonado en la puerta de la sala; nos retiramos, pero yo desobedeciendo las instrucciones de aquella, sigilosamente me acerqué nuevamente hasta quedar detrás de un pilar del corredor, y pude ver que el desconocido sacaba por debajo de la chamarra un sobre grande que entregó. No pasó desapercibido para mí, el enorme revólver que ese señor portaba, llevaba una carta y dinero de mi tío Gonzalo Enrile. El portador era nada menos que el licenciado Manuel Garza Aldape, quien poco después sería secretario de Agricultura y terminó siendo de Gobernación en el Gabinete de Victoriano Huerta.

Aquel señor andaba de incógnito, iba hacia la capital de la República. Se ha escrito que tenía un gran parecido físico con el zar Nicolás II, y era muy audaz y ambicioso. Soñó con sustituir a Huerta cuando la cancillería de Estados Unidos presionaba al director para que renunciara, pues el gobierno del país vecino desaprobó la cuartelada que solamente era bien vista por el inefable embajador Lane Wilson.

Garza Aldape fue quien por órdenes de Huerta—siendo éste presidente—ordenó la detención y encarcelamiento de los miembros de la cámara baja en la XXVI Legislatura, por motivo de un documento que los Legisladores aprobaron para esclarecer el asesinato de Belisario Domínguez.

Cuando Garza Aldape salió de la casa—en Torreón—y le vi abordar el carruaje con sus acompañantes que me tenían intrigado, estaba yo muy lejos de saber lo que eran los “guardaes-paldas”, se trataba de dos guaruras de la primera y segunda décadas.

Garza Aldape, era un Conspirador como lo era mi tío Enrile, pero éste no llegó a la categoría de criminal; nada tuvo que ver con el horrendo

crimen de Madero, ya que estuvo contra el Chacal Huerta, pues en Bachimba y Rellano se encontraba al lado de Orozco.

Apenas se estaba instalando el gobierno provisional con de La Barra como presidente y ya señoreaba la intriga. Pero lo contradictorio que llega a lo curioso, es ver cómo por azares de la vida, por razones de parentesco, en la casa de un hombre de ideas liberales revolucionarias (nuestra casa en Torreón) se admitía a hombres que de paso iban a realizar labor Reaccionaria. Don Carlos Sandoval y don Gonzalo Enrile fueron los mejores con cuñados, se quisieron mucho, pero eran de ideologías completamente opuestas. ¡Qué bien, qué bonito ejemplo de convivencial, la amistad y respeto entre familiares, no se empañaban por el ideal político. También vi en la casa a militares federales de alto rango; a los generales Trucy Ubert y Cuéllar. Esto se debía a que un hermano de mi madre, el doctor Leopoldo Paullada, quien había prestado servicios en la Armada a principios del siglo, ya por los años de la Revolución, siendo teniente coronel médico militar, tenía un cargo como de jefe del servicio médico en Santa Rosalía Camargo, donde se encontraba el centro de operaciones militares, bajo el mando de Victoriano Huerta. Había gran movimiento de tropas en el estado, y como las familias, la del tío médico y la de aquellos jefes, eran amigas, esto ocasionaba el que a veces vieses a estas gentes de visita en casa cuando estaban en Torreón.

Me sentía intrigado al ver ese cambio de hombre de los ejércitos con diferente vestimenta en tan corto lapso. Veía nuevamente los botones dorados y los “chacos” relucientes, en vez de los sombreros de petate y camisas de manta.

Cuando lanzaba por la ventana mi “viva Porfirio Díaz”, estaba yo lejos de comprender que aquellos desgarrados eran los verdaderos héroes de la causa, los que irían quedando sin sepultura por los campos de batalla, tigres en el combate,



que a base de derramar sangre serían la bandera de los buenos revolucionarios y, también, la que ahora clínicamente enarbolaban los demagogos que al discurrir del tiempo, ahora, a más de medio siglo, no pueden levantar otro pendón que represente sus "ideales". Sí, ideales entre comillas, porque ¿existen cuando al pueblo se le engaña y se le hace concebir una imagen de sus dirigentes como de hombres íntegros y puros por todos conceptos, que en su actuación pública fueron verdaderos servidores de la nación? La verdad es que el pueblo sale a las urnas para elegir a los demagogos, a los que están dispuestos a traicionar amigos e ideas, yendo siempre a lo que se ha llamado "la cargada". ¿Hay ideales en una patria depauperada a expensas del fabuloso enriquecimiento de altos funcionarios públicos, líderes, tanto de agraristas como de trabajadores? ¿Son idealistas los directores o jefes de empresas estatales —punto clave en el engranaje oficial— habilísimos para sostener un constante endeudamiento de la patria? ¿De jueces que se venden torciendo nuestras leyes y, en general, un inmenso porcentaje de nuestros "servidores de la nación" que, viviendo del presupuesto, ilícitamente aumentan su ganancia personal de dinero en cantidades fabulosas? ¿Hay ideales donde los representantes, en las cámaras, en actitud poco viril, aprueban incondicionalmente todas las iniciativas enviadas por el hombre fuerte del sexenio, lo mismo cuando aquéllas son el reflejo de la prudencia y del buen discernimiento que cuando sólo son el producto de la demagogia, llevando el sello del pensamiento agitador de falsos consejeros? No por cierto...

Por todo esto, nos duele recordar a esos hombres que se lanzaron a la lucha: profesores tanto de la ciudad como rurales; empleados de mínima categoría, tanto del gobierno como del comercio, obreros, mineros y campesinos, verdaderos idealistas que entregaron su vida. Admiramos a los revolucionarios como lo fueron Lucio

Blanco, el inolvidable Maclovio Herrera, Heriberto Jara, Gabriel Gavira, José Isabel Robles, don Eulio Gutiérrez, y tantos otros que llegaron con mucho honor a portar el águila de generales, sin haberse manchado las manos con el oro ni la sangre. Con igual reconocimiento a la legión de valientes que no usaron uniforme, verdaderos guías y consejeros que habiendo orientado con su pluma al pueblo y a caudillos, también pasaron sin mancha a la historia.

Preguntamos: ¿por qué un funcionario del "Templo de la Falsedad", que se llama "Secretaría de la Reforma Agraria" —o algo por el estilo— levanta su "humilde chozá de agrarista" en una de las más suntuosas colonias de la capital, como son Polanco, el Pedregal o las Lomas de Chapultepec? Y no digamos de otros, cosas por el estilo, porque no solamente los de la Agraria, sino subsecretarios, oficiales mayores, ministros, ex-presidentes, no necesitaron para vivir decorosamente, de lo que el gobierno asigna a los funcionarios retirados, pues solamente basta ver sus mansiones con mármol y hermosos vitrales, custodiadas por los inefables guaruras y soldados, para que recordemos a los señores feudales de otros tiempos.

Entre los multimillonarios mexicanos que no hicieron fortuna por su trabajo, como la lograron los inmigrantes españoles y de otras razas, sino fácilmente acumularon riqueza gracias a empezar a decir "patrón" al jefe, y estarle abriendo diariamente la puerta. Por haber tomado magníficos cargos en el gobierno, se encuentran "muchachos de ayer" que supieron buscarse buenos padrinos, sus padres putativos, que surgieron como grandes demagogos en los días del PNR que pasó a PRM y posteriormente PRI. Los citados demagogos, unos rojos y otros desteñidos, buenos agitadores, daban la impresión de ser muy mentirosos y, en verdad, muchos lo fueron, predicando la honestidad y el sacrificio por el pueblo, pero quedándose con buenas fincas, sus "ranchitos" y al-



gunas hectáreas de magníficas tierras. Sus hijos putativos, que tenían una gran facilidad de palabra y poca convicción, "preciosos jilgueros", estaban en el "porvenir de un beso" cuando se tomaron las plazas a sangre y fuego; y ahora, por las décadas de los sesenta y setenta, en que principian a peinar canas, poseen fabulosas fortunas e izan su pendón de "revolucionarios protectores de obreros y campesinos". (Se aprendieron bien las lecciones de sus protectores, la misma cantaleta de la que, por sobada y manida, ya hasta los mismos proletarios se pitorrean).

La participación de la mujer mexicana en nuestro movimiento armado, ha tenido significación histórica, habida cuenta de que no fueron las llamadas "adelitas" las primeras que acompañaban a sus hombres de fusil y bayoneta, en el vivaque y los combates. Era costumbre mexicana que probablemente nació con nuestra guerra de Independencia.

Las primeras soldaderas de quienes tengo memoria, fueron las que llegaron con los maderistas cuando estos tomaron Torreón en 1911; antes no había visto los cuarteles. Después de licenciadas las fuerzas revolucionarias por Madero, encontrándome en Toluca, pude asomarme a tales recintos y observé que los del ejército federal acostumbraban, también, ser asistidos por sus abnegadas mujeres, las que a diario formaban "cola", llevaban la cena a quienes quedaban de guardia, o a los que por alguna otra razón no salían del cuartel.

Cuando el "29" o el "35" batallón regresaban de combatir a los zapatistas, aparecían las que todavía no eran bautizadas con el nombre de "adelitas", y de algunas oíamos contar de cómo se había combatido, cómo habían ayudado en la retaguardia al cuerpo médico, atendiendo a los heridos; y nos apiadábamos, de las que llorando, hablaban de su "viejo" que había quedado entre los muertos. David Navas y yo oímos en la tienda La Galatea, ubicada a poca distancia

del cuartel en la avenida Juárez, los detalles que el sargento González contaba, de la derrota tremenda que los zapatistas les infligieron en Cuernavaca, cuando iban bajo las órdenes del general Ojeda. Uno de los pocos triunfos de los zapatistas, fue fatal para los pelones, mismos que poco tiempo después traicionarían a Madero.

Las soldaderas han sido tema de canciones y sobre ellas se han hecho leyendas, donde la heroína va acompañando, por supuesto, a la figura varonil adornada de cualidades.

Pero una Petra Herrera y un Sixto Ugalde no fueron el producto de la imaginación de un inspirado cancionero; y no los conocí. De ellos no se ha oído el corrido de amor y trágica muerte, pero qué duda cabe, el romance debe haber existido entre el apuesto norteño y la hermosa mujer que eran tema cotidiano en la ciudad lagunera recién tomada por las fuerzas maderistas.

No se mencionaba a uno solamente, sino siempre a la pareja. Lo que no supe, o no retuve, fue el detalle de su procedencia, pero no deben haber sobresalido en los hechos de armas, ya que en los numerosos libros que he leído sobre la Revolución, no he encontrado sus nombres.

Mis personajes debe haber sido de algún lugar muy cercano a Torreón, si no es que de los mismos alrededores, porque eran muy populares. Los recuerdo de manera perfecta; los dos cabalgando en preciosos caballos, en una formación, portando sombrero charro. Esto del "tocado" que parecerá contradictorio con lo de "norteño" no es invento de mi imaginación, seguramente, por esos días ponían la moda de las "anchas" alas, quienes por una vida usaban el "texano". La película que he grabado al correr de los años en mi mente, presenta a mis personajes —que no son ficción— precisamente con el precioso sombrero que caracteriza a nuestro charro y el barboquejo calado hasta la punta del mentón. Lucían imponentes. El desfile se



debía, seguramente, a cambio de guarnición entre Torreón y los lugares cercanos como Lerdo y Gómez Palacio.

Estaba con mis vecinos, unos muchachos de apellido Saus, a la salida de mi escuela —“El Centenario”—, frente a la entrada, cuando pasaba el contingente de las dos armas —infantería y caballería—. La calle se encontraba atestada de curiosos, en su mayoría hombres. Un grupo de obreros, que por sus trazas eran bien conocidos como los trabajadores de La Guayulera, armaban gran alboroto. Una circunstancia feliz para los alborotadores hizo que frente al lugar donde se encontraban, quedase parada la pareja, por haberse detenido la columna. La gritería de los mirones encabezados por “los guayuleros” era tremenda, en la que tomamos parte los que éramos el “segundo año” de la escuela, y en esos momentos de traspasar el portón —sin saber el por qué de las aclamaciones— se unían a los gritos del populacho. Uno de los mirones tuvo el mal gusto de vitorear a Ugalde y a su acompañante, como si se tratara de otro varón, lo que hizo reír a la mayoría de los presentes. Ugalde sonrió pero Petra, al ver que el barbaján le quería restar feminidad, volteó la cara, fingiendo enojo, en dirección de donde salió tan desacertada alusión. Con una mano tiró hacia arriba la canana que terciaba su pecho y con la otra levantó la blusa desde la cintura, con tanta presteza que en segundos dejó al aire un seno y parte del otro, volviendo a componer su atavío. Esto, cuando ya la caballería reanudaba la marcha entre el rugiente escándalo de adultos, sobresalto de adolescentes y asombro de los que todavía no teníamos la inquietud por el gran misterio de la vida.

El cortísimo episodio protagonizado por Petra Herrera en el Torreón del año 1911, fue motivo de comentarios y versiones exageradas, que hicieron platillo del día a una mujer poco recatada, pero que por su arrojo de andar en “filas” y,

sobre todo, por su hermosura y la presteza con que mostró sus lindos senos a la muchedumbre, no fue censurada sino, por el contrario, muy aplaudida.

## En Toluca

La enfermedad de mi hermana Carmela impidió que nuestra permanencia en Torreón se prolongara como nos hubiese gustado; le dio hidropesía, y nuestro tío, el ya citado doctor Leopoldo Paullada, se encargó de su curación. Esto hacía que la enferma, acompañada de mi madre, pasara cortas temporadas en Santa Rosalía Camargo.

Mi tío Leopoldo tenía tres hijos con su esposa, una señora Baqueiro, que hacía honor a su apellido gallego: fornida y con un carácter de hierro. En los días en que fue licenciado el Ejército Federal, volvían a la capital, y cuando se estableció al gobierno de la Convención en que Villa se hizo el amo de la ciudad, tolerando los crímenes de Rodolfo Fierro y sus lugartenientes, mi tío se vio amenazado. Villa lo había tratado en Santa Rosalía; le decía “el médico gringo” y lo tenía sentenciado; quizá por algún altercado en que tuvo que ver el asunto profesional.

El caso fue que la familia, como pudo, salió de México para radicar en Los Ángeles, California. Mis primos allá se educaron, se nacionalizaron norteamericanos; la mujer trabajó desde jovencita y a la fecha vive pensionada, el mayor de los varones, retirado del ejército como coronel, tienen escritas dos obras de la profesión, y el menor, abogado, destacó en su carrera, estuvo en los Juicios de Nuremberg, llegó a embajador en países de oriente, y actualmente es catedrático de la Universidad de Princeton. No nada más tenemos mugrosos en Estados Unidos que desprestigian a México. Mis primos hablan el castellano perfectamente, sin el más mínimo acento pocho.

El doctor aconsejó a mi padre, en Torreón, que fuésemos a radicar a un lugar frío, para el



completo restablecimiento de mi hermana. Me imagino que debe haber sido dura para el jefe de la familia dejar una plaza importante para ir a Toluca, conformándose con un empleo de menos remuneración. Cuando supimos —los chiquillos— que se presentaba otro viaje, no cabíamos de gusto; otra vez ir pegados a la ventanilla sin perder detalle del camino, era una gran diversión.

Viajábamos 13 personas, incluyendo a mi tía, primas y una sirvienta. Probablemente la presencia del jefe de la familia daba valor a mi madre; pero el peligro de la voladura del tren era algo verdaderamente inquietante. Andaban levantados Pascual Orozco, José Inés Salazar y otros inconformes con los errores de Madero.

El tren paró en una estación de bandera, obedeciendo señales de los que impedían el paso. Se trataba—como en el viaje anterior—de gente armada; eran fuerzas de Villa, quien fiel al gobierno de Madero andaba peleando contra las de Orozco. Nuevamente subieron los sombreroños y el jefe de la partida—por coincidencia—con su parecido al anterior.

Como en esta ocasión el tren se detuvo bastante tiempo, muchos pasajeros bajaron; oí que dijo mi Padre: “aprovecharé para estirar las piernas”, unos minutos después lo vi en franca charla con el cabecilla. Cuando hubieron bajado los últimos soldados y el conductor dijo “vámonos” ya con el pasaje a bordo; vi con impaciencia a mi progenitor creyendo que lo dejaría el tren; se dio un fuerte apretón de manos con el jefe de la partida, ambos sonrieron, y aquél brincó al estribo del carro de primera clase, cuando el convoy principiaba su marcha.

Una vez sentado el viejo, y hablando con cierto apasionamiento ante la actitud calmada de mi madre, y nerviosa de la tía Adela, que señalaba con el índice rumbo hacia donde había estado detenido el tren, y decía algo así como: “Estos muchachos, son gente de Villa, este es

un guerrillero tremendo; lo admiro por su lealtad a Madero”.

Para la tía—me supongo—era un tormento pensar que su marido andaba al lado de Orozco, que era su correligionario.

Yo quería aclarar todo un gran enredo; mi mente no recibía contestación. Primero había visto entrar a Torreón a los de sombrero ancho, como triunfantes, y creía que ya con eso se apaciguaba la República; poco después desaparecían esos hombres, y brillaban nuevamente los bordados en gorras y cuellos de los federales; los nombres de Orozco y Villa, ambos, primero con Madero, y después Villa contra Orozco, y éste, a su vez, contra el popular presidente. Todo esto me provocaba gran confusión, y no me aventuré haciendo preguntas, pues mi madre era como la mayoría de los de esos tiempos: era arriesgado interrogar, y que a ellos les pareciera una imprudencia por el simple hecho de que el niño no debía meterse en las cosas que los grandes no sabían cómo explicarlas. Con el tiempo lo sabría. Cuando me ocupé de leer sobre la Revolución, y hacer a un lado tantas versiones, a veces calumniosas, contra uno y otro bandos, pude sentir mi juicio; el de que, en realidad, los orozquistas y los zapatistas tuvieron razón, en parte, para rebelarse, y me hacía esta pregunta: “¿Cómo fue que Madero, quien conmovió a la opinión pública, arrastrando tras de sí—como nadie hasta esos días lo había logrado—al pueblo, a una guerra intestina, y que fue amado por las masas, tuvo esa peregrina actitud desleal hacia su ejército revolucionario, de licenciarlo para quedarse con los pretorianos a quienes había vencido? Después, yo mismo me he contestado: “Esos errores no le quitaron al Apóstol lo que le correspondía de mérito, y solamente podemos tacharlo de hombre débil. Él creía que se encontraba en Suiza o en Suecia o en cualquier país mucho más experimentado cívicamente. Su nobleza y su espíritu revolucionario lo hicieron obrar en la



forma en que lo hizo. Muy distinta sería la actitud de Carranza, hombre que sabía en que suelo pisaba. Este señor diría, más o menos: "Revolución que transa es revolución perdida". Pero Carranza, con toda su visión, a lo último se equivocaría, y eso le costaría la vida. Fue calculador y nada le importaba que no llegaran a decir de él lo que se dijo de Madero, respecto a su gran calidad humana. Los países en un estado de adelanto como el que tenía México en las primeras décadas, y aún en la actualidad, necesitan mandatarios que no se distinguen por ser tan buenos. Madero sí, en realidad lo era. En una ocasión oí a mi padre, expresar, más o menos: "A don Pancho le perjudica ser noble, generoso y sin malicia, y lo van a seguir traicionando". Al poco tiempo, veríamos a don Carlos Sandoval trepado en una silla, colgando en la pared de la sala una gran ampliación de una fotografía con el presidente mártir a caballo, escoltado por el pueblo y cadetes del Colegio Militar, llegando a Palacio Nacional — 9 de febrero de 1913—: era "La Decena Trágica".

Cuando llegamos de Torreón a la capital, estaban esperándonos en la estación dos familias: los Urdapilleta a las Enrile y los Bazan a nosotros. Estos vivían en Tacubaya. A la misma pertenecía el capitán segundo, federal —cinco primeros lugares y medalla de oro en el Colegio Militar— que se uniría con su maestro el general Ángeles para dirigir la artillería de Francisco Villa.

Mi padre fue a Toluca para presentarse a su trabajo y conseguir casa. La que tomó se ubicaba en la avenida Juárez. Junto nos quedaba el colegio de San José, donde nos inscribieron al día siguiente de nuestro arribo. En la acera del frente y como a unos cien metros de distancia, quedaba un cuartel donde se apostaba el 29 Batallón. Era un espectáculo imborrable para los muchachos, presenciar la llegada de esa unidad castrense, procedente de Cuernavaca y otros lugares de Morelos, después de un combate contra los zapatistas.

Frente al citado cuartel vivía el teniente coronel Riverol —lo recuerdo perfectamente con su bigote "a la Káiser"—. Este jefe caería muerto por el disparo que le haría el capitán Garmendia cuando intentara hacer con el presidente Madero lo que momentos después consumaría Blanquet: tomarlo prisionero.

Llegamos en primavera—mes de mayo—no hacía mucho frío. Esa bonita ciudad estaba poblada por gente muy católica. Calculo que no tendría, entonces, más de unos 50 mil habitantes, y no había menos de diez iglesias grandes, más las capillas. En la escuela de San José estaban los muchachos de las familias adineradas. Los Barbabosa, Pliego, Albarrán, Echeverría, Echeverría, Yrazábal, Berriozábal, Barenque, Ezeta, Vilchis, Ballesteros. Como se ve, algunos de origen vasco, y había muchachos charros, como los Barbabosa, Mañón, Cruz, y Becerril. El tipo del hacendado de aquella época era el que sacan en nuestras películas con casas suntuarias en ranchos y haciendas, usando el traje de charro la mayor parte del tiempo, y los hijos varones mayorcitos, en la capital o en el extranjero, estudiando para médicos, abogados e ingenieros. Tuve como compañeros de banca y salón, a Pedro Pliego, Eduardo Barenque y Juan Salgado. La familia de éste manejaba un negocio de jabón, y creo que, a lo largo de los años, Juan lo ha conservado. La escuela era dirigida por los hermanos josefinos; ahí retozaba y me fajaba a golpes con los chamacos más encumbrados de la ciudad.

Duraría poco lo de la escuela de San José. Ahí se nos había inscrito por que las del gobierno estaban cerradas las inscripciones. En su oportunidad íbamos a ocupar las bancas que ocupaban muchachos de todas las clases sociales.

Madero había recibido la presidencia por votación de casi la totalidad del pueblo. Pero había cometido el error de permitir —en los tratados de Ciudad Juárez— que uno de los entonces



llamados científicos —de la misma gente del porfiriato— asumiera la presidencia provisional. Decían mis compañeros de la escuela, seguramente repitiendo lo que oían en sus hogares; que Madero duraría muy poco en el poder; que era espiritista y además, un pelele de su hermano Gustavo. Esto me dejaba confundido, pues mi padre merecía toda mi creencia en sus palabras, y de él oía todo lo contrario a lo que propalaban aquellos “muchachitos bien” sobre todo, los de años superiores. Aquél, a menudo, decía cosas reveladoras de su preocupación por la inminente caída de Madero, pero esto sería por villanía y traición de aquéllos a quienes había depositado su confianza, como lo hace un hombre que en su pecho no anidan sentimientos más que de bondad y grandeza.

Hay pocas crónicas de la Revolución, escritas por individuos que fueron actores en la contienda, hay las de recopiladores, que unos han sido buenos en la narración, y otros han puesto de su cosecha algo a lo que no puede darse mucho crédito. Yo he hecho mi resumen también, y siempre aseguro que Francisco I. Madero era algo así como iluminado; noble, bien intencionado, muy valiente, enérgico cuando las circunstancias lo exigían, pero con la debilidad de ser condescendiente, confiado hasta acercarse a lo ingenuo, que en todo caso es signo de bondad; pero no un iluso como algunos estólicos lo han dicho. Por eso, los mismos de su gabinete, entre los que se encontraban los hermanos Vázquez Gómez, trataron de desprestigiarlo. Fue tan confiado —producto de su buena fe— que en los momentos de gran peligro —durante la Decena Trágica— dio la comandancia de la plaza a un general que a todas luces, se mostraba pérfido y desleal.

Respecto a esto último, un testigo presencial me relató las palabras que un militar valiente y digno—general Lauro Villar—, desde la camilla en que se encontraba herido dijo al chacal Huer-

ta, el primer día de la Decena Trágica. El coronel de ingenieros, López Portillo, cuyo nombre de pila no recuerdo—huésped mío por una semana en la base naval de Puerto Cortés—, Isla Margarita, B.C. en el año de 1956, ya retirado del ejército en esos días, me relató que habiendo sido de los cadetes que escoltaron a Madero hasta Palacio Nacional el 9 de febrero de 1913, vio el cadáver del general Bernardo Reyes, y al general Villar, a corta distancia, quien estaba herido por haber recibido un balazo cuando, como fiel comandante militar de la plaza, encabezó en persona la lucha entre su fuerza leal y la que encabezaban el mismo Bernardo Reyes y los generales Félix Díaz y Mondragón; tomó parte también, en la refriega, otro general, Gregorio Ruíz, que días después sería fusilado por orden del mismo Huerta, para hacer creer a Madero que de verdad le era leal.

Huerta con ese fusilamiento cometía uno de los más negros actos de su vida y lo que había hecho con Ruíz, no dejaba duda de que mandaría matar, también, a Madero. Pero muy interesante de esta negra historia es que, ese día 9, como Madero llegase a palacio acompañado de Victoriano Huerta, aquél, después de felicitar calurosamente a don Lauro Villar por su valentía y su oportuna intervención, le hizo saber que Huerta lo relevaría dado el estado del valiente general. Fue cuando Villar se incorporó en la camilla, extremadamente sorprendido, y con voz tronante dijo a Huerta: “Cuidado, Victoriano, cuidado, porque te conozco”. Con todo ello surge la pregunta: ¿por qué Madero no tomó esto en cuenta?

Del episodio sangriento y vergonzoso de nuestra historia, La Decena Trágica, algo leí por primera vez en uno de los libros del maestro don José Vasconcelos, que formaron serie: *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El preconsulado*. El primero fue para mí mucho más interesante, sin que hayan carecido de interés los otros. Como dice Cervantes en el Quijote: “Nunca se-





gundas partes fueron buenas". Por supuesto, no estoy para hacer una crítica del consagrado maestro. Escritores contemporáneos de aquél algo expusieron sobre la Triste Decena, después han proliferado los escritos sobre el asunto, coincidiendo en el aspecto general del suceso, mas no en los detalles. El estilo del gran escritor influyó en mí, para admirar y querer más la figura de Madero, tanto como detestar la actitud intervencionista del embajador norteamericano en funciones en esos días de la traición, Henry Lane Wilson, quien como un Maquiavelo desarrolló actividad de intrigante engañando a su gobierno, presentándole una imagen falsa de cómo se desarrollaban los acontecimientos en nuestra capital, y engañando —también— a algunos de sus colegas especialmente al embajador de España señor Cologan, haciéndoles creer que era inminente —en esos días— la intervención en nuestro territorio, por fuerzas estadounidenses. El presidente de los Estados Unidos en esos días, William Taft, poco después de entregar el poder haría declaraciones públicas en las que denostaba a Victoriano Huerta y hacía ver que él —Taft— había sido engañado por su embajador, el vil Lane Wilson.

El 18 de febrero de 1913, en Toluca, pasó una muchedumbre alborotada frente a la casa que habitábamos: se dirigía rumbo a la escuela preparatoria ubicada en la Av. de los Constituyentes, a menos de una cuadra donde vivíamos. No recuerdo si se lanzaban "vivas" a Victoriano Huerta o a Porfirio Díaz. "¿Qué sucede?", se preguntaban mis gentes con los vecinos de la planta baja, la familia Capistrán. Alguien que llegaba de la calle dijo: "Ya cayó Madero". La manifestación hizo alto frente a la preparatoria. En ocasiones anteriores y posteriores, se llevaron a cabo en ese mismo lugar, mítines, y como nunca perdíamos oportunidad mi hermano y yo de presenciar los sucesos de esta clase acudimos a oír a los oradores, que desde los balcones del segundo piso del edificio de la pre-

paratoria, se dirigían a la gleba. Todo era dar por buena la caída del presidente. Después me he preguntado: "¿Por qué esa actitud del populacho?" ¿Qué, acaso, el 7 de junio de 1911, cuando entró Madero a la capital, no lo aclamaron delirantemente?, ¿por qué, casi dos años después, la masa embrutecida y, podría decirse, magnetizada por viles oradores, aplaudían cuando se mencionaba el nombre de Huerta y de los verdugos que en esos momentos discutían en la capital de la República el sacrificio del Apóstol del pueblo?

Pero quienes éramos unos niños, si bien no comprendíamos la magnitud de tanta injusticia, nos despertaba la curiosidad el ver las contradicciones. Poco tiempo antes había oído en Torreón resonar por todos los ámbitos de la ciudad "¡Viva Madero!" y ahora ¿qué pasaba? Verdaderamente intrigaban esos sucesos que exhibían perfidia y veleidad. Me quedaba pensando sobre las opiniones de los compañeros de la escuela, grandecitos de años superiores, quienes se regocijaban por la caída del "Chaparro", como le decían.

Oía con pena, y hasta con curiosidad, esas expresiones despectivas. Me intrigaba ver que lo dicho por mi padre fuese la antítesis de lo que otros expresaban; y un día no pudiéndome aguantar, me arriesgué y le pregunté por qué él hablaba tan bien de Madero cuando tanta gente —entre ellos los compañeros de la escuela— me decían lo contrario. Para mi sorpresa no me mandó al diablo; me dijo: "Siéntese ahí —señalándome una silla y poniendo el periódico que leía, sobre la mesa, prosiguió—, no están en edad de comprender estas cosas, pero ya leerás, cuando seas hombre, bastante sobre lo que está pasando; entonces verás la cruel verdad".

Me es imposible recordar cabalmente todas sus palabras, pero quedó en mí, bien grabado, el concepto general sobre la "razón de la sinrazón" que acompaña a la manera de obrar de los hombres, y que es condición humana. Me



quedé con la idea de que las grandes fortunas eran amansadas a costa del sudor y sufrimiento de los de abajo; pero si las leyes que habían protegido a los grandes capitalinos, se habían hecho bajo los más estrictos conceptos de la moral y los derechos humanos, sería mucho... muy largo el proceso de un ajuste en las estructuras de convivencia. Añadía que él no veía un cambio inmediato en la vida social de la nación, aunque cambiase los gobiernos. Y como golpes que recibía yo en la cabeza oí sin pestañear estas palabras: "Todavía se derramará mucha sangre por todas partes del país en aras de la democracia: Si hijo, democracia que nunca podremos alcanzar; óyelo: nunca la podremos alcanzar".

Desde entonces—estoy seguro—mi padre, cuya nariz aguileña le daba un gran parecido a don Alonso Quijano, vio con claridad que llegarían al poder hombres de los más variados matices, desde un reposado, sin iniciativa, hasta el peligroso inquieto, lleno de ideas absurdas. Desde los socializantes, hasta los protectores del capital. Pero todos dentro del común denominador de poder pronunciar cientos de miles de veces, sin cansarse, la palabra "Revolución", sin contestar a la pregunta de don Luis Cabrera "¿Cuál Revolución?" "¿Cuál de ellas?".

Estoy seguro, sí, que don Carlos Sandoval Escoffié intuyó en esos años, cuando alboreaba nuestra guerra intestina, que llegaría a crearse un partido del gobierno, muy necesario, omnipotente, regulador de una política que correspondiese a nuestra idiosincrasia, para salvar a un pueblo de una dictadura a la porfiriana, ungiendo a un señor, con los óleos sagrados de la omnipotencia, a quien se dejase seis años mandando, dictando leyes y parchando la Constitución a su antojo, con la aprobación incondicional de los "representantes del pueblo", haciéndole creer a éste, que tal hombre había sido elegido democráticamente, debido a sus grandes virtudes y su gran visión de estadista. Un señor que

después de su periodo de gobierno sería enviado a descansar, a vivir como pashá, pero con limitaciones para actuar en política.

Crisis muy peligrosas han sido sorteadas por nuestros gobiernos, principalmente cuando éstos han llevado un tinte rojo. Es cuando ha actuado activa e inteligentemente el partido, como fue el caso del cambio de poderes al terminarse el mandato cardenista. Entonces fue cuando por primera vez cambiaron las siglas PNR, quedando con PRM (Partido de la Revolución mexicana). La maniobra fue muy clara; meter a las fuerzas armadas al partido. ¿Quién hubiese podido con esa aplanadora? Con eso lograron burlar a la opinión pública, que a todas luces se inclinaba por el candidato de la oposición, que era entonces, el general Juan Andreu Almazán, no por que este tuviese merecimientos para ser presidente, sino solamente por ir contra el partido, que ya era muy mal visto a pesar de que con buenas intenciones lo habían parido. Pero por ningún concepto podía tacharse de dictadura al sistema, ya que los sectores "popular", "campesino", "obrero" y los "soldados del pueblo", tenían un peso innegable, y al votar lo hacían por los de su M. naciente. El presidente Cárdenas — hombre sobreestimado en cuanto a su capacidad intelectual, era asesorado por gente de indiscutible valía como eran los íntegros Narciso Bassola, Ignacio García Téllez, Graciano Sánchez, Jesús Silva Herzog y el extraordinario Vicente Lombardo Toledano. La nación iba hacia adelante, aunque tambaleándose, por los arrestos de su presidente obrerista, pero no lo dejaban salirse de un límite de tolerancia, dando al indio esperanzas de rendición, y al obrero más de lo que merecía; formando —con ello— una casta privilegiada que son los líderes de segunda y tercera fila, en tanto que a nosotros, los militares, nada nos daba. Él —Cárdenas— y su sucesor inmediato —Ávila Camacho— tuvieron a las fuerzas armadas en completo abandono bajo su mandato. Los



ascensos se concedían de manera alambicada, y ni un solo centavo de aumento en los emolumentos, cuando a los privilegiados de petróleos mexicanos, los electricistas, telefonistas y demás "cocos" del momento, les abrían las arcas de la nación.

Una vez habiendo logrado que don Juan Andreu Almazán doblara humildemente las manos, dando —con ello— la puntilla a la conciencia cívica, quedó el partido en posición de poderoso elector cristalizando los propósitos de quienes lo concibieron, propósitos que, no por ser sucios, dejaron de ser atinados.

Seguramente mi padre así pensaba: Un partido del gobierno, y por detrás del mismo, un dedo dándole órdenes. Lo que no pasó, por la mente del viejo Quijote, fue que aquél llegara a ser el cuartel general de toda clase de bribones.

Madero murió baleado arteralmente; un balazo le disparó por la nuca, el asesino, mayor del cuerpo de rurales, Francisco Cárdenas. Esto sucedió el 22 de febrero de 1913, una noche tenebrosa, en un llano a espaldas de la penitenciaría. Al caer el mártir, se le siguió disparando. De inmediato cayó el vicepresidente don José María Pino Suárez.

Las circunstancias habían obligado a que ambos funcionarios renunciaran a su cargo. La intervención de algunos embajadores: el de Cuba Márquez Sterling, y el de Chile, Hevia y Riquelme, así como la del japonés, de poco habían servido. Cuba había enviado un barco para que los depuestos funcionarios salieran al extranjero. La ineptitud, con falta de valor civil, del ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Lascurain y la perfidia de un numeroso grupo de senadores y diputados, así como la sed de sangre de los conjurados, frustraron todo esfuerzo y el crimen se consumó.

El 22 de febrero fue, y seguirá siendo, día de luto nacional. En esa ocasión, antes del crimen, se había reunido un consejo de ministros

todo a velocidad vertiginosa. Lascurain había asumido la presidencia, durante minutos, y éste se la dejó a Huerta.

En el consejo se discutió la suerte de los presos. Hasta la fecha se dice que quien dio el orden del asesinato fue Huerta pero nunca se ha aclarado bien la verdad. Miembros de ese gabinete nombrado por Huerta, que estuvieron en tal consejo, han dicho cosas contradictorias. Para alguien, el empeñado en que el crimen se consumara fue el general Mondragón. El señor García Granados, quien por circunstancias especiales no asistió a tal consejo —siendo ministro—, aseguró —cuando tiempo después el gobierno revolucionario lo juzgó por los sucesos de 1913—, que para él los dos únicos culpables fueron el antes nombrado Mondragón, y Victoriano Huerta. El ingeniero Robles Gil, a la sazón ministro de Fomento, publicó que habiéndose tratado en dicho consejo sobre la necesidad de la muerte de Madero y Pino Suárez, él se había opuesto firmemente; pero su actitud fue hecha a un lado. También se ha escrito sobre la inocencia de Huerta, que el Chacal dijo haber dado su palabra de respetar las vidas de los reos, y ante esta actitud, los generales Félix Díaz y Mondragón—una vez que Huerta abandonó el salón de sesiones decidieron llevar a cabo el asesinato.

Como eran mayoría los interesados, en que Madero y Pino Suárez desaparecieran, maniobraron de manera que Mondragón—secretario de guerra—pusiese a disposición del ministro de Gobernación a los reos, con lo cual, como militar, no desobedecería al presidente, y como los rurales dependían de Gobernación, se escogería al que mejor desempeñara el cargo de asesino. Un sinaloense, Cecilio Ocón fue el encargado de arreglar los detalles del crimen. Siempre me he preguntado, respecto a este señor: ¿Qué motivo tendría para mancharse de sangre?

El 22 de febrero de 1913 —ya se dijo antes— fue un día negro de nuestra historia. Por el



acontecimiento de esa fecha vibró toda la nación. Entonces se enarboló nuevamente la bandera de la Revolución, arrastrando a los campos de batalla a buenos y malos. Los primeros darían su sangre por una noble causa y los otros, como aventureros, aprovechaban la ocasión para el pillaje. Pero así son las revoluciones, arrastran lo que está en su camino, admite la cooperación de sinceros y de falsos, y en nombre de ella se lava la sangre de un apóstol sacrificado, y al seguir sus ideales, se logran los postulados al precio de contemplar la paradoja de ver la ingratitud para los idealistas y el disimulo de prevariaciones por parte de los arribistas que ganan en río revuelto.

El asesinato de Madero llenó de oprobio a México; pues no solamente los pretorianos se confabularon contra el inmaculado presidente, sino civiles, intelectuales, profesionistas, sirvieron al régimen del Chacal. Y a esta triste historia queremos agregar nuestras reflexiones sobre la poca confianza que el hombre público debe tener en sus servidores, veamos: Huerta, como jefe militar de la plaza, traiciona a su presidente, quien le habla conferido el cargo pocos días antes; se esconde y deja a dos jefes del 29 Batallón que tomen preso a Madero, y Pino Suárez. A dichos jefes los matan dos ayudantes del presidente en forma sucesiva, cuando cada uno de aquéllos intenta su propósito de esbirro. Después de una escaramuza el presidente toma el elevador, baja al piso inmediato y ahí es apresado por el general Blanquet, comandante del batallón citado.

Los jefes muertos fueron el teniente coronel Riverol y el mayor Izquierdo, por disparos de los ayudantes, los oficiales Garmendia y Montes. Hubo tiroteo y un civil, el señor Marcos Hernández, amigo de Madero cayó muerto. Se habla controlado a la tropa y se le obligó a presentar armas, fue arengada por el capitán Garmendia, antes de que descendiera Madero por el elevador. Entonces, el lector se preguntará: ¿Dón-

de quedaron Garmendia y Montes? ¿Por qué no fueron del brazo de Madero y con él bajaron por el elevador? ¿Por qué no mataron a Blanquet? ¿Se hicieron ojo de hormiga?..

Un ayudante es para cuidar la vida del jefe hasta el último momento, hasta perder la propia si se hace preciso.

Parece que Garmendia duró poco, murió joven prestando sus servicios con los revolucionarios constitucionalistas; pero Montes llegó a general de división, ocupó puestos importantes en los gobiernos de Cárdenas y Ávila Camacho. No creo que deba haberle servido de mérito el haber estado como ayudante del presidente Madero y no haber matado al general Blanquet como mató al mayor Izquierdo.

Cuando, en los informes presidenciales del primero de septiembre, veo a esos jefes de ayudantes, de pie, tiesos, sin pestañear, a espaldas del presidente, como estatuas, con cara que aparenta enojo, me he puesto a pensar, si los mandatarios podrán haber tenido seguridad absoluta en la lealtad de esos, servidores, para el caso de que peligre la vida de su jefe.

No cabe duda que hay ayudantes que son gente digna, y esto suele suceder cuando son seleccionados para prestar esos servicios temporalmente y no precisamente los que buscaron la chamba como hacen quienes ya llevan la intención de pegarse a las antecelas y hacer ahí su carrera, porque tienen madera de sirvientes y saben que, en el medio civil en esa forma llegan a ministros; y a generales o almirantes, en el medio militar de tierra y mar respectivamente.

Y resulta interesante observar que algunos oficiales nombrados para cuidar de la esposa o la hija del primer magistrado tomen tan a pecho su papel, que se convierten en unos tremendos cancerberos. En una ocasión, siendo yo director de la Escuela Naval, y anfitrión de la señora del presidente electo, doña María Izaguirre, el que



le cuidaba las espaldas, celosísimo cumplidor de su "honrosa" misión, pretendió impedirme el paso, oponiéndose a que hablara con la señora, a quien saqué a bailar, porque ninguna persona de la mesa de honor —eran como 20— se atrevía a hacerlo mientras aquella dama permaneciera sentada. Me dio más tristeza que indignación ver que un joven con estudios en un plantel militar cometiera una descortesía a un jefe que merecía todo su respeto. Esa estúpida actitud no era más que el mareo que padece la mayoría de esa familia que cuida espaldas.

En otra ocasión, un civil, que cuidaba a la niña del presidente López Mateos, quiso llamarme la atención —siendo yo comandante de la zona naval— en Veracruz. Había dispuesto que una sobrina mía, con quien platicaba Avecita —como llamaban a la joven de palacio—, se corriese dos lugares porque iba a llegar el gobernador de Veracruz, el señor Quirazco, y las niñas estaban ocupando el lugar que le correspondería a aquél y su señora esposa.

Me distraje bailando, y cuando regresé a la mesa, la niña Avecita habla—ordenado—que se sentara mi sobrina junto a ella nuevamente. Cuando el ayudantito —civil— me insinuó que ya no se intentara otro cambio, lo callé de inmediato; hablé con el director de la Escuela Naval y le expuse que él sería el culpable de la incorrección que se cometiera con el gobernador. Y este suceso penosísimo aconteció sin que le diesen importancia la entonces primera dama y el entonces secretario de Marina. Yo previendo el caso, de acuerdo con el general Modesto Guinart, llevé al caballeroso gobernador Quirazco a la mesa del citado general y les hice compañía. Esto hacía recordar los caprichitos de las señoras de las cortes de siglos pasados: solamente nos han faltado los bufones, aunque a veces surgen los espontáneos.

Antes de este incidente mandé buscar a un cadete apuesto para que sacara a bailar a Avecita.

La chica no aceptó; era una princesita ¡cómo iba a bailar con un cadete plebeyo! Esas cosas pasan en México; aunque parece que ya en el régimen de Echeverría no se creen ungidos, pues vemos a doña Esther y a su esposo bailando la sandunga revoloteando entre el campesinaje.

Pero bien, se trata de los ayudantes; fui jefe de ese cuerpo en el Departamento Autónomo de Marina, por circunstancias que me obligaron a ello; una vez que sustituyeron al secretario general, con gusto salí comisionado a un puerto lejano, mediando la circunstancia de que mucho me apreciaba el jefe del citado Departamento, y pude haberme quedado el tiempo que él estuvo en funciones. Pero no sería yo un cabeza de "abre-puertas"; me iba a lo mío, lo que me atraía; ocuparían mi lugar los que tenían espíritu de lacayos.

Se me volvió a nombrar cuando pasamos a ser Secretaría de Estado. Tampoco duré, y de esto me ocuparé en páginas posteriores.

### *Los caudillos*

Supe de un "don Venustiano Carranza" a la muerte de Madero; ya había oído hablar mucho de Zapata en Torreón; el repartidor de cerveza un tal Almaraz, nos había mostrado la fotografía del suriano y se la ponía en el pecho. Este es nuestro salvador —decía—, este llegará a ser el presidente de la República—y se carcajeaba al ver las caras que ponían mis hermanas. Lo había visto en la bodega con mi padre teniendo la fotografía en la mano, y no comprendía yo cómo no salía disparado el gañán, por un bofetón o una patada, que en esos años las podía propinar mi progenitor que sobrepasaba los cien kilos.— ¡Cómo! me decía yo—¿mi Papá también estará de acuerdo en que ese sombrero bigotón, con ojos de asesino, tome el lugar de aquel viejo elegantísimo arrogante lleno de medallas? ¡Qué distinta la figura de Porfirio Díaz a la de Zapata!



Pero a pesar de mis meditaciones recordaba con agrado aquellos afectuosos golpecitos en la cabeza que me había dado el primer cabecilla que conocí durante el viaje de México a Torreón; y probablemente el citado viejo uniformado y arrogante, de haber pasado junto a mí, ni se hubiese dignado a echarme una mirada. Aparte de Zapata, ya en 1913 el nombre de Villa volaba de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo.

Francisco Villa, comúnmente llamado Pancho, había estado encarcelado en Santiago Tlatelolco cuando el gobierno de Madero. Por su carácter bravo e independiente, junto a la vileza de Huerta, se había presentado la circunstancia de que éste lo había querido fusilar. Esto acontecía en los días en que Villa, con su gente, estaba bajo las órdenes de Huerta, en la campaña contra Orozco.

El guerrillero salió procesado y fue a dar a la prisión militar, pero el destino de un hombre está señalado; el teósofo diría que el karma de aquél estaba en los registros akásicos, ahí había mucho escrito respecto a Villa, tenía algo que cumplir, su encargo era de violencia y sangre.

Carlitos Jáuregui, un escribiente del juzgado, contiguo a la cárcel, se hizo aliado del Centauro del norte; tramaron la huida y la lograron; esto sucedía poco antes de la Decena Trágica.

Villa llegó con su compañero a Estados Unidos, logró ver a don Abraham González, y éste le aconsejó que se esperase para entrar al país, en plan de guerrillero. Inexplicablemente, don Abraham le aconsejaba sosiego, en tanto que don José María Maytorena, gobernador de Sonora, le facilitó mil dólares. Con eso compró armas y cruzó la frontera. Los ocho primeros hombres con que principió Villa su campaña, que llegaría a triunfar en batallas épicas, se llamaban: Manuel Ochoa, Miguel Saavedra, Darío Silva, Carlos Jáuregui (su salvador), Tomás N., Juan Dozal, Pedro Sapién, y uno cuyo nombre no pudo recordar Villa cuando dictó sus memorias.

Álvaro Obregón era otro caudillo de primera fila, quien no entró a la Revolución cuando se levantó Madero, sino se incorporó a las fuerzas auxiliares, que con los federales combatieron a Pascual Orozco. Pero en poco tiempo dio pruebas de ser un gran estratega y superó a los otros sonorenses que habían combatido desde 1910.

Una mañana, por el mes de octubre de 1914, salimos mi hermano Carlos y yo, de estampida, a la calle, al grito de "ya llegaron los carrancistas". Ya había visto la fotografía de Carranza en los periódicos; me había causado mucho mejor impresión que la de Zapata. Cuando corríamos al encuentro de las fuerzas que entraban a la ciudad, me iba haciendo al ánimo de toparme con gente astrosa como la que llegó a Torreón en 1911. Mi sorpresa fue grande; no había ningún sombrero, todos usaban texano. Eran las fuerzas del general Francisco Murguía.

Pero antes de estos acontecimientos había aparecido en todos los diarios una noticia: "Toma de Veracruz por los norteamericanos"; se habla consumado a pesar de la defensa heroica del pueblo, y principalmente de los alumnos de la Escuela Naval. El nombre del teniente José Azueta encabezaba todos los diarios de México. "Los héroes de Veracruz". Se oía decir; pero ese muchacho que herido por las balas enemigas continuaba disparando su ametralladora, me convenía. Pepe, como cariñosamente se le llamaba en esos días de la batalla, era teniente de artillería; había estudiado hasta tercer año de la Escuela Naval, y en los momentos en que las fuerzas a que él pertenecía abandonaban la plaza, se acordó a su *alma mater*; sacó una ametralladora del fuerte de Santiago, cercano a la escuela, y en la esquina de ésta, mostrando su casta, se puso en lucha desigual contra el enemigo.

Al hojear los libros mejor documentados sobre esos acontecimientos. Al oír las narraciones de los testigos presenciales; Cañete, Remes, Ochoa, Moya, Escudero y algunos más, y al con-



templar la lámina de un libro que nos muestra al valiente muchacho incorporado en su cama, viendo hacia la cámara fotográfica, sin aspecto que delate dolencia, no puede uno menos que sentir una gran admiración por ese verdadero héroe que con sangre escribió una página de nuestra historia. La fotografía fue tomada después de que por conducto de su madre doña Josefa —gallega del Ferrol—, declinaba recibir el servicio médico que los norteamericanos ofrecían. Esa fotografía se tomaba unos días antes de que el cuerpo de Pepe seguido por todo el pueblo de Veracruz fuera conducido a su última morada.

José Azueta, junto con su padre, el entonces comodoro don Manuel Azueta, fueron el centro de aquel cuadro que nos presenta la jornada épica del 21 de abril de 1914. El comodoro, por entonces la primera autoridad de la Armada en Veracruz, salvó el decoro nacional al organizar la defensa del puerto, ante el desconcierto que había entre el puñado de militares que quedaron en la comandancia militar al evacuar la plaza los federales por órdenes de Victoriano Huerta. En el recinto de la Escuela Naval hubo desconcierto, pero con la presencia del pundonoroso marino —don Manuel Azueta— se decidió por la resistencia al invasor.

Autoridades y pueblo no han hecho justicia, honrando la memoria del padre e hijo, en la medida que su gloria les hace merecer. Tengo una gran satisfacción en haber descubierto un óleo de cuerpo entero, tamaño natural, del insigne jefe, siendo yo director de la escuela en el año de 1951. Ahí está, en lugar de honor, la figura del gran jefe, orgullo de la Armada de México. Pero merece más, como también merece su hijo. El mármol y el bronce son reclamados para su memoria en el puerto veracruzano y, precisamente viendo al mar.

Huerta veía cada vez más difícil su posición y tuvo que renunciar como presidente interino y

abandonó el país. Fue nombrado —entonces— en su lugar, al licenciado Francisco Carbajal. Todos los jefes revolucionarios avanzaban de triunfo en triunfo a converger en algún lugar del centro de la República. Obregón triunfaba en Sinaloa, Jalisco y Colima, hasta llegar a Teoloyucan, a donde convergieron los generales del Ejército del noreste con su general Pablo González y el mismo Carranza. Ahí fueron los tratados de rendición del Ejército Federal. Obregón entró a México el 16 de agosto de 1914. En ese mismo mes ya teníamos a las fuerzas de Francisco Murguía en Toluca. Ese día de alboroto, cuando por todas las bocacalles afluyó gente para ver a los norteños, ahí estábamos mi hermano y yo presentes. Las caballerías hacían una fila interminable; de cuatro en fondo estaban en la avenida Juárez; habían detenido la marcha, esperando que los federales —ya licenciados— terminasen de evacuar los cuarteles, cosa que con uno o dos días de anticipación se hubiese podido llevar a cabo, pero por imprevisión pudo haberse presenciado una masacre si a los triunfantes no se les hubiese contenido.

Éramos todo ojos para examinar a cada uno de los jinetes. Un hombrón de un pragmatismo exagerado, hablando con el tono característico del norteño, preguntó: ¿No han salido los pelones de los cuarteles?. “No” —le contestaron—, los están desarmando y cambiándoles uniformes por calzones y camisas de manta”. “¿Qué esperamos?” gritó otro “vamos a darles en la madre”. “Noooo...” gritó un oficial: “hay órdenes estrictas de esperar”. A un cartero que pasaba sin la mochila le querían disparar, tomándolo como “pelón”.<sup>1</sup> La expresión de los rostros en aquellos hombres, que con inquietud miraban en dirección del cuartel donde licenciaban a los federales, explicaba la rabia con que la gente del pueblo, convertida en ejército, quería destrozarse a los pretorianos que por tantos años sostuvieron la dictadura de Porfirio Díaz.



En carretas y a pie, los soldados federales —incluyendo oficiales—, salieron a los pueblos circunvecinos; muchos se quedaron en la ciudad. Unos volverían a su lugar de origen y, otros engrosaban las filas de Carranza, Villa y hasta de Zapata, como fue el caso de un sargento del 35 batallón apellidado González, que con las "liebres blancas" sería general.

Entonces se principiaron a ver los sombreros texanos, las camisolas de caqui, los sacos llamados "cazadoras". La policía cambió la gorra por un sombrero texano de cinta tricolor con una inscripción: "gobierno constitucionalista".

La "gente del norte" con su tono de voz característico, era sencilla, francota, de buen natural, pero fueron mal queridos por ciertos estratos sociales, por lo menos los de la clase con quienes tratábamos. Entre nuestras amistades había— en su mayoría— gente muy católica. Obregón había tenido sus altercados con las autoridades eclesiásticas, y terminaron con que los sacerdotes fueron a dar a la cárcel.

Cuando Murguía, con su gente, abandonó la Plaza, se llevó a la mayoría de los sacerdotes, salvándose los que tuvieron tiempo de esconderse. Entonces Toluca quedó en manos de los civiles, que voluntariamente se prestaron para guardar el orden, haciendo guardia en el palacio de gobierno del estado. Al poco tiempo, los prelados fueron llegando a la ciudad. Seguramente representaban una carga para las fuerzas carrancistas y se optó por dejarlos en libertad.

A principios del año 15, la ciudad de Toluca se encontraba custodiada por los civiles, por haberla evacuado las fuerzas carrancistas; los Sandoval hablamos cambiado de domicilio; con el cambio, quedamos cerca de la avenida José Vicente Villada, una de las principales arterias de la ciudad, que corre en dirección norte-sur. Me veo, una tarde, en el cruce de dicha avenida

con la Calle Heredia, despatarrado, las manos ocupadas, tomando vueltas al cordel del trompo para ponerlo a bailar. Como aviso para todos los que por ahí nos encontrábamos, alguien gritó: "allá vienen los zapatistas"; en unos segundos ya los transeúntes casi corrían, y en la casa de la esquina, principiaron a cerrar las ventanas; algunos de los muchachos con quienes jugaba al trompo, huyeron. Alguien me dijo: "¿Qué esperas tú?.. Corre también". La persona que esto me decía era nuestro vecino, don Antonio Pliego, que coincidía su paso por el lugar con el grito de alarma. Cuando dirigí la mirada en dirección norte, de donde nos encontrábamos, o sea, hacia el centro de la ciudad, vi a varios jinetes al galope, en dirección nuestra; el señor Pliego me cogió del brazo y me hizo correr para llegar en unos instantes a la casa. Entonces comenzaron a oírse gritos de "viva Zapata" acompañados de disparos. Después de una media hora, la bocacalle estaba llena de curiosos: mi hermano y yo nos salimos, a pesar de quererlo impedir mi madre. Los conquistadores de la plaza eran unos tipos estafalarios, aislados recorrían a galope la avenida, unos montados en pelo, otros con reatas por estribor; iban y volvían de uno a otro extremo de la avenida, que no tendría más de kilómetro y medio de longitud.

Una vez que estuvimos de vuelta en la casa, mi madre principió a preocuparse por el jefe de la familia, que aún no llegaba, aunque todavía eran horas de trabajo; cuando aparecieron los calzonudos, nosotros acabábamos de llegar de la escuela. Eran días de invierno, el arco diurno de los cuerpos celestes es más corto que el nocturno en nuestras latitudes, durante la citada estación; de modo que a las seis de la tarde estaba obscuro, y la salida de la cervecería era a las siete de la noche. Entonces mis hermanas, tratando de dar un consuelo, indicaban que una persona

<sup>1</sup> Pelones llamaban a los soldados federales, por que desde que "sentaban plaza" les metían la máquina "del cero".





encerrada en sus oficinas estaba menos expuesta al riesgo de una bala. Cuando él llegó, mi mamá dio un suspiro de descanso, y a una exclamación como la de: "Gracias a Dios que te trajó con bien", la contestación no se hizo esperar:—Vine como debía venir—, y entré guasón y serio prosiguió: "Dios no me trae ni me lleva". Dirigiéndose a los tres varones nos dijo: "¿Ustedes ya vieron a los revolucionarios del sur, a los que pelean por la tierra? No les tengan temor, están andrajosos y desnutridos por el hambre, por eso presentan ese aspecto lastimoso, pero su causa es noble, andan harapientos porque así los tienen los caciques, los latifundistas"... Carlos, mi hermano, mostraba su sonrisa socarrona, como acostumbraba, y, yo sin decir nada, me quedé pensando si el viejo nos estaba hablando en serio.

En la calle de Hacienda donde estaba la casa, a tres cuerdas de distancia había una finca con más de una hectárea de superficie; tenía jardines, juegos infantiles, caballeriza y dos albercas. Era lugar de recreo de algún millonario. Se llamaba "El Cuatro". Ahí se establecería el cuartel general de las fuerzas surianas.

Al día siguiente de la entrada de las vanguardias hizo la suya el general Pacheco, acompañado de la coronela Rosa viuda de Casas, que me recordó a Petra Herrera aunque de mucho más edad; esto fue al medio día.—Estábamos todos en casa—acabábamos de comer. Pacheco era un tipo ranchero, de bigote espeso; llevaba la barba no muy crecida que daba la impresión de ser solamente falta de afeitado; pero mis ojos se fijaron más en la mujer, que montaba a "la jineta" saludaba alegremente. Los "vivas" eran con entusiasmo; se había aglomerado una gran cantidad de gente aclamando a los restauradores del culto católico. Los niños ven a la gente mayor con más edad de la que realmente tienen; a mí, doña Rosa, se me figuró una anciana, pero ahora me pongo a pensar que debe haber sido una muchacha para poder andar en esos trajines. Según

la crónica que la acompañaba, era temeraria, Viuda de un hombre del campo, víctima del caciquismo. Era gente del pueblo, como lo fueron todas las mujeres de la Revolución, muy al contrario de lo que nos presentan en el cine en forma absurda. Nunca hubo casos como los que caracteriza la artista María Félix, que de tan mentirosos resultan chocantes, contra la misma historia. De paso comentaremos que resultan estúpidas esas películas en que una hembra aristócrata y bragada, domina, como si fueran chamacos, a coroneles y generales de aquéllos, que sí eran bravos y matones. Que las había hermosas, eso sí, ahí estaba Petra Herrera que había dejado en Torreón a los trabajadores del guayule con la boca abierta.

La columna de Pacheco dio vuelta en la esquina de Villada para seguir por Heredia hasta llegar al cuartel El Cuatro. Con el rumbo que tomaban, pasarían forzosamente frente a nuestra casa. Cuando esto tuvo lugar, antes de que mi padre levantara el brazo para saludar al jefe zapatista, éste ya lo había hecho, a la vez que doña Rosa. Si se hubiese tomado una fotografía de la familia en esos momentos, sería una interesante gráfica para la historia: "El padre de la familia de la clase media sin dinero, que para la gente de los estratos bajos son los "ricos" rodeando de los suyos, cruza su efusivo saludo con un revolucionario del sur, uno de los que con sinceridad claman por "tierra y libertad". El frente de la casa fue como punto de concentración de curiosos, la gente no dejaba de echar vivas a Zapata. Todos los soldados llevaban sombrero de petate, con forma del de charro; unos con ala exageradamente ancha y todos montados,—según antes he expresado— "en pelo", con una reata como cincho, de donde se colgaban los extremos a guisa de estribos. El armamento de esas gentes era de lo más variado, los menos llevaban mausser en su mayoría tenían 30-30, y algunos un rifle que le llamaban "cincuentón"



—algo así como los de principio de siglo— de un calibre exagerado. Otros no llevaban fusil, pero portaban machetes y sables de caballería que habían pertenecido al extinto ejército federal.

La población estaba feliz, se echaron las campanas al vuelo, los portales (pleno centro de la ciudad) fueron punto de reunión, donde las gentes entusiasmadas por la buena nueva, se estrechaban.—¡Otra vez las iglesias abiertas!..

Los zapatistas, vestidos de manta con anchos sombreros de petate y guarache eran la causa del júbilo que embargaba a los toluqueños. Claro, aquéllos no tenían nada contra la iglesia; ellos —pobres hombres del campo— solamente peleaban porque les perteneciera la tierra que trabajaban de sol a sol, la que había pertenecido a sus antepasados y ahora, por trabajarla recibían un pago insignificante. Pero resultaba que las familias encumbradas eran latifundistas, los más acérrimos enemigos de Obregón, quien en la capital “se había topado con la iglesia”. Son las paradojas que resultan al desarrollo de fenómenos producidos con los cambios sociales.

Las relaciones entre el discutido Francisco Villa y don Venustiano Carranza ya estaban descomponiéndose. Entonces principiaba yo a oír sobre las grandes hazañas del primero. Ya su ruta, que había comenzado a recorrer con nueve hombres, iba tomando carácter de epopeya. Muy claro se veía que el asunto llevaba el camino de la ruptura entre ambos jefes. Eso era inevitable. El tremendo guerrillero que, prácticamente había acabado con el Ejército Federal, héroe desde San Andrés, pasando por Casas Grandes, Santa Rosalía, Torreón, Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Paredón, Ojinaga, y otras grandes batallas, selló su jornada épica con la toma de Zacatecas. En tanto que Carranza, con el mérito de haberse erigido en primer jefe, ponía obstáculos a los propósitos tácticos y estratégicos para la toma de esa última plaza. El primero era un tanto primitivo —arrojado— extraordinario para los com-

bates; era sentimental y había principiado su lucha sin saber nada sobre un tal “Plan de Guadalupe”, del que después le contaron. Nada sabía sobre la organización de un ejército revolucionario bajo un solo mando. Esto lo supo cuando ya su nombre resonaba por todo Chihuahua, Coahuila y Durango.

En cambio, Carranza tenía algo de cultura; era calculador —muy zorro— ambicioso, con carácter firme llegando a la terquedad; egoísta sin intuición para dirigir combates, ni arrastraba masas. Había una gran diferencia entre ambos, y después de un análisis, poniendo en la balanza cualidades y defectos de ambos; dejamos a Carranza para presidente, pero nuestra admiración y todo el cariño del pueblo son para Villa.

Si a Carranza se le reconoce al mérito de haber agrupado a destacados caudillos y haberse hecho respetar, también hay que reconocer que el brazo fuerte para derrotar al ejército federal fue Villa.

El general Obregón, héroe de Santa Rosa y Santa María, es figura indiscutible de buen militar; lo estiman superior a Villa como tal, porque fue el único capaz de derrotarlo. Se habla de él como de un genio. Quienes tal cosa aseguran, se olvidan de que desde el primer combate que perdieron los villistas contra las fuerzas de Obregón en 1915, ya el cuadro de generales del centauro había cambiado considerablemente. Cuando tenían lugar los combates de Celaya y de Santa Ana del Conde, donde perdió el brazo Obregón, lo más granado de sus hombres lo habían abandonado. En tales combates ya no contaba con el gran Maclovio Herrera, ni Aguirre Benavides, ni José Isabel Robles. ¡Qué diferencia del grupo de temerarios que marcharon sobre Torreón, y sobre Ojinaga, los que triunfaron en Tierra Blanca, en Paredón y en San Pedro de las colonias! También con facilidad se olvida que en el fragor de esas batallas, rabió Villa al saber que los proyectiles que habían vendido los norteamericanos no eran del calibre requerido.



En los días de triunfo de la división del norte, hubo celos y discordia entre los hombres de Villa. Ese era el único enemigo que podía derrotarlos. La desorganización que apuntaba se debía a la ausencia del jefe: Toribio Ortega dio una serie de órdenes descabelladas que pusieron un desconcierto a las filas villistas, haciendo que Pancho Villa acudiera oportunamente y se pusiera al mando de toda la fuerza, a la que había abandonado temporalmente por necesidad de atender asuntos en Chihuahua. Con ello recordamos cuando Bolívar brincaba montañas y aparecía al frente de sus hombres para poner en paz a sus generales y políticos, reuniéndolos y haciéndolos "entrar al aro" como a niños chiquitos, organizándolos y, a renglón seguido, dando golpes tremendos a los realistas. No cabe duda, Villa era un gran conductor de hombres.

Ese día en que Villa se vio obligado a distraerse de sus ocupaciones por Ciudad Juárez y Chihuahua, y acudir a componer lo que Ortega descomponía, fue por los días en que se lanzarían con todo éxito sobre San Pedro de las colonias; pero él, que entonces demostró no ser solamente un atropellado guerrillero, sino un señor general, estuvo a punto de fusilar a Toribio Ortega, quien no por falta de espíritu combativo, sino por intriga, puso en entredicho el prestigio de la citada división.

A Obregón le hicieron malas jugadas algunos de sus generales —como Alvarado— porque se creían con el mérito de haber combatido desde los años 10 y 11. A Villa no era fácil que se le "salieran del huacal"; él era jefe supremo de su división: oía consejos, les reconocía conocimientos a sus subordinados de origen federal, primero tuvo a su lado como magnífico consejero al general Medina y después a Felipe Ángeles, pero él —Villa— era quien decidía y su palabra era la última. Así fue de triunfo en triunfo en la etapa en que brilló su estrella, y

cuando ya no contaba con todo ese elemento humano que le había dado fuerza, su caída fue irremediable.

Seguramente que hubiese sido una aberración: Villa, como primer jefe o presidente de la República; más bien, no pudo serlo, pero, qué duda cabe, su nombre en letras de oro está bien justificado brillando en la cámara de diputados, así como está bien merecido el monumento que se encuentra levantado en uno de los parques principales en la capital de la República.

Las desavenencias entre Carranza y Villa, fueron provocadas tanto por la manifiesta tendencia del segundo a obrar independientemente, como porque el primero hostilizaba a su subalterno, dándole órdenes de operar en determinada forma, careciendo de conocimientos militares en el sentido estratégico y táctico; y probablemente, en forma deliberada para hacer fracasar al guerrillero y restarle méritos. El resultado de ello —repetimos— fue que Villa desconoció a Carranza por los días en que se tomó Zacatecas.

Para conciliar criterios hubo de llevarse al cabo una convención: primero, Carranza la convocó en México y presentó su renuncia a la primera jefatura; lo que no le aceptaron. Después se acordó que dicha convención se trasladase a un lugar neutral y se escogió Aguascalientes a la que asistirían delegados de todos los bandos, ya que en México no habían asistido representantes villistas ni zapatistas. El propósito era, terminar con las diferencias políticas, unificar criterios, y nombrar democráticamente un presidente interino. En las asambleas hubo manifestaciones de todos los matices, hasta el tragicómico de ver a Soto y Gama estrujar la bandera nacional. Los principales jefes firmaron en la bandera. Fue un juramento que después traicionaría Obregón. Ahí, en el recinto donde salieron a relucir las pistolas, sin que llegaran a disparar, se eligió al valiente e íntegro general don Eulalio Gutiérrez como presidente. Esto acontecía en el mes de octubre de



1914. Asuntos principales que se aprobaron, fueron que Villa dejara el mando de la división del norte y Carranza la primera jefatura. Don Venustiano desaprobó ese acuerdo, mandando con cajas destempladas a los comisionados que se lo comunicaron; y Villa, por supuesto, no dejó el mando de sus fuerzas. Bien intencionados e ingenuos fueron los convencionistas. Pero el inteligente Álvaro Obregón solamente bailó, en Aguascalientes, al son que ahí tocaba la tambora.

Tornose encarnizada la enemistad entre los mandos, convirtiéndose en lucha armada, y se sucedían entre cortos lapsos las "tomas" de las ciudades por parte de los carrancistas y los contrarios, que eran convencionistas, incluyendo a los surianos de Zapata.

Se supo de la sustitución de don Eulalio Gutiérrez por Roque González Garza. Aquél habla abandonado la capital por los desmanes de los villistas. El mismo Villa lo habla amenazado de muerte. A esto se sumaba el que por las calles se tiroteaban villistas y zapatistas, y estos llevaban la peor parte.

Al poco tiempo un tercer presidente tomaría posición: una tarde la muchedumbre acompañaba a algunos oradores que en diferentes lugares del centro tomaban la palabra subidos en un automóvil abierto. Salíamos de la "doctrina", que se nos impartía en la catedral a medio construir. Estuvimos oyendo aquellas filípicas que denostaban a Carranza, y a Villa. Hablaban de la renuncia de González Garza. Entonces era Francisco Lagos Cházaro a quien reconocían como mandatario. Ahí llegaba a su máximo mi confusión: repasaba todas esas figuras de que había oído hablar tanto y los nuevos nombres. Quería formar dos bandos: "¿De qué lado queda fulano, pero si ya desconoció a zutano, que a su vez pelea contra mengano; cómo está todo este enredo?". Mi papá, si estaba de humor, me explicaba, a su manera, el por qué de los cambios de presidentes, me hacía medio entender que era

difícil conciliar tantas tendencias en oposición, que la testarudez de Carranza y el primitivismo de Villa habían provocado la división en las filas revolucionarias, pero que apenas, eso era el comienzo de un drama nacional. Me quedaba yo anonadado preguntándome: ¿seguirán las diferencias, y con éstas, las traiciones, por supuesto, acompañadas de los crímenes?..

## *En Veracruz*

Ya fuese por motivos de competencia mercantil, o los provocados por la Revolución o, más bien, por la guerra mundial, tuvo que suspender sus actividades la cervecería Toluca: el capital era ciento por ciento alemán. Estábamos en los últimos días del año 1915. Yo veía que mi padre no tenía el mismo horario para llegar a la casa; a veces faltaba a las horas de comer. Me imagino que con la indemnización que le dieron al separarlo del trabajo, hizo alguna inversión. A veces lo veía en una gran tienda de abarrotes que abrió el que fuera gerente de la cervecería, don Francisco Gotwall, y seguramente como comisionista, por lo que intentó regresar a su tierra natal—Ciudad del Carmen, Campeche—. Tuvo que esperar hasta los primeros meses del año 1916, porque se llevaría a cabo la boda de mi hermana Carmela—la segunda de las mujeres—que ya estaba completamente curada de la hidropesía.

Se haría lo mismo que cuando el viaje a Torreón; primero saldría él, y una vez instalado, iría "la tribu". A fines de febrero, él estaba ya en Veracruz. El viaje a Ciudad del Carmen se hacía en los barcos de la compañía de los estados o en Pailebots. Ignoro por qué permaneció en el puerto jarocho más del tiempo debido, y ahí lo fuimos a alcanzar. Oía hablar de un negocio de pastas, en sociedad con un español, y nada se trataba en cuanto a continuar el viaje al estado de Campeche.



¡Veracruz!, mi ilusión más grande, era estar junto al mar, conocer los barcos, bañarme en las playas. Asistimos al colegio desde el día siguiente a nuestro arribo. Era la "escuela del Reloj" que, en la actualidad lleva el nombre de su director en aquella época: "Vicente Barrios". Eran listísimos los muchachos jarochos, ligeros de pensamiento, muy despiertos. Los cálculos aritméticos los resolvían con rapidez asombrosa cuando el profesor les daba cantidades para ir sumando, restando y multiplicando. Iban reteniendo el resultado que se modificaba cada segundo.

La instrucción en el estado de México tenía fama de ser buena, pero con nuestro viaje comprendí que en Veracruz era superior.

¡Ah, gallego hijue tu pinche madre!", fue el grito que oí el primer día a la salida de clase: a mí se dirigían y lo oíría repetir, además de otras malas palabras. Veracruz tendría una población de 40 ó 50 mil habitantes, en su gran mayoría mestizos, había mucho mulato, y el paludismo estaba en auge, de modo que los rostros eran pálidos. Nosotros, tirando a rubios, yo principalmente, sanguíneo, habiendo vivido en clima sumamente frío —el de Toluca— presentábamos un aspecto poco visto en el puerto. Los muchachos veracruzanos, no podían ver a los "gallegos" ni a los "arribeños" que ahora les dicen "chilangos". Fuimos a vivir a una casa de la calle Gómez Farías, cerca de la avenida Doblado, en el famoso barrio de "La Huaca". Éramos una novedad en dicho barrio, y trabajo nos costaría que los muchachos dejaran de molestarnos. Esto se conseguiría a fuerza de fajarnos a golpes.

El primer día de escuela, fue tanto el acoso, que tuve que contestar a bofetadas. Me agarré furiosamente con Collado, —Catiti— que era un "coco" para los muchachos de la escuela; lo hice caer al suelo en el callejón El Ferrocarril, contiguo a la av. Díaz Mirón donde se encontraba la escuela. Eso me serviría para que me respetaran. Con los años me encontraría con "Catiti", cuando

boxeaba como profesional; entonces yo lo hacía por deporte estando ya en la Escuela Naval, recordamos tiempos de chamacos, y hasta ya viejos, poco antes que muriera, fuimos buenos amigos.

En el barrio, me fajé con Julián Tejera, pelirrojo muy inquieto; también le superé en los golpes, y desde entonces no volvimos a oír insulto ni a recibir pedradas de los jarochos bravos de La Huaca.

Cogimos la Calle de Gómez Farías como campo de béisbol; con un pedazo de rama gruesa bateábamos; andábamos descalzos y nos poníamos los zapatos solamente para ir a la escuela. Pero no dejábamos de ser "los gallegos". En Veracruz se le dice gallego a todo español, aunque sea andaluz, y en esos días, con tan poca población —todos conocidos— cuando algún blanquito aparecía por primera vez por las calles, era con un seguro "¡gallego!" que se le apedreaba, y el saludo primero que recibía era el de: ¡Ah, túl; Hijueput".

Los primeros amigos que tuvimos fueron: un muchacho Armando Sastré, oriundo de Tabasco, y por defenderlo tuve mi primer pleito en el barrio. Nuestros vecinos: los Coronado, eran unos magníficos muchachos. Su padre les envió —un fin de año— útiles de béisbol, y desde entonces no volvimos a jugar con el palo de escoba. El menor de ellos —Cristóbal— estudió para marino mercante, haciendo una brillante carrera.

Dedicaba mucho de mi tiempo a recorrer los muelles, observando los barcos. Vi al cañonero Bravo atracado, me parecieron muy chicos sus cañones; pedí permiso para pasar a verlo y me lo negaron. Cerca de San Juan de Ulúa se encontraban fondeados el velero Yucatán y la corbeta Zaragoza.

Me impresionaron los acorazados norteamericanos Kentucky y Nebraska que estaban fondeados fuera de la bahía, así como algunos destroyers de cuatro chimeneas. Los norteamer-



ricos habían salido de Veracruz cuando las tropas carrancistas marcharon hacia el puerto, a fines de 1914; pero cuando yo los vi, en 1916, estaban en nuestras aguas, fondeados frente a la bahía y bajaban a tierra las tripulaciones, para gozar de franquicia a diario. Desembarcaban y andaban por todas partes de la ciudad; y aún organizaban juegos de béisbol para competir con los peloteros veracruzanos.

Los acorazados de esa época tenían torres de celosía, con lo que la construcción naval de Estados Unidos hacía alarde de gigantismo. Dichas torres sustitulan a los "palos" que por entonces algunas armadas seguían usando en forma trípode. Esos monstruos montaban artillería de catorce y dieciséis pulgadas.

El haber visto nuestras insignificantes unidades de la Armada, con sus marineros chamacos, y haberlas comparado con las de Estados Unidos, que unas eran enormes y las otras más o menos del tamaño de nuestro cañonero Bravo, pero en gran número; no me desanimó para persistir en el propósito de hacer la carrera de marino; y por entonces no me interesaba que fuese mercante o uniformado. Yo quería el mar, navegar era mi ilusión.

A los pocos días de haber llegado al puerto, un sábado, me dijo mi padre: "hoy irás conmigo para que subas a un barco; acaba de llegar la "Elena" de Mayáns y están descargando sal. Me puse feliz, creía que iba a ver un barco como el "Esperanza" de la World Line, al que días antes había estado yo contemplando en el muelle.

Al llegar a la "Elena" atracada al muro contiguo a la aduana me encontré con uno de esos veleros campechanos tipo canoa, de unas 400 toneladas. El señor Mayáns, a quien me imaginaba portando su gorra blanca y sus galones de capitán, vestía igual que mi padre: usaba sombrero llamado "bombín" y traje negro con chale-

co, por supuesto. Estaban los dos viejos sentados a la orilla de una escotilla.<sup>1</sup>

Dentro de la bodega, los estibadores, con el dorso descubierto, manejaban los sacos de sal con facilidad asombrosa, gritándose un sin fin de palabras obscenas. No veía yo boinas ni gorras, tampoco el barquichuelo era como para una tripulación uniformada.

—Aquí tienes a éste que quiere ser marino— decía mi padre a su amigo Mayáns, quien a su vez me dijo: —si quieres principiar tus prácticas, ven en las vacaciones, a ver si no te mareas—.

Me seducía la invitación, aunque no se tratase de un trasatlántico como los que veía en el cine y en las revistas. De todas maneras, salir a la mar me parecía algo fantástico. Pero no se me concedió, porque al terminar mis exámenes ya estaba la familia en plan de regresar a México. Mi padre había muerto y lo dejaríamos en el "panteón particular". Sus restos serían sacados posteriormente para trasladarnos a la capital, lo cual se hizo dieciséis años después.

El lamentable suceso nos dejaba en críticas condiciones. Era el caso de mi familia, el que a menudo se cuenta entre gentes que vinieron a menos en una o dos generaciones. En mi casa usábamos parte de la vajilla y magníficos cubiertos que con baño de plata mi abuelo paterno —comerciante acaudalado en el estado de Campeche—, había tenido en su casa y en su hacienda, todo importado de Europa. Oía yo hablar de la casa solariega que el viejo donó para el "Liceo Carmelita", en Ciudad del Carmen. Cuando en terceras nupcias, había perdido su fortuna. A los hijos del primer y segundo matrimonios les había dado lo suficiente para hacer carrera en el extranjero, y los había acomodado bien. Su larga enfermedad y la de mi abuela le hicieron vender e hipotecar sus bienes, con lo que los nietos del tercer matrimonio solamente

<sup>1</sup> *Escotilla*. abertura o boca en cubierta por donde entra la carga a las bodegas.



heredamos parte de una vajilla y un abolengo de honestidad.

Es muy duro para un niño estar oyendo hablar de riquezas que hubo en la familia y verse con los pantalones remendados, sin poder comer mantequilla y jamón en casa, viendo a una madre sacrificada en la máquina de coser, deseando los buenos zapatos que usa el hijo de un carpintero o de un trabajador de los muelles, como nos sucedía en Veracruz. Éramos una familia de la clase media, con exigencias sociales que apenas eran satisfechas con el esfuerzo de una madre abnegada para atender desde los quehaceres en la cocina hasta los de la máquina de coser. La familia en la que el padre, ostentaba solamente un título, precisamente el único que no da para comer, el de la honestidad. Y por la parte materna solamente heredamos el apellido de nuestro abuelo. Un hombre que no se sentía honrado de ser campechano, sino que Campeche debe honrarse por haber tenido varones de la clase de don Esteban Paullada y Molina.

Poco antes del fallecimiento de mi padre había llegado de Mérida mi tía y primas las Enrile, pero mermada; la menor de tres que eran, habla muerto; nos iba a hacer falta porque era muy entretenida, con sus historias. Como había viajado, era inteligente y conversador, desarrollaba —con facilidad— pláticas que eran el recuerdo de lo que había visto y, las más de las veces, cuentos salidos de su imaginación. La primita a quien cariñosamente llamábamos “la Chata” murió a consecuencia de una tifoidea cuando todavía no llegaba a los 15 años; era la parienta más querida que teníamos los menores de la familia. Tenía madera de líder. Se jugaba cuando ella quería, y era ella quien escogía los juegos y quien más nos divertía con sus cuentos y sus fantasías.

Mis parientes quedaron hospedados, por supuesto, en la casa que habitábamos en la calle de Gómez Farfías. Otra vez —como había sido

en Torreón—vivirían bajo el mismo techo las dos familias. El esposo de mi tía Adela, don Gonzalo, andaba —de nueva cuenta— prófugo por el extranjero. Esperaba el momento oportuno de volver al país, como lo había logrado en el año 1912, cuando desconoció a Madero el inquieto luchador Pascual Orozco. A este se unió mi tío Gonzalo para que Victoriano Huerta les hiciera sufrir una derrota definitiva en Rellano. Recuerdo haber visto un libro que hablando de Pascual Orozco, me encontré con una fotografía de Gonzalo Enrile con la inscripción de “candidato de Orozco para presidente de la República”. En el libro de Casasola, *Historia gráfica de la Revolución*, aparece la fotografía de don Gonzalo Enrile con la inscripción de candidato a la presidencia de la República. Las derrotas de Rellano y Bachimba no lo desanimaron: seguirían conspirando.

Las derrotas de Bachimba y Rellano no lo desanimaron para seguir conspirando, en eso anduvo nueve años más, y eso le costo la vida.

Desde la llegada a Veracruz de nuestras muy cercanas parientas, que luego saldrían para México, oía yo algo sobre la conveniencia de que también dejáramos Veracruz los Sandoval; ya que, faltando el jefe de la familia, no tenía objeto nuestra permanencia en el puerto. Esto se trataba bajo la muy respetable intervención de —mi hermana Mimilla—, cuya opinión era determinante, y los menores oíamos con gran interés esas pláticas de sobremesa porque ya estábamos felices en la tierra caliente, de gente sincera y franca, donde a diario, por las tardes, casi a la hora del crepúsculo, gozábamos de los baños en la playa.

Si durante los primeros días en Veracruz tuve gran nostalgia por Toluca, el ver la decisión de abandonar el puerto me tenía angustiado: le había tomado cariño al lugar en que me había recibido a pedradas e injurias tratándome de “gallego”.

Me hice la promesa de que algún día volvería a esa tierra que por entonces tenía el sello



característico de limpieza, y la franqueza de sus gentes, Veracruz, antes de extenderse, era una ciudad muy bien trazada con sus calles muy rectas, tenía como límites: al norte la calle de Montesinos donde se ubicaba la estación "terminal", y a no más de 20 cuadras —hacia el sur—, terminaba la avenida 20 de Noviembre y lo más retirado en la misma dirección era "la laguna" barrio que quedaba en los alrededores, a donde llegaba el tranvía atravesando llanos. En sentido este-oeste, el límite oriental, eran las playas —en sucesión—, y en el occidente, la avenida Pino Suárez, a distancia de unas 18 cuadras.

En esos días, próximos a la consolidación del gobierno constitucionalista, el municipio jarocho pasaba de unas manos a otras, igualmente limpias. Fue esa época en que todavía los alcaldes no eran gente corrompida —no habían llegado los universitarios—; eran personas como don Domingo Ramos, maestro de obras que al día siguiente de entregar el puesto, iría con la frente en alto a tomar medidas de cimientos y a dirigir a sus albañiles.

Era la época en que a los lecheros, por la noche, se les dejaba las botellas vacías en el balcón, y el importe de lo que debían entregar de leche. Esto a pesar de que los soldados carrancistas —gente de lugares muy distantes de Veracruz— andaban por las calles. No eran todavía un ejército disciplinado; pero —que duda cabe— el influjo de la comunidad, con sus sanas costumbres les hacía portarse como los mismos lugareños. No había pordioseros por las calles. Los edificios públicos como el correo, y la aduana, presentaban un magnífico aspecto, y aunque pequeños, no dejaban de ser vistos con interés por los fuereños, ya que su arquitectura neoclásica invitaba a hacer comentarios. En sus pórticos y escaleras no se instalaban gente astrosa pidiendo limosna, ni vendedores de baratijas. No estaban tan descuidados los alrededores de dichos edificios como se han visto en los últimos años, en

que una peste tremenda impregna el ambiente en esos lugares, y se extiende hasta el mismo centro de la ciudad, que en línea directa, no median más de 300 metros. Es verdad que se ha hecho una modificación a la gran plaza que conforman dichos edificios y el de la estación terminal, habiendo levantado uno que no desentona en cuanto a su arquitectura para oficinas del Registro Civil; además se ha dado una remodelada a lo que era el "Faro Benito Juárez" del que han hecho el Santuario de la Reforma con media docena de bustos y unas cuantas fotografías; algo austero que muchos les parece árido; y pobre porque lo toman como museo. Es todo lo que se ha hecho en más de sesenta años. Pero las autoridades —con mayor culpa los de origen universitario— han sido muy tradicionalistas conservando en ese rincón de la ciudad los peores olores despedidos por materias fecales, harina de pescado almacenada y los desperdicios de mariscos de las fondas y mercado cercando, a los que nunca se les ha exigido la menor asepsia.

El Veracruz que dejábamos, en días de la segunda década, era un pueblo grande, tranquilo, hospitalario; con embrujo. Los muchachos pasábamos la mayor parte del tiempo en la calle para encerrarse en casa a hora muy avanzada en comparación a como se acostumbraba en tierra de clima templado. El ambiente era familiar en todos los barrios. El de La Huaca —donde vivíamos— era lo más alegre de la ciudad; por sus calles desfilaban los vendedores de cacahuates salados y los de panza de ternera lanzando, con fuerza, grito de "mondoongo, mondonguero"; pregón que ha merecido el trabajo de un compositor incluyendo en un danzón la imagen del vendedor de vísceras.

Por la esquina más cercana de la calle donde vivíamos, paraban los tranvías que hacían el recorrido llamado playa, era el lugar en que, bajaban del carro eléctrico los jugadores que domingo a domingo nos deleitaban con su magnífico





béisbol. Los acompañábamos hasta el parque donde se jugaba, al que entrábamos sin pagar cargándole el guante, el bate o la careta a nuestro ídolo.

El Águila y el Esperanza eran las novenas de más cartel, los jugadores eran trabajadores del muelle artesanos; era muy poco lo que ganaban como profesionales del béisbol aquellos jugadores, que se daban el lujo de derrotar a las mejores novenas de Cuba. Eran una maravilla jugando.

El famoso Paito Herrera, pichando por el Habana Read, y Lañiza con los de El Águila; los nuestros les colocaron nueve ceros. Nuestro *catcher* Paco Rivera, era lo mejor de lo mejor de todos los tiempos, sacando *out* en segunda base al corredor, haciendo la "doblada" en posición de "cudillas". Más de 50 años después escribiría yo en el periódico *El Dictamen* de Veracruz, un artículo protestando por la gran injusticia que se cometía, cuando se proyectaba hacer en un centro deportivo, un "Salón de la Fama". Se daban los nombres de nuestros más grandes deportistas en el béisbol, y ponían a Beto Ávila y a Vinicio García, otro muchachito veracruzano, famoso contemporáneo suyo. Al asentar en mi escrito que antes hubo un Lañiza, un Paco Rivera, y otros como los Pintueles, el gran Orrelin, Cinta y algunos más; a estos debería tomarse en cuenta en primerísimo lugar, aunque no hubiesen tenido oportunidad de aparecer en las grandes ligas de Estados Unidos. Pero—qué duda cabe—eran tan buenos como los mejores del mundo.

## Nuevamente en Toluca

Una vez que quedó decidida nuestra salida de Veracruz, mi hermana mayor acompañada de las primas y mi hermano Carlos vieron al comandante militar, coronel Gonzalo G. de la Mata con el objeto de conseguir pasajes. Le dijeron que éramos familia de un revolucionario. El coronel

preguntó de inmediato a mi hermana: ¿Qué grado tenía su papá y con quién andaba? "¡No!", contestó mi hermana, no anduvo en combate ni tenía grado; he querido decir que era de ideas revolucionarias; mi casa está llena de fotografías de Madero. Si hubiese tenido menos edad cuando estalló la Revolución, hubiésemos andado tras de él por todas partes o nos habría abandonado.

De la Mata, hombre comprensivo y generoso, con todo gusto mandó extender los pases en primera clase.

El coronel había sido artista de teatro. Tengo muy presente su figura, usando corbatón y chambergo negros, con el cabello largo. La pelarina no la soltaba, al verlo, de inmediato recordaba uno a los mosqueteros, a la fecha no me explicó cómo un hombre con categoría y tipo de artista bohemio, haya podido tomar la personalidad que en determinados momentos se necesita para meter al aro a tipos primitivos como eran, en gran porcentaje, los soldados, oficiales y jefes de entonces. El señor era, simple y sencillamente, el amo de la ciudad, sin más autoridad que la suya.

Regresamos a la capital y a los pocos días yo salí para Toluca, para vivir con mi hermana Carmen, la casada. No me las tuve que ver duras para pasar al sexto año. Iba bien preparado de la ciudad jarocho.

El carrancismo iba triunfando, ya habían tenido lugar los combates de Celaya y Santa Ana del Conde, lugar, éste, en que perdió el brazo Obregón; después siguieron las derrotas de Villa, y éste asaltó la ciudad norteamericana de Columbus. Todavía daba mucha guerra la casi extinta división del norte. Seguían a Villa los López — Martín y Pablo— y Candelario Beltrán. De manera que para cuando regresé a Toluca, ya la expedición punitiva, mandada por el general Pershing, había estado en escaramuzas contra fuerzas carrancistas, pero a Villa no se le encontraba; pronto regresaría Pershing a Estados Unidos y el



guerrillero seguiría prófugo por la Sierra de Chihuahua, que conocía palmo a palmo, hasta que se rindiese condicionalmente durante el gobierno de don Adolfo de la Huerta, después de la muerte de Carranza, en 1920.

El jefe de las fuerzas carrancistas en Toluca era el general Alejo González. Ya en el año 1917, con Carranza como presidente interino, se promulgó la Constitución que fue renovada por un selecto conjunto de legisladores, entre los que destacaban por sus ideas liberales, los generales Mújica y Jara. Tuvo lugar la solemne ceremonia de promulgación, en Querétaro, el 5 de febrero, que coincidía con el regreso a Estados Unidos de la expedición punitiva. En mayo, el día primero, protestó Carranza como presidente constitucional.

Me encontraba nostálgico, en Toluca, recordando mis incursiones a la playa veracruzana, pero por otro lado, sentía el placer de andar con mis amigos, a quienes meses antes había dejado — Ignacio (Tato) Sanabria, José Luis Ramírez, Luis Guerrero Esquivel— que me acompañaban sábados y domingos a jinetear becerros. Los sobrinos del general González, dos de ellos más o menos de mi edad, eran buenos jinetes; el mayor —Melesio— montaba cualquier caballo, en pelo, y en las carreras llamadas “de carril” que se llevaban a cabo cada semana, siempre ganaba. Sentía yo envidia al ver a esos muchachos cabalgando en magníficos pencos, como la había sentido viendo a los Cruz, a los Mañón, a los Becerril, estos últimos hijos de hacendados. Cuando me hice amigo de Melesio González le dije que tenía ilusión por treparme en uno de sus buenos caballos. —¿Tú sabes montar?— me preguntó—, Bueno —respondí— ya me sostengo en un becerro grandecito, y si un caballo amansado respinga menos que un becerro, creo que no me tira. Se me hizo mi deseo de montar un buen caballo, pero no los que Melesio lucía, pues el general no a cualquiera le dejaba lo mejor de su cuadra.

Los muchachos Cárdenas Villavicencio — hijos de familia rica— tenían una casa con un inmenso corralón a la salida de la ciudad; tenían un potro de poca alzada que habían escondido para que no corriera la suerte de los demás animales que les decomisaron los revolucionarios. Este animal nos servía para darnos gusto en dicho corralón, hasta que lo dejábamos agotado. Todo esto se permitió tres años después, siendo alumno de la Escuela Naval, estando de huésped en la Academia de Estado mayor, en la capital, montar los caballos más briosos: el ex-federal, el Perico y el Peón. La academia fue inaugurada por órdenes de don Venustiano Carranza en 1916, con oficiales del Ejército, para irle dando legalidad a dicha institución. Esto se hacía, en tanto se llevaba a cabo la reapertura del Colegio Militar, que sería en el año de 1920.

Al correr de los días se me fue olvidando Veracruz. Estaba en la edad en que todo quiere uno saberlo, todo quiere uno presenciarlo, sin medir el peligro; pero eso oí—con mis amigos— silbar las balas muy cerca y no pensaba en qué fácilmente, una desgracia pudiera acontecer: al sur de la ciudad, como a unos cinco kilómetros, se halla el pueblo de Capultitlán (abundan los capulines), muy cerca hay otro poblado que se ubica en un cerro, llamado Tlacotepec.

Oíamos decir que los habitantes del primero eran simpatizadores de Carranza, y los del segundo eran zapatistas. Una tarde supimos que se combatía por ese rumbo; en un momento nos trasladamos hasta las cercanías de Capultitlán; el fuego era graneado. Los zapatistas estaban, por supuesto, en el cerro. Sablamos cuando el disparo era de 30-30; el conocido “Pin-Pan” de dicha arma, predominaba.

Estuvimos en expectación hasta que comenzó el crepúsculo. Mi compañero en esa aventura era un muchacho mayor que yo, quien acabó por irse con los carrancistas; supe que lo habían matado, era hijo del director de la escuela prima-



ria "Felipe Sánchez Solís", donde terminé mi enseñanza elemental. El honorable maestro don Rafael L. Nava, tan recto, tan enérgico, tan decente, nunca pudo controlar a su hijo Sabino, que así se llamaba el muchacho, quien por mala cabeza, todavía en edad en que no hay convicción política—por aventura—, fue a sumarse a las numerosas víctimas de la Revolución.

Al día siguiente del combate, fuimos tras de un Contingente de tropas, que salió de Toluca en dirección a Capultitlán; fueron a reforzar la guarnición que había quedado en el pueblo, después de hacer huir a los zapatistas. Se estaba "recogiendo el campo" y pudimos presenciar en el panteón que a docenas de hombres los enterraban en fosa común, envueltos en petates, estibados como quien deposita sacos de harina—"cuatrapeados"—. Por las calles yacían los muertos del bando zapatista, civiles que habían hecho causa común con los surianos. Se contaban por cientos, y nos preguntábamos: "¿A éstos quién los recogerá?". Uno que cayó en una bocacalle con los ojos desmesuradamente abiertos, había arañado el suelo que era de lodo. Las uñas habían hecho surco y se encontraban llenos de sangre cuajada. Años después los cronistas de la Revolución darían cifras de muertos durante la contienda, del orden de los millones. Ciertamente, no se exageraba, si se dice que en la refriega de Tlacotepec que duró unas cuantas horas cayeron por cientos. Era parte del precio cobrado por la vida de Madero, varón que en 1910 empuñó la bandera de la democracia, el que quiso redimir a su pueblo y soñó con que resplandeciera la justicia. También fue el resultado de la incompreensión, y de las ambiciones de los caudillos antepuestas al bienestar común de la nación.

Con el tiempo me enteraría que entre los zapatistas, a quienes apodaban "las liebres blancas" por su indumentaria de manta blanca y sus carreras en derrota, se encontraban muchos jefes de la Armada. Mi primer comandante, cuando

me recibí de marino, el que guió mis primeras prácticas, el mazatleco don Manuel Loaeza, anduvo dos años—según nos contaba—, con un general Martínez. Llegó—con motivo de una derrota— a estar escondido dos meses en la sierra, comiendo tortillas y frijoles que un fiel amigo—un hortelano— le dejaba en lugares convenientes. Don Antonio Medina, que en los años veinte era capitán de barco petrolero, también fue zapatista. Este magnífico hombre no regresó a la Armada. Fue de los capitanes más prestigiados de la compañía petrolera El Aguila. Muchos marinos fueron villistas y pocos se hicieron carrancistas; por eso, al triunfo de la causa, cuando don Venustiano llamó a los de la Armada—aun cuando hubiesen servido a Huerta—, los generales del bando triunfante, cuando quedaron como "amos y señores de la nación", se "pusieron las botas" oprimiendo a quienes ellos llamaban reaccionarios, y les hicieron pasar un calvario, imponiendo privaciones a nuestra institución, lo que hasta nosotros padecemos. Esto sentó precedente y a la fecha sigue siendo muchísimo mayor el presupuesto de la Defensa Nacional que el de la Armada. Y seguirá siendo así, cada vez con menos razón.

Pienso que, con muchos marinos militares, me crucé por las calles de Toluca con señores que dejaron el uniforme para codearse con los nativos de los estados de Morelos y Guerrero, bajo las órdenes de Genovevo de la O. Pacheco, Quintanilla, Cal y mayor y del mismo Almazán, que anduvieron de derrota en derrota, y cuando aquéllos volvieron a las cubiertas de los barcos, fueron señalados como reaccionarios, y eso sería—indirectamente— la causa de nuestros sinsabores.

Por Toluca pasaron la mayoría de esos señores marinos que muy pocos llegaron a altos jefes. De regreso, en la Armada eran unos señores mediatizados, que no se enfrentarían a los poderosos para exigir mejor trato y ayuda a



nuestra institución; e infortunadamente esa actitud se heredó pues no he visto hasta la fecha, a ningún ministro de marina que fustigue al político entremetido que se interpone entre la Armada y el primer magistrado, obstruccionando nuestros intereses. Ha sido el caso de los secretarios de Hacienda y los secretarios de la presidencia, quienes han hecho nugatorias nuestras gestiones para mejorar.

Afortunadamente tuve tiempo de pagar el cuarto año en Veracruz, en Toluca cursaría el quinto y terminaría la instrucción primaria en el Distrito Federal.

Estando ya bien posesionado de la silla presidencial don Venustiano Carranza en el año 1917, había un gran entusiasmo en todas las escuelas oficiales por la militarización; por todas partes se oían tambores y cornetas. El gobierno proporcionaba uniformes, y el 16 de septiembre formaron varias escuelas. Nuestro ejército apenas recibía instrucción, y los escolapios podíamos competir en marchas con los "juanes" que hablan ganado muchas batallas, pero todavía no estaban bien instruidos como para lucir en desfiles.

Los de la Escuela Superior de Toluca que estábamos en la calle de Nigromante, éramos los mejor instruidos. Fui ascendido a cabo junto con mi compañero de banca Gustavo Durán Vilchis. Lucimos en un desfile, después del cual nos felicitó el general Alejo González.

Faltando tres meses para que terminase el año me trasladé a la capital cuando supe, por mis familiares, que se encontraba en esa ciudad el comodoro don Rafael Montalvo, quien me apoyaría para ingresar a la Marina. No me costó trabajo entrar a la escuela Bartolomé de las Casas, a pesar de que las clases estaban bastante avanzadas. Ahí con gran esfuerzo, terminaría mi instrucción primaria. Aprovechaba todo mi tiempo libre para estudiar, haciéndolo hasta altas horas de la noche, pero los domingos no me perdía de hacer deportes. Se había creado un departa-

mento con el nombre de "militarización", al frente del cual se encontraba un general Jesús Garza. Tenía que ver con la instrucción militar de los escolapios con bastante injerencia en el asunto deportivo.

El general era un viejo muy amable. Siempre vestía traje negro, con "bombín"; ni una sola vez lo vi uniformado.

Se le sacaban balones de fútbol, guantes y pelotas de béisbol, zapatos tenis y cuanto se le pedía.

Había una marcada tendencia a militarizar a las escuelas. Alguna idea obraba en el ánimo de don Venustiano Carranza, ya que siendo un civilista a ultranza, hacía que toda la muchachada jugara a los soldaditos. Seguramente no se olvidaba de las advertencias de invasión que los presidentes norteamericanos hacían desde los días de la Decena Trágica. Tanto William Taft como su sucesor Woodrow Wilson, con un tono fraternal, que más era paternal, habían advertido que en caso de sufrir perjuicio en la persona o en sus bienes, los súbditos de Estados Unidos; se verían obligados a intervenir. Quien más veces lo advirtió por conducto de su canciller y su agente confidencial, fue Wilson, que fue en tiempo de su gobierno la "toma" de Veracruz —21 de abril de 1914—.

El mandato de Carranza se inició poco después de la efervescencia política entre los dos países, estando fresca la sangre que derramaran Madero y los defensores de Veracruz, cuando desató gran polémica el hecho de que países europeos reconocieran al gobierno de Huerta, y no se quisiera reconocer al constitucionalismo. Los conflictos del asesinato por los villistas del inglés William Benson y la amenaza de incautación de la hacienda "El desengaño" —propiedad de extranjeros—, desataron una ola de reclamaciones en que se hablaba de fraternidad, de que México era un "gran país", pero la colita de los escritos dictados por Wilson, o por su canciller



o su agente especial William Rayard Hale, era siempre una seria advertencia. Como cuando el padre, muy poderoso, lleno de vigor advierte a su hijo: "Eres muy bueno pero vete por el buen camino porque de no hacerlo, te reviento las nalgas a palos". La espada de Damocles permanecía sobre la cabeza el gobierno de don Venustiano. Por eso en Toluca había yo visto en la alameda —en mañanas frías— formados, alineados por la derecha a gran cantidad de toluqueños, hombres de todas las clases sociales respondiendo al llamado y sucedía tanto en las postrimerías del gobierno de Huerta como cuando ya la plaza estaba en poder de los carrancistas. Esto revelaba el sentimiento antiyanqui que se precipitaba con la tirantéz había entre Estados Unidos y nuestro gobierno "de facto" y poco después por las reclamaciones provocadas por Villa que entonces eran dirigidas a Carranza y no al gobierno de Huerta al que —sin ningún escrúpulo— habían reconocido más de una nación. Por todo esto, creemos que Carranza veía una amenaza contra nuestra soberanía y cuando en 1917 se vio en la silla presidencial, dispuso uniformes, tambores, cornetas e instructores para que los jóvenes de las escuelas desfilaran, y se fueron relacionando con el asunto castrense, ya que el asunto era para pensar que lo sucedido en esos días podía repetirse en un futuro próximo.

## *La Academia Naval Militar*

Como resultado de la invasión norteamericana a Veracruz, el 21 de abril de 1914, los alumnos de la escuela, después de la resistencia que presentaron, salieron a la capital de la República, alojándose en el Colegio Militar, que se encontraba en el Castillo de Chapultepec. Ahí siguió funcionando hasta que todo el Ejército Federal fue licenciado, incluyendo a los alumnos.

Posteriormente —como antes he relatado— se creó la Academia de Estado Mayor, para oficia-

les y jefes del Ejército, plantel al que acudieron en su mayoría oficiales y que dio magníficos resultados. En la formación de una "compañía" se veía como alumno raso, a alguien que en filas había llegado a mayor, o teniente coronel, en tanto que el comandante de la unidad en filas era capitán. Por este concepto no hubo fricciones, y tanto la instrucción militar, como la enseñanza en las aulas, era de lo más satisfactorio. Cuando estuvimos en la capital con motivo del desfile del 16 de septiembre en 1919, nos hospedamos en la Academia que se encontraba en Popotla, donde había sido escuela Normal para hombres. Entonces aprendimos de ellos a dar el llamado taconazo, en el momento de saludar a un superior.

La amnistía para los marinos fue por el año 17; expedido el decreto respectivo, se principió a admitir en los barcos a los alumnos que defendieron Veracruz; harían estudios de las materias básicas —profesionales— para presentar exámenes a solicitud del interesado.

Como comenzaron las solicitudes de jóvenes que no habían estado en la escuela por falta de edad, se optó por abrir la admisión a quienes se encontraran en ese caso, principiando a recibirlos en enero de 1917. Pero su calidad sería de "aspirantes a alumno". En 1918 ingresé yo con mis catorce años cumplidos; no eran muy exigentes en esos días las condiciones para el ingreso; solamente se pedía certificado de primaria y se presentaba examen de aritmética razonada, elementos de álgebra, física, lengua castellana, geografía e historia patria y universal.

Mi maestro, magnífico preparador que no me llevaba ni tres años, fue uno de los hijos del poeta don Enrique González Martínez —Héctor González Rojo— quien había heredado un gran talento, pero no precisamente en la poesía. Era Héctor muy inteligente y de un gran ingenio para las guasas. Poeta fue su hermano mayor, llamado como su padre —Enrique— quien dejó incom-



pletá su obra por haber muerto a temprana edad.

Héctor se ponía a leernos *El Quijote*, *La divina comedia* y *El paraiso perdido*, en la biblioteca de su padre, y nos hacía comentarios sobre obras que no entendíamos. Nuestros libros eran los de Salgari. Ese muchacho talentoso, a quien no he vuelto a ver —repito— fue mi preparador para el ingreso. Con él aprendí en tres meses, más de lo que había estudiado en todo mi sexto año de la escuela superior.

Embarqué —habiendo causado alta— una mañana de febrero. Soplaban un viento muy fuerte del norte, que por la tarde llegó a tener rachas huracanadas. Una vez a bordo del velero Yucatán, estaba fascinado al ver pasar las olas por el costado del barco, a pesar de la novatada que se repartió entre tres, ya que el día anterior a mi llegada habían causado alta otros dos.

El barco era un bergantín, anclado frente a San Juan de Ulúa, provisto de toda su jarcia fija<sup>1</sup> bien mantenida, de lo cual era celoso director, un hombre de la Escala de Mar —primer contra-maestre—. Nos hacía arriar e izar las vergas, juanetes y mastelerillas<sup>2</sup> con el cabrestante<sup>3</sup> a base de esfuerzo físico no había nada movido con vapor o eléctricamente. El barco era magnífico (casco de hierro), que adaptándole un motor auxiliar, hubiese prestado servicios por muchos años.

Después me he preguntado “¿Por qué haber dejado perder ese magnífico barco?”, a la fecha podría lucir como lucen los de otros países. Pero esto es “pedir peras al olmo”: no somos un país marineramente. Uno de nuestros presidentes se reiría cuando se le llegó a hablar de los barcos de vela. Nuestros altos jefes no han tenido un sentido bien claro de lo que eso significa, obran-

do la circunstancia de que, desafortunadamente, a nuestros ministros no les ha llamado la atención ese aspecto de la carrera. Entonces, el Yucatán estorbaba, y por eso sería abandonado y perdido.

En el Yucatán teníamos clases, por la mañana, que un oficial, como profesor voluntario, nos iba a impartir. El resto del tiempo se ocupaba en las faenas que el antes citado comandante, don Ramón Romero, nos imponía. Con su silbato nos hacía virar el cabrestante, izar y arriar los botes, largar y recoger cabos. Esto a diario, y las maniobras pesadas a que antes me refiero como izar y arriar vergas y picos, se hacían una vez por semana.

Había pues, quien pudiera mandar la nave, y no era edificante para aquellos señores de muchas insignias, dar el mando a don Román Romero. Ese barco lo habían mandado señores marinos, don Manuel Azueta y don Manuel Trujillo, antes de condenarlo a estar fondeado hasta su vergonzosa destrucción. Tal parecía que tras de los antes mencionados, no quedaban más que charros con gorra blanca, pues no se levantó una voz que condenara esa herejía, de echar al fondo del mar lo que podía haber lucido por todos los mares al impulso de las velas. Y es inexplicable que un buen marino, curtido por el aire de la mar y el sol, el entonces señor contralmirante don Hilario Rodríguez Malpica, no haya interpretado su prestigio e influencia para evitar la pérdida del magnífico velero.

Por supuesto que nunca nos tocó salir a la mar, como hubiéramos querido. Se nos trasladó al cañonero Bravo, porque en una ocasión al comandante Romero se le pasó la mano y dio un bofetón a uno de los grandecitos del grupo. Como hubo protesta por escrito, ya que había

<sup>1</sup> *Jarcia fija*: palos, cabos que los sostienen (obenques) y además maniobra que, como su nombre lo indica, no se mueve; *jarcia móvil*: son velas, vergas y todo lo que tiene movimiento al trabajar.

<sup>2</sup> *Masteleros*: una de las piezas que componen un palo; *juanete*: las dos vergas más altas del palo mayor.

<sup>3</sup> *Cabrestante*: molinete con que se tira del cabo para izar grandes pesos como las vergas y las anclas de leva.



algunos leguleyos, muchachos de 18 y 20 años, don Román dijo que no nos aguantaba a bordo y dábamos mal ejemplo a los grumetes. El citado velero, repito, podía haber dado servicio muchos años más; pero fue desmantelado y hundido. Insisto en considerar esto como algo vergonzoso, ya que denota una completa carencia de espíritu mariner, (seguiré repitiendo esta expresión). Los buques de vela —hasta la presente década de los setenta—, dan servicio como naves de instrucción, en casi todas las Armadas del mundo. La vela fue de antaño, pero en la actualidad hay millones de botes veleros en que se practica el bello deporte, lo cual quiere decir que si al aprendizaje de marino se le pone a practicar en naves de esa clase, además de que se les forma carácter por el trabajo físico que se desarrolla, quienes lo aguanten serán una buena selección como hombres de mar; serán atléticos, y al llegar a directores o instructores en la mar, no serán esos hombrecitos enclenques, barrigones, flácidos, que uniformados causan tan mala impresión.

Estando en el Bravo, en el mes de septiembre de 1918, fuimos a desfilas a la capital; formábamos una fracción a vanguardia de una columna de desembarco. Éramos 12; nos dieron un guión blanco con fleco dorado que tenía una inscripción: "Academia Naval Militar —Pie Veterano—". Éramos Antonio Vázquez del Mercado, Manuel Zermeño, Guillermo Omaña, Antonio Fernández, Alfonso Morales, Jorge Souza, Luis Galván, Vicente Gabucio, Álvaro Sandoval, José Najas, Cuauhtémoc Pérez y Octavio Morales. Otros dos se encontraban con licencia: los hermanos Aguilar Melgarejo.

Nos hospedaron en el cuartel de San Ildefonso, que una mañana ocupó parte de las plazas de los periódicos de la capital; de ahí había sacado fuerzas el general Lauro Villar, cuando la Decena Trágica, para impedir la toma del Palacio Nacional por los generales Bernardo Reyes, Félix Díaz y Gregorio Ruiz.

Se nos miraba como algo raro en la capital; hacía mucho tiempo que no vela gente de mar uniformada. Al regresar del desfile cuando estábamos de regreso en Veracruz, había gran cantidad de solicitudes de ingreso, lo que contribuyó a la reapertura de la escuela. El edificio donde se instalaría sería el mismo que por años le pertenecía. Había permanecido en poder de los gobiernos federal y constitucionalista que tomó la plaza poco tiempo después de que fue bombardeado el 21 de abril de 1914. Se utilizó como oficinas de diferentes dependencias. Cuando se reinauguró, todavía quedaron las del Registro Civil y unos juzgados que lindaban con el patio y así permanecieron algunos meses más. También se habían establecido, en una sección, del edificio las oficinas de la "comandancia de Marina" del golfo que estarían por largo tiempo más. Por el año 1923, quedaríamos dueños de la manzana completa por exigirlo el número de alumnos que excedíamos al centenar.

En febrero de 1919, se llevó a cabo la reapertura de la escuela con el nombre de "Academia". Se reinauguró con 29 alumnos: Ramón Moya, Juan Castañón, José Ríos, Gontrán Chapital, Antonio Vázquez del Mercado, Guillermo Omaña, Manuel Zermeño, Antonio Fernández, Luis Galván, Octavio Morales, Álvaro Sandoval, José Najas, Cuauhtémoc Pérez, Luis Mateos, Manuel Solórzano, Octavio Queznel, Alfonso Martínez, Eduardo Abaroa, Darío Meixueiro, José Morán, Enrique Díaz, Juan Cortés, Gustavo Carreño, Antonio Arvide y Arvide, Antonio Arvide Ríos, Raúl Mujica, Miguel Arvide, Gonzalo Montalvo y Agustín Cervantes.

De mucho nos sirvió, a quienes aspirábamos a ser alumnos, el tiempo que habíamos tenido embarcados. Cuando se presentaba la oportunidad de ir a bogar, nos lucíamos ante los novatos. La escuela estaba tan pobre en esos días, que las oportunidades de coger el remo nos la proporcionaban los barcos de la Armada fondeados en bahía.



Dejamos de ser aspirantes a alumnos, y los que iban ingresando llevaban su "oficio" de alta sin lo de "aspirantes". Tres de los defensores de 1914, que cuando la reapertura se encontraban a bordo del Zaragoza, pasaron a la escuela a formar el cuarto año, (Moya, Castañón y Ríos). Chapital que era de la misma época, quedó en segundo año.

En el "acto de la jura", el lábaro lo empuñaba un teniente —Carlos Castillo Bretón—, oficial atlético, que con el tiempo sería muy popular por su vertiginoso ascenso. Después de separarse por tres años, regresó cuando la asonada delahuertista en 1913, por la que muchos oficiales causarían baja. Protestarla públicamente por los sucesos de 1920, cuando derrocaron a Carranza. Era arrojado, se hizo piloto aviador, toreaba, luchaba y tenía la gran virtud de ser estrictamente honesto, tanto que no parecía ser hombre de la época en que vivió y, por supuesto, de la que se avecinaba. Llegaría a ser jefe del Departamento de Marina. Tenía un gran corazón, era humano y siempre estaba dispuesto a impartir justicia. Abominaba de los legalistas que precisamente por apeгarse estrictamente a las leyes, más mal hacían que remediar situaciones y faltas de disciplina.

En los días de la reapertura de la escuela, la nación no estaba pacificada del todo; ya habían eliminado a Zapata, asesinandolo, pero por todas partes surgían los alzados. Don Venustiano Carranza no pudo gobernar en absoluta paz. Villa andaba con el puñado de sus más fieles seguidores en las regiones del norte. Las gavillas del sur seguían volando trenes. Don Gabriel Carvalho, que se había ido de la Armada como capitán de fragata en 1914, ya para el año 19 se había hecho general, y operaba en el estado de Veracruz, como acérrimo enemigo de Carranza.

Al reinaugurarse la escuela pusieron como director al capitán de navío don Arturo F. Lahapam. Era el caballero perfecto, bastante joven

para el grado que ostentaba: estaba lejos de cumplir los 40 años. Era incapaz de levantar la voz, de gesticular, y menos de expresarse con malas palabras. Usaba bigote largo con las puntas extendidas hacia los lados, a diferencia de como se acostumbraba por entonces, retorcidas hacia arriba (bigotes de káiser). El rancho era algo así como de 50 centavos por plaza, y se comía bastante bien. Don Arturo se presentaba inusualmente en el comedor para ver si lo que se servía era lo mismo que le habían llevado de "muestra", como era la costumbre.

— Fue don Arturo Lahapam, una de las rarísimas excepciones en nuestro país, que de vez en cuando hacen pensar, que no todo ha sido podredumbre. Vivía modestamente, en casa de alquiler. Cuando causara baja en 1929, por haber quedado del lado de los rebeldes, contra el gobierno del general Plutarco Elías Calles, se vería obligado a aceptar un modesto empleo en la compañía de cigarros El Buen Tono, que le conseguiría un empleado de confianza. Este empleado había sido su alumno en 1919, nuestro inolvidable compañero Luis Mateos Góngora. En poco tiempo, don Arturo escalaría puestos, dada su capacidad de trabajo e integridad. En unos cuantos años ganaría en dicha empresa cigarrera, lo que no había hecho en su vida de marino pundonoroso, que prestó tan buenos servicios a la nación.

Olamos contar sobre las vidas de marinos Viejos. El comodoro Azueta—defensor de Veracruz—. El comodoro Izaguirre (don Manuel), prototipo del porfiriano, malo, negrero. El comodoro Ortiz Monasterio, miembro de familia aristócrata. Don Manuel Trujillo (padre) bella persona, que había dado luces, por su inteligencia y dedicación al trabajo. El pundonoroso contralmirante Othón P. Blanco, y el alvaradeño mal hablado volador de trenes, don Gabriel Carvalho. Este era un hombre de hierro en cuanto a su fortaleza física, y no decía una frase sin pronun-





ciar una picardía; usaba barba larga, tenía la voz delgada, haciendo contraste con su físico que sobrepasaba los cien kilos; era hombre de convicciones, no le perdonó a Carranza su tozudez, que demostró al no haber reconocido las decisiones de la Convención de Aguascalientes, como tampoco se lo perdonaron Iginio Aguilar, don Miguel Alemán y otros. Anduvo don Gabriel Carrillo, manifestando su inconformidad en el monte, hasta que murió Carranza; Obregón lo amnistió reconociéndole grado de general de división, jerarquía de la cual no había equivalencia en la Marina. También se contaba entre los más altos jefes, el contralmirante don Hilario Rodríguez Malpica, y el comodoro don Rafael Montalvo. El primero, padre del comandante del Tampico, que combatió con su barco contra el cañonero Guerrero, frente a Topolobampo. Hilario jr. se declaró del lado de la Revolución, y sus combates fueron una acción de guerra en el mar que dejó marino a la Revolución, pues su barco fue hundido y el comandante se suicidó antes de que las fuerzas contrarias lo fusilaran.

El primer año en la escuela, fue de organización y acomodamiento; nos cambiaban profesores con frecuencia, tuvimos muy pocas prácticas marineras por falta de elementos, pero estudio intenso. La falta de vestuario y carencia de sastres especializados, hacía que nuestros uniformes diferenciaran los de unos con los de otros, tanto en clase de tela como en detalles de confección. Los botones, unos eran muy corrientes, de cobre, hechos con un burdo troquel, y otros un poco aceptables, los cuellos de los chaquetines, eran de diferentes anchos. Tanto uniformes como espaldas se heredaban por parte de los de nuevo ingreso. Así estuvimos varios años, y cuando íbamos a la capital, desde que velamos en la estación a los comisionados (alumnos del Colegio Militar) para recibirnos, perfectamente bien uniformados, con magníficos paños, nos hacíamos la pregunta: ¿por qué esta diferencia?

Pero el mal era de antaño; durante el siglo pasado, desde que don Guadalupe Victoria se hizo cargo de la presidencia de la República, habían carencias en la Marina. Existen documentos en que los brigadieres o de cualquier otra jerarquía que estuvieron al frente de la Marina, se dirigían a la primera autoridad de la nación, expresando lo precario del presupuesto, y el poco material a flote para asegurar la integridad nacional en nuestros Litorales. No fue sino hasta el gobierno del dictador, general Porfirio Díaz, cuando principió la adquisición de buques modernos para la época, *ad-hoc* a nuestra calidad de país libre y soberano. Se mandaron construir, especialmente para nuestra Armada, los cañoneros Bravo, Morelos, Tampico, Veracruz; y transportes Progreso y Guerrero; además de otros de menos tonelaje. De ellos, unos, todavía, nos tocaría tripular y hasta tomar el mando. Sería hasta el año de 1933 cuando se haría un nuevo esfuerzo de reorganización, tanto en adquisición de material como para especializar personal. Se adquirirían 15 unidades en España, y un reducido número de oficiales harían cursos de tiro naval, submarinos y Estado Mayor. Al preocuparse por especializar a oficiales, se pensaba en que México llegase a tener la flota que ameritaba y no solamente los diez guardacostas y tres cañoneros traídos de España. Pero de esta cosa, tan apasionante para mí, en capítulo aparte me ocuparé.

Antes de que se perpetrara el asesinato de Carranza en 1920 vimos, los habitantes de Veracruz, un espectáculo macabro. El general Blanquet, porfirista y enemigo irreconciliable de los revolucionarios, el mismo que había tomado preso a Madero, y uno de los que sus nombres se barajaron entre quienes se obstinaron en matar a aquél y a Pino Suárez, quiso —como también lo habían intentado Félix Díaz y Bernardo Reyes—, levantar gente para combatir al gobierno constituido. Andaba por la campaña veracruzana, cuando las fuerzas del general Guadalupe



Sánchez—comandante de las operaciones militares en Veracruz—lo tomó prisionero en un lugar llamado Chabastla. Se ha dicho que intencionalmente se precipitó a una barranca, yo también que fue acribillado a balazos. El caso fue que por no cargar por el monte un cadáver, o como castigo —post mortem— por el asesinato de Madero, fue decapitado; y en el puerto jarochero se expuso la cabeza que asentada en algodones, con los ojos abiertos y el pelo en desorden: daba un espectáculo dantesco. Ahí estuvo por muchas horas don Aureliano, que tantas batallas ganara con su 29 batallón a los zapatistas volteados contra el gobierno de Madero, a lo último manchó su brillante hoja de servicios, haciéndola de esbirro del Chacal Huerta; después persistió, hasta morir, en hacer perpetuo un ejército de pretorianos.

Durante los primeros meses del año 1920, la vida en la escuela era de intenso estudio, marchas, gimnasia y pocas prácticas marineras. No podía sostenerse un plan de estudios continuado, había muchos cambios, dándose el caso de que recibiésemos clases de teneduría de libros y anatomía, así como dibujo panorámico, materias útiles, pero no las que urgía enseñar al joven navegante. Por supuesto que con ocho materias, mas gimnasia e instrucción militar, la cosa era para estar activo desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, hora en que se iba uno a la cama para caer como fardo; y esto si no había un castigo corporal que cumplir, que eran una o dos horas de "plantón". Este correctivo disciplinario era inquisitorial; consistía en estar a pie —en posición de "firmes"— por una o dos horas; y cuando al esbirro que cuidaba, se le despertaban instintos vesánicos, por cualquier movimiento involuntario que hiciera la víctima, se le ordenaba tomar un fusil para sostenerlo en forma de "terciar" que era incómoda; pudiendo subir la pena a soportar otra arma con la mano izquierda.

Afortunadamente, tres años más tarde, ya los castigos corporales desaparecerían. Fue esta una conquista de la Revolución, que no tuvo resultados contraproducentes; fue algo muy humano que no relajó la disciplina, pero tardó mucho en implantarse, ya que a tres años del Constituyente de Querétaro, todavía, cualquier torquemada uniformado torturaba a sus compañeros de carrera y lo hacía creyendo que era el árbitro de la justicia.

### *Muerte de Carranza*

En el mes de mayo, estando próximos los días de preparación para exámenes, supimos del Plan de Agua Prieta. El gobernador de Sonora, don Adolfo de la Huerta, con los generales sonorenses Obregón, Calles, Hill, Alvarado y otros, desconocieron al gobierno de Carranza. No estábamos bien interiorizados de la política del país; la juventud de entonces no estaba politizada, y menos los que éramos militares. Don Venustiano abandonó la capital para trasladarse a Veracruz, donde había estado cuando desconoció a la Convención de Aguascalientes. En un largo convoy se trasladaba con sus más fieles servidores para establecer los poderes en el puerto. El tren fue interceptado por fuerzas rebeldes. Una gran parte del ejército se había volteado contra el gobierno. Ante la imposibilidad de seguir adelante el convoy, por voladura de vía, el señor presidente, con sus adeptos, siguió camino por la sierra. Contaba Carranza con la fidelidad del general Guadalupe Sánchez, jefe de operaciones en el estado de Veracruz; pero éste defecionó a pesar de que a Carranza debía sus últimos ascensos hasta llegar a general de división. Obregón tuvo el rasgo de ofrecer a Carranza amnistía, la cual no aceptó. Estaba rodeado —el presidente— de un reducido grupo de hombres, que a la hora del peligro, nada pudieron hacer por salvarlo. Aquél había ordenado que los cadetes del



Colegio Militar (en un rasgo de lealtad y heroísmo lo hablan acompañado), regresaran a México.

Como siempre sucede, no faltó un brazo asesino y un cerebro malévolos; un general (Mariel) que se incorporó a la columna, y otro apellidado Herrero, presentado por aquél al señor Carranza, urdiendo la trama, y el 21 de mayo de 1920 en la madrugada, cuando dormía el hasta entonces presidente de la República fue acribillado, sin que ninguna otra persona de los acompañantes sufriera herida alguna. No hubo combate; el general Herrero, que horas antes se amnistiara, había estado en la cabaña hablando con Carranza, y estudió la distribución de muebles y demás. En un rincón del jacal quedaba la cama donde reposaba la futura víctima. Herrero pidió permiso para ausentarse un día, por haber dejado asuntos de familia pendientes de arreglar, y quería seguir escoltando a Carranza, libre de toda preocupación. Esto debe haberlo tomado el presidente como lo que fue —una traición—; se sintió perdido, no tomó precaución alguna; solamente dijo que él moriría como un digno presidente.

Los barcos de la Armada, en Veracruz, quedaron a la expectativa; y ante los hechos consumados, el jefe de la comandancia del Golfo, con los comandantes de unidades, llegaron al acuerdo de apoyar al movimiento revolucionario.

El entonces teniente de teniente de corbeta, aquel gigantón varonil, Carlos Castillo Bretón—de quien ya traté en páginas anteriores, tenía que distinguirse, según su manera habitual de comportarse—. Cuando el comodoro Montalvo, en junta de jefes y oficiales, comunicó la decisión de los altos jefes, de reconocer el Plan de Agua Prieta, Castillo dio un paso al frente y con voz tonante dijo más o menos: "Protesto por esta determinación. En la Escuela Naval nos enseñaron a ser legales, no a traicionar. En estos momentos solicito mi baja a reserva de hacerlo por escrito".

Dejó Castillo anonadados a los presentes; mas el asunto no pasó de que se extendiera pliego de su baja por haberla solicitado.

Nuestro personaje se fue a la marina mercante, en la que duraría tres años, para reingresar con motivo de la asonada delahuertista. Con esto se reitera lo expresado antes, respecto a la carrera rápida que hizo, principiando porque le reconocerían el grado que ya tenían los que eran sus compañeros de promoción. Era hombre de estrella, "carismático", no era uno del montón...

Meditando sobre los acontecimientos de 1920, se presenta un aspecto discutible, sin saber a quién dar la razón: el presidente fue desconocido y asesinado; ahora tiene monumentos por todas partes de la República; hay uno gigantesco en Veracruz, frente al edificio de faros donde se llevan a cabo, ceremonias, como cuatro veces al año con motivos diversos: "Aniversario de la Constitución"; "Día de la Marina"; "Día del nacimiento del varón"; "Aniversario del Plan de Guadalupe"; y la salida de los norteamericanos en 1914. Quiere esto decir, que se trata de algo así como de un patricio. Entonces, por eso las juventudes actuales se preguntarán: "¿Quiénes fueron los cafres que desconocieron a tan valioso gobernante? Y justo será hacerles una corta historia, no precisamente para justificar las veleidades, ni las contradicciones: "A Madero lo mataron los reaccionarios, a quienes el Apóstol se había entregado. Lo mató su buena fe, su falta de conocimiento hacia la falaz criatura humana. Pero Carranza acabó con la reacción y fueron los mismos revolucionarios quienes lo desconocieron, habida cuenta de que uno de los principales jefes del movimiento —si no es que la primera figura— fue el entonces gobernador de Sonora, don Adolfo de la Huerta. Este señor era símbolo de austeridad, honesto a la vista de todo un pueblo; su integridad estaba fuera de toda duda, vivía en casa de cristal; decente, culto, noble, y cuanto atributo pueda adorar a un ciu-



dadano cuadraba en su persona. Si tomó la decisión de firmar el Plan de Agua Prieta conjuntamente con Obregón, Calles y otros destacados revolucionarios, fue porque el "Inclito Varón de Cuatro Ciénegas" (Carranza), se equivocó al desconocer los méritos de los principales generales y quiso imponer, como sucesor, en la silla presidencial, a un desconocido. El tiempo que se vivía no era propicio para esa forma de imposiciones. Los hombres del poder eran los de armas, aunque no hubiesen ganado una sola batalla, como fue el caso de Calles. Entonces, en verdad, a Carranza lo mataron los revolucionarios pero, por lo antes asentado, por su gran equivocación; subestimó el poder de los caudillos. Bonilla, su candidato a la presidencia, era un desconocido. Y agregaría yo: "Hasta los hombres de grandes convicciones pueden equivocarse, y llegar a traicionar los mismos principios por los cuales pelearon". Carranza tenía motivos para haber perseguido a Obregón cuando éste hizo saber que lanzaría su candidatura. Obregón había tratado de desprestigiar al régimen carrancista calificándolo de inmoral. (Desde entonces se principió a hablar de corrupción administrativa. Eran en ese aspecto, angelitos sonrosados quienes administraban bienes de la nación, comparados con posteriores manejadores del presupuesto). No necesitaba Obregón esgrimir esas armas para hacerse candidato a la presidencia. Fue muy burda su mentira; ese hombre talentoso, cometió un gran error en publicar su famoso manifiesto de "la resaca", considerado como innecesario, puesto que Carranza fue extremadamente honesto. Fue ese manifiesto, algo reprobable entre lo mucho bueno que tuvo Obregón.

Miguel Alessio Robles en uno de sus libros dice que al enterarse Carranza del manifiesto de Obregón exclamó, más o menos: "Obregón era mi candidato para la presidencia, pero desde este momento deja de serlo en vista de los ataques a mis colaboradores".

El caso fue que la intriga tuvo resultado funesto. Los revolucionarios continuaban divididos. La revolución ya comenzaba a comerse a sus hijos; se cumplía esa negra sentencia. Ya había muerto Zapata, ahora le llegaba a don Venustiano, continuaría con Villa, Ángeles, Murgula y con el mismo Obregón.

Sobre el varón de cuatro ciénegas hay algo que decir. Algo que no ha sido suficientemente divulgado, ha sido objeto de versiones que aun siendo calumniosas, lo que las motivó fueron hechos que se prestaron a la maledicencia. Aún existe la duda entre que Carranza iba a traicionar a Madero, o siempre obró con la más pura intención.

La reunión del gobernador de San Luis Potosí con representantes del señor Carranza y los gobernadores de Venustiano a principios de 1913, ha sido tema de interesantísimas disquisiciones: La cita fue para asistir a una cacería en un lugar de San Luis Potosí llamado Ciénega del Toro, y que aprovecharía para tratar sobre la situación delicada en que se encontraba la nación en esos momentos.

Poco antes de eso; el señor Carranza, como gobernador de Coahuila había tenido una discusión enojosa con el presidente Madero porque éste ordenaba que se licenciara a las fuerzas rurales.

No es desacertado pensar que Carranza estuviese indignado —con razón— por la determinación de desarmar a los pocos que opondrían sus armas a cualquier movimiento sedicioso de los federales.

don Miguel Alessio Robles en su interesante libro historia política de la Revolución, páginas: 28, 29 y 30, y en el no menos interesante Ideales de la Revolución —en sus primeras páginas— narra esta parte de tanto interés, que erróneamente se creará que algún día podrán desteñir la figura del jefe constitucionalista o podrán agigantarla. Alessio Robles defiende paladinamen-



te la postura de Carranza y trata de destruir los argumentos del escritor Alfonso Junco, con los que trata de acusar a Carranza de que pretendía perpetrar su crimen; pero no lo hizo porque se precipitaron los acontecimientos de la Decena Trágica.

Lo cierto es que el presidente de la República se equivocaba y el gobernador de Coahuila, rabiando, buscaba la manera de salvar al país de caer en manos de la reacción. Por un lado estaba la ingenuidad de Madero estorbando la buena marcha que deberían seguir las instituciones bajo el nuevo régimen, y por el otro, el hombre fuerte que no soñaba. Tómese a Carranza como cada quien quiere juzgarlo, que no se movería un ápice del pedestal que la nación le ha levantado. Pero ¿hasta dónde hubiese llegado Madero destruyendo su propia obra? ¿Cuál hubiese sido el producto de las pláticas que tuvieron los "cazadores" de Ciénega del Toro, si no se hubiese perpetrado el asesinato de Madero por los pretorianos, animados por el miserable Lane Wilson?

Estas cosas nunca se aclaran. Si alguno de los asistentes a la cacería viviera, no diría otra cosa diferente a lo que escribió Alessio Robles, y ¿de esto qué puede concluirse? pues, que conspiración, efectivamente la hubo, pero ¿esa conspiración llevaba el propósito de desconocer a Madero o solamente hacerle una advertencia en el sentido de que enmendara su política, porque lo estaba haciendo muy mal y se fijara en que lo presionaban cinco gobernadores de estado y no solamente el señor Carranza?

Bien merecido lo tenía el presidente ingenuo, el gran mexicano que no podía lograr sus ideales. El que escribiera: "Para llevar adelante una obra magna, no solamente se necesita entusiasmo, abnegación y una fuerza de voluntad a toda prueba, sino también un gran talento para dirigir hábilmente esos esfuerzos". Ese talento a él mismo le faltó para comprender que las virtu-

des que mencionaba, deberían ir acompañadas de algunos defectos como los de ser desconfiado y enérgico, y si necesario hubiese sido, hasta rayar en la crueldad. No debería haberse olvidado de que nuestra historia está cuajada de traiciones y el hombre que tenía conocimientos profundos de asuntos esotéricos, que se ocupaba del estudio del espíritu, no resultó apto para gobernar en un mundo habitado por seres que se encuentran, en su inmensa mayoría, atados a las bajas pasiones por las cadenas de la maldad.

La historia de los pueblos se repite. La Revolución Francesa resultó un terror. Las de los países de Sudamérica han sido una intriga continua; pero al final, todos los protagonistas tienen sus monumentos. En México: Carranza, Obregón, Villa, Zapata y hasta el mismo Calles, tienen sus estatuas, como en Colombia y Venezuela las tienen desde el inmenso Bolívar, Miranda, y el gran Sucre, hasta los mismísimos Santander y Páez que pudieron haber sido fusilados, como lo fue Piar, por su perfidia. Entonces, repito: las juventudes insistirán en preguntar ¿quiénes —en verdad— fueron los buenos, y quiénes fueron los malos?, sin encontrar respuesta categórica. Solamente el análisis profundo de los acontecimientos que tuvieron lugar en el torbellino.

Y así cuando en 1920 cambió el gobierno y pusimos una cinta negra como luto, en una fotografía de Carranza que hacía poco habían repartido entre los miembros de las fuerzas armadas, muchos experimentamos en nuestras almas virginales de jóvenes, una gran depresión por el crimen, tanto como si se hubiese tratado de un allegado, de un ser querido. Bueno: éramos sentimentales, románticos, todavía no se nos endurecía el corazón, todavía no admirábamos al Alghieri que a todos los que no fueran verdaderamente buenos los refundió en el infierno.

Con motivo del cambio del régimen hubo amnistía general para todos los levantados en



armas que operaban en diversos estados. En el de Veracruz y parte del sureste —Tabasco— había eternos descontentos contra Carranza. Nuestros barcos de la Armada se la pasaban haciendo viajes con gente del Ejército y elementos de combate. Uno de los alzados era el general Gabriel — Carvallo, a quien se le reconoció grado como divisionario por De la Huerta, quien quedó como presidente interino.

La comisión para don Gabriel Carvallo fue nada menos que la dirección de la Escuela Naval, a la que para entonces le habían cambiado la designación de academia.

Por el mes de agosto, debido a una baja presión tuvimos lluvia con bastante frío, que dejaron los vientos frescos. La gente portaba saco, abrigo o sweter. Esto dio lugar a que los jarochos se regocijaron con un espectáculo curioso: era un domingo, anocheciendo; el general Carvallo pasó montando un buen penco, frente al café de La Parroquia, custodiado por sus ayudantes, los que le habían seguido en el monte, en sus días de guerrillero; todos, por supuesto, iban montados. El viejo, siempre dispuesto a decir una insolencia, con su larga barba, se vela imponente, portando un sombrero de ala ancha pero no precisamente charro, sino con copa en forma de hongo; llevaba una pelerina negra. Era algo que se parecía a lo que presentan en el cine los norteamericanos como "La marca del zorro". Como el viejo era un tipo de leyenda, algunos parroquianos del citado café le aplaudieron. El viejo volteó a verlos, hizo girar el caballo, se les acercó, se quitó el sombrero y gritó—en su lenguaje alvaradeño—: "Cabrones, si no es relajo se los agradezco". Los aplausos se repitieron y el viejo siguió su camino riéndose.

Aunque en Carvallo teníamos un hombre bonachón y un tanto consentidor, no dejó de notarse alguna diferencia entre él y su antecesor, que era educado —como una dama—, tempe-

rante e incapaz de hacerse rodear de seguidores, que cuando los hay, es porque algo chueco se les pega, aunque sean unas copas de *cognac*. El viejo, además de mal hablado era tomador; pero a él se lo tomaban las copas. Hizo instalar un pequeño comedor junto a la cocina de la Escuela y, a diario, con sus más íntimos, el coronel Carvallo (Samuel), su sobrino, de origen marino; el conocidísimo por muchas generaciones de estudiantes en Veracruz, ingeniero Camporredondo, y otros ingerían sus copas de buen licor.

Estoy seguro de que eso era lo más que le costaba a la nación nuestro director. El muchacho, sobre todo en un internado, come hasta piedras, por la vida metódica y de fatiga que se le impone. Cuando se le tiene muy recortado de comida protesta aunque sea militar. Al respecto, con directores posteriores a Carvallo, hubo murmuraciones que casi llegaron al escándalo, pero, en cuanto a él y su antecesor nunca se dio el caso. El sustituto del general que era un viejo, ogro, de quien ya me ocuparé en próximo capítulo, fue despiadado pero honesto. Suerte que tuvo la Escuela, en ese sentido, con sus primeros directores.

## Embarcado

En ese tiempo, cuando era ignominiosa tanta disciplina, mi carácter era de rebelde; y siendo de los más chicos, tenía que defenderme de los cobardes peces más gordos. Fui postergado por no reconocérseme edad y físico—menos seriedad—para ser promovido a alumno de primera. Esto me llenaba de ira y era constante motivo de inquietud. Antes he asentado que, por entonces todavía estaba vigente la ley que permitía los castigos corporales (los plantones que consistían en permanecer parado, firme, una o dos horas, a veces terciando el fusil).

Entrado el año de 1921, una noche me insubordiné a un tipo odioso: no era de más ca-



pacidad que yo para los estudios, estábamos en el mismo tercer año. Era un oaxaqueño —aindiado— y a diferencia de la gran mayoría de quienes procedían de Oaxaca, muy bien preparados, aquél era menos que medianía; pero por su estatura lo habían hecho alumno de primera. En discusión de quererme someter y yo defenderme de la injusticia que conmigo se cometía, mandé al diablo al fulano, también al sargento y al mismo oficial de guardia. Esto me costó la salida de la Escuela—por mala conducta—. Pero me sirvió de experiencia en la vida, y me salvó (vueltas que da el destino), de que tres años más tarde, en 1924, me dieran de baja por infidente, como sucedería con los dieciocho con quienes debería haberme recibido. Esto que puede confundir al lector, se explica, tomando en cuenta que en 1923, reingresé cuando ya mis compañeros estaban en quinto año por graduarse. Cuando recibieron su “Despacho”, se embarcaron y a los tres meses defecionaron a favor de De la Huerta, por lo que fueron dados de baja.

Yo también anduve con los delahuertistas, pero a los alumnos se nos consideró como irresponsables.

Estuve poco más de dos años y medio fuera de la Armada. Cuando tuve el papel de baja en las manos me vino el pensamiento de embarcar en algún buque mercante, de preferencia petrolero, pero eso lo tenía que arreglar en la capital.

Saliendo de la Escuela fui a la comandancia de Marina del Golfo a ver si se me proporcionaba pasaje para México, y el entonces jefe de esa dependencia —comodoro Oliver— me sacó a gritos. Despótico y gritón, me dijo mil cosas por atreverme a solicitar traslado, después de salir de la Escuela por mala nota. Recurrí al comandante militar, el encumbrado general Guadalupe Sánchez. Entré hasta donde él estaba sin ninguna dificultad, leyó el oficio con que me habían condenado, se sonrió y me dijo: “Qué feo te dicen aquí, muchacho”; luego me preguntó si

había gestionado en Marina el pasaje, y al contarle lo sucedido, exclamó: “Sí, tus jefes, viejos agrios, son unos cabrones”. De inmediato ordenó se me extendiera pasaje en primera clase del Ferrocarril mexicano.

Cosa semejante a lo de los pasajes me sucedería años más tarde —1939—. Ya era teniente de navío, había traído de España un barco a aguas mexicanas. Como en esos años —por azares del destino— había quedado como jefe de la Armada un señor que la traía contra mí, me negó unos pasajes para mis familiares. Por entonces el oficial mayor de la Secretaría, era el general León Lobato. Este caballero militar me proporcionó los pasajes con todo gusto. Me desconcertaba esto y no sabía qué pensar respecto a los jefes del Ejército. Un concepto firme sobre ello no me lo podía forjar. Pero no cabía duda; la cuña era del mismo palo y apretaba a más no poder.

Estas cosas le ponían a uno a pensar, yo me hacía estas reflexiones: “Los hombres de extracción Revolucionaria, en su mayoría rústicos, gran cantidad de ellos, gente del campo, ¿serán todos iguales, generosos y sencillos? Por que yo veía en algunos de mis jefes, cualidades, aun entre aquellos que se formaron —desde cadetes— durante el régimen porfiriano; pero alguna motivación de carácter psicológico obraba en la mayoría de ellos. Tenían el pecado de haber cañoneado desde el mar a las huestes reivindicadoras del pueblo; habían reingresado por gracia que les concedió don Venustiano (por supuesto el Varón de Cuatro Ciénegas había sido senador y diputado en plena dictadura). Esos jefes nuestros, estaban acostumbrados a que la palabra del mando era palabra santa, y esto llegaba a descender a la criticable condición de haberse las en asuntos personales con oficiales muy distantes en jerarquía.

Pudiera decirse que caigo en contradicciones al juzgar, en general, a los jefes que heredamos del porfirismo; pues ya me he expresado antes



sobre las virtudes de algunos de ellos, y los seguiré enumerando a lo largo de mi relato, pero la excepción confirma a la regla, y ésta era que, en su mayoría, quienes sirvieron al régimen feudal eran despóticos y a esto debo agregar que tuvimos por sino el que los capaces, los conscientes, los de valor civil, los que asumían responsabilidades, por azares del destino, poco tiempo estuvieron a la cabeza de la institución.

Cuando llegué a la capital, en febrero de 1921, mi madre se lamentaba porque yo había truncado la carrera. Me entró nostalgia por la Escuela y me sentía frustrado por no haber conseguido llevar a buen término mis aspiraciones. Pero ya habría tiempo de reponer lo perdido. Entretanto, esperando buscar la forma de ir nuevamente a la mar, busqué empleo.

Un señor campechano, José Parrao secretario particular del entonces presidente municipal del Distrito Federal, que con el tiempo sería mi primo político, me consiguió el trabajo de interventor de diversiones. Se me comisionó en el Cine Royal, ubicado en una esquina de las calles de Mérida, en la colonia Roma. Esta era, entonces, la colonia de los sonorenses; estaban en el poder. Ya don Álvaro Obregón había sustituido en la presidencia a don Adolfo de la Huerta. Conocí a la mayoría de los muchachos sonorenses; los Goicolea, los Salido, los Almada, los Hill, los Bay. En su mayoría tenían el modo peculiar de hablar que distingue al sonorenses del resto de los norteños. La llamada "palomilla" de la colonia, que tenía su centro de reunión en la esquina del cine, era numerosa y brava; en esos días se hizo famosa por sus escándalos. No se había acuñado la frasecita de "rebelde sin causa", pero los había, tan tremendos y viciosos como los hay ahora. Dada la situación que prevalecía, siendo yo amigo de los escandalosos callejeros, pedí a José Parrao que se me cambiase a otra parte. Fui a dar a un circo que acababa de llegar a la capital; el circo Pabellones. Esto me gustó dada mi afición a la gimnasia. Me hice muy amigo

del principal socio, el hermano mayor de los barristas, los hermanos Murillo (Eduardo), que a la vez de fungir como gerente, tomaba parte en el espectáculo, tanto en la barra como en trapecio. Me ponía yo a practicar de todo: Al principio me levantaba a las seis de la mañana para poder estar a las siete en la práctica de volteo, con un precioso caballo tordillo. Como a mi madre no le gustaba que fuese yo a parar en cirquero, no me despertaba a tiempo si no lo hacía yo por mí mismo, y opté por quedarme a dormir en el circo. Nada había en que no pudiese yo tomar parte. Eduardo Murillo quería que me fuese con ellos, que pronto saldrían para Querétaro. Me decía: Quédate en el circo, no todos comienzan desde chicos y tú llegarás a descollar en algo ya que esto te gusta y tienes bastantes facultades, tienes mucha agilidad.

Cuando salió el circo para Querétaro, me despedí con tristeza de mis casi camaradas los cirqueros y principié a pensar, más que como lo había hecho antes, en la forma de volver a la Marina. Me era lo mismo seguir estudiando para marino militar que mercante. No había otra cosa que me atrajera lo más mínimo.

Pero entre tanto encontré la manera de resolver lo que me planteaba, habiendo cesado en mi empleo como interventor de diversiones, porque cada fin de año cambiaban hasta a los porteros, conseguí un empleo en el ferrocarril, donde duré pocos meses. Estaba a las órdenes directas del jefe de compras de la empresa, un sonorenses diferente a los que conocía. Don Tomás Bay, amigo de Obregón, era descendiente de ingleses; íntegro y apolítico, a quien don Álvaro Obregón distinguía. Me dispensaba su amistad, porque le servía yo con mucha diligencia. Mi cometido era llevar a cada mesa la correspondencia que firmaba don Tomás y recoger todas las cotizaciones que dejaban los contratistas, vendedores de durmientes y demás.

El señor me consideraba bastante y me aconsejaba que regresara a estudiar a Veracruz. Se





extrañaba que hubiese yo dejado la carrera, sin saber que me habían corrido por insubordinado. Esto se lo confesé cuando renuncié para ir a embarcarme en un petrolero. El viejo se quedó muy pensativo y al último me dijo: "Haces bien, te felicito porque eras rebelde". Esto me lo diría muchos años después, mi profesor —casi maestro— el licenciado don Manuel Zamora.

Cuando me despedí de don Tomás Bay, me dio cien pesos; diciéndome: "Toma muchacho para tus gastos de viaje". ¡Cien pesos en el año 1922, era una fortuna!, volvería a ver al Viejo, cuando me recibí de guardiamarina; el abrazo que me dio me dejó confundido; me honraba con esa demostración de afecto. Don Tomás, por supuesto, ya no vive, pasaría—ahora—de los cien años. Su inteligencia le heredó su hijo, del mismo nombre, que fue de los que dieron guerra en la preparatoria cuando los estudiantes no se confundían con los rojillos colados en la casa de estudios.

## *A bordo de un petrolero*

Un encuentro feliz con un muchacho pilotín de un petrolero, Tomás Azueta, hermano del héroe del 21 de abril de 1914, me dio la oportunidad de embarcar. Al contrario de mi vida, me dijo que por qué no me embarcaba en donde él prestaba sus servicios. Él no había terminado en la Escuela Náutica pero su embarque le había dado oportunidad de aprender a navegar, a la vez que se preparaba para presentar su examen. No necesitó insistir mucho; a la semana siguiente me presenté en Tampico al capitán del buque tanque de la compañía del Aguila, en que Tomás (Tomy) navegaba; era el más grande de la empresa, El San Leonardo. Don Antonio Medina era el capitán, viejo marino, de los que habían sido licenciados en 1914, y después de haber

andado con Zapata se embarcó. Llevé una buena recomendación, del comodoro don Rafael Montalvo. A este le dábamos en casa, el tratamiento de "Tío"—había sido casado, en primeras nupcias, con una prima de mi madre—. El capitán Medina me recibió como pilotín —"sin papeles"— a reserva de que presentase mi examen, cuando lo viese oportuno; aconsejándome, a la vez, que fuese a terminar mis estudios en la Escuela Náutica.

Me hallaba feliz a bordo, me la pasaba en el puente de mando durante todo el tiempo de navegación. Montaba guardia como ayudante del primer oficial, un barbaján apellidado Pimienta que no había hecho carrera en Escuela; había principiado de marinero en barcos "trampas", de todas las nacionalidades; era uno de esos que con audacia y dotados de cierta capacidad, llegan a oficiales. Probablemente en la actualidad no haya de esta gente en la mercante, pero en los tiempos a que me estoy refiriendo, sí había mucho de eso: capitanes rústicos muy marineros, pero carentes de los conocimientos que debía tener el marino. En los tiempos actuales, a esa clase de gente no se les notaría su ineptitud como navegantes, por el adelanto que hay en la electrónica. (Con las señales emitidas de los radiogoniómetros, loranes y radares, pronto habrá conductores de embarcaciones que no necesiten extensos estudios de astronomía y navegación. Pero en este caso surge la pregunta: ¿en caso de fallas eléctricas e inutilidad de tales aparatos qué harán esos marinos robots?

El citado primer oficial, me ponía en faenas pesadas de marinero, que me encantaban, tenía energías físicas y deseos de ejercicio, pero en la guardia de la noche me hacía presente para ver cómo se llevaba la "estima",<sup>1</sup> en la navegación. Quería hacer las marcaciones a los faros; pero aquél, amablemente, me decía: —"ya vete a dormir, descansa"—. Pensaba yo que ese tipo creía

<sup>1</sup> *Estima*. navegación simple, a rumbo y distancia, sin que intervengan los cálculos astronómicos.



que la navegación era un secreto. Eso era muy común por entonces: oía comentarios análogos respecto a diagramas de los cilindros en las máquinas, y en la Armada se tenían guardadas, en caja fuerte, las tablas de tiro de los cañones. Parece que todo esto se heredó de los españoles que estuvieron en nuestra marina desde el siglo pasado. Eran unos ignorantes.

Se me ocurrió contarle el asunto a Tomás Azueta no en forma de queja sino como comentario sobre el egotismo del primer oficial y sirvió para que me cambiaran la hora de la guardia, para hacerla con mi amigo, que como tercer oficial le tocaba de 12 de la noche a 4 de la mañana; (a este turno —tanto en la mercante como en la Armada— se le llama la “guardia del perro”). ¡Qué me importaban las desveladas! No sentía la menor fatiga de mi trabajo; de día, picando planchas de hierro para arrancar el óxido, empatando cabos de tres y cuatro pulgadas, pintando, sacando lodo de la caja de cadenas, y por la noche cuatro horas en el puente de mando. Todo “me venía flojo”.

Aprendí a trazar rumbos, a calcular la “navegación de estima”; a usar el sextante para tomar la altura del sol sobre el horizonte. Azueta me dijo: “Si regresas a la Escuela a seguir estudiando, cuando lleves astronomía y navegación, verás qué fácil es la materia; y me ponía a ayudarme en el cálculo de su “recta de altura”. Mi primer profesor de navegación fue Tomy Azueta. Poco tiempo después, en la Escuela, tomaría yo clases de don Manuel Izaguirre, —comodoro de la Armada—, a éste lo relevaría su hijo, un magnífico navegante, el reverso de la medalla de su padre; (en detalle, me ocuparé de dos personajes en capítulo posterior). Anduve navegando poco tiempo en el San Leonardo; las travesías eran, Tampico-Veracruz, Minatitlán-Tuxpan, pasando por Puerto México, y en direcciones opuestas. Las navegaciones eran cortas, por supuesto, pero también lo eran las estadías en puerto. Aprendí

las maniobras de trasegar el petróleo abriendo y cerrando válvulas de los diferentes tanques, tanto para la carga como para la descarga. Esto me sirvió para que años más tarde—en tiempo de la Segunda Guerra Mundial—al ir como capitán a un petrolero, pudiese sentirme seguro en mi puesto, aunque la carga y descarga del petróleo nunca fueron trabajos a cargo del capitán.

Cuando recalábamos a Veracruz, por más que no quisiera, recordaba los días de la Escuela. El edificio de ésta se destacaba, lo mismo que el de faros; una fila de casas tipo chalet, y un jacalón como bodega en la esquina que formaba el muro; lo demás era una inmensa sabana. Al ver la Escuela desde la bocana, me puse a pensar que el recinto era únicamente para caracteres resignados a obedecer ciegamente, que no podían manifestar su inconformidad ante una orden arbitraria. No había modificado mi carácter rebelde, no contenía mis ímpetus de protesta ante una injusticia. Me daba cuenta de que eso me acarrearía dificultades, pero siempre estaba en una insistencia de protesta, y como muchacho inexperto, no se me ocurría pensar en la realidad humana: buena ventura para quienes son prudentes y descalabros para quienes fácilmente se sulfuran. Muy lejos está el muchacho de pensar, que a los “agachones” les “va de perlas” diciendo a todo: “sí”; esos no pasan penas, y tratándose de adultos, quienes alquilan su talento y conocimientos para cualquier fin, son quienes la pasan muellamente, sin cuidarse de persecución, y consiguen lo que quieren; pero quienes expresan sus pensamientos con sinceridad, más molestan que lo que puedan agradar. Quienes manifiestan admiración por la buena calidad humana, son siempre víctimas de la maldad, y hasta —como una contradicción— llegan a ser incomprendidos por la sociedad en que viven.

A pesar de mi condición de expulsado de la Escuela —por rebelde— sin hacer conciencia de la situación, determiné que lo mejor para mí—



amando el mar, y no teniendo familia en Veracruz que me facilitase la manera de estudiar en la náutica—, sería reingresar a la Naval, solicitando se tomara como castigo el tiempo transcurrido desde mi separación.

Y para mi fortuna algo inesperado, se presentó. El mismo día de mi desembarque me encontré con el aspirante de primera,<sup>1</sup> Octavio Queznel; tenía como año y medio de haberse recibido. Había llegado al puerto para visitar a su novia. Estaba comisionado en México en el Estado Mayor. Me contó que se había enterado de la documentación referente a mi salida del plantel, y que de acuerdo con los reglamentos y la misma Constitución, se había cometido una injusticia conmigo.

Bien aleccionado, me presenté en la Secretaría de Guerra y Marina y como, mi presencia coincidió con la del comodoro Montalvo, salí con mi oficio de reincorporación.

Pero antes de mi salida de Veracruz me había despedido con sentimiento de mi amigo Tomás Azueta; esto sucedió el 19 de febrero: dos o tres días después, el San Leonardo —llegando a Tampico— se incendió. Murieron cerca de 30 tripulantes, entre ellos Azueta, quien trató de salvar el buque ordenando él en el puente; pero de máquinas no le respondieron. Murió otro pilotín —Manuel Migoni—, que había estado en la Escuela Naval conmigo, pero le gustó más la mercante. También me hubiese tocado a mí la muerte, pues los tres siempre andábamos juntos. La acción de Karma, en relación a mi existencia, no señalaba para entonces el fin de mi transición por este planeta; aún debería experimentar algo más que estaba grabado en mis “anales akáshicos” —la infinita memoria universal—.

Tomás Azueta fue otro héroe de esa gran familia, que debería ser recordado con veneración, sobre todo, por los veracruzanos. Era nativo del

puerto. Es un héroe de la marina mercante. Sabiendo que difícilmente salvaría la vida, fue al puente de su buque, para dar órdenes y salvarlo. Otros mercantes y navales hemos sido condecorados por haber navegado cuando la guerra, solamente por cumplir con un deber, en cambio al joven “Tomy”, sobrepasándose de sus deberes fue a la muerte —héroe indiscutible—, le hemos negado el reconocimiento a su grandeza, y esto para vergüenza de autoridades, de la misma sociedad y sobre todo para nosotros, todos los marinos.

Cuando en Veracruz supe lo sucedido al “San Leonardo”, no pensé en que la noticia llevaría inquietud a mi familia. Mi madre lloró mucho, y cuando llegué a sus brazos, me recibió como a un resucitado. Obré como hijo ingrato, que lo somos en mayoría, por esa condición humana de no darse cuenta del cariño tan grande y desinteresado de la madre. Hasta cuando se llega a la edad madura, uno se pone a meditar sobre los sacrificios de la santa que nos dio el “ser”, y hasta entonces, se le desea fervientemente, paz y felicidad en el camino de la vida eterna. Durante la juventud, en nada se diferencia al hombre del animal; con facilidad se abandona a la madre y con nuevos afectos y distracciones se le relega a segundo término, sin preocuparse siquiera por pedirle sus bendiciones.

## *Nuevamente en la Escuela Naval*

Se me admitió nuevamente en la Escuela, no sólo por la intervención de don Rafael Montalvo que ya era contralmirante, sino por el estudio que se hizo del expediente. En este se asentaba —con falsedad— que la falta grave se había cometido “delante de la Bandera” y estando la “tropa formada”.

En aquel tiempo, los procedimientos eran verdaderamente arbitrarios, sin dar al presunto

<sup>1</sup> *Aspirante de primera*: jerarquía que ahora se le llama “guardiamarina”.



culpable, la oportunidad de defenderse. En mi caso no hubo tal tropa formada, por haberse tratado de castigados que estábamos de pie cumpliendo "plantón"; y respecto a lo de "la Bandera", por haber acontecido frente a la Sala de Banderas, pero el pabellón siempre estaba en su nicho en la dirección, en el segundo piso del edificio. El director no se enteraba de los detalles y, desde el sub-director hasta el insignificante cabo de turno, mentían criminal e impunemente.

En esos días el jefe de Estado Mayor era comandante. Don Arturo Lahapam, nuestro primer director, hombre justiciero que debe haber entrado en consideraciones, y determinó que mi falta no quebrantaba la disciplina ni la moral del plantel.

Había causado baja cursando el "tercer año". Al regreso me encontré con que dos materias las habían pasado al "segundo" (lógica y segundo de inglés). Faltaba muy poco para los exámenes, y me era imposible pagar diez materias para pasar a cuarto año. Llevaría el tercero con la antigüedad que había ingresado en 1921. Solamente dispuse como de un mes de clase y 15 días de preparación, tiempo durante el cual dormía muy poco por las noches, porque presentaría las materias antes anotadas y, además, física y geometría descriptiva, de tercer año. Con esto, el curso siguiente lo llevaría muy descansado.

En esos días en que estuve preparándome de cuatro materias, tenía tiempo para asistir, como oyente, a las clases de artillería (primer curso), impartidas por el entonces teniente de teniente de corbeta Ramón Moya, para que al iniciarse el año lectivo, ya como alumno de planta, se me facilitase la materia. Según antes he asentado, Moya había sido mi superior desde la inauguración de la Escuela en 1919; fue el comandante de la primera brigada, a la cual yo pertenecía. Él formaba parte del grupo de tres supervivientes del "14", y encontrándose —cuan-

do la reapertura— embarcados en el cañonero Zaragoza, pasaron a la Escuela, formando el cuarto año. Como tuvieron exámenes extraordinarios, ya para cuando me sacaron de la Escuela, ellos se encontraban nuevamente a bordo como oficiales; y a mi regreso, Moya fue mi profesor. Era un fanático de la artillería, y no sabíamos, ni él ni yo, que también me convertiría en otro fanático. Años después—como 14— le obsequiaría yo un ejemplar de mi libro de tiro naval.

### *Mi primer viaje de prácticas*

Los exámenes fueron en mayo, y salimos a viaje de prácticas en junio. La salida de Veracruz, por ferrocarril, fue en "carros caja", los cuales tuvimos que limpiar, pues se acababan de utilizar en transporte de ganado. Era esto una muestra de la penuria en que nos manteníamos. No le hacen mucha mella al joven estas injusticias, y menos si se encuentra dentro de un régimen militar; pero nada costaba evitarnos tanta incomodidad como soportábamos, pudiendo ir en carros de segunda donde, por lo menos, podía uno sentarse en bancas de madera, y disponer de un inodoro. Pero todo era regocijo, guasas, cantos y juegos.

La llegada a Salina Cruz nos dio alegría, gran cantidad de gente nos esperaba. Nos causaban curiosidad las mujeres nativas, "las chuncas", de brazos gruesos y bien torneados, de finas facciones en su mayoría y ataviadas con collares y pulseras de oro, así como sus aretes de filigrana.

Después de formarnos, tras abandonar el tren, tuvo lugar la marcha para llegar al barco; lo hicimos con bizarría delante de las chuncas, como si fuésemos frente al Palacio Nacional.

Nos embarcamos en el transporte Progreso. (No me imaginaba que con el tiempo llegaría a ser comandante de ese magnífico barco). Para mí, cualquier faena marinera no significaba gran trabajo. Hablaba con mis compañeros de curso,



de las constelaciones, para lo cual se prestaban las noches estrelladas del Pacífico. Repetía lo que había oído a bordo del San Leonardo, del capitán Medina y Tomás Azueta. Había leído la parte relativa a un libro viejo (Astronomía de Fontecha) que me había obsequiado don Ángel Jolly, un señor campechano, capitán de la marina de la compañía petrolera El Aguila.

Las prácticas marineras fueron buenas para quienes de muto-propio tomábamos los botes, nos íbamos a remo o vela, y no teníamos tiempo fijo para regresar.

Oficialidad y mando, por circunstancias que hasta ahora no me explico, carecían de iniciativa. El teniente Moya era el único oficial activo. Había falta de instructores con iniciativa y un plan de ejercicios. Más tiempo se perdía en pasar lista, dar el parte correspondiente y discurrir en esos momentos lo que debería hacerse, que efectivamente trabajando. Eso sucedía en el año 1923, contando con dos o tres oficiales de la Escuela, otros tantos del barco y un viejo contraamaestre. La misma cosa sucedería cuando los oficiales eran del Ejército, que por circunstancias especiales estaban comisionados en la Escuela, (había carencia de marinos). Entonces sí se justificaría esa falta de eficiencia en las prácticas. Pero lo lamentable ha sido que en las siguientes décadas vino sucediendo lo mismo, contando ya con suficiente oficialidad.

Creo que todo esto obedece a factores que tienen su raíz común en el sistema que se vive—donde no hay responsabilidad—y el resultado de una gestión de cualquier orden, lleva el sello de la persona en cuyas manos está la dirección del asunto. No hay doctrina, por más que de ella se hable; y esa atonía, esa falta de iniciativa, se ha generalizado.

Todo ello es un mal nacional; en todas las dependencias del gobierno se trabaja de manera objetiva, no hay sugerencias, no hay estímulo, no hay guía, y esto es desde las más altas esferas

hasta la pequeña pieza del engranaje gubernamental, donde si acaso hay un jefe con iniciativa, dinamismo y capacidad, tienen que luchar contra la pereza física y mental de quienes deben ayudarlo y contra la falta de estímulo para los pocos—pobres “inadaptados”—que no se constituyen en rémoras: los que logran algo positivo, los esforzados.

29 años más tarde, me tocaría trabajar infatigablemente como director, y a la vez como simple instructor, en cuatro viajes de prácticas sucesivas a mi cargo, queriendo dejar sentada una pauta en el aspecto marineramente que nos debe caracterizar.

Pero el de 1923 fue viaje como de placer, no tanto por lo apacible de las aguas del Pacífico, sino porque nada se hizo. Pudimos haber practicado mucho más. Y me temo que en la actualidad no hay mucha diferencia en cuanto al rendimiento en el aprendizaje marineramente. Surgen buenos directores pero no podemos decir que haya una doctrina que obligue a todos a mantener la misma actuación, con pena se ve que cuando se siembra con las más sanas intenciones asecha el peligro de la innovación por parte de algún menguado.

En ese viaje de 1923, se recorrió el litoral del Pacífico hasta el puerto de Santa Rosalía, Baja California, pasando por Mazatlán, Manzanillo, Acapulco, Guaymas y La Paz.

Manzanillo, lugar donde desembarcamos para el regreso por ferrocarril, me causó muy mala impresión, no porque no pensara que teníamos lugares tan atrasados, pues ya los había visto cerca de Toluca, cerca de Veracruz, cerca de Torreón; sino porque ese puerto lo había oído nombrar mucho, por las grandes obras que mandó hacer don Porfirio. Pensaba entonces que era algo así como Veracruz, y al ver una aldea de pescadores, la desilusión tuvo lugar. Pero se dice que “conocer es desilusionarse”. Si esto sucede con Nueva York ¡cómo no va a pasar lo mismo tratándose de una ciudad naciente!



En el viaje de regreso a Veracruz, nos consideraron un poco los ferrocarrileros, puesto que se nos proporcionaron carros de segunda clase. Estuvimos unos días en la capital de la República; nos hospedamos en el Colegio Militar. Entonces pudimos establecer diferencias: los muchachos del colegio que nos fueron a recibir a la estación, portaban un uniforme de magnífico paño. En los pocos días de nuestra estancia en dicho colegio, también pudimos fijarnos en detalles de equipo y alimentación, que nos ponían a pensar en la diferencia de cómo éramos tratados; pero no era posible comprender la razón de la sinrazón que nos postergaba. No estábamos para pensar que por un lado había un ejército de mar mandado por viejos, en su mayoría de extracción porfirista, con un complejo, el que les proporcionaba la culpa de haber sido huertistas; algunos de ellos caballeros intachables, como lo fue uno de los primeros en llegar a vicealmirantes; don Othón P. Blanco, que era el grado máximo en la Armada, equivalente a general de brigada. Algunos regresaron esa década de los veinte completamente impreparados para el mando, se la habían pasado como subordinados de jefes villistas, zapatistas y carrancistas; y al incorporarme a la Armada tuvieron la fortuna de ascender vertiginosamente. Por otra parte, había un ejército de tierra triunfante, mandado por jefes vigorosos y bruscos, en plena madurez de vida, que todavía se iniciaría la declinación. Estos mandaban en el país, y, por supuesto, no se ocupaban de atender las necesidades de la Armada, necesidades que nuestros jefes no se atrevían a presentar.

Se agudizó la mala situación durante el poder de militarismo, que duró hasta 1946, cuando al civilismo lo venían contemplando con simpatía los últimos presidentes de uniforme.

A este respecto, no olvidamos que fue un ex-presidente militar —don Plutarco Elías Calles— quien oyó nuestro clamor de redención, y aconsejó tomar una medida drástica para sacar a la

Armada del marasmo en que se encontraba. Seso en disponibilidad a quienes llamábamos “los viejos”, quedando en puesto clave quien hacía cabeza del grupo que le fue a ver para exponerle la situación real de las fuerzas del mar. El presidente en funciones, también general don Abelardo Rodríguez, a otro general, éste de brigada, Miguel González como jefe del departamento de Marina. Nada menos que “Gonzalitos” que mandó una brigada villista en los días de gloria de guerrillero.

Estábamos inconformes por no tener mayor número de unidades a flote, modernas, una escuela mejor atendida y, en general, más elementos para nuestra institución. Esto lo seguiríamos lamentando por mucho tiempo.

## *Revolución delahuertista*

El año de 1923 era de borrasca nacional. Los partidos PLC (Partido Liberal Constitucionalista) y el Cooperatista eran los fuertes de la política; por lo menos, solamente de esos oía yo hablar. No se había formado el famoso PNR (Partido Nacional Revolucionario), abuelo del PRI (Partido Revolucionario Institucional). Eran estos años de turbulencia, la que en países como el nuestro es consecuencia de la libre expresión. En esos días se decían verdades en la cámara de diputados; se le echaba en cara sus errores al mismo presidente de la República. A Obregón se las dijo el entonces presidente de dicha cámara, el licenciado Prieto Laurens. Por esos días, el diputado Aurelio Manrique (portador de grandes barbas), se atrevía a llamar “farsante” —en plena cámara—, al mismo Elías Calles. Había valor y no borreguismo degradante. Los representantes del pueblo expresaban su credo sin tapujos y si en alguna ocasión salieron a relucir las pistolas y hubo muertos, que quedaron inmóviles en sus curules, fue porque dichos representantes—en un buen número de incultos—que usaban gran-



des sombreros texanos y pistola, por supuesto, junto a su primitivismo e incultura, llevaban una gran dosis de valor cívico y personal; no eran gregarios, creían firmemente en que eran verdaderos custodios de la nueva Constitución; en su mayoría idealistas, no estaban en las cámaras para hacer negocios, sino para ver celosamente por los derechos de sus representados. No eran una manada. No se conocía, entonces, la táctica de la "cargada"; ni se unglá el mandatario con óleos sagrados atribuyéndole todas las cualidades que puede tener un hombre; no se le sacralizaba para olvidarlo al día siguiente de pasar el poder a su sustituto.

don Adolfo de la Huerta que era, por entonces, secretario de Hacienda, andaba en malas relaciones con el presidente Obregón. Se le habían hecho insinuaciones de que aceptase su Candidatura para presidente, dado su gran prestigio; pero no quiso aceptar. Era un hombre puro, no anidaba en su pecho el virus de la ambición al "poder"; ni su pensamiento se metía en el fangal de la riqueza pecuniaria que con facilidad ofrece el mismo "poder". Era cosa rara una amistad tan grande entre un hombre bueno, y generoso, como De la Huerta, con un Obregón que no se paraba en contemplaciones para hacer que la sangre corriera; y sobre todo, con Elías Calles, torvo, calculador, asesino y ansioso de poder.

El distanciamiento entre estos personajes de la política, se atribuye en unos casos—según un historiador—a que De la Huerta se oponía firmemente a los tratados de Bucareli entre México y Estados Unidos, y en otros, a cuestiones de política interna, caso concreto; la sucesión del gobierno en San Luis Potosí.

Sobre los tratados que se llevaron a cabo en una casa de las calles de Bucareli, de donde aquéllos tomaron su nombre, se escribió mucho,

y hubo discusión entre que si constitulan una mancha para Obregón o, por el contrario, un paso de avance sin la más mínima traición a la patria. Vasconcelos escribió en uno de sus libros que al hacerse impopular Obregón, no podría sostenerse sin el apoyo norteamericano. Que el gobierno de Obregón llevaba casi tres años sin ser reconocido por Estados Unidos legalmente, por el cuartelazo contra Carranza y aparte de eso, ahí estaban las "leyes del petróleo" que estaban expedidas pero sin que se hubiesen puesto en práctica, para conceder el reconocimiento de Obregón, el gobierno norteamericano puso condiciones como fue la derogación de las leyes agrarias en lo que hacía a los intereses yanquis y el reconocimiento de la retroactividad de las leyes del petróleo, en lo que afectaban a las compañías extranjeras. Carranza había expedido esas leyes, había sido reconocido por Washington y después se exigía a Obregón que no las había aplicado, que además, las derogase. Pero más grande era la necesidad que Obregón tenía de abrirse la frontera americana en materia de armamento para la lucha que sabía tendría que sostener para la imposición de Calles".<sup>1</sup>

Ya fuera que Obregón y el mismo Calles tuviesen su plan para la imposición, y con perfidia tratasen de alentar a De la Huerta para que solamente fuese un contrincante en la farsa de elecciones, o que con sinceridad lo alentaran tornándose de enemigos cuando surgieron las desavenencias; como quiera que esto haya sido, lo sucedido al fin, fue que el señor De la Huerta, mas bien pacifista que rebelde, el hombre sin tacha, un tanto presionado por personajes como Jorge Prieto Laurens, desconoció al gobierno el día 5 de diciembre de 1923.

El día 6, por la mañana—a la hora de día—, tuvimos—en la Escuela—la infausta noticia: la plaza de Veracruz, estaba en poder de los rebel-

<sup>1</sup> Libros de Vasconcelos, Miguel Alessio Robles y Martín Luis Guzmán.



des. Don Adolfo de la Huerta era el jefe del movimiento. El diputado Prieto Laurens estaba en el puerto. Se daban muchos nombres de generales y, por supuesto, de los primeros era el de Guadalupe Sánchez, jefe de las operaciones militares en el estado de Veracruz, desde la época de Carranza. En las oficinas de la Escuela—sobre todo en la dirección—se notaba un movimiento poco común; gentes de corte político, jefes del Ejército y de la Armada entraban y salían. Se nos formó y se leyó una disposición; por medio de la cual, se nos daba a conocer que el director —el general Carvallo—dejaría temporalmente la Escuela y saldría al extranjero, y se reconocería como sustituto interino, al subdirector, el capitán de navío Rafael. La Armada había secundado el movimiento.

Era el comandante Carreón un hombre recto, de una pieza, justiciero —nos infundía respeto— había sido director cuando tomaron Veracruz los norteamericanos en 1914.

Pero hubo un incidente: Acabábamos de cenar cuando llegaron unos camiones para llevarse nuestras Armas. Las estaban acarreado cuando nos dimos cuenta. Nos amotinamos y arrebatamos algunos de los fusiles; quienes más enfurecidos estábamos—no éramos más de unos 20—; el oficial de guardia trató de apaciguarnos y lo no consiguió. Gritábamos que cada quien tomara su fusil.

Con el escándalo mandaron tocar llamada; bajó el general Carvallo, y con su vocesilla dijo: “¿Qué carajos piensan hacer?, no se va a combatir, es una guerra interina; la escuela no tiene que sacrificar nada con estas contiendas. Yo estaré pronto de regreso y tomaremos nuevamente nuestras armas”. Dirigiéndose a uno de los alumnos, Roberto Fernández, que era uno de los más alborotadores, le dijo algo que no llegué a oír. El caso fue que la presencia del viejo nos apaciguó. Era—el director—un viejo bonachón, mientras algo no le molestara, y lo tornase en un volcán. Debió haber sido terrible cuando

andaba en combates contra las fuerzas carrancistas. Tenía su voz atiplada y no perdía oportunidad de echar malas palabras.

A los muchachos que con quienes tenía confianza por ser hijos de compañeros que con quienes tenía su apodo y en el caso de González Granes él lo bautizó con el de “cara de nudo”, porque el muchacho no tenía un rostro bien proporcionado.

Al general Carvallo lo comisionaban a desempeñar una misión en Nueva Orleans, Estados Unidos. Los de la promoción con la que me debería haber recibido, de no haber interrumpido mis estudios, se habían examinado de quinto año y habían embarcado poco antes de la “revuelta”, la mayor parte habían quedado en el cañonero Bravo. Este barco se encontraba—desde el mes de octubre—en Nueva Orleans, con motivo de reparaciones. La comisión encomendada al general Carvallo fue la de persuadir al personal de dicho barco, de que se uniera al movimiento delahuertista.

Se habló bastante sobre detención del barco por parte de Estados Unidos; pero no hay pruebas sobre cuáles fueron los pasos que dio el general Carvallo, respecto a intentar que el barco saliera de puerto para unirse a la flota rebelde.

El caso fue que el buque permaneció en el extranjero; dos oficiales, Luis Esperón y José Morán no quisieron secundar la rebelión, quedándose a bordo; el resto llegó a Veracruz. La tripulación salió por tren con algunos oficiales; otros lo hicieron por mar en barcos mercantes. Todos fueron repartidos en los buques rebeldes que eran los cañoneros Zaragoza y Agua Prieta, dos guardacostas, Covarrubias y Tampico, mas dos auxiliares.

A medida que pasaban los días, la rutina de la escuela se iba modificando; se comenzó con los profesores que eran jefes u oficiales embarcados, quienes principiaron a faltar a sus clases. La oficina de Hacienda suspendió la ministración de dinero. De manera que el director accidental se





vio obligado a suspender el "rancho", dejándonos en libertad de pernoctar o no en el plantel. Solamente muy pocos siguieron en la escuela para seguridad de que no fuera saqueada por el pueblo, lo que a la postre tuvo que suceder. Unos se hospedaron en casas de amistades, otros consiguieron salir hacia el interior de la República, y un buen número nos fuimos a los barcos.

## *El cañonero norteamericano Takoma*

Al estallar la rebelión delahuertista, hicieron acto de presencia unidades norteamericanas de Guerra frente a Veracruz. Uno de los barcos (cañoneros Takoma) embarrancó en el bajo de la gallega, cerca de San Juan de Ulúa; soplaban un "norte" huracanado, y para el buque fue imposible descallar. Soplaron rachas violentas y el barco casi se deshizo, muriendo en el desgraciado accidente, el comandante y el radiotelegrafista, a quienes aplastó la chimenea del barco al ser derribada por un fuerte golpe de mar; la tripulación fue rescatada por gente de otra unidad norteamericana, y si hubo más víctimas no lo llegamos a saber. El caso fue que pescadores de una embarcación mexicana, tomaron a los dos cadáveres, que no supimos cómo fueron identificados, y se les trasladó al hospital Aquiles Serdán. De este recinto fueron llevados a la Escuela Naval, donde, embalsamados y en cajas cerradas herméticamente, se les estuvo velando, con las guardias de honor respectivas, durante tres días, esperando que de los barcos norteamericanos mandasen recogerlos. Esto tardó, ya fuese porque el temporal no amainaba o porque para la gente de los otros barcos norteamericanos, hubiese pasado desapercibido que se habían sacado del "Takoma" dos cadáveres.

Cuando se presentaron en la escuela oficiales, portando cordones de Estado Mayor, se les llevó a la dirección donde estaban los ataú-

des flanqueados por la guardia compuesta de cuatro alumnos.

Se concertó llevarlos al muelle, con las formalidades de ordenanza, para que lanchas de sus buques los recogieran.

El acto solamente se llevó a efecto en el Malecón del Paseo, con toda la escuela formando valla de honor. Los marinos norteamericanos recibieron a sus compatriotas muertos cuando dos hidroaviones, también de Estados Unidos, maniobraban desde poca altura, arrojando flores en las inmediaciones de los féretros.

Pero lo interesante de esta historia es que el Takoma había estado en Veracruz en 1914—el 21 de abril—y fue una de las unidades que abrió fuego contra el edificio de la Escuela Naval; y nosotros correspondíamos en 1923 como pedían las circunstancias, con nobleza y dignidad. El entonces capitán de fragata don Ambrosio Illades, hombre de gran cultura y fino orador, pronunció una oración de honras fúnebres en un perfecto inglés que conmovió a los jefes y oficiales norteamericanos ahí presentes.

Esto me lo recordaría—años después en 1936—un capitán de fragata norteamericano, cuando hice visita de cortesía al almirante Calahagan en San Diego California, jefe de la flota, a bordo del acorazado "California". El citado capitán de fragata era de su Estado Mayor, y había sido uno de los que arribaron a Veracruz en 1923. Llegaba yo a bordo del California como comandante del cañonero Potosí. El citado capitán de fragata se entusiasmó contando lo sucedido en Veracruz. El almirante, un hombre de gran estatura me puso la mano en el hombro, se quedó como pensando lo que iba a decir y concluyó: "México es un gran país, lo que pasó en abril de 1914, a mí me causó mucho dolor; si todavía vive el capitán Illades, que ya debe ser almirante, dígame que dejó un gran recuerdo; ya había yo oído comentarios sobre tan hermosas y conmovedoras palabras".



Le prometí que lo haría, y por el poco inglés que entonces hablaba no me atreví a decirle: "Desafortunadamente no sabemos dónde se encuentra ese brillante jefe que, debido a la revuelta de que usted se enteró, tuvo que verse separado de la Armada".

El comandante Illades anduvo en la mercante después de la Revolución del 23 y terminó de "práctico"<sup>1</sup> en Tampico. Tenía empaque, cultura y físico de intelectual o diplomático más que de práctico.

En capítulo anterior queda asentado que cuando cerraron la escuela, los alumnos veracruzanos llevaron compañeros a sus casas. A mí me brindaba hospedaje la hospitalaria familia Tuero Molina, pero preferí embarcarme. Estaba en puerto —por pura coincidencia— mi conocido petrolero San Leonardo, con su mismo capitán (don Antonio Medina), quien había salvado la vida cuando su barco se incendió pocos meses antes; fue cosa providencial, que se salvara porque raras veces bajaba a tierra, y en la ocasión del siniestro andaba haciendo unas compras.

Cuando me vi en la calle por abandonar la escuela, pensé embarcarme en el cañonero Zaragoza, que me gustaba por su magnífica artillería. Era nuestro barco mejor armado; podía disparar cuatro proyectiles de 100 mm. por andanada; el sistema de puntería era de lo mejor para la época. Me eché a caminar por los muelles de la aduana cuando vi a lo lejos un petrolero, apreté el paso para llegar al llamado "Muelle de Petróleos", el corazón me latía precipitadamente, hasta que identifiqué a la nave. "¡El San Leonardo, Hurra!". Me presenté a bordo; el capitán me recibió con su expresión característica, no se sonreía ni se atufaba —siempre serio—. Le pedí embarque y no me lo negó, pero también embarcaría otro cadete, mayor que yo; le decíamos el viejo porque en la escuela a los que llegaban

maduritos, de inmediato se les ponía el mote de "El Viejo" anteponiéndolo a su apellido. Serafin Fernández a quien me refiero, había trabajado de chicharo en la compañía Aguila antes de entrar a la escuela. En cuanto tuve oportunidad me dijo: "No creas que vamos a estar transportando petróleo, el barco lo acaban de tomar los delahuertistas, quién sabe qué uso le darán".

No me interesó mucho el quedar en condiciones distintas a llevar petróleo, el asunto era navegar, en cuanto a prestar servicio a los rebeldes, no creí que los cadetes fuésemos a ser vistos como responsables de un delito.

La primera salida fue a Tuxpan, se iba a recoger un contingente de tropas para llevarlo a Coatzacoalcos; pero uno de los jefes del movimiento armado se encontró ahí con un cargamento de chicle, e hizo embarcarlo; en eso vio una buena cantidad de plata para la "causa". Al arribar a Coatzacoalcos supe que al barco lo devolverían a la compañía El Aguila ya que no había para mantenerlo: combustible, sueldos, agua, sueldos y comida de la tripulación. El barco seguiría su navegación hacia Tampico. En cambio, un remolcador de alta mar, de la misma compañía El Águila, que también estaba requisado por los rebeldes, iba a efectuar viajes por el S.E. y no tenía oficiales graduados. Se hallaban a bordo cuatro alumnos de primer año. El capitán había estado en la Escuela Naval; se llamaba Enrique Rosas. Como era alumno cuando se cerró la escuela, cuando la invasión de los norteamericanos y no regresó a la Armada, su carrera la hizo en la mercante. De modo que, cambié de barco; el nuevo se llamaba "cernicalo": años más tarde, con la expropiación petrolera, le cambiarían el nombre por Pemex I (el remolcador más grande). El contramaestre Martínez —viejo marinero—, magnífico para cualquier maniobra, y con aptitudes de poder navegar costearo, se divertía con las

<sup>1</sup> *Práctico*: la persona que mete los barcos al puerto y los saca, no siendo de la tripulación. No precisamente debe ser marino.



ocurrencias que resultaban del constante buen humor que acompañaba a los alumnos embarcados. Estando atracados al muelle de Coatzacoalcos, éramos cinco: José Orozco, Pedro Lavalle, José Lara, Álvaro Sandoval y Homero Ruiz a quien desde la escuela apodábamos "Champa". Era de carácter jovial, con todos bromeaba, dieran lugar o no. Lavalle pesaba 85 kg. de puro músculo, perfectamente bien repartido. Si en nuestro tiempo hubiésemos tenido buenos guías en cuestión de gimnasia, Lavalle seguramente hubiese figurado entre los concurrentes para Mister Universo. Sus amigos sentimos mucho que no haya terminado la carrera. Champa Ruiz tampoco la terminó, y Lara desapareció para siempre después que desembarcamos. Orozco, a quien apodábamos "el gringo", era serio y responsable, también atlético sin llegar a lo extraordinario de Lavalle. Orozco, con el tiempo, sería mi concuño.

El cernícalo recibió el cargamento de chicle que había recogido en Tuxpan el San Leonardo; era algo así como un botín de guerra y de mucho valor. Se les ocurrió que sería negociado en Ciudad del Carmen, donde residía una compañía chiclera. Pero resultó algo inesperado; el cargamento pertenecía a esa misma compañía. La Laguna Corporation, y ya la embajada de los Estados Unidos tenía noticias del asunto. De manera que el cargamento fue desembarcado en Ciudad del Carmen con un "dispensen ustedes, nos equivocamos".

Como el mundo es pequeño, me encontré con que ahí en Ciudad del Carmen, un alto empleado de la empresa chiclera era mi primo hermano, Armando Sandoval, quien entregó como un empréstito a la causa delahuertista, varios miles de pesos, con el visto bueno del gerente, el señor Boy.

Entonces conocí mares del S.E., el capitán Rosas me tomó confianza, me permitía trazar los rumbos; no utilizaba a los timoneles que aún pertenecían a la compañía petrolera, sino a los

cuatro de la escuela; nos sentíamos a gusto; yo estaba feliz.

El barco era como el "caballito de batalla" en el Golfo; ir de un puerto a otro era cosa constante. Se transportaba a políticos importantes, a militares e implementos de guerra. Siempre habla algo que movilizar entre Coatzacoalcos, Frontera, Ciudad del Carmen, Campeche y Progreso. Hubo oportunidad de pasar a un barco de guerra, pero preferimos el remolcador porque navegábamos más. Quizá esa preferencia nos salvó la vida, ya que de haber estado en las unidades artilladas, alguna bala nos hubiese alcanzado en el largo combate que tuvieron contra las fuerzas del gobierno, atrincheradas en las márgenes del río.

### *Compañeros muertos en combate*

A la Armada le costó algunas vidas de sus muchachos la Asonada delahuertista. A unos que se incorporaron a diferentes cuerpos del Ejército levantados en armas no se les volvió a ver, pero se tuvieron noticias de otros: de Avendaño, que murió en Mafafa, y del capitán de Infantería de Marina Luis González, en Mérida. De la gente embarcada cayeron dos, que apenas eran aspirantes de primera: Antonio Fernández Cantero y José N. Nájjar. El primero era extraordinariamente bueno para las matemáticas, se había llevado los primeros lugares en los exámenes de los cinco años. Fue como un maestro para todos los que necesitábamos ayuda en los problemas difíciles de matemáticas. Explicaba las cosas mejor que muchos profesores, y lo mismo se le podía consultar de química que de física, de analítica que de cálculo o balística. Sus calificaciones en los exámenes eran, año con año, "trece, o sobresaliente y nota". Este oficial, murió atravesado por un proyectil de mausser, cuando se encontraba como apuntador en una pieza de artillería a bordo del Zaragoza.



El otro desaparecido, José Nájjar, era también inteligente, sin llegar a la altura de Fernández; se encontraba embarcado como segundo del guardacostas Covarrubias. Yo lo sentí como a un hermano; habíamos ingresado casi al mismo tiempo a bordo del velero Yucatán; lo había conocido en la escuela superior Bartolomé de las Casas, en la Calle de Mina del Distrito Federal. Estudiábamos, a bordo, en el mismo libro, hacíamos causa común contra los abusivos que por su edad y, por supuesto, por su superioridad física, osaban darnos de pescozones. A menudo terminábamos a bofetadas por alguna discusión, ante el regocijo de los zánganos que como buenos cobardes, no se agredían; pero con Nájjar el enojo duraba solamente unas horas. Él se recibió antes que yo por las causas que en capítulo anterior he anotado. A mi reingreso a la escuela, en 1923, Nájjar había crecido bastante y se había vuelto terrible; no respetaba nada que pudiera presentársele como un peligro; no perdía en los pleitos, porque si no podía con los puños echaba mano de cualquier arma. Uno lo tuvo con un muchacho Adolfo "don Juan Delgado" que era de más estatura y bastante fornido. Nájjar ciego de coraje, cogió un pedazo de la tapa de una coladera y la arrojó con tal fuerza sobre su rival que le causó una herida en el costado. Hablaba como los del norte, tenía la mirada agresiva, y su arrojo le costó la vida. Era un buen amigo, desprendido con lo que le pertenecía. Su padre tenía buen puesto en la Secretaría de Comunicaciones por lo que el muchacho era de los que siempre cargaban dinero. Nos prestaba a sabiendas de que no le pagábamos. Capaz de dejarse matar por defender a un amigo; a nadie le temía, era un tipo "macho"... Como él deben haber sido los Dorados de Villa.

Las fuerzas delahuertistas habían ido de derrota en derrota. Ya en febrero y marzo de 1924, Obregón en persona —aunque presidente de la República— había tomado el mando de las fuer-

zas por el rumbo en que estaban más fuertes los rebeldes. Derrotó a Estrada y demás buenos generales en el centro de la República, quedando la parte del sureste como cosa fácil de aplastar. No tomó en cuenta al secretario de guerra, Plutarco Elías Calles, para operaciones militares. Así se las gastaba el triunfador de Santa Rosa y Santa María, de Celaya y Santana del Conde, de Jalisco y Colima. Se daba tiempo para atender a control remoto los asuntos de palacio y dirigir las operaciones militares en el campo de batalla. A Calles de encomendó la tarea de ir a reclutar gente para engrosar las fuerzas del gobierno —¡Qué vergüenza!—. Este general que para unos ha pasado a la historia como un estadista, no valía un comino para la guerra; jamás ganó una batalla; pero—eso sí—ostentó las tres estrellas de divisionario; y sería el "jefe máximo" de la Revolución.

Obregón estableció su cuartel general en Celaya; triunfaron sus fuerzas en Ocotlán, que fue batalla decisiva para dar el triunfo al gobierno; entre tanto, en la capital las sesiones de las cámaras de diputados y senadores eran turbulentas; la revisión y discusión de los tratados de Bucareli dieron margen a que líderes incondicionales de Calles, quien era ya el señalado para suceder al presidente, cometieron crímenes, asesinando a representantes del pueblo, como fue el caso del senador Field Jurado. Muchos senadores no se presentaban a la cámara para que por falta de quórum no fuesen aprobadas iniciativas de leyes, cuya expedición estaba ligada al reconocimiento por parte de Estados Unidos, del gobierno de México. El líder obrerista Luis N. Morones, presidente de la CROM (Confederación Regional Obrera mexicana) y a la vez diputado, amenazó con una acción punitiva en contra de los senadores; algunos de ellos fueron secuestrados; Enrique del Castillo, Ildefonso Vázquez y Francisco Trejo.

El grupo callista cometía toda clase de desmanes, teniendo como enemigos a los miembros



del Partido Cooperatista al que pertenecía Field Jurado.

Obregón, desde Celaya y Ocotlán, condenaba los actos terroristas que se cometían en la capital, todos a sus espaldas, y auspiciados por el general Calles, sin que hubiese razón de empeñarse en desacreditar al gobierno.

Una vez acumulado fuerzas el gobierno, en el puerto fluvial de Minatitlán, éstas atacaron a los barcos de guerra, desde tierra, por supuesto. Era un asalto que no tenía carácter de sorpresivo, ya que en los buques se sabía de la presencia de tales fuerzas. Los rebeldes se encontraban en las márgenes del río, bien atrincherados, en "loberas".

Se estableció un tiroteo nutrido contra los barcos, a corta distancia. Nadie, a bordo, podía asomar la cabeza por encima de la borda, y menos trasladarse de un lugar a otro del buque, por cubierta; ésta era barrida por ráfagas de ametralladora, por los barcos, disparando sus cañones, prácticamente a boca de jarro, causaban estragos tremendos en las trincheras de los del gobierno. Al mismo general Enrique Díaz —uno de los principales jefes en el ataque—, una herida causada por el estallido de una granada lo dejó en condiciones de que lo recogieron pensando que estaba muerto.

Uno de los barcos grandes encalló, y el guardacostas Covarrubias se aprestó a darle auxilio, desencallándolo.

La muerte del aspirante de primera Nájjar, fue cosa patética. Los marineros tomaban sus precauciones cuando estaban tratando de dar un cabo del barco encallado al Covarrubias del que Nájjar era el segundo comandante. Para eso, primero debía lanzarse una "tiradera",<sup>1</sup> no había quien llegara a lanzarla con la soltura y fuerza requeridas, por la posición encorvada que todos adoptaban para que la cabeza no sobresaliera

de la borda del barco, evitando ser blanco de una bala. Nájjar, arrojado como era, a grandes voces reprendió a su gente: "miedosos, inútiles, eso se hace así", dijo, al tiempo que corría en dirección de la popa; tomó la tiradera, y con medio cuerpo asomado por encima de la borda, realizó la maniobra. Aquélla llegó con fuerza al barco, pero Nájjar cayó con la cabeza perforada por un proyectil de 7 mm. Contaban los tripulantes que aquél, al caer, quedó agarrado al guardín del timón.<sup>2</sup> Como se estaba en maniobra dando "avante" y "atrás" con cambios constantes en el ángulo del timón, por encontrarse en lugar estrecho —el río—, dichos guardines se movían constantemente hacia proa y hacia popa, arrastrando el cuerpo ensangrentado del muerto, que en espectáculo dantesco dejó perplejos a quienes queriendo evitarlo, no pudieron desatender la maniobra de remolque.

No se sabía dónde había quedado el cadáver de Nájjar: su padre estuvo en Coatzacoalcos y con mucho trabajo dio con el lugar donde sepultaron. A bordo no pudo recoger alguna prenda personal de su hijo. Dijeron los de a bordo que "Nájjar era muy descuidado", que compraba ropa cuando ya no tenía en sus cajones, y toda la sucia, en vez de darla a lavar, la tiraba al mar. Lo habían enviado al hospital con el uniforme que tenía puesto cuando murió. Triste es pensar en ello; hasta en esos casos la rapiña se desata; unas cuantas prendas de ropa se pierden. No había en el barco ningún otro compañero de profesión mas que el comandante, los demás eran agregados, procedentes de la calle. Los maquinistas eran, para mí, unos desconocidos. Lo extraño fue que el comandante, que tanto le quería (el famoso Benjamín "Chino" León), no se hubiese preocupado por recoger las pertenencias del muerto, así como haber llegado has-

<sup>1</sup> *Tiradera*: cabo delgado que se da del remolcador para amarrarla a otro grueso del barco remolcado, y tirando del primero se consigue ligar a ambas embarcaciones con el segundo.

<sup>2</sup> *Guardín*: varilla, pedazo de cadena o cable, conectada al timón para maniobrarlo.



ta el lugar donde se depositó el cadáver. Esto es justificable, y puede atribuirse al hecho de que entre Minatitlán —donde estaban los gobiernistas—, y Coatzacoalcos, hay un paso, y las tropas del gobierno estaban por llegar. Todo era precipitación en la retirada.

Meses más tarde, cuando la mamá de Nájjar me vio hubo una escena conmovedora. En mí veía a su hijo, lloraba inconsolable y echaba la culpa de la desgracia al general Carvallo, que era quien se había presentado en Nueva Orleans para hacer rebeldes a los oficiales. Lo maldecía.

En los días del combate, nuestro barco, el cernícalo, iba rumbo a Campeche; habíamos tocado Frontera, Tabasco, se embarcaron tropas y pertrechos. Entre las personalidades que transportábamos entonces, estaba el licenciado Rodolfo Brito Foucher, mi primo por Paullada, y a la vez sobrino, por Foucher-Escoffí.

Al licenciado Brito lo mandaba don Adolfo de la Huerta como gobernador del estado de Campeche, a bordo del cernícalo, en viaje que se inició en Puerto México. No le duraría mucho su gubernatura. Tenía él, entonces, no más de 25 años, hacia poco que se había recibido de abogado. Nuestro parentesco era el mismo que me une con mi primo el doctor Andrés Iduarte: hijos de dos hermanas, ellas, primas hermanas y a la vez sobrinas de mi madre. El padre de mis tías, don Manuel Foucher, fue gobernador de Tabasco; hombre íntegro, tenía enemigos, como los tienen los varones que no transigen con caciques y déspotas poderosos. Esto le costó la vida: su muerte trágica la recibió defendiéndose, disparando contra sus victimarios.

Rodolfo Brito, aunque tabasqueño de nacimiento, iba como gobernador a Campeche, llevando la confianza del jefe de la Revolución. Era hombre de valor personal pero sus ideales no estaban entonados con el que pudiésemos llamar común denominador de la Revolución. Pertenece a familia acomodada —propietarios

de fincas—: él no era de ideas socialistas o, por lo menos, ninguna simpatía sentía por los caudillos revolucionarios, excepto por De la Huerta, a quien siguió en su aventura.

Mi primo Andrés Iduarte, acabado de mencionar ha vivido gran parte de su vida en el extranjero —Europa, Estados Unidos, Hispanoamérica—, fue líder de juventudes. Mostraba sus ideas socialistas cuando apenas cursaba preparatoria; la primera fotografía de Lenin que vi, fue en la recámara de mi primo que no pasaba de trece o catorce años. Dirigía una de las mejores publicaciones que tuvieron los estudiantes. Andrés era—y sigue siendo— un intelectual que no desperdicia su tinta en escritos sin trascendencia. Se recibió como doctor en derecho en la Universidad de Madrid, estudiando en la Biblioteca Nacional y en la del Ateneo. Es doctor en letras y profesor en la Universidad de Columbia de Nueva York. Lo tuve como huésped, con su esposa, en Marín, Pontevedra (España, 1935) y bien recuerdo su sencillez para todo, viajando para conocer y tratar con los pescadores de esa región gallega. Probablemente esos hombres del pueblo nunca oyeron a hombres tan sinceros y convencidos de su credo revolucionario como ese mexicano que llegó a sus hogares frente a las embravecidas aguas del Cantábrico.

Mi pariente, a quien le tengo el cariño de un hermano, fue un gran líder, pero no al estilo de los actuales —en su mayoría bribones—. Era de otra madera, por esos y otros factores adversos, no ha figurado en política. Pero tiene la satisfacción de portar la máxima condecoración cubana por su libro Martí escritor y otros méritos, así como la concedida por la reina de Inglaterra durante su magnífica labor en Bellas Artes en algo que se relacionaba con el país galo.

Durante el viaje con destino a los puertos del sudeste tuvo lugar un enfrentamiento entre dos importantes correligionarios delahuertistas, ya que aparte del ya nombrado gobernador de



Campeche, también era pasajero en el barco el licenciado Jorge Prieto Laurens, presidente del Partido Cooperatista, a quien antes he mencionado. El señor se había embarcado en Veracruz, acompañado del también abogado Alonso Capetillo quien, pasado algún tiempo escribiera su interesante libro: *La revolución sin cabeza*, que trata precisamente del movimiento delahuertista.

Me extrañó que al embarcarse mi pariente en Tuxpan; y saber que a bordo estaba Prieto Laurens, no hubiese hecho por saludarlo, y a su vez, éste no se dio por enterado del nuevo huésped del barco.

Al tocar el puerto carmelita, el cernícalo quedó fondeado muy lejos de la bahía, como lo hacían los barcos de mucho calado, y la comunicación se hacía por medio de "canoas", barcos de madera de poco desplazamiento y magníficos para la mar que desplazaban hasta cien toneladas.

Desembarcamos la mayoría de los tripulantes como lo hicieron los pasajeros. Había mucho interés por conocer la isleta y tratar con su gente que gozaba fama de ser muy hospitalaria.

Los visitantes eran abogados, militares, periodistas, y otros civiles sin otra profesión que la política. No éramos menos de un centenar. También formaban parte del conjunto dos actrices: la bella Gloria Faure que acompañaba a Prieto Laurens y una, no muy conocida que iba con Capetillo. La Faure fue el "platillo del día", en el pequeño poblado; la veían como a un animal raro pero muy bello. Comentaban de su polca —el pelo recortado hasta la nuca—. Eso fue la atracción de las carmelitas, que por lo visto, hasta esos días no se atrevían a cortarse sus largas trenzas.

Infortunadamente sopló un norte que impidió el embarque de Brito, el capitán del barco, los oficiales y algunos de los acompañantes del alto jefe del movimiento revolucionario. A ese grupo se le había bautizado con el nombre de

"La brigada tablita". También se había quedado en tierra un capitán con unos soldados que eran parte de una unidad de Infantería cuya matriz se encontraba en Mérida. Soldados de este grupo se encargaron de acarrear unas bolsas de dinero, en ese tiempo solamente la plata y el oro corrían. No había billetes. Se trataba de un empréstito a la compañía chiclera, Laguna Corporation, a pagar, seguramente, al triunfo de la causa. Como ya quedó asentado, el barco se encontraba bastante alejado del puerto porque calaba 16 pies y a la hermosa canoa La Elena le tocó llevarnos al cernícalo cuando hubo amainado un norte que estuvo soplando durante dos días.

El licenciado Prieto Laurens había estado impaciente bastantes horas a bordo esperando nuestra llegada. Seguramente presentía un avance relámpago hacia el sur y sudeste de las fuerzas del gobierno y quería llegar lo más pronto posible a Yucatán.

Cuando se acoderaba la canoa al barco, el alto jefe del movimiento dirigiéndose a los que llegábamos gritó: "Cabrones, ¿no pudieron tardarse menos en venir? Como no era de esperarse un exabrupto de esa magnitud, todos quedamos sorprendidos, incluso el mismo Brito que en esos momentos era un personaje, permaneció callado unos segundos, pero una vez que reaccionó — en los momentos en que la gente transbordaba—, preguntó al ofensor: "¿Para quién es eso?, a lo que Prieto —de inmediato— repuso: "también para usted agregando algo más que no me es difícil recordar. Hubo una disputa acalorada, habiendo ordenado Prieto Laurens—a su chofer—que le llevase la pistola, pero las dos artistas lo impidieron. Había gran murmullo entre las tres o cuatro docenas de hombres que rodeaban al jefe rebelde; y los soldados amontonados en la popa del barco gritaban sin saber porqué. En la canoa solamente quedamos los tripulantes Brito y yo. En los momentos en que materialmente arrastraban al licenciado Prieto Laurens a



su camarote, las señoras y algunos de sus allegados, dije a mi primo Rodolfo: "Vamos a pasar al barco, aquí presentamos un buen blanco, y lo tomé del brazo". En un momento llegamos a mi camarote donde aquél se alojaba.

Cuando subía yo al puente se levaba el ancla. Oí que el capitán del barco, Enrique Rosas, preguntaba por mí. Se trataba de comunicarse con señales a brazo con el cañonero Zaragoza, que acababa de llegar de Puerto México. En ese barco izaba su insignia de comandante de la flota sublevada, comodoro Manuel Camiro.

Me sorprendió la presencia del barco, que por ciento tenía una bonita y eficiente artillería. Era la unidad mejor armada de nuestra flota.

El Zaragoza no había fondeado y se mantenía al garete. Cuando hacía yo la señal de "listo" para interpretar, me fijé que los cañones se movían y principiaban un murmullo a bordo del cernícalo que aumentaba por segundos. Preguntaba el comodoro: qué pasaba a bordo ¿cómo se habían dado cuenta del alboroto? El capitán Rosas me dio orden de transmitir: "Vienen a bordo, licenciado Jorge Prieto Laurens, y licenciado Rodolfo Brito, nombrado gobernador del Campeche". A continuación volví a interpretar más o menos: "Ordena comodoro comandante flota, a capitán cernícalo, mantenga orden a bordo su barco —punto— ordena ponga usted proa Campeche, Zaragoza seguirá sus aguas, velocidad no pasar de once nudos".

El capitán Rosas estaba sorprendido, iría vigilado. Cuando estaba yo trazando rumbo bajo sus indicaciones, me decía: "Vamos a navegar casi a media máquina: ¿por qué tenemos que ir juntos y vigilados?.. ¿qué se traerá Camiro?". Pronto lo sabría: Camiro y demás comandantes estaban de acuerdo con la rendición. Al llegar a Progreso, Rosas volvería a recibir órdenes.

El capitán no salía de su asombro: ¿Qué pasaba con la gente de la Armada, por qué había llegado el cañonero Zaragoza inesperadamente,

por qué se portaba tan enérgico el comodoro Camiro?

Los cinco alumnos comentábamos los acontecimientos imaginándonos lo que, en realidad, estaba pasando: La derrota delahuertista era inminente. No supimos que platicaba el capitán del barco con Prieto Laurens. Con mi pariente, desde luego, nada.

El licenciado Capetillo debe haber dicho algo al respecto de tan desagradable viaje, en La Revolución sin cabeza, el cual no he leído. Capetillo —por lo que de él han dicho quienes lo conocieron— era un gran elemento en las filas delahuertistas y su libro es digno de leerse.

Por lo que aconteció después de rendir el viaje en Campeche, se vio claro lo que sospechábamos, el porqué de la actitud que había tomado el comodoro Camiro. Ya en las circunstancias en que se encontraba el "movimiento" en esos momentos era para no respetar a ninguno de los líderes: don Adolfo, si no había salido del país, estaba por hacerlo; la derrota era inminente. La situación de los barcos de la Armada "alzados" era crítica, y como consecuencia, los jefes de la misma veían perder la oportunidad de llegar a hacer sentir su presencia dentro del contexto nacional, como no se había hecho nunca antes. Una notoria desilusión había, en esos momentos, por parte de nuestros valientes jefes alzados, por lo mal que lo estaban haciendo los cabecillas del movimiento, tanto militares como civiles, incluyendo entre éstos, al honorable, honesto, decente y humano don Adolfo de la Huerta, cuyos atributos no fueron suficientes para que supiera encabezar una rebelión.

Brito no había dado por terminada su diferencia con Prieto Laurens, y esperó la llegada a Campeche para reanudar la reyerta. Se arribó al puerto casi a la amanecida y él, Rodolfo, a hora temprana se desembarcó acompañado de las tres personas que lo acompañaban. Al llegar al muelle una comisión encabezada por un señor





Blengio lo recibió para llevarlo al hotel Cuauhtémoc, ubicado frente a la plaza principal de la ciudad. Desde un balcón, el citado señor Blengio dio a conocer al nuevo gobernador, encontrándose llena de campechanos la plaza de Armas.

El licenciado Prieto Laurens, que había permanecido a bordo con algunos de sus acompañantes, mandó decir al ya gobernador, que deseaba saber con qué garantía contaba, y este le contestó que con todas las de un ciudadano. Pero cuando al día siguiente aquél (Prieto Laurens), se encontraba embarcado en el tren que salía para Yucatán, Brito abordó uno de los furgones y le envió un recado a su ya supuesto enemigo, diciéndole (más o menos) que llevaba una pistola de calibre 45, y dos testigos; que lo invitaba a abandonar el tren una vez que llegaran a una estación que ya no fuese del estado de Campeche, para dirimir el asunto pendiente. Así se las gastaba mi pariente.

La intervención oportuna de algunas de las personas que acompañaban al licenciado Prieto Laurens, evitó que la sangre corriera porque seguramente en el duelo no solamente iban a presentarse los testigos, y el lance no iba a parar en que solamente se batieran dos, sino que el duelo se generalizaría convirtiéndose en una lucha desigual.

Por ventura los más allegados al alto jefe revolucionario, entre quienes se encontraba el toluqueño don Antonio Pliego, se interpusieron entre los dos hombres valerosos, para que desintieran de su actitud belicosa.

### *Nuestros barcos se rinden*

Mi pariente Brito y yo recibimos hospedaje en Campeche en casa de un tío, el doctor Manuel Paullada, hermano de mi madre, el menor de los Paullada Escaffié: tipo genuino campechano, caballero perfecto, guasón y excesivamente caritativo con su clientela, que era, en su mayoría, de clase pobre.

El tío Manuel era el segundo médico de la familia, al primero ya me referí en capítulo anterior. Los dos del mismo corte moral; no hicieron fortuna porque no estiraban la mano despiadadamente ante el dolor del pobre.

En casa del doctor Paullada, nos expuso mi primo Rodolfo la situación real del movimiento delahuertista y su inminente derrota. Decía que seguramente no iba a durar en Campeche más que unos días. Don Adolfo de la Huerta estaba por salir del país y el general Cándido Aguilar tenía días de haberlo hecho, siendo éste, uno de los principales jefes del movimiento.

—“¿Y tú qué harás?”—me preguntaba mi tío,—“pues no se”—le respondía.—“Voy a preguntar al capitán del barco qué piensa hacer; ya le he visto examinar las cartas náuticas de Centroamérica. No será difícil que para allá nos escapemos”—.

Pero no hubo huida, la rendición tanto de los barcos de guerra como la del Auxiliar en que yo andaba, y de otros agregados, sería condicionalmente. En un mensaje, el general Serrano, secretario de guerra, dirigido al comodoro J. Camiro, jefe de la flota sublevada, le pedía que la Marina depusiera su actitud; y ofrecía garantías. Invocaba el patriotismo.

De manera que la rendición fue—como antes se asienta—con condiciones nada humillantes.

De Campeche fuimos a Progreso, donde se desembarcó un cargamento de medicamentos que se había embarcado en Coatzacoalcos. Este cargamento—según supe después—había sido decomisado, y se tenía listo para embarcar, destino a la capital, cuando tuvo lugar el levantamiento.

A la salida de Progreso me dijo el capitán: “Trace el rumbo a Coatzacoalcos”. “¿Y si están ahí los del gobierno?”, le pregunté. Me dijo que efectivamente ya se habían posesionado de la plaza, y me relató los detalles de la rendición concertada.



A nuestro arribo a Coatzacoalcos estaba la margen del río por el lado de la ciudad, llena de soldados. Eran cuchitecos quemados por el sol que brillaba como charol. Los muelles estaban atestados, todos hablando en su idioma armonioso.

El capitán del barco llevaba un sobre cerrado para entregar al enviado personal del general Obregón, para recibir dicho sobre.

Se presentó a bordo el teniente coronel Ricardo Topete. Saltó a tierra el capitán con dicho militar y nos supusimos que irían al telégrafo para comunicarse con nuestros barcos. Estos arribaron dos días después. Majestuosos, en zafarrancho de combate. No había sido una rendición humillante, y yo había trepado hasta el penol<sup>1</sup> del palo del "cernícalo" para colocar la driza que izara bandera de "parlamento".

Obregón prefirió respetar la vida de los marinos, poner un tren a su disposición para el traslado de Coatzacoalcos a la capital, y que les fuese pagado un mes de sueldo, causando baja los jefes y oficiales excepto los cadetes, que por circunstancias especiales, se habían visto obligados a buscar dónde vivir. También había contemplado el gobierno, el peligro de soportar un bloqueo temporal y después mandar buscar a los barcos en el extranjero, donde seguramente recalarían.

Una vez que se entregaron los barcos, salimos en un tren especial, con una docena de carros hacia la capital. Todo el personal de jefes y oficiales causó baja; las tripulaciones fueron colándose, poco a poco, en diferentes unidades. A los alumnos se nos exigió que nos presentásemos con dos cartas de profesores de la escuela, acreditando nuestra buena conducta.

La Revolución delahuertista se llevaba gran cantidad de lo mejor que teníamos entre jefes y oficiales: A don Ambrosio Illades; a mi profesor de artillería Ramón Moya y otros más; sin que se salvaran los que integraban el grupo de aspiran-

tes de la promoción ejemplar encabezada por el arquetipo de cadete y de oficial, Luis Mateos Góngora que honrara a nuestra marina militar. Los perdimos para que sus plazas fueran llenándose con gente que no había pasado por las aulas del *alma mater*. Eso nos haría mucho más penosa nuestra tarea, a quienes bastante jóvenes tendríamos mando, y nos veríamos obligados a someter a régimen militar a quienes sin empacho usaban las insignias, pero se les hacía pesado obedecer órdenes, gente que ignoraba lo más elemental de disciplina. Tendríamos que emplear mucha energía para hacer ver a médicos y maquinistas navales —prácticos— con más grado que el nuestro, y en todo estaban subordinados a quienes teníamos el mando que debería ser único e indivisible.

Había algo más grave en ese tiempo: un sonoreense, comerciante, amigo de Obregón apellidado Dávila, tenía negocio de licores en Guaymas. Graciosamente se le dio un grado de oficial (o jefe) y se le hizo segundo comandante del transporte Progreso. Este señor, carente de la ética más elemental, llevaba, a bordo, su cargamento de alcohol de Manzanillo al puerto sonoreense y no pagaba las llamadas "alcabalas". ¿Qué respeto había, por parte de los más connotados revolucionarios hacia la Armada? La verdad es que, el talento concedido a don Álvaro Obregón no era tanto como para que pudiese discernir entre lo que era ayudar a un amigo y lo que era solapar y proteger un negocio sucio, que ponía por el suelo la dignidad de una institución.

La escuela permaneció cerrada poco más de tres meses. La Secretaría de Guerra y Marina nombró director a un viejo que era un "ogro"; tenía el grado de comodoro. A él le había tocado la inauguración en 1897, cuando se fundó, de manera que 27 años después, ese señor llegaba a devorar corderos.

<sup>1</sup> *Penol*. extremo o punta



El hombre de quien todos mis contemporáneos conservaron ingratos recuerdos se llamaba don Manuel Izaguirre (apellido que después se oíría mucho: la primera dama de la República del periodo 1952-1958, era su hija).

El señor, que no era de buen corazón, se comportaba de manera férrea. Tenía escasos conocimientos de la profesión y con espíritu de estar siempre castigado, sin tomar en cuenta las cualidades de quienes sí la poseían. Se propuso expulsar a todos los alumnos, habiendo declarado que procedíamos de un ambiente corrompido (se refería al periodo bajo la dirección del general Carvallo). Tal parecía que el plantel hubiese sido albergue de maleantes, y él (don Manuel Izaguirre), llegaba a purificarlo, cambiando absolutamente a todo el personal de alumnos. Hablaba de que los embarcados durante la revuelta, habíamos sido traidores. No se imaginaba, entonces, que él pocos años más tarde, en 1929, se iba a ver obligado a defecionar en Guaymas, y que el resultado de su situación en el exilio sería el suicidio. Esto porque no todo en él eran defectos: a cambio de ser excesivamente riguroso llegando a lo despiadado, era sumamente pulcro, y su vida terminó dando un ejemplo de dignidad.

A todos los que habíamos estado embarcados, el señor nos dijo que tuviésemos listas las maletas, ya que al cometer la menor falta seríamos expulsados. Durante el tiempo de su mandato como director, andábamos temerosos, "con el rabo entre las piernas". Expulsó a más de una docena en breve lapso; a unos con "cajas destempladas": Tenían que pasar entre una valla, formada por las dos brigadas, la cual principiaba en la puerta de la escuela, y terminaba en la esquina más próxima. Ante la expectación de los transeúntes, unos jóvenes, con su maleta en la mano, iban caminando. Por atrás se les tocaba "fajina" con los tambores destemplados, y los

cadetes que formaban dicha valla iban girando en media vuelta para dar la espalda al paso de aquéllos. Era humillante y doloroso el espectáculo. De los tres que se expulsaron en esa forma, dos fueron por haberse evadido del plantel unas horas, falta que podía haber sido sancionada con cuatro domingos de arresto. Un mes encerrado es mucho tiempo, más que suficiente para poner escarmiento.

Teníamos a don Manuel Izaguirre, además, como profesor de astronomía. Usaba el libro de "Fontecha", completamente elemental y anticuado. No era marino de prestigio; nunca se oyó hablar de él como navegante. Parece que fue del cuerpo administrativo, y con la carencia de marinos de carrera llegó a ocupar los importantes puestos que ocupó. Afortunadamente por muy poco tiempo impartió la cátedra de astronomía y navegación, pues antes de terminar el año 1924, fue removido de su cargo; al dejarlo ya habíamos pagado caro el pecado de querer andar en los barcos, aunque fuese en días de "revuelta".

A mis amigos y compañeros Luis Bravo carrera y Arturo Colmenero debo, indirectamente, haber terminado la carrera en la Escuela Naval. Por ellos, yo y algunos más no fuimos dados de baja por infidentes, según decía.

Ya antes asenté que nuestro director, don Manuel Izaguirre, estaba empeñado en echar a la calle a quienes habíamos andado embarcados en los días de "la bola". Entre ellos estaban Bravo y Colmenero, que cursaban cuarto año.

Por la escasez de oficiales (estaban haciendo mucha falta en los barcos), se concedió exámenes extraordinarios a los de quinto, que no eran más de media docena, para embarcarlos y a los de cuarto, después de examinarlos, pasarían a terminar su quinto año al acorazado Anáhuac, con las consideraciones y obligaciones de oficiales. Esto sucedía por el mes de agosto de

<sup>1</sup> Penol: extremo o punta.



1924. Habían reingresado dos muchachos — Ledezma y Montaña— que también anduvieron en la revuelta, pero estos habían adquirido el grado de subtenientes en las filas delahuertistas y anduvieron por el sureste.

Los jóvenes tenían deuda con la justicia y la policía los buscaba. A los pocos días de que reingresaron fueron descubiertos y no queriendo ser drásticos en el castigo, se giró orden a la escuela para que solamente se les diera de baja. Decían que el pecado de los muchachitos era el de haber incendiado un archivo en Campeche, cosa que yo nunca creí porque los conocía muy bien. Ya fuese verdad o una equivocación, los pobres no duraron tres días en la escuela. En el momento en que con gran pena los veíamos cruzar el portón del recinto, el director nos mandó llamar a los que teníamos sobre la cabeza la espada de Damocles, para echarnos el sermón consabido de que anduviésemos muy “derechitos”, si no queríamos ser expulsados. Con su voz temblorosa nos dijo más o menos: Junto con estos dos jóvenes deberían ustedes haber salido del recinto. La justicia debe de ser pareja, pero solamente —por ahora—, ellos sufrirán el castigo por “incendiarios” y a ustedes les salvará del castigo, el que entre el grupo hay dos muy distinguidos, que en sus exámenes extraordinarios están sacando las más altas calificaciones que sus compañeros de 4to año no alcanzan y menos los de 5to. Den gracias e estos dos jóvenes, que bien se sabe, quiénes son. Sigán portándose cada vez mejor porque no dejaré de exigir a sus inmediatos superiores una estricta vigilancia en un medio tan corrompido.

Era verdaderamente desconsolador, oír expresarse en esa forma al director. Tal parecía que llegaba a poner orden a un recinto que albergaba a delincuentes. El viejo decía que en el aspecto disciplinario procedería con todo rigor, aunque tuviese que dar de baja a todos los alumnos.

El hecho de que su antecesor había sido un rebelde que anduvo combatiendo al gobier-

no de Carranza, y de ahí pasara por tres años, a la dirección de la escuela, ese personaje, solamente malhechores podía haber dejado.

No sabía don Manuel Izaguirre que el hombre más humano de cuantos habían operado en el estado de Veracruz, era ese alvaradeño carajiento, popular y caritativo. Lo de la voladura de trenes no era más que la maledicencia de los malvados, que nunca faltan quienes propalan esos infundios, siendo que en toda la región no se encontraban gentes que señalaran al general como victimario de algún familiar o amigo. No era un criminal. Él llegó a parar trenes para cerciorarse de que no se transportaban pertrechos militares y en más de una ocasión combatió contra las escoltas.

Era yo ya jefe de alta jerarquía, cuando don Gabriel llegaba a los noventa años con una salud envidiable. Su mente clara y sus convicciones no habían cambiado. Siendo capitán de puerto en su tierra natal —donde era una institución—, me platicaba que nunca le perdonó a Carranza, el haber tenido la intención de traicionar a Madero. Tampoco Obregón era santo de su devoción, y si éste lo había aministado con la mayor jerarquía del Ejército y de la Armada, esto había sido porque el gobierno de Obregón le convenía, y este general lo hubiese fusilado con el menor pretexto. En cambio, don Adolfo de la Huerta era un hombre cabal, de principios, revolucionario sincero, un idealista, y por eso lo siguió en su aventura.

No se imaginaba el comodoro Izaguirre, cuando reingresaba a la Armada en el año 1924, y abominaba a su antecesor, que todavía iba a ser actor en una asonada, y entonces lloverían piedras en su tejado.

### *El comodoro Hurtado de Mendoza: un adelantado*

Un cambio definitivo se dejó sentir en la escuela con el del director. El comodoro don Luis Hurtado de Mendoza, sustituto de don Manuel Izaguirre,



era algo así como un adelantado a la época. La expresión fue de Valcárcel, compañero en mis primeras navegaciones, quien con el tiempo sería mi consuegro; nuestros hijos, al unirse en matrimonio contribuían al crecimiento de la gran familia de la Armada.

Los antecesores de don Luis en la dirección, no tuvieron la visión que éste demostró poseer, tanto en el aspecto de procurarse elementos y de comodidades para la vida dentro del recinto como por su sistema disciplinario, muchos le criticaron —lo tachaban de loco—, pero sin recordar la expresión vasconcelista de que: “No hay judas a quien se le vuelva loco el maestro”.

Lo primero que hizo ese señor, fue aprovechar bien lo que el anterior—muy honesto—había ido guardando en caja. Dejó de darse a lavar ropa a las lavanderías particulares, instalando la respectiva maquinaria en la escuela. Contrató panaderos, instaló un horno y principiamos a comer el mejor pan de Veracruz. Mandó quitar las persianas de las ventanas cuyas hojas sin movimiento formaban ángulos que nos tapaban la vista a la calle. Nos proporcionó toda clase de útiles para deportes y facilitó la manera de hacer vida social en la ciudad.

Como antes asiento, no faltaron retrógrados que criticaban a este jefe, quien tenía su tinte socialista; lo presentaban como un disolvente de la disciplina. A nosotros, a los directamente beneficiados de tener un director como don Luis, nos venía de maravilla lo que a sus detractores parecían extravagancias. A los deportistas nos tenía consideraciones, y por esto protestaban los llamados “macheteros”, que todo su tiempo lo pasaban estudiando. Protestaban los raquítics que no levantaban una pesa, ni daban un salto; los que, con el tiempo, al usar anchos galones, darían la apariencia de los barrigoncitos capellanes uniformados que dicen misa a bordo de los trasatlánticos.

El comodoro Hurtado de Mendoza—que nos había caído del cielo—acababa de reingresar

a la Armada; se decía que había navegado poco. Había sido profesor del Colegio Militar, de donde sacó el apodo de “el barquito”. Se prestaba su manera de ser, a que se contasen anécdotas de su persona. El mismo, a veces se ridiculizaba; pero sacando un promedio de sus cualidades y defectos, resultaba que tenía mucho más de aquéllas. Los de las generaciones que estuvimos con él, tenemos que llevarlo en la memoria con agradecimiento. Infortunadamente la humanidad es mezquina en su gran mayoría, y en este caso en que puede medirse por un simplísimo ejemplo esa condición de las gentes, vimos que muchos mal agradecidos principalmente de los de mi grupo, no supieron conservar el sentimiento de gratitud a que moralmente todos los cadetes estábamos obligados. Años más tarde, en los momentos en que la viuda del querido jefe necesitó la ayuda de jefes de Marina, la recibió, pero muy alambicada; no en la forma que correspondiera a los bienes de que hablamos gozado como cadetes y que fueron proporcionados por el diligente jefe, siempre humano y comprensivo.

Más beneficio han venido recibiendo viudas de ineptos, cuyos maridos fueron un pulpo más del erario. Lo mismo han sido favorecidas señoras esposas de altos funcionarios que, al quedar viudas con muchos millones, heredaron el derecho de quedarse con sirvientes pagados con nuestro presupuesto, a veces escasos para otras cosas más útiles. Esto—sin lugar a dudas—nos pinta, claramente, la poco—o ninguna—calidad de buenos jefes de que han carecido quienes han permitido y siguen permitiendo esa anomalla.

Cuando llegó don Luis Hurtado, se encontró con un cuadro de profesores en que podían contarse muchos malos, algunos regulares y dos o tres buenos. Los del cuarto año, teníamos—por mala suerte—a varios que nada nos enseñaban. Por fortuna—como una feliz coincidencia reingresaba a la Armada el capitán de navío don Rafael Izaguirre, a quien nos pusieron de subdi-

Al educación naval.



rector; sustituyó a su padre —el ex-director—, en la cátedra de astronomía y navegación; (bendita coincidencia). capitán de los barcos mercantes. No dejaba de estudiar la navegación. Falsas eran las versiones de que tenía un carácter insoportable. Nunca tuvo la escuela, un profesor de esa materia, tan competente y dedicado y, desde luego, tan respetado por su pulcritud y personalidad, como don Rafael Izaguirre.

Por otra parte, su padre nos había impuesto unos profesores de su época, a quienes el ingeniero compañero Gustavo Rueda Medina bautizó como el grupo del "Nuevo Termidor", haciendo alusión a esta fecha remota si la comparamos con la edad de esos mentores.

Por supuesto que no todos los profesores viejos eran malos, como tampoco los relativamente jóvenes eran todos buenos. Teníamos a un viejo, don Fernando Siliceo que, lo mismo impartía la cátedra de "trigonometría" que "lengua castellana", que "inglés" o "francés", y se daba tiempo para impartir enseñanza en la naval y en la escuela náutica. Teníamos a don Salvador Díaz Mirón, que como maestro no era bueno, nunca preguntaba la clase: se dedicaba a contarnos su vida, y a todos les ponía muy buena calificación a fin de mes. Era un ameno conversador el gran poeta, pero como profesor no servía. Por supuesto que nos deleitaba con sus historias que nos las contaba varias veces, y cuando hablaba de Aquiles se emocionaba. Y con malas palabras nos decía que el héroe de la Iliada era "muy hombre". Los profesores de física, mecánica, analítica y química; el doctor Iglesias, el ingeniero Prida y don Alejandro Macías respectivamente, habían dado clases en la Naval desde que se inauguró en 1897. Eran buenos pedagogos —para enseñar a niños— como pasaba con don Benito Fentanes; pero para hacerlo con jóvenes, no servían. Un ingeniero, Meneses, que tenía prestigio de científico, era "mucho pieza" y no se dignaba explicar las cosas que uno no po-

día asimilar del libro. Solamente preguntaba al más adelantado de la clase, Oliverio Orozco, quien era de inteligencia privilegiada, cuando a otro se le atoraba el asunto. Llegamos a estar en situación crítica, en cuanto a profesorado, cuando terminábamos el cuarto año, y decidimos expresar al director nuestras inquietudes.

Excepción, como Fernando Siliceo, era el licenciado don Manuel Zamora que, por supuesto por su edad, no entraba en el grupo del termidor, nos daba la clase de lógica. Dominaba la materia además de ser ameno. Este señor era querido por todos, porque en cualquier reunión motivada por festejar algún aniversario, en la que estuvieran presentes los directivos, tomaba la palabra y uniendo sus pensamientos humorísticos, a su brillantísima oratoria, llevaba el tema a la conclusión de que en fecha tan memorable se nos concediera salir francos.

Al licenciado Zamora tanto por sus ideas políticas y religiosas, como físicamente, le encontraba yo mucho parecido a don José Vasconcelos, y en alguna ocasión se lo dije. Mucho quise a este señor que no era un simple profesor sino un maestro. Cuando nos hablaba de los silogismos y cuando nos daba conferencias de literatura y nos mencionaba, a Castelar, a Unamuno, a Ortega y Gasset y a don Alfonso Reyes, muy lejos estaba yo de pensar que, pasados los años, el matrimonio de mi único varón con la hija de un compañero me daría nietos que fueran los bisnietos de tan ilustre jurisconsulto.

Cuando hablamos con el comodoro Hurtado y le expusimos que probablemente todos los profesores del "termidor" fueron buenos en su juventud, pero que para nosotros no servían. Él se sintió sorprendido, "¡Cómo!" exclamó: "si son profesores de prestigio en Veracruz, tienen muchos años de enseñar"; "Si señor" le contestó al compañero Lorenzo Egurrola "pero a niños de primaria", y no nos explicamos cómo dieron clases aquí cuando se abrió la escuela.



Era una gran cosa que el comodoro Hurtado supiese oír, y no se alterase ante la audacia de un muchachito malora como era Egurrola. Don Luis, con todo su buen discernimiento, debe haberse puesto a pensar que la revuelta delahuerista se había llevado a lo mejor del profesorado.

El caso fue que, al poco tiempo principió el cambio de profesores. De México llegó el gran matemático don Esteban Minor, de la talla de Graff, de Sandoval Vallarta y del ingeniero Monges López; también llegaron los ingenieros militares Joaquín Aspiroz y Tristán M. Garza. En poco tiempo el cuadro docente quedó cambiado, por lo menos en cuarto y quinto años. No cabía duda que teníamos un buen director.

No eran puras coincidencias que un ingeniero Meneses o un ingeniero Prida, salieran a la capital cuando se presentaba un Esteban Minor (el mejor profesor de matemáticas que ha tenido nuestra Escuela Naval), así como que apareciese, por primera vez en nuestra clase de química, el doctor Rodríguez Mendoza, que en pocos meses enseñaría lo que don Alejandro Macías no había logrado en todo el curso. El doctor Rodríguez Mendoza —años más tarde—, siendo yo director, recordándole que nos había enseñado muy bien la química del carbono, me confesó que se había visto obligado —cuando lo nombraron para impartir la clase— a estudiar cuatro horas diarias. Comentó: “En esos días, me sentía yo como el alumno más adelantado de la clase”.

De entre los elementos que llegaron del ejército, dos, además de ser oficiales de brigada a instructores, hicieron la carrera de marino desde el primer año; otros fueron profesores muy competentes en matemáticas. Un capitán primero —ya mencionado— dio clases de analítica: era brillante (Joaquín Aspiroz) muy enérgico, cumplido y justiciero. El mayor Enrique L. Huerta, a quien apodaban, desde el Colegio Militar, “el chino”, era un gran tipo; nos trataba de tú a los que le calamos bien. Era enemigo de imponer

castigos, pero exigente con sus alumnos en la clase. Ahora llevamos una gran amistad, lo quiero como si hubiésemos sido compañeros de banca. Lo conceptúo como un hombre sencillo, con grandes cualidades humanas. No podía ser de otra manera, cuando supo colaborar en gran armonía con los otros dos grandes jefes, el subdirector que era ejemplo de rectitud y energía sin pisar el terreno del jefe despótico por sistema; y nuestro director que había roto con añejas costumbres castrenses, logrando—con ello—una mejor vida del cadete. Efectivamente el Chino Huerta, como colaborador de sus dos altos jefes, en la buena marcha de la escuela, y en su amistad fuera del servicio fue “un gran tipo”.

El año escolar fue ampliado al ser cambiadas las fechas de exámenes, y reanudarse los cursos, aquéllos se efectuarían en diciembre, de modo que en cuarto año estuvimos año y medio. Con esto tuvimos tiempo suficiente para realizar un buen curso. El resultado fue que repasamos dos veces astronomía y navegación, materia que dominábamos al finalizar la carrera. Cuando esto tuvo lugar, las calificaciones de los menos adelantados fueron de “Muy bien”, y abundaron los sobresalientes. Esto—en gran parte—se debió, a tener un magnífico profesor, el comandante don Rafael Izaguirre.

En el año 1925, nuestra escuela tenía aumentado su presupuesto, gestionado por el director. También aumentó el número de alumnos que, para entonces, teníamos ya la denominación de “cadetes”. Éramos como ciento veinte. La comida mejoraba a medida que pasaba el tiempo. En esa época la ración de la Armada era todavía de setenticinco centavos diarios por plaza, de manera que era mucho mérito para la administración del plantel, podernos tener satisfechos con el “rancho” contando con tan corto presupuesto.

Ya quedó asentado lo de la modificación al calendario escolar, retrasando los exámenes de



mediados a finales de año. Era de lo único que se murmuraba; y a pesar de que el director, quien se permitía llegar a lo que ahora se repite con frecuencia: "el diálogo" explicándonos el motivo de dicha modificación, nos resistíamos a comprender las razones. Pero eso era perdonable a cambio de la perspectiva de mejor preparación que los ingratos no supieron comprender.

Con la promoción inmediata anterior a la nuestra, había sucedido lo contrario; se les había sacado de la escuela, adelantándose los exámenes de cuarto a quinto años, y este último lo cursarían a bordo, con el tratamiento de oficiales; había carencia de éstos, por las razones ya expresadas en capítulos anteriores. Con nosotros ya no se siguió el procedimiento, porque se principiaron a recibir oficiales de la mercante, principalmente del cuerpo en máquinas, donde tuvieron cabida algunos que ni siquiera procedían de escuelas náuticas.

La vida en el recinto era, por entonces, agradable, no el claustro en que por casi un año habíamos vivido a raíz del movimiento delahuerista. Como de joven se puede estudiar sin perjuicio de hacer deporte, a este le dedicábamos el debido tiempo los que nos autonombrábamos atletas. Yo era gimnasta, pesando 57 kg.; tenía que boxear con los de más peso y, por supuesto, más talla.

Con los "ligeros" y "semicompletos" me ponía los guantes, y difícilmente me llegaban a tocar la cara. Nuestro profesor —Kid Pancho, de Jalisco—, quien hiciera muy buen papel ganando a veces y perdiendo otras, con los primeros lugares de su división en esa época causó alta como teniente de administración naval; se dedicó a enseñarnos bien el rudo deporte, y lo consiguió con dos o tres que llegamos a pelear en público contra profesionales. Esto convenía a los promotores, ya que nosotros no cobrába-

mos. En una ocasión, con motivo de recaudar fondos para el cuerpo de bomberos, mi compañero Vicente López peleó en semifinal y a mí me pusieron en el combate estelar, me tocó un contrincante que llevaba 17 peleas consecutivas ganadas. Los dos, López y yo, ganamos por knockout, pero no nos llevábamos aplausos: los veracruzanos eran muy localistas. A López no le valió ser hijo del puerto, bastaba con que uno fuese naval, como nos llamaban, para que nos silbaran cuando íbamos camino de los vestidores.

En el año 1925, Veracruz tuvo su primer carnaval. Fue algo muy divertido para los veracruzanos, que tanto gustaban de la cumbancha. Para nosotros también lo fue, pero a la vez nos hizo pasar malos ratos. Los alumnos de la preparatoria nos invitaron, como estudiantes que éramos (así nos calificaron), para lanzar como candidata a reina, a una muchacha veracruzana (María Teresa Arzani). Aceptamos no de muy buena gana pero, inexplicablemente, a los dos o tres días después de conocer a María Teresa estábamos fascinados con ella. La contrincante, que al fin resultó electa reina (Lucha Raigadas) era visitante en Veracruz, procedente de la capital de la República; había llegado al puerto solamente a pasar una temporada. La contienda fue desesperante para nosotros, puesto que los compañeros estudiantes de la preparatoria nos dejaron solos. De modo que nuestra candidata tenía a diario un regular número de votos, que se obtenían de los cupones recortados del periódico; pero las candidatas fuertes, los alumnos de la Escuela Naval las aportábamos. La dirección de la escuela nos ayudó pecuniariamente, y al irse necesitando cada vez más el dinero, fuimos pidiendo a la pagaduría nuestro "pre"<sup>1</sup> adelantado. Entonces era de \$ 0.50 a la semana para "cadete raso" y subía de 25 en 25 para los cadetes de primera, cabos y sargentos. Llegamos a pedir

<sup>1</sup> *Pre*: La paga o gratificación que se da al alumno o cadete semanalmente, para gastos indispensables.





una cantidad que nos dejó una deuda de medio año. Alcanzaba dicha deuda, con la pagaduría, la entonces fantástica suma de 3 mil 500 pesos. A Lucha Raigadas la apoyaba la gente "popof" del puerto; la muchacha estaba de novia con Francisco Malpica Cházaro, uno de los muchachos "bien". Su padre era fundador del periódico *El Dictamen*, en compañía con su hermano don Juan Malpica Silva.

Llevábamos perdida la votación, pues a todo lo anterior se agregaba la circunstancia de que el general Juan Andreu Almazán, por entonces jefe de operaciones en el estado, era simpatizador de Lucha, y todos los militares, aunque muy a su pesar, hasta los soldados contribuyeron con una cantidad de dinero que, para nosotros era estratosférico.

El resultado fue muy adverso para nuestro pobre bolsillo, a la vez que rabiábamos por lo que calificábamos de injusto. Para nosotros era inaudito lo que acontecía; ¿por qué se metía en esto el general Almazán? ¿acaso no veían en la señorita Arzani una auténtica veracruzana? Estábamos furiosos contra los prepatorianos; cuando había algo que podíamos disfrutar como estudiantes, entonces nos consideraban como militares únicamente; pero cuando se alborotaron para postular a la Arzani, nos dijeron que también éramos estudiantes, —¿para qué?—; para dar la espalda a la hora de pujar con los centavos.

Estábamos tan indignados por lo que nos parecía "una ignominia", que ante nuestras exclamaciones de protesta durante la tertulia en que rendíamos pleitesía a nuestra candidata, el director tomó cartas en el asunto y nos mandó llamar a los más exaltados; nos apaciguó haciéndonos ver lo intrascendente del asunto y—con mucha calma—nos hizo la advertencia de que deberíamos cooperar para la alegría de las fiestas. Salimos de la escuela con María Teresa y grupo de amigas, para felicitar a la reina electa. Recuerdo que me tocó ir acompañado de una mucha-

chota enorme de apellidos Beltrami, (pertenecía a una familia de gigantones). Iban las Cabrera, Nati del Río, las Macías. Malicha Senties, Anita Varela, Celia Iglesias, Mela Terán y muchas más que habían sido de nuestras invitadas a la tertulia.

La recién elegida salió al balcón, invitó a subir a María Teresa, las dos fueron ovacionadas y afortunadamente no hubo demostraciones que pudieran ofender a la triunfadora. Solamente hubo algo chusco: El compañero que tomó la palabra (José Morán) no tenía facultades de orador, ni tacto para expresarse, y dijo más o menos: "Te felicitamos Lucha, aunque nos ganaste a la mala". Lucha le hizo una seña como para que se callase la boca, y aquél obedeció; lo que causó risa entre los concurrentes.

Se nombró un grupo para alabarderos de la reina, entre los cuales me incluyeron. Ya conocía yo a la familia de Lucha desde México. Fui amigo de Pepe, el único hermano hombre, atlético, motociclista ya en esos tiempos, e influyente con gente del gobierno.

En el carnaval del año siguiente, ya no nos meteríamos en camisa de once varas; solamente tomaríamos parte en las comparsas, pero no postularíamos candidatas.

Veracruz ha seguido —año con año— su tradicional fiesta de carnestolendas; ha aumentado el espectáculo en comparsas y carros alegóricos, pero ha degenerado en calidad, por más propaganda que se hace y por más mentiras que se publican en las reseñas. La fiesta, por un lado, permite a los jarochos dar rienda suelta a su buen humor, pero por otro, propicia un espectáculo deprimente de borrachera generalizada —una feria de pueblo grande—: el se convierte en un zoco árabe durante cinco días. A Veracruz, probablemente le irá a suceder lo que pasó en Mazatlán, donde los carnavales llegaron a ser orgías; todas las calles estaban llenas de expendios de aguardiente; cualquier local se improvisaba como "hotel de paso" con catres separados por tiras.



Resumiendo: los carnavales de Veracruz de lo que se enorgullecen equivocados muchos jarochos, son en la actualidad un asco (1976-77). Pero desde hace mucho, los municipios no meten la mano para adecentar un poco esa fiesta. "Que corra el dinero", y nada les importa a quienes abren el bolsillo para recoger ganancias. Por supuesto que no todo lo que impide el total lucimiento de la fiesta, es culpa del alcalde, ya que en el periodo del íntegro, decente y entusiasta don Manuel Caldelas, el carnaval no cambió radicalmente. Parece pasar desapercibido que los extranjeros son testigos de la inmundicia. Cientos de miles de gentes (según datos de Turismo), ingieren grandes cantidades de bebidas alcohólicas, según nosotros: comen bazofia expedida a precios considerablemente elevados, y hacen sus necesidades fisiológicas en parques y callejuelas. Por eso, cuando se dice que los carnavales han venido a menos en Veracruz, en cuanto a calidad, no se cae en la conseja de: "lo pasado fue mejor". Dentro del asunto que ahora tratamos, es una realidad. No sería malo que se procediera lo más pronto posible, como se hizo en Mazatlán: una suspensión de la fiesta y reanudarla sobre bases de una sana alegría para los lugareños, sin necesidad de recibir una avalancha de gente que llega con la única intención de sumarse a la crápula. Veracruz, en esos días de carnestolendas, es centro de reunión para una gran cantidad de homosexuales de varias escalas económicas, y lo más degradante es ver que esos amantes de aparecer como mujeres, tienen gran clientela entre la muchachada, todo esto, a ciencia y paciencia de las autoridades.

En alguna ocasión oí decir que el Comité del carnaval era permanente, pero por lo visto, no se han repetido los presidentes del mismo. Los han habido ineptos, ladrones, activos, blofistas. Sencillamente de todo, pero el caso es que la fiesta ha perdido su gracia principiando por la abolición del "Capuchón". Esto se debió a que som-

bra del anonimato, se cometían delitos que quedaban impunes. Esto es el resultado de la falta de buena policía. Y, en este caso; si no se cuenta con policía conformémonos con que no haya carnavales.

En los días del primer carnaval jarocho y en los del segundo, a la vez que el pueblo se divertía sanamente, andaba alborotado, "pidiendo guerra" con el asunto del inquilinato. En ocasiones eran dispensadas las manifestaciones para la "policía montada". Era un pueblo muy avanzado en cuestiones sociales. El asunto del inquilinato paró en que gran cantidad de viviendas quedaron con las rentas congeladas, los propietarios, en su mayoría gallegos o hijos de gallegos, no volvieron a gastar un centavo en reparaciones. El líder, Herón Proal, quien en un principio estuvo encarcelado logró sus propósitos y su ejemplo sirvió, tuvo efecto hasta en la capital de la República, moriría pobre y su trabajo y sacrificio fue olvidado por los proletarios mal agradecidos. Lo más detestable y a la vez curioso de todo esto es que familias no proletarias sino de clase acomodada y hasta de rancio abolengo se aprovecharon de la oportunidad; por largos años vivieron —si no es que siguen viviendo— en casa muy barata, que en unos casos, una sección de la misma la subarrendaban por una renta mayor de lo que ellos pagaban al propietario. Mi compañero Madariaga, maquinista naval, andaba en diferentes puertos según la comisión que tenía pero por 20 pesos mensuales tenía una casita muy cómoda en Veracruz en el Paseo Díaz Mirón, gracias al sacrificio de Herón Proal.

Era presidente de la República el general Plutarco Elías Calles. En esos días se encontraba diezmado el número de oficiales y jefes, tanto del Ejército como de la Armada, por lo de la revuelta delahuertista. Eliminados Zapata y Villa, parecía que no había preocupación de enemigos en potencia; pero Calles tuvo que afrontar una situación delicada que ponía al gobierno en



lucha contra la iglesia. Calles —de mucha personalidad— fue, de los generales llegados durante las primeras décadas a la presidencia, uno de los más censurados por las plumas de cronistas de la Revolución. Lo menos que se ha dicho de ese general revolucionario, es que nunca ganó una batalla. Se le ha llamado “asesino” y, en esos años, cuando en las cámaras había convicción —cuando había hombres valientes—, alguien, desde su curul, le gritó: “farsante”. Aurelio Manrique fue mexicano digno y valiente.

Este presidente, que recibieron el mando de la nación por entrega pacífica del general Obregón en 1924, provocó la revolución cristera, y su actitud hostil hacia la iglesia se prolongaría hasta el año 1929. Pero, por supuesto, las trompetas con el toque de “al combate” no solamente él las dirigía; ahí estaban Bassols, Lombardo Toledano y otros influyentes anticlericales.

Poco le importaba a don Plutarco la Armada de México, pero la simpatía y buen natural de dos o tres jefes nuestros —principalmente de don Luis Hurtado de Mendoza— hacían que algo se consiguiera en nuestro favor. En 1926, ya la escuela tenía mejor presupuesto para viajes de prácticas al extranjero, mejores uniformes y un ligero aumento en el “pre”, que mucha falta nos hacía. Se hizo una propaganda para comprar un buque de regular tonelaje —un crucero— que se llamaría “patria”; era una idea un tanto ingenua, por tratarse de un proyecto para conseguir el dinero del pueblo a base de cooperación. ¿Qué le importaba al pueblo un barco más, y qué sabía de “Soberanía” en nuestros mares?

En realidad, la mejoría fue solamente para la escuela; el material flotante, así como nuestras dependencias en tierra: varaderos, diques, y arsenal, continuaban con presupuestos de miseria, y ésta llegaría a su extremo, a principios de los años treinta cuando se redujeron sueldos y personal.

## *Nueva Orleans, Cubita la Bella y Panamá*

Un viaje al extranjero, para instrucción marinera y de navegación, se llevó a cabo en 1925. Se tocaron los puertos de Nueva Orleans, la Habana y Colón (Panamá). Imborrables recuerdos quedan de los años juveniles, y con mucha justificación en nuestro caso, como cadetes de la marina mexicana, que fuimos objeto de sana curiosidad por gente del pueblo, en cada lugar que visitamos, donde invariablemente se desfilaba. Llevábamos un buen repertorio de ejercicios combinados de marcha con movimientos de armas. Nos salían a la perfección los llamados “tiempos perdidos”, que eran evoluciones sin voz de mando.

En Nueva Orleans se nos veía con curiosidad y nos volvíamos locos cuando las bellas gringuitas nos coqueteaban y trataban de que les entiésemos su idioma.

Nos parecían algo extraordinario esas mujercitas delicadas de ojos claros que con curiosidad nos velan, fijando la vista en nuestros galones, cosiéndonos a preguntas que con mucha dificultad contestábamos. Todo era divertido para ellas, tanto bailar como oírnos hablar nuestro pésimo inglés.

Por esos tiempos eran escasas las mujeres bonitas en Veracruz. Algunos de nuestro grupo tenían novia, entre los cuales se encontraba, por supuesto, Enrique Altamirano, mi buen amigo. Él se ponía de novio con la primera que se le paraba enfrente y, en cuanto encontraba algo mejorcito, la cambiaba. En el puerto había pocos habitantes, y la raza todavía no producía lo que ahora se ve por todo nuestro territorio; ese notorio mejoramiento físico de nuestra mujer. La familia García Marchena era de lo mejor en cuanto a clase de gente de buenas costumbres. Maruca era la segunda de las mujeres que por mucho tiempo me quitó el sueño, me costó trabajo



que se fijara en mí. La tarde cuando me iba a dar el "sí" deseado, tardó en llegar al parque España donde era la cita. Me puse a bailar con una chica que era muy de mi agrado y cuando mi pretendida llegó y me vio danzando me volteó la espalda y no tuve más remedio que conquistar a la culpable, con quien no duraron mucho mis relaciones amorosas.

Ir de Veracruz a Nueva Orleans en esos días era algo muy bueno, primera vez que estaría en una población de Estados Unidos, famosa por la belleza de sus mujeres. Pero la buena impresión sería de solamente dos días para mí y otros dos compañeros que en un momento desafortunado pasamos del gozo a lo amargo de un contra-tiempo. La buena impresión que a mí me embargó al principio ese lugar, se tornó en temor y hasta en odio contra su policía.

Muy contento caminaba por Canal Street, la arteria principal de la ciudad, con mis compañeros Rodolfo Carriles y Pedro Calderón, cuando desde un automóvil Cunningham —lo más elegante en esa época—, tres muchachas nos hicieron señas de que nos acercásemos. En esos momentos comían conos de helado. Nos subimos al elegante vehículo ateniéndonos al inglés de Carriles que se nos figuraba era bastante bueno. Entonces las muchachas me parecieron menos jóvenes que como las había visto a distancia. Eran mujeres como de nuestra edad y facciones preciosas, muy bien arregladas pero algo dejaron ver—de inmediato—que las identificó como "mujeres de la vida".

Las tres igual de hermosas. Mostraban una actitud jubilosa cuando chupaban su barquillo y oían que éramos mexicanos. Se bajaron del automóvil y nos invitaron a pasar a la nevería de donde habían salido cuando nos descubrieron.

No dejaron que pagáramos la cuenta de lo consumido, pues ya se había convenido en ir a bailar y lo que se gastara correría por nuestra cuenta. Carriles que además de "corrido" para

nosotros era acaudalado había arreglado el "good time".

Nos preguntaron si íbamos al salón de baile donde se pagaba con tickets, o a la casa de una de ellas que tenía una sala amplia. Como se trataba de aprender el baile —charleston— que era nuevo para nosotros, preferimos ir a la casa de la nueva amiga, no queriendo gastar nuestros dólares en aprender a dar pasos de la danza har-to difícil.

Los tres cautivos nos vimos uno a otro cuando el auto entró a un chalet hermoso. Carriles levantando exageradamente las cejas, que las tenía muy negras y muy espesas, y con movimiento significativo dijo a la supuesta propietaria del inmueble: "Con que millonaria, ¿no?".

Carriles era un tipo agradable y muy corrido, con su expresión de quedar asombrado al ver el palasete en que nos encontrábamos y las bromas que les jugó a las tres "cariñosas" con cara de ángel, que se pusieron a repetir—entre risas—lo que acababan de oír. "Con que millonarias ¿no?"

Solamente unos segundos se hizo esperar la propietaria del negocio, quien nos causó una magnífica impresión. Llegó dando su nombre, Mirthle Thompson; elegante, fina en su trato y con su belleza, opacaba a sus pensionistas. Accediendo a nuestra invitación se sentó con el grupo a tomar lo mismo que tomaban las muchachas. Los varones, tanto por no infringir nuestros reglamentos, como por gastar lo menos posible, nos conformábamos con coca cola.

No más de unos 20 minutos teníamos de estar gozando de esa grata compañía, charlando, bailando y "echando mano", cuando la policía llegó tomando por asalto la casa, como si se tratase de aprehender a vulgares delincuentes. La señora Thompson se había levantado indignada cuando oyó voces en el jardín, como si intuyera de qué se trataba. Los genízaros eran como cuatro o cinco, a todos les manoteaba y gritaba la guapa señora. Carriles preguntó al que



llevaba insignias que parecían de sargento, el por qué de esa sorpresa. Este con una sonrisa que me pareció de idiota, contestó: "El juez se los va a decir". "¡El juez! malaya la hora en que nos enredamos en esto, vamos a parar a la corte", dijo Carriles, mientras las muchachas se pitorreaban de los policías y a nosotros nos decían que no nos asustásemos.

Calderón efectivamente estaba asustado, Carriles hablaba con los policías muy sonriente como si ya los hubiese convencido de que nos dejaran en paz.

Yo con coraje le preguntaba qué tanto se decían él y esos tipos de quienes la buena impresión que en las calles me habían causado por su apostura, se tornaba en antipatía.

Cuando entró un oficial, ordenó que se nos sacase de la mansión. Fue un rato de diversión para los automovilistas que en dos o tres hileras paseaban por la avenida San Charles.

Una camioneta —la famosa Julia— acababa de llegar a la puerta de la casa de la cual salimos por indicaciones de los irresponsables e incultos polizontes. Dos de ellos controlaban el paso de automóviles para que fueran colocándose en una fila y les tocara a todos pasar junto a nosotros. Era una cosa divertida y a la vez criminal.

Las tres muchachas gritaban, hacían visiones y nos besaban. Los paseantes nos decían "adiós" y a dos o tres les vi hacer una seña que no entendía; después, el cónsul de Argentina en esa ciudad lo aclararía. Me explicó: "Pues le estaban diciendo, nos veremos en la corte".

Cuando los canallas guardias del orden público creyeron terminada la diversión de sus sencillos e ingenuos conciudadanos que de paso por la avenida nos veían, arrancaron el motor de su odioso vehículo y nos trasladaron a una "demarkación". No había terminado la fiesta: nos habían seguido varios automóviles y sus ocupantes nos gritaban —cuando bajamos de la "Julia"— algo que no entendía yo, pero Carriles contestaba.

Nos separaron ahí de nuestras amigas, y suspiros de ellas cuando estando ya en la cárcel la señora Thompson, había hecho llegar a nuestras manos un recado haciéndonos saber que las chicas ya habían comparecido ante la corte y probablemente tanto nosotros como ellas, saldríamos a más tardar al día siguiente. ¡Qué fácil era para la preciosa gringa darnos esas esperanzas de "salir pronto"! Buena noche se nos esperaba...

Rabiando yo, Calderón con su carita triste de chamaco bueno —que en realidad lo era— y Carriles riéndose, cuando estábamos tras de las rejas, no coincidimos en a quién aborrecer por culpable de nuestra desventura. Yo en ese momento odié con todas mis fuerzas, con toda mi alma, a los genizaros: altos, muy bien parecidos, impecablemente vestidos. ¡Ah! pero tan viles arbitrarios y antipáticos, como los nuestros, y un agravante más: a su cara Sajona de mentón cuadrado, imposible de sacarle una sonrisa, ante una súplica acompañada de la poderosa "mordida".

Nos cambiaron dos veces de establecimiento, habían pasado cuatro horas desde que nos encontramos con los angelitos, que ya también estaban tras de las rejas. Eran las ocho de la noche, cuando un "cancerbero" abrió la puerta de donde nos encontrábamos, con tipos de mala catadura y gritó: Rudolp Carril, Alpro Sandoval and Pirru Caldera (escrito como aquel orangután pronuncia nuestros nombres).

Nos frotamos las manos, y llenos de gusto salimos, ya nos creíamos en libertad. Se nos condujo por pasillos hasta llegar, nada menos que a la corte. Quedamos asombrados del espectáculo. La sala que era muy grande, estaba atestada de gente. La habían llenado nuestra participación en el acontecimiento.

Cuando estuvimos frente al juez, éste nos dijo palabras que no entendí. Como Carriles balbuceó algo, le pegué con el codo para que no contestase, y dije en voz alta: "we don't speak english". El juez se dirigió al público buscando



un intérprete voluntario, y de inmediato se desprendió del palco más cercano a nosotros, un individuo muy elegantemente vestido. Era el cónsul de Argentina. Por medio de él, se nos hizo saber que se nos acusaba de infringir las leyes, ya que andábamos con prostitutas y se habían encontrado bebidas alcohólicas en el lugar en que nos divertíamos.

El cónsul nos aconsejó que no optásemos porque se nos juzgara de inmediato, aunque éramos inocentes, sino de acuerdo con la proposición del juez, firmásemos algo así como un affidavit (declaración jurada). Era como un aplazamiento para dar tiempo de intervenir a nuestro consulado; de otra manera, si éramos juzgados, como podíamos salir libres de inmediato, también se nos podía sentenciar a pagar una multa o a quién sabe cuántos días de cárcel.

Esto nos haría pasar una noche en la prisión. Ni en campaña, en el monte, ni en la mar en un mal tiempo, se pasa una noche tan terrible —en paños menores— como en un frío pasillo con piso de mosaico. Fue terrible la que pasamos en la cárcel de Nueva Orleans. Nos habíamos quitado el uniforme doblándolo debidamente para que nos sirviera de almohada.

Al día siguiente de nuestra detención, por la mañana, nos paseábamos con los presos en el patio de la prisión. Ahí estaban criminales que irían a la horca. Despiadadamente nos habían puesto con los peores delincuentes, obraron como siempre lo hacen con gente que no son del país, pese a que tengan un presidente muy demócrata, muy buen amigo de la nación a que pertenezca la víctima. La amistad de Calvin Coolidge con nuestra nación no contaba ante la autoridad de un yanqui rabioso sentado en la jefatura de una dependencia gubernamental de ínfima categoría, como fueron los dos o tres que pudieron haber evitado la detención por casi 24 horas de los tres cadetes uniformados. Éramos la novedad en la cárcel, los de habla española nos asediaban a preguntas sobre

México, era un país admirado por todos ellos. Nos dieron domicilios y nombres de familiares y amigos para que se les diera noticias sobre su permanencia en la prisión y Carriles se encargó de enviarles tarjetas.

Cuando pasado el medio día volvimos a oír nuestros nombres en el mismo orden, y muy mal pronunciados, salimos ya con la esperanza de que no se nos volviese a regresar tras de las rejas. El señor don Remigio Uruchurtu, empleado de nuestro consulado, a quien acompañaba nuestro intérprete argentino, se había presentado por nosotros. Todavía las autoridades judiciales nos hicieron pasar el salón de la corte. El juez nos dijo que disimulásemos los actos de la policía; que sabíamos, los policías de todas partes eran incultos y a veces se propasaban y no sabían estimar la representación que lleva el uniforme de un militar. Pero que se nos recomendaba viésemos por dónde nos metíamos para no incurrir, aunque inocentemente, en una falta a las leyes y reglamentos del condado.

Antes de ir al barco estuvimos en nuestro consulado, del que era titular don Arturo Elías, primo hermano del general Plutarco Elías Calles. Ahí oímos comentarios que en nada se apartaban de los que se hubiesen hecho en México, en caso análogo. "Que la Thompson no le había pasado los billetes oportunamente al comandante fulano". Que si la "vieja" que era "un gran cuero" se había ido a hacer el amor con perengano, y el celoso, con mucha frecuencia había cuchilleado a los sabuesos y por mala suerte para nosotros, el asalto fue cuando estábamos ahí, los cándidos cadetes. Pero, ¿cómo había estado eso de que a doña Mirthle no se la habían llevado a la corte, si la acometida era contra ella? Pues ahí estaba don Remigio a quien—por cierto—le llamaban "recaudería" por los "ajos y cebollas" que acostumbraba en todas sus pláticas, para concluir: "Lo que tiene de bonita y de cuero esa Mirthle, también lo tiene de poderosa, le alzan pelo



desde el alcalde". Don Remigio me dio una palmada en la espalda y me dijo: "si joven, en todas partes se cuecen habas".

Cuando llegamos al muelle, los cadetes estaban formados para salir francos. El director, don Luis Hurtado, se encontraba también de salida. Nos paramos para darle el paso. Cuando lo tuvimos enfrente, nos dijo: "chistosos, se quedarán arrestados por todo el resto del viaje".

"¡Aguadal" me dije a mí mismo, esto es lo peor que nos puede pasar; nos perdimos de conocer Cuba y Panamá.

Navegábamos en aguas del Golfo de México, rumbo al puerto de la bonita capital cubana, cuando una mañana al subir al puente de mando a donde me dirigía para hacer una observación del sol con los compañeros de curso, me topé con el director que descendía por la misma escala. Entonces me dijo: "Cuando termine sus cálculos de situación me va a ver acompañado de sus dos compañeros de parranda.

Me imaginé que el señor se había apiadado y nos levantaría el castigo. No me equivocaba al suponerme tal cosa, conociendo la manera de ser de ese hombre tan humano.

Nos recibió con su peculiar expresión que no sabía uno si soltaría una retahíla de amenazas o nos diría una ocurrencia referente a lo que nos había sucedido.

No estuvo amenazador ni festivo; con mucha seriedad nos dijo: ahora que estén, en la Habana, se van a ser más prudentes que en Nueva Orleans. Les voy a transferir el arresto para que lo cumplan en días de vacaciones; y tengan mucho cuidado porque las calles de la Habana son todavía tan peligrosas o más que Market Street, donde se encontraron a las causantes de su mal rato, no porque los cubanos sean más puritanos, sino precisamente por lo contrario".

Todo esto lo presenciaba el comandante del barco, capitán de navío Guillermo León Tagle, quien no pudo evitar una sonrisa y meneaba la

cabeza como diciendo ¡qué viejo tan consentidor! León Tagle, un gran tipo de militar, era de lo muy bueno que teníamos y proporcionaba todas las facilidades que podía para nuestra vida a bordo. Muy distinto al que lo sustituyó, el comandante Adán Cuéllar, quien hubiese querido acogotarnos. Con él nos tocó el siguiente viaje pero ya éramos aspirantes de primera; sabíamos de su malquerencia para nosotros sus huéspedes en el barco, pero era correspondido porque también lo aborrecíamos. Era grande la diferencia de caracteres entre el director Hurtado de Mendoza y otros jefes de aquel tiempo, que se proponían ser antipáticos.

Como era de esperarse, no cumplimos más que dos días de arresto: el de la fecha en que nos presentamos a bordo y el siguiente.

Al tercer día zarpamos; y 20 después cuando arribamos a Veracruz, no faltó un ayudante del director, un "arrastrado", que le recordase "con todo respeto y comedimiento" la promesa que había hecho de atornillarnos cuando terminase el viaje. No conocía muy bien a su jefe ese tipejo, que se llevó una buena reprimenda.

Había salido en las páginas del periódico de Veracruz, *El Dictamen* lo de los cadetes presos. Lo bueno para mí, fue que no tenía ningún familiar en el puerto, y afortunadamente, ni siquiera en esos días.

En la bella ciudad de la Habana, la población se mostró muy hospitalaria y cariñosa. Lo detenían a uno en la calle, y cuando se trataba de algún grupo de cadetes, la gente nos rodeaba. Muchos querían llevarnos a comer o cenar a sus casas. Las invitaciones a banquetes y funciones especiales de teatro, así como a lugares de recreo cercanos, abundaban.

Habíamos aprendido, antes de arribar al puerto La Bayamesa, el Himno Nacional cubano, y lo cantamos tanto al arribar al puerto como cuando estábamos de salida y, por supuesto, sobre la marcha en el consabido desfile.



Cuando zarpamos, hubo lágrimas por parte de amistades que fueron a despedirnos al muelle, donde se congregó una multitud que lanzaba "vivas" a México. Estela Marina Rigoti me dejó impresionado con su belleza antillana, la muchacha gozaba del cariño de sus padres como hija única. Pablo Dávila, Rodolfo Carriles y yo, fuimos invitados a comer a su casa en la calle de Gervacio en el centro de la ciudad. Por algunos meses recibiría yo cartas de esa linda cubanita, de quien ya no volví a saber después que dejé la escuela.

Las espontáneas manifestaciones de afecto y las atenciones oficiales, no podían atenuar una tendenciosa propaganda periodística y cierto resquemor que parte de la población tenía contra nuestro gobierno.

Era el tiempo en que la persecución religiosa tenía aspecto alarmante en México. Este aspecto de la historia política del país, se enfoca bajo diferentes ángulos, y no se define claramente si hay que darle toda la razón al clero, o solamente parte. El prestigiado historiador, don Miguel Alessio Robles, escribió al respecto: "...A pesar del clamor nacional, el general Calles llevó a cabo su programa de persecución religiosa. El arzobispo de Morelia, don Leopoldo Ruiz Flores, con otros prelados, tuvieron una conferencia en el Castillo de Chapultepec, con el presidente de la República. Aquéllos trataron de convencer al general Calles, para que no llevase a cabo su política de persecución a la iglesia católica. Todo fue en vano. El general les manifestó que no tenían, los católicos, otro recurso que apelar a las armas. —Es lo que deseamos evitar —expresaron los prelados. —Pues ustedes no tienen otro recurso, —les contestó Calles enfáticamente— sin atender a razones y argumentos.

En la Habana el periódico *El Diario de la Marina*, se ocupaba de criticar a nuestro gobierno por su actitud con la iglesia.

Nosotros, poco interesados de la política del país, y dedicados únicamente al estudio, no

estábamos muy al tanto de lo que sucedía con las relaciones entre la iglesia y el gobierno. Una mañana, un grupo de siete que habíamos ido a saludar al presidente Machado; a la salida del Palacio Nacional, y a iniciativa del aspirante Raymundo Cuervo, nuestro inteligentísimo orador oficial, fuimos a hacer una visita al citado *Diario de la Marina*. Notamos mucha curiosidad por parte de redactores, en hacernos infinidad de preguntas acerca de los asuntos de la iglesia. No sabíamos qué contestar. Cuervo les dijo: "Ustedes pueden tener la seguridad de que es una gran mentira el que en México se fusilan monjas y sacerdotes". El gran Raymundo Cuervo, decía una mentira.

Al día siguiente, por orden expresa del director, quedamos arrestados los siete que de *mottu proprio* habíamos efectuado la visita al diario, para salir en primera plana. El periódico era de extrema derecha y siempre que salía en su página editorial algo sobre México, trataba a nuestro gobierno de sectario y perseguidor de la iglesia católica.

En Panamá también fuimos bien recibidos. El barco quedó fondeado en Colón, puerto del lado del Caribe. En la capital fuimos alojados en una escuela: la Normal. Estuvimos viviendo ahí de manera muy incómoda, pues el alojamiento era chico y quedamos amontonados. Era lo que podían ofrecernos, pero con gran fraternidad.

Como en todos los lugares que tocábamos se competía en deporte, llevábamos nuestro maletín correspondiente atestado con zapatos sport, pantalones cortos, camisetas, suspensorios, y demás efectos que cada quien, en su especialidad, necesitaba. En Panamá y la Habana nos ganaron en basquetbol; se competía en box, lucha y esgrima. Había un deporte que entonces no era muy practicado—"el salto del tigre" con trampolín y el "Burro"—. Yo había inventado en la escuela retirar dicho burro y caer de cabeza en el suelo para rodar rápidamente. Con esto se conseguía alcanzar mucho más altura en el salto; no había





quién me superara, llegando a tres y medio metros. Este acto circense tenía el mérito de saber caer y no desnucarse. Un oficial muy fuerte y ágil que competía conmigo, dejó de practicar por haber caído—en una ocasión—de cabeza sin meter debidamente las manos; se torció el cuello y se dislocó dos vértebras.

En la Habana tiré florete con un señor que, si no era campeón, por lo menos se contaba entre los mejores; era discípulo de un ex-general mexicano José Domingo Ramírez Garrido quien, desterrado en Cuba, se ganaba la vida dando clases de esgrima y tiro.

En basquetbol nos ganaron porque, además de las desveladas a bordo debido al mal tiempo, y de que no practicábamos, por esos días le estaban dando mucha importancia a ese deporte tanto en Cuba como en Panamá. Pero nuestro cuadro era muy bueno: Escobio, Orozco, Villegas, Fritcher, Calles, Lever, llegaron a dominar ese deporte, y fueron campeones en el estado de Veracruz.

También tiré florete con mi compañero Rafael Uribe Escandón. Teníamos preparada una pirueta que seguido la habíamos practicado. Después de que yo paraba un "primera" (esgrima italiana), él sostenía rígido su florete sobre el mío, lo soltaba yo como si fuese desarmado y en el aire lo volvía a coger antes de que cayera al suelo. Pero en el "Vedado Tenis Club" de la Habana, atestado de espectadores, tuve temor de que me fallase el pescar el mango del arma en el aire, y por un momento quedamos inmóviles. Entonces me decía Uribe:—Ahora, brinqué hacia atrás continuando la justa, volvía a parar en primera y se repitió lo mismo; me dijo Uribe: "¿Qué pasó con el desarme?". Y mi reacción fue instantánea, le contesté: "Desarme madre". Continuamos tocándonos uno al otro y al terminar fuimos aplaudidos, ya que era un deporte muy gustado en Cuba. Ya de viejos,

Uribe y yo recordamos perfectamente los detalles de ese encuentro en que me rajé de hacer la pantomima del desarme, y con agilidad recuperar el arma en el aire.

Regresamos felices de nuestro viaje, aunque se sufrió por la deficiencia en la alimentación. No era posible, con barcos de principios de siglo, la conservación de frutas, verduras y carne. Se comía galleta dura que primero poníamos a remojar; los frijoles se servían a medio guisar; la avena se preparaba con agua y poca leche; cocoa tres veces al día, como para aborrecerla. Esto no era precisamente consecuencia de malversación de fondos, como pudiera creerse, sino la falta de elementos. A ello se agregaba la pésima calidad del personal en cámaras y cocina. Era el resultado de la penuria en que vivía la Armada. Todo lo tomaría yo muy en cuenta para cuando, 14 años después, yendo como jefe de instrucción en viajes, a los puertos mexicanos del Golfo y a Estados Unidos, me preocupase por tomar todas las precauciones para evitar que padecieran con "el rancho"<sup>1</sup> los alumnos y hasta de los tripulantes. Respecto a este interesante asunto: en los años cuarenta y cincuenta, me tocó mandar en la instrucción de los cadetes a bordo, siendo subdirector y director de la escuela, respectivamente. Tuve la fortuna de poder tener satisfechos a los muchachos, que en esas edades, y trabajando todo el día, son capaces de comer piedras, pero no pasa desapercibido para ellos cuando el rancho está malo. Sólo, e infortunadamente en un viaje, llevando a la escuela y a un compañía del Colegio Militar, la alimentación fue muy mala; se trataba de descomposuras, por las que quedamos sin refrigeración, echándose a perder los llamados "víveres frescos" como carne, leche, frutas y verduras. En tal viaje nuestro barco tuvo que pasar remolcado, el Canal de Panamá. Pero de estas vicisitudes, los

<sup>1</sup> *Rancho*: La comida de la tropa o cualquier clase de militar (término castrense).



muchachos no toman cuenta y la impresión de esos jóvenes del H. Colegio Militar fue, seguramente, que la vida a bordo era detestable. De nuestro segundo viaje de prácticas (tomando como primero el de 1923), regresamos con una impresión fantástica de los lugares que habíamos tocado. En Nueva Orleans habíamos visto bailar el "charleston", pero nos quedamos solamente mirando a los muchachos norteamericanos, porque no podíamos dominar complicado baile. Con las muchachas de Mirthle Thompson algo aprendimos los tres que calmos en sus redes, además teníamos dos o tres buenos bailarines entre los compañeros (Gustavo Montalvo era la estrella), quienes observaron la técnica de la excéntrica danza, se pusieron a practicar y nos enseñaron a los más diestros. El asunto fue fácil, tanto que al finalizar el viaje, en Veracruz, entramos en competencia privada con unos jóvenes que coincidieron en el puerto, quienes iban con una compañía de revistas.

## *Navegando en el Pacífico*

El año 1926, en sus últimos días, fue muy placentero para los del 5o. curso; éramos unos privilegiados. Siempre hubo en la escuela, y creo no estar en un error si digo que sigue habiendo, gran tolerancia por parte de las "clases" (cadetes de primera, cabos y sargentos) para sus compañeros, cadetes "rasos", que por malos estudiantes, o por su mala conducta, terminan el 5to. año sin haber alcanzado una cinta dorada. Estos suelen ser los organizadores de las novatadas, crueles, despiadados; los peores. Las "clases", para nada se meten con los ya casi oficiales, que durante cinco años fueron medianías o malos. En los últimos días de escuela, pasados los exámenes, ya los de 5to. tenían la concesión de la superioridad para no levantarse a diana, desa-

yuno aparte, y a verse de igual todos los de la promoción.

Los que pasaban a segundo dejarían de ser novatos, y los que ingresaban, sufrirían las chanzas de mal gusto y crueldades por parte de esos que desde su entrada hasta que se reciben son portadores de su baja calidad, heredada de muchas generaciones. Al respecto, se puede tratar mucho y es asunto muy discutible.

Tanto cuando fui alumno, como cuando director y ahora que escribo estas páginas, la dirección de la escuela ha tenido cuidado de que se vigile constantemente para impedir esa humillación de que son víctimas los llamados "novelones", se ha expulsado centenares de muchachos, a quienes se les ha comprobado culpabilidad de golpear a los novatos. Por largas temporadas, los médicos han examinado a los del primer año antes de entrar al baño —a la hora de diana— para ver si se encuentran huellas de golpes. Pero los verdugos han cambiado la escoba, que era el arma que dejaba amoratadas las asentaderas, por toques eléctricos, poniendo al novelón una toalla mojada en la cabeza, y se han ingeniado muchas maneras para molestar a las víctimas.

Cuando se ha discutido esto para corregir el mal de raíz, no falta quien diga que eso es imposible. Se recuerda la pelada y emplumada de los "perros",<sup>1</sup> cada año, en las escuelas preparatorias y secundarias de la Universidad, en que se ven actos de sadismo. En la Escuela Naval, por un golpe de karate (jugando) un joven de primer año cayó muerto. En el Colegio Militar atlético Radamés Canudas, que había golpeado a dos abusivos, lo llevaron al baño, lo amarraron en una banca bajo la regadera fría, una noche de invierno, y al grito de "ahí viene el oficial de vigilancia" todos abandonaron el baño; el oficial no llegó hasta donde estaba la víctima. Después de largo rato algunos de los culpables fueron al

<sup>1</sup> Perros. Los de nuevo ingreso. En el Colegio Militar son "los potros".



baño y Canudas estaba morado. Nada grave le ocurrió gracias a su gran fortaleza física; pero pudo haberse muerto.

También se han exhibido películas extranjeras sobre este tema; una cuyo argumento se desarrolla en la escuela militar de West Point; siendo el protagonista el gran actor Richard Ballthermes. En esta cinta se llega a la tragedia por rencillas en que interviene la circunstancia de haber sido uno antes que el otro quien portara galones, como consecuencia directa de haber ingresado primero al plantel.

Otra fue tomada, teniendo como escenario la Escuela Naval de Annapolis de la Armada norteamericana. En esta no se exhibió nada que acarrearía tragedia pero se vio, cómo los novatos eran sometidos a juegos de diversión para los demás; se destacaban unos tipos fornidos y crueles, que se ensañaban en su burla al ridiculizar a los noveles; cosas divertidas para unos y humillación para otros.

Me tocaría ser director durante cuatro años (1949-1952) y pondría interés en que se desterrase esa mala costumbre de la novatada, llamada "pócima" en los días en que yo ingresé. Nunca tuve quejas formales, a pesar de haber puesto vigilancia en horas de descanso. Años después me he enterado, por los mismos novatos de entonces que ahora son jefes, de las mil y una mañas que se daban los verdugos para molestarlos.

A mi hijo se le rompió el menisco de la rodilla y esto como consecuencia de haber luchado contra dos a la vez. Como era corpulento, podía probar su fuerza luchando contra dos. ¿Podría el director enfurecerse y buscar culpables, aun teniendo la certeza de que el muchacho no fue retador espontáneo?

En la historia de nuestra escuela hay antigüedades que se han distinguido por integrarlas un porcentaje de jóvenes inteligentes; otras en que son el reverso de la medalla en ese sentido. Se dan casos en que abundan los de buenas

costumbres y también lo contrario. En el caso de la antigüedad con que me recibí, la gran mayoría se ocupaba más del estudio que de divertirse a costa de los compañeros, e interceptábamos las malas intenciones de los bárbaros golpistas, interponiendo a tiempo nuestra autoridad; y esto solía acontecer con los alvaradeños de clase baja, porque eran lo peor que teníamos; empero, paisanos suyos no parecían procedentes del mismo lugar. Muchos alvaradeños fueron ejemplo de buena conducta y esfuerzo en el estudio.

Yo llegué a "cabo"; no podía ascender más, por estar llenos los cuadros. Cuando reingresé habían ascendido algunos de los de la promoción con que me recibí; y con mis antecedentes de baja por insubordinación, el comodoro Izaquirre no me dio más que las cintas de cabo.

Al respecto, debo reconocer, que el citado comodoro era hechura de un tiempo; su férrea disciplina e intransigencia eran las enseñanzas que el porfirismo le había inculcado. Pero, ¡qué duda cabe!, parezco hasta malagradecido recordando que durante su mandato ascendí desde cadete raso a cabo, habiendo estado en observación del mi conducta como lo estaban todos los que habíamos embarcado cuando el delahuertismo. El viejo férreo, el viejo expulsador, cuando le propusieron mi ascenso me dijo: "Bueno; si lo proponen a usted, por algo ha de ser, espero que sepa corresponder". Era tosco, tremendo para castigar, pero justiciero; era un hombre muy especial.

Los exámenes se nos hicieron fáciles a los del 5to. año, excepto Balística, en que habíamos tenido a un mal profesor (llegaría a ministro de Marina); añorábamos a Ramón Moya; con él hubiésemos dominado la materia como fue en astronomía y navegación en que tuvimos un verdadero maestro don Rafael Izaquirre.

Durante la preparación de exámenes no hubo necesidad de quedarse hasta las tres o cuatro de la mañana estudiando, como en años ante-



riores. Hasta los duros de cabeza, que no pasaban de dos, obtuvieron buenas calificaciones; se pretendía las más altas; todo esto, gracias a que el director habla mejorado la docencia, desde que le fuimos a decir que algunos de sus profesores ya no eran buenos para nosotros; y los cambió por elementos competentes. Por ese tiempo principió a dar clases el ingeniero don Ernesto Domínguez, que llegaría a ser una autoridad en meteorología, con reconocimiento internacional.

Indudablemente, en aquel tiempo el alumno que se examinaba de quinto año para ponerse las insignias de aspirante de primera, sentía mayor satisfacción que como viene sucediendo desde hace poco tiempo. Actualmente los cadetes gozan de más atenciones, como son: alimentos, comodidad en el plantel y en los viajes; más "Pre" que en el extranjero se les convierte en buenos dólares. Hay además, un gran porcentaje que provienen de familias acomodadas, las que durante los cinco años les dan para sus gatos de paseo y diversiones. Ahora, un cadete sale a comer a los mejores restaurantes cuando andan viajando por el extranjero, en nuestra época teníamos que tomar el bote para ir a bordo a comer nuestra mal condimentada comida, o pasárnosla sin probar bocado, a menos de ser invitados por algún oficial o jefe que se apiadaba.

Por eso había una gran ilusión en tomar las insignias de aspirante, para comprar ropa, y vestir como nuestros amigos civiles, para poder ir a los mejores restaurantes y cafés en horas francas. Era un cambio radical de nuestras vidas en el aspecto económico.

El asunto que nos traía preocupados, era respecto al lugar donde iríamos a principiar nuestro embarque. ¿Sería el acorazado Anáhuac que estaba fondeado como Pontón en Veracruz? ¿El cañonero "Agua Prieta" o el Bravo que navegaban poco?

Lo que muchos deseábamos era ir al transporte Progreso que estaba en el litoral del Pacífico

y no paraba de navegar o a los traulers de ese mismo litoral. Por fortuna, a mí me tocó integrar el grupo de nueve (seis de cubierta y tres maquinistas) que fuimos a dicho transporte, el cual, en esa época se encontraba en magníficas condiciones y prestaba servicios que lo tenían siempre navegando.

Su buen estado no se debía, precisamente, a que la superioridad le asignara un buen presupuesto para su mantenimiento sino porque era un barco de una construcción magnífica, hecho como para durar muchos años. Nos embarcamos en Manzanillo, un día de enero de 1927. Sería éste un año de gran actividad, navegando a todo lo largo de nuestras costas occidentales, casi desde los límites con Estados Unidos, hasta las aguas del estado de Oaxaca.

El país no estaba en completa paz, el gobierno se veía obligado al movimiento de tropas y elementos de guerra, para combatir las guerrillas que casi tomaban el aspecto de ejército. En el norte estaba sublevados los yaquis; en los estados con costa del Pacífico —Jalisco, Nayarit, Colima y Michoacán— daban mucha guerra los "cristeros" y, en Guerrero unos alzados a quienes llamaban los Vidales.

En solo un año transportamos no menos de 3 mil personas entre niños y mujeres de la tribu yaqui, familiares de los remontados en la Sierra del Bacatete. A estas familias se les dejaba en Manzanillo y el gobierno les enviaba a diferentes partes de la República. Pensaban que con este procedimiento se acabaría la sublevación. Por el contrario, el asunto se arregló con la intervención directa de Obregón, y el éxodo forzado se criticó mucho por hombres de la política. El general Cárdenas influyó para que volviese toda esa gente a sus hogares, y durante los gobiernos del citado general y el de Ávila Camacho, vimos carros del tren sud-pacífico, llenos de esos pasajeros que regresaban del destierro.



Por supuesto que la paz de los yaquis era a base de que todos, o casi todos, ganaban como soldados, sus tierras se les respetaban, pero apenas si las cultivaban para medio comer. Cuando las lluvias amenazaban con derribar el "bordo" del canal de riego, tenían que ir los soldados a arreglarlo. Era una tribu indolente—carga pesada para el país—y sirvió a la demagogia mexicana como una de sus banderas, para hablar del campesino abandonado, al que debemos redimir.

La campana del yaqui, como llamaban a esas operaciones de guerra, costó pocas vidas, pero mucho dinero a la nación. Hicimos amistad con los pilotos aviadores que por allá andaban: Chagoya, Aldazoro, Farel, Emilio Carranza, Chano Flores, Antuna, unos de la vieja guardia, y nos enteramos de que en realidad no se combatía; los indios no presentaban resistencia, pero los militares veían con horror al caer en manos de esas gentes tan crueles, que descuartizaban al prisionero después de torturarlo.

En cuanto a llevar tropas y caballería a Guerrero, era tarea penosa. El desembarco en las playas de Papanoa, se llevaba a cabo solamente con el uso de canoas, embarcaciones de una sola pieza que se hacían ahuecando un tronco de árbol muy grueso. Los botes del barco, de construcción común y corriente, se harían pedazos al llegar a la playa. A los caballos se les echaba al agua valiéndose de aparejos, y soltándolos para que solos tomaran la playa; muchos quedaron con el cuello torcido o una pata rota, ya que al llegar a la orilla la canoa era azotada con fuerza por la reventazón dando vueltas de campana. Las armas se amarraban de dos en dos y se pasaban por un andaribel,<sup>1</sup> que se tiraba del barco a un palo alto clavado en la playa. Lo mismo se hacía con la impedimenta. Los soldados iban en grupos de media docena, y saltaban

al agua antes de que la embarcación diese la inevitable voltereta.

En una ocasión, antes de salir de Manzanillo, el mismo general Amaro, secretario de Guerra y Marina, se presentó a bordo, para hacer recomendaciones al mayor que iba al mando de la tropa (el Chato Urbina). El viaje se repitió con más elementos de guerra que el anterior, y los oficiales nos preguntábamos: "¿Por qué no desembarcar en Acapulco que está cerca, y en una o dos jornadas llegar a lugar pretendido?". El mayor Urbina explicó al comandante Loeza que de Papanos llegaban, en un momento, al lugar de concentración de los alzados, y era fácil caerles por sorpresa. En realidad, al poco tiempo de esos desembarcos, se había dominado a los alzados en esa región.

Lo más duro para el gobierno era la rebelión de los cristeros. La lucha religiosa había continuado, y uno de los estados en que más actividades guerrilleras había, era Colima. Los viajes que por entonces se llevaban a cabo de Manzanillo a la capital, eran solamente por ferrocarril; los trenes llevaban escolta debido al peligro de un asalto. En muchas ocasiones se suscitaron tiroteos, con saldo de varios muertos, tanto de rebeldes y soldados federales como de pasajeros.

La situación política era demasiado complicada; en ese año (1928), todavía con la implacable guerra religiosa, Obregón se lanzó a su campaña presidencial, dando como justificada la reelección: ya había pasado un periodo a continuación de que había entregado la silla de palacio.

También lanzaron su candidatura los generales Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, quienes criticaron acremente a Obregón. No pareció extraño que Gómez—dado su carácter—, haya lanzado denuestos contra Obregón, y fuese su opositor; pero era para sorprender ¡cómo un Se-

<sup>1</sup> *Andaribel*: en este caso, cabo tirado del barco a tierra, atado a un árbol arbusto, estaca sin tocar el agua.



rrano—cuando le cantaron las sirenas—se olvidó de su compromiso moral, el de ser siempre fiel a su jefe, puesto que a Obregón le debía todo lo que había obtenido: grados en el Ejército, hasta el más alto, y su representación de ministro de Guerra y Marina. Se enfrentó a quien admiraba; a quien, en un momento de audacia había arrancado de las manos de Villa, cuando el guerrillero, en un momento de furia dio orden de fusilarlo (septiembre de 1914, en Chihuahua).

¿Qué aduladores marearon a Serrano que mándole incienso? ¿Qué sirenas le cantarían al oído? A esa excreción humana llamada “política” que tiene “más vueltas que la oveja”, de naturaleza nada noble ni sincera; para manejarla se necesita sabiduría, pero no precisamente la “sabiduría divina”, sino la de los perversos, y de eso no sabía Serrano: él era un hombre bueno y sincero y caro pagó lo que no fue más que una osadía.

## *Mueren revolucionarios, buenos y malos*

Cuando en Cuernavaca tomaron preso al general Serrano, éste no había manifestado desconocer el gobierno, de manera que se cometía un atropello. Al respecto, se han escrito relatos detallados, sobre la “sublevación” de Serrano en Cuernavaca, y la de Arnulfo R. Gómez en el estado de Veracruz. A Serrano y sus amigos, sin formación de causa, sin consejo sumario, se les asesinó camino de la capital. Serrano había pedido protección a su amigo el general Juan Domínguez, jefe de operaciones en Morelos, y éste, negándose, le dijo que saliera lo más pronto posible del estado. Se dice, sin estar plenamente comprobado, que el general Claudio Fox, de propia mano, y con sadismo, disparó contra los presuntos rebeldes. Cayeron en esa matanza el

3 de octubre de 1927, en el lugar llamado Huitzilac, los generales Serrano, Carlos Vidal, Miguel y Daniel Peralta, y otros militares, así como el licenciado Capetillo, autor del libro *La Revolución sin cabeza*, refiriéndose a la delahuertista, y el abogado y tribuno Rafael Martínez Escobar. En total, se asesinó como a 15; habiéndose escapado, desde el momento o antes de que los tomaran prisioneros, el licenciado Francisco J. Santamaría, que con el tiempo escribiría sus memorias.

También tomó parte en la ejecución, el entonces coronel Nazario Medina, que posteriormente —como pago de sus servicios— tuvo puesto destacado en la Secretaría de Guerra y Marina.

Casi dos meses después de la muerte de Serrano y acompañantes, el 27 de noviembre de 1927, se llevó a cabo un intento para matar a Obregón; viajaba en su automóvil con unos amigos y desde otro auto que les dio alcance, arrojaron una bomba, la que causó daños al vehículo del político, pero no hubo heridos; salió ileso Obregón.

Como responsables cayeron en manos de la policía un sacerdote (Agustín Pro), dos hermanos de éste (Roberto y Humberto), el ingeniero Luis Segura Vilchis y un obrero (Juan Tirado). Diez días después fueron fusilados, uno tras otro, en el patio de la inspección de policía.

Obregón, aunque fue el agredido, no influyó en que se obrase enérgicamente en contra de sus atacantes, y hay testimonio de que, habiéndolo entrevistado una comisión de señoras, para que intercediese ante Calles para que el menor de los hermanos Pro fuese puesto en libertad, el general dijo textualmente: “Les ruego digan ustedes, que nada tengo que ver yo con esos incalificables asesinatos registrados en la inspección de policía”.<sup>1</sup>

Los seis aspirantes del transporte Progreso hicimos viaje a Veracruz a mediados de 1927,

<sup>1</sup> Alessio Robles, Miguel, *Historia política de la Revolución*, p. 400.



para embarcar en el cañonero Bravo, que continuaba prestando servicio para las prácticas de alumnos. El comodoro Hurtado, acordándose de nosotros, solicitó que todos los aspirantes embarcáramos para el viaje.

El recorrido fue Mobile, Alabama; La Habana, Cuba y Colón, Panamá; casi igual al anterior de 1926.

Por supuesto que ya era muy distinto ir en camarote y comer en la cámara de oficiales, llevar fruta por propia cuenta y tener camareros a la disposición.

Con motivo de haber estado de paso en Veracruz, nos enteramos, por la prensa local, de un crimen feroz que solamente en épocas de terror o anarquía suelen verse. Llegábamos de un lugar al que teníamos como primitivo —Manzanillo—, a otro de cultura —Veracruz— y no pasábamos a creer que tal monstruosidad fuese cometida en el puerto, por los mismos "custodios de la ley", la policía.

Un muchacho que había sido marinero, tuvo un reyerta con un policía que andaba franco, éste portaba pistola, y al querer hacer uso de su arma, el ex-marinero se la quitó y con la misma le dio muerte. Los compañeros del occiso, indignados, como sabuesos se dieron a la búsqueda del homicida, dejando a un lado sus demás ocupaciones y todo auspiciado por el inspector de policía, un pseudo coronel, Salustio Lima. Una vez que encontraron a su presa los polizontes, lo ataron con las manos a la espalda y desfilaron por la avenida 20 de Noviembre, llevando al frente al que ya estaba tácitamente, juzgado por ellos y condenado a muerte. La gente asombrada por el espectáculo siguió al conjunto de genizaros hasta llegar al panteón, que en esos días estaba donde ahora en un parque de béisbol. Una vez atada a un árbol la víctima, fue acribillada a balazos, y era tal la fortaleza del ex-marinero que daba señales de vida. Ninguno de los verdugos quiso dejar "su venganza" sin ejecutarla con saña, no

solamente le dieron un "tiro de gracia", sino que desfilaron frente al moribundo para que uno por uno disparara su último cartucho.

Hubo una gran manifestación de protesta (menos malo que las "fuerzas vivas" demostraron su inconformidad); pero lo aterrador, lo increíble de este drama, fue que a retaguardia de la columna de manifestantes pasó —en carro abierto, rodeado de esbirros— el mismo pseudo coronel Salustio Lima, como diciendo: "Aquí estoy; yo respondo por este salvajismo".

Así estábamos en esos días del gobierno de Calles; menudeaban los crímenes, y en muchos casos la policía era el brazo asesino; mas nunca antes se había visto hacer acto de presencia en actitud retadora al jefe de los sicarios, en los momentos en que el pueblo manifestaba sus sentimientos de protesta. Pero la justicia inmanente, el divino "principio de causa y efecto" obraría en esta misma vida sobre ese matón despiadado, que mandaba a una horda de asesinos uniformados de polizontes; años después, por la década de los cuarenta, en Sinaloa campeaba el revanchismo entre gente del campo; pequeños propietarios contra caciques o falsos ejidatarios que, haría leyenda de unos alzados. A río revuelto, grupos de bandoleros robaban minas y raptaban a las profesoras rurales. Estaba en el estado Salustio Lima, y decía que acabaría con las facciones. En una ocasión, en que iba al mando de un contingente para derrotar a los bandoleros, éstos le tendieron una emboscada y lo hicieron pedazos; y utilizo el vocablo de "pedazos" porque en eso quedó convertido el cuerpo de Lima. Este con sus hombres, se había visto forzado a pasar por un "cañón" estrecho y poco profundo; de modo que, a base de arrojar piedras sobre los perseguidores los diezmaron, y como supieron distinguir bien al jefe, sobre éste cayeron centenares de peñascos. Aunque en muchos casos no se cumple la sentencia de que "quien a hierro mata a hierro muere" el de Lima no fue una excepción de la ley.



## Defensa heroica de Puerto Vallarta

Con las dos campañas, una en Sonora y la otra en Guerrero, además de la principal en costas de Jalisco y Colima, tuvimos para estar en constante actividad. En capítulo anterior he narrado que pisaron la cubierta de nuestro barco los generales Joaquín Amaro y Claudio Fox. Conocimos al prestigiado coronel Leyva que mandaba el 6to. Batallón, al que dejamos en Chamela, cuyas inmediaciones estaban infestadas de cristeros. Tenía el coronel un cuadro de oficiales distinguidos con quienes hicimos gran amistad. El segundo comandante del cuerpo, era un teniente coronel de apellido Clamont Cueto, que con los años llegara a jefe de la policía, era Mayor, jefe de instrucción; otro Mayor —Fernández— era de la misma promoción de aquél, y ambos habían formado parte de la brillante compañía del Colegio Militar que hiciera viaje a Brasil en 1922 con motivo del aniversario de la Independencia de ese país, habiéndose distinguido por su marcialidad y perfección en marchas y movimientos de armas. Ugarte era capitán segundo. Brillante era el cuadro de oficiales que proporcionaba colaboración al coronel Leyva, para hacer a su unidad una de las más eficientes de nuestro Ejército en la década de los veinte. Habíamos dejado al sexto batallón en Chamela cuando obedeciendo órdenes radiotelegráficas, hicimos rumbo a Puerto Vallarta, la pequeña guarnición luchaba contra los cristeros. Nuestra presencia sería la salvación de muchas vidas, ante un furioso ataque por parte de los alzados.

Llegamos con nuestra artillería preparada para hacer fuego, y "tripulación armada para desembarcar". Todos los aspirantes queríamos formar parte de la columna de desembarco, pero no hubo necesidad de tal operación. Seguramente, los rebeldes sabían de nuestra presencia oportuna en todos los lugares de la costa que peligraban ser atacados. El caso fue que se reti-

raron antes de estar nosotros a distancia de poder utilizar nuestra artillería con disparos certeros.

El número de cristeros era como diez veces mayor que el de los soldados del destacamento —una veintena—, mandamos por un oficial recién egresado del Colegio Militar. La lucha desigual que sostuvieron los soldados fue heroica, habiendo muerto el valiente oficial. Aquéllos, aún heridos, seguían disparando, auxiliados por las soldaderas, sus "adelitas", quienes los alentaban; y, esto que a alguien pudiera parecer cuento inventado, es positivamente cierto y digno de difundirse, ya que merece una página en el libro de los actos heroicos de mexicanos. Es verdad que las mujeres animaban a sus hombres cargándoles las armas y una tomó el mausser del marido agonizante, para seguir disparando y así tuvieron a raya a los fanáticos, hasta que éstos identificaron a nuestro barco cuando se acercaba a la playa y huyeron.

Podría yo decir que se trató de algo épico, sin la intención de dar al lector el relato resultante de mi fantasía; muy lejos de ello están mis facultades literarias. ¡Sí!, quisiera —para mí— los acentos Unamuno de Castelar, la pluma de Vasconcelos, la de mi primo Andrés Iduarte, para poder hacer mi narración como lo pide una épica defensa que en un país como el nuestro pasa desapercibida para un pueblo ingrato y un ingrato gobierno.

Como este acontecimiento en que a la desgracia acompañaron actos sublimes, dignos de figurar en la historia, ¿cuántos otros serán ignorados? Ese puñado de valientes (hombres y mujeres) defensores de nuestras instituciones, pasaron desapercibidos, en tanto que a otros miembros de las fuerzas armadas se les ha festejado y condecorado, sin que posean suficientes merecimientos. Marineros de la Armada que anduvimos durante la guerra en actividades bélicas en los cañoneros, guardacostas y buques tanques, estuvimos expuestos a ser atacados por sub-





marinos, japoneses en el Pacífico y alemanes en el Golfo de México y Océano Atlántico. Cuatro de nuestros barcos fueron torpedeados y hubo muertos; pero así como quienes sobrevivimos de la Armada no fuimos héroes, tampoco los marinos mercantes, y menos los que entre ellos plantearon un problema laboral al gobierno en momentos difíciles. Unos por cobardía se fueron a su casa, para regresar cuando habiéndose alejado temporalmente los sumergibles, se creyó que no volverían. Pero cuando se repartieron condecoraciones ahí estuvimos todos presentes a recibir nuestra medalla. Todos entramos en la "piñata"...

Al recibimiento del Escuadrón 201 con flores y serpentinas lo vieron ridículo los norteamericanos y demás beligerantes que verdaderamente habían combatido en el aire. Lo vieron así en los países donde, sin lugar a dudas, hubo auténticos héroes.

Los mexicanos que dejaron sus barcos y principalmente los que plantearon el paro de los mismos exigiendo el cobro de "zona de guerra", fueron cobardes. ¡Ah! pero quienes no lo fuimos, tampoco debemos creernos héroes, solamente supimos cumplir con nuestro deber, que es cosa diferente. Detestable es la costumbre de premiar porque se cumple con un deber como si fuera un mérito. Entonces: ¿al incumplido se le castiga solamente con no condecorarlo?

En Puerto Vallarta, en la ocasión a que nos venimos refiriendo, hubo un médico japonés, cuyo nombre no recuerdo, que merece los laureles, como lo merecen los soldados del destacamento, sus inimitables "adelitas" y el teniente, que sucumbieron. El asiático, residente de ese entonces humilde pueblo, desafiando las balas, arrastró a varios heridos hasta lugar seguro, salvándoles la vida, deteniendo la gangrena inminente que se presentaba en las heridas de seis hombres, usando quién sabe qué procedimientos suyos. Los heridos fueron llevados a bordo de nuestro barco para trasladarlos a Man-

zanillo, bajo la vigilancia de ese sabio de la medicina que, sin pretensiones, era capaz de salvar a un paciente de amputarle un miembro, contando solamente con los pocos recursos que había en una aldea de pescadores, que es el ahora famoso Puerto Vallarta.

Y no conformándome con usar solamente una docena de cuartillas en este episodio, que no por ignorado deja de ser histórico, quiero dedicar, con mi modesta crónica, un testimonio de admiración a la espartana defensa, donde un pundonoroso joven teniente, como un Leónidas, sucumbió con sus soldados y sus no menos heroicas soldaderas. Para ellos no encuentro palabras suficientemente bellas y emotivas, que puedan entonar con la grandeza que todos alcanzaron al pelear contra los "bárbaros de esos días". Fue una gloria para los defensores de ese rancho, ubicado a orillas del mar, donde ahora se develan "placas" alusivas a "encuentros" de presidentes que han ido a decirse mentiras recíprocas, donde se recuerda a figuras depravadas del cine extranjero, pero no hay nada en homenaje póstumo a ese puñado de héroes, ejemplo de mexicanos. Los visitantes que por millares llegan a las playas de la gran Bahía de Banderas, donde se encuentra ese nuevo centro turístico, ignoraron, seguramente, que ahí donde ahora es lugar de disipación, un día brilló la epopeya. Ahí donde no es difícil que alguien, un promotor de vilezas amigo de algún alto funcionario proponga un monumento a Charles Burton y a Elizabeth Taylor...

Triste realidad la que oprime el alma y excita el ánimo; a diario tenemos ¡homenajes a la memoria de dudosos próceres!, y a diario —también— en vida, a falsos benefactores del pueblo, cuando los auténticos héroes son ignorados. Pero cierto es que allá en tierra de Jalisco bañada por las olas del gran Océano, sucumbieron en forma heroica unos mexicanos, a quienes con estos renglones quisiera yo contar su gloria.



## Los cristeros en Manzanillo

En enero de 1928 se incorporaron los aspirantes de la promoción siguiente a la nuestra, Gustavo Rueda, Enrique Villegas, Feliciano Trujillo, Antonio Cortés, Abelardo Serdán, Fernando Magaña, Ismael Zamora y José Villalpando, todos de cubierta, y José Valcárcel, de máquinas; total, nueve.

Fueron estos nuevos oficiales más entusiastas para la juerga que los seis anteriores, quienes ya nos encontrábamos un poco apaciguados en ese aspecto.

A principios de mayo de ese año, tuve que salir a la capital para curarme una conjuntivitis aguada. Ya me encontraba de regreso cuando recibí una noticia sobre un intento de tomar la plaza de Manzanillo por parte de los "cristeros". Nuestro barco se encontraba atracado en el muelle, haciendo "aguada" y embarcando provisiones, cuando, por la madrugada del día 24, se dejó sentir un tremendo ataque de los fanáticos.

Supe que la reacción había sido inmediata; los pocos soldados de la guarnición, los policías que no llegaban a media docena y los celadores del resguardo marítimo, hicieron resistencia. A bordo se largaron los cabos con que estaba amarrado el barco al muelle,<sup>1</sup> y el último tuvo que cortarse con hacha para que no quedaran en el muelle marineros que habían saltado del barco para largar dichos cabos.

Eran pocos los rebeldes que intentaron el asalto a la ciudad, pero en el transcurso del día fueron llegando refuerzos y se calculaba que sumaron unos 700. En su mayoría eran del interior, que nunca habían estado en un puerto, gente del campo, según se supo por los prisioneros que se les hicieron.

A un grupo le habían ordenado que se apoderase del "barco grande pintado de gris", que era el de guerra. Afortunadamente, para los del Progreso, había en bahía y muy cerca del muelle,

otro barco que, como cosa rara también tenía pintura gris, a la par que el nuestro. Era un barco trampa que se encontraba sin tripulación; se llamaba el Apolo. Los cristeros, aleccionados a medias, llegaron a la orilla de la mar, y equivocadamente disparaban sobre el citado Apolo. Como al Progreso también le llovió bala, al estar desatracando, cayó en cubierta, mortalmente herido, el aspirante José Villalpando, que apenas tenía pocos meses de haber salido de la Escuela.

La población quedaba al lado oeste de un cañón practicado en un cerro que casi llegaba a la orilla del mar; ahí se encontraba la vía del tren. En la estación se hicieron fuertes los defensores. En el lado opuesto, o sea, al oriente de dicho cañón, se aglomeraban los asaltantes. Cuando el barco se encontraba abierto de la ciudad como una milla, enfocaron los cañones hacia donde estaban unos rebeldes, en lo más alto del cerro. Habían cavado un hoyo enorme dentro de una casa de madera; trabajo que se había practicado con mucha anticipación. La excavación tenía las dimensiones del piso de la casa. Resultaba una "lobera" muy grande a la que los proyectiles de la artillería no hacían más que atravesar de lado a lado las débiles paredes de tabla. En cambio la metralla hacía tremendos estragos en los que intentaban pasar de uno a otro lado de la vía, haciéndolos retroceder. Ya se combatía en la ciudad, sobre la que el barco no podía disparar, y del jacal hecho lobera, los que en él estaban, disparaban a sus anchas haciendo bajas a los defensores.

La noticia se supo oportunamente en Colima, tanto por nuestra radiotelegrafía que la comunicó a la capital, como por el medio más rápido que fue la comunicación entre los telegrafistas ferrocarrileros.

No se podía hacer desde a bordo otra cosa sino disparar al cerro, del cual pasaban a la ciudad; y esto daba como resultado, el que los re-

<sup>1</sup> *Largar*: soltar los cabos del barco o cualquier otra cosa que se encuentra sujeta por amarre.



fuerzas rebeldes que iban llegando, se desconcertaron. Hubo un momento en que se desprendió un numeroso grupo de hombres, para cruzar la vía; un disparo certero (era casi a boca de jarro), con proyectil de alto explosivo, hizo un efecto tremendo. Fue el último intento de los atacantes por pasar a la ciudad. Sistemáticamente se siguió disparando sobre el lugar donde, con gran facilidad, se veían amontonados a los rebeldes; también infructuosamente sobre el jacal en que a los ocupantes solamente la cabeza les quedaba por arriba del nivel que había tenido el piso. La excavación en que estaban metidos cómodamente, la tenían abarrotada de explosivos.

Para la gente de Manzanillo las últimas horas del combate fueron angustiosas, que a base de esfuerzos por parte de los defensores, se alargó la resistencia hasta las cinco de la tarde, hora en que llegó tropa de Colima. Como Villalpando había quedado con vida, hubo necesidad de ir a tierra por el médico del barco (Rangel). Los aspirantes Rigoberto Otal y Antonio Cortés Acosta fueron a remo hasta un embarcadero, para llegar a la casa del citado médico a quien encontraron refugiado en una cancha de tenis; era el único hombre entre gran número de mujeres y niños. De nada serviría la presencia del doctor. El herido duró en agonía unas pocas horas.

Cuando llegaron las fuerzas federales de Colima bajo las órdenes del general Charis, los rebeldes andaban por las calles de la ciudad. En pocos minutos los acabaron. Un acto de heroísmo, de un sargento hizo volar el fortín que tenían en el cerro. Un contingente que por la parte posterior de la casa había escalado el cerro, fue recibido con bombas de mano. El mencionado sargento recogió una, que no explotó a tiempo, la arrojó al precitado fortín y lo hizo volar en pedazos al provocar el estallido de todos los explosivos ahí amontonados y a los que los usaban.

Dos días después del combate tuvo lugar el entierro de Villalpando, todo el pueblo asistió,

desde la gente que se consideraba como el estrato principal, hasta los estibadores, los propietarios de cantinas, las meseras y las mismas pupilas de los lupanares. La población entera, conmovida, acompañó al cadáver hasta la tumba. Yo llegaba de México cuando tuvieron lugar los funerales. Las muchachas de los salones serían las más fieles, domingo a domingo llevarían flores, duramente mucho tiempo, al "Flaco Villalpando". Ahí pudo observarse que las injustamente llamadas "mujeres malas", suelen ser verdaderamente buenas.

La muerte de Villalpando y la acción del Progreso hicieron que se nos quisiera más en el puerto, además de que reconocieron la eficaz intervención del barco con su artillería. Como se habían juntado dos promociones de aspirantes, mas los oficiales solteros, se formaba un grupo grande, que para algunos lugareños había sido molesto, por los jolgorios que armábamos y por el acaparamiento de muchachas. Por supuesto que en su mayoría los lugareños, eran amigos; los Curiel, los Villa Corona, los Sánchez Díaz, y otros que formaban grupo como si fueran compañeros nuestros; pero desde que aconteció lo de los cristeros, todo el pueblo se volcó en una gran estimación, considerándonos como si fuésemos nativos del lugar.

Durante los dos años que tuvo el barco a Manzanillo como apostadero, fueron constantes las salidas a la mar alternando con la farra. La población no pasaba de unos cinco mil habitantes; contaba con un buen comercio, ya que había afluencia de turismo procedente de Jalisco, Colima y Tepic, además de la arribada de barcos japoneses. Había tres grandes "salones" (casas de prostitución), al de mas categoría le llamaba El Menudo, otro era El Redaño y el tercero era algo así como El Mantecas, mantenidos principalmente por los marinos, tanto mercantes como de la armada. Gran parte del dinero que cobraban los aspirantes, ahí se quedaba. Los días



de pago, entonces era por decenas, iba una de las muchachas, con una bolsa de loneta, para recoger la plata y devolver "vales"; y cuando era mucha la recaudación, hasta cargador se le proporcionaba. Los camareros se disputaban la preferencia de ser nombrados para cargarle el dinero a la pupila de confianza.

Debido a las restricciones en cuanto a visitas, cuando el barco estaba atracado al muelle, la muchacha se hacía pasar por turista y por lavandera cuando estábamos fondeados a media bahía, para lo cual llegaba cargando un tambache de ropa. Si no era posible el cobro a algunos, por encontrarse ausentes, religiosamente habla que llegar a la casa non sancta a cubrir la cuenta en la primera oportunidad, so pena de que se le anulara el crédito al deudor.

Había por aquellos lugares del Pacífico, una verdadera "trata de blancas". Las propietarias de los "salones", conocidas de toda la población, y muy consideradas por parte de los hombres, tenían conexión con gente de Jalisco, Sinaloa, Nayarit y Colima, que les ayudaban en su negocio proporcionándoles la manera de acarrear a las chicas que ingresaban al mundo de la prostitución.

Seguido llegaban remesas de esas inocentes que procedían de ranchos, y pueblos. En su mayoría muy jóvenes, mestizas bonitas, muchas recién violadas. Desde el momento en que pisaban el burdel, quedaban vendidas con la explotadora propietaria. Se les daba comida y vestidos a precios que nunca acababan de pagar. Las que lograban emanciparse, saliendo en algún barco mercante, o cuando el Progreso llevaba tropas, con motivo de cambios de guarnición de Baja California, Sonora o Sinaloa, velan el cielo abierto; y era para las víctimas de la maldad, una verdadera aventura el arreglárselas para escapar. Los policías eran viles auxiliares de las influyentes explotadoras, que los mandaban al rescate, cuando las muchachas intentaban salir por ferrocarril; pero esos polizontes y los detestables tinterillos del juzgado, no se atre-

vían a pararse en los barcos para impedir la huida de aquéllas, por mar; de manera que cuando una o algunas lograban el traslado hasta Ensenada, donde corrían los dólares, y el "Standard" de vida era superior, a la par que las propietarias de salones, influenciadas por el medio, se portaban en forma mucho más humana con sus pupilas; les cambiaba radicalmente su vida. Muchas de esas muchachas casaron con hombres de Baja California y hubo algunas que cruzaron la frontera y siguieron radicando en los Estados Unidos, en unos casos como amantes y en otros como esposas de norteamericanos. Años después, me encontraría en San Diego con Miss Robert, una trigüeña de ojos verdes que en Manzanillo había sido muy cortejada por su rara belleza. Había hecho el amor con la mayoría de aspirantes y a cada uno le hacía creer que era su consentido. Le decíamos "La Etíope".

Magdalena fue una institución: una mesera muy guapa con un hermoso cuerpo, fue en ocasiones, la manzana de la discordia. Hacia buena pareja con Enrique Villegas que formaba parte de la segunda promoción de aspirantes destinados al Progreso; él y Rueda Medina hacían mancuerna con las dos muchachas mas guapas del gremio de meseras. Cuando éstas terminaban su jornada, y la cantina continuaba abierta, los que quedábamos, nos autoservíamos a ciencia y paciencia de don Vidal, el propietario de la principal piquera del lugar. En una ocasión, en que bebí mucho tuve un encuentro a trompadas con Villegas, por culpa de Magdalena que habiendo tomado algunas copitas se puso veleidosa, haciéndome creer que después de la jornada sería conmigo la parranda, lo que condujo al "Match" del que sacó la peor parte Rigoberto Otal, que queriendo separarnos recibió un recto de Villegas. Muy diplomático Rueda, interpuso la habilidad que le caracterizaba para apasiguarnos y hacerme pedir disculpas.

Magdalena, fiel a la Marina y madre de un muchacho —sangre de la Armada—; años más



tarde serviría la cerveza a los guardiamarinas<sup>1</sup> del año 1958, (30 años después). Vería a esos muchachos con lágrimas en los ojos; eran los mismos nombres: Pancho Mújica, Álvaro Sandoval, Fernando Magaña, Vicente López, Ismael Méndez, Jorge Lagos, Pedro Calderón, Sergio Uribe, Enrique Martínez. Le recordaban sus años mozos, cuando era hermosa, disputada y amada, eso sí muy fiel con el que estaba en turno, y mientras no se tomara su tequila, ella, la "Aguantadora" y la "Monja" se perpetuaron en Manzanillo. De las dos últimas, nunca supimos sus nombres, pero con el que las bautizamos se identificaban bien. Estas dos con los años, ya juiciosas, por cansancio de gozar tanto la vida y con sus ahorros se hicieron propietarias de sus respectivas refresquerías. Magdalena no dejó su "carrera"; hasta sus años de veterana siguió atendiendo borrachos en la cantina de don Vidal y cuando éste desapareció pasó a la de Basilio, que fue donde lloró cuando conoció a los retoños de quienes le hicieron concebir ilusiones, del que le hizo concebir un hijo; de los que la hacían rabiar al no rescatar los vales que su patrón le entregaba quincenalmente para el cobro que le dejaba un módico, pero útil porcentaje de comisión.

## *La muerte de Obregón*

La frustrada toma de Manzanillo por los cristeros les hizo amenazar con que regresarían en mucho mayor número, para poder apoderarse de la ciudad. Eso nos hacía pensar que no se nos cambiaría de apostadero. Habíamos llegado a tomarle cariño al puerto e íbamos a sentir mucho dejarlo. Un año después arribaría el cañonero Bravo, procedente del Golfo, relevándonos. Nosotros —con el Progreso— nos iríamos a Guaymas. La cosa cambiaría, la buena impresión que de nuestro grupo se tenía en Manzanillo, se trans-

formaría en mala para la oficialidad del Bravo. Por circunstancias cuyo origen no conocíamos, llegaría el momento —según se nos contaba— en que los de a bordo no podían andar más que en grupo, para poderse defender de los civiles. En una ocasión hirieron, con puñal, al teniente López de Nava. El Aspirante Hurtado tuvo que hacer uso de pistola para impedir que se le agrediera. Nosotros nunca habíamos portado arma; los mismos estibadores, y gente del pueblo, nos cuidaban cuando andábamos escandalizando por los lenoncinios.

A pesar de todo, probablemente a causa del constante cambio de oficiales, llegaría un momento en que la gente del Bravo dejaría de ser mal vista y algunos compañeros de ese barco casarían con muchachas de la localidad. Esto de tres matrimonios a la vez en el puerto sería acontecimiento que resultaba un notición en el "aristocrático Guaymas". Llegaría el "Bravito" para reparaciones y los oficiales llevarían a sus esposas, entre las que estaban las recién desposadas. Pero ¡oh sorpresa para algunas de las muchachas!.. sonrosas, las que acababan de llegar eran como ellas: bonito color, unas trigueñas, narices bien perfiladas, bonitas bocas, lindos dientes y hermosos cuerpos. ¿Acaso las mamás de las guapas guaymenses no les habían dicho que eran lo mejor de lo mejor? ¿No eran las que merecían los hombres más apuestos de México?.. y había que ver a uno de los recién llegados, ya "amarrado" por el sagrado vínculo del matrimonio; a Carlos Cano, un gran tipo, que a su físico no podía ponerse pero. ¡Qué notición! Para el pueblo ávido de novedades las tres parejas eran el platillo del día.

Pero antes de que el "Bravo" se apostara en Manzanillo, había sacudido al país una noticia: "la muerte del general Álvaro Obregón". Había salido electo presidente de la República, el primero de julio de 1928. Ya se había revuelto el

<sup>1</sup> Desde los años 1930 o 1931, la denominación de aspirante de primera pasó a ser guardiamarina.



agua con Elías Calles, implacable contra el clero que mandaba fusilar al Padre Pro, a los hermanos de éste, a Segura Vilchis y a Tirado. No era esto más que atizar el fogón que mantenía caldeados los ánimos. Alguien comentaría después: "ese furor de Calles con que atacaba a la Iglesia, acabó, indirectamente, con la vida del "vencedor de mil batallas".

Los interrogantes que surgen ante sucesos de tanta trascendencia nunca son aclarados con pruebas fehacientes; siempre quedan las cosas en el campo de las conjeturas. Los amigos y seguidores de Obregón han asegurado que los fusilamientos del Padre Pro y otros, fueron de la exclusiva responsabilidad de Calles, quien como un Maquiavelo, hacía creer que eran de su correligionario. Es para deducirse que se trató de maquinaciones para poner al clero en contra del entonces futuro presidente; y esto es de creerse, cuando se sabe que el general Obregón había mandado a un amigo de confianza hacia Estados Unidos, para hacer a los arzobispos desterrados por Calles, el ofrecimiento formal de que al ocupar él (Obregón) la presidencia de la República, inmediatamente le daría una solución al problema religioso.

El caso fue que el 17 de julio de 1928 cayó el más prestigiado general del constitucionalismo, atravesado por las balas que disparó un fanático religioso (José de León Toral), en el restaurante de San Ángel llamado "La Bombilla".

Pero ¿quién caía?, ¿el portador de la bandera las reivindicaciones?, ¿el verdadero símbolo de la democracia?, no por cierto. Y la causa que puede haber hecho que Calles contribuyese, en forma tan difícil de aclarar, al asesinato del presidente electo, fue que éste principió a parchar la Constitución para reelegirse, cuando apenas comenzaba el país a evolucionar bajo la bandera del "sufragio efectivo, no reelección".

La actitud de Obregón al reelegirse, fue su sentencia de muerte, pero no era Calles quien "pondría sus barbas a remojar". Cuando sin necesidad de volver a la silla presidencial quiso seguir siendo el "número uno" de la nación, no lo mataron, pero le hicieron sufrir la penosa situación del destronado, —la del olvidado—. Cayó con la velocidad del rayo y aunque después se dieron la mano en público él y Cárdenas —su garrote—, la amargura de haber perdido su poder, hizo mas corto el tránsito de su vida por este mundo. Y en su plano astral, estará atado, según su karma, a cadenas que le impiden su evolución.

## El puerto de Guaymas

A principios de 1929, habiendo cumplido dos años embarcado —con un gran número de singladuras,<sup>1</sup> estando en el Puerto de Guaymas, se llevaron a cabo los exámenes para el ascenso a tenientes de corbeta, de mi promoción. Recibiríamos el "Despacho Profesional". Durante todo el tiempo de aspirantes habíamos tenido como comandante al viejo marino mazatleco, don Manuel Loeza, viudo de una señora Izaguirre, la hija mayor del comodoro a quien habíamos soportado como director en 1924.

Al comandante Loeza injustificadamente lo calificábamos de "viejo latoso" y mucho teníamos que agradecerle. Durante los dos años —1927 y 1928—, nos atosigó con estudios de navegación. Para salir "francos", después de arribar a puerto, exigía la presentación de tres "situaciones astronómicas" por singladura; además de otros cálculos, como desvíos del compás,<sup>2</sup> y cuanto nos hiciera trabajar durante los días de mar.

El ascenso a subteniente (teniente de corbeta) fue bien festejado en Guaymas, lugar sucio, como los son, infortunadamente, la mayoría de

<sup>1</sup> Singladura. 24 horas de navegación.

<sup>2</sup> Compás. rosa de los vientos (brújula).



nuestras ciudades. Por entonces no era más que un pueblo de pescadores, lugar venido a menos, que tenía gran cantidad de bonitas mujeres, donde abundaban los apellidos franceses; Gayou, Bouyé, Loubbert, Marcor, Mouet. Se trataba, seguramente, de los descendientes de marinos galos que durante los siglos pasados arribaban en grandes veleros, y preferían quedarse en el nuevo mundo que continuar la lucha constante con la mar.

Los marinos éramos muy bien recibidos en Guaymas, donde eran escasos los varones. Había una gran discriminación entre las mujeres, en cuanto a las clases sociales. A las que no eran del grupo selecto las llamaban despectivamente "segundonas". Si por alguna circunstancia andaba uno en la calle, o en algún paseo, con una segundona, seguramente eso era condenado por las amistades que formaban la élite, que no perdonaban el "desvarío". Por fortuna para nosotros, por esos días las más bonitas estaban entre las de primera. Entonces sucedía lo contrario que en Mazatlán, que las chiquillas más bellas se encontraban en los clubes sociales de menor categoría; sobre todo en el "Muralla".

En Guaymas, al fuereño lo recibían con los brazos abiertos sí, por supuesto, tenía trazas de "gente bien", en tanto que no volteaban a ver al paisano si no era de su clase, aunque fuese el tipo más apuesto del lugar; y, para inquietud de las pasaditas de edad, las "quedadas" que lo eran desde los 18 o 19 años, a los jóvenes de su círculo lo veían como hermanos, por conocerse desde las niñez.

No cabe duda que ese rincón de México tenía su encanto en esos años de las primeras décadas; cuando no pasaba la población de unos 9 mil habitantes —casi cien por ciento nativos del lugar—. Agradables eran las fiestas en el aristocrático Centro Guaymense; cuando lo conocí tenía unos grandes tragaluces con bastantes vidrios rotos, y los huecos tapados con petates. Cada año se llevaba a cabo un sarao

que sobresalía de los demás de diferentes fechas. Se efectuaba como conmemoración de algo que no recuerdo. El atuendo era de etiqueta, y "partían plaza" los señores a los que, en ese tiempo, se respetaba, sin el calificativo de "la momiza". Por entonces no teníamos smoking los oficiales, y menos los guardiamarinas, salvo uno o dos "pisaverdes" de la misma madera que algunos presuntuosos muchachillos del lugar, quienes aparte de esa prenda no tenían otro traje sino pantalones y camisas, y como nos sentíamos jóvenes codiciados, dijimos que no íbamos al gran baile, lo que consideraban imposible, las muchachas. Entonces, éstas discurrieron portando vestidos sencillos —de cretona—, como si esto cuadrara con la indumentaria masculina que no fuera smoking, y nosotros íbamos con nuestro uniforme. Yo protestaba a bordo por tal solución. Decía: "¿Qué, nuestro elegante uniforme no hace juego con el mejor vestido que tengan las niñas?".

Resultó el baile —según se decía de cada en caso— el más lucido de cuantos se habían llevado a cabo en el Centro Guaymense.

Lo único chocante era ver que algunas señoras que se decía "clase de primera", y hasta entre las mal llamadas segundonas vivieran en un sueño de presunción y vanidad injustificada. Era ese lugar, de donde salieron tantos revolucionarios, la quinta esencia de la reacción; criticaban sistemáticamente al gobierno, tanto que hubo indignación cuando lo de la expropiación petrolera. Eran gentes que solamente poseían, cuando más, una casa con techos de tierra y paredes de adobe. Con raras excepciones tenían excusado que no fuera de "cajón". Se acostumbraba sacar las materias fecales por la noche; a lo que en jerga mexicana se llama "el Tigre". En general, los hombres eran sencillos y, por supuesto, las chicas conscientes de su situación real, eran un encanto; pero aquéllas en quienes hacía mella la prédica diaria de una madre presuntuosa



que cuyo tema preferido era el de los millones y las personas "millonarísimas", resultaban insoporables. El asunto no dejaba de ser un tanto divertido, cuando se comentaba a bordo sobre los millones de las futuras suegras; oro que nunca vimos, pues al casarse uno, desde que entrábamos a la Iglesia, habla que principiar a rascarse el bolsillo.

Esto, ya, lo sabemos, sucedía en todos los pueblos rabones, donde hubo en un tiempo (el larguísimo periodo del porfiriato) gentes con dinero, en unos casos mal habido y raras veces pequeñas fortunas hechas con trabajo y honestidad. Por una transformación en las estructuras sociales, resultado de un movimiento revolucionario, a los hijos o nietos de gente que más o menos tuvo cierta posición, no les quedó otra cosa que el recuerdo. Una señora, con la que mas traté en el puerto sonorenses, la más ostentosa de su alcurnia, me hacía recordar, con sus vanidades, a una dama verdadera aristócrata del estado de Campeche, doña Adela Escoffié Foucher de Paullada, quien cuando otra mujer insistía en que todavía aquella tenía bastante capital para llevar una vida regalada, ella, mi abuela, doña Adela, bella mujer por cierto, decía con voz calmada con su léxico andaluz, aparentando solemnidad: "Si hija, algo nos quedará, como a todas las venidas a menos, nos quedará el punto en el cielo y las nalgas en el suelo".

Empero, no todo en Guaymas era ese motivo de crítica hacia la gente necia, donde la madre sacaba, para todo, la posesión de sus cuatro brillantes de medio kilate y el tesoro más grande, que era la inteligencia y cultura de sus dos hijas mayores —"marisa-bidillas"— que se habían leído "María" de Jorge Ibsen y novelas de Pierre Loti. Una o dos eran familias a las que podríamos llamar "acaudaladas" los Zaragoza, eran un ejemplo de sencillez. Un inmigrante español, —no un gachupín—, que se unió en matrimonio con una dama caritativa y sencilla, hermana del revolucionario don José Ma. Maytorena, formó su

familia, diferente a las que forman vascos, asturianos, catalanes y demás peninsulares; los Zaragoza eran una familia donde tanto varones como muchachas se sentían sonrosos cien por ciento queriendo ignorar la sangre por el lado paterno. Gente que no hablaba de millones más que en su oficina y sin alardes de sapiencia; supieron levantar un negocio que se extendió por Sonora y Sinaloa. Una de las hermanas mayores, Santitos Zaragoza, sobresalía entre el conjunto de bellezas; su atuendo y el arreglo de su cara y manos, eran de lo más exquisito. Fue la primera mujer sonorenses en quien me fijé; no era para su pueblo, estaba como para lucir en los Ángeles California, lugar donde pasaba largas temporadas, o en la capital de la República.

Otra familia, los Martínez, también podía preciarse de haber sido aristócrata, por la oportunidad que su fortuna les dio para viajar y rozarse con gentes de alcurnia.

Pero, en ese medio donde solamente se oía hablar de oro, también se hallaba un lenitivo para el ánimo predispuesto a criticar tanta presunción, tantos sueños de opio. Había gente a quienes les rebotaba su buena calidad, que les llegaba de generaciones anteriores. La familia Loubbert Sheltner, tenía escasos recursos económicos, porque el padre no era el profesionalista despiadado que estirase la mano para despojar al pobre por un trabajo sencillo de odontología, pues precisamente para los de pocos recursos trabajaba ese señor, como en un apostolado. La mayor de los hermanos (ocho o nueve), era una preciosa muchacha abnegada, trabajadora de su hogar; su ascendencia era de franceses y alemanes; genes peninsulares no deben haber faltado en ese entrecruzamiento de sangres donde nada habla de yanqui.

La magnífica presencia de esa muchacha, la pulcritud en su atuendo, su hermosura y sobre todo, la sencillez con que se comportaba, era un gran atractivo. Era novia de un compañero





mío que no la merecía, tanto que la olvidó inmediatamente que lo cambiaron de comisión y salió del puerto. Casó, la chica, con otro marino que tampoco la merecía. Esa preciosa dama, con apariencia de princesa, Florita Loubbert, mi sincera y buena amiga, sigue viviendo en ese puerto —ahora pueblo grande— que tampoco la merece.

El tiempo de navegación en el Mar de Cortés y en la costa occidental de Baja California fue corto; ya montábamos guardia como oficiales tanto en puerto como navegando los que habíamos presentado exámenes, y los de la promoción siguiente eran nuestros ayudantes.

El interior del Golfo de California se recorría para diferentes servicios, sobre todo, transportando tropa, elementos de guerra y gran cantidad de material para alumbrado marítimo. Llegábamos hasta el fondo del Golfo, tocando el paupérrimo puertecillo de San Felipe, que principiaba a tener vida, y ahora se encuentra convertido en lugar de importancia. Por ese tiempo se proyectó una carretera entre ese punto y Ensenada.

Con frecuencia tocábamos Santa Rosalía, donde la compañía El Boleo extraía el cobre de las entrañas de esa tierra y poco hacía por mejorar la vida del pueblo, ya que el precio del cobre estaba muy bajo. La Paz era un lugar fascinante y me seguiría pareciendo así hasta cuando principió a llegar turismo, con su primera manifestación que es la de hacer subir los precios. Nuestra ruta era seguir a Mulegé, Isla del Carmen, San José y Cabo San Lucas, para doblarlo y poner proa al norte con destino a Ensenada.

Todo eso era un servicio que, a la vez de "logístico", llenaba cometidos que estaban dentro del control de otras Secretarías, como Gobernación y Comunicaciones.

La navegación a lo largo de las costas de Baja California, sobre todo del lado occidental, se hace muy entretenida; hay partes donde, se puede ir rosando los acantilados; abundan las albuferas, como también lo es en parte de la

costa sonorenses, que invitan a los yatistas a arribar y fondear con su embarcación, quedando completamente protegidos del mal tiempo. La mar en esos lugares, estrellándose —por siglos— contra los acantilados, ha dejado figuras caprichosas en las rocas, que son filigranas, difícilmente realizables con la mano del hombre. Navegar por esas costas es, sencillamente, fascinante.

Los ocasos del sol son imponentes, aún en latitudes tropicales. En épocas de cielo despejado —durante las noches—, ya sea con luna o sin ella, el espectáculo es conmovedor, principalmente en el segundo caso, cuando solamente brillan las estrellas en toda la bóveda celeste. La guardia de 12:00 p.m. a las cuatro de la mañana me parecía corta, minutos solamente; era como un juego el estar identificado a Vega, Altair, Castor, Polux y muchas más estrellas, unas identificadas a primera vista y otras por alineaciones, valiéndose de las constelaciones más conocidas, pues Sirio, Aldebarán y las dos principales de la bella Orión, en dos segundos o tres se reconocían.

Pero no se aprecia, en esas edades de joven oficial, la grandeza del universo, y si se habla de ello, es sin hacer conciencia. Nuestros planos superiores no armonizan con el espíritu, no se medita sobre la grandiosidad que representan los millones de años luz que nos separan de esos puntos luminosos, no se piensa sobre el poder que el fuego cósmico posee, el fuego que con sus infinitas vibraciones, ha realizado lo que no alcanza a medir, en tiempo ni espacio, la mente humana. Gusto nos dábamos tomando las alturas de las estrellas y planetas para calcular la situación del barco, no siempre por necesidad, cuando obtenía por "marcaciones" a la costa, sino por irnos perfeccionando en la práctica de la observación y manejo de las tablas náuticas, que frecuentemente cambiaban con los nuevos métodos, sobre los cuales teníamos que estar al día. Para los aspirantes una navegación de 20 días, o aún más, era una buena oportunidad, com-



parándola con las que se hacían en el Litoral del Golfo.

Navegar era un gusto, que aumentaba cuando se iba hacia el norte, con destino a Ensenada, este lugar tenía un encanto, a pesar de que todo estaba bajo la influencia del dólar. Tanto a bordo como en la calle, se comía mejor, las parrandas nos salían más baratas; el ambiente en restaurantes, cantinas y "salones", eran diferentes a los del resto del litoral. La ropa se compraba también, más barata. ¿Era la influencia de una nación poderosa con mucho más y mejores medios de subsistencia, lo que hacía la vida más fácil y cómoda? Infortunadamente sí era la influencia yanqui lo que nos mostraba la ciudad de Ensenada como tierra de promisión. Salíamos de ahí llevando gratos recuerdos.

Inusitadamente se nos había aumentado el sueldo en cinco pesos más diarios, de manera que de ocho subimos a 13. ¿A qué se debía esa cosa tan rara en esos tiempos? Había tomado posesión como jefe del Departamento de Marina, en la Secretaría de Guerra, un hombre de gran personalidad, de gran prestigio, enérgico, recto, dinámico; tenía una buena dosis de valor civil y no se inhibía ante la prepotencia de los encumbrados caudillos. Era de tipo mestizo, varonil, imponente. Estaba reciente su ascenso a comodoro (don Hiram Hernández). Su primer paso al tomar el Departamento, fue enterarse de todo lo que nos relacionaba con el asunto fiscal, y logró sacar al secretario de Guerra y Marina, el general Joaquín Amaro, una orden que se convirtió en decreto presidencial —basado en la Ley de Hacienda— el cual nos concedía a cobrar lo que hasta la fecha se llama "asignación de técnico".

De modo que los oficiales que no tenían obligaciones familiares, podían comprarse buena ropa y correrse las parrandas que les fuese en gana.

Mandaba yo a mi madre la mitad de mi sueldo desde que salí de la Escuela; pero a pedi-

mento de ella, por el año de 1930, reduje la mesada. El médico del barco, Rangel, decía que era yo un buen hijo; me extrañaba la expresión ya que me parecía obligación ineludible ayudar a la madre, sobre todo cuando había sido buena y eran tan buena la mía, doña Carmen Paullada Escoffié de Sandoval, que prefería privarse de algo, a verme a mí apretado en mis gastos. De todos modos, a los solteros, que vivíamos a bordo, los dineros nos alcanzaban para nuestras necesidades. No teníamos, entonces, las ambiciones desmesuradas que ahora tienen los acaudalados "jefecitos" que algunos de ellos, no conformes con la magnífica "paga", tienen negocios en sus lugares de residencia.

Nuestro peso estaba al "dos por uno" con el dólar y al tocar un puerto extranjero se ganaba la mitad en la moneda de Estados Unidos, o sea, que el aspirante, ganando \$378.00 mensuales, en tierra yanky cogía \$189.00 dólares. Un par de zapatos de la mejor marca costaba cinco, un abrigo 18 o 20; un traje ligero de verano 12 y una noche de cabaret con una muchacha, tomando tres o cuatro whiskies no salía en más de diez. Pronto estaríamos gozando de esas delicias en San Francisco California; ya las lavanderas de Manzanillo nos lo habían dicho, ¿cómo lo supieron? "Nos hicimos cruces" cuando dos o tres meses después de que nos dieran la noticia, esas buenas amigas, se comunicó oficialmente la orden de salir a reparaciones.

Pero eso no es solamente cosa de México, el asunto me recordaba lo que ocurría en Alemania antes de que la flota de alta mar saliera al encuentro de la inglesa para combatir a Jutlandia, donde tuvo lugar la batalla naval del siglo. En las lecherías, en las tiendas, en las fondas se discutían los asuntos de la flota imperial, ¿por qué no salen?, le preguntaba una maritornes a un marinero. Otra mujer decía a su marido, un contra maestre: "se sabe que ya están preparándose para zarpar", y así por el estilo eran las plá-



ticas en esos días de la Primera Guerra Mundial con que la gente de tierra se metía en los asuntos de la gente de mar. Esto prevalece por la indiscreción; en la calle se sabe primero acerca de unas órdenes que cuando llegan al que debe ejecutarlas.

Cosa semejante sucedía en España: un oficial del trasatlántico Habana me decía: ¿Vais a Marín?... pues te sucederá lo mismo que pasa en Cartagena; al día siguiente de tu llegada, toda la gente sabrá hasta lo que lleváis en la maleta”.

### *La última aronada en la segunda década*

A lo largo de la costa de Baja California, Sonora, Sinaloa, Jalisco, Colima y Guerrero, tanto con rumbo al norte como al sur, en nuestro lento barco, nos encontrábamos haciendo servicio durante principios del año de 1929, gozando de la tranquilidad y delicias que experimenta quien quiere a la mar como cosa propia, que llega a tierra con gusto de ver amistades y familiares, pero de pronto siente la inquietud de volver a salir del puerto. Tanto las recaladas como las salidas tienen su encanto.

Por el mes de febrero, nos quitaron al comandante Loeza y pusieron a un señor chiapaneco (Ángel A. Corzo y Castillo), que en esos días reingresaba a la Armada. En 1914 fue licenciado del servicio, entonces anduvo de topógrafo y después entró a la Marina Mercante, donde llegó a capitán. Los dos viejos del relevo — Loeza y Corzo—, eran del Colegio Militar. Cuando estudiaron la carrera, ésta se hacía en dicho plantel, en Chapultepec. No había Escuela Naval. Esta se abriría, según lo antes apuntado, en Veracruz el año 1897 (mucho significación tiene esta fecha para el estudiante de teosofía, ya que fue cuando terminó el primer ciclo de 5 mil años de la era llamada “kali yuga”, la que agobia a la humanidad actualmente encarnada, que con sus signos destructores, anuncia una apocalipsis).

El comandante Corzo no era exigente como su antecesor, hablaba poco con los oficiales — solamente para asuntos del servicio—; por eso decíamos que era “buena gente”. En cambio, a menudo se renegaba del anterior, quien nos había dejado el hábito de estudiar y estar al día con los métodos de situarse en la mar. Eramos una juventud ingrata, como la juventud de todos los tiempos, actualmente corregida y aumentada.

Ignorábamos, a bordo, o más bien, queríamos ignorar las intrigas de la política nacional que iban incubando un movimiento sedicioso, el que agregado a los anteriores de 1920 y 1923, y el frustrado de 1927, darían a México fama de país turbulento. Todavía no principiaban en Sudamérica los cuartelazos.

El transporte Progreso había trabajado mucho, sin que se le limpiaran los fondos y se revisaran las planchas del casco, además de que se hacía necesario un ajuste a la máquina propulsora. Como por entonces no se podía entrar al puerto de Salina Cruz, que contaba con dique, por encontrarse completamente azolvada la bahía, la superioridad tuvo a bien enviarnos a San Francisco, California. Se cumplían las profecías de las lavanderas de Manzanillo.

Nos agradaba pensar en ir a ese bonito puerto extranjero. El conjunto de las poblaciones que rodean a la gran bahía, hacen de esa ciudad uno de los más bellos lugares de Estados Unidos y, probablemente, del mundo.

Poco tiempo nos duraría el gusto de estar en San Francisco practicando el idioma inglés y ganando nuestro sueldo en dólares. Regresaríamos a echar cañonazos, y a que nos bombardeaban aviones rebeldes.

La madeja de intrigas en la política del México que dejábamos por la popa, burlaba entre otros revolucionarios, don Aarón Saenz y don José Vasconcelos. El maestro filósofo hacía mucho ruido con su campaña política para la presidencia. La silla presidencial estaba ocupada por



el licenciado Emilio Portes Gil, quien interinamente había sumido el cargo el primero de diciembre de 1928.

El que movía todo bajo cuerda era don Plutarco Elías Calles. Había entregado religiosamente el puesto que hubiera tomado Obregón. No se intentaría modificar la constitución para seguir en la silla, pero se creía el indispensable para llevar las riendas de la nación... tras las bambalinas. Se había mandado llamar al ingeniero don Pascual Ortiz Rubio para imponerlo en las elecciones. Estas serían un fraude; Vasconcelos quedaría herido en lo más profundo de su ser, pero tal parecía que hasta ingenuo se había vuelto, al creer que se respetaría el voto. Los corifeos que rodeaban a Calles le habían creado el cargo de "jefe máximo" y éste se comportaba como tal ante la actitud de un pueblo sufrido y conforme. Los que protestaban contra imposiciones y desmanes de los encubrados, eran militares que tenían mando de fuerza y eran quienes, ya colmados, desconocían al gobierno por sus injusticias, promoviendo asonadas.

Todos los obregonistas fieles a la memoria del caudillo, vieron un fraude en las elecciones, denunciaron las maniobras de Calles para poner en peligro la vida de aquél con la persecución religiosa que dio el resultado trágico de "La Bombilla" y finalmente se sublevaron.

Los principales jefes de la azonada eran los generales Gonzalo Escobar en el norte de la República y Jesús M. Aguirre en Veracruz. Eran muchos los generales y jefes que querían a Obregón y veneraban su memoria; todos ellos se sumaron a la rebelión; entre los principales: Fausto y Ricardo Topete, Roberto Cruz, Francisco Manzo, y otros más. Pero, por supuesto, no se hablaba de la culpabilidad de Calles, que en forma indirecta había causado la muerte del caudillo. Lo que en el momento indignaba, era la mascarada que en Querétaro había tenido lugar, como convencción del partido, con la consigna de nombrar

candidato a Ortiz Rubio, burlando a un obregonista, don Aarón Saenz. Una vez que llegasen las elecciones, el candidato del partido principaría a ser un pelele del callismo para el siguiente periodo gubernamental. Buen cuidado tenía don Plutarco, de no quedarse con don Aarón, porque desde el primer día del Mandato se fajaría los pantalones y enviaría al extranjero al dictador, adelantándose a Lázaro Cárdenas.

Muy ajenos a lo que pasaba en México, una noche viajamos en el Ferry por la gran bahía de San Francisco, regresando a nuestro barco, después de un paseo por la ciudad de Oakland. Al desembarcar oímos a un voceador de periódicos que gritaba algo así como: "mexican revolution". —¿Oíste eso? —pregunté a mi compañero Altamirano—. No queríamos creer lo que medio entendíamos de la noticia. La Revolución era de grandes proporciones, gran cantidad de generales mexicanos con su gente y algunos gobernadores de estado, habían desconocido al gobierno del centro.

Al llegar al barco nos enteramos de que el comandante Corzo le había llegado la noticia antes que a nosotros.

Se precipitó la salida del dique, acelerando las reparaciones y dejando pendientes algunas ya previstas. Había que cumplir la orden de salir a la mayor brevedad posible. Firmaba los telegramas el general Plutarco Elías Calles. Pero también las recibíamos del comandante de Marina, el comodoro Hiram Hernández, desde Veracruz. Era algo increíble; ¡el comodoro Hernández estaba con los rebeldes y nos ordenaba presentarnos en Guaymas, que también estaba con los revolucionarios!.. El comandante advirtió a su inmediato jefe que no se obedecería mas órdenes que las de Calles. Velamos con agrado la entereza de nuestro comandante a la vez que lamentábamos que defecionara un jefe de tanto prestigio como el comodoro Hernández. No era la "causa" que él secundara, la misma que convir-



tió en rebelde a de la Huerta, sino el descontento de camarillas. Algo extremadamente raro sucedía con ese magnífico jefe que le impidió desde el primer momento de la rebelión, reiterar su adhesión al gobierno.

Una noche del mes de febrero, con un frío que pelaba, pasábamos de salida bajo el puente famoso que da acceso a la Gran Bahía de San Francisco, el Golden Gate, llevando recuerdos gratos de la vida sabrosa que llevábamos en ese lugar de prosperidad. Teníamos la gran preocupación de poner proa rumbo a la patria donde volvería a correr la sangre.

Nuestra Marina tenía, entonces, unos cañoneros de principios del siglo, un acorazado de Río, y los llamados "Trawlers" que no conocíamos el propósito de su construcción, pero los usábamos en servicio de guardacostas. Eran de unas 500 toneladas, con un cañón "Hatchins" de cinco bocas; era una especie de ametralladora de un gran calibre; y por supuesto, completaba nuestra flota, el gran transporte Progreso, nuestro querido barco que tan magníficos servicios prestaba a la nación.

De aguas extranjeras llegamos a las del litoral mexicano, para transportar tropas y pertrechos de un puerto a otro y combatir contra los rebeldes; los estragos de nuestra artillería sobre las fuerzas enemigas que sitiaban Mazatlán, decidieron la operación definitiva en esa ciudad y puerto con la retirada de los sitiadores. Y aquí, un ejemplo de energía e iniciativa de un buen militar: el general Juan José Rico, que viajaba con un batallón hacia la Paz a bordo de un mercante, interceptó radiogramas que le hicieron ver el peligro en que se encontraba Mazatlán, con un general bisoño dispuesto a abandonar la plaza. De inmediato, sin consultar, Rico mandó al capitán del barco lo desviase al puerto sinaloense y, con su presencia, reforzó las defensas de la plaza, que la hicieron sostenerse hasta nuestra llegada.

Con nuestros cañones Sneider-Kanet de alza abierta, completamente rudimentaria, estuvimos hostigando a los sitiadores. Nuestro fuego desencadenó el combate que duró como tres días con lapsos cortos de calma. Fallaban los estopines<sup>1</sup> de los cartuchos; después de dos o tres intentos de disparo, solamente uno se realizaba. Nos pusimos a desinsertar esas pequeñas piezas, y con la parte verde de las cabezas de fósforos, los habilitábamos. Al tercer día del combate no fallaba un solo disparo; esto, a cambio de que pudimos haber perdido dedos o manos en nuestro empeño de hacer servir lo descuidado por largos años.

Quedábamos tan cerca del enemigo, como a media milla, que las balas de mausser hacían impacto en nuestro casco y super-estructura; y hubo momentos en que era el fuego tan granado que nadie podía transitar por cubierta. Quienes manejábamos la artillería, estábamos protegidos por la pieza especial de acero, que tiene ese fin de protección: el "mantelete". Hubo momentos en que varios disparos —con intervalos de décimas de segundo— fueron recogidos por dicha pieza. No podíamos movernos de nuestro puesto y menos desplazarnos por cubierta. En esos momentos recordaba yo a Fernández y a Nájjar, muertos en Minatitlán, seis años antes.

Por la cercanía al enemigo, nuestros disparos fueron certeros, y esto contribuyó definitivamente a que los sitiadores se retirasen hacia el norte, el estado de Sonora.

Duramos algunos días en Mazatlán, y de allí salimos a bloquear el puerto de Guaymas, que era un reducto rebelde, con dos barcos mercantes a su disposición —en bahía— para cualquier servicio marítimo de carácter logístico. Llevábamos como diez días en nuestra tarea de bloqueo, cuando se nos principió a bombardear por el aire. Comenzó el hostigamiento con un aparato, que en dos días nos arrojó 15 bombas

<sup>1</sup> *Estopín*: lo que lleva el culote del casquillo del proyectil conteniendo fulminato de mercurio. Es donde la percusión de la aguja inicia el fuego para transmitirlo a la "carga de proyección".



de construcción nacional, pero tan peligrosas como si las hubiesen importado. Los impactos en el agua levantaban una gran columna del líquido amargo; los pedazos de granada nos perforaban botes y mamparos.<sup>1</sup> Afortunadamente se trataba de un aeroplano que podíamos llamar avioneta, no era de combate, de manera que carecía de dispositivos para calcular su tiro. Ya le habíamos perdido el miedo y hasta resultaba divertido ver cuando soltaban la bomba, a gran altura, lo cual daba tiempo para que el barco maniobrara. Pero el domingo 14 de abril surgió otro aparato que volaba bastante bajo; se colocaba en dirección de nuestra popa, con el mismo rumbo que el nuestro, y descargaba la bomba en determinado momento calculado cada vez con más aproximación; para lo cual tomaban en cuenta nuestra velocidad. El tremendo proyectil llegaba al agua casi sobre nosotros, o sea que, el piloto, en forma rudimentario y con valor (valor mexicano), poniéndose al alcance de nuestros proyectiles de 7 mm. nos acosaba de manera que estuvo a punto de hacernos destrozos y, probablemente, inutilizar el barco si la bomba tocaba una parte vital. Pudo haber hecho un lanzamiento certero que perforase la cubierta sobre la cámara de máquinas. El piloto, a ojo — sin aparatos—, cada vez calculaba mejor su problema cinemático. Afortunadamente no hubo impacto directo. Solamente destrozos por fragmentos que alcanzaban la cubierta o superestructura del barco. Varias bombas cayeron como a unos 20 metros de distancia del buque.

Como aumentó a dos el número de aviones, y se alternaban, la angustia creció al sentirnos indefensos, sin un cañón antiaéreo, o ametralladoras destinadas a ese fin. Ese 14 de abril se nos arrojaron 36 bombas; afortunadamente, al siguiente día disminuyeron; solamente fueron 12; habían agotado su arsenal. Preparaban esos ex-

plosivos en el Varadero Nacional, que estaba en el mismo puerto de Guaymas, el cual contaba con magníficos talleres, buenos para cualquier trabajo, hasta el de fabricar bombas de gran poder explosivo. Veíamos que aquellas, cada vez, eran de mayor volumen; las columnas, de agua que levantaban, también iban haciéndose enormes y calculábamos que un impacto, afortunado para los rebeldes, nos haría graves destrozos. De los pilotos que nos acosaron, uno era mexicano y el otro yaqui; éste un aventurero pagado — según supimos después—; el mexicano era Chencho Santana —hermano de Carlos del mismo apellido—, uno de nuestros primeros pilotos, éste, con facultades extraordinarias, “as de nuestra aviación”. El mencionado Chencho era quien nos colocaba las bombas casi al costado del barco.

Cuando estuvimos escasos de combustible, el comandante, pidió autorización para arriba a Manzanillo, lo cual se concedió de inmediato. Frente a las costas de Mazatlán se cruzó con nosotros el cañonero Bravo, que había llegado del Golfo atravesando el Canal de Panamá. (Después de cooperar al bloqueo de Guaymas y soportar bombardeo desde el aire, se apostaría en Manzanillo como se ha narrado en capítulo anterior). Mandaba el barco el entonces comodoro Shaufelberger. Se les avisó de los aviones, que nos habían asediado con las bombas.

Cuando regresábamos, desde lejos veíamos cómo hacían explosión las bombas del Bravo, que navegaba a toda la velocidad que desarrollaban sus dos máquinas. Las grandes columnas de agua, nos indicaban el peligro inminente en que se encontraba el barco, por lo cerca de los impactos en el agua, peligro en que habíamos estado y seguiríamos estando una vez que llegásemos a las cercanías del puerto guaymense. Afortunadamente ya las fuerzas rebeldes estaban de retirada hacia el norte. El cañonero se alejó

<sup>1</sup> *Mamparo*: pared a bordo, de hierro o madera.



al vernos arribar y el avión, que se elevaba en el pueblo de Empalme, reanudó sus actividades de bombardeo, pero se trataba del piloto yanqui, que volaba muy alto —no era nuestro “coco”—; Santana había salido para la compra de un avión de guerra moderno, según supimos después. ¡De la que nos salvamos!

La campaña era ya una derrota de los rebeldes, la llegada de aviones del gobierno y demás circunstancias, estaban a nuestro favor; hubo un momento en que desde a bordo velamos a los trenes que cargados de tropa corrían hacia el norte, en retirada; entonces les disparábamos con nuestra incipiente artillería cuando pasaban por determinado lugar cerca de la estación de Empalme; pero el alcance de los cañones era muy corto. Teníamos una artillería antiquísima según se ha asentado, y daba la perra casualidad de que en la parte del mar, frente a donde pasaban los trenes, era muy “bajo”<sup>1</sup> y solamente estábamos a una distancia de la orilla de la costa como de cuatro mil metros; a eso había de agregarle la separación de dicha orilla a la vía. Como nuestros “partes” directos al general Calles decían que los aviones atacantes se elevaban en Empalme, pueblo pegado a Guaymas, en dos ocasiones dio órdenes de cañonear el lugar sin miramientos. La prudencia del comandante evitó que se llevase a cabo de inmediato la orden; pero se avisó que la población civil se replegara a determinado lugar de la población, el cónsul norteamericano hizo visita a bordo. Resultado: nos dejaron en paz los aviones. Nuestras operaciones terminaron con la entrada al puerto de Guaymas una hora después de que los rebeldes habían evacuado la plaza. El aviso de la evacuación lo recibimos por un avión corsario que piloteaba el que después llegara a ser famoso piloto, Pablo Sidar, quien por los años treinta hiciera viajes aéreos a centro y Sudamérica. Para avisarnos de la evacuación pasó con su avión, casi rozando los

palos de nuestro barco, dejando caer un mensaje atado a una pequeña bolsa con arena.

Los dos barcos grandes y los guardacostas Acapulco y Guaymas al mando de los tenientes de navío Manuel Zermeño Araico y Antonio Vázquez del Mercado respectivamente, entraron a Guaymas, donde se decía que nos habían hundido. Aún no llegaban las tropas del gobierno, y establecimos guarnición con puestos avanzados a la salida de la ciudad, por diferentes rumbos. Quedó, el puerto, bajo la autoridad provisional de las fuerzas de la Armada. En tanto que en el pacífico nuestro barco y los guardacostas fueron fieles al gobierno, contribuyendo a derrotar a los sublevados de la parte occidental de la República, en el Golfo de México las cosas habían sido diferentes. En Veracruz se había rebelado el general Jesús M. Aguirre. El entonces jefe de la Armada, comodoro don Hiram Hernández —marino militar de muchos kilates— había llegado en avión a Veracruz, por asuntos urgentes de familia. Entonces eran los primeros vuelos de “mexicana de Aviación”. La noche anterior al arribo del comodoro Hernández, el jefe de operaciones militares (Jesús M. Aguirre) había decidido desconocer al gobierno.

Al día siguiente del levantamiento los embarcaderos donde tomaba botes el personal franco para ir a bordo de las unidades de guerra fondeadas en bahía habían amanecido atestados de tropa armada, gente del ejército, con el propósito de impedir el embarque del personal, en tanto que al aeropuerto llegó una comitiva de jefes, enviada por el general Aguirre, para invitar al comodoro Hernández que se presentara ante el precitado militar.

Cuando don Hiram llegó a la oficina del general Aguirre, ahí ya se encontraba el capitán de fragata Adán Cuéllar, que era comandante de un barco de los que estaban en bahía; él era homb-

<sup>1</sup> Baja: poco fondo.



re de confianza del comodoro Hernández. Cuéllar hizo una seña a su jefe como para apaciguarlo, para evitar que en esos momentos protestase y se expusiera a ser fusilado. La seña de Cuéllar quiso decir tanto como: "sometete y después a ver qué hacemos".

Lo que ahí se habló nunca se supo y posteriormente, en el juicio que se estableció para juzgar a los marinos que defecionaron, al que llamaron: "Jurado de los comandantes", don Hiram Hernández dijo que, por las circunstancias especiales en que se encontraba, se había visto obligado a pactar con los rebeldes, para luego reiterar su fidelidad al gobierno.

Después de la junta de que encabezaba el general Aguirre el paso de los muelles a los barcos quedó libre, pero ya algunos oficiales pundonorosos habían sido tiroteados por echarse al agua para llegar a nado a bordo.

El comodoro Hernández y los jefes que conocían el complot fueron a los barcos para convencer a los comandantes de desconocer al gobierno. El del acorazado Anáhuac que ya estaba de acuerdo, ya había hablado a sus oficiales y tripulantes. Cuando se trató de convencer también a quienes tenía el mando de los cañoneros Agua Prieta y Bravo,<sup>1</sup> no hubo dificultad con el comandante del primero, pero no fue así con el del segundo que no quiso voltearse o aparentarlo y fue relevado del mando. Era el capitán de navío Shaulferberger que, si bien no creyó en la estratagema y quiso ser fiel al gobierno, por otra parte, cometió el grave error, que en tal caso llega a ser delito, de haber entregado el barco a manos de aquéllos a quienes él estaba considerando rebeldes. El mencionado comandante se presentó ante las autoridades a quienes reconoció competencia, fue ascendido y se le restableció en el mando del barco, una vez que los presuntos rebeldes llegaron a Tam-

pico y entregaron los barcos. Es así como a los pocos días, el comodoro Shaulferberger entró a Guaymas con el Bravo.

El hecho de optar por una estratagema en nuestro país, no se ha considerado delictuoso. Obregón no respetó su firma, estampada en la bandera durante la convención de Aguascalientes en 1914, que de ahí fue al estado de Veracruz para verse con Carranza y comunicarle lo decidido en dicha Convención; pero al ver que don Venustiano se mostraba inconforme con tamaña decisión —de hacerlo renunciar a la primera jefatura— aquél se olvidó de su firma, y fue cuando principió su campaña arrolladora como principal conductor de las fuerzas constitucionalistas.

Se dio otro caso de "estratagema" en el año 1929, en que tenía lugar lo que se viene narrando sobre el general Aguirre y el comodoro Hernández en Sonora el del general Agustín Olachea, quién fingió rebelarse para seguir a Escobar y demás; hizo que el comandante de Marina de Guaymas (comodoro don Manuel Izaguirre), y todos los marinos ahí apostados, secundaran el movimiento; pero Olachea, después de obtener pertrechos y buen armamento, una vez que salió de Guaymas, al llegar a determinado lugar anunció a los cuatro vientos su fidelidad al gobierno. Este general quedó muy bien parado, posteriormente sería gobernador de Baja California y llegaría a secretario de Defensa Nacional, además de pasar por el PRI como presidente: ¡casi nada!.

El comodoro Hiram Hernández estuvo como rebelde con su flota algunos días, en Veracruz, hasta que salió rumbo al norte, habiendo arribado al puerto de Tampico. Hicieron un viaje un tanto accidentado debido al pésimo estado de las máquinas del cañonero "Agua Prieta".

<sup>1</sup> Respecto al Bravo, después de que los barcos del Golfo llegaron a Tampico, El Bravo, bajo el mando del mismo comandante a quien habían depuesto Luis Shaulfer Berger, pasó al Pacífico y llegó a Guaymas en los días en que los aviones rebeldes nos acosaban con sus bombas.





Tampico estaba en poder de las tropas gobiernistas, y los marinos recién llegados, fueron tomados como rebeldes.

Conociendo los antecedentes del comodoro Hernández, conociendo de sus convicciones, su energía, su hombría, en fin, su integridad en todos los aspectos, resultaba muy extraño que desde su salida del puerto de Veracruz no se hubiese comunicado con la capital de la República, avisando que se deshacía de las garras rebeldes. Se dijo que las estaciones de radio estaban en malas condiciones y no habían podido entrar en comunicación con la capital. Durante el "jurado de los comandos", que así se le llamó porque habla varios de esta jerarquía entre los enjuiciados; prevaleció la idea de que los reos no eran culpables de rebelión; a pesar de ello, todos fueron dados de baja: comandos, jefes de menor jerarquía y oficiales.

El caso triste era que, por ese tiempo, unos generales del Ejército traicionaban a otros, había cantidad de fusilamientos sin formación de causa, y los que iban quedando en el poder trataban a los marinos, de "Reaccionarios", y al cuerpo, en general, se le negaba el más mínimo apoyo.

Pasa casi medio siglo por mi memoria, al recordar nuestra situación que nos imponía el cargar con un estigma por que unos marinos se habían equivocado; mas, lo que era indignante resultaba paradójico, injusto y ridículo, porque ¿acaso esos señores que se ufanaban de haber triunfado no eran la misma cosa que los Topete, los Cruz y los Manzo? ¿con cuál "bando" estaba la razón?, ¿cuál de los dos había tenido mejores propósitos? Estas reflexiones no pasaban por la mente de quienes habían quedado con el panderero en la mano; y como los marinos seguíamos siendo los hijos Putativos, sufríamos las consecuencias. Pero estas, a la postre, nos harían reaccionar, para poder, tres años mas tarde, contemplar la aurora de un amanecer promisorio, resultado de nuestro esfuerzo.

## *La armada en crisis*

Con el sambenito de "reaccionarios" éramos un apéndice tratado muy mal en la Secretaría de Guerra y Marina. Nuestro Departamento era el de menor presupuesto. Esa pobreza la habíamos principiado a notar desde cadetes. He anotado en capítulo anterior que, cuando nos hospedábamos en el Colegio Militar; notábamos las diferencias tanto en calidad de uniformes, como en calzado, espadines y medios de transporte propios de la Escuela. Por eso, cuando terminábamos en la escuela y salíamos a prestar servicio a los barcos, ya no nos extrañaba sufrir carencias de combustible y refacciones para las máquinas, embarcaciones menores y hasta lona para toldos.

En los años treinta, con la crisis mundial que sintió bastante Estados Unidos, México —por supuesto— se vio afectado. El presupuesto de la nación se vio reducido. El gobierno hizo un ajuste considerable, con lo que los marinos llevamos la peor parte. Éramos el patito feo, y ni quien defendiera nuestro presupuesto. En el libro *¿Quién tiene un sacacorchos?* de Rueda Medina, se narran los padecimientos que soportamos en tal época. Nuestros emolumentos fueron reducidos a la mitad. Se dio de baja a gran cantidad de personal, entre los de la clase de tropa, dejando a bordo un mínimo para limpieza y conservación: el transporte "Progreso" por ejemplo; que para cubrir todos sus servicios —cubierta, máquinas, artillería y servidumbre tenía una "planilla" de 120 hombres, quedó reducida a 15—. Entonces se habían juntado tres promociones de aspirantes, y llegó un momento en que éramos mas los oficiales que los de tropa.

¿Cómo podía suceder tal cosa? ¿Qué Marina Militar teníamos? Pero, con lo que nos pasaba quedaría demostrado el gran espíritu que nos animaba a continuar en la carrera y esperar tiempos mejores.



La solución a la falta de personal se la dimos, aportando un pequeño porcentaje de nuestros cortos emolumentos, para pagar a individuos (les llamábamos "pavos") que por la comida y una gratificación, prestaban sus servicios, principalmente en cocina y cámaras.

Esta situación se compuso un poco cuando el comodoro don Luis Hurtado de Mendoza — muchas veces antes mencionado—, subió al puesto de jefe de la Armada. Como en el caso de su antecesor —el comodoro Hiram Hernández—, con Hurtado mejoramos en varios aspectos, pero, —por supuesto— las mejoras fueron efímeras, dada la inestabilidad política reinante. Todavía no teníamos un "Partido de la Revolución" que tomara las riendas de la nación y el chicote, para tener a todo mundo en orden, a todos alineados, unas veces por la derecha y otras por la peligrosa izquierda.

En aquellos años habiendo ido a Nueva Orleans, Mobila y San Francisco, con motivo de reparaciones, habíamos conocido la vida de la gente en Estados Unidos. Era tiempo de mucha inmigración a ese país, a pesar de la depresión económica. Todos los compatriotas que conocimos tenían buena posición: algunos trabajaban en los astilleros y muelles, pero eran propietarios de automóvil y de la casa en que vivían, la mayoría de ellos. En México, eso era privilegio de comerciantes, gente de polendas y políticos enriquecidos en poco tiempo.

Nuestra situación era para emigrar, pero si esa idea pasaba por la mente de algún colega era rechazada dado el gran cariño a nuestra carrera y la lealtad a la Marina. Nos hacíamos ilusiones de llegar a tener las unidades adecuadas a nuestra condición de país libre y soberano; y naturalmente, pensábamos que las condiciones de vida también mejorarían: no seríamos, por tiempo, la patria de López Velarde, "la vendedora de chía".

Con motivo de la eficiente cooperación que el Progreso había aportado en las operaciones

de guerra en el Pacífico, fuimos ascendidos al grado inmediato todos los jefes y oficiales del mismo, "por méritos en campaña". Para entonces ya se había cambiado la denominación en algunos grados, de manera que los de la promoción 1927, ya ostentaríamos la jerarquía de teniente de fragata (capitán segundo del Ejército). Los aspirantes de primera se llamarían guardiamarinas y los de esta jerarquía que estaban a bordo quedarían en situación anómala porque al no haber presentado todavía examen profesional, en los días en que combatíamos, no pasaron al grado inmediato cuando ascendimos los oficiales y a ellos se les prometió que cuando se examinaran ascenderían con fecha retroactiva, lo que no se les cumplió. ¡Injusticia inexplicable!

A pesar de las bajas por las azonadas, ya resultábamos bastantes con jerarquía de oficiales, para el número de unidades a flote y dependencias en tierra que teníamos. Unos años antes de había sentido carencia de aquéllos, a raíz de la revuelta delahuertista; pero la situación no había sido crítica. En cambio, ya al principio de la cuarta década resultaba inquietante ver acumularse, en un barco, hasta cuatro promociones de guardiamarinas. Pero el espíritu estaba muy alto.

En el Pacífico, los guardiamarinas, hacían sus prácticas de navegación en barcos mercantes, cuyos propietarios, Oscar Schindler y Lorenzo Rico eran los mismos capitanes, —contemporáneos nuestros—. De manera económica embarcaban a nuestros guardiamarinas para hacer navegaciones hasta puertos de Estados Unidos. Los barcos eran yates o veleros grandes o chalanes acondicionados, que hacían navegación de cabotaje y de altura a San Diego, San Pedro y San Francisco California.

La "birlada" de ascenso por méritos en campaña a los guardiamarinas y las carencias vergonzantes, no nos desmoralizaba. Hablábamos de maniobras, de tiro naval, de bloqueos, de



supuestos tácticos, y desembarcos. Nuestra preparación era buena y había oficiales brillantes. A pesar de la ligera mejoría que se sintió cuando el ya ascendido a contralmirante don Luis Hurtado de Mendoza estuvo al frente de nuestro Departamento, como se había sentido con el comodoro Hiram Hernández, la situación —en general— era mala; seguíamos aportando para la pintura del barco y gratificaciones de los famosos “pavos” (tripulantes fuera de nómina).

Esa situación se hizo crítica hasta llegar a su máximo y despertó en la mente de los más dotados de inteligencia, una idea que haría cambiar nuestra condición misérrima; pero este cambio sería temporal, no un viraje que nos colocara en un mejoramiento constante. ¿Por qué?, se preguntarán los jóvenes jefes y oficiales de la Armada, a quienes van dirigidos estos renglones; precisamente para ellos, que algunos andaban con el biberón cuando nosotros, los de generaciones esforzadas, éramos víctimas del atraso general del país y, consecuentemente, de la ignorancia que reinaba en cuanto a los asuntos del mar; ignorancia que aún persiste sobre cual es la verdadera misión de la Marina Militar. Ahí está la respuesta: cosas circunstanciales obstaculizan los buenos propósitos; pero a la vez hay raíces profundas en estos males; la ignorancia sobre nuestra verdadera misión que viene de antaño y que se hace difícil creer que en esa ignorancia caigan los presidentes que tienen cultura universitaria. Como quiera que esto sea, dejamos a la responsabilidad de los señores ministros permitir que los mandatarios en turno continúen ignorando cosas elementales de geopolítica. El gran problema no se resolverá hasta que tengamos ministros que vayan a los acuerdos de palacio con sus proposiciones en una mano y la renuncia en la otra.

En efecto, debido a un esfuerzo mejoraríamos temporalmente porque como todo lo construido sobre cimientos frágiles se derrumba y resquebraja, así el impulso que se imprimió en 1932

no se apoyaba en base a una tradición de país adelantado en todos los aspectos, sino fue el resultado de un “ukase” dictado por el “hombre fuerte del momento” (Ellas Calles); y al poco tiempo, el gobernante en turno (Cárdenas), sacudiéndose de cuanto tuviese el sello de su antecesor, y un tanto socialista, no dio franca ayuda a lo que habíamos puesto en vías de progreso. Nada que se relacionase con cañones recibió la más mínima atención, a la vez que se hacía un alarde de pacifismo, técnica demagógica de un gobierno pintado de rosa sin llegar a rojo; ignorante de que toda nación de cualquier tendencia ideológica, debía tener, en tierra y mar, los elementos necesarios para poder estar segura de sostener su soberanía.

Y esta sería nuestra lucha; hacer que pueblo y gobierno, ignorantes de lo que debía ser la Marina Militar, hicieran conciencia sobre asunto tan fácil de comprender. Luchamos entonces los esforzados, en tanto que los oportunistas, los tibios, los convenencieros, no movían un dedo, y algo lograríamos hacer llegar a las **mal agradecidas** nuevas generaciones.

Por último, el hombre —muy hombre— comodoro Carlos Castillo Bretón, ese justiciero y honesto jefe de la Marina de Guerra, elevado a ese cargo en diciembre de 1934; con su gran corazón, queriendo hacer todo el bien que podía echó a rodar lo que se había conseguido, al abrir sus brazos redentores a los elementos que sin ningún mérito para ocupar los altos puestos, se les había tenido separados por casi tres años. En su mayoría, esos señores —ya he asentado— carecían de capacidad administrativa y algunos hasta profesional.

Por culpa de estos señores, Cárdenas y Castillo Bretón, sucedió cosa tan lamentable a principios de sexenio, por ignorancia del primero y buenos sentimientos del segundo.

Cuando estaba en pañales la aviación comercial, y ya se lograban grandes vuelos por



pilotos arrojados, México tenía sus ases. Emilio Carranza, quien volara de México a Washington, había muerto, cuando surgía otro magnífico piloto, Pablo Sidar, que al principiar los años treinta era el hombre del aire de mas fama; había viajado de nación en nación, por centro y Sudamérica, "llenándose de gloria". La mayoría de nuestros pilotos eran rudos, gente no muy bien preparada para la navegación, pero con grandes facultades para manejar el aparato y un gran sentido de orientación.

En el año 1930, Sidar tuvo un accidente ligero al aterrizar en Barranquilla; y otro piloto, Eliseo Martín del Campo, voló directamente hasta donde estaba aquél, para quitar el motor de su avión y montarlo en el averiado. Entonces se presentó el problema de que el aparato de Martín del Campo quedaría inutilizado, y de él mismo salió la proposición de que se le enviase un motor por mar a Panamá. De aquí surgió la necesidad del viaje que haríamos.

Cuando nuestro barco arribó transportando el motor de marras, Martín del Campo tenía varios días de haber llegado, habiendo realizado su travesía sin dificultad alguna. Entonces yo le hacía una pregunta: —¿Por qué a ti no te hacen honores llamándote también "as de la aviación"?, ya que como una emergencia cruzas de México a Panamá sin dificultad, y en cambio Sidar es un héroe, y se anda dando trompicones?. Pero a Eliseo esos honores no le hacían falta; había conquistado la admiración de las muchachas panameñas con su simpatía. Era un tipo muy agradable que a esta cualidad aunaba el andar en los primeros años de la madurez que es un atractivo para las mujeres.

Nuestra permanencia en Panamá duró como 15 días, hasta que Martín del Campo nos dijo que estaba listo para salir volando a México. Sidar ya andaba por Venezuela y otras partes de la América del Sur.

Panamá me dio la impresión de un país próspero, por la influencia de los Estados Unidos. Las

familias de alcurnia eran muy ricas. Se repetían los apellidos de Eleta, Arosamena, Remón y otros que abundan en Centroamérica. La ciudad capital muy limpia, me recordaba la Habana, donde los gringos habían inculcado la limpieza, y enseñaron el confort. Las mujeres de Panamá, con la gracia de la gente de la región antillana y además hospitalarias, harían que cada vez que llegasen nuestros barcos, toda la oficialidad se sintiera feliz.

Si la primera vez que estuve en Panamá como cadete, conociendo únicamente la parte del Golfo, la ciudad de "Colón", quedé con una buena impresión, las subsecuentes ocasiones fueron para mí, motivo de admiración al enterarme de cómo funcionaba el Canal, la historia de su construcción y los fantásticos trabajos de ingeniería que se requieren para evitar que el empuje de la tierra en los lugares donde fue partida, acarree graves consecuencias. Por largo tiempo guardé mi ignorancia respecto a la forma de trabajar de supuestas poderosas bombas, para impulsar el agua del mar, e ir llenando las esclusas. Cuando puse atención a la literatura que proporcionan al visitante, pude enterarme de que no existían tales bombas y a la vez admiré la obra de la naturaleza que la ciencia oportunamente aprovechó: el agua que llena las esclusas es "dulce" y por gravedad baja de los lagos Gatún y Miraflores: 198 mil metros cúbicos van a dar al mar después de usarse para el tránsito de un barco por el canal.

Son cientos de veces que mensualmente funcionan las esclusas, para dar paso a las naves, y el agua corre sin agotarse, pues en lo alto de esa franja del continente, la parte mas angosta, el lago de Gatún, recoge anualmente 173 billones de metros cúbicos del precioso líquido. Esto nos lleva, de inmediato, a pensar en lo providencial que resulta el lago, que proporciona un caudal inagotable. Está en el lugar preciso donde la tecnología y la ciencia lo necesitaron para emprender la gigantesca obra. Esto es: contaron con la "suprema sabiduría de Dios".



## Los Quijotes

Cuando regresamos de Panamá, ya se discutía una idea que el teniente Arturo López Nava había concebido. Se trataba de hacer propaganda por la Marina, a pesar de que sabíamos que la Armada no podía despertar el interés público. Para nosotros, levantarla, ponerla a la altura que ameritaba, era una causa. Por vocación éramos marinos, por ellas nos sacrificaríamos. Pero ¿qué le importaban al pueblo, barcos y cañones? También pensábamos en una Marina Mercante mejor, como en una flota pesquera a pesar de que la realidad se nos mostraba, pero no la apreciábamos porque estábamos ciegos con nuestras ideas; no pensábamos que México era, por entonces, menos que, como ahora se dice, subdesarrollado; sin industrias, sin nada que exportar; no había carreteras que uniesen al centro con los litorales. Era México "la suave patria" que cantó el poeta.

Todavía no se hablaba de millones ni de infraestructuras. Y así, en estas condiciones, iniciamos —pobres Quijotes— nuestra propaganda. Entonces (1931) el presidente de la República era don Pascual Ortiz Rubio, impuesto por la influencia del jefe máximo Elías Calles.

Tomando unas copas en una cantina de Manzanillo, López de Nava, que era oficial del cañonero Bravo, nos comunicó su idea. El cerebro de Rueda Medina funcionó de acuerdo con su capacidad, y en dos o tres sesiones se redondeó el asunto.

Con la aquiescencia de los comandantes de los barcos que se encontraban en Manzanillo, los principales: cañonero Bravo y transporte Progreso; se gestionó que un grupo de oficiales saliese a la capital para emprender la propaganda. Se enviaron invitaciones a los demás barcos del litoral, para que de acuerdo con el número de oficiales, nombrasen a uno o más y se agregaran al grupo. Por cada uno de los barcos gran-

des íbamos tres. Los gastos de pasaje y hospedaje en la capital, serían por cuenta personal, pero cada oficial embarcado (incluyendo aspirantes) contribuiría con diez pesos quincenales para los gastos que pudiéramos llamar "oficiales", como papelería, alquiler de local, impresos, desplegados en periódicos; pasajes a Toluca, Pachuca y Veracruz que fueron los lugares que se visitarían con los fines propuestos.

Como en esos días algunos oficiales, ya fuese por asuntos familiares o gozando de vacaciones, se encontraban en la capital, se les invitó a reforzar la comisión.

Cuando llegamos al Distrito Federal llenos de ilusión, éramos presa del mayor optimismo, creíamos que se armaría el gran alboroto; éramos unos soñadores; regresaríamos a los dos meses derrotados —a nuestros barcos del Pacífico— habiendo recibido solamente unos aplausos en algunos teatros; dejando allá muy en lo íntimo de algunas personas, una ligera inquietud por haber oído de estas cosas **tan raras**, tan remotas al dominio público; habríamos hecho el juego a políticos, que viendo un grupo selecto, acomodaban a su propaganda lo que de la brillante oratoria de López de Nava y Rueda, algo pudieran entrelazar con sus discursos dirigidos a los ingenuos trabajadores.

Desilusionados —pobres quijotillos— regresaríamos a nuestros barcos. ¡Ah! pero sin darnos cuenta de que hablamos dejado caer, en terreno fértil, un grado del que otros aprovecharían la germinación, para conseguir, no todo lo que se predicaba, sino la parte de inmediato interés.

Los comisionados que procedíamos del Pacífico, fuimos; Arturo López de Nava, Gustavo Rueda, Álvaro Sandoval, Francisco Dávila y Roberto Fernández. En la capital se agregarían Ramón Pardo, Carlos Baranda y Gabriel Lagos y otros que escapan a mi memoria. Los dos primeros de un gran talento, y Dávila, con amplia cultura y maravillosa memoria. López de Nava



era autodidacta, atenista en Veracruz, un guía. Fue quien escribió el primer ensayo sobre historia de nuestra marina.

Al día siguiente de arribar a la capital, nuestros primeros pasos fueron ver a las autoridades militares. Se habló con el secretario de Guerra y Marina, general Joaquín Amaro; además, con el contralmirante Othón P. Blanco.

Un alto jefe del Ejército, el general Leobardo Ruiz, nos proporcionó toda clase de facilidades; entonces principiábamos a ver como que estábamos un poco equivocados respecto a la mala voluntad de los jefes del Ejército. Por lo menos, el mencionado alto jefe y el entonces director del Colegio Militar —general Limón—, supieron apreciar, como un gesto digno de apoyo, el esfuerzo que realizábamos. Las facilidades que se nos proporcionó para que se diesen dos conferencias en el colegio, y las de traslado libre por donde quisiéramos, sin la formalidad de andar sacando pasaportes, parecían cosas extrañas junto a la aversión que otros altos jefes del Ejército, sentían por los marinos.

Ante nuestras actividades, los oficiales del litoral del Golfo de México, dirigidos por un teniente de navío de mucha visión, no quisieron aumentar el grupo, y no comprendíamos cual era su objetivo. Los del Pacífico fueron al puerto jarocho (no me fue posible agregarme al grupo debido a que fui a Toluca para arreglar con las autoridades del lugar, lo relativo a que en algún teatro o local del gobierno se nos permitiera dar una conferencia). López de Nava y Rueda la dieron en el local de un sindicato y en un teatro; pero fue en vano el intento de trabajar en conjunto. No pudo haber armonía; ellos (los del Golfo) esgrimían conceptos que considerábamos absurdos, y tal parecía que quien los representó, en una sesión (mi amigo Luis Pinzón), iba en plan premeditado de controversia, y no a cambiar impresiones. En realidad, eran puntos de vista diferentes: nosotros bordábamos en el vacío,

queriendo hacer que la masa del pueblo adquiriese una conciencia marinera; más bien, nuestras utopías nos cegaban, y no nos hacían ver que solamente éramos unos bien intencionados que creíamos alcanzar la luna. Por eso, como antes he asentado, regresamos a nuestros barcos, decepcionados, convencidos de que no habíamos encontrado ningún camino para lo que soñábamos.

Por otro lado, el oficial que hizo cabeza en Veracruz de un grupo similar, tenía los pies bien asentados en el suelo sabía el terreno que pisaba, era calculador, frío, sereno, con la cualidad de saberse atraer lo mismo a un fiel amigo que a un enemigo; era un psicólogo.

De modo que en tanto "los del Pacífico" nos hacíamos tontos, habiendo creado una idea, otros la aprovecharían bajo procedimientos realistas, y no eran, en su caso, muchas las mentes que cambiaran impresiones e hicieran una tarea de conjunto, sino era una sola cabeza que arrastraba a los demás para hacer grupo; surgía un líder.

Toluca fue uno de los lugares donde estuvimos los del grupo de los "Ingenuos". Se habló en el Teatro Principal, atestado de estudiantes y profesores de las Escuelas Normal, Superior y Preparatoria. López de Nava disertó sobre la "Influencia del poder naval en la historia". Rueda Medina —en prosa y verso— se expresó refiriéndose a la historia de nuestra Marina, arrancando aplausos. En los principales comercios de las ciudad, ubicados en los Portales sobre la avenida Libertad, se pusieron cartulinas con inscripciones como: "Viaje usted a los puertos de la República..." "Coma usted pescando..." "Los países mas adelantados son eminentemente marítimos..." y así por el estilo.

Yo tenía el encargo de hablar por radio; me ayudaba López de nava a preparar mis escritos: "Las Guerras Comerciales..." "La grandeza de Holanda por su marina..." "Napoleón perdió en



Trafalgar y no en Watterloo". No recuerdo de qué radiodifusora se trataba, pero debe haber sido la W. Estaba entonces en la Avenida Juárez. Ponía todo mi esfuerzo por aprenderme de memoria lo que iba a decir, para hacerlo de la mejor manera. No creo haberlo hecho mal, pues no había más que dos personas en la sala y esto no era un público para inhibir.

Ya queda asentado que todo esto no duró mucho; hubo momento en que nos preguntábamos: "¿Y ahora qué?", "¿Después de esto qué?". No era posible, por supuesto, una hazaña tan grande como para convencer a los millones de mexicanos de que mirasen hacia nuestras costas estos términos, a la fecha, están en boca de cualquier seudo, conocedor de los asuntos del mar. De cualquier "vivo" hijo de la inmensa familia política, enchufado, o que se quiere enchufar en pesca, o algún departamento que tenga relación con las cosas del mar.

A nuestro regreso a los barcos, hubo cambios de los de mi promoción; solamente quedamos tres en el Progreso. Transcurrió algún tiempo durante el cual removieron oficiales de promoción anterior a la mía y tuve la oportunidad de asumir, provisionalmente, el cargo de segundo comandante.

A fines de 1931 cambiaron al comandante Corzo por un jefe recién reingresado a la Armada, el capitán de fragata David Coello, quien llegaba de la Marina de Petróleos; era un tipo pintoresco, a quien sólo le atraía la navegación, la pesca y la parranda.

Salimos con nuestro nuevo comandante para hacer servicios en el norte de Baja California, y con ese motivo entramos a San Diego para hacer combustible. El Viejo Coello vio a uno de sus hijos ya hombre, de unos 21 años, a quienes había dejado de ver desde muy pequeños. El muchacho, que chapurraba el castellano, expuso a su padre el deseo de ir con él a México, solamente había que cubrir unas deudas que tenía

perdientes. Sería fácil la entrada a México en el barco de la Armada, y una vez en el país haría las gestiones para obtener su permanencia legal como mexicano. El viejo soltó el dinero y el muchacho no regresó a bordo.

Don David andaba triste, y como buen alvaradeño, echaba "ajos y cebollas" contra el muchacho que le estaba haciendo pagar su parte de su culpa como padre desvalagado, que casi los tuvo abandonados de pequeños, hasta que la madre optó por irse con ellos a los Estados Unidos.

Este muchacho, posteriormente conseguiría venir a la República; arregló sus papeles de nacionalidad mexicana y entró a la Armada como radiotelegrafista; resultó bueno en su especialidad, y en los días de la guerra, andaba en los barcos petroleros. El perfecto inglés que él hablaba, sirvió mucho para la comunicación con autoridades de Estados Unidos en los momentos de apuro, cuando los submarinos merodeaban las aguas por donde navegábamos, para entregar en puertos norteamericanos nuestro petróleo.

Al regreso de San Diego me encontré con la mala noticia de que mi madre estaba grave en la capital; hice viaje desde Guaymas y llegué a tiempo para poder hablar con ella; sobrevivió a mi llegada dos días; se fue sin haber perdido el conocimiento hasta el último instante de su tránsito por este mundo. Dejó un recuerdo imborrable de bondad, el recuerdo que dejaban las madres virtuosas y abnegadas, que tuvieron en la vida, como misión, la santa y desinteresada de dar a sus hijos ejemplo de moralidad, conformidad y nobleza. Yo le había dicho poco antes, que estaba cerca la fecha en que me dieran mando de barco. ¿Lo veré yo?, me preguntaba: estuvo a punto de verlo.

Cuando me presenté al Departamento de Marina, para recibir mi pasaporte de regreso al puerto donde se encontraba el "Progreso", me enteré de que a tres de mi promoción nos darían mando de guardacostas. Embarcamos al 6o.



Batallón y lo transportamos a San Felipe (Baja California). Para fines de febrero, nos encontramos en Guaymas; estábamos en el año de 1932. Entonces se recibió a bordo la orden de mi "baja" en el "Progreso" barco donde había navegado durante seis años, para tomar el mando del guardacostas "Veracruz". El barquito era uno de los traulers comprados a Canadá; era de gran calidad, como los otros cinco de su clase, pero estaba en completo estado de abandono; en el cuarto de "derrota" no había más que la caña del timón y el telégrafo.<sup>1</sup> El mando lo recibí del compañero, teniente de fragata Gonzalo Montalvo Salazar; él había hecho uno o dos viajes utilizando para los cálculos de observaciones astronómicas, un cronómetro prestado de otro barco.

Como mi primera navegación la iniciaría tres días después de recibir el barco, me apresuré a conseguir nuevamente el cronómetro. No teníamos suficientes cartas náuticas, sobre todo "portulanos" o sea las que muestran (en punto mayor) una bahía o lugar cualquiera, con detalles de "bajos" y demás datos indispensables para quien, como el personal de la Armada, no utiliza servicios de prácticos, para la entrada y salida de puerto.

Para navegar lo indispensable son las cartas náuticas; con el cronómetro y el sextante obtienen las situaciones en la mar por observaciones a los astros. En esos días, los barcos carecían de sextantes, pero nosotros —los de mi promoción— habíamos conseguido unos magníficos aparatos alemanes "plat", que eran de lo más moderno. Fueron una buena oportunidad. Los teníamos como un tesoro que para adquirirlos nos habían dado la oportunidad de pagarlos en un año.

Antes de la salida de Guaymas compramos un reloj despertador; no había termómetro, ni barómetro, ni anemómetro, y ni siquiera corre-

dera para conocer nuestra velocidad, la que calculábamos por el número de revoluciones de la propela, las cuales yo podía contar desde mi camarote, porque, como estaba torcido el eje, y con las revoluciones se producía un ligero y perceptible traquido, lo que afortunadamente no afectaba a la máquina.

Navegábamos sin médico y sin estación de radio, sin salvavidas y un solo bote el llamado chinchorro que se usa con un solo boga y es para transportar no más de una persona con bultos ligeros. Navegábamos a la mexicana.

Esos guardacostas, como el Veracruz, habían estado inactivos durante algunos años, fondeados frente al Varadero Nacional en Guaymas y habían sido saqueados; probablemente cuando fueron puestos en esa situación, se pensó que ya nunca volverían a navegar. Al ponerlos nuevamente en servicio, hubo necesidad de hacerles reparaciones en las máquinas, reacondicionar cámaras y camarotes, pero se dejó olvidado lo necesario para la navegación.

Compramos medicinas para habilitar un botiquín; adaptamos unos cajones grandes, poniéndoles doble forro, a manera de refrigerador; de un refrigerador pequeño —también de hielo— que nos dejó Montalvo. Los boletines del tiempo habla que ir a recogerlos a la capitanía de puerto que, por entonces, raras veces los obtenían en esos lugares. De manera que en época de "bajas presiones" se navegaba en constante peligro.

Mi primer viaje como comandante fue en Guaymas a la Paz; seguiríamos navegando a Mazatlán, Topolobampo, Manzanillo, Islas Marías y puntos de poca importancia. Estuvimos en todas las bahías de Baja California, por la parte del Golfo, y en las islas; toda esta actividad, a petición del entonces gobernador del territorio, ya que se rumoreaba que los barcos japoneses,

<sup>1</sup> *Telégrafo*: aparato mecánico para transmitir órdenes al Departamento de Máquinas.





"piratas", andaban sacando concha perla. Con ese motivo se incursionó hasta el fondo de la Bahía Concepción, que se interna varias millas en la costa y es muy angosta. Se llegó hasta el fondo de dicha bahía, donde se encontraban mas de diez barcos (botes como de 20 toneladas) en actividades de pesca de concha perla, que eran de armadores bajacalifornianos. En la playa bajo grandes cobertizos había montones de concha ya abierta que a mi se me figuraron eran del orden de los millones. Era lo que iban dejando de muchos años, probablemente para vender a alguna industria.

Estábamos prácticamente, a las órdenes del citado gobernador del territorio, general de División Juan Domínguez. Esto nos ayudó en el aspecto económico. El mencionado funcionario nos proporcionaba pintura, vajilla, toldos y hasta la limpieza de fondos del barco; aunque el casco, al limpiarlo, quedaba sin pintura, pero se ganaba un aumento en velocidad, dos nudos.<sup>1</sup> Para este trabajo se utilizaban los servicios de buzos que, por entonces, usaban las clásicas escafandras y traje de lona, alimentados con oxígeno desde tierra o desde una embarcación.

En tal limpieza de fondos, había peligro de que al quitar los grandes trozos de concha, se abriese una vía de agua; pero había confianza en esos cascos cuyas gruesas planchas eran de buen acero. Insistí en que se hiciera el trabajo y llegó la autorización, en los siguientes términos: "Proceda a limpieza fondos solicita, bajo su entera responsabilidad". Yo sabía que nada peligroso era el asunto. El general Domínguez utilizó el barco después de la limpieza del fondos acabado de pintar, con toldos nuevos y dos millas más de velocidad. Dejamos a aquél en Mazatlán momentos antes de que llegara el tren en que viajaría hasta la capital. Rebosaba gusto cuando dictaba un telegrama en la estación para La Paz,

haciendo ver lo del corto tiempo que habíamos hecho en la travesía. Este general se sentía feliz a bordo, se ponía a repetir las órdenes que daba yo al segundo comandante que se encontraba en la maniobra de anclas, en proa. Le gustaba el asunto marineroy gozaba cuando tenía que corregir a alguien en cuanto a distancias entre los puertos, las que se sabía de memoria.

### *Brilló nueva aurora*

Cuando andaba en mis primeras navegaciones como comandante, se tuvo noticia de un acontecimiento que llegaría a transformar, aunque temporalmente, a la Armada, mejorándola en cuanto a material y dándole una inyección al aspecto moral, por sacar a la oficialidad del marasmo en que se le hacía vivir. Se pondrían en actividad a todas las unidades y se daría oportunidad de estudios en el extranjero. (Hago alusión a este mejoramiento temporal en páginas anteriores, capítulo "La Armada en crisis").

En la capital se habían girado órdenes que ponían en disponibilidad a altos jefes, y quedaba al frente de la institución un general del Ejército, don Miguel González, quien aparece en las memorias de Pancho Villa como comandante de una brigada en los años de gloria del guerrillero.

Estaba en esos días, como presidente sustituto de la República, el general Abelardo Rodríguez, que había recibido el cargo del ingeniero Pascual Ortiz Rubio: éste había renunciado por no estar de acuerdo con seguir supeditado a la autoridad que ejercía el general Elías Calles, "jefe máximo de la Revolución".

Ortiz Rubio había tomado el poder el 5 de febrero de 1930 y renunciado al mismo el 4 de septiembre de 1931. Había sucedido al licenciado Emilio Portes Gil, que entró como interino por la muerte de Obregón. Calles había

<sup>1</sup> Nudo: millas por hora.



entregado el poder el 30 de noviembre de 1928.

Aunque explicado esto en forma retrospectiva, llegamos al año 32 en que gobernaba Abelardo Rodríguez, y a él le tocó acatar las disposiciones de Ellas Calles para hacer modificaciones en la Armada. El general Rodríguez, en sus memorias, asegura que había un claro entendimiento entre él y don Plutarco; que durante el tiempo de su mandato no se le presionó; que gobernó de acuerdo con su criterio y convicciones; que no tuvo otras normas, aparte de las suyas. Pero la opinión pública aseguraba que el maximato gobernaba a la nación, y esto vendría a confirmarse más tarde con la ruptura entre el jefe Ellas Calles y don Lázaro Cárdenas, quien no aceptaría presiones, y la tensión política terminaría con el destierro temporal de aquél.

¿Cuáles fueron las circunstancias operantes para dar el trascendental paso respecto a la Armada?; pues, sencillamente: en tanto que quienes no éramos mas que soñadores, regresamos a la capital, yéndonos cada quien a nuestro barco. El oficial a quien antes me he referido, que formó el grupo de Veracruz, maduró una idea. No siguió nuestro procedimiento, (sabía el suelo que pisaba) y la psicología de los personajes que eran punto clave preparó un memorándum se hizo acompañar de dos o tres compañeros y entrevistó al "jefe máximo", quien los recibió de muy buena gana. Vázquez del Mercado — entonces teniente de navío— leyó el escrito que llevaba, y el resultado fue inmediato; se cambió el mando del Departamento de Marina, y se procedió a poner en disponibilidad a los altos jefes.

Este acontecimiento marca un momento muy significativo en la vida de nuestra Marina Militar. Lo que ocurrió nos dice que, contra los reglamentos puede actuarse, coronando con el éxito un esfuerzo si las circunstancias favorecen al actuante. No se aplicó la menor sanción a quienes fueron a tratar con Ellas Calles un asunto

que pudo haberlos empujado a la cárcel. Se obraba contra la ordenanza; pero, ¿acaso aquél —Calles— y todos sus correligionarios, no hubieran sido fusilados por subversión si en 1913 los hubiese tomado prisioneros el presidente Victoriano Huerta o en 1920 don Venustiano Carranza? No fue así porque ganaron, y el que gana, de hecho tiene la razón.

El teniente Vázquez del Mercado se quedó con la razón, como la esgrimíramos años más tarde quienes hablamos con el presidente Lázaro Cárdenas para exponer las condiciones precarias en que volvíamos a encontrarnos en las postrimerías de su gobierno, como cuando en 1947 me presenté a don Miguel Alemán, y en tal ocasión, sin acompañantes, también expuse, sin ambages, lo que se le ocultaba, como siempre se les ha ocultado a los presidentes lo que equivocadamente se ha creído que les molesta.

El nuevo jefe, el general de brigada Miguel González, era irascible, según declan quienes estuvieron cerca de él. Había sustituido al contralmirante Othón P. Blanco, todo decencia y ecuanimidad. el general González no era un ignorante, pero sí rudo para tratar a los demás, puesto que había mandado su brigada bajo las órdenes del Centauro del Norte ¡casi nada!..

En esos momentos, ¿quién era el indicado para quedar al frente de nuestro Departamento? Pues, a todas luces: Gonzalitos (así le llamaban cuando Ojinaga, Torreón y Chihuahua, en 1914). El sería oído y respetado por los grandes del gobierno que portaban Aguila con tres estrellas en la gorra. Tomó muy en serio su papel como jefe del Ejército de Mar. No tuvimos celos porque no perteneciera a la Marina. Y que al jefe Cházaro (un viejo, maquinista naval) lo mandara al carajo cuando ingenuamente le iba a participar algo sin ninguna importancia.

En esa época nuestro Departamento tenía, en su organización, (de hecho) un Estado Mayor. A Vázquez del Mercado se le nombró jefe de la



sección primera; era el asesor inmediato del general González, y desde luego, a quien éste trataba con deferencia, (uno de los pocos). Se dio una nueva estructura al cuerpo; para ello, de cada unidad se había designado, por votación, un oficial de reconocida capacidad o dinamismo, para que se presentara en la capital con el objeto de integrar al grupo que trabajaría como asesor. Los nombrados salieron con grandes ilusiones para esforzarse en la prosecución de lograr lo que por tanto tiempo anhelábamos. El grupo era selecto, aun cuando por gestión propia, algunos aduladores, que nunca faltan, lograron colarse. No importaba a nuestra causa que los eternos logrereros, los que hulan del agua salada, de las guardias a media noche en alta mar, de los malos tiempos y privaciones, consiguieran una conexión para no seguir embarcados. En general, el panorama cambió; no importaba el que, para cinco o seis merecedores de ocupar puesto de distinción como asesores, el resto fuesen de aquellos que su mérito era repetir cien veces a diario: "Sí señor", "Lo que usted diga señor".

De inmediato se principiaron a revisar leyes y reglamentos para hacer enmiendas a la ordenanza general de la Armada, en lo que la hacían arcaica. Los exámenes de guardiamarinas para ascender a teniente de corbeta fueron rigurosos; mismos que se llevaron a cabo en la capital, y en cada materia actuó el mismo jurado, tanto para examinar a los que procedían de un barco, como a los que llegaban de otro. Se cubrieron las planillas de las unidades a flote. Se movilizaron a todos los guardacostas por ambos litorales, con el fin de verificar el derrotero. Se dotaron nuestras necesidades naves, de elementos para llevar al cabo el somero trabajo tanto de hidrografía y para otros servicios. A mi barco, el guardacostas Veracruz, le tocó la parte sur de la costa de Baja California tanto la occidental como en el mar de

Cortés. Tomábamos fotografías de los "picos" más sobresalientes, bajo diferentes ángulos. El trabajo resultaba entretenido, sobre todo en los puertos, bahías y sus aproches.<sup>1</sup> Se verificaban: "fondo" de determinados lugares; "canales", "bajos", y se incluía la tarea de adquirir datos, en los pequeños poblados ribereños, como número de habitantes, calidad de aguas frías y medios de vida principalmente de la pesca. Con la reunión de todos los datos se hizo un anexo al derrotero en uso editado por la Oficina Hidrográfica de Estados Unidos.

En general, la vida de la Armada cambió, ya no nada más se trabajaba, en forma que podría llamarse objetiva, respondiendo a las necesidades que se iban presentando sino se sugería nada menos que corregir y aumentar el "derrotero". Había un destello de organización.

Los servicios que prestábamos a Islas Marías, se hicieron más eficientes con la adquisición de un barco con el nombre de "Tres Marías", que al comprarlo el gobierno, se le cambió por el de "Sinaloa".

No era cosa de beneplácito para todos, el nuevo estado de cosas, puesto que había que unificar la opinión de un conglomerado sobre el proceder de un organismo director. A los pocos activos se les puso a trabajar, y gran número de guardiamarinas reprobados se quejaban de extrema rigidez por parte de los sinodales. A nosotros —mis compañeros de promoción y los anteriores—, se nos había examinado bajo normas con las que solamente los muy tapados reprobaban.

Hubo intento equivocado de tender una red que trabajase en actividad de espionaje, para informar al mando de lo que se hacía en las unidades, pero, por otra parte, se vio una gran actividad de organización, mejorando los servicios. Por mi parte, traté muy mal al oficial que se su-

<sup>1</sup> *Aproches*: cercanías.



ponía habían mandado a cuidar mis pasos. Odiaba yo lo que oliese a cheka, lo que empañaba la imagen que mostraba el organismo director; y a pesar de mi actitud poco comedida hacia un oficial que mas tarde sabría que era un soplón, fui escogido con otro compañero (Gabriel Lagos) para ir a España, de entre ocho que ostentábamos el grado de tenientes de fragata.

El resultado del cambio que se logró en el año 1932, fue que al poco tiempo, se llevaban a cabo pláticas en la capital con representantes de compañías constructoras de buques y miembros de la Armada Española, con el fin de adquirir 15 unidades; 15 barcos nuevos que nos parecían un tesoro. Era un primer paso, firme, en prosecución de llegar a tener lo que necesitamos.

El grupo de representantes iberos se llevó una buena impresión de México. Los oficiales: el capitán de corbeta Faustino Ruiz y el teniente de navío Daniel Novás, eran de los más selecto de la Armada Española. A Faustino, un tipo andaluz muy simpático y un tanto rebelde, lo vería yo tres años después en el Ferrol mandando un barco carbonero de su Armada. algo le había salido tan mal, que le impusieron ese mando poco apetecible, pero más tarde llegaría a ser gobernador en una Baleares. Tanto él como Novás eran especialistas en tiro naval. El segundo, un tipo muy joven, era reconocido como potencia en la materia de tiro por los tratadistas europeos; en 1934 sería mi profesor en las escuelas de tiro naval en Marín, provincia del Pontevedra (Galicia).

Y aquí cabe un paréntesis: mi pequeño Gustavo Rueda Medina, en su libro *¿Quién tiene un sacacorchos?*, al narrar nuestra vida de guardiamarinas y oficiales, con todas sus peculiaridades, considera la salida a España como el epílogo de las andanzas quijotescas, de quienes anduvimos sustentando conferencias en público y hablando por radio. Lo real fue otra cosa. El viaje se debió al trabajo de otros, pero hablo del trabajo y no del mérito, que muy grande fue el nuestro, guía-

dos por la idea de López de Nava. Lo otro, un tanto aventurado pero propicio en el momento, repito, no se debió al grupo del que yo fui parte sino a Vázquez del Mercado y grupo del que se hizo acompañar. Ya lo he mencionado como quien tenía los pies en el suelo: no soñaba, no usaba el corazón sino el cerebro.

Como quiera que fuese, en la primera comisión para inspeccionar en España las construcciones, iba Rueda Medina, nuestro orador, que con López de Nava hicieron buena pareja, y en la terraza de un bar habían iniciado pláticas sobre la conveniencia de hacer propaganda a las cosas del mar. Rueda, posteriormente, escribió el citado *Sacacorchos*; y ganó el premio de literatura "Lanz Duret" del periódico *El universal* con su segundo libro: *Las islas también son nuestras*. Era el gran Rueda Medina, que con su despierta imaginación y magnífica pluma, diera al citado sacacorchos una terminación que no era la de la historia; pero bien sabía que gestos y actitudes nobles solamente prepararon el camino para que llegaran a buen término los de sentido práctico.

## En España

Encontrándome con mi barco, en Guaymas, ordenando la información sobre los trabajos que habíamos hecho en el último recorrido por Baja California cooperando para poner al día el "derrotero", recibí orden de presentarme en la capital, previa entrega del mando. como sabíamos de la comisión inspectora que saldría rumbo a España con motivo de la construcción de los barcos para nuestra Armada, me comuniqué con un compañero que estaba en la Secretaría para que me informase respecto a mi nuevo destino. La contestación telegráfica fue participándome que me encontraba en la lista de los que saldrían para Europa.

Como había pedido a mi novia pocos días antes de la noticia, anticipé la boda. Cuando me



encontraba en la capital, esperando el largo viaje, sentí haber perdido mi libertad por el casorio. Descubrí entonces mi naturaleza egoísta, pero el malestar se me quitaría con la llegada de los hijos. Mi carácter "muchachero" contribuía poderosamente a sentir la paternidad y los quise entrañablemente.

A los pocos días de que arribé a la capital, salió para España el primer grupo, figurando como jefe del mismo el comodoro maquinista naval Ignacio García Jurado.

El que se hubiese puesto en disponibilidad un buen número de los altos jefes, no nos libraba de tener que soportar el obligado nombramiento de un señor que, como la mayoría de sus contemporáneos carecía de iniciativa. En nación extranjera, podía parecer mal que en una representación de gente uniformada, el de mayor grado fuese un teniente de navío, como lo era el promotor de lo que acontecía.

En abril del mismo año 33, salimos un segundo grupo encabezado por el comodoro maquinista naval, Roberto Gómez Maqueo.

La comisión quedó integrada por 21, los primeros en llegar fueron: comodoro Ignacio García Jurado, teniente de navío Antonio Vázquez del Mercado, teniente de fragata José Morán Sáliva, tenientes de corbeta Luis Bravo Carrera, Francisco Mancisidor, Francisco Dávila Rascón, Gustavo Rueda Medina, Guillermo Hernández Sagarra, José Poiré Ruelas, Enrique Carrera Alomía, Luis Ruano Milicia, Carlos Castillo González.

Estos formaban el primer grupo. Los del segundo, que salimos de Veracruz dos meses después, hicimos el viaje a bordo del trasatlántico "Habana". Eramos: capitán de navío, Roberto Gómez Maqueo, teniente de navío Gontrán J. Chaptal, tenientes de fragata Gabriel Lagos Beltrán y Álvaro Sandoval Paullada, tenientes de corbeta Oliverio Orozco Vela, Arturo Marshall Santiago, Ángel Díaz Walls, Oscar Lever Rodríguez, Joaquín Lavalle Pérez.

Vázquez del Mercado, llevaba prácticamente la dirección del asunto, era quien había organizado las pláticas entre representantes españoles y mexicanos; quien asesoró al general González; quien movió los hilos para la realización de la idea...

A nuestra llegada a Madrid Ruano me dijo haber oído algo respecto a que Rueda y yo iríamos a un curso de submarinos. Eso me inquieto y me puso a pensar que de nada me iban a servir los estudios de esa especialidad porque estábamos condenados a no tener submarinos en mucho tiempo. Calculaba que material tan delicado que requería un escrupuloso mantenimiento iba a estar sujeto al capricho de los de la Secretaría de Hacienda, ignorando los mil cuidados que deben tener los elementos de guerra (defensa para ir de acuerdo con los demagogos) y sobre todo los sumergibles.

Oficialmente nada se me comunicó al respecto, en cambio recibí la noticia de que haría la especialidad de "tiro naval", lo único en que seguramente podíamos aplicar nuestros conocimientos de especialistas. Nuestras unidades, los cañoneros, estarían dotadas de tres piezas de artillería modernísima, con calibre de 101.6 mm. semi-automáticas (un disparo cada cuatro segundos). Le decía yo a mi amigo, Francisco "Chivo" Dávila: "¿No te parece Chivo, que esto del tiro naval lo deberíamos estudiar un buen número de oficiales por ser lo que efectivamente vamos a necesitar?". El, que siempre hablaba en serio, dijo, sonriendo: "Por supuesto, nos vamos a morir sin ver submarinos mexicanos, en cambio, los cañones son y seguirán siendo de actualidad". Dávila no pensaba en los "misiles", pero aún eso no es más que un adelanto, no un cambio de armas. El cañón seguirá haciendo guardia por mucho tiempo. No olviden esto esos oficiales — y uno que otro jefe — que con humo en la cabeza, hablan y hablan de las mil y una maravillas que han visto en el extranjero y ven como obsoletas a las armas convencionales.



La "estación de tiro", elemental, por supuesto, sería algo muy eficaz para manejar el sistema general (cañones, telémetro y proyector) de manera automática y daría el mismo rendimiento que una estación moderna como la de los destroyers españoles, con la diferencia de que éstas llevaban un "director" o dispositivo, que permitía el disparo desde la torre directora con todos los montajes de manera simultánea. Pero eso era mucho pedir para la categoría de los barcos que adquiríamos y para el bajo precio en que fueron contratados.

Fui a estudiar la especialidad y me volví un fanático de la misma; no era para menos. Es fascinante el estudio de la trayectoria del proyectil. La resolución del "problema cinemático" resultante del barco y del blanco en movimiento, el verificar que las correcciones de errores o sistemáticos y accidentales son acertadas, y corrigen los errores en las salvas, y la aplicación de los métodos del tiro, basados en el cálculo de probabilidades; todo ello, toca una ciencia, una habilidad, una afición que nos proporciona gran satisfacción personal olvidando que al llegar a la finalidad del asunto, si de nuestra parte hay éxito, del otro lado hay sangre y horror. En eso no se piensa al dedicarse a establecer la trayectoria de un proyectil en determinado tiempo y espacio, que causa tanta satisfacción al artillero, como sucede con el arquitecto cuando levanta una construcción de formas y proporciones acordes al arte que practica. ¡Que fascinante hacer esos ejercicios disparando a blancos remolcados, y al final observar los impactos en un buen porcentaje. Ese jueguito de la guerra proporciona al turista gran regocijo, como el que siente el navegante al recalar, verificando que sus observaciones astronómicas le permitieron situarse con exactitud en la mar! Todo esto ¿cómo no ha de dar satisfacción?

Antes de ir a especializarme en tiro se me comisionó en Bilbao. Sería yo inspector en "altos Hornos de Vizcaya", factoría inmensa que está ubicada a lo largo de la ría de Bilbao, la cual pasa por Sestao, Portugalete, Erandio, Baracaldo y otros bonitos pueblos que, además de darle vida a la industria pesada, son tierra de pescadores.

Los integrantes de la comisión estábamos repartidos, en su mayoría, por casi todo el litoral español: en Valencia, Ferrol, Cartagena, Bilbao, Cádiz; también en Reynosa (esta ciudad no se encuentra en la costa, pero ahí se fabricaron piezas grandes para los cañoneros, como son los codastes).<sup>1</sup> En Ferrol se construyeron dos cañoneros. En Altos Hornos de Vizcaya se forjaron las planchas de dichas unidades. En Euzkalduna, Bilbao, los guardacostas tipo "20" que también estaban bajo nuestra supervisión. En la Carraca, Cádiz, los cañones. En Aranjuez, cerca de Madrid, los aparatos de tiro naval. En los astilleros de la Unión Naval de Levante, Valencia, se construyó el transporte Durango. La empresa Echevarrieta y Larrinaga de Cádiz, hizo el Zacatecas que no llegó a México y el gobierno del general Franco, que se quedó con él, lo reformó poniéndole el nombre de Calvo Sotelo. Dos maquinistas fueron a Alemania donde se fabricaban los motores M.A.N. para los diez guardacostas y las planchas para los mismos; éstas eran galvanizadas, de un acero clasificado como de Alta Tensión clase D-1. Esto quería decir, lo mejor de lo mejor.

El trabajo no se nos hacía difícil, ya que se descansaba en los conocimientos de los inspectores del "Bureau Veritas". Traté muy de cerca a los dirigentes de Altos Hornos, y especialmente a los de Euzkalduna. Esta empresa, solamente armó los guardacostas con las planchas recibidas de Alemania, los motores antes mencionados y los aparatos de navegación

<sup>1</sup> *Codaste*: pieza que conforma la parte de popa de una embarcación.



que eran ingleses. Por supuesto que lo mismo sucedía en los astilleros donde se botaron los cañoneros y transportes; pero en éstos, excepto la sonda acústica y la giroscópica, todo lo demás era español.

Gratos recuerdos me quedaron de esos días en que, limpios, sin mancha, enamorados de nuestra profesión, con nuestras mentes sanas, sin asomo de ambiciones bastardas, sin saber lo que era "mordida", desempeñábamos nuestro trabajo con la ilusión de ver el arranque de una prosperidad que iniciara nuestra Armada, en el aspecto de poseer el material flotante ameritado para poder hablar de soberanía nacional en nuestros mares, y adquirir conocimientos profesionales que rompieran el embotamiento en que se había caído, obedeciendo a varios factores concurrentes.

En verdad teníamos títulos para ufanarnos de nuestra actuación, como enviados de un país donde es costumbre inveterada que cualquier sujeto saque ventaja económica, lo mismo en el país que en el extranjero, cuando actúa como autoridad fiscal. Donde es raro que un supervisor, representante del gobierno, no señale anomalias negocios de un causante; donde rarísimas veces se obra con integridad, a sabiendas de que los billetes no llegan a los bolsillos si no hay extorsión y componendas; donde el mayor mal que ha sido la corrupción administrativa y la "mordida" es una institución, a lo que el escritor Rubén Salazar Mallén, en su libro "Viva México", por boca de uno de sus personajes llama: "La única verdad de México". Ese cáncer de la corrupción no se termina por más que los regímenes en turno, cualquiera que se su color político, proclaman la honestidad y buenas intenciones del gobierno. La evasión de impuestos, generalizada por todos los acaudalados y los medianamente ricos, ha sido propiciada por la inmoralidad de funcionarios y burócratas colocados en puestos claves; mal que se expande y contagia la juven-

tud, aun cuando ésta ostenta su sentimiento puro y justiciero, aún cuando protesta contra estructuras añejas, injustas. El mal ha llegado a las juventudes, y ya ni en ellas se encuentra líderes íntegros, pues cuando suele asomar alguno, como una rareza, es anulado y la masa solamente puede oír a los falsos apóstoles corruptos que no se resisten a rechazar la vida muelle.

Pero esta digresión no es más que el comentario consecuente al recuerdo de cuando en la madre patria nos hicieron unos barcos, y quienes estuvimos de supervisores, regresamos con la conciencia limpia y la frente alta, pues llegamos a México tan pobres como cuando partimos a cumplir con nuestra misión. Ya en ese tiempo se hacían trampas, se chantajeaba, se pedía porcentaje; ya se robaba, pero en la Armada, en su gran mayoría, éramos unos inadaptados al sistema: no sabíamos de eso. Seguimos pagando renta y adquiriendo nuestro refrigeradores y estufas de segunda mano; seguimos siendo "los pobres militares" que integrábamos una institución de honor, cosa rara, muy rara en México.

### *Bolívar en Vizcaya*

Los directivos de Euzkalduna tenían toda clase de atenciones para mi y los dos compañeros, Guillermo Hernández y Francisco Dávila, que estuvieron en Bilbao solamente dos meses por haber salido a Madrid, para estudiar Estado Mayor Naval. Entre las atenciones contaba la de proporcionarnos transporte, en flamante automóvil, a los lugares donde se hacían trabajos para nosotros, en la misma provincia de Vizcaya, que es maravillosa en su campiña como todo el país vasco, lo mismo que Galicia. Recuerdo un lugar llamado Durango, donde había una gran industria. Ahí se hicieron las cadenas de nuestros barcos y asistimos a las pruebas de resistencia de las mismas. Cortesía fue la de llevarnos a conocer pequeños puertos de la Provincia. Los



pescadores de esos lugares se internan en la mar hasta mas de mil millas, y hay empresas que mandan a sus embarcaciones por "parejas" a la captura del bacalao en zonas glaciales.

Tan adelantados estaban en esa provincia — por esos años treinta—, en la industria, que una fábrica (Mendizabal y Cia) donde se hacían trabajos de plata (vajillas, cafeteras, cubiertos, etc.) se encontraba en un lugar subterráneo, en un monte boscoso, defendida contra ataques aéreos.

Gente sincera —aparentemente brusca— son esos vascos que nunca han querido ser españoles; que los estudios sobre el origen de su raza, el idioma, costumbres y su gran capacidad de trabajo que les caracteriza, les da la razón de ser separatistas, como por mucho tiempo lo quisieron en nuestro país los yucatecos.

A pesar de todo, creo, como en varias ocasiones comenté, que deberían ser un poco más realistas tomando en cuenta los años que tienen de ser provincia, para dejar de pensar en el separatismo, el cual no les llevaría a hacer de ese pequeño pedazo de tierra una nación poderosa, por muy trabajadores que sean.

Pero de todas las satisfacciones que tuve durante el año de permanencia en Vizcaya, la que más impresión me dejó, fue la visita a un bello lugar, en una pradera que se localiza en la montaña, allá en lo alto de la cadena cantábrica donde hay un monumento a Simón Bolívar.

En mis años mozos yo sabía que el Libertador era de origen vasco, pero nada en particular había leído sobre el pueblo de sus antepasados y menos que en la tierra de los infanzones hubiese una estatua erigida a su memoria.

Un domingo en que don Jesús Aroztegui y don José Rotaetche, director y consejero respectivamente —de Euzkalduna— me invitaron a un paseo para conocer el famoso árbol de Guernica, y se aprovecho el viaje para llegar al pueblo de Bolívar. La palabra, en vasquense, es pronunciada con g; algo así como "go-ivar". En cuanto al

significado de las raíces, o etimología del vocablo, no he obtenido siempre la misma explicación. En la ocasión a que me vengo refiriendo, al pie de la estatua, el director del astillero y el cura del lugar, tuvieron una discusión respecto a tal significado, así como de su correcta pronunciación.

Fue entonces, cuando vi que, en realidad, el vasco no acepta ser llamado español; —¿Cómo es que tienen aquí la estatua de Bolívar? — pregunté ingenuamente— ¿si luchó contra los españoles y acabó con su dominación en América? —Contra los españoles, Sandoval, usted lo ha dicho —exclamó don Jesús—, pero nosotros somos vascos, no tenemos nada de españoles. Yo insistí: "De manera que ustedes no se sienten españoles" y don Jesús haciendo un ademán significativo respondió: "Por supuesto que no". Antes y posteriormente, oíría la misma expresión: Encontrándome en el Bar Gante con varios amigos entre los que estaban cuatro vascos: Echeverría, Paco Valle, Rafael Orizaga y el pelotón "Guillermo" se suscitó el asunto de su raza y al decirles yo: "En última instancia ustedes son españoles", los cuatro a coro contestaron: "Noooooo..."

Aunque conocía superficialmente la historia de la América meridional y no había leído sobre Bolívar, mas que había sido un caudillo venezolano, el hecho de haber estado en un pueblo que lleva su nombre y se encuentra distante miles de millas del lugar donde se cubrió de gloria, me indujo a leer todo lo que conseguía sobre tal personaje, y pocas se me han hecho las obras que he leído al respecto. Para mí, cada vez se agranda mas su figura; lo que predicó, que ha parecido una quimera, ahora, a más de siglo y medio de su muerte, une a todos los países hispanoamericanos con lazos de fraternidad; el pensamiento bolivariano.

México honró la memoria del héroe continental poniendo su nombre a una calle, pero tardó bastante en erigirle un monumento; con un obelisco que se antoja "enano" para la gigan-





tesca figura que trata de recordarnos, fue levantado en lugar que pasa desapercibido. Muy posteriormente pudimos contemplar una estatua que nos pareció admirable; pero duraría poco tiempo en el sitio donde lucía de maravilla, el Paseo de la Reforma, lindando con el Bosque de Chapultepec. Una figura ecuestre del héroe nos recordaba las horas de terror y muerte en que cabalgaba por páramos y desfiladeros de los Andes. El animal tenía actitud de cansancio, de paso lento, sin erguir la cabeza, y el jinete, como más agobiado que la bestia, parecía ir repasando en silencio sus arengas. También nos recordaba al sublime manchego que ambulara por los campos de Montiel y de la Mancha tras de un ideal, los de Bolívar; una América unida, y él siempre pensando en su Dulcinea: la Gloria.

El artista que realizó esa obra escultórica, interpretó las tribulaciones que, alternando con los éxitos, iban templando el espíritu del gran Libertador. Pero exigencias de urbanización de la ciudad nos quitaron el precioso monumento para llevarlo a un pueblo de la frontera, obedeciendo el traslado a sinrazones de orden histórico-geográfico, dejándonos en la capital otro Bolívar galoneado en caballo trotador, de estampa ridícula comparada con la de su antecesor.

La nueva estatua quedó a una gran distancia de donde estaba la anterior, en el mismo Paseo de la Reforma, por el barrio de Tlatelolco. Pero todo esto no destiñe la imagen de Bolívar. El nuevo lugar de emplazamiento y la fea barriada que lo circundan, quedan iluminados por la sola presencia del héroe, y la glorieta, el paseo y la barriada alcanzan una importancia que no tendrían si el lugar se hubiese destinado aun a la memoria de un caudillejo cualquiera.

Sentí dejar Bilbao, para volver a verlo al cabo de dos años le había tomado afectos a esa tierra de Vizcaya donde la mayoría de sus mujeres, hermosas y arrogantes hablaban, en ese tiempo,

la lengua de Euzkadi. Pero sería para trasladarme a otra tierra no menos favorecida por la naturaleza, a Galicia que no sin razón le han llamado la Suiza Española.

## *En Galicia*

A principios de 1934 me trasladé a Galicia, al puerto de Marín, provincia de Pontevedra. En dicho lugar se encontraba una base naval española de poca importancia como tal, pero mucha revestía el que ahí se encontrase la Escuela de tiro "Janer". Los españoles estaban en lugar prominente en cuanto a conocimientos de artillería y tiro. Los autores especialistas en la materia criticaban en sus obras a autores alemanes, italianos e ingleses. En España el artillero tenía tantos estudios como los tenían en cualquier otro país europeo.

Tuve a los más brillantes profesores de tiro naval. Uno fue Daniel Novás —apenas teniente de navío— a quien me he referido antes, que vino a México al contrato de los barcos.

El pueblo de Marín —típico gallego— se encuentra a orillas de una Ría; del lado opuesto queda la campiña, que se deja ver en una inmensa extensión de lomeríos cultivados con diversas tonalidades, desde el verde pálido hasta uno intenso. A lo lejos, en una loma alta, destaca el famoso convento de "pollos", donde en esos días, a diario por las tardes se cantaban unos salinos. El coro lo componían docenas de seminaristas. Presencí esa impresionante ceremonia oyendo a un centenar de voces potentes que estremecían el templo. Me encontraba en compañía de los compañeros de curso, españoles. El sacerdote que nos sirvió de guía, era un gallego, de la provincia de Orense; estaba encantado de tratar con un mexicano, tenía dos hermanos en México, uno en Puebla y otro en el Distrito Federal, ambos habían hecho bastante dinero; le habían invitado para que les visitara. El cura



tenía la intención de hacer viaje a "país tan interesante", pero esperaba que el episcopado o la autoridad eclesiástica correspondiente, le diera la oportunidad de hacer una visita en misión pasajera o permanente; no quería depender de "sus enriquecidos hermanos en el extranjero".

Galicia es, en su campiña, de lo más bello que tiene España; sus sembradíos los ve uno extenderse desde las mismas orillas de las carreteras y vías del ferrocarril hasta las cimas de las lomas o el horizonte. La gente del campo es extremadamente trabajadora. En cuanto a la raza, lo mismo velamos rubios, que trigueños con ojos morunos. Las mujeres, en general, son bellas: a las aldeanas las vea con más porte femenino que a las vascuences, aún cuando son rudas por trabajar a la par con los hombres; en tareas pesadas del campo, o en la misma ciudad. Son de una corpulencia respetable sin que les haga perder, como antes se expresa, su encantadora feminidad.

Tres mexicanos hicimos el curso de "especialistas en tiro naval"; al cual asistían de ocho a diez españoles anualmente. Estos ingresaban por oposición, de manera que había necesidad de estudiar mucho, por parte de nosotros los mexicanos, para no hacer un mal papel. Uno de mis compañeros era el teniente de fragata Gabriel Lagos; el otro nos llevaba un grado (teniente de navío Gontran Chapital). Ambos ya han muerto. Siete oficiales españoles, entre Alférez de navío y capitanes de corbeta españoles harían el curso de especialidad. Fueron magníficos compañeros nuestros, su hospitalidad sirvió para que los tres mexicanos nos sintiéramos como en casa, eran: Manolo Calderón, Juan Garat, José Ma. Rangel, Manuel Seijo, José R. Rodríguez, José Cañas, José Ma. Mateos y Juan Laulet.

Para el curso de 1936 serían nombrados otros tres mexicanos; pero no lo terminarían debido al movimiento franquista. Estos compañeros que solamente comenzaron a estudiar, eran elementos bien preparados, tanto que, creo, les hu-

biese costado menos esfuerzo completar el curso, que a nosotros, los tres primeros, y buena falta hacía, por entonces, un grupo de especialistas más numeroso para despertar el interés por los asuntos artilleros entre la oficialidad, cosa a la que —en México— se le ha dado poca importancia.

Efectivamente muy poca importancia se le ha dado a la artillería en nuestros barcos. A mi se me despertó el entusiasmo cuando Ramón Moya nos principió a hablar de cañones. Desde entonces pensé que la artillería era la razón de ser de nuestros barcos. Por eso, a mi regreso de España, tuve como principal misión preparar artilleros de la clase de tropa (apuntadores y telemetristas). Escribí un libro, *Teoría descripción y funcionamiento de los aparatos de tiro*, que duraría como texto 16 años en la Escuela Naval. Además, un *Reglamento de artillería y tiro para los cañoneros*. No logré acondicionar las estaciones transmisoras de dichas unidades de acuerdo con el proyecto que para las mismas se había hecho en España porque inexplicablemente faltó un aparato; pero (en renglones posteriores se explica) pudimos sustituirlo con éxito. Por iniciativa propia, que era la única forma de llevar a cabo alguna mejora, sin consultar ni solicitar ayuda presupuestal y secundado por los oficiales entusiastas, se adaptó en San Pedro California —el cañonero "Potosí"— (1937-1938), un sistema de intercomunicación. Era propio para oficinas, pero lo hicimos servir en la artillería y se logró tener la comunicación simultánea entre la dirección de tiro, los montajes (cañones), la estación transmisora, el telémetro, el proyector y el paño de municiones; o sea, comunicación con ocho partes del buque a la vez. Con esto se daba un paso inmenso. Los españoles nos habían dejado unos teléfonos que un sirviente de cada montaje se colocaba en las orejas solamente el oía las órdenes que debía transmitir a los sirvientes, manipulaba una llave para comunicar-



se y tenía de intermedio un conmutador. En los montajes, estaban ateniéndose a lo que transmitiera de palabra ese portador de los audífonos, y esto se hacía dificultoso. Era sencillamente algo imposible de agilizar ya que el conjunto quedaba a merced de un cualquiera, y los oficiales no alcanzaban para poner a uno en cada montaje y demás puestos.

Las cosas se habían hecho a la manera característica nuestra, sin tomar en cuenta que los puestos deberían encomendarse de acuerdo con lo que cada quien había estudiado (caso preciso, la artillería), resultó que, cuando ya teníamos en México los cañoneros, hasta los mismos oficiales y comandantes ignoran que en las estaciones transmisoras hacía falta el aparato "integrador de distancias": ¡Inaudito! Desde luego que ante ese imperdonable descuido logramos substituir el aparato con un cronógrafo, y unos ábacos *ad-hoc* que, antes de efectuar los ejercicios se tenían listos para diferentes "leyes de variación o distancias".<sup>2</sup>

Una de las cosas que intenté y nunca conseguí, fue la colocación de tubos acústicos para casos en que fallase la corriente. El tubo acústico es de un metal especial y no estaba dentro de posibilidades económicas del buque conseguirlo. Así de pobres volvimos a quedar después de nuestro viaje a España, y el mando ignoraba lo que fuese artillería; era parte de nuestra lamentable deficiencia.

Todos los esfuerzos que se hicieran por tener lo necesario para adoctrinar al personal topaban con obstáculos, ¿motivo?: dinero y sobre todo, comprensión, así como la vulgarmente llamada fibra que faltaba en cantidad, aunque hayamos tenido aficionados entusiastas a la artillería. Uribe Escandón, por más que se dedicó, no logró nada definitivo; él también aró en el mar.

## La Revolución de octubre

Por los meses de julio o agosto de 1934 cambiaron al director de la Escuela de tiro Janer en Marín, que a la vez era comandante de la base, el capitán de navío, don Federico Fontenla, caballeroso y distinguido marino. Lo substituyó un capitán de fragata de apellido vasco, Francisco Rotaeche, que era de carácter fuerte, un tanto arrebatado y monárquico furibundo. Estando próximo el fin de curso, los 11 alumnos —ocho españoles y tres mexicanos—, fuimos embarcados para hacer ejercicios de tiro, en los tres preciosos cruceros que por entonces eran el orgullo de España, pues entre barcos de este tipo, tonelaje y armamento, eran una verdaderas joyas. Se llamaban: Libertad, Cervantes y Cervera. Lagos y yo, juntos con tres españoles, fuimos a Libertad, a donde como coincidencia, había ido de comandante don Miguel Fontenla, desde que entregó su cargo en Marín. Deberíamos embarcar en el puerto de Vigo.

Antes de salir de Marín, Manuel Calderón que se ocupaba extremadamente por el asunto político, entonces en efervescencia, nos sugirió que hiciésemos el viaje uniformados, ya que la carretera estaría muy vigilada por la guardia civil, obedeciendo al temor de un levantamiento por parte de los mineros asturianos y a la constante identificación a la que estaríamos sujetos. No fueron sus augurios sin fundamento. En tan corta travesía, de Marín a Vigo, fuimos parados cuatro veces, a pesar de que el automóvil era oficial de la base naval de Marín y nosotros, habiendo oído los consejos de Manolo Calderón, portábamos el uniforme; que, por ciento, a los guardias civiles con su cara de palo —adustos, por costumbre— se les ablandaba un poco el rostro, y hasta se sonreían, cuando se enteraban que dos de los viajantes éramos mexicanos.

<sup>1</sup> Ábacos: gráficas.

<sup>2</sup> Ley de variación en distancia: en tiro naval, la distancia con que se van acercando o alejando entre sí buque y blanco cada minuto. La proyección sobre la línea de tiro del vector que materializa el movimiento relativo del blanco en un minuto.



Al llegar a Vigo nos encontramos con la noticia de que acababan de levantarse en armas los mineros de Asturias, por lo que quedaron, de inmediato, suspendidos los ejercicios de tiro. El comandante Fontenla dijo a los tres españoles que nos acompañaban, que los dejaba en libertad de quedarse en Vigo a recibir instrucciones o embarcarse; pero a nosotros, los dos mexicanos, nos rendiría a bordo, ya que podíamos correr peligro al regreso, pues no sabían hasta donde se extendería la revuelta. De modo que hicimos vida de embarcados durante, mas o menos mes y medio.

Mi esposa tenía como cuatro meses de haber llegado a Marín con mi hijo, había hecho viaje desde Guaymas, Sonora. De pronto me entró gran preocupación al pensar que aquella situación podía durar largo tiempo, y mis gentes se verían apurados en el aspecto económico, pero el comandante nos aseguró que ese brote rebelde no duraría, ya que era simplemente inconformidad de los mineros por cuestiones salariales insatisfechas. A mí me parecía que el asunto tenía raíces mas profundas; en realidad, el levantamiento duró poco, pero a los dos años estallaría la terrible guerra fratricida.

El barco fue a Gijón. En este lugar había un foco de rebelión y una noche se estuvo bombardeando desde a bordo con la artillería de 120 mm. un barrio, donde se había concentrado un buen número de rebeldes. El crucero Cervantes llegó a Africa con el "Tercio Extranjero", que desembarcaron para combatir el Oviedo y pueblos intermedios, como Sama de Langreo y Nava.

De los combates en tierra de Asturias y sus resultados, solamente sabíamos —los mexicanos— lo que oíamos contar a los oficiales españoles que iban con determinadas comisiones a tierra y lugares cercanos a Gijón.

La gente de Asturias es brava; los mineros se harían terribles años después, enfrentados a

la lucha que culminó en 1939, en la dictadura del general Francisco Franco.

Deben haber sido terribles los encuentros entre el tercio y los mineros decididos, a morir. La Guardia Civil, cuerpo de tradición, no era muy bien vista por la gente de las bajas esferas. Oíamos contar de dichos guardias rurales, que en casos de motín, una pareja se hacía fuerte en su casa, o lugar de residencia, y para morir causaban considerables bajas a los Rebeldes.

Estando ya casi sofocado el movimiento, encontrándose el Libertad fondeado frente a Puerto Musel, esperando pasara un mal tiempo para salir al Ferrol, faltaron<sup>1</sup> las cadenas de las dos anclas, y por fuerza hubo que hacerse a la mar. Se capeó un temporal con rachas huracanadas durante 24 horas; el barco de líneas muy finas —de poca manga<sup>2</sup>— daba unos bandazos tremendos que obligaban a poner proa al viento. Cuando amainó el tiempo y se hizo rumbo a Ferrol, el comandante Fontenla, nos invitó a los dos mexicanos para comer con él en su cámara, ya que al día siguiente desembarcaríamos al llegar a puerto, de donde seguiríamos en autobús hasta Marín.

Nos despedimos de don Miguel, siempre atento y amable, sería la última vez que lo viésemos, ya que al poco tiempo, cuando principió la guerra civil, fue fusilado por los franquistas. No conozco bien los detalles de este desgraciado suceso, pero lo cierto es que él murió por haber permanecido con los republicanos, como también sucedió con el contralmirante Azarola, y un corto número de oficiales. Y digo "un corto número", comparando con la gran cantidad que fueron sacrificados por el bando contrario, cuando las tripulaciones se sublevaron, y tomando a la oficialidad como franquistas, unos fueron acribillados y otros amarrados en racimo, echándolos al mar, unos muertos y otros con vida.

<sup>1</sup> *Faltar*: romperse.

<sup>2</sup> *Manga*: ancho de la nave.



Los tripulantes del acorazado "Jaime I", eran, en su mayoría gallegos; la base del buque estaba en Ferrol. Sabíamos que el gallego era por naturaleza pacífico, nada exaltado. Como no habían grandes industrias, ni minerales en la región, el obrero no había hecho acto de presencia en el torbellino político-social, que, por esa década de los treinta, azotó a España. Las provincias gallegas eminentemente agrícolas y la industria del mar —la pesca y empacadoras de sus productos marítimos— era en poca escala, lo mismo que la construcción naval. Esto era lo único que podía tomarse como la raíz que creara enfrentamientos entre obreros y patrones, lo único que podía ir haciendo división de clases. Por todo esto, fue para mi extraño, el caso de la matanza de oficiales a bordo del Jaime, que a unos los arrojaron al mar con vida, amarrados unos con otros; acto tan despiadado que cometía esa gente gallega, unos enrolados y otros del servicio naval obligatorio, pero de la misma procedencia, de la bella y aparentemente pacífica campiña gallega.

Después, meditando sobre los acontecimientos que conocemos, acaecidos desde los tiempos antiguos, las guerras que han tenido lugar en el mundo, veía yo la razón de la sin razón, que movió el brazo fratricida en España, como se habla movido en México, como actualmente se mueve por los cuatro puntos cardinales del planeta; las diferencias sociales, la dispar distribución de la riqueza, la falta de equidad con que los bienes de la naturaleza provee a unos y otros entre los seres humanos. Todo esto que por siglos ha conllevado la humanidad, ha ido creando soberbia en unos y resentimiento en otros —combustible y comburente—, ambos elementos que al menor chispazo producen el fuego y el estallido aterradores. Los acontecimientos en Asturias, lo que produjo en Oviedo, en Sama de Langreo y otros lugares de la cuenca minera en 1934, fue uno de los signos precur-

sores de la guerra intestina que se aproximaba, guerra de exterminio, que nos será difícil su repetición, puesto que ingenuamente se quiere hacer de España una República verdaderamente democrática.

En capítulo anterior, queda someramente expuesto que nuestros cañoneros y guardacostas se hicieron en diversos astilleros, (Galicia, Bilbao, Valencia, Cádiz); y piezas de gran peso en lugares del interior como Reinoso. Durante mi permanencia en Marín tuvieron lugar las botaduras de tres cañoneros y un transporte. Los cañoneros Guajalajara y Querétaro en Ferrol, y el Potosí en Cádiz. De éste fue madrina mi esposa, y aún conservamos la pequeña hebra de acero-níquel y mango de marfil con que cortó el cordón que simbólicamente detenía al barco en la "grada de construcción", para que se deslizara despacio hacia las aguas tranquilas. El transporte Durango, fue botado en Valencia y el Zacatecas en el mismo Cádiz, pero no llegó a nuestras aguas porque quedó en poder las fuerzas franquistas.

Ya habían llegado los oficiales que tripularían los barcos en construcción, así como la gente de clase de tropa, y en los astilleros de Euzkalduna apenas se colocaban las diez quillas de los guardacostas. Ya los que eran "muy patriotas" los mexicanísimos de hueso colorado no perdían oportunidad de andar canturreando en las piqueras sus canciones rancheras para hacerse notables. (Defecto muy nuestro).

Con la festinación que hubo por parte de las autoridades (el cuento eterno de los mexicanos), la prisa de señalar en el informe presidencial, la llegada de buques, y dada la falta de visión clara y valor civil de los dos altos jefes que aparecían como representantes principales en la comisión, resultó que la llegada a España de oficiales y tripulación fue exageradamente anticipada, aquellos estuvieron más de un año esperando se terminaran los trabajos. Esto dio lugar a la acumulación de gente en cada lugar de inspec-



ción y se dieron casos penosos de escándalos que requerían la intervención de la policía española, en contra de nuestros marineros y oficiales. Esto sucedía en Bilbao debido a que ahí se acumuló la mayor cantidad de aquellos que ya figuraban en las planillas de los guardacostas. Era una gran cantidad de holgazanes que se dedicaban al "Café" y a las cantinas, habiéndose dado el caso penoso de que a un oficial —Carlos Solana— lo refundieran en la cárcel por haber proferido insultos contra la República española.

Al respecto, cuando supe que llegaba ese gran número de gente, habiéndose encontrado con el capitán de navío Maqueo en Cádiz, le sugerí que se pidiese a la compañía Zota y Aznar uno de los muchos barcos viejos que tenía amarrados en la ría de Bilbao, para meter ahí a nuestra gente e hiciera vida de cuartel, con faenas, guardias, arrestos y restricción de horas libres, como es nuestro servicio en los barcos. Eso era muy distinto a que doscientos individuos bien identificados por su color, facciones y demás, anduviesen todas las noches escandalizando por las calles. Eso lo veía yo desde lugar tan distante, pues conocía bien a nuestra gente y poco después, cuando estuve en el puerto vasco lo consulté con el licenciado Castellanos —directivo de Euzkalduna— y me dijo que "de mil amores", escogiésemos barco. Pero el buen jefe Gómez Maqueo no prestó atención a mi iniciativa y esto pudo haber tenido graves consecuencias, de las que nos salvamos porque los guardacostas salieron a tiempo, cuando la policía tenía ya instrucciones de entrar a garrotazos por la menor falta de los mexicanos.

Efectivamente, esto sucedía en 1935, allá con los bilbainos que con tanta deferencia nos trataban cuando estábamos los tres primeros comisionados, allá donde en cada oficina, en cada comercio, en cualquier lugar, se nos distinguía. Pero claro, cuando la tropa andaba a diario, por las calles con muchas pesetas en el bolsillo

gritando: "Como México no hay dos" la cosa tuvo que cambiar. Ganábamos sueldos altos al tipo del franco suizo que, por entonces, estaba más alto que el dólar, los marineros y contramaestres sacaban lo de un ingeniero novato o un empleado de cierta representación. Entonces no faltó la "gente viva", gente del pueblo, que a varios marineros les hicieron trampa, poniéndoles, como vulgarmente se dice, "un cuatro". Se dieron casos de acusaciones por estupro de chiquillas, unos reales, pero hubo muchos en que los acusados juraron vehementemente que la dizque violada nada tenía de virgen. En tales casos, como no iban a poder, los acusados llevarse en los barcos a las muchachas con quienes les obligaran a casarse, le proponían la "muy humana oportunidad" de dejar depositadas dos o tres mil pesetas, como garantía de que mandarían por las consortes.

Por eso ahora, al escribir esto, cuando periódicamente se han enviado tripulaciones para traer a México lanchas guardacostas desde Inglaterra, se ha planeado muy bien enviar un barco nodriza, el Comodoro Azueta, para que a bordo del mismo viva la gente destinada a las embarcaciones en tanto que las entreguen y la gente no ande suelta con muchos dólares en el bolsillo por esas calles de Albión. Cosa indispensable para controlar a grupos numerosos, no solamente tratándose de los marineros —la clase de abajo— sino también de oficiales, que cuando se ven en grupo numeroso parece que la psicología de la masa, hace un efecto de transformarlos en gente desordenada, dispuesta a escandalizar y "enseñar el cobre".

Me he preguntado: ¿de qué tipo excepcional salió la idea de enviar al destroyer Azueta?, porque merece una condecoración. Quien tal cosa hizo, pensó que no hay grupo de gente mas exhibicionista, patrioter y escandalosa, que el de unos mexicanos por el extranjero. Pero esto es cuando tienen buenos centavos en la bolsa;



nos desprestigiaría menos un pelotón de limosneros.

## El Ferrol y Cádiz

Al terminar el curso de tiro me mandaron al Ferrol que era la base naval más importante. Me encontré con cuatro compañeros que ya tenía meses de haber llegado. Quedé como jefe del grupo. Me enteré de que el gobierno de México — el de Abelardo Rodríguez— había anunciado la llegada de los guardacostas. Ante diversas exigencias, la compañía Euzkalduna hizo grandes esfuerzos por entregar cuatro de los diez que señalaba su compromiso. Esos barcos salieron bajo el mando de Vázquez del Mercado, recién ascendido a capitán de corbeta. Después supimos que durante los primeros días la navegación fue penosa por el mal tiempo tenido que soportar mal tiempo en el Cantábrico, y la "derrota" (itinerario) era ordenada por esos marinos que cuando se sientan en el escritorio se olvidan de lo que es la mar, que en muchos casos son los que menos, o casi nunca, se vieron embarcados. Pero toman la carta náutica y manejan flotas sin contar con los elementos a los que se enfrentan quienes se encuentran en el Teatro de las Operaciones. Esto ha sucedido —y sucede— en todas partes del mundo; y no solamente cometen error los diplomados de Estado Mayor, que por lo regular —si se trata del Ejército de tierra— muy poco han estado en filas, y si de la Marina —poco o nada— han estado a bordo. Repetimos, no solamente estos distinguidos oficiales son capaces de errar, sino también quienes se han fogueado en el trabajo de su profesión; pues cuando van a ocupar puestos de dirigentes o asesores, se olvidan de las necesidades, obstáculos y peligros, que solamente quien lleva un mando debe resolver. Viene el caso todo esto al recordar la "derrota" que se ordenó siguieran los barcos, y —por supuesto— señalando días y horas entre la salida de Bilbao

y la llegada al puerto mexicano de arribada. Esto, como si se tratase de barcos de gran tonelaje. Lo mismo sucedería con la segunda flotilla, de la cual me tocó tomar parte como comandante del G.C. 26. En el caso de la primera, ésta salió bien librada, tanto por dotes organizadoras de quien la mandaba; como porque, fuera del mal tiempo que tuvieron en el Cantábrico, durante el resto del viaje, navegaron con mar y vientos bonancibles.

Pero en el caso del cual me tocó tomar parte, además de haber perdido tiempo en Islas Canarias esperando la llegada de dos unidades que habían salido antes y habían entrado de recalada forzosa a Cádiz, el mando no fue lo estricto que se ameritaba. Aparte de que era temporada de malos tiempos, por lo que, las turbonadas y chubascos fueron constantes hasta los últimos días de navegación.

La llegada a México de los primeros cuatro guardacostas, se dejó sentir de inmediato; se apresaron a varios barcos cubanos y norteamericanos que se encontraban pescando en aguas territoriales. Hasta España nos llegaban estas noticias.

No faltaron los detractores eternos, los mal intencionados, muchos de ellos quienes no fueron seleccionados para integrar la comisión inspectora. Aquellos regaron el infundio de haberse adquirido "chatarra". Claro, el vulgo —la gente que siempre está dispuesta a inventar o dar crédito a falsedades— hablaba mal de la compra de los buques; hablaba mal siendo la única vez en que los mexicanos inspectores pudimos andar con la frente en alto. Y esto merece especial atención por parte de todos los mexicanos que en alguna ocasión han sido comisionados al extranjero para adquisición de cualquier tipo de maquinaria o materiales para el gobierno.

La clasificación de las magníficas planchas para los cascos de los G.C. 20 eran recibidas de Alemania y las hablamos admirado como mate-



rial muy bueno, que nunca se había usado en México. Antes queda asentado que su clasificación era "acero de alta tensión" "Clase D-1" y que "era lo mejor entre lo mejor".

También repito: "De Inglaterra procedían los aparatos de navegación y las ametralladoras francesas que eran por su calibre podían llamárseles cañones". Se trataba de un material *ad-hoc* para la misión de guardacostas, que a la fecha podrían seguir dando servicio; pero primero la guerra, después el corto presupuesto de la Armada que no permitía mantenimiento, y, por último, la voracidad de gente muy bien parada en las altas esferas del gobierno, todos estos factores hicieron que esas joyas de la construcción naval, fueran deshuesadas para beneficiar a unos encumbrados. Y fue tan burda y exagerada la operación del gobierno con los paniaguados, que teniendo esos barcos, dos propelas,<sup>1</sup> el bronce del eje solamente de una, valía lo que los de la concesión pagaron por un barco completo. Esto acontecía por allá de los años 55 o 56, y sucedía a pesar de que el entonces presidente de la República, don Adolfo Ruiz Cortínez era, sin lugar a dudas, un hombre honesto. Eso se decía de don Adolfo, pero no tenía capacidad y poderes —y fuerza moral— para meter en cintura a varios millones de corruptos, habilísimos para caer sobre una buena presa, como lo fueron nuestros guardacostas, cuando a alguien se le ocurrió la "brillante idea" de desguazarlos. Idea criminal porque —a la fecha— podrían estar dando servicio.

## Cádiz

En Ferrol nació mi hija Carola, a quien también agregamos el de Humbelina. Este era el de su madrina; de apellido Franco, Ella, sobrina del que, por entonces no pensaba que fuese a ser

dictador. Aquella era esposa de un teniente de la Armada Española José María Mateo. Era éste un fino caballero —mi querido compadre— de ideas liberales; un muchacho distinguido como eran, en su mayoría, los ocho españoles con quienes había yo hecho el curso de tiro. Coincidimos en el Ferrol ya que después del curso, a él lo comisionaron al acorazado "Jaime I" con otros dos andaluces: Cañas Arce y Laulet. Posteriormente sería sacrificado; fue de los que murieron echados al mar por la tripulación.

En las guerras tienen lugar las mayores aberraciones. "Mi compadre Mateo tan liberal, tan noble, tan apartado de esa fobia que sentían la mayoría de los oficiales, por la República, vino a morir como si fuese un enemigo de los de abajo.

Poco tiempo duré en esa bella ciudad del Ferrol, donde en la calle principal, enlosada (sin asfalto), se puede platicar, estando sentado en un café, con alguien que lo esté en otro de la acera contraria. Gente buena y hospitalaria fueron, para nosotros, esos gallegos que, en su mayor parte, las familias tenían a uno de sus miembros en América.

Sentí como había sentido dejar el país vasco, pero el cambio no dejaba de ser grato. Fui como inspector a Cádiz. El cañonero Potosí estaba bastante adelantado en su parte interior, y al Zacatecas no se le veía adelanto sensible. A este lo construía una firma: Echevarrieta y Larriñaga, y, según rumores que corrían, me dejaron la impresión de que el principal socio, el señor Echevarrieta estaba en quiebra y hasta perseguido por sus ideas políticas.

En ese pintoresco lugar me encontré con dos oficiales que quedaron bajo mis órdenes, con quienes me repartí el poco trabajo que teníamos. Se trataba de dos compañeros brillantes: Lázaro Mendoza y Guillermo González. Llevaban poco tiempo en el lugar, eran de lo mejor que

<sup>1</sup> Propela: hélice.





llegó después que se formó la "comisión inspectora".

Por esos días —segunda mitad del año 35— estaban las "derechas" en mayoría, tanto en el parlamento como, por supuesto, en los ministerios. Había rumores de que se retendrían los barcos que se construían para México. De manera que solamente se salvarían de tal amenaza, los cuatro guardacostas que ya se habían entregado y habían salido a su destino.

Un Parlamentario de Derechas, dijo en la tribuna, que México era un país poco solvente, pues no había pagado más que una mínima parte de los plazos, por lo cual se encontraban éstos completamente retrasados. Añadía que las cantidades pagadas eran tomando precios en plata, y el contrato especificaba que deberían ser en oro. Proponía que, de inmediato, se congelara la operación. En honor a la verdad, ese señor estaba en lo justo en cuanto a que andábamos atrasados en nuestros pagos, y clarísima se veía la actitud de don Lázaro, nuestro presidente, de que si nos regresábamos sin barcos, a él le importaría un bledo.

Recorté el escrito que sobre el asunto leí, enviándolo a Madrid, al jefe de la comisión, comodoro García Jurado.

Estoy seguro de que la presencia del presidente Alcalá Zamora, quién, como los republicanos de izquierda, sentía un gran efecto por México, salvó la situación, pues los alborotados eran muchos, precisamente los de derecha y solamente el primer mandatario podría contenerlos.

Yo tenía una copia del folleto que contenía al contrato con sus detalles, del cual nos valíamos de la operación para firmar los plazos. Preguntaba a los jefes de los astilleros sobre la cantidad de dinero que respondía a las firmas de "visto bueno" de los inspectores, correspondientes a los plazos señalados, y lo que habían cobrado; y haciendo cuentas: a grosso modo calculaban que efectivamente habíamos sido insolventes.

Cuando comentaba esto al simpático Mancisidor, el que estuvo comisionado en Reinosá, con el humorismo que le caracterizaba, me decía: "Bueno mano, una de cal por las que van de arena, lo que son Coruña y Vigo, representa la planta que todos los gallegos han ganado en América, principalmente en México".

### *Mis parientes andaluces*

El ya ascendido comodoro Ángel Corzo y Castillo, había llegado de México a Madrid, y relevado al de mismo grado, maquinista naval García Jurado. Este era anodino aunque de muy buena presentación, caballeroso y refinado; pero su relevo, además de ignorar mucho que debió saber, no podía tratar con los españoles debido a una injustificada predisposición que contra ellos tenía. A Vázquez del Mercado que salía con la primera escuadrilla de guardacostas lo relevó en su puesto de segundo jefe en Madrid, uno de los tres que estuvimos en Marín; Chapital, quien con su seriedad para todo y su energía no siempre bien empleada, no reunía las condiciones necesarias en el momento, pues no se trataba de asuntos disciplinarios o en general, asuntos del servicio. Había que vérselas con señores muy competentes en su profesión y buenos comerciantes, estando de por medio el gobierno español. Y se necesitaba conocer al dedillo los términos del contrato, lleva la razón. La comisión quedaba mal en el sentido de que cualquier problema con las constructoras era difícil de resolver. No había ya la misma agilidad para llevar los asuntos, tanto en los detalles de construcción como en arreglar que los oficiales fuesen a estudiar cualquier especialidad. Se burocratizó nuestra oficina y lo que en los dos primeros años se arreglaba por teléfono con Vázquez del Mercado de un día para otro, después fue cuestión de papeleo con tardanza de días o no se arreglaba.



El presidente de México, general Cárdenas, quien habla tomado el "poder", había quitado al jefe de la Armada, general Miguel González, poniendo en su lugar al comodoro Carlos Castillo Bretón. Este magnífico hombre, de quien me he ocupado bastante en capítulos anteriores, que entre sus múltiples cualidades tenía la de ser justiciero, se equivocó y vio con buenos ojos dar oportunidad a todos los jefes que habían quedado en disponibilidad, y con actuación quijotesca, por supuesto equivocada —no hay hombre perfecto—, los reinstaló en los puestos importantes. Por eso, cuando llegó el señor Corzo y Castillo a España, iba resentido, pero como cosa absurda, ese resentimiento lo manifestaba poniendo continuos "peros" a los armadores.

Estando en la alegre Andalucía, conocí a una parienta por parte de mi madre, María Paullada, casada con el general retirado Guinea, de cuyo primer nombre no me acuerdo. Esta prima me hizo conocer a gran cantidad de parientes en Jerez de la Frontera. Ahí vivía otra prima casada, también con un general retirado Abreu. Nunca pensé que en esa parte legendaria de España, ahí mismo donde Domecq tiene su cuartel general, se nos hiciera un gran recibimiento.

Entre los parientes políticos estaban dos miembros de la Armada Española, y como coincidencia, también especialistas de tiro naval. Sus nombres los había leído en el muro de la Escuela, en Marín, donde estaban escritos los de todas las promociones que habían hecho la especialidad, pero muy lejos estaba yo de que fuesen miembros de una familia que llevaba mi misma sangre.

El día que se nos recibió, a "los parientes mexicanos", estaban todos los de la familia, cerca de 40, llenos de curiosidad. No se encontraban presentes los oficiales citados; a uno (Ramos Izquierdo) no lo llegué a conocer personalmente, pero al otro, a Cervera Abreu sí lo traté; y nos llegamos a tomar aprecio. El mundo es pequeño: Mi prima Carlota Paullada de Abreu, quien había

estado en México de pequeña, fue la que reunió a la parentela. Cervera Abreu era nieto del almirante del mismo apellido, ilustre marino a quien tocó apurar el cáliz de la derrota en Santiago de Cuba en 1898, bajo el fuego de los barcos de los Estados Unidos del Norte.

Este joven oficial Cervera Abreu —en realidad de sangre nada teníamos en común— me daba el tratamiento de primo y yo le correspondía. ¡Ahí una cosa interesante. No era el tipo del "Venancio" que llega a barrer la panadería a México y al cabo de pocos años es un millonario que apenas principia a expresarse correctamente. Era ese muchacho, gente bien nacida, diferente a unos primos —también Cervera— de primer apellido, uno submarinista, que diferenciaban tanto físicamente como en sus maneras de mi pariente político.

Y es para repetir que el mundo es pequeño, al ver que a Cervera lo había comisionado la Armada Española en la factoría "Experiencias industriales" de Aranjuez, donde se construían las estaciones de tiro de barcos españoles, y le encomendaron diseñar las de nuestros cañoneros. Como anillo al dedo —como algo providencial— me resultó haber coincidido con este pariente político.

Como yo ya había estado en Aranjuez por unos días, antes de hacer el curso de tiro, y había tenido la oportunidad de tratar al sencillo y amable director, ingeniero don José Centaño; una vez que terminé los estudios, pedí 15 días de licencia, con el propósito de ir nuevamente a Aranjuez, ahí vería los aparatos en proceso de construcción y acoplamiento; me empaparía de lo que iba a manejar en México.

La teoría en que se basaba la construcción de los aparatos, la había visto ampliamente en Marín, con croquis, y esquemas; entonces, el presenciar la construcción, armado y acoplamiento de piezas, significaba, para mí, ampliar considerablemente mis conocimientos.



Me trasladé al bello pueblo de Castilla, que otrora fuera lugar de descanso de los soberanos; y que en los años treinta, la empresa Experiencias Industriales, tenía sus grandes talleres.

Mi pariente político me mostró su proyecto que ya se estaba llevando al cabo, armé y desarmé el aparato principal, "el rocord". Conociendo yo nuestras carencias en personal y demás factores que obraban en nuestro medio, sugerí ciertas modificaciones que fueron atendidas, sin que a esto se le diera carácter oficial.

Todo esto me permitiría que a mi llegada a Veracruz, con el guardacostas, antes de que arribasen los cañoneros, ya llevase preparados unos apuntes, de los que sacaría un libro, el cual quedaría publicado en el año 1936, mismo que estaría de texto en la Escuela Naval hasta que se agotara la edición, de mil ejemplares. Lo titularía: *Teoría, descripción y funcionamiento de los aparatos de tiro*.

Mi trabajo no fue, afortunadamente, de los que van al cesto de los papeles. Pero esto se debió a que durante mi tiempo en Marín, no solamente me concreté a oír las conferencias y resolver los problemas. Estudiaba todo lo que caía en mis manos referente a la materia, y me apropié cuantos apuntes pude, que tuvieran carácter de Reservado. Lo que más me preocupaba eran los Métodos de tiro, pero eso estaba muy bien cuidado y no les pude echar mano. Al respecto, mi buen amigo el capitán de corbeta Manuel Calderón, en una ocasión me decía: "No seas pelmazo" ¿para qué te van a servir los métodos?; vais a tener barcos con solamente tres bocas de fuego. Ahí no necesitáis métodos. Estando en estas pláticas, apareció el distinguido Daniel Novás quien enterándose de lo que hablábamos me dijo: "No te preocupes". Novás era el jefe de Junta de Métodos, tanto así como el que más sabía de la materia. Me pidió calibre, alcance y demás características de nuestra artillería. Se puso a trabajar; hicimos unas gráficas

bajo sus indicaciones y estábamos terminando el trabajo para obtener lo que yo deseaba, cuando llegó un grupo que interrumpió la cátedra. De cualquier manera, quedé muy satisfecho de la explicación de Novás.

Los conocimientos sobre todo esto, que aplicaba con entusiasmo profesional, me darían oportunidad de llevar a cabo el primer ejercicio de tiro, que es diferente a disparar cañones como simples cerbatanas, como siempre se habla hecho en México. Se tiraría en Guaymas, en Acapulco y el mejor ejercicio con tres barcos, sobre tres blancos remolcados, en Veracruz, a 5 mil metros de distancia, en 1945, donde los blancos recogerían un buen porcentaje de impactos. Después, durante los viajes de prácticas, se harían ejercicios con los cadetes, pero lo de Veracruz fue un éxito. Los ejercicios con la gente artillera deben efectuarse cuando los artilleros, (telemetristas, apuntadores y sirvientes de alzas), han tenido bastantes meses de entrenamiento.

Poco duré en Cádiz, donde, aparte de inspeccionar con mis compañeros, Lázaro Mendoza y Guillermo González, el acondicionamiento del cañonero, "Potosí" y del transporte "Zacatecas", presenciábamos la construcción de cañones en los talleres de "La Carraca". Adelantados estaban los españoles en esa industria, como cualquier otra nación. Sus maestros habían sido ingleses. Tanto nuestras piezas de artillería como los aparatos de tiro naval, eran de patente inglesa, la Vickers Armstrong. Verdaderamente interesante en la construcción de esa arma mortífera tan perfecta, que con la torre forman un conjunto bello, no se comparan con esas traicioneras lanzadoras de cohetes, por las que se ha perdido la parte romántica del tiro naval.

La Carraca me era interesante, no solamente como arsenal sino también por su historia. [Su triste historia]. Ahí en ese rincón de la Bahía de Cádiz estuvo encarcelado el gran



general Francisco de Miranda, quien mandara ejércitos en Francia, que brillara en la guerra de Norteamérica; y fuera honrado por Catalina de Rusia. Este personaje de nombre ilustre, fracasó en su propia tierra; fue deportado a España por el general Monteverde, quien mandaba al Ejército Español en Venezuela en 1813. Ese criollo, para quien no estaban reservados todos los laureles de la gloria, estuvo encadenado a una mazmorra de la Carraca, cargando su inmensa pena, durante los cuatro últimos años de su vida. Pero quien de Cádiz viaje a París y no esté bien enterado de la historia de Venezuela quedará intrigado al ver resplandecer con letras doradas, en el Arco del Triunfo, el nombre de Francisco de Miranda. El viajero que sepa la vida de ese personaje meditará sobre las grandes injusticias que el destino depara a determinados hombres.

### *Preparativos de regreso a México*

A mediados del año 35 dejé mi comisión de Cádiz. Se me iba a nombrar comandante de uno de los guardacostas que en breve entregaría la compañía Euzkalduna. En mi lugar quedó el teniente de corbeta Lázaro Mendoza Compayn.

Con el cambio, tuve la oportunidad de estar en Madrid una vez más. En esa preciosa y alegre ciudad me encontré con los últimos oficiales que llegaban para tripular los barcos. Hacía dos años que los principiaron a mandar con ese fin de embarcarse, cuando apenas se ponían las quillas. Ese desorden, que era nuestro sello característico, resultaba muy bueno para quienes llegaban a pasearse solamente. Que importaba que nos criticaran los españoles al ver nuestro desorden.

Los 21 que formábamos la comisión, teníamos "Carnet" para viajar en ferrocarril y casi no lo usábamos. Los demás, sin esa franquicia, viajaban en plan de turistas, Fernando Magaña, se compró de esos boletos kilométricos que se usa-

ban entonces; de segunda clase, y en las estaciones les iban arrancando el cupón correspondiente consumido.

Magaña viajó por Europa, y yo les envidiaba, pero quienes teníamos comisión fija no pudimos conocer más que España. Después comentaba con él y con Rueda Medina, que otra oportunidad se me presentaría para ver lo que no pude conocer en tres años. Esa esperanza, en diversas ocasiones posteriores, se fue cumpliendo con algunos, como en mi caso, que fui a un recorrido por el Mediterráneo, mandando una flotilla, en el año de 1964; y haría otro viaje obedeciendo a asuntos de familia.

De los que llegaron a España en los grupos sin comisión definida, algunos hicieron viaje a Londres para enterarse del manejo de la giroscópica. Uno o dos aprovecharon bien el tiempo que les concedieron para estudiar, como fue el caso del oficial Lázaro Mendoza. Hubo quienes solicitaron hacer el curso de pilotos aviadores e inexplicablemente se les concedió a dos que tenían asignado cargo en los guardacostas por recibir. De ellos ninguno terminaría porque les sorprendería el movimiento revolucionario de España cuando apenas principiaban sus estudios y prácticas.

En Madrid me comunicó que en breve saldría la segunda escuadrilla de guardacostas y que yo iba a tomar el mando de uno de ellos. Envié a mi familia en un barco de la trasatlántica española; ya éramos uno más, con mi hija Carola que había nacido en Ferrol.

Me encontré en Madrid con un querido amigo, el compañero Ángel Díaz Walls. No nos habíamos vuelto a ver desde que juntos llegamos a la península. Solíamos llamarle "Armillita" por su parecido con el matador de toros de ese nombre; pero por lo regular le decíamos "El Indio". Era inteligente, culto y simpático, un gran conversador; pero con el defecto de amar la farra; la parranda para él era algo indispensable, no



porque fuera un vicioso y mujeriego, sino, más bien, amiguelo y desordenado. Su tendencia a la parranda lo hacía irresponsable y hasta descuidado en su persona; esto le ocasionaría fracasos en la carrera, cosa que no debería haberle acontecido dada su gran capacidad. Rueda Medina en su libro *¿Quién tiene un sacacorchos?* dedica algunas páginas a mi amigo el Indio. Ambos, en nuestra vida de oficiales, hicieron mancuerna; uno inventaba un cuento a costillas de un tercero y otro se encargaba de propalarlo con sus agregadijos. Cuando formaban parte de una tertulia; entre copa y copa, podían atraer la atención del auditorio por horas con su amena plática, sin que ellos se esforzaran en exagerar el contenido de sus anécdotas y cuentos de invención.

Como el Indio gozara de fama, no muy buena, no estaba en la relación que contenía los nombres de comandantes a quienes se nos confiaría el mando, para hacer el viaje de uno a otro continente. En esos días llegaban de Santander dos compañeros procedentes de México, estaban designados para los guardacostas números 27 y 29; pero eran precisamente los que hicieron gestiones para quedarse más tiempo en la península, solicitando hacer el curso de observadores en la Escuela de Aeronáutica y hubo necesidad de reemplazarlos por dos que no habían tenido mando. Logré que uno de los nombrados fuese Díaz Walls, a sabiendas de que no lo haría muy bien en cuanto al aspecto disciplinario y de orden en general. El teniente Enrique Villegas Bustamante sería el otro nuevo comandante, individuo serio, ecuánime y competente. Era quien en los años veinte había hecho pareja con la hermosa y guapa mesera de Manzanillo, Magdalena.

A fines del año treinticuatro hablamos ascendido al grado inmediato la mayoría de los ofi-

ciales y necesité juntarme con Díaz Walls para festejar el ascenso aunque con bastante retraso. El conocía Madrid al dedillo; me llevó a donde se comía mejor; por él conocí "Chicote", "Negrezco" y el Teatro Pavón, donde se veían los bailes andaluces, el canto flamenco acompañado de los mejores guitarristas, y una obra de ese mismo género que me pareció magnífica: "Ante el altar de tu reja".

Se recibirían seis barcos para salir a México; la oficialidad estaría integrada por: seis comandantes, con categorías de: un capitán de corbeta, jefe de la flotilla; dos tenientes de navío; y tres tenientes de fragata, comandantes y seis segundos comandantes tenientes de corbeta. En cuanto al personal de máquinas: dos tenientes de navío, jefes de máquinas y cuatro tenientes de fragata, también jefes, que estaban auxiliados por seis tenientes de fragata y corbeta cuyo cargo se titulaba: "oficiales de faenas"; además de un primer maestro de la Escala de Mar que tenía el cargo de contra maestro en el barco capitana.<sup>1</sup>

Excepto dos radiotelegrafistas, los demás nunca se habían embarcado; eran egresados de la Escuela de Transmisiones del Ejército, dos o tres eran oficiales y el resto sargentos.

En las seis unidades se encontraban los más variados tipos, tanto en su presencia física como por sus costumbres. Podía encontrarse desde un brillante elemento que nada pidiera a un oficial inglés, hasta un tipo capaz de cometer el peor dislate, pasando por los bohemios, como mi amigo el Indio y mi segundo comandante el teniente Lucio Gallardo, que no perdía oportunidad de correrse una parranda y regresar a bordo con el bolsillo vacío. Eran más los desbalagados que la gente de orden. El radiotelegrafista Lizárraga Puerto, inspirado, como buen yucateco, casi no tenía ropa, usaba sus pantalones de uniforme con cualquier camisa corriente, y siempre sin

<sup>1</sup> *Capitana*. barco insignia donde va el jefe del conjunto.



corbata; pero su paga quedaba íntegra en las cantinas. Como era talentoso, divertía y se hablaba de tú con todos. Pintoresco en sus actitudes, rayando en lo tragicómico cuando estaba a medias copas, se sentía inspirado. Era rebelde ante todo lo que le parecía injusticia, y me llamaba "dictador" porque exigía estricto cumplimiento en el servicio a la gente bajo mis órdenes, y le cargaba la mano a mi segundo para impedir que se desbalagara con los cuatro o cinco parranderos de la flotilla.

El jefe de máquinas del G. C. 27 mandado por Díaz Walls, de apellido Huart, de más edad que el resto de los oficiales y comandantes, era de procedencia civil; ingresó a la Armada por escasez de oficialidad. Cuando andaba con copas tenía la obsesión de pelear con un jefe que en alguna ocasión algo le había hecho; pero ese jefe ya había causado baja hacia mucho tiempo. El caso era que, si no se encontraba en sus cabales, echaba mano a la pistola y se ponía peligroso. Estando atracados al muelle en Las Palmas (Canarias), echó bala y no logré averiguar si fue contra algún compañero presente o por alucinación lo hizo contra su enemigo odiado. El General, como lo apodábamos, era muy buen maquinista naval. No había estudiado en nuestra Escuela. Como Díaz Walls, Martínez, Jiménez y muchos más encontraba en la parranda, un desquite por las privaciones y penalidades propias de la gente de mar. El, siete años después, sería jefe de máquinas a bordo de un cañonero, bajo mi mando. Fue en tal ocasión cuando nunca oí algo sobre descompostura; nunca se bajó la presión de las calderas. Navegábamos siempre sin novedad. Era Huart un maquinista naval.

El segundo comandante del barco insignia, Martínez Jiménez, paisano de su comandante, ambos oaxaqueños, era el tipo de borrachito que siempre salía de pleito, y por su corta estatura le tocaba la peor parte. No asistía a recepciones ni a visitas con amigos, se iba directamente a las

cantinas. Con el general Huart se disgustó en varias ocasiones en el transcurso de la reyerta se daban el tratamiento de compadres, probablemente porque en efecto les unía el sacramento del bautismo. En esos pleitos no sacaba la pistola "El general".

Oficial de mucho orden era mi conuño, el teniente José H. Orozco, 2o. comandante del G.C. 27, que con su modo de ser, amante del buen comportamiento y disciplina, se las veía negras teniendo que lidiar a su descuidado comandante, el Indio, y al belicoso general Huart. Villegas era comandante del 25 y su segundo, Constantino Nieto; Rigoberto Otal en el 29, su segundo Diego Mújica Naranjo, y jefe de máquinas Vicente López; se llevaban a las mil maravillas. Otal era del inmenso grupo de parranderos de la Armada, pero sin llegar a descuidarse de sus obligaciones. Haría una carrera brillante en la política, combinada con la del mar. Julio Salinas, que era oficial de faenas (de máquinas) en el G.C. 29, no salía a pasear durante las permanencias en puerto, por estudiar el sistema "Leonard". Era la maquinaria eléctrica, complicadísima, que accionaba el timón. Una de las fallas en algunos barcos fueron esos mecanismos, sobre todo en el 29. El brillante oficial de máquinas consultaba planos y libros día y noche, hasta dar con las fallas. Desde entonces mostró, ese oficial, su espíritu de estudio y empresa que más tarde se vería coronado con un astillero de su propiedad.

Entre los comandantes se distinguía uno, por su falta de seriedad y porque era capaz de los mayores atentados contra la disciplina; había dado lata en la Armada y le seguiría dando; llegaría a altos puestos y sería uno de tantos que no supieron guardar su fortuna, hecha con los procedimientos ilícitos de los mexicanos que "los ponen donde hay".

A vigilar a este conjunto un poco heterogéneo, en cuanto a sus hábitos, estaba obligado



el comandante de la flotilla, y era el asunto, como para estar dando disposiciones y permanecer todo el tiempo vigilante para meter en orden a los desbalagados. Además: era la oportunidad bellísima de maniobrar, durante la navegación, con movimientos tácticos, oportunidad que raras veces se tiene. El "don de mando" es algo muy exclusivo, por eso es mucho exigir que todo hombre, por el hecho de portar uniforme, debiera saber mandar. Unos nacieron para ser mandados y cuando por circunstancias especiales, por azares de la vida, alguien se lleva a ver al frente de un conjunto de hombres para dirigirlo, sin tener facultades para poderlo hacer, irremisiblemente esto tiene como consecuencia, el que no se lleve a cabo algo constructivo. Empero, no se necesita poseer una gran dosis de facultades para hacer un buen papel al frente de un conjunto reducido de material a flote y hombres obligados a obedecer, regidos por la ordenanza y códigos militares. Ese conjunto que salía de España, era como para poder cumplir debidamente una misión, evitando los tropiezos que tendríamos en nuestra travesía. Era una oportunidad bonita, para quien hacía "cabeza", aún cuando se tratase de pequeñas embarcaciones; pero al comandante no le gustaba atosigar al personal bajo sus órdenes. Era un buen compañero pero no el tipo a quien, en jerga militar le llama "Gordo" por exigente. Como consecuencia el viaje no fue tan lucido como para enorgullecerse del mismo; en cambio, se recogieron anécdotas que a parte de criticables resultaban divertidas; y, por otra parte, se estuvo a veces, en eminente peligro.

Estando en Bilbao, esperando que se terminasen los detalles de proveer a los barcos con cabos, herramienta, vajilla, ropa de cámaras, batería de cocina y muchas cosas más, se dio orden de salida para los que se creía que ya estaban abastecidos. El "28" y el "29" estaban en sus detalles finales; y los sacarían de puerto aún faltándoles terminar algunos detalles en las cámaras.

El gobierno de México había anunciado la llegada de un segundo conjunto de unidades y se tenía prisa. Estaban en México "en su mero mole". Festinando la terminación de los barcos. Cuando los dos guardacostas antes citados se hicieron a la mar, los comandantes de los cuatro restantes andábamos en trámites de sacar "fondos", cambio de moneda y otros preparativos que amerita un viaje largo, en perspectiva no se hacía prueba, en la mar, siquiera por unas 24 horas. Atracamos en hilera al muelle de Euzkalduna cuando ya vivíamos a bordo. Me encontré en el barco, que viajaría bajo mi mando una tripulación integrada por elementos que nunca había visto en nuestros viejos barcos. Por supuesto era, en su mayoría, de reciente ingreso, sobre todo los marineros y cabos; esto tenía cierta justificación; hacía tres años que me había desembarcado, pero mucho me extrañaba, e irritaba, ver que los contramaestres y condestables, con excepción de los que embarcaron en el 24 y el 25, los demás eran unos verdaderos charros. ¿Qué había sucedido? Quería ver a los viejos buenos marineros y cabos del Progreso y el Bravo, ya convertidos en contramaestres, asumiendo el cargo de su jerarquía en cada guardacostas; pero no era así la cosa, siempre sucede lo que uno menos espera. En un lapso muy pequeño se había producido un cambio radical. Yo dejé buenas tripulaciones cuando salí para España; los barcos vinieron tripulados con ineptos, salvo muy pocos que, desde luego, fueron afortunados los comandantes a quienes se les comisionaron.

Estando en los muelles de Bilbao, principié por instruir a la gente con el código de señales, hablar con banderas a brazo. Excepto los dos o tres contramaestres ya conocidos, el resto de los tripulantes no sabían gobernar (llevar la caña del timón); de manera que ya me hacía los cálculos de tener que enseñar esa práctica durante los primeros días de navegación, desde la salida del puerto.



Supimos que llegaron de arribada forzosa, a Cádiz, los guardacostas 28 y 29; a éste le funcionaba mal una máquina, como consecuencia del paso de agua al combustible; las versiones eran imprecisas. ¡Caramba!, comentábamos, tan pronto se principia con los desperfectos. Cada barco llevaba un experto de la M.A.N. quienes habían dirigido el montaje de las máquinas propulsoras. Como se trataba de motores tan nobles para el trabajo, completamente nuevos, y se contaba con dichos expertos como maquinistas de "garantía", nos parecía muy extraño esa falla de que filtrara agua en el combustible.

Escapa a mi memoria la fecha exacta de nuestra salida, fue por octubre o noviembre (no tengo mi "diario"; nunca he tomado nota minuciosamente de acontecimientos; me he atenido a mi memoria; pero en detalles que no tiene gran significación, no es de lamentarse ésta mi mala costumbre).

Nuestro inmediato jefe en Bilbao estaba inquieto, y se le volvió obsesión nuestra salida. "¿Qué dirían en México, por la tardanza en la llegada de los barcos?". Le decíamos: "jefe, no creo que podamos salir mañana o pasado, hay que compensar los compases; hay que rellenar combustible. En el astillero no trabajan horas extras, y todavía tenemos que compensar.<sup>1</sup>

Acontecía lo de siempre, lo que antes y después de esa ocasión ha sucedido; una obra se festina, los contratistas o constructores dan fechas falsas de terminación, a sabiendas de que no se cumplirán; los allegados al mandatario no se atreven a decirle la realidad; entonces se inauguran obras que resultan simbólicas y todavía pasa mucho tiempo para que sean utilizadas; por eso, en caso de reparaciones a un barco, éste sale con la mitad de los trabajos que necesita, por eso un edificio para el gobierno queda incon-

cluso o cuesta mucho más de lo presupuestado, porque los últimos días o las últimas semanas, todo es a base de "horas extras" pagando salarios muy elevados.

Recibiríamos los últimos cuatro barcos que hizo Euzkalduna, los G.C. 24, 25, 26 y 27. Quedarían pendientes de entregar tres cañoneros y dos transportes. El 28 y 29 se encontraban en Cádiz y la gente debería inspeccionar y hacer los trabajos de reparación, pero no se sabía el origen del mal.

En el mar Cantábrico, parece que nunca hay buen tiempo, los pronósticos eran de "vientos débiles", nuestro lugar de recalada inmediato sería Tanger. Los barcos estaban probados a un máximo de velocidad sin el peso de la artillería y Cadenas; además, los lastraban adecuadamente (argucia de los constructores), habiendo dado 21 nudos; pero en navegación de travesía, ya con armamento y demás pesos, no levantaron más de 18, forzando máquinas, su velocidad económica era de 16. De manera que viendo las distancias en la carta de navegación y contando con 16 nudos, se calculaba, en muy pocos días la travesía. Cuando el jefe Maqueo nos despedía en los muelles de Euzkalduna, le dijimos que fondearíamos en el antepuerto, para compensar el compás. Entre Bilbao y el Antepuerto que se llama El Habra, medían algunas millas de Ría; y al recorrerlas se van dejando por ambas bandas esos típicos pueblos de Vizcaya a que antes me he referido, donde se come la mejor sardina y se bebe del mejor vino: Erandio, Baracaldo, Portugalete, Sestao, el Nervión y otros, cuyos nombres no recuerdo.

En México, se decía que ya íbamos partiendo las olas del Cantábrico, cuando todavía estábamos en el antepuerto de Bilbao, muy atareados en algo que era esencial, como compensar el compás y sacar los desvíos.

<sup>1</sup> *Compensar*: reducir al mínimo los desvíos del compás.





## Despedida de España

En Bilbao me enteré de que los de la primera escuadrilla, cuando zarparon, llevaban un código de señales abreviado, pudiera llamarse económico, el que contenía órdenes de formación, cambios en la misma, fondeo y otras de mas uso. Esto aún cuando se contaba con telefonía y radio. Pero se trataba de un asunto "marinero" cuya ocasión para practicarlo no debía desperdiciarse.

Aunque se tenían los códigos nacional e internacional de señales, no estaba por demás el nuevo que era un suplemento, utilizado, desde luego, las mismas banderas.

Antes de salir, le sugerí al comandante de la flotilla que hiciéramos lo mismo, a mí me parecía cosa muy acertada. Me autorizó, como acostumbraba hacer con todo; nada negaba, pero no sabía uno si le había interesado, o no, el asunto. El código no lo usaríamos en todo el viaje. En ocasión, en que con buen tiempo quise que se llevaran a cabo unos cambios de formación, tomando yo la iniciativa, después de consultar con el comandante, mandé izar las señales preventivas; unos contestaron, y otros no, el movimiento salió un "churro" y dejé el asunto por la paz.

Posteriormente, cuando ya se nos habían agregado el "28" y el "29" me animé a intentar otra vez los cambios de formación; iban todos los barcos a la vista, con distancias cerradas. Pregunté al comandante Meixueiro si hacíamos unas "maniobras": "Bueno", me contestó. Volví a fracasar, le dije por teléfono: "Mejor lo dejamos", y me contestó: "Bueno".

La impreparación de las tripulaciones se dejó sentir desde la salida de Bilbao que fue por la

tarde. El segundo comandante tuvo que tomar la caña del timón para dejar el antepuerto. A medida que caía la tarde, el viento arreciaba; las primeras horas fueron para adiestrar a los marineros en el gobierno del barco, que se daban una guiñadas<sup>1</sup> tremendas. Esto sucedía con los cuatro barcos; por esta razón e iniciativa propia, cada comandante fue abriendo la distancia de su matalote.<sup>2</sup>

Hubo un momento en que la mar azotaba con mucha fuerza, casi por el través; las olas reventaban no solamente en el costado sino alcanzaban la superestructura y llegaba a salpicar con profusión el interior del cuarto de radiotelegrafía, debido a que las "puertas estancas" no estaban tan herméticas (cosa rara porque en general la construcción era magnífica). Hubo un momento en que la comunicación por telefonía fue imposible.

Como se ha dicho, se había festinado la entrega de los barcos, y el resultado fue que se mal terminaron los detalles, como los de carpintería. Las sentinas<sup>3</sup> quedaron llenas de basura, sobre todo, de viruta, lo cual motivó que se tapasen los chupones,<sup>4</sup> y como consecuencia se padecieron los motores y mi barco que después de hacer batallar a los maquinistas quedó al garete.

A la amanecida del siguiente día solamente veíamos desde el "26" a uno de los demás guardacostas. Cuando se pudo realizar la comunicación radiotelefónica nos pusimos en contacto con el G.C. 25. Su comandante, Enrique Villegas, me participó que había perdido de vista a las otras unidades, a consecuencia de fuerte chubasco que duró más de dos horas. Después pudimos hablar con la Capitana, que dio su situación estimada y tuvimos que forzar máquinas para alcanzarla.

<sup>1</sup> *Guiñada*: calda de la proa hacia cualquier banda.

<sup>2</sup> *Matalote*: en formación, el barco que se lleva por delante.

<sup>3</sup> *Sentinas*: parte interior más baja del buque donde quedan escurrimientos de agua, aceite y otros líquidos.

<sup>4</sup> *Chupones*: conductos para echar al mar, por bombeo, el agua de sentina.



Las dificultades propias de la navegación se hicieron sensibles en ese viaje, en la medida que correspondió a lo pequeño de las embarcaciones, de "manga" sumamente estrecha y, además, no se tomó en cuenta la época. Un barco de poco tonelaje como un yate de recreo, escoge la temporada para hacer su navegación, y sus etapas son lo mas cortas que pueden hacerse; pero a nosotros se nos ordenó una ruta, como si se tratase de barcos grandes; se nos indicaba hasta días de recalada. pero el viaje iba resultando como las circunstancias se presentaban. Se hizo recalada forzosa a un puerto de Portugal, y después, las salidas en varios lugares serían en fechas posteriores a lo indicado en las instrucciones.

Navegábamos frente a la costa de Portugal, casi en el paralelo de Lisboa, cuando una "baja presión" nos comenzó a azotar, de manera que los barcos perdían el gobierno. Como el reporte del tiempo anunciaba que empeoraría, hicimos por la arribada forzosa al pequeño puerto de Cicimbra, lugar precioso, pintoresco; me hizo recordar las películas europeas de principios del siglo, en las que abundaban, como escenarios, estos pequeños puertos de pescadores.

Como nuestra llegada era sin conocimiento por parte de las autoridades del lugar, se fue a presentar saludos a las mismas y recaba la autorización de estadía. Todo fue amabilidad. Los compañeros dados a la buena vida se fueron a Lisboa por la noche. Me puse de acuerdo con mi jefe de máquinas para hacer una inspección general del barco.

En el Golfo de Cádiz el tiempo era una delicia; aunque fuese de pasada contemplamos las aguas del mediterráneo dejando por la popa Cabo Trafalgar, para arribar al puerto de Tanger, donde nuestra presencia constituyó un acontecimiento; por esos días los italianos invadían Abisinia y andaban amenazando a la mitad del mundo. En el puerto corrí el rumor de que barcos de guerra de esa nacionalidad estaban por llegar.

Nuestros guardacostas, muy bajos en su estructura, y con una bandera verde, blanco y rojo sin distinguirse, a distancia, si tenía al medio nuestra águila o el escudo, de los italianos no cabía duda, para la gente que nos veía desde tierra, que eran los submarinos de Musolini. Cuando fondeamos el muelle estaba atestado de curiosos. De pronto invadieron las aguas de los barcos pequeñas embarcaciones de comerciantes marroques, ofreciendo alfombras, tapetes, cojines, y una gran variedad de artesanías de la región. Uno de los árabes portaba una tarjeta que le había entregado un señor en el muelle. Aquella decía: "Juan Jacobo Saba, admirador de México, desea llegar a bordo". Esto quería decir que ya nos habían identificado, por eso se había destacado la avalancha de vendedores.

Mandé la tarjeta al comandante de la flotilla. Cuando estábamos por desembarcar los comandantes, para hacer visita de cortesía a las autoridades, el señor Saba se presentó en el barco capitana. Este señor resultó ser un sefardita (descendiente de los emigrados de España) era de familia millonaria, propietario de grandes edificios en el Tánger internacional. Pariente de un señor Beteta, ambos manejaban grandes negocios, y también entraban en compañía de otro paisano de apellido Shonduver. Como nuestra estadía en ese lugar fue por varios días, porque no se podía proveer de combustible y agua simultáneamente a los cuatro barcos, tuvimos tiempo para atender invitaciones que los pudientes judíos, admiradores de México, nos hacían. Cuando no comíamos con los Saba, lo hacíamos con los Beteta, y en una ocasión, el Club de Leones. Se nos llevó a Tetuán; conocimos el Mendú, y a otros personalidades Arabes, en sus palacetes, quienes nos agasajaban con té de yerbabuena y pan parecido al que en México se le llama "marquesote"; pero no presentaban a sus mujeres, y ni siquiera se les veía a distancia. Por las calles del Tanger Internacional, no había algo que admirar, sino que



era una ciudad moderna y limpia; pero en la parte antigua había que andar con cuidado; toda accidentada, ubicada en un lomerío, con subidas, bajadas y curvas donde, de pronto, en una esquina, al dar vuelta, se tropezaba uno con un camello o un dromedario caminando en sentido opuesto al nuestro. Las mujeres, todas andaban con el rostro cubierto, no era posible saber si eran bonitas o feas. En los lugares donde tomábamos té, solamente había hombres.

Los nativos se le pegaban a uno para servir de guías, y aún cuando no se aceptaran sus servicios, se obstinaban en seguir nuestros pasos; no valía entrar a algún restaurante o lugar de diversión, pues a la salida, el sujeto volvía a pegarse al grupo. Si se le daba dinero, lo recibía sin dar las gracias y continuaba en su necedad de no apartarse. Siempre llevábamos esa clase de compañía, excepto cuando el traslado era un automóvil. Tratándole el asunto al señor Beteta, nos dijo: —No le hagan caso al pegoste, y cuando regresen a bordo, si ustedes quieren le dan algo, si no le dan, el sujeto ni siquiera protesta; para ellos es una gran cosa andar con extranjeros.

La familia Saba, nos colmó de atenciones, una de las hermanas, muchacha como de unos 30 años, nos dijo que su hermano Jacobo padecía de una depresión nerviosa, y nosotros lo habíamos mejorado con nuestra visita. Él nos dio una carta dirigida al secretario de Relaciones Exteriores de México, en la que solicitaba se le hiciera cónsul honorario de nuestro país en Tánger. Tanto en la mansión de los Saba como en la de los Beteta había un hijo donde se encontraba un atuendo (capa, diadema y otras prendas) con que se vestía a la mayor de la familia cuando se casaba. Sobre esto he preguntado a gente de raza judía, y no me han podido decir nada al respecto. Seguramente esta costumbre será únicamente de los sefradistas.

## *La Gran Canaria preciosa; Cabo Verde horrendo*

De Tánger seguimos a las Canarias, pero los chubascos que uno tras otro azotaba el Atlántico frente a la costa africana, y pronósticos de mal tiempo, nos pusieron en la necesidad de recalar, primero a Casablanca y después a Mogador. Los fuertes continuos chubascos nos hacían pegarnos a la costa y navegar a poca velocidad.

En esos puertos africanos, desde nuestro fondeadero veíamos, con los prismáticos llegar a la ciudad y salir al desierto, las caravanas; camellos seguidos por hombres arropados en forma exagerada.

Los poblados sucios con gente astrosa; sus mujeres con el velo que les tapaba el rostro, las calles arenosas, sin pavimento. Pero no dejábamos de contemplar el espectáculo que nos proporcionaba el movimiento de gente cruzándose con los camellos, bajo los grandes arcos de herradura. Los nativos con quienes, podíamos entendernos, todos nos hablaban de "Revolución" se veía gente inquieta, belicosa, querían su independencia; la que cobrarían 20 años después.

Esas ciudades de Marruecos estaban sucias y descuidadas, con su gente astrosa. Las bellezas arquitectónicas —mezquitas y arcadas— construcciones con su estilo "mudéjar" que habíamos contemplado en Granada y en Sevilla, las volvimos a ver en Tánger, Casa Blanca y Mogador.

Dejamos África para arribar al puerto de la Luz, las Palmas, en la Gran Canaria. Antes de arribar se habían comunicado con la capitana los G.C. "28" y "29", avisando que salían de Cádiz para incorporarse a la escuadrilla. De manera que al comandante Meixueiro se le complicaba la cosa con dos barcos más.

El comandante del G.C. "28" (ya he tratado sobre él en páginas anteriores) era un tipo popular dentro y afuera de la Armada, Cuauhtémoc



(Tejón) Pérez, que a mi me debía el apodo; tenía poca seriedad para tratar todos los asuntos que le presentaban, tanto en el servicio como fuera del mismo. Le gustaba el chacoteo y nunca puso un correctivo disciplinario, por esta razón su popularidad con la gente de abajo era grande, pero eso, que para alguien pudiera verse como una manera de ser muy humana, estaba reñido con la disciplina. El Tejón nada tomaba en serio; y esta forma de comportarse, acompañarla hasta, cuando fuimos viejos como comandantes de zonas navales.

La estancia en Las Palmas se prolongó más de lo que se pensaba, tanto porque no se nos pudo proveer oportunamente de combustibles y agua, como por los pronósticos de mal tiempo.

El barco de Pérez estuvo a punto de quedarse para regresar a Cádiz a revisión de sus máquinas propulsoras.

Los alemanes que viajaban como "garantías" por parte de la casa M.A.N., se reunían en los puertos. Velamos entre ellos un compañerismo y disciplina en su trabajo, envidiables. Andaban preocupados porque no podían dar con lo que originaba la manera defectuosa como trabajaban los motores del G.C. 28. Encontraron agua en el combustible. Yo preguntaba a "Eduardo", el alemán que viajaba en mi barco, sobre cual podría ser la causa de que en dicho guardacostas, pasara el agua a la máquina, si los fondos del buque estaban nuevos, si los tanques de agua y diesel eran herméticos y estaban debidamente probado y a bordo llevaban a "Alfredo", su compañero de la M.A.N. El Teutón se me quedaba viendo fijamente, y después movía la cabeza con brusquedad, diciendo: "Raro comandante, muy raro".

El jefe de máquinas del "28" Luis Ruano Millicua, se mostraba preocupado, sumamente afligido, por las condiciones penosas en que navegaban; y se mesaba el cabello al no poder encontrar la causa del mal funcionamiento de unas máquinas tan finas y nuevas, tan nobles

para el trabajo. El había escrito un libro sobre motores de combustión interna, y sus conocimientos de nada le servían para descifrar el mal funcionamiento de los que tenía a su cargo.

Una tarde, encontrándonos en el muelle del "Puerto de la Luz", nos reunimos los oficiales para asistir a una cena; de pronto, el citado jefe de máquinas se desprendió del grupo, subió a su barco y mandó un recado, disculpándose de no poder asistir a dicha cena, por encontrarse indispuesto. Desde entonces no volvió a salir de él, en tanto no atravesáramos el Atlántico. Después supe que había establecido vigilancia estricta en diversos lugares del barco, principalmente en el cuarto de máquinas. ¿Qué había visto cuando entró de improviso a bordo y dejó pendiente la cena? Había sorprendido a un rufián vaciando una lata de agua salada en un tanque de combustible. Cuando Ruano expresaba con indignación que el delincuente le había dicho que cumplía órdenes, el Tejón, sin inmutarse, riéndose por la idiotez del rufián, volvió a ver a su segundo comandante Márquez Ricaño y le dijo: "Fijate, este pendejo lo creyó". ¡Caramba, el idiota lo tomó en serio!

Los alemanes, desde luego, se dieron cuenta de cómo nos las gastábamos. ¿Qué concepto se llevarían de nosotros? Lo bueno fue que estuvieron embarcados un año; conocieron a mas gente de la Armada y han de haberse hecho el cálculo de que había de todo. Como probablemente también en su tierra...

La Gran Canaria me parecía algo bello. En las islas tenía la impresión de que respiraban un ambiente especial, me daban la sensación de encanto, mezclado con curiosidad, por encontrarme en un pedazo de tierra con vida propia. Uno se pregunta ¿cómo serán los manantiales que alimentan el pedacito del mundo que a veces se encuentra a casi medio océano?; lugar donde se vive sin privaciones de ninguna especie; donde caminando por sus calles la vida



es como en cualquier gran ciudad de un continente, y se confirma el asistir a sus paseos, a sus cabaretes, a sus teatros, y otros lugares de diversión. Es un aspecto interesante, en los viajes, ver un pequeño punto de la carta náutica y verificar, que esa cosa insignificante nos proporciona gran satisfacción cuando se reciben atenciones de los habitantes, generalmente hospitalarios. Pero de esas satisfacciones no gozan los millones de turistas que a menudo salen a viajes en "paquetes". Eso está reservado para quienes, en misión especial, aunque sea de paso obligado, vamos representando a la nación.

Los de la primera escuadrilla habían dejado buenos recuerdos, el segundo comandante del G.C. 24 dejó una novia. El, un tipo alegre hijo de vascos que alborotaba una fiesta sin tomar una sola copa, bueno para bailar, retozar y contar chascarrillos, dejó buen ambiente, y nosotros recogimos la siembra. La familia Oribe, ricos del lugar, enviaron por mi conducto mantelería preciosa de lino, a la hermana del oficial y por mi molestia fui obsequiado con un bonita pieza, también de lino.

Nuestro cónsul en la isla, era honorario, y como tal, nos atendía a las mil maravillas. Si se hubiese tratado de un cónsul de carrera, de un paisano, muy diferente hubiese sido la cosa. Desafortunadamente, nuestros diplomáticos de carrera son, en minoría, hospitalarios y celosos de resolver los problemas de sus coterráneos. En cambio, los honorarios, todos son bellísimas personas.

Leíamos en el periódico la turbulencia política de España, que en esos días tomaba un cariz de violencia. Sin ponernos a opinar sobre nuestro credo político, en conversaciones con los amigos Canarios, estos mostraban una aversión hacia la metrópoli y criticaban los defectos de los peninsulares.

Las derechas con Gil Robles, la izquierda con Indalecio Prieto y otros, los extremistas con Largo

Caballero y Álvarez del Vayo; como jefe de los radicales Lerroux, habilísimo político y gran demagogo; Negrín que había sido moderado, a lo último quedo como jefe de la coalición de partidos que constituía la extrema izquierda. Estaban los hombres sinceros y moderados como Martínez Barrios y Samper. Alcalá Zamora ocupaba destacado lugar como presidente; Hazaña, en el escenario de la gran contienda política, era figura de gran relieve. Hombres prominentes que podían haber llevado a la República por buen sendero de la democracia, lo eran en su mayoría, pero las pasiones se desataban dando lugar al creciente odio entre los bandos, llegando al asesinato del derechista Calvo Sotelo, del que, como consecuencia inmediata, brotó la terrible guerra civil, cuyo fin fue el surgimiento de Francisco Franco, El Caudillo.

Así fue como pagaron los republicanos españoles, el haber dejado a la deriva la nave que tripularon a la salida del rey, A la fecha es discutible la figura de Franco. A él no lo llevó a la silla presidencial el voto del pueblo, pero ¿acaso el pueblo no habla sido el que votaba por esos parlamentarios de todos los colores, que a cada rato provocaban crisis ministeriales, causantes de que se disolvieran las cámaras; y después de la reapertura, con gabinete nuevo, se continuaba cada vez más enconada la contienda, haciendo de la política una locura?.. Entonces en esos momentos de verdadera añarquía, no fue Franco un oportunista cualquiera, un aprovechado del momento; más bien pensamos que fue el brazo ejecutor de una gran fuerza cósmica que representara el efecto kármico de una causa. Se trataba de un pueblo enloquecido que con la fuerza de un torbellino iba al caos.

Por eso, cuando meses después viajando en el cañonero Potosí por aguas del Caribe, me entré del estallido de la Revolución, la noticia no fue una sorpresa, por lo menos para mi amigo Díaz Walls y para mí, que tanta atención habíamos puesto al



asunto político, desde nuestra llegada a España. Habíamos comentado el exceso de libertades, de democracia que había en esa tierra.

La gran experiencia que se vivió con la tragedia de España me hace pensar que hay pueblos que no pueden —no deben— gozar de una absoluta libertad, porque se atenta contra la tranquilidad pública. La democracia dirigida se hace indispensable en países como España, como en Hispanoamérica, no por falta de cultura, sino, obedeciendo al carácter del pueblo; en casos como el de España, cada hombre es un cerebro que difiere de los demás, donde la raza es bravía, con gran tendencia al individualismo, que es su característica esencial. En los casos de Hispanoamérica, hay factores más poderosos para no creer en la cacareada democracia. Los refugiados españoles en México, después de haber experimentado ese torbellino político-social de su país, se encontraron en México una nación en paz, donde la gente podía gritar por la calle lo que quisieran; donde se podía escribir lo que se pensara; pero, ¡cuidado con testerear el partido oficial! que cuando ellos llegaron se llamaban el P.R.M. y vieron que nos era necesario el que después se llamó Partido Revolucionario Institucional, que aún siendo solapador de corruptos funcionarios y burócratas traidores a la patria, por su inmoralidad en el desempeño de sus cargos, también era magnífico controlador de masas, que desarrollando una demagogía necesaria podía sostener el orden institucional en el país por varias décadas.

Ahora; quienes de ellos viven, (los refugiados españoles) podrán decir que el PRI ha tenido dirigentes deshonestos; que ha sido el trampolín para lanzar a políticos incapaces, a altos puestos; pero qué duda cabe es el catalizador de las masas, que, las maneja para imponer la política que más cuadra con la idiosincrasia de nuestro pueblo.

Viene al caso todo esto, al comentar que en Islas Canarias nos enterábamos de la turbulencia política que prevalecía en esos momentos por la metrópoli. No pudimos soslayar el eminente peligro de grandes acontecimientos desastrosos, y a la vez pensábamos, que si en México ya se gozaba de una estabilidad política, prometedora de paz, ello se veía como la consecuencia lógica de la tremenda guerra civil que había sacudido a nuestro suelo; que se había manchado de sangre por sus cuatro puntos cardinales; y ya en el periodo de gobiernos civilistas, después del correspondiente a los caudillos, quedaba establecida la pauta, para gobernar con cierta flexibilidad hacia tendencias radicales o moderadas en el aspecto social, pero llevando como divisa rectora, los colores del partido del gobierno; que si bien, es criticable por lo impositivo, no puede negarse que a ese partido lo siguen los tres sectores principales de la ciudadanía, porque indudablemente, con su militancia está aplicando la fórmula que resuelve el problema político de la nación. Esto cambiará, aunque parezca paradójico, a medida que el pueblo se alfabetice, cambiará en el sentido de que se acabará el "borreguismo" y los colores del PRI serán pisoteados. Pero... entonces quién sabe cómo nos vaya, y esto se espera como por allá de las Calendas Griegas.

De Canarias salimos rumbo a las islas Cabo Verde, para hacer combustible. En la mayor de ellas se encontraban los depósitos. Prácticamente no había bahía y la maniobra del combustible podía hacerse sin dificultad, solamente con la mar en calma, que cuando llegamos era como un plato de aceite. Al día siguiente de haber arribado sopló mal tiempo, que dejó una resaca muy fuerte; hubo necesidad de esperar para poder acoderarse,<sup>1</sup> a los chalanes que eran los depósitos de combustible. La maniobra se ha-

<sup>1</sup> *Acodarse*: amarrarse al costado de otro barco, chalán, etc.



clá penosa porque como no había ninguna obra de defensa al puerto, la mar gruesa nos aconchaba y separaba de las gabarras<sup>1</sup> abastecedoras. Había que tener a toda la tripulación en el costado provista de remos o palos largos para estar deteniendo al barco al cerrarse con fuerza. Con este trabajo no se pudo evitar abolladuras que mas tarde se repararían en Veracruz.

Era curioso ver esa maniobra que, como el picador apoya la vara en el morrillo del toro para detenerlo en su embestida, los marineros procuraban hacerlo con los bicheros y remos<sup>2</sup> en un lugar de chalán donde no resbalase.

## *Atravesamos el Atlántico*

Con gusto dejamos el fondeadero de Cabo Verde, uno de los lugares más feos que he conocido. Me quedó la impresión de que todo lo perteneciente a Portugal sería por el estilo. Era algo horrendo, no había un hotel regular, no fue posible cenar en tierra, la gente era, casi toda, de color y mal vestida; no se veía vestigio de civilización. Pero años más tarde quedaría yo maravillado de San Miguel de Azores. Ahí vi que los portugueses tenían algo de que enorgullecerse.

Al dejar Cabo Verde, nuestro siguiente puerto de recalada sería Natal (Brasil). La travesía del Atlántico se haría con una sola máquina, alternando las dos con que contaba el barco. Había un ahorro considerable de combustible, aunque se hiciera más tiempo en cruzar el océano.

Las islas Cabo Verde están en una latitud "norte" de aproximadamente nueve grados, y Natal queda como dos al sur del Ecuador; de modo que cruzaríamos esa línea imaginaria. El descuido de un comandante hizo que después de pasar a latitud sur, su barco se fuera saliendo

de la fila, como abandonando a la flotilla. Al aclarar esa irregularidad por teléfono, se vio la causa; sencillamente, el descuidado comandante y su "segundo", no habían aplicado, en sus cálculos, la latitud con signo contrario. Esto es elemental en la navegación, y siendo primera vez que se pasaba de un hemisferio al otro, la novedad era como para estar muy pendiente de hacer el simple cálculo y ser cuidadoso, como debe ser un navegante, hasta con los detalles que parecen de poca importancia. Navegábamos en dos hileras —tres y tres barcos— el mío iba a la retaguardia del G.C. 27, que tenía problemas en el generador de corriente. En una ocasión, de noche, se le apagaron las luces saliéndose de la formación y quedando sin gobierno. Como durante el viaje no me separaba del cuarto de derrota, durmiendo en un diván, me daba cuenta inmediata de cualquier asunto que reclamara mi presencia. Oportunamente mandé maniobrar para evitar una colisión. La noche era oscura como boca de lobo; con dificultad se podía distinguir la silueta del "27". Ahí estaban el divertido y un tanto descuidado Indio Díaz Walls, que como comandante llevaba toda la responsabilidad del barco; el jefe de máquinas —el también pintoresco general Huart que era un magnífico maquinista, y el segundo comandante, el gringo Orozco, mi concuño— toda seriedad y todo preocupación porque las cosas salieran lo mejor posible.

Mandé moderar la marcha de mi barco y nos pusimos a dar vueltas el derredor del "27" en sentido de las manecillas de un reloj, según mandan los canones de la maniobra en estos casos; (ponerse al "paíro") pretendiendo comunicarme telefónicamente con el comandante. Cuando pudieron tener fuerza motriz, aquel me dijo que tardarían una media hora en arreglar la avería. El viento arreciaba y la mar crecía, lo que

<sup>1</sup> *Gabarras*: chalán, pango, etc.

<sup>2</sup> *Bichero*: Pieza de madera larga, que en un extremo lleva un garfio y sirve para juntar una embarcación a otra o a un muelle, a la vez que se usa para impedir que se aconche en forma brusca, recargando el extremo contrario.



me propiciaba gran preocupación era el verme obligado a remolcar al G.C. 27 para evitarle el garete. Me comuniqué con el comandante de la escuadrilla para ver si se nos esperaba; de lo contrario yo quedaría al mando del grupo separado, ya que, seguramente, al resto de barcos los perderíamos de vista.

Por orden y sucesión y mando, de acuerdo con mi jerarquía, debía asumir esa actitud. La contestación del mando fue: "Procure permanecer en contacto radiotelefónico". —Enterado—.

Estaba yo diciendo a Díaz Walls que ahí me quedaría cerca de sus aguas, cuando vi acercarse a otro guardacostas, venía de vuelta encontrada;<sup>1</sup> y resultó ser el "28". ¡El Tejón Pérez! quien me sugirió quedarse para custodiar al "27". Preferí quedarme y que aquel siguiera "en conserva"<sup>2</sup> con la flotilla.

La actitud de Pérez, era la muestra del espíritu de compañerismo que siempre existió entre los miembros de la "gran familia de la Armada". Habría, por esos días, quien mereciera la guillotina por mil causas, menos por no prestar auxilio a un compañero en apuros. dos horas se llevó la reparación del fallo eléctrico que dejó al garete al G.C. 27. Iniciamos la marcha a 16 nudos, con riesgo de quedar escasos de combustible, por lo que dije a Díaz Walls: "solamente daremos esta velocidad por dos horas, y de no alcanzar a la flotilla, seguiremos al régimen de 13 nudos. No tardamos mucho en darles alcance, ya que habían moderado la marcha.

Llevábamos un rumbo casi al oeste, como en los momentos en que escribo esto no tengo carga náutica a la vista, ni apunte que hubiese hecho cuando acontecía lo que ahora se narra, puedo dar como bueno el dato de que nuestras proas apuntaban más o menos, al rumbo verdadero 260 grados. Estaba trazado, directo a Natal,

lugar saliente de la costa brasileña. Propuse al comandante de la flotilla que se trazara hacia la isla San Fernando de Norona, cercana a la costa. Al avistarla tendríamos que enmendar el rumbo y lo que se perdería en tiempo debido a la ligera desviación serían una cuantas millas; pero, en cambio, obtendríamos una recalada precisa a Natal. No se hizo así y nos atuvimos a las situaciones astronómicas. No tuvimos en cuenta que la corriente nos haría derivar, y como durante los dos últimos días no hubo sol para observar, y la noche fue sin estrellas; cuando deberíamos ver la isla no fue así; pasamos muy distantes de ella, y si a todo esto, agregamos que en esa parte es donde el continente recurva hacia el oeste; dio por resultado una recalada no muy buena, habiendo pasado a mucha distancia frente a Natal; no vimos su faro. El primero que se dejó ver, porque converglamos con la costa, fue uno muy al oeste del citado Natal. Hubo necesidad de virar para navegar en sentido contrario al rumbo que habíamos sostenido; e ir identificando los faros. En esta tarea nos amaneció y hacíamos nuestro recorrido entre "bajos", hubo una pérdida de tiempo considerable; la mar arbolada con fuerza por proa y el combustible estaba escaseando. El comandante dio la orden de "seguir las aguas de la Capitana. Con esto parece de pronto que toda la responsabilidad la asume el que manda. Yo hubiese trazado rumbo al norte cuando, por estima, habíamos estado en la longitud de Natal. Eso era lo indicado para dar con la desembocadura del río por el que se entraba al puerto.

A larga distancia vimos, con prismáticos, el faro, y con marcación a la costa pudimos obtener nuestra posición exacta.

Teníamos que salvar unos bajos que nos quedaban por la banda de babor y otros que no velaban<sup>3</sup> por la otra banda. La mar arbolaba

<sup>1</sup> *Vuelta encontrada*. rumbo inverso al que uno lleva.

<sup>2</sup> *En conserva*. a la vista, no precisamente en formación.

<sup>3</sup> *Velar*. que asoman, o salen del agua.





cada vez con más fuerza, y no había manera de abrirse de la costa para hacer la recalada que se precisaba, tanto por los citados bajos, como por no agotar el combustible. Los barcos, en hilera, no se separaban más de unos treinta metros. Precisamente a la mitad del canal de entrada, estaba señalada una piedra pero a 18 pies de profundidad; nosotros calábamos 8, nos sobraban 10 de agua. Por las dudas, había que dejarla a una banda, pero con mucha precaución por el peligro de que al caer la proa fuese uno a dar con las escolleras donde se encontraba el faro, a babor, y por la banda contraria había el mismo peligro.

En cabeza iba el "24" con el comandante Meixueiro, en 2do. lugar el "29" con el teniente de navío Rigoberto Otal; en 3ro. el "25", con el teniente de fragata Enrique Villegas; en 4to. término, el "27" con el teniente de fragata Ángel Díaz Walls; en 5to. el "26" bajo mi mando como teniente de navío; y por último en el 6to. el "28" bajo las órdenes del teniente de fragata Cuauhtémoc Pérez.

Si el tiempo hubiese sido bonancible, a pesar de haber enfilado en forma diferente a como estaba indicado para recalar, hubiésemos rendido la jornada sin mayor novedad, pero con todos los elementos adversos, mar gruesa y escaso combustible, por mucho cuidado que se llevaba, no hubo mas remedio que cruzar la bocana dando grandes arfeadas.<sup>1</sup> Estas hacían que al bajar la proa, ésta se hundiese bastante con peligro de que la quilla tocara el bajo del medio de la bocana. Lo curioso del desafortunado accidente, que se nos esperaba, fue que precisamente el 29 y el 26 resultaron los averiados, ambos equidistantes en la formación —2do. y penúltimo lugar— y los comandantes éramos los dos únicos tenientes de navío ¡vaya coincidencia!

Cuando sentí el golpe en el fondo del barco, no experimenté sensación de temor sino de ra-

bia; rabia por haber buscado ese contratiempo donde, por suerte, cuatro barcos se salvaron de una avería.

Una vez que fondeamos en el río fui a ver al comandante de la flotilla. Su barco había fondeado como a 300 metros distante del mío.

Al regresar a mi barco y pasar frente al G.C. 29, vi a los oficiales con botas de hule y con calzones de baño, (también habían pegado en el bajo). Estaban apurados porque las vías de agua<sup>2</sup> no podían taponearse; la bomba de achique no se daba abasto. Comentaba con el comandante Otal el accidente, diciéndole que también nosotros habíamos tocado el bajo, cuando un marinero me dijo que estaban avisando desde el G.C. 26, con señales de brazo, que el barco estaba "haciendo agua". Pegué un salto a mi lancha; dejando a bordo de la capitana a mi segundo, Gallardo "ya mandaré por ti", le dije cuando me alejaba. Gallardo había bajado a los dobles fondos y sentinas del barco por orden mía, inmediatamente después de que golpeamos. Se trataba de ver si no había vías de agua, y me había dado parte de "sin novedad".

Cuando llegué a bordo, mi jefe de máquinas, el "Gallina" Tejeda, ya tenía listo todo para dar avante; pedí "toda máquina" poniendo proa a la orilla del río, arrastrando el ancla. Como aquella era acantilada, formando un poco de playa, varamos, quedando con un tercio de barco sobre tierra, y el resto flotando. Ordené a los marineros, en su mayoría bastante jóvenes, que buceando trataran de localizar las vías de agua. Alguien tocó una parte del casto donde había remaches saltados, parecían pocos los agujeros para la cantidad de agua que entraba. Como el buceo no se hacía con los elementos con que se cuenta actualmente, sino como vulgarmente se le llama, de cabeza, no se les podía exigir mucho a los marineros. Entonces me tiré al agua, tenía yo

<sup>1</sup> *Arfeadas*: subida exagerada de la proa por el impacto de las olas seguida del movimiento inverso.

<sup>2</sup> *Vía de agua*: agujero o rasgadura en el casco de una embarcación que permite entrar al agua del mar.



facultades físicas bastante buenas, cerca de dos minutos bajo el agua. Recorrí toda la quilla en la parte que flotaba, encontré la esquina de una plancha despegada, y habían saltado como 20 remaches, que permitía a dicha plancha separarse del resto del casco.

La reparación provisional fue a base de pasar tornillos con tuerca, de afuera hacia adentro del casco, apretados fuertemente. Encargué de esto al jefe de máquinas. El trabajo, en sus manos, era cosa garantizada. Era Tejeda un elemento responsable y leal con el mando, Era un veracruzano de buena sepa. El apodo de "gallina" se debía a que en sus mocedades, a bordo de un barco mercante, se había robado una y la había puesto a cocer en agua de la caldera. No era procedente de la Escuela Naval; era de los elementos mercantes que habían ingresado a la Armada por la escasez de oficiales en 1924. Cuando salí de la Escuela, él ya navegaba en el litoral del Pacífico, lo alcanzaría en grado y, por razones de orgánica, a bordo del "26" quedaba bajo mis órdenes. Como la mayoría de los maquinistas que ingresaron en la época, a que antes me refiero, era gente muy conocedora de su profesión.

Con mi afición a los deportes en la Escuela, había llegado a nadar bien y aguantaba, según ya expresé, largo rato buceando; esto me permitiría dar con todas las vías de agua; bajada con un manojo de alambres y los iba metiendo en los lugares donde faltaban remaches, ya que los orificios podían ser localizados fácilmente por el chorro penetrante; pero esto sucedía en parte oculta por piezas de la "sobrequilla". Esta especie de caja que corría a todo lo largo del fondo, tenía unas aberturas circulares por donde podía meterse la mano, y de esta manera se tocaban los alambres que yo iba introduciendo. La maniobra era pesada, pero había que tapar todos los conductos, para que en seco se pudiesen poner bloques de concreto. Esto es lo que le recomiendo a uno la propia experiencia.

Mi segundo comandante, se puso su traje de baño para ayudar, le dije que nadara hasta la quilla, y me di cuenta de que no podía hacerlo; daba unas patadas en la superficie y volvía a levantar, como con desesperación, la cabeza, para respirar. Le dije que le tomaría la mano para ponerla en un agujero para que sintiese la entrada del agua; me afirmé con las puntas de los dedos en una junta entre dos planchas; tiré de él hacia abajo, de manera que su cabeza quedó completamente sumergida y lo retuve como diez o 15 segundos; él trataba de deshacerse de mí, pataleaba y manoteaba; cuando lo dejé, flotó, y se alejó del lugar de la sumergida. Cuando pudo me dijo: "¡Que bárbaro eres, crees que todos somos buzos como tú!" le recomendé que se entrenara un poco, todavía estaba en edad, no pasaba de 27 años. Seis años más tarde, el barco petrolero en que prestaba servicios, fue torpedeado, se derramó parte del cargamento incendiándose en un perímetro de corta extensión; algunos nadaron debajo del agua y salvaron la vida saliendo a la superficie fuera del fuego, aún cuando no se salvaron de ligeras quemaduras, pero él nada pudo hacer.

La muerte de Gallardo me hizo meditar, sobre la atención que las autoridades navales, deben prestar al aspecto de que, tanto los oficiales como los de tropa, deben ser si no atletas por lo menos hombres robustos, saludables, que hayan practicado bastantes deportes.

El hombre de mar debe ser nadador por excelencia.

### *Arribada a Natal (Brasil)*

Habíamos puesto el barco a flote y nos empeñamos en otra faena, para localizar desperfectos en el fondo que podía tener el casco en la parte que había quedado recargada en al arena, y no habíamos podido inspeccionar. Por fortuna fue muy débil el golpe encontrado en la parte media.



El puerto de Natal queda en un río estrecho; la ciudad algo horrible, con una población en que un gran porcentaje eran cruza de indígena con africano, y hablaban un portugués que lastimaba los oídos. Ese idioma tan armonioso lo volvían algo feo e imposible de entenderse una sola palabra.

Se encontraban, nuestros barcos, relevándose para tomar el combustible, por turno, cuando tuvo lugar una rebelión contra el gobierno brasileño. Un sargento perteneciente a la Banda de Música del Ejército encabezó el movimiento subversivo, que dejaría un saldo de varios muertos y heridos.

Cerca del río, y en partes céntricas de la ciudad, el tiroteo duró más de 24 horas, hasta que los rebeldes quedaron dueños de la plaza. A nuestros barcos acudieron gentes del gobierno local, tanto civiles como marinos del sector naval del lugar, entre los que se encontraba un capitán de navío. En la capitana<sup>1</sup> se alojaron varias familias que improvisaron "tendidos", en la toldilla.<sup>2</sup>

Uno de los personajes que se alojó en el "24" con su familia, era miembro prominente de la Logia Masónica del lugar.

También dimos alojamiento —en dos guardacostas— como a 50 muchachos de una Escuela de Marinería. Entre los miembros de una de las familias que quedaron el "24", se encontraba una chiquilla, preciosa, más criolla que mestiza, con un perfil perfecto.

Cuando llegué al 24 a dar "parte de novedades" al comandante Meixuerio, al día siguiente de haberse recibido a los huéspedes, ya se encontraban haciendo lo mismo los comandantes de los demás barcos. Me llamaron la atención las muchachas sentadas en toldilla. Al acercarse mi lancha, una de ellas corrió a la barandilla, se me quedó mirando de manera que me causó curiosidad. Su bonito rostro me instó a no quitarle la vista.

Llegué en mi lancha hasta la escala y abordé el barco, mirando hacia donde estaba la chiquilla de quien era yo objeto de su atención y curiosidad. Después de dar parte volví a mi lancha y al despegar de la capitana levante la mano diciendo adiós, por lo que ella se deshizo en su movimiento de despedirme agitando las suyas.

Nunca me había creído "carita", y en mis tiempos de soltero siempre fui el primero en fijarme en una mujer para conseguir su amistad. No era afortunado como mis compañeros con los que hacía grupo: Gabriel Lagos, Carlos Cano, Roberto Fernández, Enrique Altamirano. Este último tenía un "gancho" tremendo para las mujeres con su fino perfil, y yo, envidioso, le reclamaba que no le dejaba a uno nada; las miradas eran siempre para él o para Cano que era un gran tipo, tanto que en Veracruz se lo peleaban las muchachas.

Pero todos los hombres tienen su época de atractivo... ¡secretos de la naturaleza!.. Años después de haber pasado la década de los veinte, en la edad en que se empieza a madurar, mis compañeros fueron perdiendo "su gracia" y, en cambio, a mí me fue mejor. En Bilbao, en la Habana, en Nueva Orleans y en el mismo México, solía desquitarme quitándoles lo que descubrían en nuestras andanzas.

Todos los días que iba a dar "parte", la muchachita huésped, de quien no recuerdo bien su nombre de pila (Alicia, Elisa, Eloísa o algo así) me esperaba recargada en la barandilla. Subía yo a la capitana y después de dar "parte" me trasladaba a la toldilla y conversaba con la preciosa escuincla y sus compañeras de refugio. Esos ratos eran sumamente agradables; me sentía como personaje de una novela romántica.

No ponía cuidado en ver si sus familiares se daban cuenta de lo que llevaba camino de romance. A su padre lo veía siempre hablando con Meixueiro, que era su "hermano masón"; le oía

<sup>1</sup> *Capitana*: barco insignia, donde se encuentra el comandante del grupo de unidades.

<sup>2</sup> *Toldilla*: la parte de popa; en cubierta.



nombrar a Getulio Vargas. El señor iba a tomar cargo de importancia en el gobierno. La muchacha me decía, en un portugués que yo entendía perfectamente: "Me gustaría ir a México ahora que conozco a los mexicanos". Y agregaba:

Mucho me divertía oír eso de una chamaca que hablaba entre broma y en serio, sin importarle que la oyesen. Varios días duraron esas gentes a bordo, hasta que la ciudad estuvo completamente en calma, ya en poder de las fuerzas gobiernistas.

### *Fraternidad masónica*

Concurrió la circunstancia de que todos los señores que estuvieron aislados bajo nuestra bandera, eran masones, y en la flotilla había una buena cantidad de "hermanos" con Meixueiro, Otal y Tejeda a la cabeza. Estos ya tenían un grado avanzado.

Mi amistad con Tejeda era estrecha; le comentaba que no comprendía yo como un individuo de mala conducta —perezoso en el desempeño de su trabajo— con mañas o manera tortuosa de proceder, podía tener cabida en la logia. No concebía el verme en una "tenida" junto a un hermano a quien debía ver como tal, después de haberle hecho observaciones a bordo, por mal comportamiento. Preguntas sobre esto las he hecho en diferentes ocasiones a otras personas de la masonería, y la contestación ha sido más o menos la misma: "Una cosa son unos masones y otra la masonería".

El caso en Natal, respecto a este asunto, fue que un día antes de dejar el puerto, hubo una invitación para todos los "hermanos". Entonces me di cuenta de los lazos que unen a esta fraternidad, y también vi como estaba difundida entre la gente de la Armada. El personal de los seis barcos sumaban como 125 y salieron para reunirse en su "tenida" —o lo que fuese— como 20. De mi barco fueron cuatro, uno de ellos mi

jefe de máquinas, elemento de jerarquía a bordo, cumplido y respetable, pero junto a él iba un marinero, mañoso y tanteador. Yo decía entonces, y sigo diciendo: "La masonería no debe entrar en los recintos militares". Pero respecto al marinero de marras: con el tiempo ascendió, pasó a infantería de Marina, y no fue mal oficial. Entonces si justificaría su lugar con los hermanos de logia, lo que resultaba una aberración en los días que lo conocí.

No tuvieron las autoridades o los mismos masones, la atención de ofrecer algún agasajo para el resto de los oficiales. Nada me importaba esa falta de cortesía hacia los que hablábamos de las enseñanzas herméticas, los que nos habíamos reservado esos estudios para cuando tomáramos más en serio la vida y las cosas del espíritu. ¡Ah!, pero que grato recuerdo me quedó de esa jovencita que me proporcionó el placer de haberme distinguido entre los visitantes mexicanos que llegaron, seguramente en momentos cuando su imaginación estaba impresionada por las narraciones de Salgari, Pierre Loti o Joseph Conrad.

La chiquilla era admiradora de México, iba a principiar estudios superiores y había leído con interés la historia de nuestro país.

Le gustaba leer y estudiar. Me hacía preguntas que me desconcertaban y gracias a que por ese tiempo me había leído todo lo de la guerra de la reforma, salí del paso sin tener que pronunciar el común "no me acuerdo". Pero lo mismo hablaba en México que del resto de América, y coincidimos en nuestra gran admiración por Bolívar, considerándolo como el gigante de los Andes, lo más grande del continente. Gozaba yo al ver que esa niña consentía en mi aserción de que el Libertador fue un iluminado, con más méritos que el mismo Napoleón Bonaparte. Le conté que en un pueblecito de Vizcaya había visto un monumento levantado a la memoria de Bolívar, y que el villorio llevaba ese nombre. Y



que precisamente ese descubrimiento que hice, me despertó el interés por el gran Libertador.

Pero regresando a lo de que la plaza quedó en manos de los levantados: El segundo comandante del G.C. 29, Diego Mújica y yo tuvimos que padecer la inquietud que nos proporcionaron los contratiempos ocasionados por la descortesía e ignorancia de los rebeldes. Estos nos habían suspendido el suministro de combustible tan pronto como habían quedado dueños de la plaza. El comandante Meixueiro me comisionó con el citado segundo del 29 para gestionar que se reanudara el servicio.

Cuando llegamos al muelle se acercaron unos tipos estrafalarios, armados. Como no se les entendía su mal hablado portugués, intervino un civil que sabía inglés y le dijimos en ese idioma, que buscábamos donde podríamos arreglar lo del combustible, así como el aprovisionamiento de agua. Entonces se acercó un tipo con insignias de sargento, pistola en mano, y reprendió al intérprete por hablar en inglés, quien de inmediato se alejó. Como el salvajón empistolado hablaba un poco mejor el portugués que los otros, nos pudimos entender ayudados con señas. Entonces nos condujo al cuartel general de los Rebeldes, pero el asunto se nos hacía molesto, y a la vez indignante, porque caminábamos junto a un tipo que llevaba la pistola en la mano y tal parecía que íbamos detenidos. Mújica le preguntó por qué no enfundaba su pistola y contestó: que los del gobierno podían salir al encuentro en cualquier momento; que en cualquier esquina lo podían matar. Era el imbécil —peligroso— espécimen que surge invariablemente en todo movimiento armado, y que alguna vez como una ironía, contribuye al triunfo de una causa noble. Son estos hombres los que no deben quedar como sobrevivientes de una revolución; deben caer en el campo de batalla y quedar como héroes, pues, de perdonarles la vida las balas, con ello están adquiriendo el derecho de llegar

a portar los mas altos grados en las fuerzas armadas, y los mas altos puestos en el gobierno, convirtiéndose en azote de la sociedad.

La casa que servía de cuartel general, era grande, con un patio inmenso, estilo colonial. Docenas de gentes entraban y salían por diferentes partes, algunos con vendas en la cabeza, en una mano o en un pie; eran los héroes de la jornada. La cocina despedía un penetrante olor a guisos; de la misma salían voces de varias mujeres; y esto me recordaba a las "adelitas": Todas llevaban listones rojos amarrados con las trenzas, se asomaban a vernos con curiosidad, una se puso a hablar con el que le hacía de ujier y de inmediato su cara cambió de expresión, se quedó viendo de hito en hito hacia nosotros y terminó sonriéndonos. —Menos mal que estamos cayendo bien, me dijo Mújica.

Nos encontrábamos inquietos después de esperar como media hora; por ratos dejábamos el asiento para dar unos pasos por el corredor. Nos molestaba la mirada insistente de los que por ahí rondaban y los que llegaban de la calle, sin que pasaran desapercibidos, para nosotros, los cuchicheos en corrillos que formaban, unos uniformados y otros civiles, pero todos portando armas. Como íbamos uniformados, probablemente algunos de esos salvajones creían que éramos sus paisanos, y los intrigaba nuestra presencia. El empistolado con quien habíamos llegado a ese sitio, que no enfundaba el arma, de vez en cuando se acercaba para decirnos que ya íbamos a poder pasar con "el jefe del movimiento". Después de mucho esperar decidimos retirarnos, y ya caminábamos por la calle cuando un soldado nos alcanzó diciéndonos que "el jefe" nos esperaba.

El motivo de la espera a que nos habían sometido, era que se habían juntado los principales cabecillas, y discutían si ordenaban se reanudasen los servicios de abastecimiento de combustible, o se nos negaba, en vista de que



habíamos dado alojamiento a gente enemiga de ellos. Como en ese momento no se nos podía asegurar algo, el jefe nos dijo que seguirían deliberando, pero que, por lo menos, mandásemos a tierra a los muchachos de la Escuela de Marinería. Esto quería decir que sabían perfectamente lo de los refugiados a bordo.

No fue necesario tener que vernos posteriormente con esas gentes, pues una 48 horas después llegarían fuerzas del gobierno. Cuando esto tuvo lugar hubo combate en las calles, y la resistencia fue poco vigorosa volviendo a dejar saldo de varios muertos y heridos, quedando la plaza, en poder de la tropa federal. Había sido un levantamiento local. No supimos de disturbios en otros lugares de la República.

## Belén de Pará

Se zarpó de Natal, por los días de diciembre. El puerto de recalada era Belén de Pará que se encuentra casi en la desembocadura del inmenso Amazonas. Se acordó que la marcha se sujetaría como conviniera a los dos barcos averiados. El "26", al que podían resultarle más vías de agua de las que se le habían tapado, debía navegar con pocas revoluciones de las máquinas. Las ligeras reparaciones que le habíamos hecho en el casco, se complementaban con el cemento que interiormente se había colado para hacer la obturación completa, pero eso debería ser reparado en dique. Se pensó que se llegaría a Veracruz sin contratiempo para subir al dique del Arsenal Nacional; pero no contábamos con qué penalidades de estar sacando agua con la bomba y a brazo —con cubos— nos iban a tener en agotadora faena por más de 36 horas. Tendríamos que recalar a una playa antes de arribar a Belén, donde encontraríamos pequeños diques flotantes.

Desde que se trazó rumbo, principió a soplar viento de proa, refrescando cada vez más, con lo que el barco daba arfeadas bruscas, recibiendo con fuerza el impacto de las olas a la calda de la proa. Esto hizo que los tornillos conque se habían asegurado las esquinas de la plancha averiada se aflojaran; el cemento se agrietó y el agua principió a entrar; hubo necesidad de disminuir la velocidad; el tiempo amainó y sacando el agua con la bomba de achique nos amaneció. Los otros barcos siguieron su marcha. Pensé en la conveniencia de colocarle al barco un pallete de colisión.<sup>1</sup> No velamos mas que al G.C. 25 (mandado por Enrique Villegas) que seguía las aguas de nuestro barco. El agua seguía subiendo de nivel en el sollado de proa, hasta llegar a la bomba de achique, amenazando cubrirla. Entonces era cuando toda la gente, con baldes, latas, peroles de la cocina y todo lo que fuera recipiente, en lucha agotadora, impedíamos que fuese a fallar la bomba, o sea, que se le ayudaba en su trabajo; era mas el líquido que entraba que el expulsado por esa maquinita deficiente.

Me vi obligado a poner proa a la costa; entonces la mar nos principió a batir casi por la popa, lo que hizo mas descansada la faena. El lugar que escogí para recalar no era un buen abrigo pero salvaba la situación; cerca se encontraba un poblado, Jericoacara. Al fondear, por lo rápido que borneó<sup>2</sup> el barco, nos dimos cuenta de la fuerte corriente que había en esa parte de la costa

Para tapar las vías de agua que fueron apareciendo y nos daban la batalla, había que secar bien los fondos por el interior esto se hacía indispensable para que fraguase el cemento. Teníamos dos sacos de este material y arena que habíamos recogido junto al río; pero lo primero era poner el pallete de colisión. Como no contábamos con elementos para "control de averías",

<sup>1</sup> *Pallete de colisión*: algo como suncho o braguero, que se pone rodeando el casco del barco para obturar la vía de agua.

<sup>2</sup> *Bornear*: girar una embarcación fondeada, teniendo como centro de giro su ancla.



se improvisó aquel con un "coy",<sup>3</sup> que se pondría, como una faja o cinturón, haciéndolo firme a lado y lado de las barandillas del barco. Lo bueno era que las vías de agua se localizaban separadas en un diámetro que no pasaba de un metro, y el coy las abarcaría a todas. Para colocarlo había que pasar por debajo del barco las rabizas o cordeles que lo jalarían de la banda contraria a la que se escogía para echarlo e introducirlo en el agua. Entonces se requería un nadador que pasara por debajo del barco el cabo guía, del cual debería tirarse para que el coy se acomodara, adhiriéndose fuertemente el casco del barco.

Pedí un voluntario para el trabajito, que no sería proeza, y como no vi mucha espontaneidad por parte del que me inspiraba más confianza y además, no queriendo cargar con la responsabilidad de una vida, ya que la corriente era fuerte, yo lo hice. Me eché al agua con una tiradera amarrada al pecho, desde la proa, por la banda de estribor, (en la banda contraria, babor, por popa, estaba largada la escala. Cuando iba nadando y volteaba a ver el casco del barco para no rozarlo con el cuerpo, me daba la impresión de que aquel se deslizaba. En los momentos de peligro en un segundo se piensan mil cosas: ¿si no lograba salir a tiempo y quedaba sujeto por la tiradera en manos inexpertas? ¿si los atarantados soltaban la tiradera y quedaban a merced de la corriente? Nunca fui tan ágil para jalar agua. Apenas floté cuando estaba como a un metro de la escala; me aferré a ella con todas mis fuerzas y trepé y subí a la toldilla sin la menor fatiga. Se jalaron las rabizas de una y otra banda, y para que el coy no quedase arrugado, se tiró oblicuamente, hacia proa y popa de las que quedaban en los extremos, dejando esa especie de braguero, pegado al casco, y haciéndolo a éste, hermético. Cuando hubo quedado completamente seco el fondo, en el interior, se procedió

a colar el concreto, tapándolo con cajones apuntalados.

Cuando levamos anclas había un tiempo de absoluta calma, a pesar de ello principiamos a navegar a la velocidad más baja que se podía, 12 nudos, con la esperanza de que el coy resistiera; se hizo rumbo a la punta más próxima y se seguiría navegando frente a la costa hasta Belén de Pará. El "G.C. 25" había fondeado cerca de nosotros en Jericoacara, después de levar anclas navegamos "en conserva".

Se había reventado una rabiza del coy después de varias horas de navegación; entonces se temió que terminaran faltando las demás, y el coy, junto con sus rabizas, se enredaron en una propela; por lo tanto se recogió, pero los bloques encajonados de cemento aguantaron bien ya que el tiempo era bastante bueno. Se cogió confianza y se aumentó la marcha a 16 nudos; además de que la corriente nos ayudaba.

Alcanzamos al resto de la flotilla, que iba a poca velocidad, poco antes de llegar al punto de recaída. Belén se encuentra, río adentro en el Amazonas. Este puerto fluvial es la capital del estado de Pará; el estuario es inmenso y la entrada debe hacerse forzosamente con práctico.

Cuando alcanzamos al primer barco, de la escuadrilla los cuatro, ya se encontraban disgregados. Hubo confusión al buscar la entrada; la carta cáutica señalaba un "barco de pilotos" en las cercanías de la boca principal. Cuando propuse, por telefonía, que se hiciera rumbo a dicho barco, prevaleció la opinión de esperar más o menos por donde parecía ser la boca principal del Amazonas. Esto se agravó porque el tiempo se puso brumoso y las distancias parecían más grandes en tales condiciones atmosféricas.

El jefe de la flotilla expresaba que el barco señalado en la carta no estaría fondeado, sino a la "vuelta y vuelta" en las inmediaciones. Se había

<sup>3</sup> Coy: pieza de lona que se usa a bordo como hamaca, con ojillos por donde van los cabos o cordeles que sirven de brazos para colgarla.



avisado por radiotelegrafía sobre nuestra llegada desde Natal; de manera que resultaba muy extraño que no se acudiese en demanda de los guardacostas. Nos deshaclamos en conjeturas y proposiciones telefónicamente cuando a una distancia como de dos millas, se vio un remolcador de alta mar, un barco precioso dentro de los de su clase; acababa de terminar sus trabajos de fondear una boyas. Un guardacostas se le acercó para inquirir si era el transportador de los prácticos. Se aclaró de qué barco se trataba, indicándonos que iba a entrar a Belén y nos proponía siguiéramos sus aguas. El patrón del barco era, desde luego, práctico del lugar. De manera que no hubo inconveniente en aceptar tan amable ofrecimiento.

Hicimos como cuatro horas para llegar, fondeamos frente a los muelles. Pronto llegó una lancha y fuimos enterados de que los prácticos habían salido y nos estaban esperando en el barco que señalaba la carta y precisamente fondeado. Esto lo confirmaría yo posteriormente, cuando el G.C. 26, solitario, abandonara Belén. El dichoso barco era una inmensa boya, feo pero su "forma", "calado" y demás características estaban *ad-hoc* para permanecer en el lugar que ocupaba, soportando mar de recalada muy gruesa. Efectivamente, la cosa es para que el navegante que arriba por primera vez, crea que ese refugio de prácticas no se encuentre fondeado en lugar donde azotan con furia la mar y el viento.

Por radio se había gestionado la entrada a dique de los G.C. "26" y "29". La Compañía del Cable tenía un astillero modesto con dos diques, flotantes para barcos chicos de la misma compañía.

Cuando llegamos, de inmediato se presentó nuestro cónsul, por fortuna honorario; también llegó un representante de la Compañía del Cable. Las instalaciones se encontraban en un lugar del mismo Estuario, llamado Val de Caes. Es un pequeño poblado en la margen del inmenso Río;

lugar de gente humilde pero ubicado en sitio donde se contempla esa maravilla de la naturaleza que es el río mas grande la tierra.

Duramos tres días en los muelles de Belén. Los dos barcos averiados se trasladarían, al día siguiente, a Val de Caes, y los cuatro restantes se harían a la mar con rumbo a Puerto España (isla de Trinidad), que era la etapa inmediata.

Nuestra permanencia en el dique de Val de Caes y el muelle de Belén no sería de unos cuantos días, sino largo tiempo. Corría el mes de enero del año 1936. No estábamos, todavía, relacionados con las gentes del lugar. Las visitas de cortesía, con las autoridades, habían estado a cargo del jefe de la escuadrilla. Solamente mi segundo, Gallardo, había conocido a unos personajes del lugar en un club.

La primera noche que estuvimos en Val de Caes, por coincidencia, había una fiesta en casa del capitán del dique. No era precisamente un capitán de Marina, sino un individuo de procedencia humilde, mulato, que de jornalero había llegado a ser experto en meter y sacar barcos de los diques; era un buen maniobrista. Aunque de pocos recursos ese individuo, tenía bien organizada su vida familiar, era padre de tres muchachas, mujeres hermosas de pechos turgentes bien proporcionadas y caras bonitas, tez obscura mate como la tienen nuestras mulatas de la cuenca del Papaloapan. Se festejaba el santo de la mayor, que sería una chica de unos 20 años. La concurrencia era, en gran porcentaje, de obreros pertenecientes a la Compañía del Cable. Desde los Capataces hasta los aprendices se encontraban en la fiesta y se deshacían por atendernos, para nosotros, pocos de ellos habían tratado con mexicanos y sentían ese efecto que, inexplicablemente, la gente de Brasil siente por México, como lo sienten los cubanos, mas que los del resto del continente.

Con la revisión que se hizo de los daños para que la compañía hiciera presupuesto, pa-





saron dos días. El G.C. 29 solamente ameritaba la colocación de unos cuantos remaches y enderezar, en frío, una plancha del fondo, que se encontraba ligeramente sumida; el defecto del "Grupo Leonard" al cual me he referido en capítulo anterior, quedaba a cargo del segundo de máquinas, el estudioso teniente Julio Salinas. Mas costaba el trabajo de subir el barco a dique y después ponerlo a flote, que las reparaciones en el casco.

El "26" estaba mas averiado; una abolladura en los fondos; gran cantidad de remaches volados; seis cuadernas<sup>1</sup> torcidas, además, el eje de la propela de babor un poco doblado, las hélice de la misma banda con los filos también deteriorados.

La contestación de México dándose por enterados del costo de las reparaciones tardó diez días; los mismos que pasamos en el muelle de Belén. Esos días de espera fueron aprovechados para visitar el Arsenal de la Armada. Se hizo amistad con el director del mismo, un capitán de fragata. Se visitaron las instalaciones que se utilizarían en Escuelas de Marinería. Nos pusimos a hojear cuanta literatura conseguíamos, relacionada con la Marina de Guerra de ese país; y como nos había sucedido en España y en Estados Unidos, ahí también, en Brasil, lamentábamos carecer de lo que estas naciones tenían.

Su organización no estaba en proceso de enmiendas sino bien establecida; los escalafones se corrían a base de ascensos por capacidad, sin dejar de tomar en cuenta la antigüedad, pero ésta quedaba en lugar secundario. Los ascensos eran como un reloj, en el año y día que deberían ser para cada individuo. No había un día determinado del año para "romper la piñata" de ascensos día que pusiera en tensión los nervios de los que solamente pensaban en escalar jerarquías. Nadie tenía que lamentar el estar bajo las órdenes

un fósil obstruccionista, o la posterga por un pañaguado.

Las autoridades de la Marina dieron una comida en nuestro honor, que sirvió para hacer una estrecha amistad. Los del "29" eran alborotadores (Rigoberto Otal, Diego Mújica, Vicente López); a ellos no les faltaban invitaciones y lo que organizaban por su cuenta para corresponder, era pachangas muy alegres. En una ocasión, a la amanecida, los vi llegar, vistiendo de "chupa", con una botella de champagne al hombro cada uno. El que se quedaba a bordo era Julio Salinas, trabajando con los planos del aparato al que se propuso enmendarle las fallas, que no eran debidas a descuido del personal ni culpa de la casa vendedora. Se trataba de un material que nunca habían manejado nuestros maquinistas.

Llegó el día en que nos quedamos solos; el "G.C. 29" se hizo a la mar; no hubo despedidas a bordo porque el barco salió directamente de Vai de Caes. Diego Mújica dejó una novia en una tienda muy grande que se llamaba "Lozas de Brasil". Era amiga de una muchacha hija de un pintor que le gustaba andar conmigo, pero esa niña nada me inspiraba, no era como la escuintla de Natal.

En Brasil, por lo menos por esos días, la prostitución no estaba reglamentada, parecía que era libre; cualquier señora, de moral un tanto flexible, ponía una "pensión" para muchachas solteras (a bordo decían "la pensao". La dama tenía licencia para vender licores en su casa y las niñas eran libres de hacer lo que les fuese en gana. La empleada llegaba a descansar y la golfa a beber. Había una pensión de cuyo nombre no puedo acordarme, donde quedaron muchos miles de milreys (moneda brasileña) gastados por los mexicanos, y también hubo ahí muchas lágrimas el día de despedida tras de una noche de tragos, baile y amor.

<sup>1</sup> Cuadernas: piezas transversales que parten de la quilla donde se remachan o soldan las planchas (las costillas del barco).



Cuando quedamos solos en Val de Caes, sentimos la falta de los compañeros; había mucha camaradería entre los oficiales de los dos guardacostas rezagados.

Aún cuando había que hacer travesía por el río en la lancha para trasladarme a Belén o viceversa, las visitas y las invitaciones continuaban; el comandante del sector naval, al capitán de puerto y al director del Arsenal; personas extremadamente amables que no ocultaban su aprecio hacia nosotros, y estaban pendientes de ver qué se nos ofrecía; no sabíamos cómo pagarles sus atenciones. Como menudeaban las comidas, y alguien siempre tomaba la palabra para ofrecerla, principié a sentir la necesidad de poderme expresar con soltura y propiedad. En forma sencilla agradecía tanto atención esperando corresponder en un futuro próximo o lejano a nuestra tierra.

Acordándome de esto, posteriormente he tenido la idea de que en la Escuela Naval se haga un curso avanzado de gramática, también de retórica y de ser posible, se lleven a cabo prácticas y concursos de oratoria. El marino militar, ya sea acomodaticio que busca las embajadas y cursos de especialización, como el que podríamos llamar "operacional", que quiere la mar, y como consecuencia, suele estar de paso en puertos extranjeros, son representantes del país cuando se llega como comandante de una nave. Entonces es necesario saber hablar en público con soltura.

Trabajo me costaba salir del paso al responder a gente acostumbrada a la oratoria, o cuando yo era el anfitrión y tenía que ofrecer una cena o comida. Mi segundo comandante Gallardo, una ocasión me sacó de apuros. A este compañero, no muy cumplido como oficial le gustaba la parranda, y a veces daba la impresión de irresponsable, pero tenía cultura y podía expresar con elegancia sus pensamientos. En ese aspecto, para relacionarnos con la gente de sociedad, era excelente.

Una vez que entró el barco a dique, nos pusimos a calcular el tiempo probable de reparación, la navegación y las estadías en Puerto España y Panamá. Sacábamos la cuenta de unos 20 días o un mes, para llegar al punto de destino. Pero tardaríamos mucho más, pues, para nuestra mala suerte, estalló huelga en la empresa de los diques. Los trabajadores, que todos pertenecían a la Compañía del Cable, pusieron su bandera rojinegra, y por deferencia a los mexicanos, seguimos teniendo, en el dique servicio de alumbrado, baños, sanitarios y facilidades para cocinar.

Un obrero que me pareció ser un líder me daba toda clase de explicaciones manifestando la pena que sentían de que nos afectase su movimiento reivindicatorio. El asunto, que se creía duraría una semana, se prolongó por dos meses. Llegué a pensar que no se alcanzaría un acuerdo entre empresa y obreros, y concebí la idea de que nuestra gente podría colocar remaches para después, en Panamá o Veracruz, terminar con las demás reparaciones.

El impedimento, que nos hizo aguantar hasta que la huelga quedó resuelta, fue el no tener personal para poner a flote las embarcaciones.

El día en que el asunto se resolvió fue, para nosotros, de fiesta, y no fueron en balde mis peticiones a la empresa respecto a los trabajos, pues de inmediato se vio que los hacían de manera acelerada. En unos cuantos días estaríamos listos.

Pero pude darme cuenta de que los obreros, con sus líderes a la cabeza, hicieron un gran esfuerzo para acelerar los trabajos.

El desafortunado accidente que nos detuvo en el país carioca nos dio la oportunidad de conocer los carnavales en ese país. Por la importancia que tienen los de Río, no se oye hablar de otros, como los de Pará, que duran hasta un mes porque se adelantan los festejos, y después los alargan por mucho tiempo tras de la semana propia de las fiestas. Saben gozarlas, aunque a mí me parecía cosa exagerada.



Probablemente todavía se acostumbre, en esa hospitalaria tierra, que durante una o dos semanas antes de la correspondiente a carnaval, las gentes —matrimonios o grupos— llevan a cabo lo que llaman “espantados” que nosotros conocemos como “asaltos”, que de un tiempo a la fecha se viene generalizando en nuestro país como copia de costumbre norteamericana. El “espantado”, por lo menos en Belén, nos lo contaron como de una sorpresa a familias amigas a donde se llega con bebidas y se arma el jolgorio.

Por esos días, en los clubes y salones populares se baila todo el día y toda la noche, por las calles van las “cobriñas” (cobras) las gentes que cogidas de la mano, brincando y cantando entran y salen de los grandes salones y recorren grandes tramos, para cruzarse con otros grupos procedentes de todos los rumbos de la ciudad.

“A mía cañiña verde ya llegó de Portugal, ya llegó, ya llegó de Portugal”... y otros alegres estribillos.

Por esos días de carnaval, teníamos amistades que eran gente importante en la localidad, de las familias pudientes nativas, y algunas de extranjeros residentes. No nos faltaron invitaciones en esos días para asistir a fiestas, que parecían una sola en toda la ciudad.

A esas atenciones correspondimos cuando salimos de dique y nos trasladamos al muelle. Estábamos esperando que llegase el dinero para el pago de las reparaciones, poco más de 15 mil pesos, y presupuesto para continuar el viaje. De manera que de un momento a otro zarparíamos.

El barco se pintó, dejándolo flamante; nuestras visitas las recibíamos en la pequeña toldilla, que con los todos largados y desplegados, al rededor, las banderas de los códigos nacional e internacional, resultaba un lugar agradable y cómodo para reunir hasta unas 30 personas.

Como los “gastos de representación” que nos proporcionaron a la salida de Bilbao los habíamos utilizado en buenos vinos y embutidos

comprados en Canarias, podíamos corresponder decorosamente. Desde entonces apliqué el sistema de los sajones (una de las buenas costumbres de los norteamericanos) señalar en las invitaciones: “de tal a tal hora”. Esto lo había visto en Panamá y San Diego; y aún más, recomendaba a los oficiales, exagerar su parquedad en el consumo de licores. Hemos de haber dejado buena imagen de nuestro comportamiento, diferente a como los brasileños seguramente se esperaban; pues ya por esos días nos hacíamos propaganda en nuestras películas de muy desordenados y bebedores de tequila por excelencia. Ya habían estado los mexicanos en 1924 con motivo de tripular el acorazado Anáhuac y habían dejado fama de juerguistas y penderciersos.

## *De Brasil a Isla Trinidad*

“Lémbreme siempre” me dijo una muchacha cuando me despedí de ella; era la hija del pintor a que antes hago referencia, amiga de la novia que dejó Diego Mújica. De ésta no recuerdo su nombre; Thelma Cohimba mi amiga, trabajaba, como la otra muchacha en la gran tienda denominada “Lozas de Brasil”. Me había presentado con su padre, y de esta amistad resultó un óleo de nuestro buque al cual lo llamó el artista: “La nave del México Inmortal”. Se me extravió en un cambio de casa. Mi segundo, Gallardo me había rogado que se lo regalara; le prometí sacar una copia fotostática a colores, lo que no le cumplí.

Cuando estábamos de partida, dispuse la salida para las 12:00 horas P.M. con el fin de recalar de día a Puerto España, según mis cálculos sobre la carta de navegación. No tenía mucha confianza en que la máquina de babor respondiese bien, a pesar de la reparación que le había hecho al eje, que no se atrevieron a ejecutarla ingleses en sus Talleres del Cable; pero un sargento de la Armada que trabajaba en el arsenal, un hombre de color, dijo: “Esto es fácil, no tiene pro-



blema", y dejó la pieza reparada sin que el arsenal cobrase absolutamente un solo centavo.

Nos vimos obligados a recibir, por última vez, a nuestras amistades y a darles un agasajo la noche de la salida. Era tanto el aprecio de esas gentes hacia los mexicanos (*mexhicanus*), que horas antes de nuestra partida se nos presentaron, se nos llenó el barco. Pensé entonces que iríamos saliendo después de la hora prevista.

Parte de los asistentes, un grupo grande, tenía que concurrir a una recepción; las señoras portaban su traje de noche, y así bajaban por la escalera de albañil, que días antes habíamos mandado a construir, y la habíamos pintado del color del barco. (Eran unos muelles que levantaban como tres metros de la superficie del agua, y nuestra cubierta de toldilla apenas tendría una altura de metro y medio; se hacía necesario ese auxiliar de escala casi vertical.

Por ahí bajaban a bordo y trepaban al muelle bellas mujeres con los vestidos de soiree. Hubo insistencia en que se pospusiera la salida, sin faltar los argumentos por parte de las damas, aduciendo que no dormiría yo en toda la noche, por lo largo de la salida del río -"Falta me hace"- decía yo: -"pasarme algunas noches en vela, en recaladas o salidas de ríos y bahías, o por ir mercando faros u observando estrellas para obtener situaciones, ya que tanto tiempo hemos estado de jolgorios y durmiendo siestas"- . Era ya el mes de abril cuando dejamos por la popa la desembocadura del impresionante Amazonas con sus aguas grises.

Paramos frente a los diques de Val de Caes donde quedaban aquellos humildes obreros que repararon el barco y las preciosas mulatitas esculturales de tez trigueña, hijas del capitán del dique y atracción del barrio: hermosas mujeres con antepasados de ébano que en un mestizaje que no conocería Orellana, afinaron sus facciones, aclararon su piel y tornearon sus cuerpos para quedar como ejemplares de una nueva raza.

Se estableció una marcha de 14 nudos, que hubo de modificarse a medida que aumentaba la mar de proa.

Al dejar Brasil, no habíamos tenido que padecer apuraciones por carencia de dinero, como siempre había sucedido en nuestros barcos al viajar al extranjero. La correspondiente al pago por reparaciones había llegado oportunamente (cerca de 13 mil pesos mexicanos). Los gastos de navegación, presupuesto de haberes y sobrehaberes, así como la representación se habían recibido desde la llegada al puerto. En México, alguien, cuando se hizo cargo de nuestra situación, se imaginó que necesitaríamos solventar erogaciones mayores que las presupuestales, y aumentaron al doble sin solicitarlo. Ese alguien era el entonces director o comandante del Departamento de Marina; el comodoro Castillo Bretón. ¡Qué diferencial! En ocasiones anteriores y en posteriores a la relatada, un barco ha salido de puerto mexicano, ha permanecido varios días en el extranjero, y las órdenes de pago por sobrehaberes y gasto de viaje, han llegado cuando la unidad se encuentra de regreso en Puerto Nacional. De esas anomalías, se decía, "tiene la culpa la Secretaría de Hacienda". En realidad, esa dependencia, parece que ha tenido su gobierno aparte: hacía y deshacía lo que le iba en gana con los presupuestos; detenía órdenes de pago, y los coyotes cuyo centro de operaciones era esa Secretaría, amafiados con empleados de otras dependencias, conseguían "embutes" que las víctimas, por la apuración de cobrar, entregaban para agilizar el trámite. Pensábamos que la inmoralidad administrativas —ese cáncer nacional— tenía su foco de infección en "Hacienda". Pero ¡qué duda cabe! cuando se tuvo un Castillo Bretón o un comodoro Hiram Hernández al frente de la Armada, las mesas de dicha Secretaría se portaron bien. Con jefes como esos, íntegros y muy hombres, dispuestos a enfrentarse a cualquier poderoso funcionario, todo anduvo bien; en Hacienda



no dormían en los cajones los papeles relacionados con órdenes de pago de Marina. Pero llevo algún tiempo de retirado. No tengo contacto con los colegas que están en servicio activo, por lo que ignoro si en la actualidad, en la última década, la nefasta de los años "setenta" ya no existe ese azote.

Menos malo que dentro de nuestro infortunio, por haber tenido el accidente en Natal, no carecíamos de fondos y no padecimos tantos males que nos hubiese proporcionado otro mundo, diferente al de esos días con tal amplio criterio.

## *Isla Trinidad Y Panamá*

La travesía de Belén de Pará a Puerto España (Isla Trinidad), se hizo con un tiempo que nos pareció regular, habiendo soportado tres chubascos. El balizamiento, con su alumbrado del puerto, eran buenos para poder entrar de noche hasta el fondeadero, pero noté una fuerte corriente, y preferí quedar a la "vuelta y vuelta" hasta la amanecida.

En aquellos años la isla era posesión inglesa, que tenía una población de nativos descuidada como la mayoría de las colonias del reino. Cuando fondeamos, se habían juntado varias docenas de canoas con gente de color, en su mayoría mujeres, que tomaron el barco por asalto. Solamente tratándolos con energía podía contenerse esa avalancha. Se trataba de lavanderas que al ver tan baja la cubierta de toldilla y por consiguiente, muy accesible, no tuvieron inconveniente en brincar la barandilla. Entraron hasta la cocina y a las cámaras; entonces hubo necesidad de sacar del pañol las armas y establecer tres puestos con centinelas y a los zánganos que acompañaban a las mujeres se les hizo bajar, por la fuerza a sus embarcaciones y se les obligó a desamarrarlas de nuestro costado para mantenerse retirados de "nuestras aguas".

Cuando traté con un inglés, que nos estuvo atendiendo para el asunto de combustible, y le

conté lo del asalto al barco, me dijo que si hubiese sabido que nuestro barco era tan fácilmente abordable, hubiesen evitado el mal rato. Comparaba yo a esa gente de sangre cien por ciento africana, con las jovencitas de Val de Caes y sus iguales de Pará, ¡qué diferencial!. Claramente se establecía entre un lugar en posesión de sajones y el que había sido colonizado por hispanos y lusitanos, que no tuvieron empacho en cruzar su sangre.

Como quiera que la permanencia sería de unos dos o tres días, no había porque dar ropa a lavar; pero unas mujeres juraban que al día siguiente la devolverían lavada y planchada, con lo que consiguieron que algunos la entregaran y, haciendo honor a la verdad, aquellas gentes a quienes no hablamos tratado muy bien, devolvieron puntualmente la ropa a las 24 horas. ¡Cuántas veces se es injusto, muy injusto, en la vida!

Esa isla estaba relativamente en prosperidad; pero como todos los lugares donde llegaban los ingleses, se explotaban sus riquezas naturales con todo el beneficio para la metrópoli. Me causó admiración la limpieza, las calles todas asfaltadas; esto, me imagino, debido a que en la isla haya yacimientos de asfalto, o sea, que no de Petróleo crudo sino su derivado que por obra de la naturaleza, así se encuentra en las entrañas de la tierra y lo toman listo para asfaltar las calles.

Los policías eran imponentes, unos negros, pulcramente uniformados, escogidos por su corpulencia; me los recuerdan los gigantones payasos del ring que andan de moda, ganando muchos millones de dólares por una pantomima en los cuadriláteros.

Un señor, inglés, nos atendió con lo del combustible y demás trámite; hizo las veces de cónsul; nos dijo que tenía mucha simpatía por México; hablaba muy bien el español; lo había aprendido en Venezuela. Me llevó a presentar con la primera autoridad de la isla —otro inglés, por supuesto— quien dispuso una comida para



el día siguiente de nuestro arribo. Las atenciones fueron completamente fuera de protocolo, ya que nuestra visita sólo era de cortesía. No obstante, también se tuvo atenciones para los de la clase de tropa; éstos gozaron de una función de cine y un refrigerio.

Los ingleses son gente tan sencilla y espontánea en sus manifestaciones de amistad como los yanquis. Dicho esto, por la creencia generalizada de que, todo lo de francos y sencillos que son los norteamericanos, lo tienen de "estirado" aquellos. Yo he recibido en mi vida de marino las mismas atenciones de unos que de los otros. He tratado con tres gobernadores, primero con el de Trinidad, posteriormente, nada menos que con el de Canadá que era el mariscal Alexander, y en Malta, por tercera vez. En las tres ocasiones fui objeto de especial atención. Tengo muy presente, como un grato recuerdo, cuando en Ottawa, Canadá, el citado mariscal Alexander, héroe de la Segunda Guerra Mundial, me dedicó un buen rato de plática, siendo yo, nada más, capitán de fragata. Con motivo de haber presentado sus cartas credenciales nuestro embajador, don Primo Villa Michel, se ofreció una comida en la residencia del gobernador. Quedé muy distante del anfitrión en la mesa, casi en el extremo opuesto. Del comedor nos trasladamos a una terraza para tomar el café, y el mariscal, sencillo y amable, se acercó al coronel Gurza, nuestro agregado militar, y a mí. Nos hizo preguntas sobre asuntos castrenses de nuestro país; sabía tanto de su arma como de Marina, y nos habló sobre lo que él vivió en la Segunda Guerra. Estuvo hablando un buen rato con nosotros, los agregados, que no cabíamos de satisfacción ya que, excepto al mismo embajador a ninguna otra persona le dedicó tanto tiempo con su interesante y amena charla.

El ambiente de que nos vimos rodeados en Puerto España, era de comodidad y hasta de confort; la comida se nos ofreció en el más lujoso

hotel del lugar, y nuestros traslados eran a bordo de un *roll rois* del gobernador. No tuve oportunidad de ver cómo vivían los nativos, como la había tenido en Brasil, pero por la gente que se acercaba a nuestro barco en las canoas, podía deducirse que esa gente vivía en condiciones precarias, como sucedía en las colonias inglesas, como era en los países libres subdesarrollados.

Había en la isla, algunos refugiados venezolanos. Me enteré porque habiendo sufrido un fuerte ataque de colitis, tuve necesidad de ver a un médico. Me imaginaba que en ese lugar no podría encontrar un galeno especialista que me aliviase, aunque fuese temporalmente. No era concebible que en una ciudad tan pequeña, tuviese su consultorio algún buen médico que pudiese obtener mejores ganancias de las que brindara una ciudad de mayor importancia. Mi sorpresa fue grande al encontrarme con una clínica moderna, hasta lujosa. Según me dijo el señor inglés que nos atendía la clínica era de un médico venezolano. Después de unos análisis hechos con urgencia y ver que nada grave me acontecía el doctor me recomendó una rigurosa dieta para principiarla al terminar el viaje, ya que todavía no podía eludir el compromiso de unas invitaciones en la isla y en Panamá.

No me admitieron el pago de honorarios. Les quedé agradecido para siempre, al director del nosocomio y el doctor que me atendió, no tanto por la dispensa del pago, sino porque logré lo que ni en México ni en España había podido conseguir; aplacar por algunos años a los bichos que acababan con la flora de mis intestinos. Considero, ahora, como unos magníficos galenos a esos señores que manejaron mi salud cuando no se contaba con el "Facijín" y sus similares, maravillas de medicina que en dos días acaban con esos malditos destructores del aparato digestivo y de otros órganos del cuerpo humano.

Chocolate con agua, atoles, pan tostado y pescado cocido fue mi alimento durante la tra-



vesía entre Puerto España y el Colón, siguiente escala en nuestra "derrota".

La travesía de Puerto España a Colón (Panamá) sería de poco más de 48 horas, a 12 nudos, si el tiempo no nos era adverso. Con mar gruesa por proa, había que disminuir velocidad. En esa región soplan con frecuencia vientos huracanados durante los meses de marzo, abril y mayo, viniendo, a continuación, los ciclones tropicales.

En una brumosa mañana, precisamente a la hora del orto, ya teníamos a muy corta distancia el faro de Punta Manzanillo. Era ya la recalada a Colón. El tiempo estaba medio calimoso<sup>1</sup> cuando estábamos a muy corta distancia de dicho faro. Si el tiempo hubiese estado despejado, se había avistado el faro a mucho mayor distancia. La recalada fue, como vulgarmente se dice, al centavo, después de navegar sin situaciones astronómicas porque lo nublado no dejaba ver el sol ni las estrellas. (Es lo menos que puede pedirse a un marino). La responsabilidad recae íntegra en el que manda; el oficial subalterno cumple con su obligación en sus guardias pero el que manda —si tiene conciencia de su cometido— debe levantarse una hora antes de que se aviste el faro y quien sea de carácter aprensivo, no debe dormir cuando navega cerca de la costa. No creo haber sido aprensivo y menos medroso, pero sí lo suficientemente precavido y desconfiado de un personal poco instruido.

Por cuarta vez me tocaba llegar a Panamá; la primera había sido como cadete, la segunda como aspirante, la tercera como oficial. En la cuarta en que arribaba con mando debería permanecer no más del tiempo estrictamente necesario para hacer combustible, pero los impedimentos para la celeridad del viaje seguían presentándose. Entonces, la estadía en Colón sería de más de una semana. A diario las previsiones

del tiempo eran de vientos fuertes en la región; los huracanes se anunciaban en los reportes meteorológicos y no había duda de que las estaciones que reportaban, lo hacían con precisión. Teníamos que atravesar una zona donde con fuerza azotaban los temporales en esos días de cambio de estación. Solamente barcos de regular tonelaje no eludían llevar una derrota directa retirados de la costa.

Todos los días iba a la oficina del servicio meteorológico a recibir reporte con el estado del tiempo, y la persona que me atendía me decía, sonriendo "no hay fine weather". Me explicó que era difícil dar pronósticos para varias fechas seguidas en esa época del año. Me preguntaron el por qué de no llevar una ruta costearo. Claro que eso hubiese sido lo mejor, para ir haciendo combustible en los puertos de Centroamérica. —Costa Rica, Nicaragua y Honduras—, pero no se había dispuesto nada de eso; el último lugar donde teníamos el crédito era Colón, y de ir costearo, la navegación se hacía mucho más larga. Hubiésemos puesto en un predicamento a nuestro gobierno, si recaláramos *vr.gr.* a la Ceiba (Honduras) donde no había orden de que se nos proporcionase combustible.

Avisé a México que actuaba tomando en cuenta las circunstancias del tiempo y se me contestó que estaba yo facultado a obrar de acuerdo con mi criterio. Eso era lo menos que podía esperarse del entonces jefe de la Armada, el comodoro Carlos Castillo Bretón.

La ruta directa nos proporcionaría una buena zarandada, y extremada precaución ya que en esos días nublados no salía el sol y las noches brumosas tampoco permitían ver las estrellas. Navegando por estima había que libar los "bajos" que llevan el nombre de "quita sueños"; y no se podía dar bastante margen de seguridad intentando separarse mucho de los mismos, internán-

<sup>1</sup> *Calimoso*. de calima; niebla, bruma.



dose mas en la mar, porque se toparía con otros arrecifes que abarcan las mismas latitudes.

Cuando creí conveniente salir de Colón porque había mejorado el tiempo, el práctico que nos dio la salida, un norteamericano, con su castellano mal hablado, nos dijo al segundo comandante y a mí: "Espero que muy pronto regresarán al puerto". No nos dejó hasta la bocana, solamente me señaló hacia proa y dijo: "Ahí muy derecho sale bien por el canal". No habíamos llegado al través de los faros de salida cuando principió a arbolarse la mar por la proa; una vez fuera de la bocana, grandes arfeadas hacían que el paso de las olas por cubierta, éstas reventaran en el cuarto de derrota y en el puente de mando. Unos tambos de aceite fueron arrancados y llevados por la mar. Después de algún tiempo sin avanzar, intenté dar la "ciaboga",<sup>1</sup> para poner la proa hacia la entrada del puerto, pues el barco perdía el gobierno. Al ir virando sentí que se corría el peligro de que en el momento de estar atravesados a la mar, la embarcación zozobraría. Además, como estos barcos tenían el fondo plano en popa, sin quilla, cualquier golpe de mar los hacía girar como si fuesen bateas, y una vez con la mar por popa las guñadas serían tremendas, con peligro de irse contra las escolleras en el momento de la entrada a la bahía. Entonces pensé en algo que nos salvó y a la vez descubrí que esos barcos eran magníficos para desplazarse dando "atrás". Ordené que tomara la caña del timón un muchacho en quien más confianza tenía por su aptitud marinera, y dando toda marcha atrás, con la mar por proa, los burros<sup>2</sup> no reventaban con fuerza; resbalaban suavemente por los costados del barco. Así, con más o menos desahogo y regocijo por el descubrimiento, entramos a Colón, como nos lo había pronosticado el práctico.

Hay recursos para capear el temporal; disminuyendo máquina, desvirando un poco de cadena, con lo que el ancla queda colgando (a la pendura). Esto hace que las arfeadas sean lentas y de menos magnitud, pero no había caso para proceder así estando frente al puerto.

Cuando el práctico nos recibió para llevarnos al muelle, riendo nos dijo: ¿Ya ven que nos volvimos a ver?, y agregó: "ustedes tendrán que esperar días de completa calma, su bote es muy pequeño". Los boletines meteorológicos nunca daban pronósticos de "completa calma", siempre eran "vientos frescos", "débiles" o "moderados" y nosotros habíamos zarpado con "moderados".

Cuando enteré a la superioridad de mi decisión por retornar al puerto, se me reiteró que obrase de acuerdo con mi criterio; muy distinto a cuando, posteriormente, en más de una ocasión mandando cañoneros, recibiría indicaciones absurdas de jefes que habiendo estado embarcados en su tiempo, ya cuando se vieron en el escritorio, olvidaron lo arduo y complicado que en determinados momentos se toma el mando, al tener que luchar contra los elementos y desarrollar un gran esfuerzo con las responsabilidades de preservar vidas y material.

Pocos días después de nuestro intento de dejar Colón, como cosa rara, con boletín de "buen tiempo" y buen pronóstico para las 24 horas siguientes, decidí la segunda salida.

Dejamos el puerto dando 14 nudos, el sol brillaba pero no intensamente; deseábamos, por supuesto, que no se descompusiera el tiempo, pero tal parecía que los del servicio meteorológico eran principiantes y la estación norteamericana, de la que recibíamos los pronósticos, andaba en pañales, como la nuestra de Veracruz en aquella época. El caso fue que al anochecer, principió a soplar un viento fresco por el noroeste;

<sup>1</sup> *Ciaboga*: virar para tomar rumbo opuesto.

<sup>2</sup> *Burros*: olas o moles de agua.





fue arreciando hasta llegar un momento en que casi no se podía dar avance. Se disminuyó la velocidad y a pesar de eso, fueron arrasados de cubierta unos tambos de aceite, que se encontraban bien sujetos; los cabos se habían ido aflojando y no quedó uno solo en el barco. Se dio orden de no andar por cubierta, para lo cual los timoneles dormían amontonados en el cuarto de derrota, y el personal de máquinas en la cámara de las mismas.

Me vi en la necesidad de virar a babor poniendo proa a la costa, donde disminuyendo el fondo, la mar sería menos pesada. El rumbo quedaba como para recalar a puerto Limón (Costa Rica); la mar nos pegaba por la aleta<sup>1</sup> y aunque hacía guiñar el barco, no se embarcaba agua. Hasta entonces, después de permanecer 18 horas en el puente pude recostarme una vez relevado por mi segundo.

A puerto Limón no era posible una recalada puesto que no había obras de abrigo, el muelle quedaba sin ninguna protección. Pero era conveniente acercarse a la costa. No se pudo ver el faro del puerto a pesar de haber estado a unas diez millas del muelle, de acuerdo con la estima que llevábamos. La lluvia que azotaba y el fuerte viento cerraban la visibilidad; no cabía duda que los chubascos, tan seguidos, era cosa ordinaria en esas latitudes, en los meses de abril y mayo, pero no se anunciaban como que eran para impedir la navegación a barcos de poco tonelaje. Los nuestros tenían una "manga"<sup>2</sup> completamente estrecha para su "eslora"<sup>3</sup> y su marcha, con cualquier marejada por proa, se hacía penosa.

Cuando creí conveniente, estimando que nos encontrábamos cerca de la costa, se volvió a poner proa al norte; eso era lo indicado. Mandé desviar medio grillete del ancla de estribor y dis-

minuir la velocidad. Según la estima, siguiendo el rumbo que tomamos, a unas cuantas horas más, debería salirnos por la proa el faro de unos bajos (Misquito). Se navegó como ocho horas al nuevo rumbo y el faro no se llegó a ver. Como vía precautoria se cayó al noreste (hacia la banda de estribor) para hacernos mar adentro; pero alargando el tiempo de llevar ese rumbo se llegaba al bajo de Quitasueños, que por algo lleva ese nombrecito; por lo que al estimar que lo dejábamos a distancia prudente se fue cambiando rumbo al norte, de manera que deberíamos pasar por un lugar con bajos y arrecifes por ambas bandas. En la carta se ve inmenso el canal; mas cuando tiene uno que navegar por él, después de muchas horas, soportando temporal y sin "situación", entonces se le hace a uno tan estrecho como un caño. Cada cuatro horas se calculaba la estima, dando el mejor margen de seguridad a banda y banda, pretendiendo tomar la mitad del canal, aplicando las probabilidades de retraso en la marcha y desviaciones del rumbo. Esto fue sin dormir ni comer —entre chubascos y chubascos— durante más de 48 horas. Afortunadamente el tiempo tendió a mejorar y se asomó el sol no muy claro por la bruma que lo opacaba; su limbo no estaba bien definido, se presentaba como vulgarmente se dice en jerga marinera, "con barbas"; esto impedía lograr bien la tangencia del astro con el horizonte. A pesar de ello, con la experiencia que mi segundo, Gallardo, y yo teníamos, logramos tomar alturas del astro, elemento que con la hora del cronómetro en el momento de la observación, proporciona los medios para calcular un lugar geométrico<sup>4</sup> una línea que trazada en la carta de navegación sabemos que, en cualquiera de sus puntos se encuentra el barco.

<sup>1</sup> *Aletas*: partes traseras del buque o direcciones que abren poco de la línea longitudinal de aquel.

<sup>2</sup> *Manga*: medida transversal o ancho de la embarcación.

<sup>3</sup> *Eslora*: longitud de una embarcación.

<sup>4</sup> *Lugar geométrico*: es en navegación la "recta de altura".



Al medio día, con el cielo mas claro, y la mar ya muy calmada, se calculó la hora de la meridiana, y obtuvimos la latitud.

(La recta de altura trasladada paralelamente a su posición y en dirección del rumbo un número de millas mediante entre la observación de la mañana y la meridiana, determinan un punto en que se cruzan. Y esta será la situación exacta del buque al mediodía).

Una vez que nos situamos, verificamos que la mar nos había detenido en nuestra marcha; estábamos treinta millas al sur de la posición estimada, pero casi en el mismo meridiano que pretendíamos. Suspiré con satisfacción, no habíamos pasado rozando arrecifes ni estuvimos en peligro de montarnos en los bajos. Las masas de agua rítmicas que dejaba el temporal ya no eran tan molestas. Ya se podía transitar por cubierta, aunque aferrándose a los pasamanos y barandillas. El cocinero preparó tortas ya que no había sido posible guisar ni acarrear algo de la cocina; el barco había estado sujeto a movimientos y sacudidas que nos daba la impresión de estar dentro de una coctelera.

Muchas horas duró el zarandeo, hasta que arribamos el Canal de Yucatán, cuando la calma era completa y la poca mar de recalada pegaba casi por el través.<sup>1</sup> Pero todavía teníamos a la vista la isla de el Cisne, que se encuentra frente a las costas de Quintana Roo. Entonces se principió a recibir boletines meteorológicos de Florida y de Veracruz; se anunciaba "norte fuerte" en el Golfo de México. Eran los vientos del norte últimos de la temporada, los del mes de abril. "Mala suerte" dijimos a la vez Gallardo y yo, cuando éste terminó de leer el telegrama con el boletín. Era la exclamación justificada por haber tenido mal tiempo casi durante toda la travesía. Para terminar el viaje, antes

de llegar a Veracruz se nos esperaba una buena zarandeada. Pensé que si me veía apurado entraría a la sonda<sup>2</sup> de Campeche. Si la mar permitía ir costeando, así lo haría, y en último caso fondearla en bajo fondo o quedaría a la "capa".<sup>3</sup> Ya habíamos estado capeando y avanzando lentamente en mar tan profunda como en el Caribe, entonces el Golfo se nos haría cualquier cosilla.

Pero aumentando la velocidad de nuestro barco, y no habiéndolo hecho el viento, atravesamos el Golfo con una mar tolerable por el costado y cada ola nos hacía dar una fuerte guiñada al norte. Como el timonel tardaba en recuperar el rumbo, el barco se desviaba hacia el norte; al revés de lo que hubiese pasado con otro barco que no tuviese como los guardacostas 20 grados plano, mas de la mitad del fondo. Esto lo haría ver en mi informe. La embarcación que recibe el viento y los embates del mar por un costado, lo va tirando, por supuesto, a sotavento;<sup>4</sup> pero en nuestros G.C. 20, como cosa contradictoria era al revés. Entonces para obtener una buena recalada, para que el faro saliera por la proa navegando hacia el oeste y teniendo viento del norte que hiciera guiñar, había que trazar el rumbo hacia un poco al sur del punto de recalada. Esto me hacía recordar que cuando con mi guardacostas -"el Veracruz"- en el año 32 salía de Santa Rosalía B.C. rumbo al este, hacia Guaymas, y soplaban las famosas "coyas" del norte; ponía yo rumbo a un lugar de la costa; 20 millas al norte por lo que nos tirara mar y viento, y las recaladas eran precisas; pero aquel barco tenía una quilla enorme, calaba de 14 a 16 pies, a todo lo largo de su eslora y como no guiñaba, la mar lo iba tirando hacia el sur.

Le decía yo a mi segundo "Estos barquitos (los G.C. 20) son cosa muy especial; se portan

<sup>1</sup> *Través*: la dirección perpendicular a la línea de eslora.

<sup>2</sup> *Sonda*: lugar bajo cerca de la costa.

<sup>3</sup> *Capear*: soportar un mal tiempo aguantándose con la máquina a poca velocidad, poniendo proa a la amura a la mar y viento.

<sup>4</sup> *Sotavento*: lado hacia donde va el viento con referencia al navegante.



muy bien en la mar, dando marcha atrás, se gobierna perfectamente, debe atracarse llegando por la aleta, y al hacer contacto con el muelle resbala fácilmente y ni "defensas" se necesitan en esa maniobra.

Para las recaladas con mar de costado, a diferencia de barcos con calado de tomarse en consideración a todo lo largo de la eslora, hay que poner la proa poco a sotavento del punto de arribada. Esto al entregar a otro comandante hay que explicarlo.

## *Recalada a Veracruz*

Era la primera vez que entraba mandando un barco, al puerto jarocho; mis prácticas de guardiamarina y todo el tiempo de oficial, hasta llegar al mando, habían sido en el Litoral del Pacífico, La recalada a Veracruz, y entrada al puerto, se hace fácil de noche; hay muchos bajos pero en los aproches el balizamiento con su alumbrado es, perfecto. Entramos al atardecer dando unos bandazos exagerados; hablamos enmendado rumbo porque, como antes he explicado, con la mar por estribor (del norte) la proa tendía hacia ese rumbo a cada guiñada; de manera que se entró por el canal del norte entre el bajo de la gallega y la isla de la Blanquilla; para virar al llegar a la bocana y dar por terminado el largo y accidentado viaje desde el Cantábrico.

Al fondear tuvimos que enviar un comunicado a la comandancia de la zona naval para que se nos indicara donde quedaríamos y, además necesitábamos hacer aguada y combustible. Fue una sorpresa nuestra llegada, pues desde la salida de Colón no nos habíamos comunicado; la mar, azotando la caseta del cuarto de radiotelegrafía había averiado el aparato transmisor. Entonces llegaron los comisionados de la zona y el cañonero Bravo a hacernos la visita de cortesía.

Esto sucedía por los últimos días de abril de 1936. Me sentía un extraño en Veracruz, como

en realidad lo era; ya las amistades que tuve en mis días de cadete habían mermado; había mucha gente nueva. Desde luego, Veracruz como ciudad, lo era mucho más que cualquier puerto del Pacífico; más comodidades y sobre todo, menos cara la vida. Todavía no tenía esa ciudad cinturón de miseria, todavía no abundaba la mugre; los presidentes Municipales no eran tan avorazados, ni había "niños bien" asesinos. Se vivía muy a gusto.

Durante el poco tiempo que estuvo mi guardacostas con base en el puerto jarocho, salió en recorrido de costa para vigilancia en varias ocasiones. Añoraba, en esos recorridos, los días de navegación por el Pacífico, donde se podía ir casi rozando los acantilados. En el Golfo, de no ser al extranjero, los viajes eran muy cortos, por lo que los barcos navegaban menos; de manera que en esos tiempos, a quien tenía la ilusión por hacer muchas singladuras, le caía de perlas ir comisionado a barcos del Pacífico. Todo esto es en cuanto a la Armada se refiere, ya que tratándose de la Mercante, la navegación siempre ha sido en todas direcciones y no hay apostadero naval. El Golfo les caía bien a quienes gustaban de pasar la mayor parte del tiempo en tierra, para los que les gustaba estar en tierra.

La política en el país, por entonces, ya era la de "la cargada", como ha proseguido. Se acababa de ungir a Lázaro Cárdenas con los óleos sagrados del presidencialismo, y este general, obrerista y benefactor del campesinado, aceleraba su izquierdismo: pugnaba por una reivindicación de los derechos del campesino y del obrero. El poderoso —extraordinario— líder Vicente Lombardo Toledano, hacía surgir a la CTM (Confederación de los Trabajadores Mexicanos) reduciendo el poder de la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) cuyo fundador había sido el líder Luis N. Morones, que tanta influencia había tenido en el gobierno de Plutarco Elías Calles.



Lombardo Toledano era, en esos días, y siguió siendo por mucho tiempo, el líder obrerista más sobresaliente. A la fecha no hay quien pueda asegurar que aquel se haya enriquecido, por más que sus enemigos y detractores decían que solamente era demagogo, que tenía dos docenas de trajes iguales para aparentar que siempre usaba el mismo.

Lombardo Toledano fue el pivote sobre quien giraba la política. Arrastraba las masas en esos días junto con Graciano Sánchez, quien siempre me dio la impresión de un bien intencionado líder de los campesinos, algo raro en el medio político en que se encontraba, aunque no era para extrañarse mucho ya que en, ese tiempo hablan algunos sinceros y honrados. Ellos idearon transformar el PNR para que saliera presidente el general Ávila Camacho. Pero sucedía algo muy curioso; a la vera de don Manuel, el presidente caballero, hacían verdaderas fortunas los saqueadores del presupuesto; tipos que "llegarían con lo puesto" a lugares claves como el Departamento Central, para salir millonarios; y como nombro ese Departamento, lo mismo podía decir de otras dependencias gubernamentales. Si desde antes había la corrupción administrativa, a partir de 1941 se incrementaría, llegando a la voracidad, y sentando precedentes funestos. Pero el comentario viene porque, ¿cómo era que líderes honestos y de convicciones, como Lombardo Toledano y Graciano Sánchez —apoyo moral y material para encauzamiento de un régimen— no se sublevaban en contra de los políticos voraces, y veían como enemigo del proletariado solamente al capital? Soslayaban que los altos funcionarios de la planilla que apoyaban, principiando por el "señor presidente" eran solapadores de un sinnúmero de funcionarios y burócratas de cierto rango, que acumulaban fortunas inmensas, para sumir al país en un caos.

Por 1936 estaba de actualidad, como escritor y cronista de la Revolución, el maestro Vascon-

celos. El *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado* fueron sus libros de esos días; el segundo y tercero no dejaron de confirmar lo dicho por Cervantes Saavedra en el Quijote, aquello de "nunca segundas partes fueron buenas". Las narraciones de don José Vasconcelos —su vida de estudiante bohemio en la capital— revelan las costumbres, el carácter del pueblo y comentan los hechos históricos, que a la vez de divertidos (los del *Ulises...*), contienen cosas bellas de filosofía. Esos tres libros son fuente de historia y política de la Revolución. En la época en que salió a la luz el *Ulises criollo*, muy poca literatura había sobre nuestra guerra civil de este siglo. Miguel Alessio Robles y Martín Luis Guzmán habían publicado o estaban por publicar sus libros. Habían aparecido folletos y ensayos de protagonistas de la lucha sin valor literario pero con relatos fehacientes de acontecimientos interesantes como fue el de Carlos Robinson. Esas narraciones que Vasconcelos hace de la llamada Decena Trágica y sus conceptos respecto a los coludidos en el abominable asesinato de don Francisco Madero, enardecen el ánimo y hacen grande y sublime la figura mártir, por más que don Francisco Bulnes, con su tremenda pluma ridiculice el Ideario del Apóstol, que no se lo dictaron consejeros oportunistas sino que era la íntima convicción que anidaba su alma pura de Redentor.

Vasconcelos grande pensador y soñador por añadidura había jugado para presidente de la República, cinco o seis años antes de que apareciera la serie que formaban sus cuatro magníficos libros. Había perdido las elecciones en las oficinas del partido del gobierno, pero no en las urnas; era un sueño el que sucediera otra cosa; ¿acaso el pueblo de México estaba maduro cívicamente como para poder elegir de manera democrática a un hombre de carácter independiente y eminentemente intelectual? Por supuesto que no. Vasconcelos hubiese sido un buen presidente de Francia, en Suiza, en un país políticamente avanzado, pero no en México y menos en esos



momentos en que el caudillismo todavía campeaba.

Mi tiempo lo dediqué a terminar mi libro de tiro naval, y por ratos a leer los libros de Vasconcelos, lo cual me era fascinante. Lo primero me tenía ilusionado, ya que era algo útil que para la Armada y lo segundo me concedía deleitarme con la prosa del ilustre maestro.

Los cañoneros llegaron a mediados de año, dos destinados al Golfo y uno al Pacífico. Con base en Veracruz quedaron el Querétaro y el Potosí.

Cuando este barco arribó, fui el primero en abordarlo y después de saludar al comandante, de inmediato subí a la estación de tiro. Ese era mi elemento; me deshacía en explicaciones con los compañeros que se presentaron tras de mí. Pero una gran decepción me dejó contrariado y pensando en nuestro sino, el de estar siempre condenados a la deficiencia, a tener que padecer las consecuencias de la improvisación y el desorden. Si se había conseguido lo mucho que obteníamos en esos momentos, gracias a un gran esfuerzo bajo una buena dirección, dada nuestra inveterada manera de ser, no podían faltar los "pelos en la comida", actuábamos como unos eternos imprevistos. Mi decepción fue motivada porque en la estación de tiro faltaba uno de los dos aparatos más importantes; faltaba el "reloj integrador de distancias". El diseño de nuestras estaciones, aunque elementales, era una cosa preciosa, llevaba como aparatos que eran el corazón del conjunto, el llamado "rocord" (ahora más perfeccionado se llama una computadora) y el "reloj integrador de distancias". Su nombre lo indica, es el encargado de ir sumando o disminuyendo la distancia entre buque y "blanco" a la hora del tiro, para proporcionar lo que el tirista llama "alcance".

Fui a ver al comandante del barco para llevarle la desdichada noticia. No recuerdo que me dijo. Ya fuera que hubiese estado enterado o

no, de todas maneras, algo muy malo sucedía con la falta de ese aparato, es que nadie había reparado quedaba de manifiesto un descuido imperdonable. entonces me vi en el caso de trabajar de inmediato, para idear algo que sustituyera a tan interesante aparato. En eso todo mundo andaba fallo, nadie sabía del reloj de distancias. El oficial de artillería (Julián Brañas), era competente, pero que en esas cosas nuevas para nosotros, nadaba por las nubes, ignoraba que la estación estaba mocha. era algo inaudito; a los pobres aztecas se los seguían tanteando los gachupines. Ni los más listos, como quien mandaba el barco, se daban cuenta de semejante anomalía.

Esas cosas son consecuencia de una mala organización general, una larga vida de improvisaciones, porque indicado era que los oficiales, que estudiamos tiro naval, recibiéramos las estaciones; que tripulásemos los cañoneros ya fuese como comandantes o segundos comandantes, pero con el cargo de la artillería. En su defecto deberían haber mandado con mucha anticipación al curso, a oficiales de menos categoría para que fuesen ellos los directores de tiro, quienes ya con conocimientos recibieran las estaciones.

Eso del tiro, como uno de cien detalles, pasaba desapercibido para el mando, como pasaba para todos los que estaban en algún puesto desde el cual podían opinar y señalar errores. Todos se "chupaban el dedo" en tanto que los españoles han de haber comentado: "Los Indios lanzarán sus proyectiles a la buena de Dios, como están acostumbrados". Escribí una carta a mi pariente el andaluz que diseñó las estaciones, el teniente Cervera; manifestándole lo ignominioso que me parecía el asunto; pero nunca tuve respuesta. Ya eran los días de la Revolución de Franco.

Error grande había sido el de ordenar que saliésemos de España quienes mas tiempo teníamos en la península, y nos relevasen, en la



inspección, los recién llegados. Eso, en lo personal, me favorecía porque se trataba de tomar mando de guardacostas; pero qué duda cabe, que lo indicado hubiese sido retenerme, lo mismo que al compañero Lagos, para dar por recibidas las estaciones de tiro y la artillería, en general. Estoy seguro que aquellas hubiesen quedado terminadas completas, y "ajustadas", antes de zarpar de España los cañoneros.

Pero en el "Potosí" no solamente se padecía la calamidad de faltar el reloj integrador, sino que los montajes (cañones) habían quedado con defectos en sus alzas; se habían olvidado de recortar un sobrante de material en las mismas, y no era posible lograr el alineamiento.<sup>1</sup> Hubo necesidad de meter segueta en partes donde quedaron pedazos de bronce sobrante, y trabajar mucho para conseguir el ajuste del conjunto. Estos defectos solamente los llevaba el Potosí, el construido en Cádiz. Se veía desde luego, que en Ferrol, donde se habían botado los otros dos cañoneros, tenían más práctica en armar o hacer barcos de guerra, a pesar de que en Cádiz, en La Carraca, se fabricaban los cañones. Cuestión de especialización.

## *Segundo comandante de cañonero*

En el capítulo anterior digo que el mantenimiento del conjunto artillero y la instrucción de su personal lo hice de mi cargo, siendo segundo comandante del Potosí, a donde me habían cambiado a los pocos días de que el barco arribó al puerto.

Me había encariñado con mi pequeño navío el GC-26, que tenía líneas como las de un destructor, pero impropio para mar gruesa. Se decía que los G.C. tipo 20 eran una joya de arquitectura naval, pero a mí me parecía que no lo eran. Dándoles un poco más de manga hubiesen quedado mejor para soportar temporales. En su inte-

rior tenía motivos aztecas y los adornos de la pequeña cámara del comandante eran una buena obra de ebanistería. Hubiese estado muy contento con una permanencia más larga en el 26 y navegar patrullando las costas de Campeche, Yucatán y Quintana Roo, donde abundaban los barcos pescadores cubanos y norteamericanos que realizaban sus maniobras de captura en nuestra aguas jurisdiccionales; pero pasar del G.C. al cañonero, era dar un paso más para llegar a comandante de barco grande; no era bajar de categoría quedar como segundo.

En esos días la Armada seguía bajo el mando del comodoro Carlos Castillo Bretón. Como antes he mencionado, ese jefe, ya era hombre de una pieza, en quien podía uno confiarse. Tenía la virtud que me parece de las más raras en los hombres, la de poseer un gran valor civil, además, un espíritu justiciero. Detestaba la intriga y en varias ocasiones, demostró ser muy honesto. Era fácil plantearle cualquier problema porque prestaba oídos a todo lo que tendía al mejoramiento del servicio. Le expuse mi intención de publicar mi libro *Aparatos de tiro*, y de inmediato aceptó, pero como mis apuntes estaban sin haberles dado un repaso, en corregirles los errores que lo ameritaban, los días se fueron pasando y cuando lo tuve preparado, para no perder tiempo en trámites burocráticos, lo mande imprimir por mi cuenta (en esos días salía sumamente barato la impresión). Se hicieron mil ejemplares que vendería al costo. En pocos años se agotaron, pero en la Escuela estarían de texto y consulta hasta el año 1952.

Junto a la fortuna de ver como cabeza de la institución a un hombre de calidad, con influencia ante los generales revolucionarios, dueños de la situación en ese tiempo, teníamos la amenaza de la docena de jefes que nos llevaban mucho grado, recién reingresados al servicio. Ha-

<sup>1</sup> *Alinear*: que las piezas de artillería apunten al mismo punto y sus movimientos simultáneos sean vertical y horizontalmente sin diferencia alguna entre una pieza y otra.



bían uno o dos hombres de valla entre ellos, los demás no ocultaban que estaban recelosos por nuestro empuje, nuestro entusiasmo por superarnos. Ya he asentado antes de donde nació la hostilidad. Crecía la inquina en contra de quienes deseábamos nuestro progreso, los que protestábamos por las injusticias, los que no podíamos agacharnos y esconder nuestra rebeldía. En las comandancias de las zonas navales radicadas en Veracruz, Tampico, Isla Mujeres, Ciudad del Carmen y Guaymas, se encontraban algunos de esos señores intransigentes y muy enérgicos para con sus inferiores, pero sumisos con el alto mando. Había una obstinación en negar las propuestas de nuestros ascensos; era un "desquite", lo que ganábamos por haber conseguido material nuevo, por haber logrado que se instruyesen en regular número de oficiales en el extranjero en cursos de post-graduados, por haber aportado en unos tres años una regular biblioteca que la componían más de una docena de libros profesionales con nuestros nombres como autores, biblioteca que, con pena vemos, no ha sido renovada por aportación de los sabihondos de las generaciones posteriores. Hubo quienes la pasaban muy bien en esa época en que, como contradicción, otros padecíamos las consecuencias de haber hecho un esfuerzo para que progresara nuestra Marina Militar. No faltaron los acomodaticios, los que trataban de labrarse un porvenir ¿brillante? en su carrera, los que corrían infatigables tras de los jefes para hacerse indispensables en servir de todo, como soplonos, como aduladores, como lacayos; resolvieron su problema económico, y nunca tenían empacho en hablar de centavos y lujos a quienes bien nos dábamos cuenta de cómo en nuestra institución, en esos tiempos, el oficial cumplido honesto y reacto a ser un paniaguado, apenas si tenía para ir la pasando decorosamente. La realidad de la vida les dio la razón a los vivillos, pues nadie recuerda, ni quedó escrito, quienes tuvieron valor civil, quienes arries-

garon bienestar y comodidad, quienes fueron sumisos y aduladores. Esto solamente quedó en los anales akasicos de cada uno, y cada quien puede andar contando que fue un héroe en nuestra vida penosa de los tiempos difíciles. Pero ¡qué duda cabe!, la satisfacción interna de haber sido digno, de haber protestado contra las injusticias, no se cambia por las posiciones más cómodas que son el precio a que vendieron la dignidad. Afortunadamente, era un pequeño porcentaje el de acomodaticios; existía un gran espíritu. Eramos una gran familia que luchaba por el progreso del "cuerpo", aunque tuviese el obstáculo de los precitados jefes, heredados del porfiriato, que arrastraban a su acólitos, compañeros nuestros de banca. A todo esto puede agregarse que de aquellos, no todos eran indeseables (de todo hay en la viña del señor), pero los aceptables los caballerosos, los que no se rebajan a un plano de vérselas en querellas con oficiales subalternos, esos no tenían comisión en puestos de mando; había, en esto, una infeliz coincidencia.

Mas no era esa clase de infortunio solamente de los oficiales que prestábamos nuestro servicio embarcados, ya que cosa semejante sucedía en nuestro Ejército de tierra, con un espíritu de darlo todo por ver brillar su corporación, que se incorporaban a filas portando su barra de subteniente, orgullosos de la misma e intentando poner en práctica sus conocimientos; se encontraban con los turrufiates, con los ulogios que detestaban a los egresados del colegio.

Gran desilusión era la de los oficiales que llegaban a las corporaciones, donde se encontraban con caballerangos de mayor jerarquía, analfabetos parientes del jefe de la corporación, gente que no había ganado sus grados en combates, que de haber sido así, hubiesen sido mas comprensivos con los jóvenes militares de carrera.

No hay peor "superior" jerárquico, que el que toma las insignias por la suerte de ser protegido de alguien.



Esto daba por resultado un éxodo considerable de buenos elementos. Y ¡qué decir de la injusticia tan grande cometida a todo el personal, con el solo hecho de subir a pasos agigantados hasta el generalato a un ayudante, porque era buen jinete o un diestro esgrimista o un atolondrado volador de aviones! A las estrellas olímpicas que procedían del Ejército, se les coronaba como reyezuelos, aunque no hubiesen pisado un cuartel, siempre y cuando se refugiasen a la vera de un presidente o cualquier poderoso divisionario, en tanto que habillísimos deportistas jinetes que no deseaban ser cortesanos, como Chagoza y Palafox quedaban relegados.

Las palabras del general retirado Alejandro Alva Velázquez fueron aleccionadoras para mí, al oírle contar pasajes de su vida que, como digno militar enamorado de su carrera castrense, sufrió las más grandes desilusiones al ver la ignominia que campeaba en las corporaciones donde sirvió.

Y no solamente ese militar fue un desilusionado, muchos con capacidad y cualidades para haber llegado a alcanzar las más altas jerarquías y puestos directivos, fueron postergados por quienes sólo fueron antes, amanuenses, o choferes, o pagadores... Este atentado contra los derechos inalienables de la competencia y la buena conducta, habrá pasado sobre la conciencia de la mayoría de nuestros presidentes —unos muertos ya y otros que sobreviven— cuyo pecado menor ha sido desabrir un oscuro militar (que ni siquiera conoció el cuartel) con el grado de coronel, y soltarlo a los seis años con las estrellas de divisionario (inaudito).

Por todo esto, los militares de tierra, mar y aire, que sentimos vocación por nuestra carrera, los que podemos arrojar la piedra, estamos deseosos de que tomen las riendas de las tres actividades castrenses, los justicieros, los hombres de una pieza, que tengan la misma energía tanto para someter a los de abajo al cumplimiento de

sus deberes con lealtad, como para asesorar al mando supremo en forma que se señalen los errores que redunden en injusticias. Necesitamos de hombres que no preparen su campaña para gobernadores diciendo: "Si señor" a todo lo que expone el señor presidente, sino hacerle ver que se equivoca cuando se equivoque, sin llevar la renuncia en el bolsillo para presentarla cuando se le trate solamente como mayordomo. En una palabra; se desea que los ministros de la Defensa y de Marina no hayan hecho su carrera en puestos como antesalas, ayudantías, embajadas y en constantes cursos. Se necesitan hombres que no tengan espíritu de cortesanos.

Había llegado yo al Potosí, con un gran deseo de trabajar. En esos días de 1936, cuando recibíamos emolumentos muy bajos, la gran mayoría de los oficiales no pensábamos en buscar nuestra mejoría económica, sino en desempeñar satisfactoriamente nuestro cometido. Estando en puerto, se iba a bordo hasta en día domingo. Las prácticas de entrenar apuntadores y telemetristas, con los respectivos zafarranchos de combate eran constantes. Se contaba con la buena acogida, por parte del comandante, para cualquier iniciativa. Yo pensaba que el trabajo debía ser intenso con una total entrega. El oficial de esos tiempos no se había percatado, todavía, de la reprochable conducta con que actuaban los poderosos hombres del gobierno, el mundillo del oficial naval era su barco, el barco en que prestaba servicios, su gente y la de los otros barcos de la Armada. No se oía la falta e hipócrita expresión, tan repetida, de: "hay que relacionarse con los de arriba para que progrese la Armada".

Cinismo se necesita para decir eso tan absurdo. A la institución debe levantar la comprensión de factores que obliguen a los directores de la política a enmendar su actitud hacia cosa tan importante, como es la soberanía de la nación, y no solamente el tener de gato a un uniformado. Eso ya comienzan a aprenderlo los presi-





dentes y sus lugartenientes. Y todos los miembros del instituto armado deben hacer conciencia sobre todo esto. Las fuerzas armadas no solamente deben ser respetadas desde abajo sino también desde arriba.

En nuestra época nos conformábamos con el material a flote con que se contaba ya éste, dedicábamos todo nuestro esfuerzo. Pensaba yo, que en los tiempos de evolución, después de una Revolución sangrienta, todo el país debería hacer entrega desinteresada de su esfuerzo, para reparar lo que paradójicamente se había menoscabado en aras de un progreso económico social.

La actividad que había a bordo del Potosí, no se veía en el Querétaro donde estaba izada la bandera insignia del jefe de bahía. El comandante Coello, viejo marino, alvaradeño recién reingresado a la Armada, seguía haciendo su vida como la había hecho en los petroleros de la compañía El Águila, —navegando y bebiendo—, un viejo que siendo simpático y buen conversador, no era buen jefe militar, no era un conductor de gente uniformada. Con este desorden sentíamos desaliento pero no que estábamos perdidos.

Cuando hay un gran espíritu no arredran los obstáculos; el comandante de mi barco no paraba de elaborar sus proyectos para la organización de las flotillas, y yo me dedicaba a las labores propias de un segundo, adjudicándome el papel de instructor de artillería en tanto no hubiese oficiales preparados para el manejo de ese nuevo material.

Esto me lleva a referirme a que muchos años después, un presidente muy activo diría que su sucesor debería ser un hombre de trabajo "madrugador, etc., etc." He pensado, cuando esto he oído, que todos los ciudadanos de la patria deberíamos ser esclavos del trabajo. Este presidente ha expresado lo que todos sus antecesores debería haber dicho; y esto no infiere que lo hecho por ese señor en seis años haya sido benéfico para la nación. La forma de actuar y los propósitos,

buenos o malos, son cosa diferente, al dinamismo y deseos de trabajar intensamente.

Recuerdo haber tenido ansias de trabajo, una mente sana y libre de pensamientos bastardos. La malversación de fondos, hoy tan generalizada, entonces era para los que manejábamos un pequeño presupuesto, una traición a la patria; no había tiempo para distraer nuestras mentes en hacer cuentas de lo que iba a quedar en el bolsillo, sino una sola idea teníamos fija; la brega diaria. Antes de que hablara Echeverría, hubo mexicanos que quisimos trabajar infatigablemente. Y lo trágico en la actuación de este señor, fue que él solo trabajaría; nadie lo imitaría y una gran contradicción a sus prédicas, fue que redujo considerablemente la jornada de trabajo. Conclusión: ¡demagogía!..

El Potosí fue trasladado al Pacífico. Se aprovechó tal ocasión para viaje de prácticas, tocando La Ceiba, Honduras, para después pasar el Canal de Panamá, que tantos recuerdos me traía, y recorriendo algunos puntos de nuestro litoral del Pacífico, quedaría de base en Guaymas (Sonora). Las prácticas eran para los entonces llamados "oficiales de instrucción". No había cadetes en ese tiempo. Tenía varios años, la Escuela, instruyendo a oficiales procedentes del Ejército, tenientes y subtenientes. En general Joaquín Amaro, secretario de Guerra, asesorado por alguien, había ordenado la modificación; de manera que el oficial que salía a prestar servicio a los barcos, no era el cadete de procedencia civil, sino oficial del Ejército que hubiese tenido dos años en filas, y tres instruyéndose en la Escuela Naval. Se temió que esto diera mal resultado porque se trataba de gente que no había mostrado vocación desde su ingreso a un plantel militar, pero el resultado fue satisfactorio; se logró una buena selección; como se trataba de gente joven, aún maleable, casi la totalidad de ellos se identificaron con el medio y el producto fue en buen porcentaje de buenos oficiales.



La Escuela funcionó en esa forma logrando unas seis promociones, volviendo a la normalidad, o sea, que abrió sus puertas a jóvenes civiles el año 1937.

Llevábamos en el viaje a unos 30 de dichos oficiales en instrucción y agregados, otros tantos alumnos de 4to. y 5to. año de la Escuela de mecánicos electricistas (ESIME). Estos habían conseguido el viaje como cosa muy justificada para ejercitarse en el Departamento de Máquinas, dada la carrera que estudiaban. Los mismos estudiantes habían sido de la iniciativa y salieron adelante con sus gestiones. Había un buen número de ellos que tenían parientes en el gobierno. Los muchachos eran bastante influyentes. Para el viaje diseñaron uniformes, gorra blanca con un escudo que tenía un engrane, aparte del águila, anclas y laureles.

Con esos huéspedes tuvimos que adoptar postura especial para que el barco no se convirtiese en un plantel civil; lo cual no costó gran esfuerzo al principio, pero al poco tiempo de tenerlos a bordo, se habían convertido en una calamidad, no porque lesionaran la disciplina, sino porque hicieron víctimas de su inquietud y comportamiento bullanguero a los oficiales en instrucción, que no podían dedicar un rato a leer o estudiar por estar en el mismo sollado en que se alojaron dichos estudiantes, quienes constantemente provocaban ruidos. Eran jóvenes de buen natural; formaban coros, y organizaban sainetes. A pesar de sus desaguisados tenía cosas ingeniosas que la marinería les festejaba. No tenían, por supuesto, ninguna educación militar, por lo que se les leía la orden del día y se les hacía ver que deberían sujetarse a los reglamentos del buque. Los mayores no pasaban de 22 años. El perjuicio que causaban a los oficiales en instrucción, que eran ya gente madura, hombres entrados en los 30 años, era dejarlos sin agua, para lo cual estaban pendientes de la hora en que se abrían las "llaves de paso" en el

Departamento de Máquinas; y en una ocasión les robaron la fruta que se acostumbraba dar en el desayuno. Dichos oficiales exponían su queja, pero era difícil el control completo y dar con los verdaderos culpables, para aplicar sanciones.

En las playas de todos los puertos se lucían como buenos nadadores, y hubo quienes hicieron conquista. Llegaban con sus parejas al buque y había desilusión cuando tenía que despedirlas en el muelle, o regresarse acompañando a su nueva amistad.

El comandante pasó un mal rato en el último puerto, Manzanillo, donde terminó el viaje. Como la mayoría de los estudiantes contaban con dinero, se dedicaron, en Panamá, a comprar artículos de vestir y otros de diverso uso, como vajillas, cristal, alfombras y "sombreros de Panamá". En Manzanillo los detuvieron cuando iban a tomar el tren, los obligaron a dejar sus equipajes en la aduana. Salieron del aprieto dejando a tres comisionados para cuidar los equipajes, estibados en un corralón. Los más influyentes arreglarían la franquicia en la capital, lo cual consiguieron el mismo día de su llegada al Distrito Federal. Un alto personaje ordenó telegráficamente que se dejara pasar lo que los niños llevaban.

Este dato verídico de nuestra historia, como país donde el que tiene influencia gana todo, no me lo contaron.

No me molestó que esos jóvenes salieran con bien, ya que ingenuamente hicieron sus compras para sus novias, padres y hermanos. Pero me puse a pensar que a un oficial de buque, sin influencias, a quien le cayese la aduana con un paquete de cigarros, le quitaban el pellejo.

Ellos hacía bien en aprovecharse de una oportunidad que se les presentaba. Nos fueron simpáticos, tanto al comandante como a mí; pero no a los "oficiales en instrucción" que los dejaban sin agua para bañarse. Con el tiempo me he encontrado a varios que recuerdan el viaje con



regocijo. ¡Cómo no les iban a dejar buenos recuerdos!

## *Verdadera democracia en Costa Rica*

Antes de arribar a Panamá se visitó Costa Rica. El barco recaló a Puerto Limón. El comandante no creyó prudente hacer el viaje a la capital, San José, y me ordenó encabezar la comisión. Tuvi- mos, por supuesto, que cargar con los muchachos estudiantes de Ingeniería, habiéndoles hecho mil recomendaciones, ya que iban portando un uniforme. El viaje se hizo por ferrocarril. Fui- mos objeto de grandes atenciones y en dos días de permanencia en San José, tuvimos que asistir a tres festejos en nuestro honor.

La impresión que me quedó de Costa Rica fue maravillosa, inolvidable. Cuando hice la visita al presidente, que era el señor León Cortés, ésta se llevó a efecto en su casa; no muy apartada del centro y amueblado con sencillez, no era una gran residencia. No había guardaespaldas ni ayudantes uniformados. El señor no tenía en su casa esta- tuas de mármol, ni grandes lunas de Venecia. Nada de eso que ya principiaban a verse en las casas de los restacueros enriquecidos; unos por los negocios chuecos apoyados por el gobierno y otros por el simple hecho de tener un "buen puesto".

Cuando se trató de tomar una fotografía salimos a la calle y ahí mismo, en la esquina de la casa, ¡al paso de los peatones! nos retratamos con el primer mandatario, ¡sin ningún pistolero, sin ningún jenízarol! ¡Maravilla!..

Pocos años después, cuando Figueres enca- bezara un Revolución, me preguntaba yo, qué habría sucedido en esos momentos, ya que se trataba de un país pacífico, donde nada de oligar- quías ni agitación social amenazaban. Después supe ver bien quien era Figueres: un patriota, y a la fecha, sabemos que Costa Rica sigue siendo un país de organización perfecta, donde los

presidentes no necesitan ir custodiados; un país donde no hay grandes contrastes en la vida de los habitantes. Es un ejemplo, del que los ticos pueden estar orgullosos. El no poderlos imitar de- bería darnos vergüenza al resto de hispanoame- ricanos, y hasta a los mismos vecinos del norte.

Figueres, con su revolución aplastó un in- tento de descomposición en los tradicionales procedimientos limpios que han caracterizado a esa nación. La fotografía donde estoy con mis oficiales junto con León Cortés, la conservo como lo que muestra algo maravilloso, como algo que no podía haberse visto en ninguna otra nación de América, y probablemente, solo en dos o tres del mundo, como podría suceder en Suecia o en Suiza, o en Holanda...

Como feliz coincidencia para mí, al estar revisando estos deshilvanados apuntes, que ya terminados desde diciembre de 1977 dormían el sueño del justo por circunstancias ajenas a mi voluntad, vi entre las noticias de "poca impor- tancia", que el señor presidente de Costa Rica Daniel Oduver, vendría de visita a México. Sentí un gran entusiasmo por llegar hasta ese señor y estrechar su mano; pero, se repitió el caso de Figueres, que lo recibieron allá en la costa del sureste —por Yucatán— le encajaron una guaya- bera y los pusieron a bailar el zapateado. Esas payasadas que se han venido acostumbrando en México, cada vez suben mas de tono, restán- dolo personalidad a los mandatarios anfitriones. Quererse hacer campechano ante los visitantes y popular ante los conciudadanos obligando a los respetables visitantes a comer tacos con chile o panuchos, según la región, y ponerles un som- brero de petate o jorongo, obligándolos a danzar como los nativos, es algo muy criticable y esto lo debe tomar muy en cuenta el sucesor de Eche- verría, para enmendar los errores, cometidos que, como vemos no solamente han sido en el aspecto financiero, sino hasta el asunto proto- colario que ya tienen su sello de verdadero relajo.



Da pena pensar que vivimos en un país donde se hace lo que a un solo hombre o a un grupo de hombres que se hallan en el panderero, les viene en gana y no lo que al pueblo agradaría.

El pueblo de México hubiese formado valla, desde el aeropuerto de la capital hasta el lugar donde fuese a residir el huésped costarricense, para aclamarlo como la primera figura de un país muy adelantado cívicamente.

No se hubiese tenido necesidad de arrastrar a la manada como cuando llegara Johnson, en 1966, por quien nada sentimental nos movía a darle la bienvenida, sino, por lo contrario, abuchearlo.

En nuestro viaje del Golfo al Pacífico tuvimos días de duelo. Navegábamos de Panamá rumbo al puerto de Acapulco cuando se recibió por radiotelegrafía una infausta noticia; el jefe de la Armada, comodoro Castillo Bretón, el hombre que había arriesgado su vida piloteando aviones, que como deporte había lidiado toros de gran peso; que de joven había combatido al invasor; el marino que había corrido temporales tanto en barcos mercantes como en los de la Armada; moría en su casa debido a un edema pulmonar.

La cara del comandante del Potosí me pareció descompuesta al leernos a los oficiales el radiograma. Yo sentí angustia al ver, de inmediato, que caían nuestras ilusiones al suelo. Se derrumbaba el muro que contenía a la inquina de los principales del mando contra los oficiales que hablamos propugnado por un cambio de la situación en que la Armada se encontraba. Quedaban de a mos esos señores, que después de largo tiempo ausentes del servicio, llegaban a tomar los puestos claves, reteniéndonos en los grados inferiores, sin hacer el menor esfuerzo por correr los escalafones. La realidad entristecía, pero seguramente todo esto no afectaba al ánimo de los que gustaban de arrimarse a los de arriba para obtener prebendas; los tibios que lo mismo servían de cerca a un jefe de valla, que a

un topo —bueno solamente para obstruccionar—. La muerte de Castillo Bretón, el hombre de alma cristalina y físico de acero, daba oportunidad de colarse en puestos de privilegio, a los especímenes que a él no se le acercaban porque no le gustaba tener cortesanías, pero de los que protegió a distancia, dándoles puestos de mando solamente uno o dos sabían desempeñar sus puestos.

Coincidía el hecho de que casi en su totalidad, los señores que regresaron —todos son altos grados—, “como premio de haber sido hueristas” (cosa inexplicable), eran hombres impreparados, sin carácter para asumir con eficiencia los puestos directivos. Cara íbamos a pagar nuestra osadía de haber pretendido levantar nuestra institución, tanto los que principiábamos de quijotillos dando conferencias, como los de sentido práctico que se presentaron ante el general Elías Calles para exponerle nuestra realidad.

Quedó como jefe del Departamento de Marina el mismo señor que en el año 29 había llegado al generalato. Este había sido muy estimado por la oficialidad, para quienes bajo sus órdenes estuvimos a bordo del transporte Progreso. Nuestra estimación se debía a que nunca se había metido con nosotros, y se había portado bien durante la asonada escobarista de 1929, cuando, como comandante del Progreso, prestó magnífico servicio al gobierno. El hombre, fuera de su meritorio comportamiento durante el tiempo de dicha asonada, para nosotros había sido como un capitán de barco mercante; se ocupaba solamente de verificar si se cubrían las guardias, nunca trató de organizar conferencias ni de reunir a los oficiales para conocer sobre la capacidad de cada uno, como era su deber. No servía, por supuesto, para estar a la cabeza de un Departamento. ¡Como hubiese yo querido que ese señor, de mucha personalidad, hubiese tenido capacidad para llevar las riendas de nuestra institución. Quienes con él estuvimos, lo quisimos con sinceridad. Pero él demostró



cuando fue la comisión inspectora a España, falta de iniciativa y dinamismo, que, con esto junto al precitado deterioro de material flotante, crearía una situación caótica.

Gobernaba Cárdenas. No había más política que consentir el obrerismo y al agrarismo. El Ejército y la Armada quedaban relegados, muy mal atendidos a pesar de que aún estaban en servicio la mayoría de generales con influencia. Esto, sin embargo, parecía no estimular a los militares, a levantar la voz pidiendo que se corriesen los escalafones para dar oportunidad a los de jerarquías inferiores, así como para mejorar emolumentos, equipo y material. No había esa esperanza porque con excepción de los más antiguos generales revolucionarios, idealistas y honestos, los que habían entrado a la bola para ver que sacaban de provecho, éstos, una vez apaciguada la nación, se vieron como burgueses, dueños de haciendas y ranchos, y cuidar sus bienes fue de lo que solamente se preocuparon. En el Ejército había una gran fuga de oficiales egresados del Colegio Militar; no velan porvenir en la milicia. Una vez que esos oficiales llenos de ilusiones llegaban a filas, y se daban cuenta de la gran cantidad de generales, de las tres categorías, que tapaban los escalafones, iban a abrirse paso por otros horizontes. Junto a los que se aguantaban por verdadera vocación, quedaban los acomodaticios, listos para brincar de las Ayudantías a las embajadas, como agregados o ayudantes de agregados militares. Cosa semejante pasaba en la Armada, que por entonces seguía como un Departamento de la Secretaría de Guerra.

No se tome esto como innecesaria repetición de lo expresado en capítulo anterior. Es solamente mi exceso de afán por dar idea a las generaciones actuales de oficiales, de cómo fueron nuestra penalidades, cuando propugnábamos una situación a lograr con sacrificio.

Era época de carencias, ya lo he asentado bastante. Las refacciones para los barcos llegaban

después de hacer un inmenso recorrido las gestiones para su adquisición. Eran los consabidos trámites burocráticos. Esto no se resentía tanto en los guardacostas que durante los primeros años de sus servicios, fueron en alto grado eficientes a pesar de que al estallar la Segunda Guerra Mundial, la Casa Back and Dodge, que suministraba los repuestos de motores, cesaría sus actividades, como todas las representaciones de empresas alemanas.

Dichos guardacostas con sus motores MAN resultaron de fácil manejo para nuestros maquinistas, además de que se contó, durante el primer año, con "los garantías", montadores alemanes que eran muy buenos instructores. Pero muy penoso fue el caso de los cañoneros y el transporte Durango; nuestros maquinistas habían tenido práctica en máquinas alternativas, pero las turbinas eran algo nuevo. Si a esto se agrega que, por diferentes motivos habían faltado los "maquinistas de garantía" españoles en los cuatro barcos grandes, el resultado fue que en menos de dos años, andábamos recorriendo el litoral con una sola máquina. Los engranes de las turbinas, que deberían brillar como espejo, se encontraban oxidados —color café—; los piñones y la rueda reductora con dientes rotos. El "silbido" de una turbina cuando está trabajando es peculiar, y en nuestros barcos no había tal silbido, sino traqueteo. Ahora, después de los años, con mejor material, se recuerda aquello como aventura: "Un barco de dos hélices, con una máquina fuera de servicio y la otra trabajando penosamente, con dientes de la rueda reductora rotos; navegando con malos tiempos en la costa del Pacífico, llevando siempre un anclote listo, atado a un cabo largo, para fondear en cualquier momento de quedar al garete, solamente los marinos de la Armada de México lo podemos contar. Esas navegaciones no eran esporádicas sino servicio regular, llevando pertrechos y tropa. Y el asunto duró algunos años.



## *Comandante de cañonero*

En las postrimerías del año 1936 tomé el mando del barco en el que, por no más de seis meses venía desempeñando el cargo de segundo comandante. El titular se iba con nueva comisión a la capital de la República. Recibía yo un barco que todavía no completaba un año de haber llegado a nuestras aguas. Andaba mal de sus máquinas propulsoras y los aparatos auxiliares. Los generadores que son como el alma de un barco, habían resultado ser de pésima calidad. Faltó experiencia al aceptar esa clase de motores, y no exigir de patente alemán, que eran los mejores, (marca MAN), como las máquinas principales de los guardacostas. De estos, posteriormente, se tendrían algunos para dar corriente en lugares como Isla Margarita, que darían un magnífico rendimiento. Los de los cañoneros eran de una patente Weber, o algo parecido, pésimos, nunca sirvieron, tuvieron que irse cambiando por otros de diferentes marcas.

Todo esto no se desanimaba, seguía dedicado a la artillería, aportando mis conocimientos para la instrucción del personal. El que me autonostrase oficial de artillería, a pesar de ser el comandante, constituía una anomalía, pero era válida de acuerdo con las circunstancias. Mi segundo en el cargo de los cañones, era condestable (oficial de la Escala de Mar), un tipo muy dedicado, Bonifacio García, de origen del Ejército, un gran auxiliar que lograría un mecanismo de sub-calibre para hacer ejercicios con cartuchos de 7 mm.

Mi dedicación me daría oportunidad de hacer el reglamento de artillería y tiro para los cañoneros. Todavía quedan por ahí unos ejemplares, que me parecen reliquias porque esa artillería ha ido desapareciendo junto con los barcos que la montaban. Con la adquisición de unidades procedentes de Estados Unidos, se acabaría el conjunto artillero con que podíamos

hacer nuestros ejercicios, aunque fuesen remedo de lo que se haría con barcos de línea. Ahora, excepto dos destructores, los demás transportes y dragaminas que el gobierno norteamericano o particulares nos han vendido, unos montan una sola pieza de artillería, que cualquier gañán puede manejar.

En los años treinta no había lanza-cohetes, de manera que era la actualidad el tiro naval, el que pudiera llamarse "clásico". El conjunto de bocas de fuego, con proyectiles convencionales, disparando con intervalos hasta de 15 segundos por salva, resolviendo, con los aparatos "rocord" y "reloj de alcances", el problema de dar en el blanco, constituía una ciencia.

Esto parecía acabarse cuando se principió a hablar de los cohetes teledirigidos. Cuando principieron a llegar nuestros Dragaminas en los años sesenta, unos sin artillería y otros con un solo cañón movido a control remoto, pensé que ya los estudios de balística en la Escuela Naval y la especialidad de tiro para post-graduados, serían substituidos por el entrenamiento de unos cabos de cañón o condestables cualesquiera, adiestrados en seguir —valiéndose de un volante— una aguja movida electrónicamente, y apretar botones en determinado momento.

O sea que, se regresaba a la época del cabo de cañón.

Pero no han desaparecido completamente las bocas de fuego de tipo convencional, pues vemos a Francia con sus preciosos cañones en cruceros de la clase Colbert. Italia tiene los de la clase Garibaldi y Estados Unidos tiene los sucesores de la clase Fletcher. Inglaterra tiene montadas sus estaciones de tiro Vickers y Alemania las magníficas Hasemeyes. No sería descabado imaginarse que en una posible conflagración mundial, quedando proscritas las armas nucleares, se dieran casos de encuentros entre flotas, como las hubo en pasadas guerras en coronel, y Heligoland, y se repitiesen los su-



cesos como la voladura del Hood, la maravillosa resistencia del Bismack y el caso del Von Spee.

Por el mal estado de nuestros cañoneros, hubo un momento en que no se contaba con uno solo para el servicio; entonces se determinó poner todos los medios y esfuerzos posibles para unas reparaciones en máquinas, que les permitiese navegar hasta Estados Unidos, donde entrarían a dique y se procedería a una reparación general. El barco más averiado era el Potosí, bajo mi mando. Cuando lo recibí, después de rendir el viaje de prácticas, ya tenía poco menos que, fuera del servicio, una unidad, una máquina propulsora y demás aparatos auxiliares de la banda de babor.

Después de hacer varios viajes por nuestras costas en todas nuestras latitudes, haríamos la navegación, hasta San Pedro, California, a donde llegaríamos con la ilusión de que saldríamos del astillero, con el barco en perfectas condiciones, como nuevo. Esto no iba a ser posible. Se harían reparaciones en casco, cámaras, cocina y parte de la superestructura que, desde luego, serían de mucho beneficio; pero a las máquinas y calderas no se les iba a poder reparar definitivamente. La reparación provisional nos permitió salir al extranjero a mediados del año 1937. Llegamos a San Pedro California, habiendo soportado un fuerte temporal. Una vez en dique y comenzados los trabajos, me iría enterando, de estos: alineación de turbinas, habiéndose descubierto por donde pasaba el vapor que oxidaba partes de la maquinaria, como rueda, reductores y piñones. Esto podía evitarse en lo sucesivo, pero las máquinas habían quedado dañadas. Años más tarde se cambiarían estas por motores de combustión interna.

La estancia en San Pedro duró como tres meses. El Departamento de Marina envió como supervisor, al capitán de navío Coello Ochoa, que por entonces se encontraba de comandante de la zona naval, que tenía sede en Acapulco.

Jefes de esta jerarquía, no habían por entonces más de tres o cuatro en toda la Armada. Antes se ha narrado que este jefe era de los reincorporados, después de haber pasado muchos años fuera del servicio. Había sido capitán en los barcos petroleros de la compañía El Águila, ruta a Inglaterra, y por eso tenía fama de buen navegante.

Era hombre que le gustaba pasarla bien, y fue de los afortunados, de los que les caen las cosas del cielo. Tomaba la vida con una filosofía que le hacía gozar en demasía de los bienes materiales. En su plática alvaradeña, salpicada de picardías y ocurrencias, solía comentar: "No vamos a componer el mundo, ¡que carajos!". El señor, simpático y disipado, llegaría a ser ministro de Marina. Fue don David Coello, hombre de suerte, como hemos tenido algunos, que sin gran esfuerzo, sin haberse entregado al trabajo, han sido escogidos por los gobernantes para el primer puesto de la Marina. Esta actitud de los "primeros mandatarios" ha sido injusta, y no tiene más explicación que la de no haberles importando un comino, a los antes mencionados, el prestigio y destino de nuestra institución, ya que con pena hemos visto escoger para ministro al amigo o al pariente del amigo o al amigo de la mujer del ministro sin cartera, para quien nada hay que no pueda conseguir.

Cuando llegamos a San Pedro hacía frío; ordené portar el uniforme de paño (el propio de la estación) pues ya principiaba el otoño. Supe que el viejo Coello no llevaba más que uniformes blancos. ¿Qué hacer en tal situación? Era un compromiso para mí. ¿Cómo íbamos a andar sufriendo frío, vestidos de blanco, solamente porque el jefe, inspector no iba preparado? Hubiese sido ridículo, ya que los mismos marinos norteamericanos, en esa época del año, portaban las prendas de invierno.

Me presenté al comandante Coello para proponerle que a nuestro arribo, de manera urgente



se mandase hacer un uniforme y yo pidiera disculpas porque no se presentase a la visita de cortesía debido a una fuerte gripe. El viejo, riéndose y frotándose las manos con su gracia alvaradeña me dijo: Déjese de cosas, diga que me disculpen simple y sencillamente porque no traigo representación oficial. Usted va a cargar con tanta jeringa, averígüeselas con las autoridades, que yo ya tengo con lo de las reparaciones, y continuó con su risa agradable: "voy a gozarla aquí, hay muy buenos equipos de pesca". Y en verdad que el viejo la gozó y no solamente pescando.

El Potosí en el astillero de la Blethenhem era una romería, miles de mexicanos de diferentes clases sociales nos visitaban. Hubo necesidad de poner horario estricto, para permitir la entrada y salida de chicanos.

Desde que los antiguos barcos Bravo, Anáhuac, Agua Prieta, en el Golfo, iban a limpiar fondos periódicamente a Nueva Orleans y Mobila; se acostumbraba permitir las visitas de los paisanos residentes en Estados Unidos. Coincidió nuestra estancia en San Pedro, con los días de festejos patrios (15 y 16 de septiembre). Nuestro cónsul dio el grito en un Estadio de la ciudad de los Ángeles; nos llovían las invitaciones a diversas fiestas, que en mayor parte acababan en reyertas.

Gentes de una barriada que se llamaba "Palo Verde", organizaron actos cívicos, comidas y otros festejos. Me hicieron invitación especial para asistir; traté de eludir por tener que aceptar otras invitaciones, pero fue tanta la insistencia, sobre todo por parte de las damas, que acepté, ya que me habían escogido para coronar a la reina de las Fiestas. Lo que me había imaginado, resultó con exactitud; gente nada distinguida en barrio donde ni pavimento habla. Todo era puro corazón pero en sitio rústico y sucio. Nunca hubiese creído que en lugares como "Los Ángeles" me encontraría barrios donde el lodo y el polvo campearan.

Las mesas para la comida estaban bajo techo de láminas, ya que por ahí, no había un salón moderno o, por lo menos, de presentación agradable, *ad-hoc* a esa clase de festividades. Pero lo deprimente era ver que la policía norteamericana, garrote en mano, se paseaba entre las mesas. No cabía duda, todo lo que había oído contar de nuestra paisanada en esos lugares de California, era una realidad. Por otra parte, traté con mexicanos de cierta clase social, unos de familias emigradas, y otros nativos por muchas generaciones, desde que esa tierra perteneció a México. Algunos eran comerciantes, otros con empleos de categoría en bancos; otros, empleados en oficinas del gobierno, y hasta policías. Mucha de esta gente, no compartía su vida social con los de Palo Verde. La discriminación se imponía entre los paisanos.

Eso no me causó mas que pena, en cambio, hubo algo que me indignó a última hora de nuestra permanencia, y me hizo sentir vergüenza, fue la poca solvencia de nuestro gobierno a la hora del pago y la actitud de nuestro cónsul que exhibió la calidad del mexicano sin escrúpulos. O sea que, nuestro representante nos hizo pensar, cuando zarpábamos, que obligó a los del astillero a consentir en algo deshonesto.

En junta con los directivos del astillero, para ver el asunto de costos por los trabajos, estuvo presente el cónsul. Noté que éste hablaba algo referente a regalos para los jefes que estábamos en el barco. Yo había expresado al comandante Coello que hiciéramos ostentación de integridad; no estábamos dispuestos a recibir un solo centavo de gratificación. La insistencia de nuestro representante, en sus pláticas de regalos, me hizo pedir que se me tradujese al español todo lo que se decía. (No entendía bien el inglés en ese tiempo). El cónsul me dijo que deseaban obsequiarnos algo y el sugería unas pijamas o algo por el estilo. Entonces, con intención de reproche dije: si la que piensan darme a mí, la trae puesta





la artista Key Francia, de mil amores la recibo. Con esto los de la empresa se quedaron muy serios después de una risa forzada pero se dieron cuenta de que no éramos unos pedigüños.

Hablamos recibido de México la autorización para pagos por cierta cantidad, pero el costo de los trabajos y demás gastos de la empresa resultó con cifras mayores. Habían gastado una gran cantidad de "extras" desde aumento de vigilancia por las constantes visitas a bordo, por parte de nuestros paisanos.

Ante esa situación tuvimos que regatear, hasta que los directivos se conformaron con lo que había girado México. De pronto aceptaron, pero pasaron unos días, y cuando estábamos por salir, ya "largar cabos" del muelle, se presentó a bordo el ingeniero Harrington, acompañado de otro señor empleado de la empresa con nueva documentación, aumentando el precio, o sea que llevaron papeles por cantidad adicional, exactamente lo que habían presentado antes del regateo.

Era inaudito el caso; estaban los ingenieros con las caras largas, y no daban la razón del por qué del cambio inusitado. Expusieron que si México aceptaba pagar esa parte adicional, estarían en lo justo, y si no aceptaba, entonces ellos se conformarían. Era esto, algo muy raro. ¿Qué vacilada se traerían esos señores de la Bethlehem? El comandante Coello, el jefe de máquinas y yo firmamos la nueva documentación ante la pena del ingeniero Harrington, a quien minutos después lo despediríamos en el portalón del barco. Cuando me disponía a subir al puente de mando a dirigir la maniobra de salida, vi a nuestro flamante cónsul en el frente del edificio, quien junto con los jefes del astillero, nos decían adiós con la mano. Claro, asociando la presencia de ese señor en las oficinas con la inesperada visita del ingeniero Harrington, la cosa estaba muy clara.

Me sentí indignado ¡qué Vergüenza si lo que pensaba yo era la realidad!; se manifestaba

la clásica mordida nos exhibíamos en eso de la ganancia ilícita; pero también pensaba que aquéllos gringos se habían quedado con buena impresión de los que íbamos a bordo. Con justicia deben haber comentado: "no todos son iguales". Como quiera que haya sido, por estos detalles, los vecinos del norte nos tiene bien catalogados.

No sirvieron de mucho las reparaciones. Al poco tiempo se le rompieron dos dientes a un engrane de una máquina. Lo mismo estaba ocurriendo en los otros cañoneros que ya no los mandaron al extranjero. Como cosa muy meritoria por parte del comandante de los servicios navales en Guaymas, y de un obrero que se encontraba en el varadero de ese lugar, se logró la construcción de los llamados "piñones:" de las turbinas. El trabajo de "tornos" y "fresas" fue magnífico, pero era de vital importancia saber el templado del acero que por no conocerlo, las averías se repetían. El cambio de piñones era frecuente pero eso no se podía con las grandes ruedas reductoras, que era mucho pedir hacerlas en nuestros talleres. En mi barco se le rompieron dos dientes a dicha rueda. Hubo un momento en que solamente se navegaba con una sola máquina. Volvíamos pronto a lo mismo, de no contar con un solo barco en buenas condiciones. Con el mío, para entrar y salir de los puertos, donde hubiesen virajes forzados, como en el caso de pasar la primera boya a la entrada de La Paz, Baja California, se conseguía la caída de la popa del barco, ayudándola con el auxilio de un toldo, a guisa de vela, desplegándolo en un momento preciso. En el momento de la maniobra, el cañonero se convertía en un barco de vela. Y no solamente aprovechábamos el viento para salvar un bajo virar con la rapidez requerida; también nos valíamos del mismo para atracar o para colocar el barco en determinada dirección combinando la fuerza de dicho elemento de la naturaleza con



el fondeo de anclotes por la popa que sirvieron de centro de giro.

Todo esto que era penoso y hasta deprimente, en los días en que teníamos tan grandes apuros, ahora me parece chusco y a la vez me satisface no haber sido parte de esa rémora mexicana que por todas partes repite: "no hay de esto", "No hay de aquello" para eludir trabajos acompañando tales expresiones a una inactividad criminal, pero tomen nota, compañeritos que actualmente portan insignias de jefes: No había solamente murmuraciones hacia el mando, sabíamos de su ineptitud y del descuido de los mandatarios para con nuestros barcos; pero con una gran ESPIRITU (así, con mayúsculas) de trabajo, digno de imitarse por ustedes y quienes sigan a ustedes. Estábamos en la brega con la esperanza siempre viva de ver el día en que la Armada fuese comprendida, respetada y, ¿por qué no?, también temida.

Cierto es que en 1937 y 1938 andaba yo como comandante del Potosí con los toldos del buque preparados para improvisar velas, con una ancla de almirantazgo<sup>1</sup> amarrada a un cabo largo para, cuando se hiciera necesario de garete que ante el peligro, de derribar hacia la playa o algún bajo, el anclote salvador, dejándolo ir al fondo, dando lo que pidiese el cabo, nos salvaría de embarrancar y de algo más temible; la escandalera; la estúpida crítica que nunca falta, hasta de gente que nada sabe sobre el mar. Por algo un ancla que se lleva en cubierta para esos fines, se llama La Esperanza. Y con la esperanza de que algún día mejoraríamos, se daba servicio a tan ingrato gobierno y a un pueblo ignorante de lo que éramos. Ignorante hasta la fecha en cuanto a la misión esencial de la Armada. (Esto último lo he repetido bastante y permítanme los amables lectores que continúe haciéndolo. Cada vez que el asunto venga al caso).

## Comandante del buque escuela Progreso

A fines de 1938 se me cambió de comisión porque el orden y la disciplina que imponía yo en el Potosí, afectaban al jefe de máquinas, quien tenía mayor jerarquía militar que yo. Se trataba de un maquinista de mucho mayor edad a la mía, procedente de la Escuela de Maestranza; no era ingeniero mecánico naval, como los compañeros salidos de la Escuela. Esto no hacía al caso porque un buen maquinista naval, para hacer un buen papel no necesita la gran cantidad de conocimientos que se adquieren en la Escuela. El caso lamentable era que a ese señor la disciplina le importaba poco. Quería dividir el barco bajo dos mandos; él, disponiendo franquicias y demás en su departamento, ignorando lo más elemental de la Orgánica, que; "El mando es único e indivisible". Entonces se planteó un serio problema; por un lado estaba el oficial con el concepto claro de la disciplina y demás virtudes militares, todavía frescas adquiridas en la Escuela, y por el otro, el hombre que no tenía nociones de lo que era la unidad de mando a la vez que estaba en comunicación directa con el Departamento de Marina (cartitas...).

Pero el hombre no era de mala fe, solamente un ignorante del medio militar; todo era la consecuencia de las anomalías resultantes que habían dejado las asonadas que diezmaron a los oficiales hijos de nuestra Escuela, y hubo que aceptar servicio de gente que ignoraba las ordenanzas. No era tiempo de que ya quedasen regulizados servicios y demás. Teníamos que luchar contra esos casos penosos. Como una maldición tomábamos estas anomalías quienes gustábamos de una estricta disciplina. Por supuesto que de entre esos hombres no egresados de nuestra

<sup>1</sup> *Ancla de almirantazgo*: la clásica, la que se ven en emblemas y pinturas de buques de vela.



Escuela, había magníficos jefes de máquinas como fueron los ya mencionados en capítulo anterior: Roberto Tejada ("la Gallina"), Huart ("el General"), y uno completamente rudo, muy trabajador, de apellido Gómez que desde fogonero le llamaban El Totol.

Me dio gusto tomar el mando del barco donde había hecho mis prácticas de guardiamarina, y desempeñando los demás cargos, hasta el de segundo comandante interino. Lo habían hecho Escuela para grumetes. Tomé el mando en Guaymas, donde el viejo y magnífico buque había permanecido por varios años. Estaba acabado de reparar; sus máquinas de vapor (alternativas) no constituían ningún problema para nuestros maquinistas navales. Lo único que la nave tenía de malo, era su casco, bastante parchado. Sus cubiertas y el resto de la superestructura mostraban la vejez, pero todo prestaba garantía para un regular servicio, sobretodo, para formar marinos. Necesario era habilitarlos de botes, cabos, plumas,<sup>1</sup> códigos, maderamen, lona, anclotes y demás elementos tan necesarios para la clase de enseñanza que se impartiría.

Permanecemos como un mes en puerto preparando un programa de prácticas para los grumetes, el cual no existía. Lo improvisé auxiliado por mi amigo Díaz Walls a quien habían nombrado segundo comandante. Procuré reducir de inmediato todo lo que eran conferencias, la paja en la instrucción de un aprendiz de marinero, procurando hacer las prácticas lo mas variadas y de corta duración cada una. Conseguí un bote con un armador amigo mío, ya que el único de a bordo era muy grande, y por lo tanto, los remos eran manejados con gran esfuerzo por los grumetes, todos menores de edad y algunos adolescentes.

Moví el barco para quedar en el antepuerto, lejos de los embarcaderos y se mandó reducir el

servicio del personal franco; los demás viajes se harían a remo.

Mi antecesor era un hombre quieto, bebedor consuetudinario, que no se había molestado por la instrucción de los grumetes. De manera que me esperaba una oportunidad para encauzar algo que sería novedad en el barco.

Llegué al Progreso con una fama de exageradamente estricto, lo que en jerga de los uniformados se le llama "gordo". Encontré entonces un ambiente de tolerancia inaudito, y me propuse poner orden. Había mucho disimulo en todo desde mucho tiempo atrás. Cuando en el Potosí implanté el "estado seco", proponiendo a la superioridad que se aprobara mi procedimiento y se hiciera extensivo a todas las dependencias de la Armada, la mencionada superioridad no se tomó la molestia de contestarme. ¡Iba yo contra la corriente!

En los años que corren se ha hecho ley lo que propuse por la tercera década. ¡Cuanto tardó esa disposición que debería haberse dado desde que México tuvo su primera nave de guerra! Es una de las cosas buenas que probablemente se ha imitado a los Estados Unidos, pero para llevarla al cabo, tardaron mucho. Los marinos de ese país, saben que sus tripulaciones, tan disciplinadas cuando desempeñan un servicio, durante el tiempo que están francos son muy desordenados, que si hubiese la facilidad del aguardiente a bordo, se armarían broncas tremendas cada día. Los europeos, como los países de Hispanoamérica, han seguido la tradición de tener el vino a bordo, y hasta nuestra ordenanza general, que está inspirada en las de Carlos III, también siempre lo ha admitido y se previene la ración diaria de vino a bordo. Pero en nuestro país se acabó lo de la ración, y solamente se autorizaba a la oficialidad consumir aguardiente.

<sup>1</sup> *Pluma*: especie de grúa.



Afortunadamente esa injusticia por una parte, y motivo de desorden por otra, ha desaparecido y debe felicitarse a quien tuvo la idea de llevarlo a cabo, a la vez, reclamo la paternidad de aquella.

Como la oficialidad del Progreso estaba integrada por elementos que no eran devotos de la farra, excepto mi amigo Díaz Walls que no se desentendía de sus obligaciones, no tuve tropiezos en hacer que el barco fuese un centro de trabajo esmerado, como correspondía a una dependencia educativa. Pero todas estas cosas variaban según la capacidad de trabajo y espíritu creador que tuviesen quienes iban sucediéndose en el mando. La superioridad ignoraba las modificaciones que cada quien implantaba, y lo mismo daba que el servicio e instrucción mejorasen o que fueran al suelo.

Todavía me encontraba con el Progreso en Guaymas cuando se autorizó un ejercicio de tiro al cañonero Potosí, sobre un blanco al garete. No se aceptó que aquel fuese remolcado, por el temor de que pudiera confundirse con el remolcador. Quien tal cosa disponía, era uno de tantos colegas ignorantes de lo que teníamos de material artillero, de la exactitud en los aparatos de tiro y lo bien entrenados que en esos días estaban los apuntadores del cañonero Potosí. Como el ejercicio yo lo había ido preparando, por meses, y lo había solicitado, tuve la oportunidad de dirigirlo. Me trasladé al Potosí el día indicado para que, por primera vez, un barco mexicano lanzara sus andanadas con "cálculo de tiro". Armamos el blanco y retirándonos del mismo, al llegar a una distancia de 5000 metros, cambiando el rumbo para dejar aquél por el costado, disparó con una gran probabilidad de éxito, ya que el blanco no se movía, y lo que el viento y la mar lo tiraban a la deriva era cosa que no contaba. No se dio en el blanco pero éste al recibir la columna de agua se levantó un proyectil. Eso se consiguió en la segunda salva. La tercera y última cubrió el

montón de madera y lona que flotaban, como restos del precitado "blanco".

Durante la permanencia en San Pedro con el Potosí, habíamos comprado un aparato de intercomunicación; era propio para oficinas y lo adaptamos a la artillería, intercomunicando al cuarto de derrota con el puente donde iba el director del ejercicio; también se comunicaba con la estación transmisora, con el telémetro, con el proyector y con las piezas de artillería. La voz del director se oía simultáneamente en todos los puestos, y las respuestas de cada uno solamente llegaban a la mencionada Dirección. De manera que había un control absoluto. Era un sistema muy superior a los teléfonos de que llegaron dotados los barcos, que resultaron prácticamente inservibles. Con haber centralizado nuestra comunicación, quedaba el Potosí, en mucho mejores condiciones de controlar el conjunto que como lo era en los demás cañoneros, y seguramente, en los extranjeros que usaban ese sistema que nos habían impuesto.

Resulta muy interesante observar que nuestros marineros de aquellos años, unos mestizos y otros indígenas medio alfabetizados, eran unos verdaderos artistas; tenía facultades físicas extraordinarias; se les hacía apuntadores en muy corto tiempo, así como medidores de distancias con el telémetro. pero era un error darles los audífonos de una red telefónica para que transmitieran órdenes de la Central a los montajes y en sentido inverso. Lo que podía echar a perder todo un ejercicio. Nuestro indio, taimado, es muy eficiente "por las buenas", pero lento y mal intencionado cuando se le grita, entonces es capaz de arruinarlo todo. Lo que en Marín tenían para preparar a los artilleros subalternos —apuntadores y telemetristas— y, al parecer, lo usaban con éxito, yo me di el lujo de enmendarlo y ponerlo *ad-hoc* a nuestro medio, o sea, a la idiosincrasia y aptitudes de nuestra gente, magnífica para cualquier trabajo manual; son artistas y de una



magnífica visión estereoscópica. Todo eso lo pude verificar.

(Muchos años después, en el mismo barco, ya siendo yo vicealmirante al mando de una flotilla, vería dificultades para ordenar salvas de saludo a la entrada de Lisboa. Vería al oficial en el puente, con unos tremendos audífonos, como lo que usa un famoso locutor de la televisión en el programa 24 horas y me vería tentado a arrebatarlos y echarlos al agua. ¿Cómo era posible que hubiesen vuelto a ese sistema, por todos conceptos detestable? El oficial me dijo, en tal ocasión, que el aparato de intercomunicación simultánea se había echado a perder mucho tiempo atrás, y en Estados Unidos habían colocado el de audífonos. Pensé que alguien estaba obligado a decir a los norteamericanos: "Eso no es para nosotros", y podía haberse exigido un sistema como el que habíamos adquirido en San Pedro, California).

En 1938, cuando se dispuso el primer ejercicio, la gente se encontraba perfectamente bien entrenada. El estado pésimo de las máquinas propulsoras del barco no había impedido el funcionamiento de la artillería. Estaba todo el conjunto preparado para obtener éxito; pero de todo esto, la superioridad no supo más que el resultado. Yo me preguntaba: ¿cómo podemos progresar si las enseñanzas y esfuerzos no llegan desde arriba? La iniciativa para comprar un aparato de intercomunicación se había realizado porque nació de abajo y fue adquirido con lo que se ahorra del dinero del rancho, que era en dólares, a \$3.60 por uno. Las directivas para la instrucción también nacían de abajo y la superioridad... "en la luna de Valencia". Si se trabajaba, "bien"; sino se trabajaba, "también". Con razón esos jefes revolucionarios, fogosos —lo que entonces eran amos de la situación— veían mal a los nuestros que nunca les presentaban proyectos, ni les exigían presupuestos para mejoras en nuestros servicios. Eran señores cansados. No podían si-

quiera resolver el problema de comunicación por medio de tubos acústicos para el caso de un fallo en la red telefónica.

## *Ciclón tropical*

Cuando pasé al "transporte Progreso", acababa de terminarse una reparación en dicho barco que por etapas la estuvieron haciendo durante más de cinco años.

Zarpamos rumbo a Vallarta, donde habíamos estado ocho años antes, con motivo del ataque "cristero" ya narrado. Después arribamos a Manzanillo. Llevábamos un radiotelegrafista que era un tipo raro, desaprensivo, y no se sabía si le faltaban conocimiento o por abulia era deficiente en el desempeño de su trabajo.

Dejamos Vallarta, sin que hubiésemos tenido comunicación, y en las mismas nos encontramos al arriba a Manzanillo. Al preguntarle al citado radiotelegrafista el por qué de su inactividad, me expresó que hacía falta una pieza en la estación de radio, algo que había pedido desde Guaymas y no se le había dado. Yo no recordaba que hubiese solicitado alguna pieza, ni en el Detall me supieron dar la razón del asunto. Resultó que el pedido había sido por conducto de un compañero, quien de viaje a México llevó el recado al jefe de la "sección de radio".

Tras de la sanción disciplinaria al muchacho por omiso en el servicio, se pidió la refacción con carácter urgente, la cual llegaría una semana después. (No había servicio aéreo todavía).

Zarpamos de Manzanillo con materiales para la zona naval de Acapulco que por entonces, estaba carente de todo; no tenía comunicación por tierra con la ciudad. La zona se ubicaba en la parte este de la bahía, en un lugar llamado Icacos, de donde se había desalojado a los habitantes dándoles 30, 40 y 60 pesos por sus terrenos, dejándoles en libertad de llevarse sus jacales a otra parte. En dicha zona se carecía de todo



menos de una gran cantidad de mosquitos anófeles que mandaban a la cama al más robusto.

A la salida del puerto colimense recibimos el reporte meteorológico por conducto de la estación de un guardacostas, pues nuestro operador no daba pie con bola. La predicción era de buen tiempo, de manera que se zarpó esperando buena travesía. El barco alcanzaba su máxima velocidad a siete nudos y navegábamos separados de la costa unas cinco millas. Al radiotelegrafista se le indicó que procurase ir poniendo al corriente su estación, buscando la manera de comunicarse con otros barcos de la Armada, o con la estación Central en la capital. Duró varias horas para poder captar un boletín. Afortunadamente, lo primero que tomó fue el radio que lanzaba una estación de California, cuando navegábamos frente a las costas de Guerrero anunciando un ciclón tropical. Acabábamos de "marcar"<sup>1</sup> la "punta de Sant-Helmo y otros puntos conspicuos, para obtener una situación exacta. Dije al oficial radiotelegrafista que no se despegase del aparato y consiguiese mas información sobre el meteoro. Haciendo un gran esfuerzo, ese joven desaprensivo interceptó un radio que de Acapulco se enviaba, dando la hora en que el "vórtice" había pasado por el puerto a velocidad de traslación e intensidad de viento. Mis oficiales hicieron sus cálculos de acuerdo con las enseñanzas de la meteorología; el teniente (Güero) Rivas Saens decía: "El meteoro hizo estragos, por la mañana, en Acapulco, su velocidad de traslación es de trece nudos; ya ha transcurrido el tiempo suficiente para habernos azotado. Lo que ha sucedido seguramente en que se abrió de la costa, para disolverse mar adentro, como sucede con todos los ciclones tropicales del Pacífico". Entonces, tranquilamente, podíamos seguir adelante. Pero a mí me pasaba lo que debe pasarle a todo comandante o capi-

tán que se siente con toda la responsabilidad; podrían haberse transmitido o recibió equivocados los datos respecto a la hora en que estuvo azotando el viento en Acapulco. Todo mundo descansaba a media noche excepto los de guardia y el comandante; no me habían convencido las deducciones de estar ya fuera del radio de acción del meteoro que mis distinguidos oficiales, merecedores de toda mi confianza, habían hecho. El "Güero" Rivas, el "Gordo" Sánchez Mena, el "Flaco" Bonillas y el "Indio" Díaz Walls, dormían tranquilamente. Me paseaba a todo lo largo y ancho del puente de mando, bastante preocupado. Cada vez había más calma, la mar "como plato", la presión —se sentía— estaba muy baja. No cabía duda de que eran los signos precursores de un temporal.

Unos minutos antes de que se relevara la guardia de las 12 de la noche, ordené que se cambiara el rumbo 180 grados, o sea, regresar. Navegaríamos en sentido opuesto como cuatro horas. Un poco al norte de Punta Sant-Helmo. Había una pequeña bahía, que la carta señalaba como muy buen fondeadero; era el único. A la hora del relevo vi al oficial entrante a través de los vidrios del cuarto de "derrota"; puso un gesto como de extrañeza al fijarse en la carta y ver que regresábamos. Después de haber evitado meternos en el ciclón, como comentaba con Armando Bonilla: "a unos les parecerá cosa ridícula el regresarse pero al comandante le parece mejor huir para fondear en lugar de abrigo, y esperar. Malo es exponerse al peligro. Este es un barco viejo, no tenemos medios adecuados para reparación de averías". En demanda del fondeadero seguimos navegando, acercándonos, cada vez mas a la costa. Parecía que nos quitaba velocidad la corriente. Todavía no aclaraba cuando estábamos frente a la entrada de una pequeña bahía llamada Cabeza Prieta. En dirección de la

<sup>1</sup> *Marcar, marcación*: ángulo que forma una visual dirigida desde a bordo a algún punto de la costa con el rumbo del barco.



popa no se veía horizonte; una imponente mancha café oscura abarcaba un arco casi de oriente a occidente, como queriendo envolvernos; ahí estaba el ciclón con un desplazamiento mal estimado, ya que en los momentos en que doblábamos la punta de la albufera para fondear, era ya la amanecida. Se dio fondo "a barbas de gato",<sup>1</sup> el viento como algo de lluvia principió a soplar cuando se dio fondo a la segunda ancla. Las cadenas se ponían peligrosamente tensas, como para faltar;<sup>2</sup> ya que hubo rachas huracanadas, pero el vórtice a poca distancia, había recurvado al noroeste; deducido esto porque no roló el viento donde nos encontrábamos. Precisamente en Sant Helmo.

El radiotelegrafista tomó noticias que se transmitían de Acapulco respecto a los estragos del temporal en los lugares más afectados de Guerrero. Como de costumbre, los campesinos pedían ayuda a "papá gobierno", y la estación de Acapulco marcaba nuestra señal para darnos instrucciones. Le dije al operador que quería información completa. Me dijo que cuando quiso transmitir notó que los acumuladores estaban agotados. Afortunadamente, el muchacho había tomado, por casualidad, el radio que nos salvó de quedar en el mismo centro del ciclón.

Esperamos fondeados en "Cabeza Prieta" más de 24 horas y ya habíamos tenido un cielo despejado con un sol espléndido cuando zarpamos. No había indicios de mal tiempo ni se creía que se pudiese repetir en corto tiempo. Unas cuantas horas nos restaban para llegar a Acapulco.

Los ciclones tropicales suelen comportarse en forma que pudiera llamarse "caprichosa". Los meteorólogos se hacen cruces cuando suceden súbitos cambios de trayectoria, detención o retorno de dichos meteoros, que engañan al que predice el tiempo y sorprenden al navegante, como fue el caso del petrolero "Juan Casiano" en el

año 1945. El capitán Amado Ramírez había rebasado con amplitud la zona de peligro, cuando el huracán dio un raro viraje en su trayectoria, alcanzando al buque con toda su furia partiéndolo por mitad. Estos casos son más frecuentes en el Atlántico y en el Caribe, donde en una ocasión, a la isla de Cuba la cruzó de norte a sur y de sur a norte.

En el caso nuestro, con el Progreso, una vez sorteado el peligro, habiendo zarpado de Cabeza Prieta, e ir navegando suave, las gotas fueron haciéndose mas gruesas. Iba de guardia el teniente Nuñez Zetina y yo le preguntaba si en alguna ocasión anterior había visto esos ahorros de agua. Así llegó la media noche, cuando disminuyó el agua para dar paso al viento fresco por la proa, y que llegó a soplar nuevamente huracanado. El barco casi no podía dar avance. Se luchó contra la mar por más de 20 horas, hasta que el viento roló, con lo cual se pudo avanzar con más velocidad. Nos acercábamos al puerto y la mar con el viento, seguían zarandeándonos. Lo inquietante fue que hubo necesidad de sofocar tres conatos de incendio. Como el barco tenía balance y cabeceo exagerados, el petróleo salía a chorros por los cielos de los tanques rotos, regándose hasta donde podía escurrir, y no faltaba el contacto con algo que provocaba el fuego. Era cosa inexplicable. El resultado fue que el viaje duró como el doble del tiempo que debería haber empleado en distancia tan corta, ya que en las últimas horas se navegaba dando tres nudos. La máquina se había desajustado y se quemaron dos cojinetes. A vuelta de cigüeñal, penosamente, nos acercábamos al puerto.

Se había mandado al contramaestre Chapa que acondicionara los toldos, para usarlos como velas en caso necesario. Como aventura me encantaba que navegáramos a la vela y hubiese sido toda la maniobra "a la antigua", porque la

<sup>1</sup> *Fondear barbas de gato*: dejando caer primero una de las anclas, filar cadena dando atrás y después fondear la otra.

<sup>2</sup> *Faltar*: reventar.



maquinilla del timón estaba descompuesta y se iba gobernando con la caña de emergencia.<sup>1</sup> Esta trabajaba con reducciones de engranes y era necesario que dos hombres la movieran.

Al arribar a Acapulco, ya estaban alarmados en la zona naval, porque no habían tenido más noticias del barco que la de nuestra salida de Manzanillo.

El estado de Guerrero, por la parte que llaman la Costa Chica, había sido afectado y en otros lugares tierra adentro, se perdieron siembras y ganado. Como de costumbre, los de las partes no afectadas nada hacían por sus hermanos en desgracia; "papá gobierno" tenía que hacerlo todo. La esposa del presidente de la República, doña Amalia Solórzano de Cárdenas, se presentó en el puerto para ver qué se podía hacer por los damnificados. La acompañaba el general Nuñez, jefe de Estado Mayor de la presidencia. Los preparativos para socorrer a damnificados y transportar elementos y provisiones se discutían. Como necesitaban un barco, de inmediato, propusieron que el Progreso se pusiera a la disposición del comité encargado del asunto; pero yo les dije que también el barco era damnificado, y necesitaba de toda la atención necesaria; todos los elementos con que contara la zona naval y en los astilleros particulares que hubiesen en el puerto, deberían atender a las reparaciones del Progreso.

Se expuso que las máquinas estaban desajustadas, que el gobierno del barco se hacía penoso, y los tanques de combustible estaban perforados en sus cielos. Marina, de inmediato, mandó obreros desde Veracruz, que con los de la zona y un mecánico especialista enviado desde Guaymas (el maestro Beave), se llevó al cabo un trabajo intenso que a los pocos días nos permitió principiar los viajes con provisiones, ganado y diversos materiales de construcción, desde Manzanillo al puerto azotado por la naturaleza. Nunca se vio, antes, tanta diligencia en el trámite de

reparaciones, movimiento de personal y adquisición de materiales. No se trataba de un milagro; era simplemente, la presencia de doña Amalia, enviada del presidente obrerista y superbenefactor de los campesinos.

Cuando cesó la situación de emergencia, encontrándose el barco en Manzanillo, y deseando llevar a cabo unas prácticas marinerías completas, con los grumetes, hice algunas sugerencias a la superioridad; pedí que los cañoneros, que contaban con tres botes de remo, pasaran uno cada unidad al Progreso. También pedí ir a fondear en las afueras de la bahía para hacer con más libertad los ejercicios que a algunos de mis colegas les parecían necesidades más y el que más criticaron fue el de jalar al barco e irlo acercando a la playa, a base de tirar de un cabo largo con un anclote en su extremo, agarrando el fondo; simulando, con esto, una emergencia por falta de máquinas y querer llegar a la playa. Como esta práctica, intentaba muchas más. No se me aceptaba nada, había en uno o dos escritorios por donde pasaban estos trámites, quien o quienes me tildaban de "loco".

Como la actitud de la superioridad y de todos quienes podían influir en algo, era la de un marasmo inaudito; como no había espíritu de trabajo, y tampoco inventiva, ni ganas de molestarse, esta actitud era criticable para quienes teníamos ideas creativas, y los esforzados nos convertíamos, desde luego, en murmuradores. Yo era, efectivamente, un murmurador y hasta me propasaba en los términos en que me dirigía a la superioridad, lo que caro me costaría en más de una ocasión.

### *Destituido por irrespetuoso*

Nos encontrábamos en Manzanillo cuando puse un mensaje diciendo que era urgente se propor-

<sup>1</sup> *Caña* rueda para accionar el timón.





cionaran al barco, por lo menos, un bote, pues resultaba hasta penoso tener que hacer el servicio de comunicación a los muelles, con una canoa rústica, ya que el bote conseguido en Guaymas a nuestra salida era muy pequeño para el servicio del transporte de personal y víveres, y la embarcación que oficialmente figuraba como del barco, era una ballenera de remos muy grandes — 22 pies—, los cuales resultaban muy pesados para muchachitos, que lo eran los grumetes. Esto era insistir lo propuesto poco tiempo antes, que se facilitaran uno de cada cañonero, que no usaban por tener lanchas de motor y añadía, más o menos: “Pregunto a esa superioridad si se me confió un Buque Escuela porque así creo haberlo leído cuando recibí el mando, y el Progreso está muy lejos de serlo por carecer de lo esencial, que son botes”.

La contestación fue que entregara el mando a mi segundo comandante y permaneciera a bordo por el término de 14 días más, arrestado. Además: como el barco tenía en perspectiva otro viaje a Acapulco, debería aprovechar para trasladarme a dicho puerto, donde causaría alto como jefe de Estado Mayor de la zona naval. Esto significaba una rebaja en percepción de emolumentos, aunque orgánicamente, el puesto era de más importancia. Desde luego que no me parecía muy halagüeño pasar a un escritorio, después de varios años consecutivos con mando. Iría bajo las órdenes de don David Coello, el simpático viejo alvaradeño que nunca estaba de mal humor. El no impedía que uno desarrollara iniciativa ni se molestaba porque no se asistiera a sus chicharronadas.

Llegué con mi familia a ocupar una de las tres casas para oficiales. En ese tiempo ya se habían construido algunas de “bajareque” (construcción rústica muy usada por la gente del pueblo, que se hacían con tiras de madera de pino colocadas diagonalmente forradas con barro). Mi esposa estaba por dar a luz el tercer hijo. Nació

una niña al poco tiempo de llegar a esa jungla donde había un 80 por ciento de palúdicos. Por muchas precauciones que se tomaron, como colocar tela de alambre en puertas y ventanas, encerrándose temprano antes de que obscureciera y rociar flit por todas las paredes, no pudimos evitar ser picados por los anófeles. A mí y a mis dos hijos, antes de que naciera la tercera, nos azotó la enfermedad con fuerza. Ni los nativos se salvaban de la “malaria”. Era lastimoso ver la gran cola de gente que se formaba para ser inyectados. Mis niños, que llegaron rozagantes, rebosando salud, se pusieron escuálidos, color de cera. Una cuñada mía, joven, hermosa, sanguínea y llena de salud, quedó esquelética.

Pero yo hacía preguntas a los médicos, porque me intrigaba esa clase de enfermedad, que no solamente se presentaba con fiebre periódicamente, para tener a la víctima un día con el escalofrío y alta calentura sino echaba al enfermo a la cama hasta por una semana.

¡Cuanto tuvimos que sufrir los miembros de la Armada y familiares! Una campaña de saneamiento desecando un pantano contiguo a los terrenos de la zona, hubiese resuelto el problema que subsistiría por varios años. Sugerí al comandante Coello que dedicásemos nuestros elementos a la tarea de ir desecando dicho pantano para acabar con esa maldita amenaza de llegar a perder a un familiar, disponíamos de Petróleo en los tanques de almacenamiento y deberíamos tomarlo aunque el abastecimiento de nuestros barcos se viese mermado; primero estaba la vida del personal; pero por desidia o por equivocado sistema de hacer sufrir al militar con el prurito de que para su condición de “uniformado” debe soportar penalidades, se nos hacía vivir como si estuviésemos en plena selva africana. Estas condiciones de insalubridad se prolongaron por años, hasta que intereses particulares intervinieron. Con el crecimiento del turismo, las empresas fraccionadoras que se fueron extendiendo



hasta las inmediaciones de la zona naval, vieron la conveniencia de acabar con el foco de infección. Por eso cuando he visto en el cine una película titulada *El valle de los miserables* donde un gobierno dictatorial solapa negreros que hacían la vida infernal a los colonos he creído en la autenticidad del argumento ya que un gobierno revolucionario en los años treinta no meneaba un dedo por aliviar penalidades de quienes vivíamos en Icacos, que aún no tratándose de reclusos estábamos abandonados, víctimas del mosco anófeles.

Las comandancias de zonas navales, nuevas, se habían establecido durante el final de periodo presidencial interino del general Abelardo Rodríguez y el principio del correspondiente el general Lázaro Cárdenas. Fue eso como todo lo nuestro; llevaba su sello mexicanísimo: Esas construcciones de edificios, casas, talleres, muelles, tanques de almacenamiento y muchas cosas más, fueron el "parto de los montes".<sup>1</sup> En el caso que nos ocupa, después de movilizar ingenieros civiles y militares; ocupar grandes cantidades de materiales y hablar con cifras del orden de millones de pesos; el resultado quedaba en una casona de concreto para el comandante, con muchas habitaciones (dos para oficinas); tres casas para el jefe de Estado Mayor y otros dos oficiales y tres pequeñas accesorias para criados. Los muelles quedaron a la mitad o una tercera parte de la longitud necesaria para que pudieran atracar los barcos; las máquinas evaporadas para aprovisionamiento de agua dulce, nunca funcionaron. Las casitas o cuartos para criados se las disputarían los jefes. Todo esto era ridículo, porque el conjunto era para cuatro familias, siendo las necesidades para una veintena y cuando la guerra, en la zona de Isla Margarita, la gente dormía en los manglares, ya que el número de

familias debe haber pasado de 500, tomando en cuenta que dos terceras partes de los uniformados eran solteros. Los civiles tenían sus casas que eran barracas, que hacían un conjunto, no menos deprimente que la Corte de los milagros.

Los comandantes en Acapulco y los que habían pasado como jefes de servicios navales en Isla Margarita (esa categoría le dieron al principio y en 1940, la subieron a la de comandancia de zona), iban haciendo lo que podían, dentro de su poca capacidad como pioneros. Unos eran trabajadores y otros completamente ineptos. Los hubo que se dedicaron a la buena vida tomando sus buenos vinos, violando a muchachitas nativas y viendo con indiferencia a quienes vivían como gitanos. Los marinos de cualquier buque de guerra extranjero que hubiesen hecho visita, se hubiesen llevado la impresión de que tocaban un lugar de los más atrasados del mundo.

Cuando estábamos en España, los comisionados para inspeccionar la construcción de nuestros barcos, oíamos decir, por noticias llegadas de la patria, que las construcciones de las "bases navales" y los que tendrían categoría de "servicios navales", estaban "formidables", exclamaban: "¡Ah! oficinas, casas de habitación confortables y bonitas; muebles flamantes, departamentitos para los criados de los oficiales", —¡caracoles!— y un sinnúmero de lindezas. Conociendo el "paño", no me hacía la ilusión de llegar a una base como las que tienen los norteamericanos, pero si pedía a la Santísima Trinidad encontrarme con algo así como la de Marín (España). Esperaba que, como cosa muy extraña se hubiese realizado algo regular. ¡Que bueno que progresábamos! ¿La Revolución trataba bien a los que habían nacido y los que nos hablamos criado bajo su signo?

Nada de lo imaginado resultó, cuando de regreso nos encontramos entre la realidad, vimos

<sup>1</sup> El amable lector encontrará muy repetida esta expresión: "el parto de los montes", porque en nuestro país, todo es eso; tratándose de obras materiales, que no sean promoción de carácter privado; dan el resultado de parir un ratón, invariablemente, después de un gran alboroto de festinación y el exageradamente elevado costo de la obra.



que todo era insuficiente, los muelles no se podían usar debidamente. Quedaba eso como para poner a prueba la capacidad de trabajo de los comandantes.

La zona más incompleta fue la de la Isla Margarita, donde, en los días de la guerra mundial, la población subió como a mil 500 personas, de las cuales una vigésima parte eran de la planta de esa comandancia, pero todos necesitaban albergue. Los jefes de Infantería de Marina se disputaban las casas que habían sido planeadas para criados (era inaudito) y había gente viviendo en los manglares, a orillas del estero. Si no iban barcos, la isla quedaba sin vida. Poco tiempo después diría yo al presidente Cárdenas que las bases habían sido creadas para atención de la flota y que, como contradicción, los barcos estaban manteniendo a las bases.

Duré poco en Acapulco; causé baja, no por gestiones mías sino por las que hizo el comandante don David Coello. Mi presencia en la zona no era grata, me metía yo mucho con los panaguados, haciéndolos trabajar y entrar al orden, principalmente con el médico, un tipo desordenado a quien el viejo poco militar quería revestirlo de una autoridad que no le correspondía. Ninguno era oficial de la Escuela. Esa gente era la que le festejaba a don David sus gracias en las comilonas que cada semana organizaba, a las cuales yo pocas veces asistía. Desde entonces principié a fijarme en cómo abundaban los que a base de acompañar a un hombre a todas partes, hasta al baño, iban preparando su porvenir. Eran los pegostes de don David, advenedizos, que con el tiempo llegarían a ponerse laureles en la visera de la gorra.

Tuve esa experiencia de Acapulco en mi vida. La politiquería me movía de mi puesto, pero me hacían un favor sacándome de ese foco de infección palúdico. Por todo lo que ahí podía verse, parecía que se estaba en algún lugar primitivo del África. El jefe de la "sección primera"

de nuestro Departamento en la capital me avisó del cambio, lo que me cayó de perlas. Ese oficial era un estudioso que se había sacado muy buenas calificaciones en la Escuela. Era un buen muchacho, modosito y extremadamente decente; nunca alzaba la voz y medido en los conceptos que expresaba sobre cualquier tema a comentar o discutir. Por eso nunca, hasta los días de su retiro, tuvo la menor dificultad en su carrera. Precisamente, Carrera se apellidaba. Carrerita le llamábamos, y yo le envidiaba su "flema".

Felizmente dejé Acapulco para ir al puerto de Guaymas, con el aliciente de que éste era lugar sano y no había llegado el turismo que encarecía la vida. Seguía siendo, ese lugar sonorense un puerto de pescadores: tranquilo, donde se podía disfrutar de sus playas vírgenes y recovecos en la parte acantilada de su costa; todavía se tomaba el bacanora y las "piernudas" de cerveza. No se padecía el rastacuerismo de una sociedad cuyo súbito enriquecimiento fue la feliz concurrencia de diversos factores entre los que se encontraban los tesoros de la agricultura y la pesca que prácticamente estaban muertos.

La permanencia en Acapulco, aunque con mis hijos palúdicos, me avivó el interés de luchar por lograr un esfuerzo, consistente en obtener, por cualquier procedimiento de trabajo, alojamiento para el personal, en todos los puertos donde tuviéramos dependencias.

No había yo perdido el tiempo, pues, con mi experiencia en el asunto de los cañones y queriendo tener bien entrenada a la gente, y bien mantenida la artillería, así como "hacer doctrina", me había puesto a idear, cómo darle forma a un Reglamento. No se había escrito cómo ejercitar al personal; fijar el número de sirvientes en los montajes; explicar la manera de ajustar la estación de tiro y cañones; manera de dar las órdenes y conservación de las pólvoras. el funcionamiento del conjunto, que había escrito en mi libro, el que ya estaba de texto en la Escuela, también lo



incluí en el *Reglamento...* para que los "condes- tables" se enteraran.

Eso me llevé de Acapulco, por ello, años des- pués, me condecoraría el ministro de Marina, el señor general Heriberto Jara. Por mi libro ya se me había otorgado la medalla de 2da. clase; sien- do el general Juan José Rico, el interesado en estimularme, que por entonces tenía el cargo de director del Departamento Técnico. (Ironías de la vida; los jefes de la Armada no le daban im- portancia a mi trabajo).

Corría ya el año 1939; mis cambios de co- misión eran demasiado frecuentes; consecuencia de que no me callara ante una anomalía o injus- ticia. A menudo, cuando era preciso, con el de- bido respeto y dentro de la disciplina, hacía ver a la superioridad sus errores; mas algunas expresiones me costaron la reputación de un rebelde. En esos días me iban a dar mando, pero la superioridad cambió de opinión y optó por enviarme lejos, a Guaymas, para lo que crearon el puesto de inspector de artillería y tiro en el Pacífico con sede en dicho puerto; cargo sin re- muneración especial, cuando para un coman- dante eran 600 pesos mensuales como asigna- ción de mando. (En aquellos tiempos eran bue- nos centavos).

Era la bahía de Guaymas como un cemen- terio de barcos, la mayoría de los guardacostas y los cañoneros se eternizaban esperando repara- ción y solamente a uno o dos se les hacían ligeros trabajos. Había una completa escasez de refac- ciones, otros materiales y dinero, e inexplicab- lamente al comandante de los servicios navales no se le veía otra cosa que hacer fabulosos pro- yectos. El puesto lo ocupaba el entonces ya co- modoro ingeniero maquinista naval Gómez Maqueo, quien había estado con la Comisión Inspectora en España, hombre afortunado que llegó a tener algunos cargos en el gobierno,

protegido de don Lázaro Cárdenas y don Adolfo Ruiz Cortínez, culminó con el puesto de secretario de Marina. Era don Roberto, el jefe Maqueo co- mo siempre le llamamos quienes anduvimos con él, un hombre bueno, de un gran corazón, sin el menor indicio de maldad en sus sentimien- tos; protegió a familiares y amigos, y nunca ejer- ció represalias en contra de enemigos gratuitos. Tenía el inconveniente de ser un devoto de la parranda. Cuando llegó a tener magníficos pues- tos, le acompañaban una cauda de contratistas, coyotes, vendedores y políticos coleros. Nunca dejaba que otro pagara las cuentas de comida y cantina. En Prendes, La Opera, y salón Monte- negro del Hotel del Prado, podía vérselo cuando era diputado o senador. En casa de la "Bandida" era muy bien recibido por la famosa señora Olmos, donde gastó buenas sumas de dinero. Era desprendido tanto con los amigos como con las mujeres; nadie que estuviese necesitado y acu- diese a él en demanda de su ayuda, se despedía sin recibir el favor.

Le apreciábamos los que habíamos nave- gado en el Progreso siendo él jefe de máquinas del buque, en el tiempo de los bombardeos aéreos que nos acosaban; donde tuvo la suerte de no morir cuando un fragmento de bomba destruyó un manguerote<sup>1</sup> a corta distancia de donde él se encontraba. A mi me distinguía; si no colaboré con él después, fue porque pudo en mi más la convicción de inclinarme hacia acti- tudes que me parecían justas que dejar todo a la amistad y la tolerancia de malos manejos que hacían sus amigos y seguidores. Sus malos con- sejeros, supieron aprovechar la oportunidad; al- gunos no eran en un principio de su estimación, supieron colarse y volverse "sus indispensables". Con esto sucedió lo que siempre hemos visto en nuestro medio político burocrático-guberna- mental.

<sup>1</sup> *Manguerote*: piezas de la superestructura para tomar viento y refrescar partes del interior del buque.



## En viaje presidencial

Era poco el trabajo que tenía yo como inspector de artillería. En los guardacostas 20 no había qué hacer; podíamos haber practicado tirando con sus ametralladoras antiaéreas usando el sub-calibre de 7 mm. aprovechando una adaptación que se había diseñado a bordo del Potosí, pero no se autorizó el gasto de proyectiles. En los cañoneros se hacía pesado hacer comprender a los comandantes que se prestara atención diaria al entrenamiento de los apuntadores, telemetristas y sirvientes de los montajes. Todavía no se aprobaba mi reglamento. Afortunadamente, muchos de los astilleros a quienes había yo interesado en su trabajo cuando estuve en el Potosí, me los encontré repartidos en los tres cañoneros, y estos fueron buenos auxiliares míos en mi trabajo, sobre todo, el condestable Bonifacio García; quien por su tesón llegó a realizar el sub-calibre que ambos principiamos y quedó en sus manos terminarlo; pero nunca se le estimuló a pesar de mis reiteradas peticiones.

Por el mes de agosto llegó al puerto el c. presidente de la República, que emprendería una gira por Baja California. Gran alboroto se suscitó en Guaymas con la llegada de don Lázaro. Los de la Armada velamos, con la presencia del visitante, una oportunidad de que éste se percatase de nuestros problemas.

El mandatario embarcaría en un cañonero para viajar a la península; un barco se encontraba en condiciones de realizar el viaje a buena marcha y prestaba seguridad de buen funcionamiento en sus máquinas, así como capacidad de alojamiento para la comitiva. Se escogió el cañonero Guanajuato. El presidente fue notificado de cual sería su buque transporte, y de inmediato se alojó. Se llevaría buena impresión porque en su visita al varadero, el jefe Maqueo le trató sobre reconstruir la "rampa" (cuna) y maquinaria para varar barcos hasta de gran tonelaje. Le dijo que

todos los buques surtos en bahía (era casi toda nuestra flota del Pacífico), se estaban reparando. Se le mostraron todos los tornos, fresadores y demás maquinaria; y se le dijo que con esos talleres se satisfacían todas las necesidades de nuestra flota del Pacífico. El señor presidente había visto que se doblaba una plancha, que por otro lado se remachaba, mas allá se soldaba y los tornos trabajaban operando sobre cualquier pieza.

Sabíamos que todo eso era solamente querer causar una buena impresión al presidente, y no sería la única vez que se hiciera pero no nos causaba mala impresión, estaba bien que el mandatario viera que había capacidad de trabajo. Lo que le faltó hacer a nuestro jefe fue no decir al presidente algo de nuestra penuria. Sabíamos que un trabajo en una bomba o un generador, duraba meses, pues no había para gastos de materiales ni refacciones. De la Tesorería de la Nación no se recibían más de unos cuantos pesos mensuales. Ya antes he asentado que era la época en que Guaymas no pasaba de ser un puerto de pescadores ribereños; no se había desarrollado todavía la pesca del camarón ni había siembras de tomate y trigo. Todo ese auge apenas se vislumbraba de manera que, al ser aquello un lugar tan pobre, no había trabajos de particulares que dejaran dinero a los talleres del varadero, como sucedía en Veracruz, en que el arsenal, con trabajos para empresas privadas, movía una buena suma de dinero, utilizándola en los de nuestros barcos. Estos arribaban a Guaymas para reparar y quedaban en el puerto por meses.

Al presidente se le habían hecho los honores de ordenanza como primer magistrado cuando en lancha pasó frente a nuestras unidades "en revista", las que exteriormente presentaban aspecto de limpieza, pero por dentro estaba lo que no podía tener bien. Los aparatos auxiliares, principalmente los generadores, daban determinado rendimiento a base de esfuerzo por parte de



nuestros maquinistas, llegando al sacrificio; y esto, por supuesto, lo ignoraba el mandatario, quien al ver que el jefe Maqueo se empeñaba en una empresa de grandes proporciones, con la rehabilitación del varadero, le preguntó, cuánto necesitaba para esa obra. "Nada, señor presidente" contestó presuroso Gómez Maqueo, "lo hacemos procurando ahorrar". Pasmados quedamos quienes oímos tan olímpica expresión; pero en estas palabras estaba el futuro inmediato de nuestro jefe; en la inteligencia de que esa actitud tomada tan fuera de sensatez —estoy seguro— fue con la mejor intención, sin querer labrarse un porvenir político. Lo hizo con toda la sinceridad que acostumbraba, con esa forma de hacerse ilusiones que le caracterizaba. Era todo voluntad, pero sin calcular las posibilidades de arbitrarse elementos de trabajo.

El Jefe no era un político sagaz ni calculador, sino un hombre sincero. No tenía dotes de organizador ni iniciativa bien orientada. No era brillante. Entonces: ¿a qué se debería que muy poco tiempo después de la visita presidencial fuese nombrado jefe del naciente Departamento Autónomo de Marina? Pues, indudablemente, fue esa postura ante el primer mandatario; la de no pedir un solo centavo ni elementos. Eso era lo contrario de lo que se acostumbraba; en vez de pedir, se habló de trabajo intenso —proyectos brillantes— y nada de hacer gastar al gobierno. Nuestro jefe, con buena fe, se convirtió en un mago; don Lázaro Cárdenas, creyó lo que oía o, mañosamente, dándose cuenta de la situación real, importándole un bledo el estado de abandono de todo lo que estaba viendo, seguramente se dijo para sí: "De éstos necesito, los que no crean problemas" y, desde ese momento, le dio a Gómez Maqueo toda su confianza, y fue tanta, que lo llegaría a nombrar jefe del Departamento de Marina, jefe de Estado Mayor en la región del Pacífico, cuando entramos a la Guerra; y posteriormente, intendente general del Ejército. No se

anima la menor intención de protesta por "La estrella" del hombre que tenía grandes cualidades humanas; que era cristalina su alma, que no tenía la menor doblez. Únicamente comento algo que excita la curiosidad, porque no puede uno explicarse cómo don Lázaro, daba puestos tan importantes a quien acababa de conocer teniendo tantos amigos, compañeros —podríamos decir— de trinchera.

En esos días estaba en Guaymas el gran actor cómico Roberto Soto, artista que por muchos años llenó el Teatro Lírico, que con sus espectáculos de gran ingenio trataba el ambiente político. Alguien le preguntó, qué andaba haciendo por esos lugares. A lo que el gordo contestó de inmediato: Pues soy de la FUL. ¿Qué clase de organización es esa?, inquirió su interlocutor. —Vean, —dijo el gran cómico—. Ustedes mismos pertenecen a esa antiquísima federación a la que me estoy adhiriendo ahora; FUL es: "Federación Unica de Lambiscones". Esto llegó pronto a oídos del primer magistrado, quien a pesar de su actitud, siempre seria, adusta, inmutable, se rió de buena gana. Pocos saben que el panzón Soto fue el que acuñó ese titular que seguido se deja oír con las siglas de FUL para referirse a los grupos que en abundancia siguen a los funcionarios, como una gran cauda, cuando estos salen de gira o simplemente se trasladan de una ciudad a otra.

Aunque mal me sintiera, fui yo también de la FUL, pues embarcó el jefe Gómez Maqueo en el Guanajuato para acompañar al presidente y me dijo que fuese yo también. Aproveché para sugerir que se hiciera un ejercicio de tiro durante el viaje. A bordo me encontré con que el condestable era un muchacho que había tenido como cabo de cañón en el Potosí. Me valí de él para tallar a diario a los artilleros. El comandante del barco, desaprensivo, no se daba cuenta de las actividades marineras a bordo; pero el segundo comandante; Luis Bravo entendido en todo



lo de la profesión, fue quien me autorizó a que dispusiera del personal para mis ejercicios.

Trabajo me costó sincronizar el conjunto y adiestrar al personal; el condestable sabía como condicionar cartuchos vacíos de los cañones, adaptándoles en el "culote"<sup>1</sup> de un 101.6 mm. un proyectil de 7 mm. Resultaba un sub-calibre muy pequeño pero de mucha utilidad para que el ejercicio resultara completo (no se trataba del sub-calibre, para ametralladoras que por esos días trabajaba en su construcción el condestable García, del "Potosí" sino para los mismos cañones).

Como el señor presidente oyera disparos, preguntó a que se debían y se le enteró de lo que se estaba haciendo. Salí a cubierta y por el interés que puso al asunto, lo condujeron a la "Dirección de tiro"; estuvo observando cómo las piezas de artillería estaban sincronizadas y aún cuando no preguntara sobre ese conjunto; aparatos mecánicos, eléctricos, alzas y bocas de fuego, le invité a entrar a la estación transmisora y le puse mi disco de cómo funcionaba todo: cual era su teoría y el detalle del funcionamiento. Solamente me hizo una pregunta: ¿"Los proyectiles de estos barcos los hacen aquí en México"? No señor, respondí de inmediato, y proseguí: "yo creo que en industria militar se podrían construir, ya que hace los de 80 mm. y los nuestros son de 101.6 mm. Un año más tarde haría yo gestiones que llegaron a conocimiento de los ingenieros militares, teniente coronel Peniche y el Mayor Loyo, elementos capacitados, con bastante experiencia en la industria militar, quienes presentarían un proyecto para que adaptando las matrices y punzones de las máquinas que tenían, se pudieran producir nuestros proyectiles.

Si el presidente Cárdenas entendió mi explicación, nada comentó, como era su costumbre, pero me quedé con la impresión de que para él eso de la integración de distancias, lo de mecanis-

mos "seno-coseno" del maravilloso aparatito: el record, que proporcionaba una ley de variación, y lo que sonaba muy raro de resolver, el problema cinemático, eran cosas de las que nunca había oído hablar. Yo oíría a diario repetir la palabrita: "computadora". La primera máquina computadora que yo admiré, fue una estación de tiro.

Recuerdo que los ingenieros Peniche y Loyo entusiasmados con el proyecto, que salía costando unos sesenta mil pesos. Pero todo era solamente buena voluntad; llevarlo a cabo era "pedir peras al olmo". De nada sirvieron mi empeño y la buena disposición de los competentes ingenieros.

Es interesante conocer, sobre todo esto que acontecía en días en que estuve cerca de los altos jefes. Así como promoví lo de los proyectiles, antes había presentado lo de "tubos acústicos" comunicando conjunto artillero; y posteriormente, la compra de relojes integradores de distancias por medio del agregado naval inglés en nuestro país, quien me había dado seguridades de adquirirlos sin que pasara el trámite, por España, donde tenían la concesión de fabricarlos, pero la patente seguía siendo inglesa (vickers) y nunca tuve éxito en mis gestiones. Era yo influyente hasta cierto punto; en cuanto no se tratara de gastos. En cambio, siempre vi que ayudantes, o jefes de ayudantes, de diferentes cuerpos; eran muy tomados en cuenta, solamente que, de cuanto trataban, nada tenía que ver con el mejoramiento del servicio.

El lugar de mas interés en el recorrido del presidente y miembros del Gabinete que le acompañaban, era Ensenada, Baja California. En cuanto se arribó al puerto, de inmediato desembarcó aquel con la comitiva; fue por carretera a recorrer ejidos; el llamado "Maniadero" estaba en auge con la siembra de chile; además, en asunto de pesca y empacadoras de pescado había bastante que ver. Pero regresó de impoviso cuando menos

<sup>1</sup> Culote: disco del extremo trasero de un cartucho.



se le esperaba. El comodoro Gómez Maqueo, se encontraba de paseo, así como el comandante del barco y oficialidad, cuando un ayudante presidencial se presentó en el barco (a las ocho de la noche, mas o menos) para avisar que el presidente, llegaría de un momento a otro. En un lugar como Ensenada —en ese tiempo, un pueblo chico— era fácil localizar al personal del barco. Se armó un alboroto por toda la calle principal sacando gente de las cantinas, y lo mejor estuvo en la famosa Casa de “Cecilia” (Cecilia Plasse) donde se encontraban acaparadas las cariñosas por la gente de mar. Se había dado franco al personal para presentarse a las 20 horas; como se acostumbraba en puerto que no fueran el apostadero del barco. Regresé con un compañero (Pedro López Ramírez) a bordo, cuando ya estaba embarcado el c. presidente. Todos se mostraban sorprendidos, ya que se sabía que el mandatario y su comitiva se encontraban en Tijuana. No supimos el motivo del repentino regreso. Nos hacíamos conjeturas y alguien opinaba que el hombre puritano en su recorrido por esa ciudad de prostitución dada su manera de ser, austero y temperante, sintió repulsión por el lugar, optando por su regreso inmediato. Cuando llegó a bordo se encontró con que estaban ausentes los jefes, parte de la oficialidad y tripulación; pidió se le mostrase la carta de navegación para ver la ruta que llevaríamos. Andaba en la comitiva el ingeniero Rollan, quien estaba relacionado con el alumbrado marítimo, y le había hablado a don Lázaro de los faros nuevos en las Islas Coronado y otras partes del litoral. También deseaba ver —el presidente— la distancia a Mazatlán, y saber el tiempo que tardaríamos en el viaje. Quería llegar primero a Isla Margarita. Teníamos que separarnos de la costa con el fin de ver el alumbrado de las islas, y después cerrarnos hacia la península.

En embarcaciones de a bordo y particulares, fueron llegando oficiales y tripulación; a todos

se les había echado a perder la parranda, excepto a dos tenientes, el veracruzano Bernardo Silva Franyuti, ingeniero maquinista naval, y el técnico electricista Arce Suárez. Este último era un tipo pintoresco, parecido, en su manera de comportarse, al radiotelegrafista Lizárraga Puerto, a quien antes me he referido. Estos dos no eran hijos de la Escuela, pero su fraternidad era grande con los demás oficiales, por lo efusivos que eran cuando se tomaban unas copas, que eran invariablemente siempre que andaban francos. A Silva y Arce les había parecido fácil ir a dar una vuelta por San Diego, y cuando regresaron, ya el barco había zarpado. Afortunadamente, para ellos, el Guanajuato entró a Bahía Magdalena para que el general Cárdenas conociera la comandancia de la zona naval en Puerto Cortés —Isla Margarita—. De Ensenada zarpó un guardacostas cuya salida estaba prevista para el día siguiente en que lo hizo el Guanajuato; y aquellos aprovecharon el viaje para incorporarse.

Al llegar a Bahía Magdalena, había neblina, y esto hizo que el comandante diera fondo al ancla a una distancia como de ocho millas de la comandancia de la zona. Era cosa sencilla para un marino entrar por estima, con precaución, usando la sonda para salvar el único “bajo” peligroso que se interponía a una libre entrada.

Pero a ningún comandante se le puede obligar a exagerar su procedimientos si él cree que se comete una imprudencia. Hubo necesidad de echar la lancha al agua y don Lázaro con su comitiva se pasaron una travesía en embarcación pequeña, con un oleaje grueso que los bañó. Yo le decía al comandante Meza Burgos, cuando había disipado un poco la neblina: “¿Por qué no nos acercamos? Ya pasamos el bajo de El Caballo, a poca máquina cayendo poco a poco al sur podemos llegar frente a la zona naval.

En estos casos es cuando se mide la calidad, la competencia, de un comandante, cuando hace trabajar demasiado a su gente sin necesidad,





y sobre todo, cuando sujeta a un alto funcionario a sufrir grandes incomodidades y riesgos, pudiendo evitarlos; pero esos, en nuestro medio no contaba, solamente se sabía de la competencia de unos y de la inquietud de otros, sin computar todos los factores concurrentes en una persona que debe ser promovida al grado inmediato, o debe ser postergada. Pero todos llegaban al generalato, por inercia —no habla quien juzgara—. Afortunadamente, parece que actualmente, una evolución se palpa, y se exigen condiciones para los ascensos. Probablemente este intento de mejorar nuestros sistemas, dure “el día y la víspera”; pues todo depende —en nuestro medio— de la persona o personas que queden a la cabeza de la institución; y esto —a su vez— depende del capricho, de la razón o la sinrazón que obre en el ánimo del primer magistrado para señalar al que quede al frente de nuestra Secretaría durante un sexenio; que si queda un favorecido o un recomendado y no precisamente un tipo de personalidad adquirida en el desenvolvimiento dentro de su carrera; si nombra a un paniaguado —un conocido suyo de las antesalas—, entonces la cosa seguirá cuesta abajo. Volverán a morir las esperanzas. Y al pensar en esto y recordar que se viene repitiendo desde que casi niños principiábamos a verlo con todo nuestro repudio, con todo el dolor de mi alma repito las palabras de un maestro: Esto seguirá igual; de pronto relámpago fugas y después la obscuridad y el pavor de las tinieblas.

Entre los acompañantes del general Cárdenas se encontraba un ingeniero de apellido Noble. Era un tipo simpático que desde los primeros días a bordo hizo amistad con la gente del buque. Se guaseaba con los oficiales; hacia las veces de secretario particular del presidente. Decía en forma jocosa: “con esta gente de mar nadie puede; en esta gira nadie bebe una copa, dado que el patrón se abstiene de tomar hasta una cerveza. Andamos fregados, pero los marinos, todos, son una pipas,

princiando por su jefe Gómez Maqueo, que en Ensenada se presentó con la cara alargada y al comandante Meza, hubo necesidad de irlo a despertar al burdel dándole a oler amoniaco; a todos los van a cambiar de chamba, los van a bajar de categoría; me huele que va a haber chamusquina”. Se equivocaba el ingeniero aunque sus comentarios eran la guasa que acostumbraba. Cuando el mandatario se despidió de los marinos, estando ya el barco fondeado frente a Mazatlán, él, que era poco efusivo, lo hizo de abrazo y al primero que se lo dio fue al comandante del barco. Eso nos complacía, pues en todo ello veíamos claro que el hombre nos apreció en nuestra medida. Nada de hipocresía. En la cena que le habían dado en Guaymas, antes de su salida a Baja California, los políticos acompañantes, pelaron los ojos ante las cervezas y aperitivos que los de la Armada pedimos a los meseros con toda naturalidad, sin pensar agraviar a la figura central del banquete. No es aventurado decir que a don Lázaro le chocaba esa hipocresía de sus allegados y cortesanos, se quedaban con los deseos de tomarse un aguardiente creyendo hacer méritos. El señor era abstemio, pero lo suficientemente liberal para no ver con malos ojos que otros tomaran. Lo del ejercicio de tiro, con los cañones de 101.6 mm. sobre un blanco a la deriva no se llevó al cabo; no se me hizo que el presidente oyese tronar los cañones, descargas explosivas que enardecen y aunque sean elementos de destrucción, no dejan de proporcionar un bonito espectáculo cuando se trata solamente de ejercicios, cuando a nadie se va a matar.

Por negligencia del comandante del barco, se frustró mi proyecto; había consumido demasiado combustible al haber tenido que dar un rodeo considerable enmendando rumbo cuando se iba hacia las islas. De este mal trazado del rumbo se dieron cuenta el segundo comandante y el oficial de derrota, después de haber consumido inútilmente combustible. De los errores cometidos no se dieron cuenta quienes no eran



marinos, pero el mencionado ingeniero Noble oía los comentarios y, desde luego, creo que al final el c. presidente debe haberse enterado. Eso no era lo acostumbrado en la Armada, miles de viajes hubo y siguen habiendo en que todo sale, como vulgarmente se dice, "al centavo"; pero en esa ocasión, dio la coincidencia de que el señor presidente se embarcó en un buque en el que el comandante no era apto y cumplido; por eso se dio una tremenda mojada al ir de media bahía Magdalena a la base naval, pudiendo haber quedado el barco frente al muelle. Y después no presencié un ejercicio de tiro, por el cual mostraba si no interés, por lo menos, curiosidad; todo por escasez de combustible que, para tirar, hay que hacer movimientos de maniobra; parar máquinas, echar el blanco de agua y desviarse del rumbo. Aunque eso no era un gasto extra considerable del citado líquido, el comandante, por la prisa de llegar pronto a Mazatlán, no creyó conveniente que se hicieran las maniobras citadas. En todo caso para rendir el viaje de Mazatlán a Guaymas, teníamos el recurso de que un guardacostas saliera de este puerto a encontrarnos en Cabo Haro o donde fuese necesario, para que nos aprovisionara con unas cuantas toneladas de diesel, según habían calculado los maquinistas. Por lo regular estas operaciones se realizan, como suele decirse, al centavo, ya que la oficiliada es apta y siempre esta deseosa de hacer méritos.

No en vano hice el viaje, pues mi presencia a bordo, fue factor contribuyente en la realización de un trascendental proyecto del que en posterior capítulo me ocuparé.

### *Departamento Autónomo de Marina*

Cuando el presidente Lázaro Cárdenas se encontraba de gira haciendo uso de algún barco de la Armada, gustaba de que los tripulantes, oficiales

o tropa, que solicitaran exponer algún asunto, ya fuese personal o del servicio, lo hiciesen con toda libertad. Lo mismo procedía en un poblado, en cualquier ejido, en alguna fábrica o en un cuartel. Dada esa manera democrática de ser del gobernante, quedaba uno en libertad de exponer sus inquietudes, denunciando anomalías.

En víspera de arribar a Mazatlán se nos comunicó a todo el personal de a bordo, que se podía pasar ante el mandatario a exponer quejas y peticiones.

A sabiendas de esa costumbre, había yo preparado un escrito y solicité audiencia. Sabía que denunciar anomalías y deficiencias era cosa delicada. Desde luego que obraba de acuerdo con la ordenanza, al exponer inquietudes, haciéndolo con todo comedimiento, pero no dejaba de arriesgarme, como ocurrió, a ser mal visto y hostilizado. Estaban muy conformes, y hasta contentos los que a todo se acomodaban, los que buscaban colarse en puestos de tierra donde se rozaban con influyentes para sacar partido. Éramos una minoría quienes estábamos dispuestos a exponer nuestra inconformidad por tanta anomalía, sin importar las consecuencias que pudieran resultar de nuestra protesta. En ese tiempo algunos se salieron de la Armada en busca de mejores horizontes, vr.gr. Vicente López Perera y Julio Salinas. Otros, por alguna influencia, fueron comisionados en otras Secretarías, y un grupo muy reducido andábamos "del tingo al tango", pues seguido se nos cambiaba de comisión, teniendo que trasladarnos con la familia de uno a otro litoral, sufriendo a menudo la pena negra; a veces con pasajes de 2da clase que, para hacerlos valer y viajar en primera, había que desembolsar a bordo del tren, lo que no había pensado gastar.

Entre los altos jefes, el caso de don Roberto Gómez Maqueo, era especial; siempre fue condescendiente en la medida que su cargo y jerarquía la permitían. fue por ello que, al correr yo



conductos solicitando ser tomado en cuenta para tratar con el c. presidente algo que no era de carácter personal, aquel ni siquiera inquirió sobre la índole del asunto que yo expondría.

Me había pasado varios días llenando cuartillas, corrigiéndolas y dando a la exposición de mi escrito el mayor comedimiento posible, ya que se trataba de señalar grandes anomalías, y se me hacía difícil poder expresar que los pocos jefes, quienes tenían en esos momentos en sus manos los destinos inmediatos de la Armada, no eran aptos y obraban de manera dolosa, dejando en completo abandono el material, y consideraban que solamente ellos deberían ostentar jerarquía de jefes, teniéndonos a la oficialidad estancados en nuestros grados, sin esperanza de ascenso.

El memorándum que presenté fue de diez páginas, escritas a doble renglón. Entregué una al entonces teniente de fragata Federico Romero Cevallos y otra al de mismo grado Mario Nadal; éste ya fallecido en los momentos de escribir estos renglones; y Romero se encuentra retirado del servicio con el grado de almirante.

El escrito agradó a los dos compañeros y se solidarizaron con mis ideas; se trataba de muchachos que les gustaba la vida de a bordo, de los que amaban al cuerpo en que servían a la nación; de los que veían las comisiones de tierra y las de abrir puerta, como algo degradante para un profesionista; no eran de los que ambicionaban una chamba buena, lograda sacudiendo el escritorio del jefe; "era gente de mar". Me hice acompañar de ambos, para hablar al presidente. Era conveniente una acción de grupo aunque fuese tan reducido y no la de una sola persona.

Mi escrito decía mucho en pocos renglones que la Armada estaba padeciendo escasez de material a flote, y el que teníamos no llenaba las necesidades que apuntaba un "Compromiso Interamericano de Defensa" contraído por México; que no había un plan definido a seguir para

hacer ver al gobierno cual era el papel de nuestra institución dentro del engranaje nacional y por ende, cuales eran los satisfactores a que debía darme atención; que ante esto, había una gran ineptitud de nuestros jefes, acompañada de indiferencia por parte de las altas esferas oficiales; que el entonces jefe de la Armada, secundado por los del mismo cuño ostentando jerarquías equivalentes a generales del Ejército, no se atrevían a exponer con valor nuestros problemas y carencias experimentales a diario; impedimento para ir colocando la institución en condiciones de poder equiparse con el Ejército de Tierra; que no se dejaba ascender a la oficialidad (teníamos tenientes con 11 años en el grado).

En todo el cuerpo hablan seis jefes con jerarquía de capitanes de corbeta, fragata y navío, equivalentes a Mayores, tenientes coroneles y coroneles respectivamente; los cuales se encontraban en comisiones fuera del cuerpo, como Capitanías de Puerto, uno en la Secretaría de Comunicaciones y un agregado naval en Washington. De manera que el contacto de oficial con un jefe era, un teniente de navío (capitán primero con un comodoro (general de brigadier). Exponía yo: "Esto trae consigo que el servicio se desempeñe mediante el trato entre gentes con gran diferencia de jerarquía militar". Y continuaba: "Por esta razón, las sugerencias tendientes a una mejora, como el caso concreto del proyecto para crear un Departamento Autónomo de Marina, nunca llega a usted, señor presidente".

Se señalaba otro caso concreto: haber perdido la oportunidad de adquirir para la Armada, el magnífico barco *Korrigan II*, que la compañía *El Boleo de Santa Rosalía*, Baja California, vendía. Estaba yo en San Diego, California, al mando del *Potosí*, para limpieza de fondos del mismo, me encontré con que en dique contiguo al que ocupábamos, estaba el *Korrigan* para el mismo trabajo (felices coincidencias). El capitán del barco, don Chavaló Meza, muy conocido y que-



rido por el personal de la Armada, me dijo lo de la venta, ésta se llevaría a cabo por 12 mil dólares que al cambio, por aquellos años, era algo así como sesenta o setenta mil pesos —¡un regalo!— la compañía El Boleo quería adquirir el Apolo que estaba embargado en Manzanillo; se trataba del “barco trampa”, al cual me he referido antes con motivo del asalto de los cristeros a dicho puerto en 1928.

El Apolo por una complicación de circunstancias había quedado en puerto mexicano sin tripulación, completamente abandonado. El Korrigan era superior al otro buque, por sus condiciones de carguero, magnífico estado de máquinas y en general, de todo el barco. En cuanto a su venta, hubo rumores de que se trataba de un mal negocio para la empresa El Boleo, pero muy bueno para el superintendente de Marina de la misma, un vaso apellidado Orezuma. El caso era inexplicable. El magnífico barquito era sacrificado, pero una oportunidad para quien lo adquiriese.

Me hice la ilusión de que la Armada se quedara con la nave; la usaríamos como auxiliar. Magnífica oportunidad para abastecer a nuestras bases navales, tanto de agua como de combustible y víveres, solamente habría de gastarse una cantidad insignificante en acondicionarlo; haría un servicio para el que nuestros cañoneros y guardacostas no tenían capacidad.

Visto bajo el aspecto logístico, el asunto del barco en venta, llenaba una apremiante necesidad. Era dar un paso gigantesco en nuestros servicios; era algo maravilloso. Estábamos tan escasos de material y, en general de toda clase de elementos, que se nos había despertado un instinto enorme de improvisación y acondicionamiento. Tomar el “Korrigan” y adaptarlo como petrolero, además de dejarlo para transportar carga y agua, era una ilusión. Por muchos días eso me quitó el sueño.

Personalmente, y con gran entusiasmo, expuse el asunto al comodoro Corzo: ¡una

oportunidad! y esto me acabaría de convencer que en nuestros jefes no había visión. ¡12 mil dólares era mucho pedir! según la superioridad. Estuve tentado a exponer: “No creo que se nos niegue la irrisoria suma de 12 mil dólares, cuando el general Amaro (secretario de guerra, en esos días), se los gasta en un caballo semental.

Viendo que no aprovechábamos la oportunidad, preciosa, fui a notificarla al capitán Antonio Vázquez del Mercado, que por esos días era el más hostilizado por el mando, pero dada su capacidad, aunada a la amistad que tenía con el general Francisco Mújica, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, había sido nombrado director de Marina Mercante, que entonces era una dependencia de dicha Secretaría.

Sin mucho pensar, como llevar al cabo la compra mas sencilla; con quien sale a la calle y compra una camisa, así, Vázquez del Mercado, obtuvo, en un momento el barco que pasó a ser propiedad del gobierno; y manejado por la citada Dirección de Marina Mercante siguió operando y ganando fletes. Con ese cambio de propietario, se le puso el nombre de “Baja California”.

Esta pequeña historia, la expuse al general Cárdenas, presidente de la República, en la misma cámara del comandante del cañonero Guajajuato; la expuse poniendo en relieve el poco espíritu progresista de quienes mandaban en la Armada e hice resaltar, cómo ello contrastaba enormemente con la actividad de los elementos de mucho menor jerarquía.

Sentado en la cámara antes mencionada, con los dos oficiales acompañantes a mi lado, y el presidente de la República frente a nosotros, con el puño cerrado en el mentón, serio, inmutable; leí como diez minutos; expuse la injusta discriminación que se presentaba en contra de la Armada en cuestión de presupuesto, y el también injusto estancamiento en que nos encontrábamos, referente a ascensos; pero lo que más



destacaba en mi exposición, era el señalar ese poco espíritu de lucha en nuestros jefes.

Cuando terminé la lectura, el presidente preguntó: "¿Ese Departamento Autónomo es del que me ha hablado Mancisidor?".

Francisco Mancisidor era por entonces teniente de fragata del cuerpo de maquinistas navales, y estaba como ayudante de don Lázaro. Paco, como le llamábamos, era inquieto, con la inteligencia de sus hermanos (José, premio de literatura y Anselmo, también escritor). Aquel no era muy centrado; a veces exponía conceptos y afirmaba juicios que lo dejaban a uno pensando en que si estaba hablando en serio o en broma. Llegó a tener cierto ascendiente sobre don Lázaro Cárdenas. Lo conoció estando aquel, como jefe de máquinas en un cañonero; mandó abrir todas las válvulas de vapor que escaparan al Departamento de máquinas; cerró los escapes a la atmósfera, y cuando dicho Departamento estaba a 50 grados de temperatura invitó a bajar al presidente. Este lo hizo y el resultado fue que hasta la fecha, el personal de máquinas gana una asignación que se llama "de calor". Posteriormente se fue como ayudante a Palacio Nacional.

Cuando el presidente me hizo esa pregunta respecto a lo relacionado con Mancisidor, le contesté que seguramente le había hablado del mismo proyecto a que yo me refería, pero el autor era el capitán de corbeta Vázquez del Mercado a quien podía encontrar en el Departamento de Marina de la Secretaría de Comunicaciones.

El presidente llamó de inmediato a su secretario particular, el ingeniero Noble, quien tomó los datos consiguientes. No hubo mas comentarios, se levantó y tendiéndonos la mano, me dijo: "Vamos a ver lo de ese Departamento".

Esto sucedía navegando en el océano Pacífico un día de otoño de 1939. Resultado: El primero de diciembre del mismo año se establecía el Departamento Autónomo de Marina.

## Designio

A su llegada a la capital, después del recorrido por Baja California el presidente Cárdenas, mandó llamar a Vázquez del Mercado (yo ya había puesto un telegrama). Vázquez expuso su proyecto y no hubo inconveniente en llevarlo a cabo; estaba bien fundamentado. El objeto era reunir todas las actividades que estuviesen relacionadas con el mar en un solo organismo. De manera que: Pesca salió de la Secretaría de Agricultura y Fomento, Marina Mercante de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas y la Armada (nosotros), nos separaríamos de la Secretaría de Guerra y Marina.

Todo estaba bien planeado, el autor del proyecto tenía gran capacidad de organización administrativa. El mismo había sido el promotor en la adquisición de barcos en España. Ahora se apuntaba en su curriculum esa creación del nuevo Departamento. Pero calculaba bien sus pasos (hombre de los que yo llamo calculadores: tienen cerebro pero no tiene corazón). Era medido, precavido, prudente y con la inteligencia sobrada hasta para reconocer la cooperación de un compañero. El en lo del Departamento resultaba el único acreedor al éxito. Por esto, no se le podía tomar como un buen amigo. En más de una ocasión les hizo favores a quienes no lo eran de él y, con inteligencia, les daba importancia a aptos pero sumisos.

Su proyecto fue sobre ruedas; los puestos directivos quedaron en manos de desconocidos como fueron la Oficialía Mayor, Jefatura de Pesca y el Departamento Administrativo. Paco Mancisidor intentó ser oficial mayor sin conseguirlo, a pesar de haber tenido la aquiescencia del c. presidente. El puesto se le dio a un tipo que no nos quería a los de la Armada pero que, en esos días, no soltaba a nuestro personaje, era un pegoste.

Nombraron jefe del Departamento Autónomo al afortunado comodoro Maqueo. Como



secretario general quedó Vázquez del Mercado. Este no podía ser el jefe dada su baja jerarquía militar; la Dirección o Jefatura de la Armada tenía que quedar bajo el mando de un comodoro o contralmirante, que dependería directamente, del jefe del Departamento. Se presentaba con esto, un caso complicado; no cabía, dentro del medio militar, tener como segundo jefe del Departamento a un capitán de corbeta, por encima de un jefe de águila con dos estrellas. Definitivamente, esos señores eran un eterno estorbo. El contralmirante en quien recayó el mando de la Armada, don José Rodríguez Malpica, carecía absolutamente de capacidad profesional y ganas de trabajar, estaba en contra del Grupo que destacaba por su actitud progresista y, pudiera decirse, rebelde. (Puede haber confusión por parte de quienes oyeron ese apellido y ahora leen esto. Fue don Mario Rodríguez Malpica, sobrino de aquel también jefe de la Armada, pero había una gran diferencia. Don Mario, como se acostumbraba llamarle, era culto, trabajador, consciente, y conocía la profesión, no podía compararse con su tío, don Pepillo, que solamente sabía hablar de béisbol. Ambos fueron directores de la Escuela Naval, por donde el señor don José pasó con más pena que gloria.

Entonces el Departamento Autónomo principió a funcionar con una anomalía que pronto daría su mal resultado. Aunque el secretario general manejaba, con habilidad, los trabajos y el espinoso asunto burocrático, no tardó mucho para que volviésemos a sentir el indignante garrote estilo porfiriano. Por disposiciones que no gustaron al alto jefe de la Armada, se suscitó una diferencia enojosa entre el mismo y el entonces encargado del Departamento de Compras a quien condenó al cese: injusticia que se consumió. El inteligente y gran memorista Francisco "Chivo" Dávila fue separado de su puesto,<sup>1</sup> cosa

inaudita fue haber cometido esa injusticia. Vázquez del Mercado renunció por tal motivo, y su renuncia fue aceptada por el presidente de la República. Seguramente creyó que el primer mandatario lo llamaría pero, no fue así, se olvidaba que vivíamos en México, país donde pueden suceder las cosas más inesperadas, las injusticias más grandes. Lo mandaron a la comandancia de la quinta zona naval a Ciudad del Carmen (estado de Campeche). El Departamento quedó a la deriva, un cualquiera asumió el cargo de secretario general interino. El jefe del Departamento era una persona de buenos sentimientos, bien intencionado, como lo he escrito antes, y lo seguiré repitiendo en estas memorias, pero lo arrollaba el medio en que vivía. Ya habíamos entrado en la influencia burocrática con el cambio a Departamento Autónomo y lo mismo daba tener un secretario general dinámico y enérgico, que uno clamado y oportunista. Los grandes coyotes, la gran mafia, principiaban a hacerse los amos. El dinero tenía gran poder y, como siempre, nadie sabía hasta qué nivel gubernamental rodaba.

Quedaron muy contentos sin Vázquez del Mercado. "Nadie sabe para quien trabaja", reza el adagio. El designio de la Armada era cruel y yo no estaba contento con esa situación. El entonces, Mayor Piloto aviador de la presidencia, Feliciano Flores, amigo mío desde la niñez, me puso al tanto de cómo le habían planteado al señor presidente el asunto que motivó la renuncia del secretario general. La viveza de Mancisidor acompañada de su rencor por no haber sido oficial Mayor, el ángel que acompañó en su vida a los jefes inútiles como era el comandante de la Armada y la maleabilidad del jefe del Departamento, hicieron que se decidiera mandar lejos al renunciante; quien, con su filosofía, su tacto, su actitud, a veces enigmática, y, en general, su

<sup>1</sup> A Dávila lo he mencionado en las primeras páginas. Fue uno de los que tomaban la palabra cuando la ingenua y quijotesca propaganda "pro Marina" en 1930 y 1931.



sabia manera de comportarse; fue a un puesto para esperar mejores vientos, y no sería esa la única vez en que sus amigos y sus enemigos lo vieran caer; más tarde tendría etapas de derrota para resurgir y tomar magníficos puestos. Y al escribir esto recuerdo una plática que tuve en España con mi amigo el desbalagado "Indio" Díaz Walls y un amigo oficial de nuestro Ejército, Navarro Encinas, una plática en que al referirnos al personaje en cuestión, aquel expresó —ya con unas copas entre pecho y pulmón—. "¿No te parece, Sandoval, que éste está viviendo una segunda vida?". Sí, le conteste: "Parece como que ya nació sabiendo mucho".

Pero la impresión que me quedó del general Cárdenas fue muy triste. ¿Cómo un presidente aceptaba exposición de hechos tergiversados y sin previa averiguación judicial, sacrificaba a quien le había presentado, unos meses antes, el proyecto que ningún otro había sido capaz de hacerlo? Si todas las decisiones de los presidentes son tan injustas como esa por la que optó don Lázaro, y si todos los presidentes son influenciados por sus allegados, sin tener el menor recelo de que quienes le rodean pueden equivocarse o ser, a veces, falaces. Esto quiere decir que estamos siempre expuestos a las mayores injusticias. ¿Cuántos han dejado el Palacio Nacional saliendo, dizque, por la puerta grande habiendo dado su visto bueno para la expedición de un decreto, o una simple disposición con la que se desquicia el funcionamiento de un organismo o sistema?

Con mi intervención en el asunto del Departamento Autónomo y la amistad que tenía con su autor, además de la consideración que me guardaba el jefe Gómez Maqueo, pude haber cogido un puesto de cierta importancia, si hubiese sido ambicioso, si hubiese "sabido pedir"; pero, muy al contrario, el tema cotidiano con mis compañeros era el de siempre; la honestidad que debería reinar en nuestro cuerpo, de la rectitud en todos los aspectos, del trabajo desinte-

resado, del espíritu de sacrificio. Es decir, muchos estábamos en el limbo, soñábamos, odiábamos lo que fuese un puesto burocrático. No llegaba mi audacia a pedir un Departamento de pesca o un Departamento Administrativo. Pero habían mil cuervos que andaban rondando en derredor.

Los trámites para la creación del Departamento, coincidían con una inmensa actividad política. Esta era con motivo de haberse lanzado la candidatura a la presidencia de la República, del general Manuel Ávila Camacho, por parte del partido del gobierno, que entonces cambiaba sus siglas de PNR por las de PRM; de "Partido Nacional Revolucionario", pasó a ser "Partido de la Revolución Mexicana". El nombre era lo de menos, lo importante era que dentro del mismo quedamos los militares. Estaba tan dura, tan peligrosa, la oposición con su candidato independiente, el general Juan Andreu Almazán, que la habilidad del líder obrerista Vicente Lombardo Toledano y la astucia del general Cárdenas, se conjugaron y echaron mano de un tremendo recurso que fue, el partido nuevo, "De los trabajadores y los soldados", (según lo expuesto en capítulo anterior).

Creí oportuno hacer viaje a la capital para colaborar en el asunto del Departamento por nacer. Oportunamente me había enterado de que el autor del proyecto ya lo había mostrado al primer magistrado. Deseaba yo acudir, no porque aquel me llamara, no porque él mostrase necesidad de mis servicios, mi cooperación era espontánea, y creía que de algo serviría mi presencia, en los momentos del cambio. No llegaría como el influyente ni como el arrastrado. Pero el asunto me quitaba el sueño como me lo quitaría años más tarde cuando mi amigo lo nombraron secretario de Marina.

Solicité licencia de un mes, ya que nunca en mi vida de oficial había gozado de vacaciones, y se me negó exponiendo que no había caso a mi solicitud. pero se presentó el asunto político y la



Armada debería enviar dos representantes a la Asamblea Constituyente del Partido, uno por el litoral del Pacífico y otro por el Golfo de México y Caribe.

Como los oficiales de la Armada siempre fuimos escépticos en cuanto a política, nadie tomó en serio el asunto, y los compañeros que estaban en Guaymas, la mayoría de todo el litoral, me nombraron delegado, no porque vieran en mí un elemento apto en eso de la política, sino porque quisieron ayudarme a conseguir el viaje, ya que habían visto mi actitud, hasta cierto punto arriesgada, delatando ante el presidente las grandes anomalías que existían en nuestra institución, y por haber despertado el interés del presidente para tomar en cuenta la creación del Departamento tantas veces mencionado.

De manera que habiendo sido elegido por votación como representante ante el partido, llegué a la capital en contra de la voluntad de quienes me negaban la licencia. En la metrópoli me encontré con el capitán de corbeta Gontran Chapital, que era delegado por el litoral del Golfo; éste era el compañero con quien yo había hecho el curso de tiro naval en Marín (España). Por la Armada éramos dos delegados; por parte del Ejército eran mucho más entre generales y coroneles; ahí estaba lo más granado del Ejército.

Fue esa ocasión en que Lombardo Toledano, en el palacio de Bellas Artes, habló por espacio de tres horas; ridiculizó al general Almazán por muchos motivos y uno fue por haber montado en un caballo blanco durante su campaña para presidente creyéndose un Napoleón o un Bolívar. Fue, también, ocasión en que se modificó el artículo III constitucional; para ello se presentó don Graciano Sánchez, el de la "Campesina"; su presencia en el escenario arrancó delirante ovación. Don Graciano propuso la citada modificación, y de ahí saldría el asunto a las cámaras. Por supuesto, había representantes de obreros y campesinos de toda la República; el teatro estaba

repleto hasta las galerías; los vivas! a Cárdenas, a Ávila Camacho y a Lombardo Toledano eran estruendosos.

En esos días hubo una comida a la que asistimos varios miles de comensales. Habían tipos que daban la impresión de no haber cogido en su vida martillo, pala, cincel, garlopa y menos haber andado tras la yunta.

Un general de apellido Aguilar pronunció un discurso, representando, por supuesto, a las fuerzas armadas. Hizo gala de obreristas; expuso su satisfacción por usar uniforme del Ejército; pero su orgullo más grande ¡qué caray! era tener una medalla que, cuando joven, le habían impuesto por obrero distinguido. Sacó de la bolsa la presea y la mostró. La ovación no se hizo esperar. Me decía Chapital: "Si este hombre que apenas representa 45 años de edad, y en su oficio de obrero llegó a alcanzar una medalla, ¿cuánto tiempo le habrá quedado para andar en la Revolución?... ¿cómo se ganaría los galones de general? Concluíamos con que en la frase de la política todo era válido.

El general Molinar, un militar de mucho carácter, duro y muy especial en su manera de ser, se mostraba molesto, en esos días, por la preponderancia del obrerismo, junto a lo mal que se tenía al Ejército en cuanto a emolumentos y otros aspectos. Decía, más o menos: "Este pinche de Aguilar, que no sea tan arrastrado, ahí viene a mostrar sus corcholatas de obrero eficiente. Ahora no hay más que obreros y campesinos; para ellos todo, y al Ejército lo olvidan. Yo tengo ganas de que me dejen hablar y decirles cuáles son los líderes sinceros y cuáles los embusteros. Ese farsante de Aguilar merece que se le jalen las orejas".

Fue desde entonces que el Partido de la Revolución tomó más fuerza y, años después, convirtiéndose en PRI (Partido Revolucionario Institucional) ha venido a ser la maquinaria de la política que ha alcanzado un inmenso poder. Al





respecto; se quiere hacer creer, en los días en que escribió estas líneas, que los procedimientos para lanzar la candidatura del señor José López Portillo (septiembre de 1975) no han seguido el curso acostumbrado, y parece que el PRI ya no va a ser la aplanadora que aún sabiendo el descontento de la ciudadanía, siempre ha sido el gran elector. Se dice que la política nacional tomará diferentes cauces. Pero no aclaran y puede pensarse que el simulacro de democracia lo tomen como sobra. ¿Querrán ir más allá de una democracia dirigida? ¿Se llegará a una dictadura que trazas de eso ha dado Echeverría? que solamente su voluntad se ha visto en todo. ¿Llegará el momento en que se exprese públicamente que el Congreso es una farsa, y se suprimirá para destinar delegados del soberano? Solamente el tiempo nos dirá qué nos reservaba. Me atrevo a decir que si alguna dictadura férrea llegase como maldición —o bendición— a gobernarlos, culpables seremos todos (sin querer repetir las palabras de nadie) será de esos fariseos que aparentando servir a las instituciones, las han arruinado, con sus desplantes que, no por teatrales, dejas de acarrear graves consecuencias. Será de aquellos enriquecidos por los malos manejos del erario. De los que han explotado a obreros y campesinos. De todos los funcionarios que, teniendo acceso al erario nacional lo han despilfarrado en beneficio personal. De los comerciantes avorazados, desde los grandes mayoristas hasta los vendedores de tacos. De todos los intermediarios que ocultan el producto para elevar los precios. De todos los falsos líderes que sin razón exigen sistemáticamente aumento de salarios, sabiendo que el círculo vicioso de aumento en el costo de la vida y el de sueldos es imposible de romper. De toda es gente que, envilecida y envenenada por líderes y patronos (todos culpables), no quiere cultivar la tierra y solamente

espera la oportunidad de apoderarse de una porción en vísperas de pisar el producto. O sea que, si se cae en una dictadura, de cualquier color que sea, la culpa no será de países poderosos que la auspicien, sino de nosotros mismos.

Pero volviendo a lo de haber llegado a México como delegado del PRM quiero repetir que esta actividad política coincidía en tiempos, con los preparativos de la formación del Departamento Autónomo. Antes queda asentado lo corto que sería el desempeño en el cargo como secretario general por parte del autor del proyecto.

Cuando principió a funcionar aquel, quedé como jefe de ayudantes del comodoro Gómez Maqueo, aún cuando siempre había visto con malos ojos el trabajo de Ujier. Estuve obligado a aceptara el puesto, por habérmelo pedido el jefe y principalmente el autor del proyecto. Al suceder lo inesperado de la renuncia y separación del mencionado secretario general, en tanto que oportunistas quedaban en el pandero, expuse mi descontento al jefe. Dije que, quien debería haber salido, era ese señor jefe de la Armada que se mostraba incapaz de hacer algo en beneficio de la institución. Tenía una jerarquía elevada porque se había pegado al carrancismo, después de haber causado baja por el mismo constitucionalismo como se habían licenciado a todos los "pelones".<sup>1</sup> Cuando reingresó a la Armada, volvió con águila en la gorra, e ignorante de la profesión. Se sumaba a los "destruidores de nuestra economía". "Los destroyers" les pusimos de mote a esos señores que aparte de tener una moral flexible carecían de capacidad. En otras dependencias del gobierno había gentes condecoradas de su cometido en altos puestos que no cometían errores, y eso nos inducía al parangón con nuestros jefes "charros", aunque en el otro aspecto, el de la deshonestidad, ya estábamos sabiendo —día a día— que un "garbanzo

<sup>1</sup> Pelones: los del Ejército Federal.



de a libra" era difícil encontrar, algo así como imposible; ya era común la frase esa de: "Solamente póngame donde hay dinero". Ya el robo, la mordida, se institucionalizaban y comenzaba a decirse idiota a quien no sabía aprovecharse. Ya en los hogares se fustigaba, por parte de la esposa, a esos que no sabían aprovecharse. A menudo se oía exclamar: "Mi marido es un pen-dejo" a damas no muy recatadas en su lenguaje; casadas con uno de esos tipos raros, muy raros, a quienes se les puede llamar honestos.

## *Isla Margarita*

En 1940 ir a Isla Margarita era como destierro, y seguiría siendo hasta cuando el puesto subiera a la categoría de comandancia de zona naval.

Ya sabía yo que en la isla iba a tener que afrontar problemas de carencia en todos los aspectos, principalmente de vivienda.

En Guaymas estaba un guardacostas, de los antiguos, esperando mi llegada para trasladarme a la isla.<sup>1</sup> Aproveché para embarcar 5 mil tabiques de cemento, que me entregó el entonces comandante de los servicios navales del puerto sonoreense, Gonzalo Montalvo. Era asunto de compañerismo, de cooperación. Sin trámites ni espera de autorización, con sentido de responsabilidad, aquel no tuvo inconveniente en entregarme ese material que me serviría para hacer uno o dos cuartos con baño para dar techo a dos familias. Montalvo había estado en ese lugar lejano y sabía de las necesidades. Como él era de los que nunca olvidaba lo pasado en los momentos en que podía ayudar. Con su característica buena voluntad me prestó ayuda como lo haría en ocasiones posteriores. Montalvo era uno de los pocos **señores** de la Armada. Lo traía de muchas generaciones; y sus cualidades de gente

bien nacida, se revelarían aumentadas en su hijo, también Gonzalo, que sería uno de los que honrasen a la Escuela Naval.

Me hice cargo de que mi Insula me sentiría obligado a dedicar mucho tiempo a la albañilería, (¡ehl aquí el título de este libro). Me gustó pensar en eso. ahí fue donde principió mi afición a ese oficio. Llegaba a un lugar donde la gente vivía en barracas de tejamanil combinado con pedazos de cartón, y los techos también de ese material, sostenido con piedras para evitar que el viento los volara. Era igual que cualquiera de los barrios proletarios que vemos en los cinturones de miseria por toda la República.

No habían construcciones aceptables mas que lo originalmente hecho para cuatro familias, comandante y tres oficiales. No se había pensado en que ni siquiera llenarían las necesidades en una centésima parte. El oficial que me entregó, teniente de navío Antonio Cortés Acosta, había construido una vivienda, utilizando una gran cantidad de cemento, pues a base de ese material se hacía todo, ignorando que había barro en la isla, y en gran cantidad; barro que tuve el gusto, la gran satisfacción, de usar por primera vez, cuando por un tipo conocedor del lugar supimos de la existencia de ese tesoro. Zorro, ese hombre, se había guardado el secreto.<sup>2</sup>

Se me había ascendido a capitán de corbeta en el mes de febrero de ese año (1940). De manera que ya ostentaba jerarquía de jefe. Mi antecesor en la isla, Antonio Cortés Acosta, estaba por ascender. Se trataba de un oficial modelo como hombre y como militar. Era cumplido, caballeroso y extremadamente honrado en todos sus procedimientos. Había creado una caja de ahorros en la isla, y a la vez formado una cooperativa, por medio de la cual se aprovisionaban en La Paz (capital de territorio sur). Prestaba dine-

<sup>1</sup> Al hacer referencia a la isla, lo mismo menciono su nombre de Margarita que el del Puerto Cortés.

<sup>2</sup> Para la incipiente historia de ese lugar hago constar que los primeros tabiques del barro cocido (magnífico) fueron quemados por un viejo albañil contratado de marinero de apellido Beltrán en mayo de 1940.



ro de su bolsillo para que entrara como aportación de alguien que ingresaba a dicha cooperativa, y los intereses los cobraría el favorecido nuevo socio. Cortés no figuraba como tal, y dirigió el funcionamiento de aquella con toda integridad. Si la caja no tenía fondos, daba la cantidad necesaria sin esperar ningún beneficio para él. Era algo excepcional. Este compañero (rara avis), llegaría a ser el jefe de servicios, o sea, el segundo de la Armada. Estando en ese puesto organizó de *mottu proprio* la coordinación del "compromiso de ayuda mutua", que teníamos los oficiales y jefes, una especie de seguro que deja en la actualidad más de trescientos mil pesos a los beneficiarios del socio que muere. Con toda tingencia, Cortés le dio al asunto carácter semi oficial: Centralizó en la jefatura de servicios las actividades de nuestro organismo de beneficio, y no se manchó con los malos manejos de esas aportaciones que pueden concebirse como algo sagrado. Por ese puesto pasaron otros, y cuando el compañero Fritche (de apellido y carácter teutón) discutía conmigo, en una ocasión que yo le llamé despiadado por su comportamiento con unos deudos, me dijo textualmente: "Yo soy como dices, dictador en esto de la ayuda mutua, y no suelto un peso a los deudos hasta que llegue la última aportación de los contribuyentes. Soy despiadado pero creo que eso da mejor resultado que ser tan compasivo como lo propones". Él mismo se conocía muy bien y nunca tuvo que lamentar haber hecho un favor. Yo pensaba que aún sabiendo que la gente es de mala condición, al ver una mujer imposibilitada, por falta de dinero, para acudir a donde se encontraba el cadáver del marido, muerto por accidente, ¿por qué no pedir a la pagadora un adelanto para ser repuesto al recibirse las aportaciones que de un día de haber, percapita, enviaban los compañeros, y deducirle al beneficiario lo adelantado?

Con Cortés no se dio un caso de tener que adelantar dinero a un deudo, pero de haber su-

cedido, seguramente él hubiese resuelto el problema. Esto no quiere decir que Fritche no haya sido un magnífico coordinador.

Cortés se retiró de la Armada muy joven; él no haría fortuna dentro del servicio. Sabía que no iba a ser político, era muy honorable y quería dedicarse a algo que le diera una manera de vivir mas desahogada, sin hipotecar su dignidad. Si hubiese altares, aunque fueran pequeños, destinado a los poquísimos hombres limpios de México, que no fueron muy conocidos por no ser políticos, uno estaría apartado a nombre de Antonio (Toño) Cortés Acosta.

Es triste que a él, un brillante oficial, un magnífico elemento de la Marina Militar, quien fue uno de los pioneros que por su tiempo, como comandante de buque, forjó oficiales, quienes vieron en él un ejemplo de rectitud y competencia; lo haya perdido la institución porque no le alcanzaban sus emolumentos para vivir con el decoro y comodidad requeridos por persona de su representación.

En la isla habla, entre civiles y personal de la Armada, como 500 habitantes. En su mayoría eran nativos de poblados cercanos que habían llegado desde que principiaron las obras. Existía una empacadora, que por ese tiempo no funcionaba, pero dejó gentes que habían trabajado para la misma, tanto en actividad de la pesca, como operarios en la planta. En su mayoría eran criollos —como son por esa región—, descendientes de españoles; habla poco mestizaje. Era gente soberbia, de carácter independiente. No conocían el ferrocarril ni el cinematógrafo; habían vivido en ranchos apartados de la civilización. Gran parte de adultos causaron alta, unos desde que principiaron las obras para establecer los servicios navales. En el fondo era gente buena, honrada, pero como antes se asienta, de carácter muy independiente, difíciles para hacerlos asimilar la ordenanza y reglamentos militares. Declan: "allá al otro lado" cuando se refe-



rían al resto de la República; había una vieja, madre de una larga familia, que nos llamaba "los extranjeros", y a veces "los mexicanos", a quienes no éramos de Baja California. A esa gente buena, pero orgullosa y soberbia, había que atenderla, pues de cada familia había por lo menos uno que estaba contratado; y aquí radicaba lo espinoso que era para uno, tener el carguito de resolver tantos problemas que ese pequeño conglomerado presentaba.

Los raptos eran cosa de poca importancia; habían pocos matrimonios; el amasiato era lo común. Las jóvenes, en su mayoría, eran guapas y había caras bellas. Los oficiales, tanto marinos de profesión como los oficinistas, los infantes de marina, y hasta los médicos, tuvieron, en su mayoría, sus aventuras. Algunos se casaron, otros no cumplieron como caballeros y dejaron familia.

Antonio Cortés había comprado un caballo en 50 pesos con todo y montura, cantidad que le entregué al recibir el cargo, pasando a ser de mi propiedad el animal y me dediqué a montar todas las mañanas. De mucho me serviría lo que había practicado de equitación desde niño en Toluca, y posteriormente en diferentes épocas, siempre que se presentaba la oportunidad. Se trataba de un animal con mañas: una vez que cogía el galope tendido no obedecía y paraba cuando se sentía cansado. "Hacía apoyo en el freno" según se dice en términos ecuestres. El general Calvo Ramírez, amigo mío, me dijo en una ocasión en que lo encontré en La Paz; "dele un tirón por un lado al freno, con fuerza, que es como aplicarle una llave al animal". Efectivamente, me dio resultado llegué a hacer que con tirón leve por el lado derecho, el animal obedeciera.

De ese caballo nada se sabía en el medio de la Armada hasta que llegó como comandante al lugar, ya convertido en zona, el vicealmirante Mario Rodríguez Malpica y el animal pasó a ser de su propiedad.

De este señor, por su peculiar modo de ser, se contaban muchas anécdotas humorísticas. Una, la de que habiéndolo tirado la bestia, lo condenó a comer papel como lo había encontrado cuando el señor se hizo cargo de la zona. El animal por entonces ya no tenía propietario y andaba comiendo papeles en el basurero. El almirante se hizo cargo de él y principio a darle maíz. Hubo un momento en que el manso caballito se volvió bronco debido a lo bien comido que estaba sin que lo montaran, y el resultado fue en perjuicio de su nuevo amo; que lo montó y fue a dar de espaldas al suelo cuando el penco, con toda la energía que le proporcionara el maíz respingó. El alto jefe, antes de incorporarse, no dejó que le dieran la mano para ayudarlo a levantarse y con voz grave, en tono solemne, condenó al animal a que volviese a comer papeles del basurero. Este incidente se supo en todos los barcos de la Armada y la ocurrencia del comandante de Isla Margarita puso de boca en boca, haciendo popular al caballito cerrero.

La labor del comandante de los servicios navales en ese lugar tenía que orientarse en un sentido distinto al que específicamente le correspondía. No era cuestión de despachar barcos, disponer abastecimientos de la flota, controlar la vigilancia de la costa y estar pendiente de las maniobras de aquella bajo la jurisdicción; pues solamente se contaba con dos unidades, que por lo regular se encontraban en la mar u otros puertos; entonces, había tiempo de sobra para dedicarlo al mejoramiento de las instalaciones, propiedad, de la Armada y para auxiliar al personal civil, en todos los aspectos, ya que éste, indirectamente llenaba necesidades, como la comunicación por mar y tierra con la península, con pequeños comercios, en matanza de vacunos, acarreo de agua dulce o lomo de burros extraída de los médanos distantes como cinco kilómetros del recinto oficial y del poblado; acarreo de leña y en ocasiones, la provisión de pescado.



Entonces, de inmediato se pensaba en la urgente necesidad de levantar casas. En esto, se despertaba el ingenio y mucho se aprendería.

### *Barro en la isla, una bendición*

No podía conformarme con que no hubiese barro en la isla, y estuviese uno atenido a gastar grandes cantidades de cemento, o resignarse a usar solamente madera para las construcciones.

Habían estado en la isla los Zapadores, bajo la dirección de ingenieros, habían pasado como cinco años de que la Armada hacía acto de presencia; se habían levantado construcciones; y no se sabía que existiera, en gran cantidad, la arcilla, que era una verdadera bendición. Raro fue que el gran Antonio Cortés no la hubiese descubierto.

En una ocasión me dijo mi segundo, el teniente Diodoro (Negro) Pastor, que un individuo cuyo hermano había sido delegado de la Secretaría de hacienda en el poblado de Magdalena, aseguraba que el precioso material existía en la isla y muy próximo a donde se encontraba el recinto oficial. Mandé llamar al propalador de la buena nueva, le llamaban: "Pedro Mentiras". Le dije que por lo del apodo me resistía a creer tan buena noticia; entonces, en forma solemne me dijo más o menos: "le aseguro a usted que mi hermano me lo ha dicho, si usted puede mandar por él que se halla en el rancho "La Vieja", vendrá con mucho gusto; ahora no tiene nada que hacer".

Frente a la zona, en la península, en un cobertizo, teníamos un camión viejo que nos servía para hacer viajes a "La Paz" y un automóvil destartalado del teniente Alejandro Magallón que nos prestaba magníficos servicios. Ordené que fuesen por el hermano de Pedro Mentiras y se le hiciera el ofrecimiento de \$100, por entonces era una buena cantidad, como gratificación por enseñarnos donde se encontraba el banco de

arcilla. Era un gran sacrificio gastar cien pesos; pero el hallazgo valía millones.

Cuando llegó el hombre del secreto, hubo expectación, una caravana formábamos los que acompañamos a tan importante personaje. Fuimos a pie, en dirección de una loma, a espaldas de la comandancia de la zona, a una distancia como de un kilómetro. Poco antes de llegar a la falda de dicha loma, ahí se encontraba el tesoro; nuestro guía, que llevaba una varilla doblada, en forma de bastón, dio unos cuantos piquetes, la arcilla asomó de color rojiza, y no marrón como es en casi todas partes donde se encuentra, que se pone roja al cocerla; el de Margarita parecía que ya lo hubiesen cocido. ¡Una maravilla! en una gran extensión estaba ese material que, aún siendo muy trabajadores quienes pasen por la zona; y exploten esa veta, o mina, nunca se la acabarán.

De inmediato se principió a construir los moldes para hacer los tabiques; no faltó experto en cocer las piezas. El horno se formó con los mismos bloques, y el combustible fue madera de mangle que en esa época abundaba en la isla, y frente a la misma, en la península, donde habían inmensos manglares.

Cuando se terminó la hornada, tuvimos que utilizar de inmediato una buena cantidad de piezas para completar la construcción que se estaba haciendo con los tabiques de cemento que se acarrearon de Guaymas a pedimento mío.

El gobernador del Distrito nos obsequió diez toneladas de cemento que le pedí. Me dijo que contara con su ayuda; nos daba la mano como lo había hecho su antecesor el general Domínguez, siendo yo comandante del guardacostas Veracruz.

Se trataba de un teniente coronel Pedrajo, hombre emprendedor y de mucha calidad. Su aportación desinteresada nos permitía echar techo de concreto a una construcción dividida en dos secciones de diferentes dimensiones, la



más grande destinada a escuela y la otra para oficina de correos. Estas serían primeras construcciones. Ahí fue donde eché mano de un libro de *Resistencia de materiales* y unos apuntes que un primo mío, estudiante de ingeniería, José Luis Paullada, me había proporcionado. Cuando llegué a Margarita, los niños recibían clases bajo un toldo acondicionado con sábanas y a veces al rayo del sol. De manera que la Escuela se hacía indispensable. Cortés les había facilitado un salón de la comandancia; pero al irse, quien quedó como jefe accidental, ya no proporcionó la facilidad de estar bajo techo, so pretexto de que podía perderse un fusil. Era un pretexto baladí. A mi llegada, que fue como un mes después de haber salido mi compañero Cortés me encontré con el deprimente espectáculo, los niños expuestos a la inclemencia del tiempo. Se medio resolvió el problema y principiámos a pensar en cómo se haría para construir un local donde se impartiera enseñanza elemental.

Con las diez toneladas de cemento que nos obsequiaron me sentía feliz. Para armar el concreto de los techos, se contaba con varillas que estaban arrinconadas desde que se terminó la zona naval. Afortunadamente, en esos lugares la oxidación no es mucha como en el Golfo de México y con una buena limpiada con cepillo de alambre, dichas varillas quedaron en condiciones de poderse usar.

Además de atenerme a los apuntes y a mi libro, pedí parecer a un albañil que afortunadamente había quedado en la isla, quien dependía de Obras Públicas. Me parecía cosa rara es cooperación. Ese obrero se dedicaba a levantar taludes en desniveles. Lo hacía a base de piedras pegadas con mezcla de calidra y un poco de cemento. Este material ya estaba duro y había que molerlo con marro; ya había perdido algo de su fuerza pero todavía servía. Era ese obrero, un tipo competente como oficial de albañilería; de él aprendería yo lo más elemental de la cons-

trucción, desde colocar "reventones" para trazar cimientos y correr niveles. Le conté al muchacho, que en Guaymas había mandado echar un colado de techo para un cuarto levantado en casa de mi suegra, como de nueve metros cuadrados y no le había puesto varilla; que el material se abrió y a base de ir remendando, diariamente las grietas se sostuvo, pero por sus cortas dimensiones. No tenía yo, entonces, idea de la construcción.

La escolita (según mis planos) tendría cuatro salones para los cuatro primeros años de enseñanza elemental y el pórtico con arcos, así como un pequeño departamento para el profesor.

Seguiríamos quemando tabique de barro, cuanto quisiéramos ya que la mina era inagotable. La isla era el Ave Fénix, donde había un lugar cerca de la playa, con cerca de 30 metros de longitud, en que afloraba una arena gruesa que parecía desperdicio de quebradora de piedra. La lavábamos con agua de los pozos y servía para la mezcla. La cal se obtenía quemando concha (pionero en eso fue Cortés Acosta). Se trataba de diferentes clase de crustáceos y en un lugar determinado eran gigantescos. Estaban amontonados, por millares, cerca de la playa, frente a la isla. No me explicaba la existencia de esos montículos ni había quien se lo explicase a uno. Me imaginaba que algún sismo los había arrastrado al lugar donde murieron. El caso era que por toneladas obteníamos lo que fácilmente se convertía en material de construcción. Se arribaba madera de mangle a la concha amontonada para quemarla, después se tapaba con costales rociados con agua, y esto la hacía reventar, obteniendo así una cal magnífica.

Saqué fotografías de la Escuela y local para correo que se estaban levantando, así y las envié a la capital, además de una bolsa conteniendo un kilogramo de calidra y dos tabiques. todo lo consigné al jefe del Departamento. Supe que el comodoro Gómez Maqueo mandó llamar a sus



más allegados y alabó mi esfuerzo. Esto lo digo con sacrificio de mi modestia, porque habiendo sido siempre pionero y viviendo en un medio en que nunca se sabe de las cosas constructivas y siempre se habla de los defectos, vale la pena aclarar algunos detallitos de nuestra vida, cuando otros necios, sentados a la mesa puesta y gozando de las "maduras", juegan al "yoyo" diciendo: "Yo hice esto, yo hice aquello, yo estoy componiendo nuestro mundo"...

Dos años después pasaría por Puerto Cortés mandando un barco, y vería que el techo de la Escuela no era de concreto; usaron láminas y la mitad del local la destinaron a bodega. El cemento lo habían utilizado para otra obra. El entonces comandante, ya siendo zona naval, vicealmirante Mario Rodríguez Malpica, con su característico modo de hablar, un tanto guasón, pero en actitud solemne, con lo que no sabía uno si lo hacía en serio o en broma, me dijo: "aunque a medias, respetamos su idea, la mitad es escuela, como usted está viendo". Esto no me molestaba en lo más mínimo, era cosa de apreciación, la construcción de un almacén se hacía indispensable y no se deshacía lo que el antecesor había ideado. No era lo mismo que lo que sucedería 15 años después, en Veracruz, cuando dejara la colonia de la Armada, para salir a Washington. Entonces quedaron 30 toneladas de cemento, para obras que yo tenía en proyecto con planos y demás, entre las cuales estaba la de un kiosco en el parque de la colonia de la Armada; y esas 30 toneladas, íntegras, se las llevó el viento junto con maquinaria ligera que se había ido comprando con ahorros. Pero esas cosas nunca se averiguan, sucede así con todos a "ciencia y paciencia" de altas y bajas autoridades; todo se disimula pues tal parece que no hay quien se atreva a "tirar la primera piedra" contra los saqueadores de los bienes nacionales. Contra los sátrapas que, como sucede con los asesinos, siempre resultan locos. En nuestra gran familia unos ya lo eran

desde muy jóvenes y otros se volvieron cuando empezaban a ser viejos.

Mi permanencia en la isla fue muy corta, no más de ocho meses; me di cuenta de que era indispensable establecer una hortaliza y hacer un establo, aunque fuese para tener a las reses bajo techo unos días antes de sacrificarlas; pero ya no me dio tiempo de resolver esos problemas. Años más tarde, 1954-1955, sí lo hacía, cuando regresé como comandante de zona; llegaba prevenido, cargando con semillas e implementos de labranza.

Casi al finalizar el año 1940 se me avisó que mi esposa se estaba viendo grave y solamente una cuñada mía estaba con ella en la capital, por lo que se me autorizó a salir de inmediato. El viaje era largo; primero había que cruzar a la península en lancha, después hacer seis horas por caminos vecinales, hasta La Paz. En este puerto había que esperar la salida uno o dos días para navegar en un pequeño barco de cabotaje, y llegar a Mazatlán. En este lugar se tomaba el tren Sud Pacífico que hacía como dos días México, pernoctando en Guadalajara. A veces "el viajecito" duraba muchas horas más, sobre todo en tiempo de lluvias. Con los deslaves, cuando se tapaba un túnel, tenía uno que caminar a pie de uno a otro extremo de aquél y llevar el equipaje de mano.

Cuando me despedí de mis amistades —que eran casi la totalidad de los isleños—, dije que regresaría en breve; no me imaginaba que durante el tiempo de mi viaje, los oficiales del Estado Mayor, que acababa de formarse me proponían para quedarme como jefe de ayudantes del ministro. Acababa de desaparecer el Departamento Autónomo convirtiéndolo en Secretaría. Mi amigo el teniente de navío Marciano (Chano) Salas, quedó en una sección del Estado Mayor y tuvo, para mí, la atención de haberme propuesto para un puesto que, él decía, se hacía necesario llenar con persona capaz para asesorar al nuevo secretario, aunque a mí no me seducía estar en



una antesala y menos con persona a quien no conocía.

Chano Salas, poco después, buscaría otros horizontes de prosperidad económica. como Cortés, Acosta, Salas, era incapaz de algo deshonesto; cumplido, estudioso y sin tener un ápice de adulador, fue uno de los brillantes elementos que perdió la Armada. A ésta la honraban estando en su seno.

## *El primer secretario de Marina*

Era el mes de diciembre de 1940. Se encontraba en gestación el Estado Mayor, ante la circunstancia de haber pasado el Departamento a ser Secretaría de Estado. Acababa de tomar la presidencia de la República, el primero de dicho mes. el general Manuel Ávila Camacho, y fue nombrado secretario de marina el pundonoroso revolucionario general Heriberto Jara.

Este general, Integro, ejemplo de honestidad para todos los políticos de esa época, llegó a la Secretaría sin arrastrar "cauda". Llevó solamente a dos personas, los ayudantes, que las despidió al poco tiempo de haber tomado posesión del cargo. Ante el asombro general, pidió que de los marinos se le nombrase un cuerpo de ayudantes. El no llevaba FUL Entonces fue que Marciano Salas sugirió mi nombramiento como jefe de dicho cuerpo. Me decía Chano: "ya se que a ti no te gustan estos puestos, pero el general necesita de alguien que conociendo bien el medio, y no siendo de condición rastrera, lo asesore con honradez. Yo le agradecía sus conceptos pero me resistía a ser el jefe de un grupo que por naturaleza no se integraría con buenos elementos.

Cuestión política, mas que otra cosa, fue el motivo de que el Departamento Autónomo pasara a ser Secretaría de Estado. Debía darse un ministerio a quien venía dirigiendo, como presidente, el Partido de la Revolución.

El general iba a Marina con las mas sanas intenciones, a que se le asesorara en las cuestiones del mar, no llegó con su escoba cambiando hasta los mozos. El era un revolucionario sincero e Integro. Su actuación en la Secretaría sería criticada en publicaciones, por periodistas descontentos. Él no se haría propaganda, tenía ya un prestigio ganado, sería atacado hasta por "plumas", de cierto prestigio, ignorantes de la realidad, con el infundio del fracaso que constituyen el haber ordenado y realizado la construcción de un barco de cemento, el cual se hundiría al quererlo poner en servicio.

Nada mas injustificado y falso que esos ataques a Jara. De burla le decían el "almirante de caballería". Como queda asentado, todo era chantaje, infundios. desconocimiento de la realidad y del medio.

El general deseaba estar rodeado de hombres consciertes y honestos. Si los entonces, altos jefes de la Armada no quisieron colaborar, habiéndose sentido celosos, por no ocupar ellos el puesto, fue eso un factor de "Miseria Humana" contribuyente a que se culminara la actuación del ministro. Este siempre tuvo las mejores intenciones, y para él no habla consentidos, ya que cesó a gran cantidad de colaboradores, a quienes no perdonaba la más mínima desviación del camino recto dentro del trabajo, exigiendo la mas estricta honestidad.

El famoso barco de cemento fue un aljibe flotante para proporcionar agua a barcos en bahía, ya que en esa época dicho líquido no estaba entubado en algunos muelles. la embarcación duró como dos años dando servicio. Con esto se amortizó lo que costó el citado barco y todavía metió dinero a las arcas de la nación. Si se hundió fue por descuido de los tripulantes. Se encontraba surtiendo de agua al barco llamado Tanner, del servicio hidrográfico de Estados Unidos; por descuido de quienes tenían a su cargo la vigilancia del aljibe quedaron abiertos los registros de los tanques auxiliares; una ventolina levantó marejada que inundó





dichos tanques y el barco perdió su reserva de flotabilidad. Ignoro si fueron procesados los indignos servidores del gobierno, sobre quienes caía toda la responsabilidad. Lo que sí vi con gran pena, fue esa sevicia con que periodistas de chantaje y los humorísticos y hasta algunos que eran tomados como gente seria, atacaron al siempre recto, siempre íntegro, secretario de Marina en esos días.

El general no era un hombre despótico de los que abundaban por entonces entre los uniformados, ni gustaba de la adulación; daba buen trato a sus colaboradores y su gentileza la usaba hasta para con sus ayudantes.

En los primeros días del mes de enero de 1941, con motivo de felicitar al señor presidente de la República, hizo que yo (personalmente yo), jefe de ayudantes, lo acompañase a Palacio Nacional. Cuando el chofer abrió la puerta del carro, el general me hizo pasar a mí primero; estaba yo admirado, comparándolo con los Amaros, con los Acostas, con los Eulogios, con los Maximinos —¡que diferencial—.

Fuimos recibidos en audiencia especial, antes de que se formase la hilera de uniformados y civiles para el besamanos. Lo primero que hizo don Heriberto, fue presentarme con el primer mandatario. Me sentí alagado, no era yo el guardián de sus espaldas, sino un joven jefe de la Armada a quien presentaba el ministro, como un representante de Marina.

Si a algún secretario de los regímenes revolucionarios puede ser recordado como hombre limpio, sin mácula, es ese señor general Jara, quien tan brillante trayectoria llevaba en su vida política cuando lo nombraron ministro de Marina; habiendo sido, antes uno de los más destacados reformadores de nuestra Constitución en 1917.

## En la Escuela Naval

Corría el mes de enero de 1941 y nombraron director de la Escuela Naval a Antonio Vázquez

del Mercado, quien relevaría al capitán de navío Roberto Laurencio, que iba a tomar la Oficialía Mayor de la Secretaría. No recuerdo si aquel me insinuó que me fuese como subdirector o salió de mí, cambiar la comisión. Desde luego que esto sería mediante el consentimiento del señor secretario, a lo cual accedió. A mí me relevó un teniente de navío Piloto aviador (Santibañez), *ad-hoc*, a esos cargos de Ugier. El general me deseó éxito y me tendió su mano cuando me despedí. Caso raro fue esa despedida tan cordial y honrosa para el que dejaba las oficinas de la Secretaría; pues en ese periodo no fueron pocos los que salieron vergonzosamente. El general Jara despediría en poco tiempo al oficial mayor, al jefe de Pesca, al director de Construcciones Navales, a su yerno que era el jefe del Departamento Administrativo y en los últimos años de su gestión, también saldría de la Secretaría, el inteligente y destacado político Carlos Zapata Vela, que desempeñó el cargo de jefe del Departamento Jurídico. Respecto a esta separación no supe el motivo, pero de los antes citados si había la convicción de que malos manejos las habían originado.

El nuevo director de la Escuela y yo, relevamos a jefes de promociones mucho muy anteriores de las nuestras; había gran diferencia en las jerarquía. Por ese tiempo se oía hablar de quejar por parte de los cadetes en cuanto a la mala comida, y hubo un director que con pura cal pintaba paredes, puerta y ventanas.

Yo relevé a un caballeroso maquinista naval, hombre bueno y decente, que había sido mi profesor de máquinas alternativas, pero era un señor débil de carácter, y el director manejaba todo el presupuesto aunque raquítico. Había carencias de material escolar y mala calidad en el "rancho". Fuimos a encontrar una Escuela que vivía de milagro.

El director me dio amplias facultades para disponer de la partida mayor de nuestro presupuesto, que era la de material escolar; 20 mil



pesos anuales, las otras, para gastos de caballería, embarcaciones, pintura, y otros gastos menores, sumaban una miseria: 500, 300, 200 pesos anuales. Era algo inaudito. Casi todo salía del material escolar y a veces cosas indispensables como vidrios masilla o cordeles, tenían que justificarse como compra de cuadernos o papel para dibujo. No había textos pero los profesores hacían diariamente sus apuntes. Se gastaba mucho papel y el mimeógrafo salvaba la situación. Se endeudó la Dirección comprando libros que se consideraban indispensables, para solicitar, *a posteriori*, las órdenes de pago extraordinarias.

La Escuela tenía unos cuatro años de estar funcionando con cadetes, se habían acabado los oficiales en instrucción, o se que ya eran muchachos procedentes de la vida civil. Cuando se publicó la disposición de que se abrían las puertas para jóvenes entre los 16 y 19 años, se precipitó una avalancha de aspirantes; muchos, pasados de la edad límite, que explicaban que por la modificación de haber estado admitiendo solamente a tenientes del Ejército, ellos perdieron la oportunidad de causar alta e ingresaron a las facultades de jurisprudencia, ingeniería y medicina, así como a las Escuela Náutica; pero que, siendo su vocación la de marinos militares, pedían la gracia de que se les admitiese con edad mayor de la establecido por el reglamento.

La superioridad tuvo en cuenta esas circunstancias e hizo las concesiones para algunos que ya llegaban con los 20 cumplidos. Como no hubo revalidación de materias, nos encontramos con que los dos cursos mas avanzados que eran de 3er. y 4o años, principalmente éste último, estaba integrado por jóvenes que no sacaban calificaciones menores de muy bueno, 10; y en un gran porcentaje era sobresaliente. Los profesores debían estar muy listos para no quedar en evidencia ante el grupo tan distinguido que formaban: Arruti, Cházaro, Campillo Reynau, Villar-daga, Colin Lloret, Castro Alva, Blanco y otros.

como no había aún grupo de 5to. año, no se impartía la materia de ballística y tiro naval, la que me estaba yo reservando para el año siguiente. Los directivos cogimos el curso a la mitad ya que el año lectivo, en esa época, era de junio a junio.

Me sentía ufano, había relevado a un hombre de una promoción muy anterior a la mía. Era yo el primer subdirector de las nuevas generaciones. El director, además de conocer sus capacidades, probablemente se sentía como legítimo acreedor a su posición; había sido secretario general del Departamento Autónomo; ¿por qué iba a sentirse sobreestimado en su nuevo puesto? Sin embargo, el día en que tomó posesión, en un momento en que estuvimos solos, después de andar por uno y otro lado del establecimiento, una vez firmados los documentos de haber recibido, me decía: "me siento en el aire", y estaba en la realidad; así se siente quien tiene conciencia de la responsabilidad y sabe que los puestos son para trabajar. Aparte de la satisfacción que yo sentía, tenía una gran preocupación, el puesto de subdirector era como para dormir poco, sobre él recaía de manera directa todo lo concerniente a los estudios. Eso me preocupaba más que el asunto disciplinario, que para ello se valía uno de los oficiales de brigada y el ayudante general. Con el tiempo se ha modificado el reglamento interior de la Escuela, creando el cargo de "comandante del cuerpo de cadetes". No era la tarea, en mi época, de la envergadura que muestra en los últimos años, década de los setenta. en que el número de plazas pasa de 500. A nosotros nos tocó la faena de controlar a un centenar de muchachos. Llegué a retener los nombres de un 50 por ciento de ellos, e identificar dicho nombre con la persona física.

Creo que en el caso de un reducido número de educandos se logran mejores frutos; hay control en todos los aspectos; y la consecuencia es: mas disciplinada, mayor porcentaje de aprove-



chamiento y más espíritu de cuerpo. Esto es consecuencia natural; aunque en el caso de una gran cantidad de cadetes, deba contarse por supuesto con mayor número de colaboradores.

Si se había llegado con gusto a desempeñar la comisión, a entregarse al trabajo, llevando la fe en el porvenir de la Armada, no importaban los fracasos pasados. Todo el cuerpo docente se sintió alentado con el cambio de directivos; de modo que el grupo de oficiales-profesores fue elemento dispuesto a la entrega en la enseñanza. No había necesidad de presionarlos para que rindieran, como tampoco a los profesores civiles, que se dieron cuenta en poco tiempo del cambio que se experimentaba en la Dirección, tanto en el aspecto docente como en el administrativo. También, pronto vieron que en ese año trabajarían más de lo que habían trabajado en años anteriores.

director y subdirector llegábamos muy temprano, comíamos en el plantel para salir a las siete de la noche, y en muchas ocasiones después de esa hora. Esto era para que alguien hiciera la pregunta: ¿Por qué tanto tiempo de trabajo, si la Escuela no es de nueva creación? El asunto era para extrañarse de que en tiempo no lejano sino reciente a los días en que tomábamos posesión, habían oficiales profesores —a la vez consejeros—, así como jefes de estudios de competencia reconocida y un director, contralmirante Mario Rodríguez Malpica, de amplia cultura profesional, comprensivo, dispuesto a oír con amplio criterio, sugerencias; y con todo esto, había bastante que corregir en ese año de 1941.

Al reglamento interior había mucho que reformarle. en el plan de estudios se echó de ver que unas materias estaban recargadas y otras deberían ampliarse.

La dirección giró por mi conducto una circular, con gran número de preguntas a los profesores, vr. gr. al de Física I: ¿Diga usted si lo que está en el plan de estudios de la materia que

usted imparte, es suficiente, escaso o excede?"; ¿Diga sí la parte que contiene de electricidad, que servirá de conexión con esta materia en año superior, es precisamente lo que debe estudiarse o es otro aspecto al que debe atenderse? A los profesores de inglés se les preguntaba: "¿A qué atribuye usted el que los alumnos estudien cuatro años inglés y, al recibirse, cuando se encuentran en el extranjero, no entienden lo más indispensable del idioma?".

El asunto de las matemáticas se le prestó mayor atención, ya que las materias básicas de la carrera son basadas en esa ciencia.

A las contestaciones de los "cuestionarios" se les dedicaban "juntas", se discutían, y sin afán de reformar por el solo gusto de reformar, se fue ajustando el plan de estudios haciéndolo más coherente.

Los directivos anteriores no habían sido unos impreparados, ni el profesorado, entonces: ¿por qué hubo necesidad de entrar en reformas de inmediato? Sencillamente, el mal nacional se extendía por todas partes; la holgazanería. No había espíritu de sacrificio, se carecía de esa virtud que tanto se predicaba, que habíamos oído desde el día de sentar plaza. La oficialidad y profesorado civil, eran como siempre han sido, voluntades que necesitaban de orientación y dirección por parte del mando, que a falta de esto, cada quien obraba según su temperamento y manera personal de conducirse. O sea que, un plantel educativo, sin un buen mando era nave que podía quedar a la deriva.

Había trabajado la Escuela, por algún tiempo, con altas y bajas en el aspecto docente y disciplinario; pero seguro estoy de que en el año 1941, recibió una inyección vigorizante, a la que respondieron tanto la oficialidad, como los profesores civiles; varios de los que nos habían dado clases; esos magníficos profesionistas que solamente por el honor de impartir sus conocimientos, dedicaban su tiempo a al docencia, ya que



la remuneración era ínfima. Ahí estaban el gran matemático, don Esteban Minor, el magnífico profesor de química orgánica, doctor Rodríguez Mendoza, nuestro querido licenciado don Manuel Zamora, don Pancho García; no menos estimado que el anterior. licenciado Lizán Ramírez; el gran meteorólogo ingeniero Ernesto Domínguez. Mi amigo el gran Indio Díaz Walls, con capacidad para impartir la cátedra de mecánica analítica como lo haría nuestro maestro. señor Minor, antes mencionado. Otros oficiales profesores que escapan a mi memoria, completaban el cuadro de profesores que con el ingeniero Camporredondo, a quien podríamos llamar el Decano, sacaron promociones brillantes, para honra de nuestra Marina Militar.

### *Mejoran las prácticas marineras*

Al finalizar el año lectivo de la Escuela, en junio de 1941, una vez pasados los exámenes, tuvo lugar el viaje de prácticas; me tocó la suerte y gran satisfacción, de que aquellas quedaran bajo mi dirección; el director de la Escuela no viajó; se quedó en Veracruz revisando el cúmulo de documentos que resultó de las proposiciones de cada profesor para la enmienda al plan de estudios.

En mis primeros viajes como cadete había lamentado una falta absoluta de actividad por parte del mando y, por supuesto, de los oficiales, que se traducían en unas prácticas casi nulas. Esto continuó sucediendo; los viajes eran paseos; consecuencia de que nuestros jefes eran poco marineros. Era un mal acarreado desde mucho tiempo atrás, o que la decadencia principiaba entonces, y que, como los grandes males, había nacido sin saberse el "por qué".

Salimos de Veracruz con un cuadro de horario y desarrollo de trabajo enviado por la superioridad; pero desde el momento de embarque,

me di cuenta de que era imposible apegarse al mismo. No podía resultar de otro modo. Esos papeles los llenaban, como de costumbre, gente más de escritorio que de mar; ignoraban los elementos con que contaba el barco para la instrucción, y no embarcaban para hacer el viaje.

Al tercer día de navegación vi la necesidad de reunir a los instructores, para llevar a cabo un cambio de impresiones. Con esta medida dejó ver mayor rendimiento en las prácticas y esto me serviría, años más tarde, yendo como director y a la vez, dirigiendo aquéllas y personalmente impartiendo las de tiro y señales con banderas, tanto a brazo como "A driza", con los códigos nacional e internacional. En los papeles que se nos daba con directivas y horarios abundaba el vocablo "conferencia". Todo era "conferencias". Lo eliminé, ya que para usar un remo, izar un bote, y echarlo al agua, hablar con banderas, hacer nudos, cobrar cabos, atracar una lancha, o cualquier actividad de esa índole, no se necesitaban de aquéllas... me chocaba la palabrita, y al que la pronunciaba le llamaba "charro".

Un vicio que se arrastraba desde muchos años, era el jalar por los libros, sentar a los alumnos en cubierta y leerles lo prevenido *vr. gr.* el código de señales. Para eso se tenía tiempo en la Escuela, y a bordo no cabía otra actividad más que la de entrar en constante movimiento y solamente dejarlo para comer y dormir.

Durante el citado viaje, que por esos tiempos se consideraba largo, se tocaron puertos de Estados Unidos, como Filadelfia, Miami y Cayo Hueso. Además, mexicanos, como Ciudad del Carmen, Isla Pérez y Coatzacoalcos.

Quedó de manifiesto que con buque fondeado en bahía o frente a una isla se llevaban a cabo mucho mayor número de prácticas marineras, pero eso, en el caso de puertos o aguas mexicanas, ya que en los extranjeros, donde siempre quedaba el barco atracado a un muelle, y aún cuando quedase fondeado, las recepcio-



nes y demás actos oficiales y sociales, ocupaban la mayor parte del tiempo, tanto de instructores como de cadetes; además de que no se podían arriar embarcaciones menores ni hacer señales, que pudieran dar lugar a confusión con los barcos extranjeros surtos en bahía. En lugares como la mencionada isla Pérez, a medio Golfo de México, se hicieron unas prácticas que dejaban al aprendiz de marinero, apto para cualquier maniobra de mover objetos pesados, usar las plumas para embarcar y desembarcar impedimenta, tomar la playa con botes, hacer desembarcos, bogar, velear, manejar lanchas, levar anclas y volver a tomar fondeadero. Se practicaban atraques, izar y arriar embarcaciones menores, y algunas maniobras más que un hombre de mar debe conocer. Cuando se navega en esta clase de viajes, los cadetes de años superiores llevan su propia "derrota", situándose por observaciones astronómicas o marcaciones a la costa cuando se lleva esta a la vista y, por supuesto, calculando "la estima".<sup>1</sup> A los de años inferiores, —1ro. 2do. y 3ro.— se les enseñaba a gobernar, o sea, llevar la caña del timón para mantener el rumbo, y todo lo que permite el barco en movimiento, como señales a brazo, a driza y con luces. Para el presente y el futuro en caso de una reunión de buques, ya sea en bahía y navegando, aún cuando se cuenta con los adelantos de la radiotelefonía, las señales con banderas deben practicarse durante todo el día para tener al personal adiestrado en este aspecto, ya que los aparatos electrónicos son susceptibles de descompostura, principalmente en nuestros barcos mexicanos (triste, pero cierto), además de que el asunto de las banderas es algo tradicional, como lo es el remo y como lo es la vela. Estas prácticas no se descuidan en los países más adelantados. El velero para prácticas maríneas sigue siendo el barco *ad-hoc*, en alguna ocasión he hablado

de eso pensando que México pudiera adquirir algo no muy complicado, una réplica del velero Jordán de Yugoslavia: Esto es poniéndome en nuestra realidad ya que sería mucho pedir una fragata como la Sarmiento o como el Juan Sebastián Elcano.

Pero de eso no se quiere saber aquí. Como la terminología náutica no se usa correctamente al referirse a las partes que componen el buque, dado que la construcción naval día a día se ha venido modificando, me esforcé en que los cadetes fijaran su atención en tal asunto, habiendo hecho una lista de aquellas, escogiendo las que no han sido modificadas en su forma, clase de material y dimensiones, como son trancaniles, batayolas y algunas más que conservan el nombre solamente por el objeto a que están destinadas.

Este aprendizaje de léxico maríneo, en años posteriores —en la década de los cincuenta— se haría en forma intensa desde el momento de embarcarse los cadetes para los viajes.

En Filadelfia calculé que habría muy poca instrucción para los de cubierta. Nuestra estadía fue de tres días, y esto me dio oportunidad de conocer Washington. Solamente dispuse de unas horas, por lo que acepté que la visita a la ciudad fuese entre las tres de la tarde y las ocho de la noche. No habíamos sido invitados por parte del gobierno de los Estados Unidos para visitar la capital; pero en realidad no había la obligación, ya que éramos capitanes de corbeta. Las atenciones fueron bastantes, en Filadelfia, en cuanto a proporcionarnos ratos de esparcimiento con recepciones y comidas; así como bailes a los cadetes y, por supuesto, durante el primer día se visitaron todos los lugares históricos.

Mi viaje a la hermosa ciudad capital se debió a la invitación de un secretario de nuestra embajada; había sido compañero de la Armada, de mi promoción, el muy inteligente Raymundo

<sup>1</sup> *Estima*: la navegación por rumbo y distancia.



Cuervo. Don Raymundo, como lo llamábamos, hizo las carreras de marino de cubierta e ingeniero de máquinas, pero, a su inteligencia se agregaba una característica, que es común en personas geniales; era rebelde, se le hacía difícil aceptar las órdenes de un tonto, él tenía más talento que todos sus superiores juntos a bordo; era un tanto anárquico en sus cosas (otra característica de los geniales) y, siendo apenas teniente de corbeta, pidió su baja. Presentó oposición y sacó muy buenas calificaciones para seguir la carrera diplomática. Fue economista y dirigió un periódico de economía política. Odiaba a los politicastros. Era toda una institución. Aún no habiéndose quedado en la Armada, es parte de nuestro orgullo. Cuervo pudo haber sido todo lo que el quisiera menos político y, por supuesto, tampoco un buen diplomático, aunque se haya lucido en sus exámenes que presentó para ingresar. Era muy sincero.

Cuando mi amigo me llevó a Washington en su automóvil, se ofreció a regresarme al puerto, pero agradeciéndole su gentileza preferí hacer el viaje en tren para evitarle molestias y, además quería yo constatar lo que sabía sobre ese magnífico servicio de transporte en Estados Unidos. Este corto viaje me hizo pensar que la guerra se aproximaba. Había un movimiento inusitado en la estación, gente uniformada de todas las categorías viajaban, subiendo al tren y bajando en cada estación. Iban conmigo, como compañero de viaje, el ingeniero naval Arturo Marshall. Era él, otro oficial distinguido al que habían mandado a especializarse en arquitectura naval. En tal ocasión, iba para Massachussets. Y me comentaba: "Por el llamado que han estado haciendo a determinadas clases del servicio militar, y la actividad que he venido observando en los centros de reclutamiento, creo que en Estados Unidos sienten muy cerca una guerra". Todavía no llegaba el "7 de diciembre" con su terrorífico ataque a Pearl Harbor, y ya los norteamericanos

se movilizaban dentro de su país, lo que quiere decir que, con o sin el ataque japonés, las hostilidades se hubiesen roto en breve.

Se rindió el viaje de prácticas con el retorno a Veracruz, sin que se hubiesen satisfecho las prácticas. Mucho de lo que había querido hacer no fue posible realizarlo. Tuve una buena experiencia y con esto llené varias hojas explicando lo que hacía falta a bordo para que un viaje diera el mayor rendimiento. Expuse al director mis inquietudes, respecto a que quienes ordenaba y daban directivas desde la capital sin tener mucha idea de los elementos con que se contaba a bordo, ni se tomaban la molestia, al finalizar los viajes, de analizar los informes de quienes iban al frente de los cadetes, para deducir el aprovechamiento obtenido. Recordaba que en nuestros días de cadetes, las maniobras de cabos, ejercicios en botes, natación y demás, los hacíamos por iniciativa propia, quienes éramos entusiastas; pero nunca estuvimos sujetos a un plan riguroso, ni fuimos guiados por instructores competentes.

Trataría yo de aprovechar a los oficiales de "carga" y a los "Escala de Mar" (contra maestres y condestables) de a bordo en ocasiones futuras, para aumentar el número de instructores; personalmente tomaría a mi cargo los ejercicios de artillería. No iría como en viaje de paseo; tenía ilusiones porque en un futuro inmediato o mediano, recayera en mí la Dirección de uno o más viajes para ir haciendo "Escuela"; para señalar un sistema en las prácticas. Tres años después haría uno como subdirector de la entonces nueva Escuela Naval del Pacífico junto con la del golfo, pero iría subordinado al director de esta última; y posteriormente realizaría mi ambición con tres viajes seguidos siendo director. Se me concedió lo que ambicionaba, pero no me dio tiempo de desarrollar todos mis planes. Dejé solamente una pauta a seguir, ya que en cada viaje se tuvieron nuevas experiencias; y en un lapso de cuatro años, se necesita interés y ayuda de



arriba para desarrollar todo un proyecto, y perfeccionarlo; ayuda que no tuve. En nuestro medio (mexicano); el que cumplió, cumplió y nadie se dio cuenta; los de abajo, los mejores jueces, hace parangón entre los que ven de unos y otros, pero su opinión no opera. Por eso vivimos en un eterno principiari; no se recurre a los archivos para ver antecedentes y seguir una escuela, un sistema, una manera de actuar. Cada viaje de prácticas es algo que parece no haberse hecho antes. Y esta deficiencia, quizás prevalezca hasta que las promociones de la primera mitad de la sexta década ocupen los cargos más altos de la Armada; ya que fueron quienes lograron prácticas, que si no fueron el resultado de un trabajo llevado hasta el fin de un plan ambicioso, por lo menos, durante cuatro años recibieron una instrucción satisfactoria, suficiente como para no llegar a los barcos con el complejo de dejar en manos de contra maestre todo lo que sea maniobra.

## *México en guerra*

Después de un año de intenso trabajo, un lapso corto pero bien aprovechado, tanto el director como yo, por diferentes motivos, tuvimos que abandonar la Escuela. A principios del año 1942 el director fue a tomar la Jefatura de Marina en Petróleos Mexicanos. Esto coincidió con la gravedad de mi esposa, que debería vivir en clima templado o frío, lo cual me obligó a gestionar mi cambio a la capital. Pero, entre la salida de aquél y la mía transcurrió un lapso de aproximadamente mes y medio. Accidentalmente quedé al frente de la Escuela, para entregar el cargo al ya ascendido a capitán de fragata Francisco Mancisidor. Paco seguía siendo influyente con el general, pero lograba disposiciones que no duraban más de unos cuantos días, ya que de inmediato llegaba la contraorden. Duró como una semana en el puesto distinguido de director. El presidente de la República ordenó la nulifica-

ción de su nombramiento, que había sido recomendado por don Lázaro, quien ya no estaba en la silla presidencial. ¿Qué se traería contra ese personaje don Manuel Ávila Camacho?

Despedí con sentimiento al simpático gran Pancho, pero no solamente por sentimiento de amistad sino porque sabía que su sustituto iba a cometer grandes errores. Éste fue el vicealmirante José Rodríguez Malpica quien, a la usanza vieja, como acostumbraban la mayoría de esos señores, iba acompañado de sus servidores; uno que tomó el Detall, otro para hacerla de despensero, y el tercero, su secretario particular. Ninguno, por supuesto, hijo de la Escuela; todos servidores fieles, aptos en el manejo del exiguo presupuesto. Me di cuenta de que yo no hubiese durado mucho. Aquel señor necesitaba un segundo que se hiciera de la "vista gorda" y que no exigiese demasiado "material escolar", unos de esos filósofos que siempre la pasan bien. Pero Vicente López, maquinista naval, profesor de motores, estaba también muy allegado al viejo zángano. Mi amigo Chente, todo pundonor y rectitud, era un buen pelotero y como el director era fanático del béisbol, se pasaban largos ratos platicando de Bragaña del Grillo Serrel y de las hazañas de Fernando Barradas. López tenía siempre que cortar bruscamente la plática para poder ir a impartir su cátedra y el viejo se quedaba con cuerda para seguir sus comentarios sobre las grandes atrapadas de Amaro.

La Escuela descendió de inmediato. Cuando entregué la subdirección, mi sucesor me preguntó sobre de cuánto se disponía para material escolar y le contesté: "si lo que te interesa es saber si algo sobraré, yo creo que nada, porque tendrán que hacer milagros. Además, ahora absolutamente todo lo llevará el Detall, y he oído decir que se necesita ahorrar; ¡caracoles, ahorrar!, exclamó el panzón Fourzan que era mi relevo.

Estas altas y bajas siempre sucedieron, y probablemente sigan sucediendo. Al escribir esto,



ya he perdido el contacto con la Armada, pero muy bien sabemos que nuestras grandes anomalías tienen su origen en un mal nacional: en todas las dependencias del gobierno —civiles y militares— suelen estar al frente hombres aptos y honestos, a los que por fatalidad se les releva con elementos cuyo único mérito es su habilidad para acomodarse y su cinismo, acompañados de la ceguera o ingenuidad que les hace creerse acreedores al puesto que los grandes señores de la política les prestan para que “llenen su tenate” y, a veces, con la increíble pero cierta expresión de: “Toma esa chamba pa’ que te ayudes”.

Lo digno de observación y estudio, en nuestro país, es ver cómo se sostienen las instituciones a pesar de los cambios tan bruscos en su dirección; y lo mismo es a escala ministerial que en dependencias de menor categoría. La militancia política, antes que cualquier otra cosa, y después de la habilidad para saberse acomodar y la renuncia a la dignidad, son los secretos que suelen valer para llegar a los más altos puestos del gobierno.

Para la Escuela no fue lo mismo haber estado bajo un régimen de incesante trabajo por parte del cuerpo docente, con directivos que se preocupaban por la buena presentación del personal de cadetes y de su alimentación, que bajo el de otro, donde el director solamente se presentaba por las mañanas a platicar sabrosamente de béisbol, alabando a Bragaña o a Martín Dihigo que por entonces eran los peloteros estrellas. ¡Sobre que aberraciones tan grandes han actuado algunos servidores del Estado! Bueno, eran rescoldos de esa absoluta irresponsabilidad de algunos funcionarios que habían quedado de la revolución y las revueltas. No hacía más de nueve años cuando andábamos pidiendo el favor —apoyo moral— en la capital de la República para la multicitada propaganda pro-Marina que estábamos haciendo antesala en la Secretaría de Agricultura y Fomento a las diez

de la noche porque el señor secretario, general Cedillo, cuando iba a trabajar se presentaba, lo mismo a las dos de la tarde que a altas horas de la noche.

Al dejar la Escuela, de inmediato pasé comisionado a México, aunque no me halagaba mi nuevo cargo de subjefe de Estado Mayor que, por entonces, era una mesa de trámite. Ya había entrado Estados Unidos a la guerra. México había incautado barcos petroleros y la carga, italianos y alemanes. En breve nos veríamos de beligerantes.

Por el mes de febrero (1942) hice una solicitud de préstamo: \$10,000 al fondo de ahorro de la Armada. Con esta cantidad compré una pequeña casa en la capital. Todavía no se extendía la ciudad a ritmo acelerado. Resultaba el viaje del centro a mi casa como una excursión, pues la avenidas Tacubaya, Mixcoac y Revolución estaban sin asfaltar. Pero no importaba la relativa lejanía; con un automóvil Ford de medio uso que me había costado noventa dólares en Estados Unidos, que al cambio resultaban 324 pesos, resolví mi problema de transporte. Como era un carro con bastantes años de uso, se pagó una bicoça de derechos aduanales. La Secretaría de Marina llevaba poco más de un año bajo la Dirección del general Jara. De nada valla la integridad del ameritado revolucionario. Casi todos los Departamentos y Direcciones estaban en manos de improvisados y de “vivos” para el “trafique”. Él los despedía, pero los sustitutos resultaban de la misma ralea. A su yerno lo destituyó de su cargo como jefe del Departamento Administrativo un viejo revolucionario que era un hombre cabal. Su nombre había sonado en la época del maderismo, se llamaba: Erasmo Trejo. También quitó a un jefe de la Armada de la Oficialía Mayor y colocó al comodoro Corzo. Este señor terminó el periodo, porque respetó las arcas de la Secretaría. Lo malo era que don Ángel Corzo se tomaba atribuciones en el aspecto militar, que no le correspondían.





La figura moral del general Jara ha sido esbozada en el capítulo anterior, pero merece que se le dediquen tantos renglones como se pueda, para dejarla bien definida, como merece quien tan honestamente y con tanto patriotismo desempeñó los puestos que el gobierno le confirió. A él tal vez le faltaba visión para escoger a sus hombres, o estaremos equivocados al pensar que no es mucho exigir, el lograr un grupo de diez buenos colaboradores dentro del medio oficial. En lo que no nos equivocamos es en asegurar que el titular de la Secretaría salió por la puerta grande al terminar en su cargo y, a diferencia de otros funcionarios de todos los regímenes, no fue a vivir la vida de un creso, sino que siguió siendo el ciudadano modesto que apuradamente tuvo techo propio para pasar los últimos años de vida.

Basándose nuestro gobierno en las facultades que concede el artículo 89 constitucional en su fracción X, se decretó la incautación de los barcos extranjeros que, al estallar la Guerra Mundial, habían quedado inmovilizados en diferentes puertos mexicanos. La mayoría fueron petroleros italianos, nueve unidades y tres cargueros alemanes.

Se dedicaron los petroleros, por supuesto al transporte del aceite mineral, haciendo su tráfico entre nuestros puertos de Tampico y Minatitlán, con los de estados Unidos principalmente, y con cierta frecuencia a Cuba; por supuesto, con bandera mexicana. Los capitanes, primeros oficiales, jefes de máquinas y primeros maquinistas, fueron elementos comisionados de la Armada. Este personal, principiaba, *ipso-facto*, a percibir una remuneración mayor que los sueldos de la Marina Militar. Desde que se llevó a cabo la expropiación petrolera, las prestaciones para los empleados y trabajadores, tanto de tierra como de mar, se habían elevado considerablemente. Como México era un país neutral, se vivía en la creencia de que nuestra bandera iba a ser res-

petada en la mar, no obstante que se llevaba petróleo a un país beligerante.

Por entonces, yo que había resuelto mi problema de habitación, habiendo comprado mi casita en Mixcoac, para pagar a diez años, no veía la posibilidad de ahorrar un solo centavo, y así, apurados económicamente, estábamos la mayoría de los oficiales. Solamente hablaban de cuenta en el banco los logreros que malversaban los pocos dineros que manejaban siendo comandantes de buque, y los que sacrificaban a sus familias ahorrando a pesar de que la paga era sumamente corta.

De manera que aparte de estar dispuestos a exponer la vida haciendo honor a nuestra tradición y obedecer órdenes como militares, calculaba yo que el cambio a un buque tanque me favorecería económicamente. Con mi jerarquía y tiempo de navegación, llenaba condiciones para ir como capitán. Mi sueldo aumentaba como en un setecientos por ciento.

En esos días, el compañero Gabriel Cruz Díaz, que andaba como capitán del "Potrero del Llano", pidió licencia; se dejó ver por la capital y me dijo que deseaba lo relevaran. Exponía razones de salud, pero tal parecía que su "Deva protector" le avisaba del peligro; presentía su fin trágico. Me preguntó si estaba yo en posibilidad de relevarlo y le contesté afirmativamente. Hicimos gestiones ante el comandante de la Armada, pero como se trataba de un señor que siempre llevaba "la contraria", no tuvimos éxito en nuestras gestiones.

Como antes asiento, a Cruz Díaz algo le avisaba que tenía cerca una desgracia; se le vela como angustia y exponía que le urgía lo relevase. Al poco tiempo de dejar la capital, navegando con el barco cargado de petróleo, un torpedo lanzado por un submarino alemán cegó su vida, junto con la de cinco oficiales y seis tripulantes.

Los submarinos alemanes habían estado al asecho en los barcos mexicanos sin atacarlos, y



en una ocasión hicieron una advertencia. El teniente Joaquín Rosiñol que fue primer oficial de un petrolero hundido, escribió: "Hicieron señales del submarino que nos torpedeó, yo estaba en un bote, en el que abandonamos el barco, acudimos a dicho submarino obedeciendo las señales que se nos hacían y recibí el mensaje que de palabra nos dieron. El que habló tenía insignias de capitán de corbeta, su fisonomía era la de un auténtico Teutón, de no más de unos 35 años. Otro oficial tomó nota de los datos que le di respecto a la nacionalidad y nombre del buque, cargamento y destino del mismo. Dos marinos tenían ametralladoras del tamaño reducido, preparadas para disparar. El primero me dijo, en inglés, que estábamos colaborando con sus enemigos los norteamericanos, que dijéramos a nuestro gobierno el peligro en que nos colocábamos; pues seguirían hundiendo nuestros buques tanques que anduviesen en misión de transporte de petróleo. Era advertencia, pero después de haber avisado con torpedos".

Los alemanes ya habían hecho su primer blanco en el Potrero del Llano, que echaron a pique con un solo torpedo a la altura del puente, el día 13 de marzo de 1942. Para esas fechas yo estaba embarcado como comandante del cañonero Querétaro, fondeado frente al puerto de Mazatlán. Tenía como una semana de haber recibido el cargo, tiempo que fue de intensa actividad en el barco.

El entonces jefe de la Armada, quien me había hecho, sin querer, el favor de negarme la permuta con Cruz Díaz, era don Luis Shaufelberger el vicealmirante de quien me he expresado antes. Era un hombre afable, nada de prepotente ni hosco, se le podía exponer con libertad lo que uno hiciera, pero, simplemente se negaba sistemáticamente a todo lo que se le solicitaba.

A fines de abril, me mandó llamar y me manifestó que como quería yo embarcarme se me daría el mando del cañonero Querétaro.

Como se trataba de ir a la mar, me sentí encantado; nada más bonito que mandar en un barco de guerra, aunque no se ganara tanto dinero como en uno perteneciente a esa mina esquilmada que se llama Petróleos Mexicanos. Andaba en estas reflexiones cuando me quedé perplejo al saber de la muerte de Cruz Díaz; mi amigo y compañero de antigüedad, con quien llevaba una estrecha y sincera amistad. Por mucho tiempo me acompañaría la pena de recordar su preocupación por desembarcarse, la cual no ocultaba una premonición. Él me había relevado en el mando del Guardacostas 26, en Veracruz. Seis años después estaríamos conformes en que a mi me tocara tomar el mando que él tenía en barco de otro tipo. Cambio que no quiso autorizar el vicealmirante Shaufelberger.

El destino de mi amigo era el de figurar entre las primeras víctimas de los torpedeamientos arteros de los submarinos alemanes.

### *En el Pacífico en tiempo de guerra*

México se vio obligado a declarar la guerra. Las fuerzas armadas se movilizaron estableciendo una región militar que abarcaba toda nuestra costa del Pacífico, bajo el mando del entonces ex-presidente Cárdenas. A la vez, se establecía otra en el Golfo de México y el Caribe, la mandaba el general Abelardo Rodríguez.

Cuando llegué a Mazatlán para embarcarme al cañonero Querétaro, fui directamente de la estación del ferrocarril al barco. De inmediato recibí el mando. Mucho me extrañó verlo con los toldos largados y sin ningún indicio de preparación para el combate. En esos días entrábamos a la guerra y ya era del dominio público que romperíamos nuestra relaciones diplomáticas con las naciones del Eje y sus aliados. Nos acababan de torpedear un barco, con pérdida de vidas, y nuestros cañoneros navegaban como si nada hubiese sucedido.



El comandante a quien sustituí pasaba a Petróleos Mexicanos; dos años más tarde, moriría en el Atlántico; el barco en que navegaba (Juan Casiano) se partiría por la mitad, como consecuencia de haberlo sorprendido un ciclón; pero hasta la fecha se oye decir que estuvo de por medio un torpedo enemigo, versión que no es posible creer, ya que a un submarino, en esos días, se le hacía imposible atacar por la mar convertida en montañas de agua, además con la furia de las olas y las gotas de lluvia y agua salada, como proyectiles no sería posible ninguna visibilidad con el periscopio. Todavía es menos creíble, y hasta estúpida, la versión de que en el caso del Potrero del Llano se había tratado de un submarino de Estados Unidos, para forzarnos a entrar a la guerra.

El Querétaro se encontraba esperando un batallón y una compañía de transmisiones con aparatos electrónicos detectores. Estos aparatos iban a instalarse en varios puntos estratégicos de la península de Baja California.

Recibí instrucción de quedar bajo las órdenes directas del comandante de aquella región militar, cuyo cuartel general quedaba en Ensenada, Baja California.

Después de hacer un recorrido de inspección por todo el barco, llamé al segundo comandante, a los oficiales y al condestable; pregunté cómo se andaba a bordo en cuestión de artillería, y me di cuenta de que ese tema no se tocaba. El "zafarrancho de combate" consistía en arriar<sup>1</sup> toldos, rebatir candeleros<sup>2</sup> y barandillas, y quedar los sirvientes de las piezas en sus puestos de los montajes; ahí terminaba. Les dije: "aquí donde ustedes terminen el zafarrancho, es donde debe principiarse" y continuaba preguntando: "¿Han entrenado apuntadores?", "¿el conjunto se en-

cuentra ajustado y alineado?", "¿el abastecimiento de proyectiles está estudiado y practicado?". Nada de esto se hacía; el tiro naval no había sido la devoción de los comandantes anteriores. Mi amigo Flavio Viveros, a quien relevé, no tenía afición por la especialidad.

El segundo comandante, teniente de navío Lázaro Mendoza, uno de los oficiales más competentes de la época, no podía aportar sus conocimientos ante la indiferencia de los comandantes anteriores.

Ordené quitar definitivamente los toldos, mandándolos a la bodega; permanentemente quedarían rebatidas las barandillas con todo y sus soportes; y el abastecimiento de proyectiles quedaría expedito, con gente en determinados lugares entre las piezas de artillería y los pañoles de municiones. Varios proyectiles deberían permanecer en reductos o parte en cubierta con techo, que quedaban contiguos a los cañones (números 1 y 3), tratándose de núm. 2, o sea, el que se encontraba en cubierta alta, los proyectiles que a éste correspondían, permanecería: parte de los mismos; en la cubierta baja, en aspilleras<sup>3</sup> hechas ex profeso; el traslado se haría de mano por una escotilla también ex profeso practicada en la cubierta, o parte que separaba los dos lugares citados. El abastecimiento inicial de los pañoles a los montajes números 1 y 3 era mediante los elevadores de municiones eléctricos.

No se había observado lo prevenido en el reglamento que había yo hecho cuando estuve en Acapulco. Deduje esto porque no se habían designado y entrenado en sus puestos a los apuntadores, ni a los "telemetristas", ni a los "sirvientes de alzas" ni a los demás "artilleros", como "cargadores" y "sirvientes de cierre".

<sup>1</sup> *Arriar*: bajar, quitar.

<sup>2</sup> *Candeleros*: piezas metálicas que circundan la toldilla de las demás cubiertas y sirven para sostener un nervio (cable) donde se afirman los toldos al estar largados (desplegados).

<sup>3</sup> *Aspilleras*: piezas de madera en que se acomodan acostados los proyectiles.



Mi segundo principio por explicar lo importante que era el entrenamiento de este personal, y a exigir el condestable una constante revisión y limpieza de las bocas de fuego.

Tampoco se había instruido —ni siquiera designado— a los de la estación transmisora. El aparato (inclinómetro) que sirve para observar el ángulo que el rumbo del blanco forma con la línea de tiro, se tenía metido en su estuche, sin haberse tocado.

Afortunadamente me encontré con el segundo comandante, el teniente Mendoza: que era de los bien enterados en todo lo de la profesión; los mismos sabían de navegación, como de ballística, como de táctica naval; pero no era su misión estar como oficial de artillería, si el comandante, no se preocupaba más que de navegar, desentendido de la parte mercante militar de la unidad; en consecuencia, Mendoza no podía poner en práctica sus conocimientos. Me preguntaba yo; por qué a mis compañeros, muy buenos marinos, muy capaces, no les gustaba dedicar la mayor parte de su tiempo a la artillería.

Se destinaron los primeros días para tomar la visión estereoscópica de los marinos, para ver quienes podían ser telemetristas. Se hicieron pruebas para apuntadores y se designaron los grupos de los montajes y demás sirvientes. El entrenamiento principió intenso, sin prestar mucha atención al baldeo de cubierta, picar planchas oxidadas, pulir y dejar brillantes los pasamanos de bronce y latón de las escalas, pintándolos de gris. Solamente se recomendó esmerarse en cuidar de la limpieza para aprovechar el tiempo en practicar lo de artillería. Se localizaron en la carta puntos distantes dos, tres, cuatro y cinco mil metros, y algunos intermedios para que tomaran distancia los telemetristas.

Traté de que se acondicionara un aparato como bastidor, con una tabla movable en sentido vertical, y sobre ésta, una en sentido horizontal; para ello se tomó de un diseño que había pro-

puesto en mi Reglamento. Con este sencillo aparato, al desplazarse en pequeños ramos y en los dos sentidos, vertical y horizontalmente, la tabla pequeña que llevaba un punto en el centro, movida por medio de un volante a voluntad del instructor; los apuntadores tenían ante sus anteojos, a una distancia de unos 15 metros, un blanco que había de seguirse en un constante movimiento, tratando de llevar el cruce del retículo de su anteojo al punto central de dicha tabla. Navegando me abriría poco de la costa para que se practicara tomando como objetivo los puntos escogidos en la carta.

Los electricistas se pasaban hasta 12 horas diarias ajustando el movimiento de las agujas movidas eléctricamente, reponiendo fusibles, cambiando líneas quemadas, acondicionando aparatos de alta voz, arreglando timbres y campanas. Aunque en esos días contábamos con buenos electricistas prácticos. Me haría mucha falta, en esos momentos de intenso trabajo, el ingeniero mecánico electricista que me había auxiliado en mis asuntos de artillería a bordo del Potosí hacia cinco años. Formaba parte del grupo de especialistas civiles en ese ramo. A él tocó deshacer la maraña que era la red eléctrica del Potosí y poner a trabajar todos los motores y demás aparatos que entraban en la parte eléctrica de la artillería. Manuel Palacios Tapia, se llamaba este joven ingeniero egresado de la ESIME que tan buen papel hizo en la Armada y que hubiese querido tener bajo mis órdenes en los días de la guerra, a bordo del cañonero Querétaro. Al barco ya se le había acondicionado un sistema de intercomunicación como el que habíamos puesto al Potosí en 1938. Por esa parte me sentía yo seguro de llegar a la mayor eficiencia. Muy bien habían imitado lo que habíamos hecho en el Potosí.

La faena era agotadora, pero necesaria. No estaba yo haciendo más que repetir mis actividades y exigencias, que tuvieron lugar en los años



1936-1937. Descansaba en mi colaborador Lázaro Mendoza para todo, haciéndome cargo de la artillería, pero las circunstancias imponían las anomalías: hacían falta oficiales especialistas. Mendoza sería retirado como capitán de navío (por edad límite). ¿Acaso tenía la culpa de que los ascensos los hayan proporcionado con gotero? Pero cuando lo retiraron no sabía de las argucias de que otros, años después, se valdrían para retirarse con la jerarquía que a ellos les pareció la de justicia.

Por esos días de mayo se habló mucho de un bombardeo sobre Santa Bárbara, California, llevado a cabo por los japoneses con sus submarinos. También se aseguraba que nuestros pilotos de la Fuerza Aérea, habían avistado uno de estos sumergibles, desplazándose a poca profundidad. Otro emergió en la costa de Sinaloa frente a un poblado, acercándose a la playa; los nipones quisieron dejar testimonio de su presencia en esos lugares, echaron bote de goma al agua, saltaron a la playa, hablaron en español con los nativos y les obsequiaron "ropa de agua".

Aunque todo eso hubiese sido solamente rumores, no dejaba de intrigar a uno y más en vísperas de salir a la mar.

Cuando zarpamos de Mazatlán, ya estábamos en guerra y no sabíamos cómo se iban a comportar los japoneses. El primer viaje era con destino a Ensenada; había que cruzar el Mar de Cortés, doblar Cabo Falso y navegar por toda la costa de Baja California en su parte occidente. Hice saber a la comandancia de la región, que solamente navegaríamos de día, fondeando por las noches en lugares de refugio como Cabo San Lucas, Puerto Cortés (Isla Margarita), Punta Abreojos e Isla de Cedros. Mi plan de navegación fue, desde luego, autorizado.

Estábamos las 24 horas en "zafarrancho de combate". Los montajes (cañones), proyector, telémetro, y estación transmisora de tiro se encontraban en constante actividad, tomando

como blancos, puntos de la costa. Al zarpar ya los apuntadores tenían algunas horas de práctica, y la seguirían haciendo con el barco navegando; lo mismo que los telemetristas. Se encontraba, el conjunto, en perfecta armonía, y tenía yo la seguridad de que si hubiese que entablar combate con algún submarino sorprendido a flote, haríamos un buen papel.

No era absurdo pensar que un sumergible combatiera a flote; casos se habían dado en las dos guerras mundiales, cuando los comandantes de los sumergibles consideraban que su débil adversario no ameritaba el gasto de un torpedo; entonces aquéllos preferían salir a flote y hacer uso de su potente cañón semiautomático.

Los japoneses habían navegado mucho por nuestro litoral, pescando camarón en nuestras aguas; y así como llegaron a conocer "al dedillo" los detalles de nuestra costa, también estaban enterados de nuestro escaso poder combativo. Conocían el detalle de que los marineros militares mexicanos no entrenaban con sus cañones, o por lo menos, se le prestaba poca atención a la especialidad; sabían que, ellos con un cañón de 120 mm y un personal bien entrenado, podían dar cuenta de un cañonero montando armamento de 101.6 mm y bajo el mando de un comandante desaprensivo y poco aficionado a la artillería.

Yo pensaba que sería un gran hallazgo un submarino atrevido que se nos enfrentase en superficie; podría darse el caso de que por alguna descompostura no pudiera sumergirse y los sorprendiésemos flotando, entablandose un combate. Esos pensamientos bélicos me asaltaban; no me conformaba con que otros estuviesen en un infierno de fuego, por allá lejos, en el océano, y nosotros solamente nos paseáramos frente a casa.

También pensaba que anduviese por nuestra ruta alguno de esos barcos corsarios que camuflados, hacían su campaña hundiendo petroleros y cargueros. Por supuesto que por esos



años, ya los cañones de 101.6 mm, iban desapareciendo, y los barcos de línea tenían los de 120 mm. Pero en estos casos de poder ofensivo desigual, el más débil, si pelea con coraje, y a corta distancia, puede hacer mucho daño. Yo consideraba que había eficiencia en cuanto a instrucción de la gente; lo mismo el material y aquella con el espíritu muy en alto, a pesar de que llevaban poco tiempo en la brega.

Era tanta mi exigencia en los ejercicios y precauciones para estar preparados, que hice acondicionar una especie de casa de campaña detrás del montaje núm. 2, porque como no había reducto en esa parte del barco, los sirvientes de la pieza quedaban completamente a la intemperie; de manera que, dormían en su improvisado refugio, y en las latitudes al norte de Bahía Magdalena, las noches eran bastante frías. El caso era que, al oírse el timbre de alarma dando la señal convenida, el conjunto ofensivo debería estar listo como para principiar a disparar, a los 15 segundos, con los cañones cargados, los apuntadores tratando de localizar el blanco a través de su anteojo de alza y las manos en el volante para dar orientación a la pieza, y el telémetro, también orientándose hacia el punto que el director de tiro indicase para tomar distancias. Todo esto, siendo de día, y en el caso de noche, la intervención de dicho aparato —no pudiendo tomar distancias— sería solamente para transmitir a los montajes y al proyector su movimiento angular mediante agujas movidas con motores “paso a paso”, que al seguirlas con otras agujas accionadas por los “sirvientes” todo el conjunto quedaba apuntado al objetivo, siendo el telémetro el orientador de todo el conjunto, debe ser manejado por quienes tienen más facultades para distinguir algo de noche. Los sirvientes de la estación transmisora, dormían al pie del aparato a su cargo, pero estos se encontraban bajo techo. Entre la gente había mucho entusiasmo, estaban ya convencidos de que podríamos ser atacados, y lle-

gué a saber que se hacían de comentarios respecto a la “soba” que llevaban desde que había yo tomado el mando. Soba con la que estaban muy contentos...

En todos los barcos se recibió orden de la región militar, para transportar cualquier clase de carga que solicitaran los comerciantes, principalmente si se trataba de artículos de primera necesidad, y en varias ocasiones se hicieron viajes expresamente con ese fin. Era, en verdad, nuestra incipiente flota, un corazón que latía y animaba la vida de nuestra costa occidental, supliendo, en parte, la falta de marina comercial.

Nuestros cañoneros padecían de un mal que solamente se curaba cambiando sus turbinas, por otras o por motores. A pesar de que en el año 38 habían hecho un viaje al extranjero para reparaciones, las máquinas seguían dando mucho trabajo. Eran, sus turbinas, para trabajar con vapor recalentado, y un inspector se vio obligado a echarlas a andar sin el previo recalentamiento. Nuestros heroicos maquinistas habían aprendido el manejo de las turbinas en esos barcos y con ello confirmaron el dicho ese de “echando a perder se aprende”.

Cuando todos nuestros barcos estaban urgidos de una revisión completa: los cañoneros en turbinas y calderas y los guardacostas en sus motores, al Estado Mayor de la región militar del Pacífico se le ocurrió formular un programa de vigilancia continua, desde nuestras aguas limítrofes con las de Estados Unidos, hasta la desembocadura del Suchiate. Al fin, Estado Mayor, que no tenía mucho que hacer, inventaba su “plan de operaciones” para justificar su importante existencia; y se hablaba de ejercicios de conjunto. El jefe de Estado Mayor, comodoro Maqueo, se dejaba influenciar con los castillitos que en el aire hacían los diplomados de E. M., que lo rodeaban, tanto de la Armada como de tierra.

De dicho jefe ya he expresado algo antes: había sido llamado por don Lázaro Cárdenas



para tenerlo como su inmediato colaborador, habiendo tantos generales del Ejército que nunca hubiesen pensado en que tal distinción recayera en aquél. ¿Qué habla visto el general en un maquinista naval? Porque indudablemente, con sinceridad, puede asegurarse que se contaba con generales diplomados de Estado Mayor, que tenían conocimientos de que carecía un maquinista naval. Nosotros no teníamos, por entonces, diplomados con jerarquía equivalente a general, pero claro, para el caso era lo mismo; no entrarían nuestros ejércitos de mar y tierra en grandes batallas. Nosotros estábamos muy contentos con que se distinguiera tanto a un miembro de la Armada, a quien posteriormente el mismo general Cárdenas lo nombraría intendente general de la Secretaría de la Defensa. Y continuando en esta digresión, con la cual no creo cometer desacato, por lo interesante que resulta la narración sobre la buena estrella que acompañó a un hombre: diré que a Gómez Maqueo no lo abandonó su ser tutelar; llámese, Deva, Ángel Solar, Ada, o Estrella, sino que lo protegió hasta en sus últimos días; pues posteriormente a la Intendencia del Ejército fue diputado, ministro de Marina, y senador —fue un caso único—. El jefe no era brillante, no era jilguero ni demagogo, mucho menos adulador, que son condiciones a reunir para ¿triunfar? en nuestro país. Por supuesto que hay quien llega a la cumbre volando, pero son casos raros los cóndores de esta condición; en su inmensa mayoría llegan como los reptiles. El jefe era exageradamente parrandero y don Lázaro no tomaba una copa. Entonces ¿a qué se debía tanta deferencia? Pues sencillamente: El general Cárdenas vio en nuestro personaje, un hombre sencillo, sin ribetes de sabihondo, que se mostraba tal cual era; nunca lo molestaría con grandes proyectos y solicitudes de erogaciones; ni vería las fallas del alto jefe en el aspecto castrense; no le nombraría a Claseswitz, no le mostraría la Rosa de Maniobras, ni le

hablaría del “juego de guerra”; como tampoco le sugeriría las operaciones combinadas ni el problema cinematográfico. En suma, el jefe Maqueo sería un gran colaborador a la medida que lo deseaba don Lázaro.

Pero que no fue solamente un poderoso quien lo distinguió: los últimos dos altos puestos se los debería al presidente Adolfo Ruiz Cortines: habían sido compañeros de parranda, allá por la primera y segunda década; ambos muy aficionados a las “rondas”: eran contemporáneos, paisanos, del puerto jarocho. Anduvieron juntos en la Revolución, también en los mismos bares y en los mismos lupanares, tiempo después amigos y protectores de “la bandida”, con quien me presentó el jefe en el año de 1955 y pude darme cuenta de lo valiosa que era esa mujer, pues aparte de su talento musical se distinguía de colegas de oficio en que no era una explotadora de sus “pupilas” a quien guardaba gran consideración.

Durante el primer año en que fuimos beligerantes contra Alemania y Japón, anduve por nuestro litoral en incesante actividad, obedeciendo las órdenes de la Región Militar del Pacífico, por conducto del jefe Maqueo. Todas mis sugerencias eran tomadas en cuenta de inmediato. Hubiese querido estar por mucho tiempo en esa situación bajo el alto mando de un Lázaro Cárdenas, por conducto del “hombre de estrella”, el sincero y noble comodoro Maqueo, al que más quise de mis jefes de la Armada.

### *En San Francisco por segunda vez*

Cuando en Ensenada en el cuartel general (año 1942), se hablaba sobre el plan elaborado por los oficiales de Estado Mayor, hablé con el comodoro Gómez Maqueo y le dije: Creo que todavía tardará el establecer un continuo cordón de vigilancia, a todo lo largo del litoral; ya ve



usted que tenemos viaje pendiente a Mazatlán y Manzanillo para transportar equipo electrónico, y una compañía de comunicaciones. Además de que se nos llama de Guaymas para traer a diferentes lugares de la península víveres, y le pregunté si se había fijado en lo mal que andaban los barcos en sus máquinas principales.

El famoso plan no se llevó a cabo, en cambio en los primeros meses de 1943, se logró ir a San Francisco, California, para una alineación de ejes, reparación de calderas y colocación de lanzadores de cargas antisubmarinas. Estos lanzadores nos cayeron de perlas, pero la adquisición quedaba incompleta, ya que nos faltaba el aparato detector. Mejorábamos un paso en cuestión de armamento. Aunque a medias, podía ser de gran utilidad en ciertas circunstancias.

A bordo, teníamos grandes deseos de que entre los trabajos que se autorizaran se incluyese el citado aparato detector. Me quedé con la idea de hablar al respecto con nuestro agregado naval, no tuve oportunidad de tratarle el asunto pero sí lo hice con el inspector de las reparaciones. Y posteriormente con el mismo secretario de Marina, quien estaría unos días en San Francisco, por el mes de mayo del mismo año. Era muy necesaria la adquisición que yo pretendía, pero no hubo posibilidad de conseguirlo. Parecía, en esos días, como que el gobierno de Estados Unidos no podía construir la gran cantidad de aparatos que demandaba su inmensa flota, y, por supuesto, a nosotros no nos quedaban esperanzas.

El secretario, general Jara, llegó a San Francisco para curarse de una dolencia. En los días de su arribo me encontraba yo sin mando, ya que se me acababa de destituir. La orden procedía del oficial mayor de la Secretaría. En honor a la verdad yo me buscaba esos sinsabores; pero ¿por qué esa intervención en el asunto castrense de un señor que desempeñaba un puesto de carácter civil? Me faltaba "prudencia" al no callar

ante la deficiencia de nuestras oficinas, principalmente las dependencias de Hacienda. Me había buscado un tremendo contratiempo por querer aliviarles la vida a los tripulantes del Potosí, y no a los de mi barco que no tenían problema, en tanto que el comandante de aquél, mi amigo Cuauhtémoc (Tejón) Pérez, no sudaba ni se acogojaba por la penuria en la que estaban, y, por supuesto, no hacía causa común conmigo manifestando su inconformidad por el tortuguismo criminal de Hacienda, culpable de que en el extranjero exhibiésemos nuestra informalidad.

Había entregado el barco al teniente de navío Ramón Sánchez Mena, que había llegado al puerto como segundo comandante del Potosí.

Pero ya estaba yo para abandonar San Francisco cuando me resolví a hablar con el general Jara. Él estaba enterado del asunto a medias. Expuse que se trataba de una injusticia, tanto que nuestro cónsul había intercedido en mi favor. Entonces fui restituido en mi cargo por órdenes expresas del citado general.

La corta y penosa historia de mi destitución y pronta restitución en el mando, muestra la poca importancia que nuestras oficinas, manejadoras del erario, daban a las órdenes de pago que se giraban a favor de los mexicanos que viajábamos al extranjero. Con esto se exhibe un botón de muestra, y se sabe cómo la Secretaría de Hacienda ha trabajado sujeta a la pereza y capricho de una burocracia que, además de subyugar a sus víctimas, se convierte en el organismo más poderoso de la nación; porque solamente por pereza —en nuestro caso— retrasaba considerablemente el dinero para alimentación y gastos de tripulantes que iban al extranjero por órdenes del ciudadano presidente de la República.

Había dos cañoneros en San Francisco; el Querétaro, bajo mi mando, y el Potosí, ya quedó asentado que estaba bajo el mando del "simpático" y siempre alegre Cuauhtémoc Pérez, ya muy nombrado en estas páginas.





Teníamos dos meses de haber arribado a San Francisco y las órdenes de pago, por sobre- haberes, gastos y raciones no habían llegado. En el Querétaro no nos ahogaba la carencia: Se había comprado bastante provisión "seca": azúcar, frijol, arroz, garbanzo, y otros cereales. Una vez en el extranjero, se prestaba a oficiales y tripulación pequeñas cantidades para gastos indispensables, tomando de lo adquirido, correspondiente a dos meses adelantados, que nuestro pagador —con mucha habilidad— había sacado de la oficina fiscal en el puerto de Ensenada (un pagador *ad-hoc*a nuestro medio, para tantearse a los que se creían dueños de nuestros centavos).

Pero el Potosí era cosa distinta: no tuvieron la precaución de sacar presupuesto adelantado, o el pagador no era listo como el nuestro (José Azcoaga); y a los pocos días de arribar a San Francisco se vieron obligados a vivir del crédito que unos mexicanos, propietarios de una tienda proporcionaban. Cuando la situación era crítica puse un mensaje a Nueva York a nuestra oficina, dependiente de la Secretaría de Hacienda, en el que más o menos decía: "Una vez mas buques mexicanos en el extranjero, sin fondos, pidiendo fiado, causando lástima, en desprestigio de la Armada y de la misma nación".

El jefe de la citada oficina, de inmediato se dirigió a la Tesorería general en nuestra capital, quejándose por mi manera de expresarme. Transcribió mi radiograma a la Secretaría de Marina e inmediatamente por cable llegó mi baja del buque. Nunca habían estado tan activas las dos dependencias del gobierno. Con la velocidad del rayo llegó la sanción.

"La sentencia" fue activada por el oficial mayor, quien presentó el asunto al señor secretario que enfermó y de prisa pasaba de Acapulco por la capital para salir, de inmediato a San Francisco para consultar médicos especialistas. Él no se detuvo en estudiar el caso y consintió en que el cable que llevaba mi sentencia principiaba con

la frase consabida de "por orden del c. secretario", etcétera.

Cuando expuso mi caso al general, le mostré copia del telegrama causante de mi situación, diciéndole: "Mi general, comprendo que me propasé en mis expresiones, pero con ellas estoy diciendo la verdad". Como a él no se le había enterado bien del asunto, se extrañó al ver que en más de dos meses no se habían recibido fondos. Me dijo que no abandonara la ciudad y giró orden para que se me restituyera en el mando.

El ministro movía la cabeza lamentando ese sistema burocrático que nos exhibía como irresponsables en el extranjero.

Pero lo interesante del asunto era que se necesitaba un caso penoso como el provocado por mí, para poner de manifiesto que ese retraso infame de trámites, no obedecía mas que a desidia e ineptitud de los empleados de Marina y principalmente de Hacienda, puesto que el mismo día que volvía yo a tomar el mando, o sea, corno a la semana de haberlo entregado, me encontré a bordo con que las ansiadas órdenes de pago habían llegado tres días antes. Con esto, el general Jara volvió a menear la cabeza y no le quitaba la vista al papel que nos libraba de seguir pidiendo prestado en el extranjero.

Esto de la lentitud en el trabajo en nuestro sistema burocrático, es una lacra nacional, pues no nada más es en la Secretaría de Hacienda donde se lucen los servidores del gobierno, haciendo lujo de ineptitud; me atrevo a decir que en todas las dependencias sucede lo mismo. He asentado antes que desde los tiempos en que era oficial, experimenté esa pena de esperar demasiado una orden de pago, y en muchos casos se ha tenido que pagar a coyotes para gestionar los trámites. Pero junto a esto, también puede citarse un caso de actividad sorprendente: aconteció en las postrimerías de mi carrera, cuando estaba de agregado naval en Washington, que, como de costumbre, cuando partí a



desempeñar mi comisión lo hice 21 días después de mi nombramiento debido a la consabida lentitud de trámites. Por esos días estaban varios oficiales haciendo cursos, y con todos pasaba lo mismo, en cuanto a retraso en trámites de pasaje, y, después la expedición de las órdenes para cobro de sobrehaberes. Sucedió que el yerno del ministro de Marina, llegaría como ayudante, acompañado de otro compañero suyo. En tal ocasión, y como caso único en toda la historia de estos penosos sucesos, las susodichas órdenes llegaron adelantadas. Entonces ¿qué había pasado?; pues que cada empleado por cuyas manos pasaba el asunto, se afanaba en correr, recomendar, preguntar, recoger firmas y mil gestiones más, tanto en Marina como en Hacienda, para no perder de vista ese trámite, seguirlo, ir jadeante tras de él hasta su final. Se trataba del yerno del ministro. Al oficial yo lo aprecio bastante por sus cualidades de manera que me pareció muy bien que el joven oficial y su familia no penaran; mas, al contemplar ese caso de actividad burocrática inusitado, me decía que pueden hacerse las cosas con la velocidad del rayo, como —sin lugar a dudas— se activan los trámites para gastos de viaje, viáticos, y demás que se erogan para los allegados a la presidencia de la República y a los ministerios, que entregan por adelantado. Los paniaguados se pasean por el mundo entero siguiendo al mandatario y no pasan apuros para coger lo que les va a servir para sus erogaciones en el extranjero. ¿Por qué no se sigue el mismo procedimiento con los demás, que van a cumplir con una misión y siempre con más dignidad que los coleros? Entre estos hay de diferentes jerarquías pero todos conocidos por la misma "divisa". En restaurantes y, sobre todo, en cabarets, se comportan como viles rastracueros, dando propinas que en ocasiones ascienden a cantidades mayores que los gastos de hospedaje. Eso es lo que los españoles peyorativamente llaman: "hacer el indio".

Se me quitó una angustia cuando recibí nuevamente mi barco en San Francisco; yo era feliz con el mando a flote y seguramente me habían sentenciado a ocupar un escritorio después de tenerme en disponibilidad. De no haber intervenido el ministro, hubiese tenido que acatar la disposición en todos sus puntos, la cual decía más o menos: "Por motivos disciplinarios, entregue usted el mando al teriente de navío Ramón Sánchez Mena y al causar baja marchará al puerto New Port, California, y se incorporará a la comisión de oficiales que se encuentra en dicho lugar con motivo de la reparación de los guardacostas tipo "20".

¿Con qué objeto? —me preguntaba yo—. Todos los oficiales que estaban en New Port tenían sus puestos en los barcos, de manera que yo no llegaba a tomar el mando de ninguna de esas pequeñas naves, sino como un simple agregado, como un huésped para alojarme en alguna de las unidades. Mi categoría era de jefe y mi situación sería la de arrimado entre puro oficial. Esas cosas confusas, difíciles y penosas para las víctimas, eran la especialidad de los jefes de esa época, y las padecíamos quienes no éramos sumisos. Perdíamos la partida porque, incomprendiblemente, aquéllos eran consecuentados y muy considerados, por don Lázaro Cárdenas y por don Heriberto Jara. ¿Por qué no mejor se le procesaba a uno, para poder sacar a la luz pública tanta injusticia de jerarcas uniformados, en concierto con una burocracia inepta que nos tenía pasando apuros en un país extranjero?

San Francisco, donde en 1943, ya estaba el famoso puente de Oakland, era una belleza. Me atrevo a decir que es algo único en el mundo la inmensa bahía rodeada por dicha ciudad, la de Oakland, Berkeley y contribuye a completar el cuadro, la ciudad de Alameda. En esta última estaba el astillero de la Bethlehem, donde se reparaba el barco bajo mis órdenes.

En Alameda nos encontramos con gente muy fina de la colonia mexicana, un grupo re-



ducido de familias distinguidas, de profesionistas y comerciantes. En Oakland había una tienda de una familia Cobián, que era como nuestro consulado. Tenían un negocio próspero, con la particularidad de que en una sección se expedía toda clase de alimentos para preparar comida mexicana. Otra parte estaba destinada para hacer tortillas de maíz. Seis mujeres manejaban máquinas, y cuatro torteaban a mano. Eran mexicanas de pura sangre, unas que ya vivían ahí desde pequeñas y otras llevadas ex-profeso desde México. Tortilleras auténticas. El señor Cobián, hombre bondadoso en grado extremo —un verdadero socialista— pagaba a sus tortilleras el setenta por ciento del producto líquido y él se quedaba con el 30 restante. El matrimonio Cobián se hacía cargo de los chiquillos mexicanos que quedaban huérfanos, y como tenían descendencia, recogían muchachos a montones. Varios que crecieron al lado de los filántropos esposos, andaban combatiendo contra los japoneses; unos no regresaron y esos ejemplares padres adoptivos tenían, con orgullo, las “estrellas” que acostumbraban colocar en las ventanas las familias a quienes les mataban hijos en la guerra. Aunque los Cobián no se nacionalizaron norteamericanos, los muchachos sí lo eran por ley, y la gran obra de caridad, caminaba a la perfección sin que algo rompiera la armonía entre hijos gringos y padres mexicanos hasta la médula de los huesos.

El multicitado matrimonio había principiado, por los años veinte, con un negocio de tamales; después siguieron con tortillas de maíz, renglón con que fueron mejorando, al grado de que en los días de la guerra (1942), enviaban diariamente —por ferrocarril y autobuses— docenas de cajas con cientos de tortillas, a diferentes lugares de California y estados circunvecinos. El edificio donde fueron ensanchando su negocio lo compraron cuando aparte de tener todo lo que consume un mexicano, también expedían cualquier otro comestible. El negocio no era una gran tien-

da, pero tampoco un estanquillo modesto. Su particularidad consistía en que: aguacates, chicharrón, chiles, nopales y toda esa comida con que podíamos comer unos sabrosos tacos, ahí lo teníamos.

El señor Cobián, sencillo y noble trabajador en la vía y estaciones, no tuvo estudios; sin embargo, se atrevió a tomar una hora por su cuenta, en una estación radiodifusora; la hacía de locutor y era bastante ameno. Transmitía música mexicana, su hora la esperaban con entusiasmo, no solamente los mexicanos que vivían en esa región, sino toda la gente de habla castellana. Es bien sabido que en ese lugar de Estados Unidos, tanto como en Los Ángeles, hay gran cantidad de familias arraigadas desde que era suelo dominado por los españoles, y no pierden el idioma. Por esos días eran admiradores de la música de Manuel M. Ponce, de Tata Nacho, y de los demás autores mexicanos contemporáneos. Cobián siempre condescendía con los solicitantes de las canciones de la Revolución: la Adelita, la Cucaracha y la Valentina.

La famosa cantante mexicana Mercedes Caraza, tenía una misión como de embajadora de la música, o algo así. Solía llegar a California y en el caso de Oakland, cantaba usando la hora del señor Cobián. En una ocasión, estando yo en la tienda con unos mexicanos oyendo a doña Mercedes que cantaba Estrellita, la transmisión fue interrumpida. Un muchacho norteamericano, que era el técnico de la estación, se dio el lujo de proporcionarnos ese disgusto, sin previo aviso al señor Cobián. Las protestas de radio oyentes no tardaron. El propietario de la transmisora pidió disculpas, ofreciendo que la señora Caraza volvería a cantar. Se trataba de un mal entendido por parte del técnico, quien, creyendo que la canción era una que estaba en litigio, había cortado la transmisión. Mas bien, el bribón era un mal intencionado que merecía se le hiciera pedacitos. El citado propietario de la estación,



dio una reprimenda al estúpido imprudente y doña Mercedes cantó al día siguiente su "Estrellita de lejano cielo". Pero el incidente no dejó de molestarnos; yo sentí el coraje que habla sentido en Nueva Orleans en 1925, cuando con otros dos compañeros nos metieron a la cárcel, y el que sentiría en 1945, al ver que los empleados de aduana hicieran sentir a uno la prepotencia de un país poderoso.

Por lo demás, el ambiente que vivíamos en esos días era excepcional. En la calle, un 50 por ciento de la gente estaba uniformada. A pedimento del distrito naval, y por conducto de nuestro consulado, a través del agregado naval, que de Washington se había trasladado a San Francisco, se nos hizo saber sobre la conveniencia de portar el uniforme en la calle, todo el tiempo, hasta en horas francas. Con esto resultaba hasta penoso el recibir por todas partes atenciones con cualquier motivo. En los cines y otros espectáculos, se nos devolvía el dinero en la taquilla. Cuando por cualquier circunstancia quedaba uno parado en una esquina, esperando un taxi o el paso de vehículos para cruzar la bocacalle; sobraba quien parase el suyo, ofreciéndose a proporcionar transporte. Sobraban invitaciones para marinos; en algunas ocasiones se nos invitaba tratándose de atenciones para los militares de tierra, y siempre cuando el agasajo era para todas las fuerzas armadas. Las muchachas "enlistadas", las "waves" de la Marina y las "waxs" del Ejército, derramaban belleza; eran quienes atendían; algunas habían regresado de las islas del Pacífico, habían estado en el Teatro de la Guerra, y eran la gente más sencillas y amable con quien podía uno pasar encantado horas enteras tratando de hablar inglés. Era desconcertante ver que junto a la malcriadez de un estúpido empleado de una estación radiodifusora, que se solazaba en hacer pasar un mal rato a todos los radio oyentes mexicanos, había miles que se esmeraban en sus atenciones.

En las calles, por las noches, había un desorden tremendo: a los jóvenes uniformados de la clase de tropa se les permitía todo. La avenida principal y las adyacentes, donde abundaban los bares, se encontraban saturadas de soldados y marineros. Armaban juergas, rodaban por el suelo a media calle y la policía militar intervenía en pocas ocasiones. O sea que el militar a quien le esperaba enfrentarse al enemigo, era un niño mimado a quien se le permitía divertirse y darse gusto aunque fuera a base de escándalo.

Hice amistad con una muchacha divorciada llamada Beatriz O'Shonnsy, la conocí en una tertulia organizada para jefes. Éramos como un centenar, desde generales hasta los de menos jerarquía, entre los que estaba yo. Había comandantes de escuadrillas, comandantes de destroyers, de submarinos, jefes de secciones de los Estados Mayores y agregados navales. Había de varias nacionalidades; chinos que esperaban la entrega de unidades a flote. Las edecanes parecían escogidas; la que me tocó en suerte era de las más bonitas; su trabajo en esos días era, dar clases de inglés a los chinos y a los hispanoamericanos que, para tal fin, se encontraban haciendo el curso en la Universidad de California. Beatriz medio hablaba español y se empeñó en que le debería enseñar, porque le gustaba la forma en que yo lo pronunciaba, decía que lo cantaba. Entonces me ponía a pensar que si ella hiciera un viaje a la capital de México y se diese una vuelta por Tepito quedaría maravillada.

Me encantó la compañía de esa muchacha, que con entusiasmo me llevó a conocer la Universidad. Comí con los profesores y, como por esos días mi primo el licenciado Rodolfo Brito Foucher era rector de la Universidad de México, esto me sirvió para que me trataran con deferencia. La chica me llevaba de arriba para abajo y en una ocasión me dijo: Yo como Beatriz, te llevaré hoy por los infiernos que son las calles de San Francisco. ¡Caramba!, exclamé, veremos a Quirón y



Neso entre esta confusión de soldados, y golfitas que tan sanamente se divierten". Y continuaba: "Sinceramente me agrada este desorden; es mucho mejor que cualquier círculo del infierno del Alighieri".

En Alameda estaba un médico mexicano, con muchos años de residencia en el mejor hospital. Se llamaba Arturo Guerra. Como desde muy joven se encontraba allá, donde hizo sus estudios, él admitía que le llamaran Arthur. Su esposa —en segundas nupcias— era una muchacha muy guapa de Jalisco, con quien hacía una pareja envidiable. Amables y hospitalarios, los Guerra nos propusieron que tomásemos clases de inglés (gratis) en la "Escuela Preparatoria" de la pequeña ciudad; lo que del mil amores aceptamos. Como el grupo tenía que ser de nueve por lo menos, escogí a ocho de mis oficiales, pero Cuauhtémoc Pérez se presentó con todos los de su barco y como con 50 marineros formados de cuatro en fondo.

Cuando vi ese desmán me sentí perplejo. Sabía, desde el primer momento, que no se iba a sostener la formalidad de que 70 u 80 individuos asistiesen diariamente. Además el condado había autorizado solamente a una profesora y yo, consideraba indebido, por todos conceptos, meter en un salón de clases a comandantes y oficiales revueltos con marineros. Entonces, a pedimento mío, pusieron otro profesor. De manera que, por un lado quedaríamos oficiales de ambos barcos con una profesora y por otro, la marinería del Potosí.

Mi contrariedad no la ocultaba, diciéndole al Tejón, que era desordenado para todo. Se había presentado del brazo de una señora mexicana a quien pretendía, y con risa cínica me decía "Tú no te fijas, aguanta", pasándome la mano por la cabeza. No era la primera ni la última vez que me hacía ver mi suerte; desde el viaje de España en los guardacostas había hecho de las suyas.

El resultado fue que antes de cinco días ya habíamos quedado la mitad de los oficiales, que

éramos los del Querétaro y el médico del Potosí; los marineros, por supuesto, dejaron de asistir todos.

Pero los del grupo de subsistió no llegábamos a nueve, número mínimo para que el condado pudiera sostener un profesor. El grupo quedó incompleto porque el pagador salió para México.

No tenía yo donde meter la cara cuando el Principal (el director), un joven muy correcto pero de palabra enérgico, me decía que el Condado no podía permitir que se continuara con las clases. Le aseguré que aumentaríamos el número de asistentes, y convencí al nuevo pagador para aumentar el grupo.

Alameda es un lugar muy chico y, como en todas partes, en el pueblo cualquier cosa es novedad. De todo este llo de la Escuela se enteraron los vecinos. La profesora, señorita Stockwell, había propalado que nunca había tenido un grupo tan adelantado; que los mexicanos éramos de una inteligencia excepcional. Todas nuestras amistades del lugar nos hacían el comentario. A la señorita Stockwell no se le ocurría pensar que éramos un grupo de profesionales que habíamos estudiado algo de inglés en nuestra tierra. Ella había tratado con marineros y pescadores de países orientales que no habían oído una palabra de inglés.

Todo eso nos agradaba y éramos el platillo del día. Ella, la señorita Stockwell, nos decía: "I am proud" (estoy orgullosa), y esto me va a dar prestigio de buena profesora. Era un encanto la vieja, muy distinta a la mayoría de las norteamericanas profesoras que no les gusta oír en su clase más que el idioma que imparten. Ella nos pedía que le enseñásemos palabras del castellano.

De mucho nos sirvieron las clases de esa señorita vieja, ya que en el astillero podíamos entenderlo bien con los ingenieros y capataces, cuando todavía llevábamos poco tiempo de estudiar. Esta gente también se mostraba admirada de nuestro adelanto en el idioma.



Cuando quedaron listos los barcos, salimos a pruebas. El Querétaro dio una velocidad de 16 nudos. Magnífico estaba el asunto, pero no sería por mucho tiempo esta bonanza —eso lo temíamos—, ya se habían hecho reparaciones costosas cinco años antes que de nada sirvieron, las turbinas y calderas estaban muy dañadas y era una miseria lo presupuestado para mantenimiento, y a esto había que agregar la falta de algunos de nuestros maquinistas. Lo cierto era que los engranes de las turbinas habían quedado dañados. La solución era simple y sencilla: cambiar la maquinaria completa...

Había por entonces un inspector general de la Secretaría, el capitán de navío maquinista naval, Raymundo Hernández Fuentes, hombre que conocía bien su profesión. Había sido el jefe de máquinas del transporte Progreso cuando llegamos recién salidos de la escuela a ese barco los de mi promoción. En Alameda fungió como inspector, y pudimos ver que a los ingenieros y capataces norteamericanos les rechazó muchos trabajos, demostrándoles que estaban mal hechos. Le tenía yo especial estimación a don Raymundo Hernández. Cuando algún jefe de máquinas no respondía y, como consecuencia de su incapacidad, el barco quedaba inactivo, ameritando la presencia de la inspección, me dirigía a la superioridad exponiendo que, para tener la certeza de una buena reparación, veía la conveniencia de acudir al citado jefe, precisamente a él.

La Armada tenía muy buenos oficiales entre la gente de máquinas, yo les llamaba: "nuestros heroicos maquinistas", por que suplían, con puro esfuerzo, la falta de recursos materiales; pero no faltaban los inútiles, que por la condescendencia y nuestra atávica mala organización, iban de la mano con los buenos. A esos malos elementos, que por inercia ascendían y llegaban a tener jefaturas de máquinas, era a quienes atornillaba el gran Turco Hernández, y fue con esos buques españoles, donde hubo mucho que batallar y donde el citado

jefe puso en evidencia a más de media docena de ineptos, que algunos, al causar baja, fueron a Petróleos Mexicanos; pero a esta empresa llegaron unos que dejaron bien plantada la Bandera de la Armada, como sucedía con la generalidad de los que iban a la Comisión Nacional de Electricidad; los chambones pasaban desapercibidos, al fin y al cabo Petróleos era una empresa estatal —como sigue siendo— desordenada, ya que mandaba a zapateros y hortelanos a los barcos, para que sirvieran como marineros o camareros. (Se hacía en los días en que fui capitán de un buque tanque. Probablemente eso ya se haya superado). No faltó un maquinista pésimo procedente de la Armada, que echó a perder una caldera y a menudo era culpable de que se quemaran cojinetes de las máquinas; a la vez que los buenos prestigiaban al cuerpo de donde procedían, sobre todo en el aspecto de disciplina dentro del trabajo, sentido de responsabilidad y lealtad a la "empresa petrolera", que no sabían apreciar los mandones de la misma, acostumbrados a disimular toda clase de deslealtades.

Siguieron gravitando sobre el presupuesto de la Armada algunos de aquéllos a quienes atosigaba el jefe Hernández y, como en nuestro país no hay selección, algunos llegarían a los grados más altos. Hay quienes no se sienten apenados porque les digan "mi almirante", aunque su actuación durante su carrera haya sido echar a perder calderas. Pero, es que me la he pasado, a lo largo de mis apuntes, alabando a nuestros heroicos maquinistas navales. Los he admirado y los he querido. Lo que no me parece bien, es el engaño que les han hecho, con ese apodo de almirantes.

### *Retorno a nuestras aguas*

La despedida de San Francisco Oakland y Alameda fue triste; las personas que trabajaban con el señor Cobián torteando se habían hecho de



su marinerito. A éstos les gustó el cambio de vida y, al poco tiempo del regreso a aguas mexicanas, según iban cumpliendo su contrato retornaron para aumentar el inmenso número de mexicanos que ya no caben en el país vecino. Pero no a los Estados Unidos. Ellos no irían de braceros, tenían respaldo, sus indias tenían cuenta en dólares para cubrir cualquier fianza. ¡Cuántos habrán nacido, ya de nacionalidad norteamericana, en esa fea ciudad de Oakland, como resultado del viaje de tres cañoneros para reparaciones! ¡Cuántos de ellos estarán, ahora, levantando el brazo con el puño cerrado como protesta de ser víctimas de la discriminación chicana! ¡Cuántos morirán en Corea y en Vietnam!...

Llegamos de regreso a litoral mexicano por el mes de agosto de 1943. Reanudamos nuestra tarea de transportar contingentes que se relevaban en Baja California. El lugar a donde más se arribaba era a Puerto Cortés.

En una ocasión se llegó a la entrada de la Bahía Magdalena a las tres de la mañana. Había ligera neblina, las nubes bajas tapaban los cerros que podían ayudarnos en las marcaciones para la entrada hasta el muelle; (los dos hermanos, se llamaban dichos cerros). Los faros, se habían apagado desde que entramos a la guerra. Lo indicado parecía fondear, pero recordaba la impresión tan desagradable que me había causado la actitud del comandante del Guanajuato en 1939, cuando por una ligera neblina fondeó casi a la entrada de la bahía, y obligó a don Lázaro Cárdenas a llegar en una lancha a la base naval, hecho una sopa.

El marino debe tomar todas las precauciones posibles, pero a la vez debe tener conocimiento y arrojo para que dichas precauciones no sean decisiones absurdas. Además, en mi caso, se trataba de un viaje especial para llegar a Manzanillo en determinado día. La salida había sido de Ense-

nada, y la recalada a Margarita era obligada para dejar un cargamento de víveres.

Atenido al conocimiento que ya tenía del lugar, repetí lo que ya había hecho en ocasión anterior, aunque con un poco más de visibilidad. Me pegué<sup>1</sup> cuanto más pude a la punta sur de la entrada para poderla ver bien, y verificar la exactitud de nuestra posición. Dejé dicha punta por la aleta de estribor, poniendo proa rumbo al "este", y navegando una hora a ocho nudos, para librar el peligro de un bajo llamado El Caballo. En el punto de las ocho millas se cayó a estribor para poner rumbo, más o menos, al sureste; pero como hacia el "este" se encontraban otros bajos, el momento de cambiar rumbo hubo de ser oportuno. No debía caer con brusquedad y mucha confianza, porque entre el lugar alcanzado y el fondeadero de la base naval, quedaban otros bajos. Era cuestión de seguir por un canal bastante amplio, pero que con niebla se le hace — al marino— estrechísimo. Así se siguió a poca máquina, usando la sonda para ir verificando el fondo, y a la vez consultando la carta (portulano), se fue enmendando a una y otra banda llevando la garantía de que en cualquier momento apurado podía fondearse, dado el bajo fondo que hay en el canal.

Obrando con toda precaución, buscando la misma profundidad, sin cambios bruscos del rumbo, se logró quedar en un lugar que consideré era el indicado, dando fondo al ancla. Al estrépito de la cadena que fue oído en toda la zona naval hubo alarma, por lo ordené que de inmediato se prendiesen las luces. Como ya principiaba a disiparse la neblina, se dejaron ver, en forma borrosa, el edificio de la comandancia y las casas del frente. Ya una gran cantidad de curiosos estaba en el muelle y sus inmediaciones.

A la amanecida vi que no había necesidad de enmendar fondeadero: hablamos quedado

<sup>1</sup> Acostumbramos los marinos a hablar en primera persona, cuando se trata del barco ("me pegué": hacerlo con el barco).



en el lugar preciso donde se acostumbraba fondear.

Abandonamos la isla zarpando en noche oscura, en procura de arribar a Manzanillo oportunamente, donde se embarcaría de inmediato tropa e impedimenta con destino a Ensenada. Una vez terminada esta operación, habiendo dejado el contingente para repartirlo en diferentes puntos de la península, volvió a zarpase en recorrido de vigilancia. Se recorría la gran bahía de Sebastián Bizcaino cuando se interceptó un radiograma que nos hizo arrumbar hacia un lugar llamado "Bocas de Santo Domingo". Habían encallado cinco barcos norteamericanos. Llegamos forzando máquinas a dicho punto y encontramos que dos barcos habían podido desencallar con su propia máquina, los que continuarían navegando hacia el "norte". Un remolcador norteamericano, poderoso, hacía el salvamento de otros dos, y uno sería abandonado. Cuando llegamos, ya no eran necesarios nuestros servicios; pero esto nos dio oportunidad de ver que nuestras costas eran recorridas por embarcaciones perfectamente equipadas para detectar submarinos y arrojar cargas explosivas de profundidad.

Esto nos sigue dando oportunidad de ver nuestra realidad. En el momento preciso no contábamos con unidades *ad-hoc* para nuestra defensa, y de acuerdo con las circunstancias así obraban nuestros vecinos. Y esto nos dice que si en un futuro próximo, o lejano, se presenta el momento de actuar en una defensa contra ataque a países de nuestro continente, y nosotros seguimos con nuestra política absurda de adquirir solamente lanchas para vigilancia de pesca, con esto estaremos admitiendo anticipadamente una invasión de nuestras aguas, probablemente de nuestras islas. A esto deben prestarle atención nuestros presidentes, y los medrosos consejeros de Marina, que no se han atrevido a hacerles ver que su política en los asuntos del mar, ha venido siendo equivocada, absurda.

El desafortunado comandante, jefe de la flotilla "barredora" de nuestras costas, me invitó a comer a su barco, que fue el menos dañado. Me enteré de que era gente de la Reserva, con conocimientos indispensables para la misión que se les encomendaba, y les faltaba la experiencia del marino profesional.

Es verdad que muchos marinos de carrera dejan embarrados los barcos en los bajos, pero es que en la mar todas las precauciones que se toman, son pocas para tener la nave segura contra todo peligro, y éste se torna eminente cuando hay poca experiencia por parte del que manda. Por eso los profesionales del asunto, que se pasan la mayor parte del tiempo de su carrera en las oficinas, estados mayores y embajadas, moviendo barcos desde el escritorio, esos, los muy estudiosos de la geopolítica, cuando los embarcan, son nulidades a bordo, y eminentemente peligrosos en el puente de mando de un barco. Como tampoco saben mandar un batallón, una brigada o un regimiento los generales que, como sabihondos se la pasan en las escuelas superiores, o los que llegan al generalato cuidando las espaldas del presidente de la República en días de informes y recepciones.

Por los últimos meses del año, el Estado Mayor quiso organizar unas maniobras navales. Mi barco estaba en constante entrenamiento marino, y artillero de preferencia. Sin modestia y con gran satisfacción decía yo a mi segundo: "Haremos pedazos el blanco".

Entrarían en las maniobras, tres cañoneros y ocho guardacostas. Estos habían aumentado su número en ese litoral del Pacífico, con el aciago viaje que cuatro unidades habían hecho desde Veracruz, con motivo de la ruptura de relaciones con Japón; y, gracias a que se dieron cuenta de su estado les habían hecho reparaciones en New Port, California. De manera que estaban los barquitos, en esos días, de las maniobras mucho mejor que cuando habían llega-





do del Golfo. Hay que hacer resaltar esas penosas situaciones con que a lo largo de nuestra carrera nos enfrentábamos. ¿Cómo era que el Ministerio de Marina había girado órdenes para que los buques zarparan y navegaran de uno a otro litoral, cuando los abnegados comandantes, y sobre todo los maquinistas, se echaban a buscar, en el Arsenal Nacional de Veracruz, entre el montón de fierros viejos unos pedazos de acero para adaptarlos, mediante ajuste, a las distribuciones de los motores? Si era muy tomado en serio el asunto de la guerra, si se pensaba en que unas pequeñas unidades armadas podían servir, ¿por qué no haber adquirido algo mejor con mucha anterioridad y por qué no haberles dedicado una buena parte del presupuesto?

En caso de guerra hay que movilizar elementos pero estos son "barcos de línea". Los necesitamos para que no nos ultraje un presidente Idigoras. El loco guatemalteco sabía que México tenía como timbre de orgullo gastar gran parte de su presupuesto en educación, pero para Marina y Aviación, nada. Esa cantilena de que miles de millones para la docencia nos la han alabado personajes extranjeros es chocante; todo es demagogia. Esa política es de políticos ignorantes de lo que nos puede suceder si no se presta más atención a la flota.

Por inercia, desde el tiempo de Obregón se ha prestado poca atención a la Marina y la Fuerza Aérea. A las armas de infantería y caballería se les ha tenido más en cuenta, pero de todas maneras, el presupuesto de guerra —digamos mejor "de defensa"—, no ha sido suficiente ni en el sexenio bajo el mandato absoluto de su presidente Echeverría, quien ha soltado más dinero que sus antecesores, aunque siguiendo un plan caprichoso y mal vigilado, consecuencia de tomar en cuenta a los uniformados políticos en turno, y no consultar a los experimentados, a

quienes, como cosa obsoleta, se les tiene olvidados. Pero esto es debido a que los ministros uniformados no han sido hombres de valía, y no sabemos qué opinar, si los Amaro y los Amarillas eran preferibles aunque no hubiesen leído a Clausewitz, Giambardino Carrero Blanco y demás clásicos de la guerra.

Pero volviendo a nuestras maniobras en Acapulco, viendo yo como aspecto principal el tiro naval, se tenía como supuesto táctico, impedir un desembarco en la costa de Guerrero. Propuse que un guardacostas remolcase un "blanco" y les pareció, a los dirigentes, una temeridad; se le podía "pegar por equivocación al remolcador". Entonces tuvimos un blanco a la deriva. Esto ya lo habíamos hecho en Guaymas, nada mas que en tal ocasión, fueron autorizados tres disparos con cada pieza de artillería, ¡ridículo!.

En el Querétaro teníamos la seguridad de no haber peligro en caso del blanco remolcado, pero a la postre pensé que sería mejor no pensar ya en el remolque, ya que del entrenamiento de los artilleros de los otros dos barcos no podía yo responder.

El general Jara iba a bordo de mi barco que era el Insignia. Cuando terminó el tiro que se hizo a 4 mil metros de distancia, me felicitó por haber caído, las salvas, muy cerca del blanco, o sea, que de haberse tratado de uno con una longitud mayor y más altura, seguramente se hubiesen tenido impactos sin embargo, no estuve muy conforme con el resultado porque a la distancia que se tiró y con lo entrenado del personal, el asunto estaba como para haber desaparecido la pantalla que ni siquiera la movía el viento.<sup>1</sup> El tiro de los otros barcos fue incompleto y los "piques",<sup>2</sup> se vieron a mucha distancia del blanco.

Invité al general a presenciar un tiro nocturno. Se interesó mucho. "Pero ¿no habrá peligro?,

<sup>1</sup> *Pantalla*: el blanco.

<sup>2</sup> *Piques*: lugar en que cae el proyectil, y la columna de agua que levanta.



me preguntó. Le expliqué: "el ejercicio lo hacemos sin proyectiles, solamente se cargan los cartuchos para salvas sin proyectil. Se trata de echar a andar el conjunto al tener la seguridad o sospecha de un enemigo cercano; y al prender nuestro proyector en determinada dirección, en la misma deben encontrarse apuntadas las piezas de artillería, que abren el fuego a discreción poniendo las alzas en cero. O sea, "tiro rasante", alcanzando unos 2 mil metros con cañones de 101.6 mm.

Continuaba mi explicación al ministro, diciéndole que, en los combates navales, la unidad que daba la sorpresa por la noche era el destructor (destroyer), acercándose cautelosamente al enemigo para lanzar sus torpedos a corta distancia.

De esta clase de encuentros se dieron estos en la Primera Guerra Mundial, como fue en la noche del treinta de mayo de 1916, cuando el terrible encuentro entre las flotas inglesa y alemana frente al Skagorack llamado "Batalla de Jutlandia". Para defenderse de esos ataques sorpresivos nocturnos, cuando no se pensaba en los aparatos detectores, se tenían —antes de cualquier otra cosa— a unos observadores expertos con potentes prismáticos, en varios puestos, y no faltaba algún indicio que, aún en la noche más oscura, se hiciera notar la aproximación del enemigo.

En nuestro ejercicio designé a un guardacostas, el cual saldría del puerto después de nosotros, señalándole una derrota. Ambos buques navegarían completamente apagados: Recomendé al comandante de dicho guardacostas, que de vez en cuando prendiera, por un segundo, la luz de tope<sup>1</sup> y nosotros contestaríamos a la señal de "enterados" en la misma forma, al fin y al cabo era simulacro y una trampilla de esa naturaleza era permitida. El caso fue que se interpuso un barco

pesquero que, con el movimiento de los toldos, o de las velas, se vio en forma intermitente, la luz de su única linterna, y hubo una confusión. Había comisionado a un guardiamarina, portando unos prismáticos, para que no perdiera de vista al guardacostas que, como antes se asienta, saldría del puerto inmediatamente después de nosotros. Cuando creíamos tenerlo cerca, se dio la orden de orientar el telémetro en dirección del supuesto enemigo. El telemetrista dijo estar viendo el objetivo (una sombra). Con el movimiento del telémetro al orientarlo, funcionaron automáticamente los transmisores, e hicieron moverse las agujas receptoras de los cañones y del proyector. Los sirvientes de alzas en estos puestos accionaron las agujas movidas mecánicamente para seguir a las eléctricas. Con esto dieron movimiento a los anteojos de las alzas en determinado sentido. Aquí tocaba a los apuntadores continuar la secuela consiguiendo la orientación de las bocas de fuego hacia el objetivo, y cosa semejante se hizo con dicho proyector. Una vez todo alineado, al dar la voz de "Prender" se encendió el proyector, y el presunto enemigo no apareció, pero al instante los cañones tronaron a discreción apuntando a un barco pesquero. Se nos había cambiado el blanco. El guardiamarina había confundido la luz del citado barco pesquero con la intermitente del guardacostas. Mal lo había hecho el guardiamarina Montejo en su sencilla participación, y cuando ya dábamos por perdido al citado guardacostas, éste, que nos había estado haciendo señales sin ser vistas, se nos acercó a corta distancia. Entonces se reanudó el ejercicio, que a mí me hacía gozar aunque solamente fueran salvas de pura pólvora negra, estopa y brea. El cuerpo se enchinaba; "Alto" era la orden que recibía el sirviente del proyector, para que de inmediato apagaba y, simultáneamente cesaba el fuego. Cuando el blanco daba la ciaboga, maniobrábamos para seguirlo, cayendo a la banda contraria

<sup>1</sup> *Tope*: extremo superior del palo del barco.



para evitar una colisión. Según la posición en que quedábamos respecto a aquél, se aumentaba máquina, o se disminuía. En el momento convenido, de nuevo se daba la orden de "prender", y se reanudaba el fuego a discreción. El cañón de salva (57 mm.) de calibre, se habilitó para simular el fuego. De manera que eran cuatro bocas de fuego las que apuntaban al blanco y al sonar producían un efecto excitante. En conversación con mis oficiales, exponía que en este caso de combates nocturnos, el que lleva siempre la de perder es el barco al cual se le acerca el destructor, a menos de que haya mucha vigilancia por gente experta, no como el caso del guardiamarina que perdió el blanco, de quien después me dijeron sus compañeros, que era medio cegatón. Cuando el alevoso "cazador", el destructor, es descubierto y es alumbrado por los proyectores antes de que haga el lanzamiento de sus torpedos, irremisiblemente es hundido, ya que estos ataques son a distancias que para el tiro del cañón, puede llamarse: "a boca de jarro".

Quedé muy satisfecho con las prácticas, que para el general Jara era cosa desconocida, como lo era para la mayoría de los jefes. Ha sido la única ocasión en que se ha hecho un ejercicio nocturno, aunque incompleto. Pensaba que eso sería de mucho beneficio, y en verdad que lo era. El tronar del cañón enardece el ánimo de la gente —de los artilleros— que se sienten en su elemento. Y al respecto he dicho: "si se tienen barcos con cañones, para algo se adquirieron, y quienes los manejan, deben acostumbrarse al estruendo de esos juguetes de la muerte. Quienes solamente los pintan y pulen y se sienten satisfechos por su limpieza, son charros embarcados". ¡Ah! y tomar bien en cuenta que todavía faltan muchos años para que se arrojen las bombas atómicas; las armas convencionales se volverán a usar; a nuestros cañones les falta mu-

cho para que deben echarse al olvido. Cualquier pacifista, de sello totonaca, se escandalizará al ver que alguien trata con entusiasmo, como ahora lo hago, sobre fuego y estallido de los cañones, y cualquier demagogo de vestimenta socialista, verá con menosprecio a quien piensa que deben dedicarse, horas, días y años al estudio de la artillería, y preparación de quienes la manejen; pero estas gentes olvidarán, o no sabrán, que no dejamos de ser humanos; y aunque al hombre le horrorice el derramamiento de sangre, sigue un designio: se vuelve ejecutor de un plan siniestro, el cual, aunque parezca contradictorio, es parte de otro plan de infinita proporción —de orden cósmico— que solamente los grandes maestros de universo, pudieran explicar. Así como un juez condena a la horca o al fusilamiento, así como el verdugo oprime un botón para hacer funcionar la silla eléctrica que da muerte al homicida; así como el líder arenga a la multitud que cometerá desmanes por lo que muchos morirán en tumultos pero en aras de un mejoramiento social; de la misma manera, el artillero prepara y deja listo el conjunto mortífero que no es la obra de criminales sanguinarios que solamente desean matar humanos como si se matasen microbios; sino todo ello está dentro de un efecto resultante de una causa; causa susceptible de modificarse, y esto no está en manos de nuestros presidentes —insectos del cosmos— ni de los sociólogos, ni de los monarcas, ni de los seudorredentores socialistas, sino en las de eso que la mayoría de los hombres quieren ignorar y que se llama "evolución de la humanidad".

La artillería es arte, y ciencia, y como tal la tornamos cuando comprobamos su eficacia con el "centrado"<sup>1</sup> de nuestro tiro, pero sin pensar en la sangre que los disparos certeros hagan derramar, cuando aquél se efectúe, no en ejercicios, sino en las circunstancias para las que fue cons-

<sup>1</sup> *Centrado*: cuando en una salva, unos piques caen, a lado y lado del blanco (tiros cortos y largos).



truido ese conjunto perfecto de ingeniería mecánica. A las circunstancias de tener que matar, estará relacionado el diseño de cada una de las víctimas.

## *Subdirector en la Escuela Naval del Pacífico*

Poco después de haberse efectuado las maniobras en aguas de la costa guerrerense, hubo movimiento general de personal. Se me nombró subdirector de la Escuela Naval del Pacífico, que se encontraba en Mazatlán, Sinaloa. Esta Escuela había sido náutica, de la que egresaban oficiales para la Marina Mercante, pero con motivo de la guerra había sido militarizada en el año 1941. Se había implantado el sistema disciplinario que se llevaba en Veracruz, intentando ajustar el plan de estudios para que de los dos planteles se saliera con los mismos conocimientos. Esto último no pudo lograrse, debido a algo inexplicable. Desde luego, puede asentarse que ese fue el resultado del capricho de un señor que mandaba en esos días y sus allegados, muy medrosos, no se atrevían a hacerle ver su error. Esa anomalía la acogieron con beneplácito los que habían escogido la carrera de mercantes; principalmente los del último año que presentándoles en bandeja de plata la oportunidad de salir a la Armada habiendo cursado menos materias que los de la Escuela Naval, no tuvieron empacho en aceptar lo que se les proporcionaba sin haber pensado, nunca antes, en ser militares: cosas muy mexicanas.

La Escuela Náutica había tomado auge bajo la iniciativa del jefe de Marina Mercante, y el director, capitán Antonio Gómez Maqueo, hermano del jefe maquinista de la Armada. Ese auge fue por los años de 1938 y 1941. Consistía solamente en que tenían un gran presupuesto comparado con el de la Naval. Los muchachos, eran antimilitaristas. Dicho director, había causado baja de

la Armada en 1941, habiendo sido de los defensores de Veracruz, como oficial de la Escuela, pero no volvió a tener contacto con la Marina sino muchos años después, a su regreso de Estados Unidos donde hizo estudios que le proporcionaron cierta cultura, pero ya de marino nada tenía, y sus desplantes como erudito y caballeroso hombre de sociedad, no eran las cualidades que precisamente debería poseer para hacer un buen papel como dirigente de un plantel semimilitarizado.

Cuando en 1941 estaba yo como subdirector de la Escuela de Veracruz y la de Mazatlán dejó de ser mercante, me tocó enviar a ésta toda la documentación para que se principiase a trabajar con los mismos reglamentos y planes de estudio. Los de la Mercante habían sido inferiores por obvias razones, pero no se tomaron medidas para que esos jóvenes, que de "náuticos" pasaron a "navales", estudiaran un año más con objeto de que al salir de la Escuela, lo hicieran dejando pagadas las materias que estudiaban los de Veracruz.

Pero hay cosas inexplicables; a pesar de que los estudios eran inferiores en la Escuela del Pacífico; cuando en 1944 me tocó ir con ambas escuelas a un viaje de prácticas, los del cuarto año, de Mazatlán, observaban con el sextante, y trazaban rumbos; los del Quinto calculaban sus situaciones usando todos los métodos de navegación, dando situaciones por sol y estrellas; en tanto que los de cuarto de Veracruz nada sabían de esto, y los de quinto apenas se situaban con el método "sanit hilaire", usando las llamadas "tablas 200". ¿Por qué ese fenómeno? Yo me he hecho la reflexión de que el profesor de los primeros era muy competente y un buen didáctico, había navegado bastante, y sabía impartir su cátedra; era el oficial Federico Romero Cevallos; nativo del Guanajuato, que solamente hombres inteligentes dio a la Armada. —Romero daba a la vez astronomía y navegación—, controlaba a dos



grupos; en tanto que en la otra Escuela había un profesor para cada materia, pero ambos eran de menos capacidad que Romero, por lo menos, como profesores.

Todo esto nos dice que no había, como creo que a la fecha no haya, un sistema de elegir a los profesores, escogiéndolos por oposición. Lo acostumbrado de señalar a cualquier oficial como profesor, que durante el primer año de su docencia tenga que estudiar para ser como el alumno más adelantado del grupo, da mal resultado (excepción de la regla había sido nuestro maestro de química en Veracruz, doctor Rodríguez Mendoza). El profesor debe dominar la materia, y un improvisado debe esperar dos o tres años para dominarla, tiempo que duran en el puesto, y a veces menos; al ser relevados, lo más seguro es que el sustituto llegue en las mismas condiciones en que su Colega a quien releva.

De manera que, cuando llegué a tomar mi puesto en Mazatlán, llevaba la experiencia obtenida en Veracruz tres años antes. Ya el asunto no era el mismo; no había el mismo tren de trabajo. En forma que pudiera llamarse "subjetiva" se iban tramitando los asuntos de la vida de la Escuela y se iban resolviendo los problemas que se presentaban, de todo orden; no había espíritu creativo por parte de la Dirección, como no lo había en ninguna de las Direcciones de la Armada; y como tampoco lo había en las demás dependencias del gobierno. Todo era ir resolviendo lo que se presentara y nada más.

Principié a impartir la cátedra de artillería y tiro naval a los de quinto año, integrado por unos 15 cadetes; uno nicaragüense becado, tres que eran ya conocidos míos, por haber principiado en la Escuela de Veracruz en 1941, que por reprobados o mala conducta habían causado baja y, por gestiones habían pasado a la otra. Era cosa mal hecha, pero se permitía. Sin embargo, en este aspecto, también hay que observar otro fenómeno: Un joven de magníficos anteceden-

tes en cuanto a conducta y clase social de que provenía, salió reprobado en cuarto año, en Veracruz; en 1941 causó baja, me dio pena ver que tan buen muchacho no pudiera terminar la carrera y le aconsejé que gestionase entrar a Mazatlán, así lo hizo y le fue concedido. Siguió ahí sus estudios y se recibió al mismo tiempo que sus compañeros de Veracruz. Pasados los años, el individuo en cuestión, ha llegado a contralmirante, es diplomado de Estado Mayor, y tiene muy buena hoja de servicios, distinguiéndose por la manera de comportarse en todos los aspectos por los que pueda uno formarse buen concepto de las personas. Duré un año como subdirector en Mazatlán y me tocó llevar a los cadetes a un viaje de prácticas. Por ferrocarril nos trasladamos hasta Veracruz donde se reunirían las dos Escuelas. El subdirector de la de Veracruz era mi amigo, el capitán de corbeta Enrique Altamirano, que mucho gusto me dio encontrarme con él. Nuestro viaje por el Golfo de México iba a ser muy placentero. A la cabeza iría el director de la Escuela de Veracruz, era el ya ascendido a capitán de fragata, Gontran Chapital, el hombre que no llegaba a 1.60 m. de estatura pero estricto y justiciero. Tenía la cualidad de que le gustaba la seriedad dentro del servicio. En la época en que los norteamericanos tomaron Veracruz (1914); cursaba el segundo año en esos días, y reingresó poco antes de la reapertura de la Escuela (1919). Nos llevaba solamente un grado a los de mi promoción pero se comportaba como si nos hubiese visto nacer. Yo vela en él a un jefe que le faltaba conocimientos pero con la cualidad principalísima de que no le gustaba el desorden, y no hacía distinciones entre los que estaban bajo sus órdenes.

Me hice cargo de la instrucción marinera, haciendo a un lado un sinnúmero de papeles con horarios y disposiciones que Chapital preparó antes de salir al viaje. Cuando me los mostró, y vi que llenaban una mesa, le dije: "Me temo que este trabajo no nos sirva, porque no sabe-



mos con qué elementos se cuenta en el barco, ni conocemos de antemano las horas de salida y recalada a los puertos". Ahí principiaron los "jalones y estirones", tratando de cumplir lo mejor posible lo dispuesto por el director, a quien no había tenido la experiencia de llevar a bordo personal en instrucción. Se fue convenciendo de que el programa de las prácticas debía ser cosa flexible —cuestión de ir enmendando cada día—, lo cual requería una junta diaria con los instructores, para cambio de impresiones, proposiciones de enmiendas, tiempo de instrucción en determinadas actividades y sugerencias generales.

Como al oficial a quien, desde Veracruz, se había encomendado la instrucción militar, se le dio otra tarea especial, el director nos dijo a los subdirectores, que uno de los dos se hiciera cargo de aquélla, agrupando a las dos Escuelas. Dejamos a la suerte que señalase quién debería quedar con el compromiso. Esto sucedía en Tampico, donde permanecemos casi una semana, tiempo suficiente para formar cuatro compañías, acoplarlas y dejar el cuadro bien instruido; ya que por su lado cada escuela llevaba las prácticas de instrucción militar eficientemente. Con una moneda, echamos un "volado" y me tocó quedarme como jefe de la precitada instrucción y, por supuesto, comandante de la columna.

Como el despensero que llevábamos, era el clásico encargado del rancho que se venía acostumbrando en la Armada; gente que, si el jefe exigía, se daba bien de comer, y si este era desaprensivo, entonces aquél se aprovechaba y daba mala comida. Si el jefe le pedía dinero, lo largaba sin el menor reparo, racionando el "rancho", de acuerdo con las tarascadas que le daban de arriba. Como ese señor listo y bien conocido por mí, principió dando bien de comer y al poco tiempo el asunto fue desmejorando, fui a ver al comandante Chapital y le dije que yo sabía, lo que más o menos se podía dar por ha-

ber ido al frente de la Escuela en viaje anterior; que me permitiera el menú, para lo cual ya había bajado a los cuartos fríos a darme cuenta de los comestibles con que contábamos, y mi sorpresa había sido ver jamones, mantequilla, queso, salchichas y otros embutidos, que no habían aparecido en las mesas durante los días que llevábamos de viaje. Esto me hizo convertirme en el despensero mayor del barco. Chapital me dijo que le agradaba le ayudase en tal sentido. En la Habana se hizo provisión de "fresca": fruta, leche, legumbres, verduras y carne. Chapital me preguntó si no nos iría a faltar dinero en los últimos días del viaje. "No", le dije: al llegar de regreso a nuestras aguas. En todos los puertos de la península el pescado, la tortuga de carne blanca y carne de res son provisiones sumamente baratas, lo mismo en Progreso que en Campeche y Ciudad del Carmen. Aquí en el extranjero debemos aprovechar como deberíamos haberlo hecho en Nueva Orleans para adquirir las llamadas provisiones frescas.

El caso fue que a medio viaje iba yo bastante atareado: ya llevaba tres carguitos. Me quedé al frente de la instrucción marinera, con la militar, y encargado del "rancho. Cuando me lamentaba, Altamirano, un tanto socarrón, me decía: "Friégate, al fin eres muy marinero y buen despensero".

Tan bien preparados, para formar un buen conjunto, estaban los muchachos de Mazatlán como los de Veracruz, que cuando zarpamos para Nueva Orleans todo salía a la perfección, tanto las marchas como las evoluciones y movimientos de armas.

Durante la permanencia en Nueva Orleans se desfiló por la ciudad. Como esto se había anunciado y se había modificado la circulación del tránsito en la calle principal, se congregó gran cantidad de público en las cercanías del palacio municipal. El contingente fue muy aplaudido a lo largo de la Avenida Principal, Canal Street. La



columna quedaba integrada con 250 cadetes. Desde las cinco de la mañana en que se tocó diana, principió la jornada hasta las dos de la tarde, en que, marchando, llegamos de regreso al barco.

El día anterior al desfile, o sea, el de arribo, había ido con Altamirano a comer mariscos; al anochecer me principió una diarrea que me hizo ir al baño 18 veces. No dormí un solo minuto. Por la mañana me apreté el vientre con una ancha y larga faja elástica que me proporcionó el médico del barco, y sin tomar alimento, ni siquiera agua, principié a organizar la columna, pasando inspección minuciosa a los cadetes y apechugando con intervenciones inoportunas del director. Dispuse lo necesario para que estuviese preparado el "rancho" al regreso del desfile; después vino la marcha bajo un sol calcinante y evoluciones frente al City Hall (ayuntamiento). Los "primos" no escatimaron aplausos, y la felicitación del alcalde fue calurosa. Cuando regresé a bordo me sentía perfectamente bien. Le dije a Altamirano: "Vamos a comer otra ración de camarones". Él, con su estómago e intestinos que resistían hasta piedras se relaja de las angustias que mi colitis crónica me proporcionaba.

Una vez que terminó el viaje en Veracruz, se hicieron los preparativos para que los del Pacífico siguiéramos con destino a Mazatlán. Me despedí de Chapito (así nos expresábamos del director Chapital), quien me felicitó por mi colaboración, me propuso que se gestionase mi cambio a su Escuela; entonces le pregunté: ¿Y Altamirano, lo va usted a quitar de aquí? Me dijo que sabía, lo iban a cambiar de comisión a Ciudad del Carmen, Campeche.

"No, muchas gracias", le contesté... Creo que iré a Petróleos Mexicanos; pronto habrá relevos entre capitanes y oficiales pertenecientes a la Armada.

De paso por la capital, fui a rendir mi parte de arribo a la Secretaría de Marina, en tanto que

los cadetes se alojaban en el Colegio Militar. Estando en la Dirección de la Armada, se me avisó que el secretario deseaba verme. El llamado me cayó de perlas, aunque no me imaginaba cuál era el motivo de la orden para localizarme.

Cuando llegué al despacho del secretario, éste, con toda la gentileza que lo caracterizaba, se levantó de su asiento tendiéndome la mano. "Lo felicito —me dijo— por lo bien que desfilaron en Nueva Orleans". Tenía sobre su escritorio unas fotografías; en una estaba yo, en primer plano, saludando con la espada. Tenía, también una carta del alcalde de Nueva Orleans donde le expresaba que había visto marchar a militares de muchos países, y nuestra Escuela era de lo que más le había gustado. Agradecí al general Jara sus palabras y, sin falsa modestia, le dije que yo solamente me había hecho cargo de la instrucción por unos días, que la disciplina y marcialidad eran el resultado de nuestra tradición.

Me aproveché de la ocasión para exponer lo que tenía "en cartera". Le pregunté si habría algún inconveniente en que se me comisionara en Petróleos Mexicanos. Quería ir a la aventura y había la oportunidad de que en dos barcos de los incautados, se necesitaba capitán. Me contestó de inmediato: "sí, como no", tan categórica respuesta no me la esperaba. "Entonces" dije: "iré a Mazatlán para dejar a los cadetes y allá esperaré órdenes". El general tocó el timbre, para decir a su secretario particular, que se inmediato se dictaran las órdenes respectivas para que se me comisionara en Petróleos Mexicanos.

En ese momento quedó arreglado mi cambio de comisión. Llegando a Mazatlán entregué la subdirección de la Escuela y de prisa regresé a recibir los papeles e instrucciones consiguientes para ir como capitán a un petrolero.

El tiempo que estuve en Mazatlán fue de una época aciaga, en que la gente, en esa ciudad, no podía —como era costumbre— ir al mercado a comerse un plato de mole o pozole. Los



tiroteos menudeaban por las calles y los asesinatos estaban a la orden del día. El asunto agrario venía arrastrando una inconformidad que degeneraba en venganzas con derramamiento de sangre entre la gente del campo; caciques, pequeños propietarios y ejidatarios azuzados. Así nacieron figuras de leyenda, hombres jóvenes que desafiaban a agraristas y autoridades, convirtiéndose muchas veces en prófugos de la "justicia".

Había en Sinaloa intereses que tenían un origen turbio. El negocio nacido de la amapola (el opio), involucraba a las mismas autoridades. Había individuos como fue el caso de "Poncho Tirado" que, defendiendo sus intereses, combatiendo a los líderes agraristas y burlando a las partidas del Ejército y a las columnas volantes, se convirtió en figura legendaria. Hubo un tal "gitano" a quien se tenía en sus dominios como el mantenedor del orden; una segunda autoridad. Éste era un matón despiadado sin hacienda que cuidar, ni honor mancillado que vengar. Excepto un oficial del ejército pundonoroso, jefe de partida que se le enfrentó y se impuso como autoridad, los demás vecinos del lugar y contornos, lo respetaban. Ese gran oficial del Ejército fue removido de su puesto. Se desperdiciaban los servicios de un militar. Como también se desperdiciaron los de otro capitán, no menos pundonoroso, y valiente que el primero, era Gonzalo Bazán Guzmán que pudo haber acabado en poco tiempo con los matones, pero no se les daba oportunidad. No se les revestía con plenas facultades, *ad-hoc* a la misión que en esos días tenían que cumplir pues eso iba contra ciertos intereses (vergüenza —oprobio— no para el Ejército, en términos generales, sino para altos jefes encumbrados que soslayaban esas ignominiosas disposiciones). el famoso matón, llegaba a Mazatlán, del lugar llamado La Noria donde tenía sus dominios, y se paseaba por el puerto. En una ocasión mató "sin intención" a una meretriz, y el

comentario era este: "qué mala suerte del gitano, la pinche bala pegó en una viga del techo, rebotó y mató a la puta". Nada le hicieron al asesino; él se había hecho famoso porque en una ocasión, sirviendo a los intereses de un bando, después de un tiroteo en que quedaron muertos uno de sus compañeros, y heridos los del contrario, éstos fueron a parar al hospital. Días después, el gitano con los suyos, se presentaron al anochecer a dicho nosocomio con una camilla donde llevaban un herido, disque ensangrentado, quejándose. Al franquear la puerta, saltó de la camilla el "moribundo", cuando a los centinelas los habían atravesado con verdugillos los otros matones; entonces principió la matazón de los enemigos que se encontraban convalecientes, encamados; las mujeres que quisieron intervenir también fueron heridas y uno que se había metido debajo de la cama, ya no salió con vida. Este gitano era el personaje que por entonces andaba de boca en boca; su hazaña del hospital fue "grandiosa" para sus admiradores, "¡qué bárbaro!", comentaban unos tarados, "se necesita valor para venirse a meter así al hospital".

Por entonces navegaba como maquinista naval, en los petroleros, Adolfo Ruiz Carrillo, el famoso "Gallina", hijo del que 8 años después sería presidente de la República, don Adolfo Ruiz Cortines.

La Gallina Ruiz, que en paz no debe estar descansando, era un tomador empedernido. veracruzano simpático y amante del jolgorio, rara vez lo encontraba uno en su juicio, y había que soportarlo cuando andaba con copas. En una ocasión, encontrándose él en Mazatlán, coincidimos en un lugar de diversión llamado La Estratosfera, ubicado en lo más alto de un cerro, junto al mar. El centro nocturno hervía de parroquianos, abundando las muchachas, unas de conducta dudosa y otras bien definidas; en su mayoría bonitas, como lo son todas las mujeres en esa región. Como cosa muy rara, en esa oca-





sión, la Gallina se encontraba en su juicio. Nos encontrábamos en amena charla cuando se presentaron dos amigos también marinos. Uno de ellos estaba con copas y su plática impertinente era respecto a que el famoso gitano era "muy hombre". Yo no estuve conforme con lo que decía sobre el gatillero y tuvimos una discusión. Hubo un momento en que me quedé solo con mi interlocutor, los otros dos se habían salido del lugar de diversión cuando las palabras subían de tono.

Decía yo al defensor del gitano, que todas esas cosas ponían a pensar sobre el que los lugareños, consintieran a un matón paseándose impunemente por las calles y lupanares. Cuando volví a ver a la Gallina y le reproché, el que la única vez que lo había encontrado en sus cinco sentidos me abandonó, me dijo que nos dejaron a los que discutíamos, porque con mis opiniones sobre Valdés no solamente a mí me podían matar, sino también a todos mis acompañantes. Me decía: "No, Sandoval, nunca más se te ocurra hablar mal, y en público, del gitano, pues aquí es un semi-dios. Carga él una pistola que le regaló el general Macías, comandante de la zona militar; es compadre del general Zerón Medina, comandante del batallón que tiene aquí su sede; los banqueros le pasan su cheque mensual; las "gaitas" dicen que quisieran ser raptadas por el guapo gitano. No sabes en la que te metes diciendo que es un asesino".

"Bueno", le contestaba yo "sería cobardía de mi parte callarme lo que siento. Seguiré diciendo que es ignominioso tener de consentido a un asesino; sus protectores tácitamente son sus cómplices, las muchachas que desean el rapto, unas taradas; y de los jóvenes y hombres maduros admiradores de ese tipo, ya no se qué decirte".

Me había hecho amigo de un muchacho, Carlos Haro, empleado de la cervecería del Pacífico; lo llegué a estimar bastante. Hicimos una amistad sincera, pero no le tocaba yo el pun-

to de mi aversión hacia el gitano; Carlos era típico mazatleco, parrandero moderado, hospitalario, hijo único, querido por su madre como si se tratase de un pequeño. Ir a comer los tamales rellenos de legumbre y pollo, de la región los mejores de la República que hacía su mamá, era ir a deleitar el paladar. Varias veces hice la visita con amigos, cuando Carlos nos hacía su sincera invitación. Entre los amigos estaba un capitán Gonzalo Bazán, a quien antes hago referencia, era un militar "ciento por ciento", yo lo había tenido como radiotelegrafista a bordo del cañonero Potosí. Quiso practicar la radiotelegrafía y lo consiguió pasando como operador a la Armada. En esa época era capitán segundo, posteriormente regresó a su cuerpo sin perder antigüedad y derechos. Este militar me había presentado a Carlos Haro.

En una ocasión sin quererlo yo, la conversación con Haro recayó en el Gitano; me anduve con cuidado para no molestar a mi amigo y me platicó que el sujeto era muy necesario en sus dominios, porque lo respetaban más que a las autoridades, y tenía a la región apaciguada. Me daba a conocer la razón de la sinrazón. "Valiente cosa es esta que pasa en Sinaloa", decía yo a mi amigo: "Se me hace difícil aceptar como necesario el servicio de un matón, dejando a un lado a las autoridades. Es increíble que un tipo ayudado por cinco o más forajidos, pueda meter orden mejor que una compañía o un pelotón de soldados".

Cosa semejante a lo de Rodolfo Valdés —el Gitano lo vería posteriormente en el Estado de Veracruz—, siendo gobernador un abogado culto pero consentidor de un rufián que dejó moribundo a un empleado de los tribunales del justicia. Entre el sátrapa y sus secuaces lo llevaron desde el lugar del atropello criminal hasta Jalapa, y lo dejaron tirado a la puerta de su oficina. Como en esos días había un procurador de justicia (garbanzo de a libra), recto e incorruptible, el agresor fue a dar a la cárcel, pero no duró mucho,



ya que por gestiones del inspector de policía del estado, aquél salió libre, y cuando le abrieron las puertas, cuatrocientos "de a caballo" lo fueron a recibir en triunfo, Chema Rodríguez, el liberado, en esos momentos era un héroe. Esta demostración de respaldo a un asesino es una página que sobre "barbarie" se ha escrito en el libro de la historia de Veracruz, ciudad y puerto que con su capital, Jalapa, van en vanguardia en cuanto a cultura. "El procurador de hierro", como llamaban al joven abogado Cangas no podía continuar en su puesto, ya que el primer asesino era el inspector general de policía del estado, con una gran influencia sobre el gobernador López Arias, y mucha extrañeza nos había causado que hubiese aceptado el puesto.

Cosas tan reprobables acontecían por los años sesenta en Veracruz; lo del gitano en Sinaloa por los cuarenta, en otra época algo semejante en Tabasco, y permanentemente en el estado de Guerrero. Entonces: ¿cómo podríamos calificar a nuestro pueblo, bravío, semisalvaje? Afortunadamente, parece que se van superando estas lacras sociales, y si hay levantamientos por inconformes, allá en el fondo puede haber alguna razón que asista a quienes llevan un ideal. Esto es discutible. Lo que no puede discutirse, lo reprobable y bajo todos conceptos, es ese consentimiento a verdugos que cuidan de los bienes mal habidos de los políticos y los eternos caciques, frecuentemente amigos de los presidentes de la República, y siempre de los gobernadores que por conveniencia política no han hecho uso de la fuerza legal, la fuerza uniformada capaz de acabar con los desmanes y anarquía que existe en el campo.

Estaban todavía frescos dos hechos sangrientos que se atribuían al gitano y su gente, cuando llegó el carnaval en Mazatlán; la reina era la bella muchacha Lucila Medrano. Estas fiestas de carnestolendas estaban por entonces en ese puerto en plena decadencia, tanto que nin-

guna mujer recatada se ponía el famoso capuchón. Parte de la ciudad se convertía en una extensa cantina, y se aprovechaban accesorias y cualquier local para improvisarlos como "hoteles de paso", con divisiones de manta entre catre y catre, que se alquilaban para hacer el amor.

El coronel Loaeza, más político que militar, era por entonces gobernador del estado. No podía llamársele un cacique matón, y que a ello pudiera atribuirse el asesinato que con él se cometería; pero en la entidad se jugaban intereses considerables que se extendían hasta altos puestos de Secretarías de Estado. En medio de la intriga política aparecía una flor, la amapola, productora de la "goma" de la cual se saca el opio. De esa goma se obtuvieron fortunas y se decía de médico y otros profesionistas que parte de sus honorarios se los pagaban con ese producto vegetal. De manera que el tráfico de las drogas estaba en auge, a ciencia y paciencia de las autoridades, y el asunto era tan intrincado que no es aventurado preguntarse si algún resentido de la mafia a quien obstaculizó el gobierno en sus negocios ilícitos, armó la mano del gitano para matar al gobernador. Este se encontraba sentado en el comedor del Hotel Bélmar, el domingo de carnaval, acompañado de dos magníficas recitadoras, madre e hija de nacionalidad cubana (las Carvaloza); cuando un proyectil de pistola entró en la nuca de la víctima, saliendo por el ojo derecho.

El asesino y sus guardaespaldas, de los cuales uno salió lesionado, huyeron dejando, en el tiroteo con la policía, muerto a un norteamericano que transitaba por el muro, frente al mencionado hotel. Se trataba de un joven recién recibido en la universidad. Su padre, que padecía del corazón, murió a los pocos días de recibir la mala noticia.

De manera que esa noche el famoso gitano se hacía culpable de tres muertes.

Todo esto conmovió al pueblo, el carnaval se suspendió; el escritor y viril periodista José C.



Valadez —durante el sepelio del gobernador— cuando el féretro bajaba a la fosa, dijo conmovedoras palabras, maldiciendo a la mafia que asolaba a la región, y criticando la debilidad de las autoridades, que no hacían justicia, porque se vivía en un régimen en que aquéllas estaban atadas por su pecado de complicidad. El asunto fue de gran resonancia; se barajaban nombres de ministros atrabularios y asesinos, que estaban involucrados en el asesinato. Pero ¿acaso el señor Valadez en su vehemencia no reparaba en que la víctima era la primera autoridad del Estado?, ¿para quién eran las pedradas?

Por esos días llegó a Mazatlán el general Lázaro Cárdenas que seguramente llevaría la misión de desentrañar la verdad respecto a los móviles y autores intelectuales del asesinato; con lo que aumentó el rumoreo, llegándose a decir que la presencia de tan importante personaje indicaba que “peces muy gordos” estaban inmiscuidos en el asunto. Y como en todos los casos en que pueden salir a la luz pública nombres de altos personajes, principalmente cuando se mezclan con mafia y droga, al asunto se le “echó tierra” y, por no perseguir a quienes podían “cantar” y dar nombres de algún ministro asesino intocable, se le echó mano al tristemente conocido gitano, quien “debía muchas”, pero que al decir de un ayudante del mismo Loaeza, el mayor Solís, era la primera vez que se calumniaba al precitado gatillero. Éste permaneció por mucho tiempo en la cárcel y siempre negó su participación en el asesinato.

## *Presidentes Ávila Camacho y Alemán*

Poco después de pasada la mitad de la quinta década terminaron los regímenes de gobierno militaristas. Al presidente general Manuel Ávila Camacho, lo relevaba un universitario. A los uniformados nos importó un comino. Los días te-

nebrosos de Plutarco Elías Calles con sus agentes Luis N. Morones y Palomera López, habían dejado negro recuerdo; los desmanes que altos funcionarios cometían en el periodo del presidente “bueno” don Manuel Ávila Camacho, no se quedaban atrás. Su mismo hermano, que se creía acreedor a todo el reconocimiento del presidente, era dueño de vidas y haciendas; los atropellos que cometía el señor, dejaban atónito a quien de ellos oía, y era tanta su influencia en el gobierno, y, por lo mismo, tan repetido su nombre que en ocasión de un desfile el 5 de mayo de 1941 en Puebla, un locutor, que con el alta voz daba a conocer al público las personas concurrentes al balcón principal del palacio de gobierno, dijo más o menos: “Presencia el desfile el señor presidente de la República, general Maximino Ávila Camacho”.

Esa equivocación imperdonable, provocó el murmullo en las tribunas, la risa entre los demás que ocupaban el balcón de honor, y la sonrisa del bien llamado presidente Caballero. El detalle no tenía gran importancia, era el error de un atolondrado locutor, pero quería decir mucho: que el nombre del hermano del presidente magistrado lo tenía uno hasta en la sopa. Ello daba lugar a tales equivocaciones, y no se le nombraba a diario y a cada rato por sus acciones edificantes en beneficio de la nación, sino por su vida turbulenta. Ese era el país en que vivíamos en los años cuarenta.

El presidente, don Manuel, no intentó — con su bonhomía— sentar un precedente de honestidad. Toleró que fuera tomando fuerza el sistema muy mexicano de hacer fortuna con facilidad. A costillas del erario, el coyotaje se fue incrementando y la “mordida” se institucionalizó. Entonces, a consecuencias de la guerra, se incrementaron capitales en forma fabulosa. Ya no teníamos un gobierno “poquitero”, pero hubo mucho de donde coger; al enriquecimiento fabuloso de particulares lo acompañaba el de



quienes manejaban el dinero de la nación. La corrupción administrativa principiaba a hacer escuela. Desde entonces, un ayudante de algún funcionario pasaba a la Secretaría de Hacienda o al Departamento Central, o a una "dirección clave" donde impunemente se hacía muy rico. Don Manuel Ávila Camacho tiene un monumento en Veracruz por haber prestado ayuda al crecimiento urbanístico de ese lugar. Se derramaron muchos millones en el paseo frente al mar, por lo cual los veracruzanos se sintieron obligados con el presidente. Solamente que las empresas concesionarias carecían de ingenieros especializados en obras en que se necesitan conocimientos de hidráulica. No hubo concurso para obtener la concesión de trabajos de tanta importancia. El amiguismo se impuso. La parte más importante de las obras, o sea, el paseo construido sobre la misma playa, algo reprobable. Gran cantidad de pseudo ingenieros, tipos que habían destripado en la carrera, llegaron a Veracruz para llenarse los bolsillos. La compañía Eureka—principal concesionaria—tenía uno o dos ingenieros competentes, pero todo el conjunto, con don Manuel Suárez a la cabeza hicieron un trabajo que dejó muchos millones al mencionado promotor a tipos vivos que como pseudo ingenieros solamente acarreaban arena, abrían brechas con sus bulldozers y de todo ese esfuerzo resultó una obra que año con año requiere un gasto considerable a la nación para reparación de lo que los embates de la mar destruyen.

En Veracruz, no se estudió debidamente lo que debería haberse estudiado para evitar la implacable batiente de las olas en determinadas partes que provocan la erosión. Tampoco se sabía cómo se comportaría la corriente y arrastre de arena con los trabajos en las playas, y ahora ha resultado que en los mismos playones que se han formado junto a los muros, se forman grandes médanos.

Se ha dicho que los concesionarios para los trabajos de Veracruz, de la época de Ávila Camacho y de Alemán, fueron gente de mucha visión en los negocios y, desde luego, magníficos empresarios. No quitamos el mérito que pueden haber tenido, pero el caso preciso de los malecones del paseo frente al mar, fue un fracaso. No puede decirse lo mismo de los grandes muelles que se construyeron en la parte noreste de la bahía. Para estos trabajos se utilizaron las tabla-estacas.<sup>1</sup> Y la pregunta obligada es: ¿Por qué no se usaron también en el mencionado Paseo Ávila Camacho?

Todo esto nos ponía a pensar que si Pearson habían realizado, en época porfiriana, trabajos portuarios para durar un siglo y lo que se ha venido haciendo con los gobiernos revolucionarios durante "el día y la víspera"; es de esperarse que en cualquier momento se oiga gritar: "¡Entonces, que viva don Porfirio!

Es verdad que desde los tiempos de Carranza el coyotaje en el gobierno y la venalidad de funcionarios y burócratas, en todas las jerarquías, ya principiaban a dejarse ver; pero eso comenzó a tomar auge en el sexenio que coincidió con la Segunda Guerra Mundial; siguió aumentando, y llegó al periodo del presidente Miguel Alemán, siguió aumentando, y llegó hasta el presidente Miguel Alemán, quien dió impulso al desarrollo integral de la nación, pero sin poner coto a la naciente corrupción administrativa. El mencionado presidente fue un hombre muy humano, protegió a sus amigos, sencillo y generoso, no tuvo mano dura para los pillós. Él, en lo personal, con gran visión se hizo de un patrimonio emprendiendo negocios que le valieron la maledicencia hacia su persona, pero su pecado, en realidad, no era más que el haber dejado enriquecerse a sus amigos pero no puso en bancarrota la economía del país, sino en prosperidad.

<sup>1</sup> *Tabla-estaca*. plancha de hierro acerada de tres metros de longitud, o más, que enterradas en sucesión, forman un cerco resistente, para protección contra el embate del mar cuando se le gana terreno.



Por otra parte, qué duda cabe, él tuvo magníficos colaboradores, sobre todo en su estado natal, siendo un ejemplo el caso del licenciado Marco Antonio Muñoz, hombre de su misma madera, progresista, generoso, con gran visión. Marco Antonio Muñoz, fue querido por todos sus gobernados en el estado de Veracruz.

En el periodo de gobierno del licenciado Alemán, México dejó de ser país centavero; inició su desarrollo que dejó ver la potencialidad económica con que contaba. Se pusieron de manifiesto las posibilidades de explotar los recursos naturales, y la capacidad de los financieros y los profesionales, en todas las ramas contribuyentes a un complejo nacional autosuficiente. Recurrió a empréstitos pero, para emplear el capital en el desenvolvimiento de nuestra industria sin demagogia ni actitudes teatrales sin poner dinero de la nación en manos de falsos líderes y políticos improvisados de empresarios, disque para hacer competencia al sector privado. Ahora se le tacha de haber detenido el proceso revolucionario. Imputaciones injustas, pues le daba al campesino, sin hacer el alarde que los demagogos han hecho con ataques al capital, como golpes psicológicos para ganarse la admiración de los ignorantes. Él iba sin precipitación, dando al de abajo lo que la Constitución previene, pero sin atacar duramente a los "riquillos" que son fuente de vida de las naciones aunque reconocemos que son voraces y despiadados. Él tenía una gran debilidad como ser humano: la de no dar la espalda a sus amigos, aunque no lo merecieran. A su vera se robó, pero quienes lo hicieron nos han parecido niños de teta comparándolos con los que ahora roban. Hubo una gran oposición por parte de los poderosos de la política para que lo sustituyera el hombre a quien él prefería para ocupar la silla, oposición oportuna y plausible. A don Miguel seguramente, como siempre ha sucedido y seguirá sucediendo, le ocultaban las cosas malas, y no se fijaba en que su amigo,

quien en su sexenio fue alcalde de la ciudad capital, nos hizo cruzar las calles del centro con el agua casi a la rodilla, debido a las inundaciones. Era una capital pavorosa, y decía entonces que el hundimiento de la ciudad rompía los drenajes y tuberías de agua y eso provocaba el mal que padecíamos, lo que era una gran mentira, pues con la llegada del nuevo alcalde Uruchurtu, quedó de manifiesto que tales inundaciones eran culpa de Casas Alemán. Uruchurtu fue un gran iniciador de algo que nunca se había visto en México: Aparte de las obras de infraestructura logró limpieza y ornato; quitó de la calle puestos y todo lo que diera aspecto de miseria. Además, metió en cintura a influyentes. Tenía lo que se necesita en un país donde cada quien pretende su bienestar personal aunque sea en perjuicio de la colectividad. Tenía el fute en la mano.

Se creyó que la corrupción administrativa acabaría o, por lo menos, menguaría durante el periodo de don Adolfo Ruiz Cortines (1952-58). Este hombre honesto no pudo controlar a sus íntimos, y su honestidad no era precisamente la fuerza poderosa necesaria para purificar el ambiente corrupto en el medio oficial que, de tiempo atrás venía haciendo Escuela entre los párvulos de la política con lo que resultarían precisos estudiantes del latrocinio. Don Adolfo no fue el juez férreo que "por su casa empieza". La corrupción administrativa siguió y sigue siendo un mal endémico. A mayor desarrollo del país, mayor crecimiento de su presupuesto, y las grandes fortunas de los agraciados con puestos oficiales, han llegado a ser la negación de los sacrosantos postulados revolucionarios.

Pero volvamos a los días, del gobierno del general Ávila Camacho cuando los jefes y oficiales vivíamos "al día". Yo como capitán de corbeta, siendo subdirector de la Escuela Naval del Pacífico, y a la vez profesor de artillería y tiro naval, sacaba una mensualidad de \$450. Esto era en el año 1944 en que aún nuestra moneda no



estaba tan depreciada; pero esa cantidad se consideraba una miseria para los 100 ó 200 diarios que los de ciertas masas en diversas Secretarías o Departamentos sacaban en forma "chueca". Los sueldos de petroleros y electricistas, los veíamos fabulosos; sus nóminas eran cada vez más largas, donde aparecían gran número de prestaciones.

Nuestros oficiales que eran solteros, vivían en el mismo recinto o barcos donde prestaban sus servicios, pero los casados tenían necesidad de alquilar casa. La vivienda era bastante cara en Mazatlán, y era una pena ver a las abnegadas esposas de aquéllos afrontar una situación de carencias. Entonces se me avivó mi deseo de dedicarme a la construcción, para beneficio colectivo. La Escuela de Mazatlán tenía un terreno grande. Bosquejé unos pequeños departamentos. Guardé este trabajo para presentarlo en ocasión oportuna. Lo hice años después cuando estuve, en el mismo recinto siendo escuela de marinería en 1948. Dicho proyecto recorrió varios departamentos —un sinnúmero de meses— y la Dirección de Obras Marítimas dio su fallo, del cual se desprendía que esa Dirección mandaría unos ingenieros para ver el tipo de casa que convenía. Nunca llegó la comisión aludida. Por supuesto que de haberla enviado se hubiese conseguido solamente el "parto de un ratón".

Comentábamos entonces sobre lo necesario que era para una institución como el Ejército o la Armada, el dedicar una o dos compañías de zapadores, que trabajando con maquinaria propia, tomando de los lugares de abastecimiento, arena, barro y piedra, usando combustibles del gobierno con vehículos para transporte de materiales, se lograsen construcciones a costo muy bajo. Cada vez se acrecentaba en mí la idea de la construcción para beneficio del personal, principalmente del marino profesional, el que soportaba constantes cambios de comisión, a diferencia de médicos y los del cuerpo de admi-

nistración que, por largos años, permanecían en un lugar y, en su mayoría, eran propietarios de las casas que habitaban.

## *Transportando petróleo de Tampico a Nueva York*

De acuerdo con la Ley de Secretarías, el teniente de navío podía sacar su "despacho" de "capitán de altura"; yo tenía ya ese "papel" y además, bastante tiempo de mando en los barcos de la Armada, cuando pasé comisionado a Petróleos Mexicanos. Contaba, también en mi haber, el que por los años 1922-1923, según he narrado en capítulo anterior, anduve embarcado en el petrolero San Leonardo y ayudaba al primer oficial en la carga y descarga del "chapo". Esto me hacía sentirme confiado, sin complejo, mandando un buque tanque. Me las tendría que ver con gente de sindicato y con oficiales que, con o sin razón, velan mal a los miembros de la Armada que, según ellos, les íbamos a quitar la "chamba".

Tomé el cargo de capitán del *Ébano*, que antes de la incautación se llamó *Stelvio*.

En esos años de 1944-1945, ya se creía que los submarinos alemanes no volverían a sus actividades bélicas. Habían regresado a Petróleos, capitanes y oficiales que en los momentos difíciles para la nación, se habían separado de la empresa, y hubo hasta quien había agitado para plantear un "paro" con objeto de obtener un sobresueldo que se denominó "zona de guerra" y (correspondería) a navegación entre "Cabo Sable" (límite del Golfo de México con el Atlántico), y cualquier puerto extranjero. Ese sobresueldo era pagado con un porcentaje elevado, sobre el básico. Aquí es de justicia aclarar que muchos marineros civiles no huyeron. Permanecieron en sus barcos; el pintoresco capitán veracruzano Amado Ramírez y el gran Fernando (Narizón) Benítez, quien no dejaba el espíritu que se le formó desde que muy joven se forjó en la Armada. Truby tam-



poco corrió, ni Aroldo Alexandre ni José (Biro) González Granes -ex-oficial de la Armada- y otros más que no me vienen a la memoria.

Aproximadamente duraría dos años de capitán en el petrolero, haría cuatro viajes llevando petróleo crudo a Nueva York y en dos ocasiones transportando al regreso tambos de tetraetilo de plomo, que era un cargamento peligroso (para embarcarlo y desembarcarlo, se tomaban muchas precauciones). Se trataba de ese componente químico que sirve para elevar el octanaje de la gasolina.

La vida en Nueva York era como la que había pasado en San Francisco. Las calles estaban llenas de soldados y marineros que eran los dueños de la ciudad, mimados en forma exagerada porque eran los muchachos que no se sabía si volverían de la guerra.

Seguí usando mis insignias de capitán de corbeta, dos cintas doradas anchas y una delgada al medio. No las cambié por las cuatro anchas que podía usar correspondientes a capitán de altura. Me sentía orgulloso con las de la Armada, aunque era verdaderamente halagador portar las cuatro anchas, preciosas, clásicas de "capitán".

Abundaban los capitanes llevando su portafolios, entrando y saliendo por el gran portón del edificio donde se recibían instrucciones para la navegación, tanto para el caso de navegar solos o en convoy.

Para un capitán que, se sabía, saldría a la mar exponiendo su vida, todo eran atenciones, tanto por parte de las gentes que lo instruían a uno en las oficinas, como de los civiles con quienes se tuviese contacto en cualquier lugar de la ciudad. Si se paraba uno en alguna esquina esperando un taxi, el policía se acercaba de inmediato, preguntando en qué podía servir, y hacía señal a cualquier vehículo buscando la manera de conseguirle a uno el traslado. De *mottu proprio* tanto hombres como mujeres que conducían sus automóviles, preguntaban a uno en

qué dirección iba, para dar lo que vulgarmente se le llama "aventón", llegando, a veces, a dejarlo a uno en el preciso lugar a que se deseaba ir. Las atenciones que había experimentado en San Francisco dos años antes se repetían en Nueva York.

En una ocasión pasé frente al Metropolitan y vi anunciada la ópera *Tosca*, ingenuamente entré al teatro hasta la taquilla, y pedí una luneta. Me preguntaron para cuándo la quería, ya que había necesidad de apartar con meses de anticipación. Contesté: "Para esta noche". La señorita de la taquilla se me quedó viendo fijamente, puso atención al escudo de mi gorra; — ¿Where do you come from? — me preguntó sonriendo—. From México, le contesté. La muchacha que se me figuró un ángel cuando tomó el teléfono, habló unos segundos; me suplicó que esperase, llegó un señor que me supuse era gerente o alto empleado del Teatro, y dirigiéndose a mí me dijo: "capitán; vamos a hacer una excepción, si usted todavía está aquí mañana podremos darle asiento en un palco". Me sentí impelido a echarme en brazos del gringo amable y de la preciosa boletera. ¡Si señor; mañana vendré! pregunté por el precio, esperando el boleto, echando mano a la cartera. No, me dijo, es cortesía para un capitán mexicano, que navega en tiempo de guerra.

No sabía, en qué forma agradecer la atención. Apreté la mano de ese generoso empresario, o algo empleado del famoso Metropolitan de Nueva York. Asistí a *Tosca*, que tantas veces la había oído por disco, la obra con la cual Jusy Boerling, el gran cantante de todos los tiempos, daba las notas que sólo un escogido por los dioses puede dar con el volumen, la tesitura, dulzura y demás exigencias que requiere lo que puede llamarse "perfecto". El asiento que me tocó se encontraba en la última fila de luneta, donde la acústica era perfecta, mis inmediatos coespectadores, me sonreían, tanto los de un lado como



los del otro. Un marino uniformado era objeto de toda clase de atenciones.

Pero la vida está llena de contrastes, por eso es difícil hacerse un juicio del carácter, idiosincrasia, hospitalidad y otras características de un pueblo. Así como unas veces bendice uno a los habitantes de una nación por un caso personal que deja una grata impresión; en otras dan ganas de maldecirles.

Me había impresionado el buen trato de la gente en la calle, bares, cabarets, casas de familia y autoridades; cuando posteriormente a lo del Metropolitán, al arribo de un viaje, recibí un gran disgusto que me hizo pensar en lo abusivos que son los países poderosos.

Las autoridades de migración, salubridad, y aduana subían al barco en el antepuerto, revisaban la documentación correspondiente, se despedían afables y el barco se atracaba después de navegar por el río, hasta llegar al muelle correspondiente. En la ocasión desafortunada en que renegué de ese país, después de la revisión de documentos y despedida de las autoridades, cuando se emprendió la marcha hacia el muelle petrolero, se acoderó un remolcador a nuestro costado, y cerca de 20 individuos uniformados tomaron el barco por asalto. Yo me molesté y a mis exclamaciones de protesta, me dijo el oficial de guardia, (Aroldo Alexandre). "Ya llegaron las ratas grises" (se les apodaba así por el color de uniformes) y van a inspeccionar el barco; estos asaltos suelen llevarlos a cabo en todos los barcos, sorpresivamente.

Los tipos eran unos expertos en su oficio, llevaban aparatos para detectar metales, cargaban en un talegón, martillos especiales, lámparas de luz intensa y otros instrumentos que les permitía dar con algo escondido entre los mamparos.

Las ratas grises se metieron por todas partes, no dejaron un metro cúbico sin revisar, tanto en pisos y cubiertas como en mamparos. Yo estaba furioso; me enfrenté al que la hacía de capataz,

diciéndole que creía un abuso ese asalto; el gringo era un viejo mal encarado que no me entendió mi inglés o fingió solamente. Cuando se hizo presente el oficial de la Armada encargado de la pieza de artillería que montaba el barco que se había identificado como Oficial de Marina de Guerra, por lo que lo habían eximido de catearle su camarote, le dijo al jefe de la partida, que yo también era de la Armada, el tipo me vio fijamente y, me preguntó: —¿You Navy?, —Sí señor, le contesté en tono alterado, y de inmediato me dirigí al citado oficial (Ordoñez) que hablaba buen inglés. "Dile a este idiota que no necesito de su consideración porque yo sea oficial de la Armada, puede registrar mi camarote cuantas veces se le de la gana; pero yo los vigilaré porque creo que son ladrones".

Los tipos aduaneros encontraron una buena cantidad de licor, en diferentes compartimientos del barco, donde los que llevaban el contrabando, arrojaron cuando se dieron cuenta de la presencia de los Polizontes. Las tripulaciones están muy adiestradas en estas cosas, que no las ven como algo vergonzoso; ya es una costumbre en los barcos mercantes. Hasta en el Departamento de Máquinas fueron recogidas unas botellas y "damajuanas" de tequila. Al carpintero le encontraron una regular cantidad de cinturones y artesanías de cuero. Los jenízaros aduaneros colocaron una pieza de lona en cubierta; y sobre la misma iban echando lo que recogían; algunos de ellos se echaban botellas en el bolsillo, y hasta hubo uno que descaradamente abrió una de whisky, para dar unos tragos. (En todas partes se cuecen habas), tan bandidos estos polizontes como los hay en Italia o Francia; como los hay en México a montones, y como abundan en los países árabes. Al cocinero le encontraron como medio kilogramo de marihuana; cuando el uniformado, salió de la cocina con el paquete, aquél lo siguió con el cuchillo en la mano, iba frenético reclamando su yerba. Gritaba: "¡Cabro-





nes, ya saben que siempre traigo, es para mi consumo, no soy traficantel". Hubo que apaciguarlo y devolverle supreciado enervante cuando el jefe de los cateadores lo ordenó, ya que éste, años antes, en otro barco, se había encontrado en la misma tarea, y había coincidido con el mencionado cocinero. De manera que se repetía el caso con don Tlaxalo, que así se llamaba aquél. En la primera ocasión, lo habían llevado ante las autoridades de salubridad, donde le hicieron que se "diera las tres"; él les hizo una exposición del por qué no daba más que tres fuertes chupadas, con que se acababa medio cigarrillo y lo apagaba; lo tuvieron bajo observación y el hombre estuvo apacible; le preguntaron cuánto era su consumo diario, sacaron la cuenta de los días que permanecía en puerto, así como los de viaje hasta llegar a Tampico; y se convencieron que el vicioso llevaba únicamente lo de su consumo; por lo tanto, no se le podía considerar como traficante; pero en ambas ocasiones le impusieron multa de 12 centavos de dólar por no haber manifestado su minúsculo cargamento.

Sentía yo verdadera indignación, no me resignaba a ver serenamente, cómo un país poderoso tenía el garrote en la mano para azotar al débil, cuando le parecía que debía darle una lección. En México jamás se comete un atropello de esa naturaleza en una nave extranjera. Si el barco lleva contrabando, ya en el muelle o puerta de la aduana será descubierto, pero no se recorre el buque revisando, hasta los últimos rincones.

Caso semejante a lo que nos pasó en Nueva York, se ha dado en Veracruz por sólo una vez. Las autoridades asaltaron a un barco de nuestra nacionalidad, a varias millas del puerto, cuando estaba de arribada. Me indignó ver a un capitán y al primer oficial custodiados por policías. Me comprometí con el abogado defensor a proporcionar mi opinión sobre el atropello de ir a inspeccionar un barco a alta mar, lo que era algo anticonstitucional.

En Nueva York fui citado al día siguiente, se me dijo que lo recogido a bordo no estaba en la manifestación entregada a los delegados que se presentaron a la entrada al puerto, y por lo tanto, quedamos multados con 80 dólares. Sentí un gran alivio, yo me esperaba que se armaría un lío tremendo. En la sala donde se hizo la manifestación de la multa, había más de una docena de capitanes de diferentes nacionalidades, que iban a lo mismo. Entonces me hice la reflexión de que todos los barcos mercantes de todas las naciones del mundo practicaban el contrabando. Se siente un humano alivio, por aquello de que: "mal de muchos, consuelo de... tontos".

Al día siguiente de haber ido a pagar la multa, se me presentaron tripulantes de todas las categorías, preguntándome cuánto les correspondía aportar. Estaban dispuestos a pagar religiosamente su parte proporcional. Todos sabían lo que habían intentado meter de contrabando, ya fuese para empinar el codo con sus amistades de Estados Unidos, o para vender. Desde luego que acepté; se trataba de un hecho consumando y era lícito que cada quien pagara su multa. Estaba yo experimentando algo nuevo a que los mercantes estaban acostumbrados. Probablemente en la Armada ya se daban algunos casos con comandantes inmorales que hacían lo que en mis tiempos de oficial hubiésemos visto con horror. En los años veinte se procesó a uno por intentar aprovechar un viaje de un cañonero para llevar algunos

Eso era señalado con Índice de fuego. La mayoría de los oficiales que pasamos a los petroleros andábamos con desconfianza entre los marinos civiles. En la Armada acostumbrábamos abrir el corazón, no teníamos el interés a los bienes materiales, como el que mostraban nuestros compañeros de navegación de esos días, observábamos en ellos falta de compañerismo, pues desde que se enfrentaron a la vida había palpado cómo era el mundo y sus vilezas. Pero la diferen-



cia no resultaba de haberse escogido jóvenes para una y para la otra carrera; todos procedíamos de la misma cantera: la clase media de nuestra sociedad. La misma clase en la que puede alinearse, por azares de la vida, lo mismo un ejemplar de caballero, por su figura y por sus costumbres, como puede colarse un tipejo de la peor ralea.

La verdad es que sin necesidad de la disciplina férrea contra la que yo me había revelado desde mis primeros años de alumno; solamente la plática diaria a los jóvenes de la naval, sobre las virtudes militares y sobre el concepto del honor, penetraron, y siguen penetrando en lo más profundo de su entendimiento, en tanto que la vida del alumno mercante siempre ha estado en íntimo contacto con la realidad del medio que les rodea: ambiciones desmedidas, falta de respeto a todo y carencia de una mística que les haga recordar el alma mater a la que pudieran ofender al cometer una mala acción.

Mas si no generalizamos para poder hacer justicia, justo es decir que uno o dos compañeros nuestros, fueron a los petroleros en esos días de la guerra a portarse muy mal. Estaban vigilados por las autoridades fiscales. Pero esos tipos —madera de gansters— eran de los que no debieron causar alta en nuestra Escuela.

El rasgo de los tripulantes que me fueron a ver para cooperar en el pago de la multa me hizo pensar en que los barcos siempre llevaban contrabando, y había una legalidad gansteril entre los socios. Por esos días conocí al capitán Raúl Bandala, todo pundonor, hombre recto y enérgico, de una pieza. No creo que él haya pasado alguna vez un contrabando. De todo había entre nuestros mercantes y algunos muy dignos de confianza. Por esto, me hice de buenos amigos en ese medio, como fueron: Benítez, Bandala, Magallanes, Vidal, Aroldo, Ferrer y otros. En cambio, tipos que en otro tiempo fueron compañeros nuestros dejaron la Armada por hacerse ricos,

se convirtieron en nuestros enemigos, caso concreto el primer oficial del Ébano que le quitaba el sueño pensar que los de la Armada —sus compañeros de estudios— no lo dejábamos tomar el mando de un barco.

Durante mi primer viaje —todavía no conocía bien a los oficiales— y no sabía de qué eran capaces. Entonces usaba yo un despertador por las noches para poder subir cada tres horas al puente de mando a verificar el rumbo. No me fiaba de ellos. Era algo penoso pero obligado. Se encontraba uno en un ambiente desconocido, y en las pláticas se oían anécdotas sobre actos de deslealtad entre compañeros. Aunque no faltaban los barbajanes entre los de la Armada, como lo era uno que no sintiéndose a gusto en ese medio, pasó a la mercante, convirtiéndose en nuestro enemigo. Y había ese par de sujetos a que antes hago referencia que comisionados en un petrolero, con sus contrabandos iban dejando, de puerto en puerto, muy bajo el nombre de nuestra Alma Mater.

El Ébano tenía un defecto en la máquina, y a menudo requería reparaciones en Nueva York, que duraban de 15 a 20 días. Había un obrero técnico que se encargaba de las reparaciones; le llamaban ingeniero; era de nacionalidad española —vasco—. Este señor alquilaba talleres y lo mismo componía una bomba de agua que los cilindros, cigüeñales o pistones de la máquina principal. A mí me parecía ruinoso para el país que se gastaran tantos cientos de miles de pesos en constantes reparaciones, pudiendo haber comprado una máquina nueva; lo que hubiese salido más barato. Eso hacía pensar que habían intereses creados, ya que los inspectores no eran tarados para quienes pasara desapercibido el asunto. Las monedas rodeaban hasta; quién sabe qué oficinas; todo ello con el beneplácito de la tripulación, que a mayor tiempo en el extranjero, se devengaban más dólares. Yo sacaba poco menos que un mil por ciento de lo que



ganaba como subdirector de la Escuela; esto era contando sueldo doble por navegación en zona de guerra, la mitad del sueldo en dólares en puerto extranjero, y completo en la misma moneda en días festivos. Muy bueno estaba todo esto, pero no dejaba de pensar, que esas no eran conquistas justas de los trabajadores petroleros, sino manifestaciones de un desgarrate presupuestal. Con la expropiación de las compañías petroleras, el oro negro pasó a ser patrimonio nacional, pero los nuevos empleados de confianza de la empresa paraestatal, y los trabajadores con su sindicato, se convirtieron en un pulpo de esa riqueza. Se creó una casta que se lleva casi la totalidad del beneficio que en metálico deja el producto. Cuando don Lázaro Cárdenas decidió dar el paso trascendental, seguramente pensó en que el país llegase a sanear su economía, contando con que el petróleo sería nuestro (de la nación). Pero viene resultando que con los fabulosos sueldos de los potentados que han creado la citada casta, desde sus ingenieros y líderes insaciables de oro, hasta los léperos porteros, no podemos asegurar que la multicitada expropiación haya sido una conquista económica de beneficio para todo el pueblo mexicano. El diablo nos dio los veneros de petróleo, y el poeta López Velarde lo sabía.

Desde el tiempo de las compañías hasta los días en que mandé el Ébano, los mismos capitanes eran los contadores a bordo. Yo recibía el dinero en la gerencia de Tampico, y hacía las liquidaciones mensuales en tres pagos, los días 7, 14 y último de mes. La documentación era sencilla. Con el jefe del departamento de contabilidad en la capital, el señor Bárcenas, —caballeroso y sencillo— nunca tuve la menor dificultad; pero habla, en la oficina, un tipo, su segundo, *ad-hoc* a nuestro sistema de desorden, que era el reverso de la medalla, y sustituyó a su jefe para modificar el sistema de contabilidad. Logró hacer un cambio completo en la nómina. Sin

que se aumentaran las prestaciones hizo división en las horas extras de los timoneles, marineros, fogoneros, engrasadores y bomberos. Una prestación que tenían los oficiales la dividió y las partes figuraban en columnas diferentes; o sea que los pagos seguían siendo los mismos en cantidades, pero enredados; hacía "combinaciones y permutaciones". Los capitanes nos volvíamos locos con tanto enredo y el resultado fue poner contadores. He ahí un ejemplo claro de la burocratización innecesaria que padece la nación. La oficina de contabilidad tenía una veintena de empleados cuando la conocí y acabó, cuando dejé el cargo, con más de cien. El señor que mandaba a ese ejército se convirtió en un señorón, uno de esos que detrás de un escritorio contribuyen día a día al endeudamiento nacional. Ese sustituto del señor Bárcenas, si mal no recuerdo, se apellidaba Krau.

Pienso que esa política de multiplicar la burocracia, sería para dar a comer a los desempleados, pero eso estaría justificado ahora que nos ahoga la explosión demográfica. En el año 1945, no era alarmante ese fenómeno. Y es para asombrar el ver cómo en el gobierno un tipo con cierta habilidad, tiene la facilidad de imponer procedimientos caprichosos a ciencia y paciencia de todo el pueblo.

Pero eso siguió sucediendo cada vez en mayor grado. No solamente se aumentaba personal en oficinas, sino se siguieron creando departamentos con autonomía y empresas paraestatales, habiendo llegado a crecer tanto el número de dependencias, que en la actualidad es difícil enumerarlas, si no es con un gran esfuerzo de la memoria.

A la nación le saldría más barato dedicar un Departamento de la Secretaría de Asistencia Pública para socorrer a los desocupados, con quienes el PRI contrae deuda por ocuparlos como jilgueros, guardaespaldas, o acarreadores de gente; evitándose con ello la construcción de edificios costosísimos, sostenimiento de gerentes



o directores, o secretarios generales, y miles de empleados de segunda y tercera; caso concreto; la inútil y coordinadora de puertos, que ha resultado "albarda sobre aparejo" ya que existían las capitanas de puertos, y ahora hay conflictos entre estas y la mencionada coordinadora. Si los compromisos políticos han ido aumentando, cada vez más, para los candidatos a la presidencia de la República, gubernatura y de estado y alcaldía, bien estaría saldar cuentas con dinero, una vez terminada la "epopeya" en que el PRI triunfa; pagar con billetes por sólo una vez a los que lucharon —los que se sacrificaron— y no crear para cada quien un puesto, en el gobierno que los hay con remuneraciones de sueldos exagerados sin perjuicio de las trampas al erario que se les facilita a todos esos de la familia política desde los chafiretes hasta los que se dan palmatitas con los de primera fila. Se concluye que el machete más filoso con que se despedaza nuestra economía, es la ya muy poderosa burocracia.

## *Huyendo del submarino*

Navegando en el Atlántico, en latitud de Cabo Cañaveral, rumbo a Nueva York, en fecha que no recuerdo, poco después del crepúsculo, al anochecer me encontraba poniendo en orden unos papeles, cuando me habló, por interphone, desde el puente de mando, el oficial de guardia (Truby). Me dijo: "Tenemos un submarino cerca", inmediatamente me trasladé a dicho "puente de mando". "Ahí viene el dirigible" me dijo el oficial, "rumbo a nosotros, por la popa". Se nos acercaba la mole aérea que dejó caer dos luces de bengala blancas paralelas. Ya había soltado otras antes. El asunto era alarmante: según nuestro instructivo, la señal quería decir "submarino debajo de mí". No era cuestión de ponerse en duda ya que los dirigibles destinados a la vigilancia montaban

aparatos de detección muy eficientes, y los señores que lo tripulaban no andaban jugando.

El inmenso globo se veía imponente, cada vez bajaba más hasta que lo tuvimos como a menos de cien metros arriba de nosotros. Nos dijo, transmitiendo con alfabeto morse, que abriéndonos del rumbo nos encontraríamos con un convoy que viajaba de Europa a Nueva York.

De inmediato nos pusimos a navegar en zig zag, y como era la primera vez que se practicaba hubo que estar muy pendiente, ya que los timoneles podían echar a perder la exactitud con que debe llevarse la "navegación de estima" con esta clase de marcha. Se previno al personal para que todos portaran el salvavidas, y extremaran las precauciones recomendadas con anterioridad, de evitar el menor indicio de nuestra presencia, cerrando las ventilas<sup>1</sup> de los camarotes y, en el interior de éstos, alumbrarse solamente con lámparas de mano.

Desde entonces, pocos dormían: se sentía el temor de que en cualquier momento explotara el torpedo. Ya habían sido víctimas cuatro de nuestros barcos hundidos dentro y fuera del Golfo, y gran cantidad de extranjeros por las latitudes en que nos encontrábamos con rumbo a Nueva York. El dirigible, que en noche brumosa se antojaba un monstruo aéreo, varias veces se nos acercó muy bajo, que parecía rozarnos los palos. Al submarino lo había detectado por la tarde, poco antes de avistarnos. A la amanecida del día siguiente, se alejó, diciéndonos que esperaba no volver a darnos "mal rato". En el cuarto de máquinas todo trabajaba a la perfección, sin el menor descuido por parte de los engrasadores, fogueeros y demás personal, bajo indicaciones de los maquinistas de turno. Íbamos dando una velocidad de unos trece nudos. Faltando como diez millas para arribar al punto que se nos había indicado para la reunión con un convoy, no vi-

<sup>1</sup> Ventilás: claraboyas (ventanales).



mos ningún indicio de tales barcos, por lo que pusimos proa a la entrada de Nueva York. A unos cazasubmarinos que habían salido de Wilmington no los vimos, y pensaba que hubiesen podido escoltarnos. El caso fue que, estando ya a la vista del faro Ambrosse, que es el de recalada a Nueva York, vimos en dirección noreste un convoy que resultó grandísimo, compuesto por un centenar de barcos.

Como seguramente navegaban a mayor velocidad que nosotros, podrían alcanzarnos antes de la entrada al puerto, y en tal caso deberíamos esperar para formar a extrema retaguardia para que no se diese el caso de una colisión. Entonces pregunté al jefe de máquinas si se podía aumentar velocidad a fin de arribar a la entrada, antes de que se nos diese alcance. Se forzó la máquina y se logró dar dos nudos más. Era el jefe de máquinas un buen maquinista naval: Hijo de la Escuela Naval, de dos fundadores en 1897, un viejo muy cumplido, serio y caballeroso, merecía toda la consideración que se le pudiera guardar.

Cuando pasamos las escolleras de entrada el convoy se encontraba como a dos millas de distancia.

Fue esta ocasión, la de pasar una noche última del año en Nueva York, donde el famoso Time Square se llena de paseantes. En ese tiempo, concurrían a dicha "plaza" más de un millón de personas el 31 de diciembre a media noche. Era curioso ver cómo a todas las mujeres las besaban, aun cuando fuesen acompañadas del novio o del mismo marido. Me encontraba en esa bola con mi segundo oficial, Truby, que hablaba y entendía bien el inglés. Se nos acercaron unas jóvenes empleadas de la compañía telefónica, creyendo que éramos oficiales norteamericanos. Al aclararse lo de nuestra nacionalidad se armó gran alboroto. Nos metimos con ellas al cabaret del hotel Taft, y a la hora de sentarnos hubo que juntar tres mesas, pues a la entrada ya se habían incorporado al grupo unos oficiales

de aviación. Las muchachas eran todas, bonitas y hermosas, además de que festejaban el cambio de año, despedían a su jefa, una señora que calculé, ya iba llegando al los 50 años muy guapa y bien arreglada. Se volvió un jolgorio la fiesta. Cada vez se juntaban más mesas y menudeaban los uniformes de todas las armas y diferentes jerarquías; todos querían hablar castellano. El animador del *night club* hizo que pasaran dos oficiales y dos muchachas del grupo al estrado, a recibir instrucción sobre baile hawaiano por una mujer bien torneada de la raza de los "hamehameha". Llegó un momento en que nuestra mesa era la mayor atracción de los parroquianos, al grado de que se suspendió la parte programada de un baile para que los hicieran dos muchachas de nuestro grupo y sus compañeros de parranda. La jefa de aquellas, la festejada, me decía con mucho entusiasmo: "tú y yo somos los de mayor edad, de manera que hacemos muy buena pareja, no te voy a soltar, estas chicas son muy atrevidas y les veo en los ojos sus intenciones de tener una aventura contigo y con tu compañero, que son aquí la atracción. Me sentía un tanto alagado pero no veía ninguna mirada insistente de las muchachas como decía mi compañera, pero sí habían menudeado los besos a las 12 de la noche, como se acostumbra entre esa gente, sin que nadie se encele. Cuando, la euforia parecía decaer, a alguien se le ocurrió que nos trasladásemos al bar del Astor. A la salida del hotel Taft, se unieron unos amigos y amigas de alguien que estaba en la bola; de manera que ya el grupo era como de 20 personas. Un piloto aviador dijo: "He is the skipper" (patrón de una embarcación) señalándome: llegó un marinero tocando el órgano y algunos principiaron a bailar, mi pareja me tomó de manera que también danzáramos. ¡No! —le dije— No creo que sea correcto esto, andamos uniformados. Seguimos hacia el Astor con los que no se entusiasmaron con el baile. Al llegar, ya el grupo era muy reducido, las mucha-



chas de la Ericsson se habían disgregado, pero eso sería por poco tiempo. Acabábamos de sentarnos cuando llegó el resto del grupo original, todos bien alumbrados por las copas, recriminándonos a los que no habíamos tomado parte en el baile callejero. Entonces fue cuando los temores de mi pareja tomaron realidad, una rubia alta nos dijo a los desertores: "Los voy a castigar por habernos abandonado, y jalándome del brazo me llevó a la improvisada pista de baile. Era la muchacha un monumento, y yo estaba feliz por el cambio; me decía: "tenía deseos de platicar y bailar contigo, pero la Italiana (así apodaban a la jefa) aunque es muy buena con nosotros en el trabajo, también es muy celosa; lo bueno es que la estamos despidiendo, por eso me atrevo a robarte pero si no fuera porque ya no la tendremos en la oficina me hubiera quedado con los deseos de bailar contigo; es muy buena con nosotros en el trabajo, pero no perdona que le quiten a sus chamacos; los escoge, siempre más jóvenes que ella.

Una vez roto, por la rubia bonita, el acuerdo tácito en que estaban las niñas, de respetarle la pareja a su "boss", se le acabó a ésta el monopolio, con gran regocijo por mi parte.

Truby aprovechaba el buen inglés que hablaba. Era motivo de curiosidad y comentarios por los ojos azules y sus facciones de eslavo. Se comportaba como "castigador" y, entre las gringas, se la pasaba cantando "cuentos verdes". Los compañeros de Truby de la Escuela Náutica de Mazatlán decían que su padre, cuando llegó a México —de Europa— se puso a vender corbatas ambulando por las calles de Tacuba.

A la salida del Astor de calle, estaba llena de gente a pesar de que ya casi estaba amaneciendo. Todavía era aquello un carnaval, un tremendo escándalo. Probablemente esos grandes deseos de diversión, ese desbordamiento de júbilo y desorden, era el reflejo de un fenómeno psicológico, que protagonizaban los que volvían

del "frente" sin la desgracia de haber sido mutilados o afectados de los nervios, así como aquellos que estaban por salir para enfrentarse en la jungla de las islas del Pacífico, a los certeros disparos de los japoneses emboscados.

El caso era que Time Square de Nueva York y calles adyacentes, en esos días de la guerra, el 31 de diciembre por la noche, se convertía en un manicomio. Todo mundo andaba eufórico, pero era justificado en los momentos en que los hombres de ese país caían por millares para no volverlo a ver.

Todavía estuvimos como un mes más en la gran ciudad norteamericana, después de la noche alegre de diciembre. Las reparaciones eran de consideración en los cilindros y camisas de la máquina del ébano. Como ya los submarinos aumentaban en el Atlántico, no se dejaba salir a barcos solos, mas bien, aconsejaban no hacerlo, y procuraban organizar un convoy cuando se juntaba determinado número de unidades, que más o menos llevaran la misma ruta. Se nos avisó del convoy que iría rumbo a las Antillas y América del Sur, zarpando durante la primera decena de enero.

Ese invierno fue de frío intenso, habla que andar con ropa interior de lana y encapotados hasta las orejas. Estaba en la gran ciudad, mi primo el doctor Andrés Iduarte Foucher; mi admirado pariente que ha sido una honra de México en el extranjero. Como profesor (ahora decano) en la Universidad de Columbia, ha preparado a varias generaciones tanto de norteamericanos como de hispanos. En párrafo anterior he tratado sobre los merecimientos de mi primo, de su honestidad, de la firmeza en sus convicciones, que no le han permitido ser militante de la sucia política de México. Perteneciente a esa generación de estudiantes de la que surgieron los primeros campeones de oratoria, su nombre no se leyó en las noticias que reportaban tales eventos y yo me preguntaba el por qué de la ausencia. Competían



por esa época García Formentí —triunfador—, Gómez Arias, López Arias y otros grandes jilgueros. Con el tiempo me contestaría yo mismo al oír la plática de mi pariente. No podía gastar en la vanidad de esos concursos su sensibilidad literaria.

Con mi primo estaba en Nueva York por esos días su señora madre, mi querida tía Adela Foucher Paullada viuda del licenciado Iduarte. A ella le había dejado de ver yo desde que Andrés era muy joven. Ella me recordaba a mi madre; ésta siempre muy pálida, aquélla sanguínea, de ojos azules como cuentas, tenían un gran parecido, la misma actitud de resignación que les había impuesto un pasado de sufrimientos que nos quitó el buen sentido del humor, ya que eran ocurrentes, en sus intervenciones oportunas cuando en una plática se trataba de ridiculizar algo o a alguien. Las dos fueron para mí la verdadera imagen de la madre que reflejaba pureza y santidad, a la que el hijo nada podía reprocharle. Fueron mujeres, producto de un tiempo, de una raza y de costumbres tales, que su misión, tal parecía era dar hijos a la patria, legándoles el recuerdo de una santa, como ayuda espiritual en todos los buenos actos de la vida.

Llegó la fecha de salida: había estado asistiendo oportunamente a las juntas para las instrucciones de navegación. Los barcos serían como 30, de unas 15 diferentes banderas; unos iban a México, otros a Cuba, a Santo Domingo, a Guatemala, a Nicaragua, al Brasil y a la Argentina. Según las instrucciones, deberíamos desarrollar trece nudos. Los capitanes que expusimos duda respecto a sostener la marcha con tal velocidad, fuimos el de un barco viejo, cubano, y yo. Entonces se redujo el régimen de marcha a 11 nudos.

Es interesante tomar parte en un evento de esta naturaleza, donde hombres de todas las nacionalidades van unidos espiritualmente, sirviendo a una misma causa, confiados en no ser agredidos por un enemigo común, aunque

muy por dentro nos pesara que ese enemigo fuesen los alemanes y los japoneses. El pueblo mexicano los ha querido y admirado. Los cazasubmarinos estuvieron saliendo de la bahía para tornar sus puestos, rodeando al conjunto que formaba una treintena de barcos mercantes, tanto de carga como petroleros.

Al capitán más antiguo, en tales casos, se le nombra el "comodoro" y su barco es el insignia. En esa ocasión fue un sueco.

Los primeros días de navegación fueron de nerviosidad, temiendo que el timonel de algún buque se descuidara o bien podría ocurrir alguna falla en el sistema de gobierno, como a nosotros a menudo nos sucedía, y las distancias entre buque y buque eran como para sufrir fácilmente una colisión.

El tiempo era formidable al principiar el viaje, el sol resplandecía; entonces Truby a quien tocaba la guardia del medio día, y yo, nos propusimos ser los primeros en dar la situación diaria, lo cual, con facilidad conseguimos.

Teníamos listas las banderas para transmitir la señal a La Capitana. Pero este chistecito, este entretenimiento de ver que los mexicanos éramos los primeros en dar la situación, no nos duró mucho tiempo. El 2 de febrero por la noche sentí que la máquina se paraba, salté de la cama, cuando me llamaban por teléfono del puente: "Capitán —me dijo el oficial de guardia que si mal no recuerdo era Aroldo Alexandre— hay avería en máquinas, vamos perdiendo velocidad y se nos acercan los barcos de la retaguardia". Cuando subía al puente, pensaba en los muchos peligros que desde ese momento afrontaríamos. La lluvia helada, con viento, frío, hacía difícil la visibilidad. El oficial había tenido la atingencia de mandar prender las "luces de situación". Cuando nos pasó el último barco, ya se puso dar avante, a vuelta de cigüeñal y descansé de una gran preocupación una vez que apagamos las luces. Le encargué al jefe de máquinas, que se sostuviera



la marcha, a base de cualquier esfuerzo, ya que seguramente nos veríamos obligados a pegarnos a la costa y fondear. Don Samuel Cano, un viejo maquinista procedente de la Armada; fundador de la Escuela Naval, mayor que yo casi 20 años; hombre serio y muy conocedor de la profesión, hacía caminar un barco que necesitaba el cambio de la máquina y no solamente reparaciones, incosteables.

A la amanecida estábamos completamente solos, casi al garete frente a las costas de Carolina. Se nos acercó un dirigible de vigilancia, y se le explicó al comandante de la nave aérea lo sucedido: "una descompostura en máquinas". Se alejó para regresar minutos después, para preguntar sobre el tiempo que llevaría la reparación. Se le dijo que unas seis horas a partir de ese momento, pero ya se podía aumentar la marcha y entraríamos a Wilmington (Carolina del Sur) que era el puerto más cercano. "Ok", fue la contestación alejándose con rumbo al sur; seguramente en demanda del convoy.

Dije al jefe de máquinas que como pudiera mantuviese la velocidad que llevábamos, pues deberíamos alcanzar el citado puertecillo antes de que el submarino diese cuenta de un barco mexicano más de los que ya se habían ido a pique por torpedeamiento.

Tan mal trabajaba la máquina principal del barco que me recordaba los días en que a vuelta de cigüeñal sorteábamos la costa del Pacífico tanto en tiempo de paz como de guerra. ¿Era el estado de eficiencia a que ya estaba condenada la Marina Nacional? Porque las unidades con cañones no redituaban nada en metálico a la nación; pero las que no los montaban las dedicadas al acarreo de miles y miles de barriles de oro negro ¿por qué en ese estado de deficiencia?

Entramos penosamente a Wilmington, lugar pequeño, con unos cuantos miles de habitantes. No llegaban gran cantidad de barcos a ese lugar como para formar convoy. De manera

que de ahí, hasta Tampico, nos iríamos solos. El sector naval del lugar, nos dio toda clase de facilidades para compras de empaques y algo más que solicitó el jefe de máquinas. Los encargados de las oficinas y talleres eran reservistas, uno tenía la cara de tomador empedernido, que nos agradeció una botella de tequila.

Las reparaciones se hicieron en dos días. Se nos trazó una ruta para ir costeando. Eran esas latitudes una zona de neblina espesa que hacía peligrosa la navegación.

Después de tres días de haber dejado Wilmington aclaró de manera que el sol brillaba. Pensaba que aún navegando muy cerrados a la costa, como era nuestra ruta, ya con gran visibilidad, un submarino encontraría condiciones óptimas para el lanzamiento del torpedo. Entonces tuvimos una noticia completamente inesperada: "Alemania se rinde..." principiaba diciendo un radiotelegrama. Esto fue el 9 de febrero. "Bienvenida la buena nueva", me decía yo. "¿De dónde tomó usted ese mensaje?", pregunté al operador. "Nueva York lo está transmitiendo, se está radiando sin destino preciso, parece que se trata de la comunicación de una cadena de periódicos", me contestó el operador. De inmediato le recomendé que siguiera escuchando para verificar la veracidad de la noticia. La cosa era cierta, no se trataba de alguna estación clandestina o de un aficionado "chistoso". La realidad era que Alemania se rendía.

Bueno, dije a Truby —el oficial de guardias—, no podemos decir que ya estamos fuera del peligro, seguiremos la navegación por la ruta señalada, costeando como nos recomendaron en Wilmington.

Cuando llegamos a Tampico, ya habíamos oído por las noticias de la radio, que cinco submarinos alemanes se habían rendido en diferentes lugares de América: si mal no recuerdo (no acostumbro llevar mi diario y soy perezoso para recopilar y guardar noticias que en alguna oca-





sión puedan servir); por Florida, uno, otro en Cuba y el resto en países de Sudamérica.

Quiere decir que, de no haberse rendido Alemania en esos días, los sumergibles, recién llegados a aguas de América, hubiesen dado cuenta de muchos barcos, y entre éstos, del Ébano. Recordaba que Hitler, en uno de sus discursos, había dicho que reanudarían su intensa campaña submarina. La confirmación era que el dirigible había avistado uno, del cual nos previno, y al poco tiempo, cuando la rendición, solamente —de los que prefirieron no volver a Alemania— fueron cinco que andaban rondando aguas de nuestro continente; cinco que pudieron haber hecho grandes males a los aliados, hundiendo más barcos mexicanos de los que habían hundido y de otras banderas, que constitulan una efectiva cooperación con norteamérica.

### *Como infante de Marina*

Por los días en que Alemania capitulaba, se creaba en nuestro país el servicio militar Nacional dentro de la Armada. Para principiar con tal proyecto se formaba un batallón de Infantería de Marina en el cual causaban alta los conscriptos. Había dos corporaciones integradas por voluntarios, donde los oficiales no eran de Escuela. Poco antes de formarse el nuevo batallón habían dado oportunidad a oficiales del servicio de administración y de servicios especiales para pasar a Infantería de Marina, ascendéndolos al grado inmediato. Con tan buena perspectiva, de inmediato cambiaron de "cuerpo" unos cuantos de administración y, en número mucho mayor, gente que nunca había pensado en la milicia. Lo mismo se aumentaron los galones a un chofer que al carpintero y al que había principiado de "ordenanza" y en los momentos felices del cambio de cuerpo seguía siendo ordenanza con mayor jerarquía. Con esto abundaría lo malo entre la oficialidad. Se les hizo pasar por un cursillo de

especialización, aprovechando el recinto de la Escuela Naval; pero con todo eso, había sido pésima la medida habiendo admitido individuos casi analfabetos. El buen elemento estaba entre los tenientes y capitanes que habían sido cadetes del Colegio Militar. Hubo de lamentarse el que se colasen quienes a título de ser allegados de los altos jefes, habían subido hasta coger las insignias de coroneles y tenientes coroneles.

En el batallón de conscriptos no se llegarían a dar los casos de insubordinación y abuso de autoridad que menudearon en los otros batallones, como consecuencia de tener gran cantidad de jefes y oficiales que nunca habían mandado siquiera un "pelotón" ni habían estado sujetos a régimen estricto de disciplina. Era gente que llegaba con grados de jefes, sin haber pasado por la Escuela Naval ni por el citado Colegio Militar. Entre los tenientes que procedían de dicho servicio teníamos muy buenos elementos, con categorías de tenientes y capitanes.

De esta situación estaba enterado el general Jara, cuando le presentaron el proyecto para formar el batallón de conscriptos. Entonces hizo a un lado a los tres o cuatro del arma que tenían los grados más altos; y pidió una relación de jefes del cuerpo general. Después de verla y de oír sugerencias, preguntó sobre qué diferencia habría entre Antonio Cortés Acosta y Álvaro Sandoval Paullada en cuanto a aptitud y otras cualidades para el mando. Alguien, entre otros conceptos, expresó que el segundo era impulsivo en tanto que Cortés hacía honor a su apellido, era ponderado y además, muy cumplido. Había diferencia en jerarquía, Cortés era capitán de corbeta y Sandoval, capitán de fragata. A una segunda pregunta del general, se le dijo que en esos días yo estaba en Petróleos como capitán del Ébano. La resolución fue que yo entregase el barco y me presentara a recibir órdenes. El general no conocía a Cortés y decidió darme el mando, seguramente porque mi colega tenía



menor jerarquía, pero que duda cabe, lo hubiese desempeñado mejor que yo, dado su carácter ponderado y otras virtudes que necesita poseer el que manda.

Pocos meses antes, se me había ascendido a capitán de fragata, cuando andaba con mi portafolios en Nueva York recogiendo las instrucciones para la navegación.

El saber de mi nueva comisión me puso a pensar sobre si sería yo competente como Infante, pero reflexionando bien, llegué a la conclusión de que para instruir conscriptos, no era necesario ser diplomado ni especializado en el arma de Infantería. Empero me puse a estudiar el "orden abierto", a leer libros sobre "operaciones combinadas", "Orgánica", y les di un repaso mis apuntes de "Táctica de Infantería", que conservaba de la Escuela. Donde quiera que iba cargaba con una pequeña biblioteca. Viajaban siempre conmigo mis libros de *Batallas navales*, los apuntes de "Tiro naval" que había hecho en España, la *Ordenanza general de la Armada* y el manual *Táctica de infantería*.

Tomé el mando del batallón cuando apenas se estaba organizando, el comandante interino quedó como mi segundo. Pocos días duró en el batallón, ya que por gestiones suyas fue removido pues se sentía defraudado porque le quitaban el mando. En el puesto quedaría el Mayor Adolfo Payán, quien había hecho un curso en el recinto de la Escuela Naval. Este último era un buen elemento. El cuadro de oficiales lo componían gentes que parecían escogidos; algunos habían estado en el Colegio Militar. Todos serían buenos colaboradores.

Estuve en el puesto el tiempo que me permitió recibir tres "escalones" de conscriptos ("escalón" era el grupo o promoción que causaba alta para hacer su servicio de un año). Tenían lugar los reclutamientos cada seis meses, de manera que se les licenciaba por partes, cuando cumplían su año de vida militar "bajo banderas"

("vida de cuartel"). Nos llegaban desde estudiantes preparatorianos hasta campesinos que apenas hablaban castellano. A estos se les hacía muy trabajoso marchar; al dar el paso, asentaban talón y planta a la vez, estaban completamente cerrados. En una ocasión, el general Jara refiriéndole a esos muchachos, dijo: los irredentos.

La instrucción fue intensa, la vigilancia — día y noche — exagerada, ya que prefería yo se evitara la "comisión" de faltas o algún delito, a tener que castigar. Obraba la circunstancia de no poderse aplicar el código de justicia militar en el caso particular de los jóvenes conscriptos. Era una ley humana y prudente ya que de lo contrario había que estar procesando a jóvenes que apenas se les comenzaba a disciplinar.

La limpieza también era exagerada. Todo esto tenía lugar en el campo militar llamado "La Boticaria", distante, a unos tres kilómetros del centro de Veracruz. Ya habían pasado por ahí algunos "escalones" pertenecientes al Ejército, pero casi en su totalidad habían sido víctimas del paludismo, según el decir del vecindario. El coronel jefe del cuerpo ponía a los muchachos a desecar, el gran pantano contiguo al cuartel, y la instrucción militar era nula. Sin tener yo la certeza de lo que se oía hablar de todas maneras, me pareció que había sido infructuosa la existencia de ese centro de educación militar, en manos de quienes lo dirigieron y eso lo deducía, porque el enorme tanque de almacenamiento de agua, nunca se había usado. De manera que hubo necesidad de comprar una bomba para principiar por lo más importante: disponer de agua en abundancia.

También a nosotros nos azotó con furia el anófeles. tanto que hubo ocasión de tener como 20 muchachos a la vez tirados en cama con fiebre alta. Afortunadamente, en ese tiempo principió una campaña antipalúdica, que nos favoreció, junto con las disposiciones de prohibir la salida de los dormitorios por las noches, se sumaba el que las ventanas tenían tela de alambre. La



campaña fue tan eficiente que al siguiente año está desterrado el mal casi en su totalidad.

Por entonces, el campo militar tenía pocos años de haberse puesto a disposición del Ejército. Se trataba de una construcción semi-permanente que a la fecha sigue en perfectas condiciones. A mí me tocó firmar de recibido. Los ingenieros militares tenientes coroneles Maceira y Mansilla, y un general de cuyo nombre no me acuerdo, firmaron la entrega; ellos habían dirigido la construcción. Con asombro, vi a lo que ascendía el importe total de las construcciones (cochera, bodega, caballeriza, dormitorios, pista de concreto como de 200 metros de longitud por 12 de ancho, comedores, cocina, enfermería, y casa para el comandante del cuerpo), todo esto apenas pasaba de un millón: ¡asombroso!, ahí no hubo filtraciones. Era algo de lo poco que denotaba honestidad; aunque esto era en los años cuarenta, a la mitad de la década, cuando los materiales no habían aumentado exageradamente de precio. De todas maneras, la magnitud de la obra representaba mucho más de lo que realmente le había costado a la nación.

El 16 de septiembre de 1946, desfilamos en la capital. El presidente de la República, don Manuel Ávila Camacho me felicitó por lo brillante que lució el batallón. Esta felicitación fue expresada personalmente por don Manuel. Dos días después que desfilamos, le tocó acuerdo al general Jara con el mandatario. Lo acompañé como había sido en ocasión anterior. Me había quedado en México para gestionar una ministración de equipo y con este motivo el comandante de la Armada me condujo con el ministro, quien se expresó bien respecto al desfile y me invitó para hacer la visita a palacio. Tanto el general Ávila Camacho, como el general Jara eran hombres sencillos, sinceros, sanos. Una de las cosas malas que tuvo don Manuel, fue no haberse sacudido

a muchos allegados que tanto desprestigiaron su gobierno. En una ocasión en que hizo viaje a Veracruz, le manifesté mi proyecto de sembrar 10 mil árboles de "laurel de la India"; circundando el perímetro del campo militar. Eso le entusiasmó y de inmediato ordenó se dirigiesen a la oficina correspondiente que se encontraba en Jalapa, pero esa cantidad de laureles era difícil conseguirla. Entonces cambié mi petición por casoarinas, las cuales principiaron a llegarme. Fuimos sembrando poco a poco y no se completaba ni la mitad del pedido cuando entregué mi cargo. Vivía yo en la casa construida es profeso para el comandante del cuerpo, ubicada en una pequeña loma que se encontraba dentro del recinto, y desde ahí se dominaba una gran extensión de campos verdes. Ahí me nació la idea de hacer una pequeña granja donde se pudiesen tener vacas de ordeña, cerdos, gallinas, y hortaliza. También pensaba que sobraba terreno para construir un centenar de casas para oficiales y sargentos. Había que considerar a los oficiales viviendo a más de cuatro kilómetros del cuartel, teniendo que llegar a la hora de diana.<sup>1</sup>

Estaba presupuestado, para la comida de los conscriptos y gente de tropa, solamente 70 centavos diarios. Se hacía indispensable aliviar la situación, porque de arriba no llegaría un aumento. Nadie distraía un segundo en afrontar este problema. No había quién moviese un dedo con el fin de que la ración para la gente embarcada y para conscriptos mejorase. Quienes habían logrado aumentar unos centavos, en diferentes ocasiones, fueron los grandes jefes: comodoro Hiram Hernández en 1928, y Carlos Castillo Bretón, en 1935. Los aumentos mezquinos se debieron a que esos señores levantaron su voz vigorosa. A ellos no les importaba exponerse a sanciones. Con ellos no rezaba aquello de: "Llegar hasta la ignominia, pero la renuncia jamás". No

<sup>1</sup> *Diana*: la hora de la madrugada en que se da ese "toque" para levantar a la tropa, debiendo asistir los oficiales para pasar lista. Se acostumbra generalmente a las 5:00 horas.



les faltaba valor para presentar al secretario de Guerra y Marina, el caso tragicómico de comparar la cantidad aportada por la nación para alimentos de un marinero de la Armada y lo correspondiente a uno de Petróleos Mexicanos, que era (sigue siendo), exageradamente mayor.

Derivando sobre esto de la alimentación de nuestro personal en dependencias de tierra, viene a cuento que poco antes de inaugurarse el edificio para trasladar la Escuela Naval a Antón Lizardo, previne al oficial que la Armada tenía de supervisor en su obra, respecto a que dejaran una parte del terreno en condiciones de poder establecer una granja. El compañero, un tanto molesto, me preguntó: "¿cuál granja?", "pues la que pienso ir formando sin pedirle dinero a la Secretaría", le contesté. Esto acabó de molestar al citado compañero. Como pusiera cara de contrariedad, expresé de inmediato: "Si tengo la suerte de continuar como director, aunque sea por un año más, estableceré una granja sin que se entere la superioridad, para lograr ponerles, a los cadetes, la jarra de leche en la mesa, dándoles abundante y buena alimentación".

Esta idea la afirmaré cuando poco después durante la preparación de exámenes, hacíamos pasar a los cadetes, a las 11 de la noche, al comedor, para tomar un refrigerio, pues principié a poner en práctica mis proyectos, en un pequeño terreno ubicado en los alrededores de Veracruz (años 1951 y 1952).

Los norteamericanos en Anápolis tenían una hermosa granja: eso era de creación oficial, pero pensaba que en nuestro país, dada nuestra triste realidad, eso debía ser esfuerzo personal del director por lo menos en aquellos años. Sería algo fácil, vigilando los manejos del despensero y sacando diariamente determinada cantidad del presupuesto para la alimentación; así desde el primer mes se tendría pie de cría en los animales y sementeras para toda clase de verdura. El ahorro de los primeros días iría creciendo en propor-

ción más que aritmética, tanto en cuestión de animales como en siembra. Contratando nativos para las hortalizas, el asunto sería todo un éxito. Estaba yo ya preparado para poder dirigir a quienes atendieran el asunto. Carlos Girón Sánchez me había dado magníficas lecciones, por medio de su libro: *Horticultura moderna*. Y no se crea que estas cosas distraen a un profesionalista del trabajo específico al que deba dedicarse. Cuando hay voluntad para meterse en estas cosas que a los haraganes les parecen propias de un excéntrico, el tiempo alcanza para todo.

No se me concedería mi propósito porque, con el cambio de gobierno me quitaron la Dirección de la Escuela, y en la mente de los poltronudos no estaba esa idea que, a muchos, les parecía ser cosas de un maniático.

Como quedé por unos meses en el puerto, después de haber entregado la Dirección de la Escuela, pude observar que a base de quemar liantas se abastecía aquella. Medían más de 20 kilómetros entre el mercado de Veracruz y Antón Lizardo. No se almacenaba en los grandes refrigeradores carne en canal, ni se tenía la provisión "seca" en grandes cantidades. Así se siguió operando el asunto del "rancho" hasta que varios años después, por órdenes superiores, utilizando los servicios de arquitectos, ingenieros y otros "cerebros mágicos", se movió un ejército de trabajadores, se festinó el asunto a más no poder y el resultado fue: una docena de cerdos.

A mi amigo el contralmirante Enrique Altamirano, director por los años 1958-59, le había yo dicho, tiempo antes, que por nada debía uno atenerse a la superioridad en cuanto a la granja. "Con láminas de cartón puedes improvisar techos, armados con rehilos de pino, y eso será establo, sahurdas y gallineros. El despensero puede proporcionar una vaca lechera cada semana. En el pueblo de "purga" los cerdos son exageradamente flacos —ignoro el motivo— probablemente por su suelo pobre y falta de des-



perdicio. Comprándolos por peso, como lo hice cuando estuve con los conscriptos, y manteniéndolos con los desperdicios que dejan cientos de raciones de que ahora dispones, puedes obtener rendimiento de manteca y carne en poco tiempo. No hay que esperar a la caterva de ingenieros, y economistas para que decidan por allá de las "calendas griegas" y a un costo elevadísimo. Si lo hacen ellos; entonces cuando tengamos un ministro ajeno a nuestro medio, como fue el periodo de 1953 a 1955, te pondrán un intendente manejado desde allá arriba que podrá ser un universitario que un simple alcahuete sin título, y tú seguirás con carencias, mientras el bien parado trata directamente en su señor y amo, quedando tú aquí bajo la férula del consentido que manejará a su antojo lo que a ti te corresponde manejar". Solamente: "Las verás pasar".

Antes de Altamirano habían estado como cinco directores, y nada habían hecho sobre cosa tan interesante, excepto Diego Mújica Naranjo que dado su dinamismo dejó buena obra de otros aspectos pero parecía que no tenía mucha afición por la siembra de hortaliza y cría de animales.

Continuaba yo diciendo a Altamirano mi manera de ver el asunto: "Estamos en un país en el cual, donde quiera que uno se encuentre, debe desarrollar iniciativa, sin dejarnos robar las ideas. Si tú a lo callado, con pesebres rústicos y demás trabajos, logras tener aquí tu granja, ésta producirá lo suficiente para que te luzcas dando una buena comida a los cadetes, sin que la **burocracia** se te venga encima; sin que te entorpezcan tu labor". Y este disco lo ponía yo a todo compañero que fuese a lugar donde se requiriera esa clase de actividad.

Pero volviendo a mis experiencias en el campo militar "La Boticaria"; puedo asegurar que el jefe de una corporación que cuente con una extensión de tierra de unas cuantas hectáreas, puede hacer bastante en beneficio de su gente, sin que se perjudique en lo más mínimo el servi-

cio. Yo no pude lograr gran cosa porque tardé en descubrir la facilidad de explotar la tierra y auto abastecerse de carne; todo para lograr una buena alimentación.

Cuando fui relevado, se habían despedido ya dos "escalones" de conscriptos. El mando de año y medio me dejó muy satisfecho. Estuvieron "bajo banderas" hijos de profesionistas, de comerciantes, de estibadores, y carretilleros, haciendo vida común con un numeroso grupo de humildes campesinos. Hubo unos que aprendieron a comer con cubiertos, a dormir en cama, a tener aseados los servicios sanitarios, a vestir con propiedad y a formarse un claro concepto de la patria. Estos fueron los que habían llegado de lugares lejanos por la sierra de Puebla; muchos regresaron al poco tiempo, para prestar servicio en la Armada.

En una ocasión, teniendo de visita al general Jara, un joven conscripto que dejó, por un año sus estudios, para cumplir su servicio, fue designado para hablar, sobre sus impresiones respecto al servicio militar, para lo cual se revisó su escrito que era una magnífica pieza oratoria. Fue aplaudido; pero no se bajó de la tribuna, desde donde pidió hacer una petición al señor secretario de la Marina, "en nombre de sus compañeros". En síntesis pedía que el vestuario no fuese tan escatimado, sobre todo el calzado (acababa de ser reducido de dos a uno pares de zapatos al año). El muchacho consideraba que los esfuerzos de sus jefes eran encomiables puesto que estaban a la vista. Decía que la cantidad de comida era suficiente, pero debía ser mejor condimentada y mejor presentada. Esto hizo que el general no tratase de hacer aclaraciones o, simplemente abordar el asunto de la atención a los muchachos. Después que habló el abogado en cierne el ministro me dijo: "Bueno ya sabe usted, adornarles muy bien la comida".

El general Jara me tenía desconcertado. Él era para mí un respetable revolucionario, con



muchas cualidades. Aparte de su honestidad a carta cabal, tenía cultura y facilidad de comprensión. Pero cuando se contrarió, al saber que un muchacho se había lastimado un pie con un erizo, porque se hizo un desembarco con los zapatos colgados al hombro, me puso a meditar sobre su capacidad.

Lo que pasaba era fácil de comprender: les ministraba un par de zapatos por año a quienes tenían que soportar marchas diarias y el uso constante. Resolvimos a medias el gravísimo problema contratando como sargentos a dos zapateros remendones y se puso como ayudantes a dos de los conscriptos que se sabía no llegarían a poder marchar. Se compraba suela en el pueblo llamado Naolinco, de donde eran algunos de los muchachos. Estar renovando suelas y tacones era una constante faena, a pesar de que se les ponían estoperoles. Cuando dije al general que de hacer un desembarco con los zapatos puestos sería tener descalzos a los muchachos al poco tiempo, se quedó pensando. Entonces creí que se aumentaría de inmediato la ministración a dos pares por año por lo menos; pero no fue así. Había que estar haciendo milagros

### *Contratiempos y éxitos*

Estando con el mando del primer batallón de conscriptos, se organizaron unas maniobras. Para el entrenamiento tuve que atender a dos aspectos: uno, el de mandar la columna de desembarco entre los puntos Mocambo y Boca del Río, dado que mi batallón era la fuerza principal de choque. El otro sería dirigir el tiro naval sobre enemigo supuesto. Se contaba con el buen equipo de oficiales del batallón. El desembarco quedó bajo el mando de mi segundo comandante, quien contaba con la eficiente colaboración del mayor Mariano Saynes que, por entonces, dirigía

un curso para oficiales del arma, teniendo como recinto el mismo de "La Boticaria".

Se contaba con tres cañoneros. Había oficiales a quienes gustaba el asunto artillero y eso haría que se tuviese éxito. Mi designación para preparar el ejercicio de tiro fue, probablemente, por los antecedentes que existían, respecto a mi entusiasmo en la especialidad, y el entonces teniente Uribe Escandón, muy dedicado a la artillería, que estaba en el Estado Mayor, probablemente fue quien me propuso. Me di con entusiasmo a la tarea de vigilar el entrenamiento. Ya había tenido yo el mando de dos cañoneros, y a la mayoría de los artilleros los conocía. Mi reglamento lo habían leído los apuntadores y los sirvientes de alzas, único personal que no puede ser improvisado de entre los sirvientes que manejan una pieza de artillería. Escogí el Querétaro para embarcarme, ya que en esos días no tenía oficial artillero y yo asumiría ese cargo. Se había previsto que se disparasen cuatro proyectiles por boca de fuego. Eso era una cosa insignificante, por lo que pedí al vicealmirante Mario Rodríguez Malpica, quien se encontraba embarcado durante las maniobras, hacer más disparos, por lo menos diez por boca de fuego, lo que consintió dado su buen criterio.

Las dotaciones de las "piezas" ya sabían que los primeros disparos serían solamente de salva, para "calentar el ánimo"<sup>1</sup> y templar los nervios de los artilleros. Comisionó al gran comandante Antonio Cortés Acosta, a quien había relevado en Isla Margarita en 1940, según se ha expresado en capítulo anterior, para que dirigiese la construcción de tres "blancos" con alfajillas de madera de piso, sobre tambos, a guisa de flotadores, y dimensiones de cinco metros en longitud y tres de altura. Dichas alfajillas no deberían estar separadas, una de otra, más de noventa milímetros. No necesité hacer recomendación especial

<sup>1</sup> *Ánima*: parte hueca de las armas de fuego, incluyendo la superficie interior.



en lo del desembarco al segundo comandante del batallón, ni al Mayor Mariano Sines.

El tiro se efectuó como a 20 millas de la playa, quedándonos el blanco, por la banda de estribor a cinco mil metros de distancia.

Se recogió un 21 por ciento de blancos en sesenta disparos entre los tres barcos: eso fue contando los impactos. Además, podían contarse como "blancos" los "piques" que quedaban del otro lado de las pantallas (blancos) dentro del llamado "espacio batido", o sea lo que podía pegar en supuesta chimenea, palo o puente en caso de un blanco con dimensiones de un cañonero.

Iba a bordo el general de brigada Sánchez Acevedo, jefe de Estado Mayor de la zona militar en Veracruz, un prestigiado miembro del Ejército quien quedó muy bien impresionado de nuestro ejercicio. Nunca había presenciado un ejercicio de tiro naval. Me felicitó. Entonces le conté lo que en 1938 había sucedido en Guaymas. Cuando hacía el primer ejercicio, había subido un general de aquéllos que usaban bigote a la káiser y no soltaban la pistola y el fute. El blanco era al garete y muy pequeño. Me empeñé en explicarle que para lograr una buena "salva", no era necesario que el "blanco" quedase hecho pedazos, aun cuando ese era el objeto; solamente con que un pique cayese detrás del blanco y los otros dos por delante, o viceversa —en una salva— esto quería decir que aquél quedaba "centrado"; el tiro sería entonces muy bueno. Pero a pesar de mis explicaciones, cuando fuimos a recoger el susodicho blanco, el general me preguntó: "¿qué no le pintan circunferencias? No supe qué contestarle de pronto; y repuesto de mi asombro le dije: "Mi general; en este caso de tiro naval, todo el "blanco" se considera dentro de un círculo". Pero recordé, que las artillerías de Villa, Obregón, y la que actuó en el sitio del Ébano eran mandadas por Ángeles. Servín, Bazán, Kloss, Gómez; otros artilleros de estudios. Los de Infantería, quienes decidían los combates, eran hom-

bres rudos que muy pocos habían tenido oportunidad de cultivarse en el campo de la profesión que adoptaron, por lo que todavía, en esos años de los treinta, los teníamos como comandantes de zonas militares.

Así como teníamos éxitos, realizando un ejercicio de tiro que nunca antes se vio, y hasta la fecha no se ha vuelto a ver y, habiendo hecho unas maniobras, de desembarco que resultaron a la perfección; se tuvo un gran contratiempo.

El general —ministro— había mostrado contrariedad al saber que en las prácticas de desembarco, un marinero se había lastimado un pie por ir descalzo y, de la misma manera dejó ver su disgusto al enterarse de que nuestro armamento estaba deteriorado. Se trataba de fusiles que la Defensa Nacional tenía como desecho y consideró que era algo bueno para conscriptos".

Me extrañaba sobremanera la actitud del general y me lamentaba de que hombre tan sensato quisiera ignorar que al batallón se le había dado algo ya muy deteriorado y creer que podíamos arreglarlo siendo ese trabajo para talleres especializados.

Para mí era un contratiempo, tener que esforzarse en hacer ver a don Heriberto, algo que no necesitaba la más mínima explicación.

### *Conspiré contra la superioridad*

Terminaba el año de 1946; con el cambio de gobierno era seguro un movimiento de ministros, y con estos, infinidad de funcionarios y mandos tanto en el Ejército como en la Armada. Tuve que dejar el batallón. El nuevo presidente de la República, licericiado don Miguel Alemán, puso de secretario de Marina a uno de los jefes a quienes llamábamos los viejos, (muchos no llegaban a 60 años).

Luis Shaufelberger era el nombre del nuevo ministro, a quien antes he hecho referencia; hombre de corta estatura, no era arrogante ni arres-tador, pero tenía una gran desconfianza de noso-



tros; siempre pensaba que las sugerencias, cuando llegaban de abajo, eran malintencionadas. No era posible lograr algo propuesto en bien del servicio. Esto, seguramente, era consecuencia de lo acontecido en los años 32-33, cuanto tuvo lugar el movimiento que el ex-capitán de navío don Juan de Dios Bonilla, en su libro *Historia de la Marina* llama "movimiento sedicioso". Cosa inexacta, puesto que el cambio de mando y demás modificaciones en nuestro Departamento —motivos por los que el autor se expresa como queda escrito— habían llegado por órdenes de la presidencia de la República a sugerencia del general Plutarco Elías Calles.

El día primero de enero de 1947, el secretario de Marina, Luis Shaufelberger, cambió al comandante de la Armada, y el sustituto, comodoro Roberto Laurencio, ordenó que se me relevase del batallón, para que me sustituyera uno de los jefes de Infantería de Marina que habían pasado a ese cuerpo ascendidos al grado inmediato, procedentes de varios servicios, principalmente escribientes. El día primero de diciembre se recibió el mensaje ordenando mi relevo.

Tuve la satisfacción de haber salido con bien en mi trabajo de jefe y educador. El año y medio de comandante de batallón, me dio experiencia; me dejó inquietudes y la que más mella hizo en mí, fue la falta de vivienda para oficiales. Estos tenían que presentarse al toque de diana, aunque fuera chorreando agua, como sucedía en los meses de lluvia. Cuando me trasladaba a la capital para recibir mi nueva comisión me iba haciendo "castillos en el aire", con la esperanza de que se aprobara el proyecto de hacer casas para oficiales y el establecimiento de una granja, para beneficio del personal. Ambas cosas eran resultado de mi observación, desde mucho tiempo atrás, sobre nuestras necesidades, puestas de manera evidente en "La Boticaria".

Por supuesto, nada lograría en esos días. Necesité esperar 12 años para realizar algo y, lo

poco que lograra serviría para que otros se hicieran propaganda, publicando en páginas de una revista oficial, las obras de la "colonia de la Armada" como logro de un departamento que, en ese tiempo, se estaba creando con el nombre de "Seguridad Social". ("Nadie sabe para quién trabaja", reza el refrán). Con el tiempo me he preguntado: ¿Cómo fue que se pusieron a crear un departamento con nombre pomposo, para no hacer absolutamente nada efectivo, si habían visto que una colonia se había realizado sin oficinas, sin tanta muchacha uniformada, sin tanto aparato?

Observé en la Boticaria, cómo eran las construcciones semipermanentes, estudié cómo trabajaban las través de concreto, los cerramientos, los castillos y demás elementos de la estructura; pregunté al ingeniero, el Chato Mansilla, sobre el comportamiento del fierro, cómo debía usarse un losas, trabes, dalas, cantilbers. El interés que había sentido en Isla Margarita (1940) por la construcción renacía; veía que era cosa fácil y bonita. Eché mano de unos apuntes de "resistencia de materiales" que tenía en mi biblioteca, y medio me preparé para la primera oportunidad que se me presentara.

Me despidieron los oficiales del batallón con mucha cordialidad, había llegado a sentir gran afecto por ellos. Como he asentado, eran escogidos; buen número de ellos habían estado en el Colegio Militar. Recuerdo con afecto a Fougier, Saynes, mi segundo Payán, Rodríguez Iturralde, Pino Payás, González Deschamps, Boscó Deshanoux, Ramírez de Arellano y otros. Lo malo estaba en los que ya eran coroneles y tenientes coroneles, quienes sin haber mandado gente habían pasado a comandantes de batallón. Por esta circunstancia, por esa falta de personalidad militar, que en ellos velan los oficiales subalternos, hubo en los otros batallones, gran cantidad de procesos militares.

Salí para México a tomar la sub-jefatura del Estado Mayor Naval de la Secretaría de Marina;





esto sucedía a principios de 1947. Me quedé como jefe interino del citado organismo en sustitución del entonces capitán de fragata Luis Bravo Carrera, quien pasaba al Estado Mayor de la presidencia. Esta sería la segunda vez que relevara a Bravo.

El Estado Mayor de Marina, era entonces como una sección de trámite burocrático; ahí nada que se propusiera se aceptaba; no había mas que obedecer los caprichos de un señor, fueron los de entonces, días de crisis. Los guardacostas estaban imposibilitados de prestar servicio, otro tanto sucedía con los cañoneros, que se volvían a encontrar en el mismo estado que como lo estuvieran antes de ir a reparar en San Francisco en 1943. Nuestros diques secos, el varadero y el arsenal estaban, prácticamente sin presupuesto. El presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, tenía buenas intenciones en ayudar a la Armada, pero no se le proponía un plan coherente, bien fundamentado. Nuestros altos jefes no tenían la personalidad requerida para influir sobre el mandatario; además de que todavía subsistía el tabú del Ejército, el que había dejado la Revolución, y era atendido mucho mejor que la Marina. Todavía existían generales de tres estrellas que se enfrentaban a los presidentes quienes además de contar con los bríos del hombre que está en la plenitud de la vida, se hablaban de tú con los altos funcionarios. Habían convivido en el vivaque. Nosotros no teníamos a hombres que se impusieran, aunque no hubiesen estado en la toma de Zacatecas ni en Celaya.

Por esos días llegaba un amigo nuestro, norteamericano, descendiente de judío alemán que había hecho un barco, de una construcción perfecta, El Halcón. Aquél hablaba, perfectamente el castellano, conocía muy bien el estado de nuestra flota. Sabía que en nuestros talleres existían dieciséis motores de la marca General Motors, nuevos, que se podían montar a los guar-

dacostas. El general Jara había ordenado la compra de esos motores sin propósito definido, y en tal ocasión calan como anillo al dedo, ya que los motores MAN de los guardacostas, con 1500 caballos de fuerza, estaban hechos polvo por razón de que la guerra había hecho imposible la adquisición de refacciones. Los motores G.M. eran de menor caballaje pero podían proporcionar, a los barcos, una velocidad de 12 nudos, como quedó demostrado con haberlos montado en el G.C. 28, cosa que llevó mucho tiempo. El trabajo de montaje fue muy bueno pero el barco perdió estabilidad, aunque no representaba un defecto irreparable.

Rask, como se apellidaba nuestro amigo, propietario del astillero en San Diego, era un individuo íntegro, parecía un caso sui generis. Algo muy raro que como hombre de empresa —acaudalado— tuviese aversión por la "mordida". Se esmeraba por dar facilidades, haciéndonos ver con su actitud que cuidaba más de nuestro tesoro nacional que los mismos mexicanos. Se comprometía a trasladar a remolque los barcos, cargar con los motores que debían montarse, lastrar aquéllos de manera de compensar el peso que se perdía al cambiar los motores, para que se obtuviese la estabilidad que se tenía de origen. Además: se repondrían las planchas del casco que lo requiriesen, y se arreglarían cámaras y cocinas. También se haría revisión general en el sistema de gobierno por expertos de la compañía inglesa, de la cual los había obtenido la compañía Euzkalduna —armadora de los barcos—.

Todo esto sería para ocho unidades ya que al G.C. 28 se le habían montado y el G.C. 24 se había hundido. Costaría la increíble (irrisoria) cantidad de un millón de pesos mexicanos, que al cambio de entonces, eran como 40 mil dólares. Era un regalo, y a la fecha la única explicación que puede darse a esa actitud de Rask es, que este trataba con quienes eran "mirlos blancos", y de esa clase habían sido quienes intervinieron



en la compra y construcción del Halcón, que muy buen servicio prestaría en la vigilancia de la pesca.

Con entusiasmo expuso el asunto al ministro-almirante Shaufelberger. Pienso ahora que hasta eufórico iba yo a darle la buena nueva, pero, sin inmutarse, sin afectarse, con toda calma, me dijo: "no señor". Me quedé anonadado. Era una bella oportunidad de poner en servicio nuestras nueve unidades con un costo total de un millón de pesos y la garantía de que la General Motors nos surtiría de refacciones en abundancia; pero don Luis Shaufelberger llevaba siempre la contraria, y sin decir algo que nos hiciese ver por qué se negaba a nuestras sugerencias de mejorar algo, su negativa era terminante.

El eterno círculo vicioso de aumento de salarios y subida de precios, estaba en este punto regido por esos días en 1947; habían subido los precios del comercio, sobre todo, los artículos de primera necesidad. Llevé al secretario un escrito donde se sugería pedir a la presidencia aumento para la "Ración de Armada". No tuve éxito.

Veíamos que nada positivo había; íbamos camino a nuestro estado lastimoso en que nos habíamos encontrado en el tiempo de don Joaquín Amaro, árbitro de nuestro destino siendo secretario de Guerra y Marina. ¿Para qué habíamos luchado y, para qué se habla creado una Secretaría que manejara los asuntos del mar?

Pero en esos días de tribulación, como cosa providencial, me encontré a un amigo toluqueño de la infancia, el doctor Carlos Garduño, que era médico de la familia Alemán. Platicando de nuestras desventuras en la Armada, me propuso que me conseguiría una entrevista con el señor presidente, por conducto del secretario de la presidencia, el licenciado Rogerio de la Selva. Como se tenía el antecedente de 1932 (la entrevista con el general Calles y, siete años después, con don Lázaro Cárdenas), ya todo se valía en ese tiempo en que estaban metidas las fuerzas arma-

das en el PRM. Pensaba yo que los generales, hasta de tres estrellas, eran los principales políticos, y así las cosas, no estaban fuera de lo debido que un militar señalara lo que no cuadraba con los lineamientos de la política del régimen; y lo que yo haría al hablar con el presidente Alemán, sería solamente señalar una falta de atención a la Secretaría de Marina, admitida con franciscana resignación por parte de nuestros directivos.

Mi amigo Garduño me presentó con el licenciado de la Selva, quien, como secretario de la presidencia, tenía ascendiente sobre don Miguel Alemán. (Debe haber sido un tipo muy inteligente De la Selva, para que no habiendo sido mexicano de nacimiento, sino nicaragüense haya logrado colocarse en puesto tan importante. Desde luego que era de los compañeros de juventud del presidente y no tenía la pretensión de brincar a la silla presidencial. Fue cauto, como asesor acertado, en sus sugerencias, aun cuando estas fueran en contra de los intereses de otros altos políticos, que con aviesos procedimientos sorprendían, o trataban de sorprender, al presidente progresista.

Le traté al licenciado De la Selva sobre lo precario de nuestro presupuesto, lo lamentable de que nuestros jefes no expusieran valientemente al primer mandatario nuestras carencias, y la necesidad imperiosa de tener una flota digna de un país como México, nación que se encontraba en plano de desarrollo social y económico, que le exigía gastos del presupuesto para material flotante, como en el que se mantenían, Chile, Argentina, Venezuela, Colombia, Brasil y Perú. Países conscientes de que en un momento dado necesitarían de una flota, y por ello trataban de mantenerla en buenas condiciones, aunque fuera con sacrificio en el presupuesto de otros ramos de la Administración Pública.

Cuando don Miguel Alemán me recibió, le dije poco más o menos: "señor presidente: no creo tomar el papel de un delator; vengo a ex-



poner la realidad de la Armada y todo lo que usted oiga de mí, ya lo he expresado a los altos jefes. Estoy dispuesto a responder delante de ellos lo que se me interrogue, como consecuencia de lo que ahora expondré”.

Expresé lo relativo a los guardacostas, lo de la miserable cantidad que se pasaba para ración de la Armada; la inactividad de nuestros talleres; así como del poco caso que se había hecho de mis proposiciones para completar las estaciones de tiro. También me referí a lo que había hablado con el presidente Lázaro Cárdenas en las postrimerías de su mandato; recordando que de todo lo expuesto, lo único a que había hecho caso el señor había sido lo referente a creación del Departamento Autónomo de Marina; habiendo ordenado tramitarse el asunto, en tanto que pasaba mi escrito al jefe de la Armada.

don Miguel prestó atención a lo que expuse y al poco tiempo quedé admirado al ver un aumento en la “ración” de la Armada, uno de los puntos a que me referí. Preguntó sobre la reparación de los guardacostas y le dijeron que en Salina Cruz, en nuestro dique seco, se iban a arreglar. Era el eterno mentir, la gran habilidad para engañar al mandatario y hacerle creer de una eficiencia en el trabajo que en realidad es una mentira.

Como coincidencia, el día en que hablé con el presidente Alemán, llegó el capitán de navío Zermeño: dejaba la comisión que había tenido en Mazatlán como director de la Escuela. Entonces me relevó en el Estado Mayor, y no se me designó nueva comisión. Al saberlo el presidente, quedé, oficialmente, como Asesor de Marina en la presidencia.

El “título” de asesor se oía bien, pero no tenía yo ninguna remuneración especial, de modo que no era muy atractiva la chambita. Esto hubiese sido una gran oportunidad para los que se saben meter por todas partes, los que sacan partido de las más insignificantes posiciones en palacio, los que les dicen “patrón” a todos los

personajes que allí llegan a ver al primer magistrado. Pero para quien lleve consigo un ideal, para el que tiene dignidad, la posición es molesta si solamente se le da un “hueso” que debe roer, rodeado de sirvientes de varias categorías que siempre andan a los codazos unos a otros para granjearse la gracia de los de arriba.

Me sentía muy mal porque no tenía oficina; opté por quedarme en mi casa y me dediqué a hacer algunos apuntes de artillería; pensaba escribir algo más sobre tiro naval; sobre la historia del mismo a través de las grandes batallas navales que han señalado los cambios en la historia de las naciones. En esos días, cuando me necesitaban de la presidencia me mandaban llamar telefónicamente, por conducto del oficial mayor, el entonces caballero Roberto Amorós, o por el del jefe de ayudantes, teniente coronel Piña Soria.

Mientras tuve esa comisión se me dieron tres trabajos a estudiar para dar mi parecer: uno sobre pesca, otro sobre tarifas aduanales y, el principal, sobre la creación de una “autoridad portuaria”. Mi informe sobre esto último, lo rendí después de un mes. Me puse a ver algo de economía política e hice viajes a Manzanillo y Veracruz. En este puerto, traté con todos los navieros, hablé con mi amigo el entonces director de la aduana Cristo Lapiere; con los directivos de estibadores. Hice un cómputo de intereses, inconvenientes, ambiciones, medios de trabajo y, sobre todo, tuve grandes pláticas con el capitán de puerto. Mi parecer, en resumen, fue que ya la autoridad portuaria existía, (las capitanías de puerto). El asunto se reducía a respetar las leyes y hacer a un lado los intereses egoístas de todas las partes concurrentes en las actividades del puerto.

El proyecto lo presentaba un agente aduanal de la frontera, apellidado Rodríguez. Posteriormente a los 20 años, otro proyecto semejante se trató sin ser rebatido. Durante el sexenio de don Gustavo Díaz Ordaz, se realizaron viajes al



extranjero promovidos por la Secretaría de Marina. Había coqueteo por parte de la misma, que esto organizaba con los dirigentes de los sindicatos, principalmente el de estibadores, a quienes enviaron para que viesan funcionar otros puertos. Entonces escribí yo en la Revista Basta, que lo de "autoridad portuaria" era "albarda sobre aparejo". Dije: "Ya la autoridad existe en las Capitanías de Puerto, solamente hay que respetarla. Pongan de acuerdo navieros, aduaneros y maniobristas, y se verá que no es necesario crear otro organismo burocrático". Me parecía ingenuo el propósito de la Secretaría. Ingenuo, repito, si es que era bien intencionado. Los estibadores sonreían al saber de semejante embajada: gente con tantos años de experiencia no necesitaba ir a puertos extranjeros para saber lo que convenía en los de su tierra.

Cuando el asunto ya no tenía alternativa por parte de los estibadores, me dijeron que me propondrían para presidir el nuevo organismo en Veracruz. Les dije: "Pero ¿cómo puede ser, si yo voy en contra de eso?". "De todos modos", me contestó la persona autorizada que me exponía la buena nueva "si se llega a crear, nadie más indicado que usted". Agradecí mucho a los estibadores su amistad y confianza para mi persona; pero la cosa resultó como era de esperarse: no podía ser de otra manera. ¿Acaso el gobierno alguna vez se había equivocado? "No faltaba más"... y al nuevo e inútil organismo se le bautizó con el pomposo nombre de "Comisión Coordinadora de Puertos". Y el representante, en Veracruz, no sería el propuesto por ningún sindicato ni empresa privada. El nombrado forzosamente, según nuestro sistema, tendría que ser un enchufado en la maquinaria política, algún tipo identificado con el teje maneje de nuestra sucia administración pública. Imposible que fuera un hombre de sanas intenciones. Resultaría la tan mentada "coordinadora" un agujero más de los mil y uno por donde rodara el dinero de la nación.

Serviría para seguir aumentando nuestro sinnúmero de departamentos. Se conseguiría un refugio más de chambistas amigos de los amigos de los que desgobiernan la nación.

La coordinadora de puertos era uno más de los pensamientos extravagantes que tomaron forma para ocasionar grandes gastos, aumentando con ello la inconformidad de la opinión pública. Es una herencia para el sucesor de Luis Echeverría, algo que contribuye al despilfarro despiadado, causante de la devaluación de nuestra moneda. ¿Cuánto podría asignársele al relajo de la coordinadora como contribuyente a nuestro inmenso desfalco, que al estar revisando este escrito asciende a la bonita suma que sobrepasa a los 26 mil millones de dólares, los que traducidos a pesos y escritos con letras mayúsculas serán algo así como **600 mil millones?**

De manera que con mi intervención ante los primeros intentos de crear una autoridad más en los puertos en 1947 aquéllos fracasaron. Mi ingerencia ordenada por el presidente Alemán y mi informe salvaron la nación por más de 20 años, de mantener una rémora burocrática exprimidora del erario. Pero no aguantó más de dos décadas, estaba latente la amenaza, en 1947 no había tanta gente ambiciosa, tanto aborazado deseo de que se crearan nuevos "departamentos" y direcciones como los que parió el régimen de Echeverría, que tenía sus acaparadores de magníficas chambas. No iría el maniático a buscar muy lejos al que de mil amores se pusiera al frente de tan disparatada coordinadora que, para eso ya habían pasado muchos años de experiencia, la de que "somos buenos para todo". "Los maravillosos jilgueros de México son genios"; de simples pájaros cantores, a brincos gigantescos pasan a ser extraordinarios administradores, destacando en sus especialidades, vr.gr. el coordinador de puertos que abarcó, en el nefasto sexenio, todo lo del mes sin que le faltaran sus pescaditos.



## Agregado naval en Canadá

No fue mucho lo que tuve de trabajo en la presidencia de la República; ya estaba deseando embarcarme, cuando ¡oh sorpresa! recibí un llamado telefónico en mi casa. Me debería presentar "al jefe de ayudantes del presidente". Debería ir con Piña Soria. El asunto era recibir órdenes para salir como agregado naval al Canadá. Muy bien estaba la cosa, no eran mis intenciones aprovecharme de estar cerca de la presidencia para pedir un puesto. Desde luego que me alegraba ir a un país que yo admiraba. Había leído sobre ese bello país septentrional lo suficiente para tener un algo concepto del mismo. Yo no había pensado siquiera en gestionar un puesto como el que me daban. Ya estaba acostumbrado a ver que esas comisiones eran para los "paniaguados".

El ministro de Marina había llevado al c. presidente una terna para escoger a uno con destino a Canadá; era una agregaduría que se creaba. Me dijo Piña Soria que, cuando el presidente vio la tarjeta con los nombres, de los propuestos, de inmediato la dejó caer al escritorio y dijo "ya tengo candidato para esto".

Sentí una muy sincera gratitud para con don Miguel Alemán; que me distinguía de manera tan especial sin haberle pedido algo de beneficio personal. Me daba la oportunidad de conocer ese lugar tan interesante. Admiraba yo la organización castrense de ese país. Sus destroyers y cruceros me parecían de los más bonitos. Tendría oportunidad de visitar sus "bases navales y aéreas".

Me llevé a mi hijo Álvaro que entonces tenía 13 años; lo saqué del colegio Williams de México, y fue a parar a otro internado en la Universidad de Ottawa. En esos días eso era sumamente barato, 60 dólares mensuales. Una gran oportunidad para que un muchacho aprovecharse el aprendizaje de idiomas. Pero eso no nos duraría más de seis meses. Insólito era en esa época hacer economías, que fue a lo que obedecería mi

cese, como el del coronel Gurza, nuestro agregado militar en ese lugar.

Desde que llegué, me dediqué a la traducción de leyes y reglamentos y, en general la organización de la Armada Canadiense. Pero eso lo hacía en mi departamento, ya que la cancillería era un tugurio donde no alcanzaba yo escritorio. Poco más que un cuarto redondo, en que estaban metidos los seis o siete miembros de la embajada, y para el titular se había colocado un cancel que separaba un rincón. Un pedazo como de seis metros cuadrados se destinaba para la oficina del embajador.

Cuando llegué se encontraban al frente de la embajada, como encargado de negocios, un diplomático de carrera. El que la hacía de su segundo era un tipo estirado y un tanto ridículo, como son la mayoría de esas gentes. No quise averiguar su jerarquía y la equivalencia que le correspondía, respecto a los grados militares, para asuntos de protocolo. En dos ocasiones se quiso meter conmigo y lo mandé al diablo con malas palabras. Pregunté a mi amigo el coronel Gurza sobre el empleo del tipo y me dijo que era algo así como un "gato de cierta categoría".

El encargado de negocios, señor Vázquez Tres Erra, trataba muy mal a la secretaria. Esta mujer, viuda de un militar norteamericano, que me hacía, en un principio, trabajos de mecanografía carísimos, era por haberla mal aconsejado los dos señores antes mencionados. La predispusieron contra los agregados militar y naval; y todo, provenía de que ganábamos "sueldos fabulosos" comparados con los de ellos.

Esta mujer —sonorense—, íntima amiga de la famosa Titina Calles, hija de don Plutarco Elías Calles, tuvo un accidente viajando en el tren. Entabló demanda contra la compañía y, en el embajada, lejos de apoyarla, le sabotearon sus gestiones. La señora estuvo encamada con motivo del accidente. Un día vi en su escritorio una gran cantidad de correspondencia, pregunté por



qué no se la enviaban, y me contestaron que no había mozo especial para ello. Esto me hizo decir unas claridades a aquéllos despiadados diplomáticos y comentar con Gurza esa falta de consideración, aunque éste, con tanto tiempo en embajadas ya también se había vuelto medio egoísta. Me enteré del domicilio en que se hospedaba la señora (Julieta Maldonado se llamaba), para llevarle sus cartas: algunas resultaron ser de su hijo. Me pidió un cigarro y salí a comprarle un paquete que se empeñaba en pagarme. Esto, tan fácil de satisfacer, que no representaba el menor sacrificio, fue tomado por la señora como rasgo de generosidad. Eso le llenaba de emoción y se hizo mi gran amiga. Ya no quería cobrarle por los escritos a máquina y las traducciones, lo que me ponía en un predicamento porque no podía prescindir de sus servicios. Al fin, la convencí de que tomara algo como remuneración, ya que de no hacerlo, por otro lado pagaría yo el trabajo. Llegué a conocer a sus hijos, un varón de 17 años y una jovencita de 14. Como el mundo es muy pequeño, años más tarde, mi hija y la chica se hicieron amigas por serlo los pretendientes de ambas. Ahora son dos matrimonios con íntima amistad. En una ocasión, asistimos doña Julieta y yo a una recepción donde la concurrencia era gente muy jovial. Se le subieron las copas a mi compañera de sarao y se le avivó su resentimiento contra su opresor de la embajada, no bajándolo de pendejo, y nada hacía yo por contener a doña Julieta que mucho me divertía...

Me había hecho amigo de un piloto aviador (Wing Commander) Frank Belt, hijo de ingleses y nacido en Argentina. Su padre era nacionalizado canadiense, y Frank, por supuesto, también tenía esa nacionalidad. Por gestiones de ese oficial hice un recorrido a las bases aéreas. Ese viaje no lo hizo el coronel Gurza, probablemente porque no era aviador, y mi caso era el resultado de una cortesía por la amistad con Belt. Las bases aéreas de los canadienses con su gran cantidad

de aviones, sus laboratorios y centros de entrenamiento, me recordaban las norteamericanas. No había la superabundancia de elementos con que contaban los yanquis, pero su organización era una cosa perfecta.

Me impresionó ver en servicio a un jefe mutilado, a otro lo había visto cuando comí en casa del gobernador, el mariscal Alexander. Hacía poco que había terminado la guerra: jefes muy jóvenes habían ganado los galones en las batallas, pero también los viejos eran útiles y no se desperdiciaba esa experiencia. De manera que en una base veía algo que parecía dualidad de mando, pero no había tal. En perfecta armonía, al hombre recién ascendido unía sus energías a la experiencia del colega. Como tenían una perfecta organización no había conflictos. Eso lo comenté con mi amigo Belt, quien hablaba perfectamente el castellano, ya que había nacido en Argentina.

Vi en Canadá un país completamente pacífico, por lo menos en la parte donde dominaba el sajón. Un país donde se trabajaba todo el día, y nada de semana inglesa, ni jornada de ocho horas. Por eso su moneda en esos días estaba por encima del dólar norteamericano.

Las mujeres me parecieron preciosas: En esa tierra abunda la belleza entre las de ascendencia sajona, pero cuando una francesita destaca, luce como un lucero. Mi compañero, el coronel Gurza Farfán, tenía una enamorada de esa raza, que podría opacar a cuantas estrellas de cine había en esa época.

Cuando la Segunda Guerra, que salieron tantos hombres a pelear a Europa, hicieron falta empleados en las oficinas de gobierno. Entonces llegaron a Ottawa, procedentes de la provincia, muchachas que serían empleadas de gobierno, unas crearon intereses, fomentaron amistades por lo que siguieron en la capital. De manera que para 1947 la mujer abundaba. Había una casa donde se hospedaban trescientas chicas solteras. Quien quería hacer amistad, saliendo a



pasear con una de las huéspedes, el trabajo era hablar por teléfono y hacer la cita. Ahí, como en Estados Unidos, la mujer gozaba de mucha libertad y, por supuesto, de garantías.

Se había hecho amigo mío un argentino a pesar de que yo trataba de rehuir el andar con un tipo relamido y lerdo, bailador de tango; pero él me buscaba y se me pegaba como si viese en mí un personaje de gran importancia. Él era algo así como ujier de la embajada Argentina, pero se decía agregado comercial. Para asunto de faldas, era apto. En una ocasión, estando en el hotel principal, se le ocurrió darme una sorpresa; sin enterarme, hizo cita con las chicas de la pensión donde se hospedaban las 300, y me hizo manejar hasta la puerta de ese "paraiso". Las muchachas que esperaban —unas verdaderas bellezas— eran de origen francés, lo que favoreció a mi amigo porque hablaba un poco ese idioma, y de inglés no sabía ni jota. El sujeto echó a perder todo. Ledesma, que así se llamaba, se puso a hablar conmigo en castellano en casa de unas amistades donde nadie lo entendía y los anfitriones se incomodaron al ver que aquél, a pesar de mis insinuaciones de que hablase en francés, no lo hacía. Estaba tan pesado el tipo que me causó molestia y opté por retirarme. Salí en forma violenta y al mover mi automóvil desprendí una chambrana de una puerta de la casa que, como la mayoría en esos lugares, era de madera. No me detuve y me imaginé de inmediato que a Ledesma lo apalearían.

La muchacha que me había acompañado indagó en la embajada mi teléfono, y como a los tres días me habló gozosa por lo sucedido en la casa de sus amigos. Cuando volví a platicar con ella, me contó —entre risas— que el citado Ledesma no sabía qué decir ni qué hacer cuando salí, quiso pedir disculpas y no le entendieron su francés que intentó hablar cuando salió de la casa. Su compañera no lo quiso acompañar. Dije a la muchacha que indagara el precio de la repa-

ración del desperfecto que había yo causado en la casa y la contestación de los propietarios fue que me invitaban para la fiesta de Navidad; que me recibirían con mucho gusto suplicándome que no faltara, pero sin Ledesma.

Ese suceso de tan poca importancia, me había preocupado; pensaba que hasta en el periódico podría aparecer como destructor de propiedad ajena —sería un escándalo—. Afortunadamente no les molestó. Por lo contrario, me hacían otra invitación.

Salí ganando una amistad por la audacia de mi amigo el argentino; la chica que conocí que con toda gentileza se ofreció darme clases de inglés.

En muchos aspectos, Canadá es un país de grandes atractivos. Sus paseos a los montes cercanos a Ottawa, en los que proliferan los pequeños lagos; sus casas de campo, rústicas, llamadas "cottages" (o cotichs escrito como se pronuncia), y su nieve en el invierno, son cosas seductoras. Su austera ciudad capital, donde a diario toca el Carillón, que se encuentra en la preciosa torre cercana al "Chateau Lorie"; uno de los más bonitos hoteles que he conocido; todo esto, me proporcionaba una impresión que no la sentí en ninguna ciudad de Europa; ni siquiera en Londres.

El civismo de los canadienses me hacía pensar que ahí no se trataba nunca sobre campañas contra el ruido; y creo que esa fisonomía de país muy civilizado, no se haya perdido, a pesar de que en los últimos años, sus primeros ministros me han parecido gente falta de seriedad.

Los canadienses tienen la gran ventaja de que su país nunca se verá sobrepoblado, debido a lo inmenso del territorio para su pequeño número de habitantes. Es un país de privilegio. Si en los últimos años se ha hablado de disturbios y amenazas contra la paz, esto no es más que el virus, como un fenómeno cósmico, que viene contaminando a la humanidad. Estuve de agre-



gado solamente seis meses. El 24 de diciembre de 1947 nos llegó, tanto al coronel Gurza como a mí, el telegrama de cese. Como cosa muy extraña, en ese sexenio de don Miguel Alemán en que se gastaba tanto dinero, se les ocurrió hacer economía; quitaron el 50 por ciento de agregados militares que eran como 15, quedaron siete u ocho; los navales éramos tres y solamente quedó el de Washington. En esto yo fui víctima porque quien estaba en París con ese cargo, llevaba ya como tres años, y el que se quedó en Estados Unidos, tenía el puesto como vitalicio, era de los viejos elementos que estaban en el Panderero, a quienes don Lázaro Cárdenas y Castillo Bretón no los habían reinstalado en los puestos de mando, y de privilegio.

Antes de salir a Ottawa fui al Ministerio de la Armada a que me entregaran un juego completo de planos y unas fotografías de un destructor de la clase "tribal"; era un barco precioso; lo comparaba con los norteamericanos contemporáneos, y aquél me parecía igual en cuanto a eficiencia de poder ofensivo y velocidad, pero de línea más atractiva. Me decía el oficial de enlace, el capitán Tothenham: Anime a sus jefes a que nos ordenen la construcción de seis unidades, se las vendemos a precio de regalo.

Me parecían de maravilla esos destructores; los había conocido en 1937, les había hecho visita de cortesía en Acapulco, quien en esa ocasión iba como jefe de flotilla, un capitán de fragata, resultaría como coincidencia ser el jefe de operaciones navales (jefe de la Armada), durante mi permanencia en Ottawa. En ese puesto ya era contralmirante; su oficina no tenía más que una muchacha —civil— como secretaria, y el ujier también era civil; nada de "guardia armada", nada de cascos y brazaletes, nada de "guaruras". El Ministerio de Defensa, donde la Marina ocupaba una tercera parte, del edificio, era un santuario del trabajo; este era incesante. Veía yo salir a la hora del almuerzo a civiles y militares de todas

las armas; y calculo haber visto una cantidad de gentes no mayor de unos 500. Eran los jefes y empleados que atendían todo lo de la defensa de la nación, —aire, mar y tierra—. Muy pocos automóviles se estacionaban a los alrededores. A los altos jefes les saludaba en alguna de las esquinas contiguas, o en el restaurante próximo al ministerio. No llevaban cauda, no llevaban carros blindados. La vida en las calles era tranquila, no fatigada y deprimente. Al almirante (de una estrella), jefe de operaciones lo vi abordar su automóvil para manejarlo él, partió sin escolta. Esto me recordaba los comentarios que en 1928 había hecho con mi compañero Rueda Medina a bordo de "nuestro barco", El Progreso, con motivo de haber visto en una revista la fotografía del general Foch, en su bicicleta. "¡al generalísimo de los Ejércitos de Francia, héroe de la primera guerra mundial, no le alcanzaban sus emolumentos para trasladarse aunque fuese en un modesto Renault, cuando los cadillacs principiaban a hacerse populares entre los mandatarios de los países de América, cresos por antonomasia. Esto de los cresos y otras consideraciones sobre ese tenebroso libro que se titula "Los protocolos de los Sabios del Sión", hurgaban mi mente. Uno de estos protocolos se refiere al propósito de hacer multimillonarios a los grandes de la política en los países indoamericanos como vehículo concurrente para que los sionistas se hagan los amos y señores del mundo. Ya sean auténticos esos escritos, como obra de los judíos, o que los hayan editado los jesuitas como propaganda contra aquéllos (como oía yo decir en España), de todas maneras, el librito hace encharcarse el pellejo. Contiene algo que hemos visto, y seguimos viendo (palpando) y es lo antes expresado: el enriquecimiento desmedido y criminal de los magnates de la política en Hispanoamérica.

Y retornando a lo de mi estancia de seis meses en Canadá, debo decir que, apuntes muy valiosos para mí, han de encontrarse en los ana-





queles de nuestras oficinas de Estado Mayor, producto de mi trabajo. Cuanto solicitaba al comandante Totemham para traducir, me era facilitado con toda buena voluntad.

organización de la flota, efectivo del personal, estudios, especialidades. Todo lo que no fuese "reservado" se tradujo. Y enviado con destino a nuestras oficinas de Estado Mayor Naval.

El reglamento de ascensos y recompensas fue traducido y también enviado. Ahí pude constatar que nuestros reglamentos, apoyados en nuestras leyes y éstas en nuestra Constitución, son tan sabios, tan humanos y tienen tanta justicia como los de los países más adelantados pero los nuestros resultan letra muerta por la sencillísima razón de que no se observan.

### *Formar marinos, trabajo fascinante*

De regreso a México, me presenté a la Secretaría de Marina, donde me comunicaron que figuraba como comisionado en la presidencia. El secretario, señor De la Selva y mi amigo el doctor Garduño, se mostraron extrañados al verme de regreso. No sabían lo que había sucedido; había sido cosa del jefe de ayudantes, y parecía que el señor presidente no se había enterado. Parecía cuestión de ahorros presupuestales donde intervinieron el secretario de la Defensa, el ministro de Hacienda y el "poderosísimo" jefe de ayudantes del señor presidente. De haber sabido yo a tiempo el asunto, hubiese puesto un mensaje pidiendo que aunque en calidad de estudiante, me dejasen completar un año; tiempo suficiente para terminar mi información sobre puntos interesantes de la Armada Canadiense. Pero "No hay mal que bien no venga"; 18 años después, cuando se tratara de aumentar agregados, enviando a diversas embajadas, al revisar mi expediente se vería que no me habían tenido más que medio año en Ottawa, y me serviría para no impedir

que se me nombrase a la capital de Estados Unidos por un término de dos años.

Quedó enterado, el c. presidente, sobre mi regreso, pero era impropio rectificar órdenes, de modo que volví a estar comisionado en la presidencia, como antes de salir a Ottawa. Entonces era comandante general de la Armada, el comodoro Laurencio, de los de la vieja hornada, accesible y sin predisposición hacia los de abajo. Era como un dique de contención entre los viejos de la época porfiriana y los que les dábamos guerra.

Desde luego que al presentarme en la Secretaría, inquirí respecto a los trabajos que había enviado del extranjero: mis informes de todo lo visto en las interesantes estaciones aeronavales visitadas; Toronto y Centralia principalmente. Sobre la Armada poco fue lo que se pudo ver en tan poco tiempo: traducción de reglamentos antes citados y una interesante estadística sobre pesca.

No me sentía a gusto en la presidencia; en ese ambiente Palaciego es muy difícil encontrar palabras o sonrisas sinceras entre tanto lacayo; de no ser alto funcionario o familiar del personaje especial, es uno visto con desconfianza y celosamente cuidado, pues a la primera palabra que uno pronuncie y que no vaya acompañada de alabanza hacia los "patrones", se le toma a uno como enemigo o traidor al régimen. Y esto, tal parece, no está en manos del mandatario corregirlo por muy liberal y muy sensato que sea. La primera figura de palacio no puede sustraerse a estar rodeado de la vil raza dannatta.

Esperé la oportunidad de tomar un puesto de mando en el servicio, y se presentó en el mes de mayo.

La Escuela Naval del Pacífico, que estaba bajo la dirección del entonces capitán de fragata Luis Bravo Carrera, había sido trasladada a Veracruz para fundirla con la de ese puerto, cesando la injustificada situación de que funcionaran por se-



parado: cesaba esa situación creada por un capricho de gente impreparada. El primer error grave había sido convertir una Escuela Náutica en Naval, cuando se vislumbraba escasez de oficialidad. El segundo fue más lamentable; no haber juntado a todo el personal desde un principio.

Al dejar Mazatlán los cadetes, el edificio fue ocupado por la Escuela de Maestranza y Marinera que había permanecido en el castillo de San Juan de Ulúa.

El comodoro Laurencio, conociendo mi afición por los asuntos meramente marineros, me ofreció la Dirección, dado que quien la tenía, había manifestado su interés por quedarse en Veracruz. De inmediato acepté con regocijo, y muy extrañado por esa actitud del director, que renunciaba a puesto tan interesante.

El mismo Día de las Madres —10 de mayo— salí para Mazatlán por avión; la Escuela llegó por ferrocarril en la misma fecha, y de inmediato recibí la dirección.

Manejar una Escuela de grumetes es algo muy bueno, muy interesante, aunque por entonces, el asunto estaba mal entendido. La Escuela de grumetes había principiado en el transporte Progreso, que yo había mandado, pero de Escuela solamente tenía el nombre. En un estado de descuido criminal, funcionaba. Cuando la recibí por segunda vez, era un desastre; no solamente porque carecía de presupuesto para elementos indispensables para prácticas, sino hasta de vajilla. Tuve necesidad de endrogarme para adquirir platos, tazas, cubiertos y otros menesteres. Mi amigo Genaro Ruiz, comerciante del puerto, tuvo la gentileza de ofrecerme lo que necesitara y esperar pacientemente, para cobrar, que llegasen las órdenes de pago solicitadas.

De inmediato principié con la compra de cerdos y la siembra de hortalizas, dado que se contaba con un terreno como de tres hectáreas. Se solicitó autorización de alta para un zapatero, y se le puso ayudantes. También se contrató un

carpintero de Ribera para reparación de botes, y uno de Blanco para hacer taquillas, mesas y sillas, pues con los cadetes de la Escuela Naval, se habían trasiadado mucho mobiliario, y sobre todo, batería de cocina. Los grumetes llegaban carentes de todo esto y era incomprensible tanto descuido. Habían estado en Veracruz completamente descuidados.

Pregunté a mi compañero Donaciano Hernández, capitán de fragata, director, que fue quien me entregó; el por qué de esa pobreza en la Escuela, y me comentó que nunca le habían ministrado lo que solicitaba. "Bueno, —le dije a don Chano, como le llamábamos— a usted le falta afición, como a los demás colegas, al establecimiento de granjas. Eso da para alimentar bien al personal. En Veracruz es fácil conseguir un terreno aunque en pequeño para que el director le haga de granjero sin perjuicio de atender a su principal cometido. Nosotros necesitábamos desenvolvemos con nuestros propios medios. Nuestra gente, sabiéndola mandar, es buena para todo. Los grumetes, aparte de estudiar y ejercitar su aprendizaje mariner, pueden hacer la limpieza del establecimiento y los contratados, que en su mayoría son de origen campesino, pueden atender con eficiencia, una pequeña granja. Nuestro presupuesto nunca alcanza para satisfacer las necesidades. El primer enemigo, siempre ha sido la Secretaría de Hacienda y eso nos obliga a un esfuerzo para hacer algo donde dicha Secretaría no pueda meter las narices. Todavía estamos en época y país en que no acabamos de organizarnos, y necesitamos desarrollar iniciativa para todo lo que sea constructivo. Nosotros cuando tenemos mando en dependencias de tierra, como el preciso caso de las Escuelas, debemos aprovechar las extensiones de terreno con que contamos, y la magnífica mano de obra de los contratados. Con el producto de lo que la madre tierra nos da y la cría de animales, podemos salir avante. Más o menos, eso le ex-



ponía a don Chano, sabiendo que no echaba en saco roto las recomendaciones, pues era un tipo muy trabajador, lo que le faltaba era iniciativa. Nueve años después le haría más recomendaciones al darle posesión como comandante de los servicios navales en isla Socorro, archipiélago de las Revillagigedo.

Con entusiasmo principié a trabajar en mi Escuela de Maestranza y Marinería. Establecí de inmediato rutina y la primera disposición decía: "Una tercera parte del personal de grumetes deberá estar diariamente ocho horas en la playa, haciendo faenas que se dispondrán al día anterior". Aquélla la teníamos atravesando la calle. De modo que haciendo amarras, parando plumas, volteando y enderezando cajas lastradas, bogando, nadando y ayudando a los pescadores a varar y echar al agua sus embarcaciones; se la pasarían ocho horas los que formaban el conjunto que se denominó "grupo de playa".

Los que quedaban en el recinto, recibirían enseñanza de radiotelegrafía morse, transmisión de mensajes con banderas del código nacional e internacional (señales a driza), con banderas a brazo, nociones de aritmética, geografía y lengua nacional. Haríamos a un lado álgebra y otras materias que consideré constituían una estupidez el haberlas puesto originalmente en el plan de estudios de grumetes. Sabía que quienes habían sido comisionados para hacer el reglamento, al establecerse la Escuela, no eran muy aptos, y casi vaciaron en el plan de estudios, lo que estaba previsto para el primer año de la Escuela Naval. Se daba el caso, muy repetido, de sentarse a hacer un reglamento, con una carencia absoluta de experiencia, sin haber dedicado tiempo a la observación, a la meditación sobre qué era lo bueno y qué era lo malo, de cuánto teníamos y cuánto hacíamos. Así como, no se seleccionaba por oposición personal para el profesorado, tampoco se daba a los más aptos y experimentados la elaboración de reglamentos y leyes (mal nacional).

Mazatlán era el mismo que había yo dejado por los días en que asesinaron al gobernador Loaeza. Los rencores de los bandos seguían, y se cobraban deudas de sangre. Me hice de amistades. Ingresé al "Círculo de amigos, Benito Juárez", donde llegué a fraternizar con gente importante del lugar; entre quienes se encontraba Daniel Cadena Z., director del principal diario de Mazatlán. Fuera de dicho círculo, también llegué a hacer amigos. Los rotarios me invitaban a sus cenas y no ingresé al Club porque sabía que pronto saldría de ese lugar. Hasta entonces mis "comisiones" me habían durado muy poco. Excepto los cinco primeros años de la carrera, que pasé en el Progreso, no volví a tener una comisión en que durase siquiera dos, hasta que tuve jerarquía de almirante. En España estuve tres, pero entonces los cambios a diferentes provincias de la península me caían de perlas.

Con los grumetes se tenía que luchar bastante, había algunos de la peor ralea. Pero no podía ser la cosa de otra manera; ganaban dos pesos diarios, y los marineros mucho más. Estos entraban, por lo regular, directamente de la calle; en algunas ocasiones analfabetos. Había escasez de personal y, por necesidades del servicio, eran aceptados los rancheros que no sabían leer ni escribir. Entonces los grumetes velan que podían ser dados de baja y en cualquier otro puerto, con nombre cambiado, causaban alta ganando más.

Nos reuníamos, directivos e instructores para buscar la manera de afrontar el problema de los grumetes que a primera vista parecía de fácil solución, cuando no se analizaban los factores concurrentes al asunto, como eran el ya citado de la diferencia en emolumentos con los marineros y que se trataba de jóvenes procedentes en su mayoría de los estratos más bajos de la población, nos deshacíamos los sesos pensando, cómo impedir las faltas. Una noche fueron encerrados en un improvisado calabozo unos que se habían



escapado por la parte posterior del campo que circundaba el recinto. Entonces oradaron la pared y lo hicieron con pericia de maleantes, porque no fue percibido el menor ruido. Se fugaron y fueron capturados.

En tal ocasión se dieron de baja a tres, formándoles "valla" y tocando "fajina"<sup>1</sup> con "cajas destempladas". Pero lo que vino a remediar el asunto fue una vigilancia estricta durante las 24 horas. El asunto estaba tomando aspecto de encontrarse en una escuela correccional. Por ese tiempo principiaba a usarse la "dactiloscopia" y eso sería un gran paso para descubrir a los que habiendo desertado o causado baja por mala conducta, pretendieran reingresar a bordo.

Sugerí a la Secretaría que se diese a la Escuela mucho más importancia de la que se le estaba dando; que se aumentara el número de alumnos y no se recibiera personal de la calle en los barcos, para que los grumetes no se sintieran discriminados al ver a un enrolado, sin nada de estudios, percibiendo sueldo mayor al de ellos, que estaban aprendiendo. Pero parecía que costaba trabajo hacer reformas en el sentido propuesto: "Para qué meterse en trabajos, que flojera". Había pereza para atender a esas anomalías que uno señalaba. En cambio habían desarrollado bastante actividad para cometer ese desajuste de aumentar a dos Escuelas Navales, cuando no se necesitaban.

### *Director de la Escuela Naval, la comisión más honrosa*

A principios de 1949, me habló por teléfono a Mazatlán, mi amigo el entonces comodoro Gonzalo Montalvo Salazar, que para esas fechas, había relevado en su puesto, como comandante general de la Armada, al contralmirante Roberto

Laurencio. Me dijo que estaba yo propuesto para director de la Escuela Naval en Veracruz. Esa era para mí una gran oportunidad; tenía ilusión por desempeñar el puesto tan distinguido —lo más honroso—. El director Luis Bravo Carrera, a quien había relevado en ocasión anterior, lo volvería a sustituir, ya que por asuntos familiares se veía obligado a trasladarse a la capital.

Hacía poco que al ministro, Luis Shaufelberger, lo había sustituido el contralmirante alvaradoño don David Coello Ochoa; quien había hecho amistad con Casas Alemán; este señor tenía un gran poder en el gobierno, y por entonces era nada menos que el jefe del Departamento Central.

Era yo capitán de navío en esos primeros meses de 1949, y próximo a ascender a comodoro. Esta denominación iba a desaparecer y la jerarquía pasaba a ser de contralmirante.

En Capítulos anteriores, por digresión, me he referido a detalles de mi actuación como director de la Escuela, y esperando que el lector no se confunda, en cuanto a la cronología de mi relato, quiero rogarle disimule las repeticiones de sucesos en que incurro.

Contaba en la Escuela con un buen equipo de oficiales; no obstante los subdirectores no tenían en su curriculum suficientes servicios en los barcos y carecían de carácter para mandar. Como guardiamarinas habían navegado poco, y menos como oficiales. En estas condiciones se les llegó a dar mando. A uno de ellos, su único viaje como comandante le costó enfermedad y desembarcó. No habían tenido gente bajo sus órdenes. Y aunque la exigencia de tenerla parezca algo vulgar, lo cierto es que quien manda debe tener sus ribetes de capataz. Por lo menos, en México, esta aserción mía es tan cierta como los santos evangelios.

De modo que en la Escuela me las vi como "inmediatos" que eran diplomados de Estado Ma-

<sup>1</sup> *Fajina*: El toque de cesar cualquier actividad castrense en el caso de una expulsión, en despectivo, humillante.



yor, con mando escaso, sin haber escalado los puestos intermedios, con la amplitud necesaria para poder conocer y desenvolverse en el ambiente; pero uno de ellos era sensato dispuesto a oír la voz de la experiencia y a exponer sus conocimientos de "altos estudios". El otro, sin mando absolutamente en su hoja de servicios, más que durante los días suficientes para enfermarse, era de carácter fuerte, con la tendencia a insinuar la separación de la Escuela de jóvenes que habían sido admitidos en años anteriores con defectos físicos, así como que no transigía con dar oportunidad al reprobado o al que cometía una falta que él consideraba grave. En una ocasión lo tuve que calmar diciéndole que él padecía extravismo en la vista, y sin embargo, portaba su distintivo como un flamante diplomado de Estado Mayor.

Un tercero era el tipo del oficial que de todo sabe. Le decían Chacharitas por su habilidad para armar cualquier aparato. Sin ser maquinista conocía bastante de motores y asuntos mecánicos; había navegado bastante, pero me llevaba asuntos de ínfima importancia que él podía resolver. Yo necesitaba una persona dinámica que consultara poco y con iniciativa. Cuando me iba a ver para algo que no tenía gran importancia, yo le decía: "usted tiene todo lo necesario para resolver estas cosas y cuenta con mi autorización anticipada". Procuré no ser absorbente, sin dejar de asomarme a todas las actividades, para no ignorar cualquier anomalía.

Los oficiales hacían sus apuntes contando con una buena Biblioteca. Había un completa escasez de libros de texto. Pusimos a trabajar una máquina que había estado arrumbada (le llamábamos el multígrafo) y se llegaron a tirar gran número de folletos, se gastaba casi todo el presupuesto en papel.

Interesantes resultaron los viajes de Prácticas de 1949 a 1952. Uno fue con el principal objeto de asistir a la toma de posesión del presidente

Remón en Panamá; entonces solamente se practicó con el barco navegando, y en los anteriores, principalmente cuando se fondeaba, que en esta forma mixta había gran aprovechamiento.

En 1949, que no hubo propiamente viaje, las prácticas se hicieron con el barco fondeado frente a la punta Antón Lizardo; lugar donde por esos días se estaba construyendo un nuevo edificio para la Escuela, que se inauguraría el 1.º de diciembre de 1952.

El día de la salida al frustrado viaje, estaban todas las familias de cadetes y oficiales, así como las amistades, despidiéndose en el muelle. Hubo besos, abrazos y llantos al alejarse el barco.

Acabábamos de cruzar la bocana cuando me di cuenta de que la proa del barco caía rápidamente, haciendo por la entrada al puerto. Subí de prisa al puente de mando y pregunté qué sucedía al comandante, capitán de fragata Pedro Calderón, aquél compañero con quien me habían metido a la cárcel en Nueva Orleans. Me contestó que se habían descompuesto las máquinas y no había más remedio que regresar. "¿Regresar?" le dije, "¿hacer el ridículo?". Mandé llamar al jefe de máquinas, Jesús Beltrán, y le pregunté de qué magnitud era la avería. Me dijo que no podríamos navegar más que unas horas. "Bueno, —exclamé—no necesito más que 60 minutos. Bajo mi responsabilidad, vamos a fondear frente a Antón Lizardo".

Y a ese punto nos dirigimos de inmediato. Una vez que fondeamos y se avisó a México, me froté las manos y dije al citado comandante: "Lo siento por ti y tus oficiales, pero estoy feliz; me rebosa el gusto. Aquí sí va a practicarse todo lo que traigo en la mente, no hay como estar fondeado para tallar bien a los cadetes. Aquí nos vemos libres de tanto obstáculo que presenta el estar de visita en un puerto, o el ir navegando, que para esto, ya tendrán oportunidad".

México aprobó mi decisión. Del puerto no nos veían y hasta el siguiente día se supo que



estábamos muy cerca. Pero esto sería como si anduviésemos lejos, pues la franquicia iba a ser solamente los domingos, y para permanecer en las bellas playas que nos quedaban frente al lugar de fondeo.

La mejor práctica Marinera se logra con barco fondeado y acceso a las playas o acantilados. Es como el estudiante de marina, principia de elementos para tener al muchacho, la mayor parte del día, ejercitándose en lo que un marinero debe saber.

Se echaron las embarcaciones al agua; se hizo un "rol" de dotaciones para que se turnaran. Los botes eran izados y arriados nuevamente, debiendo realizar la maniobra en determinado tiempo, acortándolo cada vez más hasta llegar al límite, hasta donde lo permitiesen las condiciones físicas de los aprendices. Esto, como las demás prácticas, eran a la vista del instructor, sin dejarlos en segundas manos (contra maestros y clases) como siempre había sido costumbre. Los ejercicios con embarcaciones menores, no solamente fueron a remo, también se dieron "a vela", "canalete"<sup>1</sup> y "zinga".<sup>2</sup> Tambos llenos de agua, se estibaban en los botes y se volvían a meter en las bodegas, utilizando las "plumas" y "cabrias" que se armaban al costado del barco. Los tambos y objetos pesados se llevaban a la playa a bordo de un bote remolcado a remo. Las señales a driza con banderas se hacían a bordo de manera informal ya que esta práctica se hace completa de uno a otro barco.

El proyector y lámparas de mano funcionaban desde el ocaso hasta las nueve de la noche. Hubo necesidad de hacer viaje por carretera a Veracruz, para acarrear material de electricidad que nos proporcionó la forma de tener funcionando, a la vez, 12 luces transmisoras y otras tantas chicharras.<sup>3</sup>

Se movía constantemente el barco, haciéndolo borrar, cobrando un cabo amarrado a popa dado a un anclote fondeado. El ir enmendando el lugar de fondeo constituía la parte más pesada de la práctica.

Tuve la idea de numerar los ejercicios, para evitar que con el cambio de instructores se variase la efectividad de aquéllos, *vr. gr.* el número uno consistiría en sacar un cabo grueso (estacha) de un pañol, adujarlo, cargarlo entre un grupo (algunos cabos de manila pesan cientos de kilogramos), dar una vuelta al barco por la cubierta y volverlo a colocar, adujado en su lugar. De esta sencilla, pero utilísima práctica se iba pasando hasta las últimas, como de la hundir un objeto pesado y sacarlo a flote; tomarlo con la pluma y maniobrar hasta dejarlo dentro de la bodega. También alejar al barco dos o tres cumplidos<sup>4</sup> de su lugar de fondeo a base de izar su ancla con aparejos e ir dando anclotes a ciertas distancias para cobrar de los cabos. Esto, por supuesto, con tiempo de calma o vientos muy débiles.

Las señales tendrían su numeración correspondiente. Para las de brazo, se estableció la rutina de tener dos o tres parejas transmitiéndose constantemente mensajes que se les iba dictando. Se relevaban cada dos horas. Decía a los oficiales que procurasen llevar —realizar— estos ejercicios de manera que los cadetes no se distrajesen en transmitir sandeces, cosa muy acostumbrada entre los principiantes. Para ello debería dictarse lo que se transmitía, el que interpretaba debería decir en voz alta lo que iba recibiendo; un ayudante, colocado por detrás, apuntaba lo que su compañero decía.

Este sistema impedía la mínima distracción de los alumnos. El alfabeto lo aprendían en dos clases de una hora, siendo el instructor, enérgico

<sup>1</sup> *Canalete*: remo pequeño o pala para impulsar las canoas.

<sup>2</sup> *Zinga*: impulsar un bote con un solo remo por la popa.

<sup>3</sup> *Chicharra*: aparato que produce el sonido transmitiendo las palabras del alfabeto morse.

<sup>4</sup> *Cumplido*: distancia igual a la eslora o largo de una embarcación.



siguiendo el sistema de no dejar a los jóvenes que se distrajesen un solo segundo. Había que repetir sílabas que tuviesen la misma letra, después pasar a las palabras, procurando transmitir cada vez más aprisa. Después, aumentando el número de palabras hasta lograr la transmisión de largos párrafos con gran rapidez.

El libro de texto Baistrochi sería vaciado, en su mayor parte, en el *Instructivo de prácticas*. Con ello se desterraba la mala costumbre de variar el sistema de aquéllas, según se cambiaba de director. Dicho libro había servido de texto en la Escuela para la cátedra de "maniobra", por muchos años, pero nadie se volvía a acordar del mismo, a bordo de los barcos; en la inteligencia de que en el curso no se llegaba a ver del libro todo lo que se necesitaba aprender. Una de las prácticas que más me llamó la atención, y lo tomé en cuenta para ocasiones posteriores, fue la de hacer un "timón de fortuna". La pospuse ya que estando fondeados no tenía caso. En los viajes de 1950 y 1951, navegando, lo dejaría a cargo de los alumnos del quinto año.

Aunque remotamente, puede darse el caso de que un barco pierda las dos anclas de fondeo, el marino siempre debe estar preparado para esta contingencia. Esto lo había experimentado en España (año 1934) a bordo del crucero Libertad. Aconteció en Puerto Musel (Asturias), que corresponde a la ciudad de Gijón.

El comandante, capitán de navío don Miguel Fontenla, que había sido nuestro director en la Escuela de tiro Janer en Marín, no tuvo más que hacerse a la mar al verse sin anclas. El tiempo era de vientos huracanados, faltó el ancla de babor con que estaba fondeado el crucero, se dio fondo a la de estribor y no tardó en faltar, por lo que de inmediato se dio avance para salir del puerto y navegar capeando el temporal. Cuando cayó un poco el tiempo, se arrumbó a Ferrol.

don Miguel, antes de llegar al puerto, mandó sacar un cabo grueso atándolo a una ancla de almirantazgo (diferente a las anclas de patente modernas), como de 800 kg. Cuando se estaba haciendo este trabajo el comandante, con su amabilidad característica, me dijo: "Fíjate Sandoval, esto es para que si, por alguna contingencia, tenemos que fondear fuera del puerto, con este cabo largo podemos sostenernos en lugar de mucho fondo. Un barco debe llevar siempre un anclote entalingado y preparado para detenerse del fondo en casos de emergencia".

Esto lo haría yo pocos años después, cuando andábamos con nuestros cañoneros ya muy deteriorados con probabilidades de quedarnos al garete en lugares donde no fuese conveniente fondear con el ancla de leva;<sup>1</sup> cuando el motor auxiliar no daba la fuerza suficiente para poder izar ancla y cadena. Entonces, un cabo largo con el anclote que fácilmente se largaba y fácilmente se izaba, nos serviría para permanecer frente a Manzanillo, La Paz o cualquier otro puerto, por varias horas, en tanto se reparaban desperfectos en máquinas, sin que la corriente o el viento nos tirase hacia la playa. ¡Vaya nueva que nos trae Sandoval!, dirán algunos que encanecieron respirando aire puro del océano. Mas yo volcando en mis apuntes lo poco que pueda tener de sincero, aseguro que, la gran mayoría de accidentes de que tuve conocimiento, tanto con barcos de la Armada como mercantes, fueron ocasionados por la falta de observancia de los preceptos que nos aseguran evitar contratiempos y desgracias en la mar.

De modo que el manejo de anclotes, fue cosa muy tomada en cuenta durante nuestra permanencia frente a Antón Lizardo, y en mis informes exponía: lo necesario que era adquirir tales anclotes, los que eran escasos en nuestros barcos, ya que en algunas unidades se carecía en absoluto de los mismos.

<sup>1</sup> *Ancla de leva*: las de "patente" que van a proa del barco, para fondear.



Mi posición de director, me proporcionó buenas amistades en Veracruz, un amigo me animó a hacerme socio del Club de Leones. No temí que mis ocupaciones como "rugidor" me restasen tiempo que necesitaba utilizar en la Escuela. Me había resistido al ingreso aduciendo que en su gran mayoría, los socios, todo lo que tenían de diligentes en sus respectivos negocios dentro del club, lo tenían de zánganos, al fin fui convencido por el doctor Barraza Urrea de ingresar. Al poco tiempo estaba entusiasmado en mi cargo de "retorcedor de colas".

De esta institución, lo que puedo decir, con toda convicción, es que, si se quiere hacer obra social humanitaria es necesario trabajar bastante, y haciéndose un buen líder arrastrar a buenos elementos; pero también —sin ningún peligro de sanción— solamente puede uno concretarse a conseguir amigos, cenar, figurar y aparecer en los periódicos, o sea, satisfacer una vanidad. La mayoría de los socios son de esta condición, como sucede con los rotarios. Yo creo que pudieran trabajar mucho más de lo que trabajan. En aquéllos días me propuse levantar una escuela (de madera) en la naciente colonia proletaria "Ortiz Rubio". El gobierno del Estado me ayudó a medias, por conducto de un extraordinariamente honesto funcionario; el arquitecto Carlos Rivadeneira. Mis compañeros Leones, apenas movieron un dedo, para que se realizara la obra, a pesar de que dicha escuela llevaría el distintivo del club. El asunto paró en que unos "vivos", de esos lidercillos que hay en todas las colonias proletarias, se apoderaron de los materiales, y los escamotearon cuando la dama (doña María Muñoz), que había cedido el terreno, se desdijo de su promesa, al ver que el asunto iba lento y los vivos (una familia Pérez), que cuidaban de los trabajos, llevaban malas intenciones.

De todas maneras, aunque no fui León por mucho tiempo, y no desarrollé lo que mi dinamismo, de esos días, me hubiese permitido; me

servió el asunto, para hacerme de buenos amigos, que aún conservo y para adquirir la experiencia de que unos vivillos de barriada pueden aprovecharse de uno, que obrando de buena "fe" les proporciona elementos para sus pillerías.

### *Ante el monumento al benemérito*

Acababa de tomar la escuela cuando principió la propaganda para gobernador del estado de Veracruz. Se trataba del licenciado Marco Antonio Muñoz. Me distinguió con su amistad. Vi en él un gran prospecto para primera autoridad de la entidad. Era una persona realmente decente, muy bien nacida, de mucha categoría para tratar con la califa de sinvergüenzas, de caciques y de asesinos con quienes tienen que vérselas los gobernadores de nuestros estados. Debe haber sido muy hábil para que la gran mayoría de ciudadanos lo hayan querido, a pesar de que no todos los que lo rodean, prestigiaban su gobierno.

Fue entonces la única ocasión en que anduve entre la gente de la política. Ofrecí un desayuno en compañía de la oficialidad de la Armada, al candidato. Siempre fui apolítico, como la gran mayoría de los compañeros, mis contemporáneos, pero entonces lo que hacía era experimentar si relacionando a la Armada con hombres fuertes del régimen, se podía sacar algún legítimo beneficio para nuestra institución. El asunto me serviría de experiencia, porque pude darme cuenta de lo sucio que es el medio político. En torno al personaje se forma un ambiente que sólo los muy necesitados y los muy serviles aguantan. Todo se vuelve adulación, y hasta podría decirse, adoración. Esto, tanto a nivel de presidente de la República, como de gobernador, ministro o presidente municipal, que para quienes le rodean es "el patrón". Esta palabra hay que aprendérsela y pronunciarla a cada rato. Se necesita saber dar codazos; saberse colocar en primera fila en los





mitines y asambleas, para que el patrón lo vea a uno aplaudir delirantemente, cuando un orador pronuncia el nombre de aquél. El patrón, con su presencia polariza la mirada y, por supuesto, el ánimo de todos los que de él dependen, o tratan de depender. Aquél al intentar cualquier movimiento, se ve, de inmediato, ayudado por tantos servidores, lo mismo para prenderle el cigarro como para arrimarle la silla, para abrirle la portezuela del automóvil, o para tirarse la carcajada si el señor dice algo humorístico, aunque el cuento u ocurrencia no lleve gracia.

El licenciado Muñoz era la personificación de lo sencillo, de lo amable, de la gentileza; no buscaba a los serviles, pero no podía esquivarlos, como la gran mayoría de los políticos mexicanos no pueden hacerlo. Su gobierno fue uno de los más honestos, pero tampoco pudo evitar que uno o dos "inteligentes" se hicieran ricos a su vera. En una palabra, no podía superar uno de los imponderables de nuestra política.

El licenciado Muñoz trataba con los campesinos y los obreros, teniéndolos contentos, sin demagogia; no necesitó de un inspector de policía criminal. Los comerciantes, hasta los mal llamados "gallegos", dueños del comercio mayorista del puerto, se expresaban muy bien de él. Subió el presupuesto del Estado sin exageración, no extorsionó al capital y dio facilidades para el desarrollo de la industria. Un conflicto provocado por los estudiantes, que tuvo a todas las escuelas del puerto, 15 días en huelga, ocasionado por rivalidades de los muchachos, azuzados por elementos del profesorado contra los cadetes de la Escuela Naval, llo que se encargó de encontrar el jefe de redacción del periódico *El Dictamen*, fue resuelto cuando el gobernador se incomodó, e hizo viaje de Xalapa al puerto, dándole fin al asunto en un par de horas. En otros y en otros detalles, se mostraba como un gran gobernante. La despedida que le dieron cuando entregó el cargo fue de apoteosis, pero no organizada por

corifeos. No se necesitó de esa clase de gente para una demostración espontánea del pueblo.

Tuve la oportunidad de conocer al general Rodolfo Sánchez Taboada cuando era el presidente del PRI. Los sinarquistas habían profanado la memoria de don Benito Juárez: habían organizado un mitin en el Hemiciclo dedicado al patrio, en la Alameda de la capital. Pronunciaron discursos diciendo herejías, terminando por cubrir con un capuchón la cabeza y la cara del benemérito. El aniversario de su muerte, tuvo lugar poco después, y teniendo muy en cuenta el desacato de los sinarquistas, se dio gran relieve a la ceremonia que año con año se acostumbraba en Veracruz. El gobernador Muñoz me pidió que hicieran acto de presencia los cadetes. Le mandé decir que desde luego estaría presente la Escuela.

El monumento de Juárez estaba entonces en la avenida Zaragoza, en la confluencia de cinco calles, sobre una alta y bella columna. Asistieron contingentes del Ejército, de los barcos, gentes de todos los sindicatos burócratas, todas las escuelas, tanto del gobierno como particulares. Yo calculaba como en diez mil almas las que se congregaron en las confluencias, y en derredor de la plazuela donde estaba dicho monumento. Hicieron uso de palabra en la tribuna, los gobernadores de Veracruz, licenciado Muñoz; el de Oaxaca, licenciado Mayoral Heredia; el de Tlaxcala cuyo nombre no recuerdo, y el presidente del PRI, general Rodolfo Sánchez Taboada.

La primera fila de sillas correspondientes a una de las secciones en que dividieron la parte que pudiera llamarse "de preferencia", la ocupábamos dos generales del Ejército, yo como director de la Escuela Naval, y mi ayudante teniente de navío Fernando de la Miyar. Seguían unas sillas desocupadas y, en la del extremo de la derecha, cerca de la tribuna, estaba un individuo delgado y alto, portando guayabera blanca, con el ceño fruncido que daba la impresión de estar muy enojado. Cuando había pasado a sentarse,



lo hizo aventando una silla, que estuvo a punto de rodar. Desde luego, nos dimos cuenta de que era alguno del equipo de políticos de cuatro estados que hacían acto de presencia. Llevaba un paquete en la mano. El último orador fue el general Sánchez Taboada. El individuo citado le entregó unos papeles al general, que contenían su discurso. Era una interesante síntesis de la Guerra de Reforma y de la Revolución, en la que, después de extenderse en la obra de Juárez y pasar a los acontecimientos del presente siglo, al llegar a la figura de Elías Calles, Sánchez Taboada dijo más o menos: "Entonces el general Calles, con gran visión principió a preparar el civilismo en la República, viendo que debía de acabar la época de los caudillos". No acababa el general la frase, cuando el susodicho personaje de la guayabera, se irguió, puso las manos en las orillas del asiento de su endeble silla, con los ojos desorbitados y dijo en voz más o menos alta, como para que oyéramos: Si señor, el civilismo, —el civilismo—. El general Medina volteó a verme y me dijo ¿qué le pasa a éste?, de inmediato volteó a decir a mi ayudante: "Si este tipo supiera que habemos militares tan civilistas como él". Pues bien, ese señor o muchacho todavía, a quien difícilmente se le calculaba la edad, con mirada furiosa, era nada menos que el licenciado don Luis Echeverría Álvarez. Ahora me pregunto: ¿Quién de los ahí presentes se iba a imaginar que a ese principiante en política, ayudante del jefe del PRI le faltaba no más de tres periodos de gobierno, en transcurrir, para que se sentara en la silla de palacio y llegase a ser uno de los más discutidos mandatarios de la nación?

A la hora de las despedidas, el general Sánchez Taboada me abrazó, cosa que me extrañó mucho, pues era la primera vez que le saludaba. Lo conocía por fotografía y referencias. Pero yo estaba intrigado por la actitud de nuestro personaje de "el civilismo". Éste siguió a su jefe y a nadie volteó a ver para decir adiós.

El general Medina, tipo ranchero, francote, bragado; no le quitaba la mirada, y al verlo seguir a Sánchez Taboada exclamó: "Se me hace que este tipo está loco".

Ahí ante el monumento del benemérito escuchamos la brillante oratoria de Marco Antonio Muñoz, las sentidas palabras del Mayoral Heredia, lo que dijo el gobernador de Tlaxcala, y los conceptos de Sánchez Taboada con su estilo demagógico, coreado por su impertinente ayudante que nos hizo pasar un berrinche a los uniformados.

### *Inspector de carreteras*

Al cambio de gobierno, el 1.º de diciembre de 1952, entrando como presidente don Adolfo Ruiz Cortines, y secretario de Marina el general Sánchez Taboada, fui relevado, como director de la Escuela Naval; me quedé con la ilusión de ser el pionero en el nuevo recinto de Antón Lizardo, para iniciar con los propios medios de nuestro presupuesto, una granja, que sería algo inusitado en el medio en que siempre habíamos vivido. La nueva escuela contaba con 200 hectáreas. Me parecía algo fantástico; era mucho para que lo desperdiciaran los poltronudos.

Los últimos siete meses habían sido promisorios para la escuela, don Miguel Alemán había puesto como secretario de Marina al licenciado López Sánchez, hombre activo y de gran influencia. Durante el corto tiempo que estuvo al frente de la Secretaría, dio un gran impulso a todo; y se tuvo la creencia de que continuaría en el siguiente sexenio. Este señor, a diferencia del anterior ministro, conseguía presupuestos "extras", que nunca antes llegó a conseguir otro secretario.

Me gustaba ver al frente de la Secretaría a un hombre de tanta influencia y con sentido práctico. Por dos o tres fallas que encontró en nuestro supervisor de las obras en Antón Lizardo, lo anuló y me dió amplias facultades para inter-



venir en los trabajos de la nueva Escuela. Cuando le mostré la pequeña granja que tenía con siembra de verduras, una vaca obsequiada por el licenciado Muñoz, y media docena de cerdos, me prometió ocho vacas de buena raza que pudieran aclimatarse a Veracruz, para lo cual dio de inmediato órdenes al licenciado y político, Lauro Ortega, que le acompañaba en su visita al puerto, quien por entonces tenía alguna ingerencia en agricultura y ganadería. Pero tanto el ministro como yo seríamos relevados al poco tiempo de que aquél estuvo de visita, y las vacas no llegarían, seguramente quedaron por ahí en el rancho o en los ranchos de algún vivo de la "gran" familia política.

El traslado de la Escuela, dejando su glorioso recinto para ir al nuevo edificio (mal planeado, por cierto), tuvo lugar con dos ceremonias. La primera al arriar la bandera en el edificio viejo, que como cosa muy significativa, la driza se atoró y la presea no pudo bajar, quedó a media asta. Hubo necesidad de que un marinero trepara por el palo y cortase la citada driza, cosa que en los largos años en que se había practicado la maniobra de "izar y arriar", nunca se había presentado ese desperfecto, que fue a suceder precisamente cuando se abandonaba el edificio. El Pabellón se le entregó a la entonces esposa del "presidente Electo", doña María Izaguirre de Ruiz Cortines; quien enjugó una lágrima después de besar el paño tricolor ya doblado. Como estaban en la ceremonia unos viejos sentimentales, que uno de ellos había sido fundador de la Escuela en 1897 y otro el doctor Porfirio Sosa, adorador de la Armada, quien en su chochez largaba con facilidad el llanto; me pidieron autorización para besar la bandera, imitando a doña María. No me parecía tan conmovedor el acto, como para acceder a la petición de los solicitantes, pero muchos de los presentes habían derramado sus lágrimas de cocodrilo, hasta mis amigos, Enrique Altamirano y la Chuchi Carvallo, que era mucho

decir, y ante este cuadro, el citado doctor y don Perico Renault, se salieron con la suya.

Pero lo más significativo de lo que acontecía en esos días fue que tres después, antes del último informe del presidente Alemán; éste asistió a izar la bandera en el nuevo recinto. A la hora de la ceremonia soplaban un viento fuerte del norte y tiraba del lábaro que era enorme, como de seis metros de longitud. El presidente hacía un gran esfuerzo por izarla, pero la driza se le resbalaba, se encorbaba formando un arco exagerado; pretendí ayudarlo, y entre los dos no pudimos lograr la maniobra; el licenciado López Sánchez metió mano, y ni así logramos que el pabellón subiese un centímetro de donde había quedado, a menos a media asta. El señor presidente dijo: "Puede romperse (se refería a la driza), mejor dejémosla como está.

No era para menos, el que después menudeara el comentario de "la bandera no quiso bajar del antiguo edificio y tampoco subir en el nuevo". Caso curioso que hasta se prestaba para especulaciones asegurando que no era coincidencia, sino algo relacionado con las mismas leyes universales; fenómenos cósmicos que tienen su razón dentro de un plan divino regido por las llamadas "jerarquías" que constituyen las fuerzas inteligentes de la naturaleza.

Mi relevo llegó inusualmente, sin previo aviso; mi sucesor iba, con las órdenes en el bolsillo; se trataba de un compañero de los que había tenido como subdirectores.

Cuando le expresé mi extrañeza por la forma en que se me relevaba y le pregunté, qué opinaba del procedimiento, me contestó: —No tengo idea de las razones que medían. Era la manera de obrar del señor Sánchez Taboada. Tal parecía que iba a pedir amparo para retener el puesto. Algún complejo tenía el señor secretario que obraba de manera tan absurda.

Al año siguiente —ni un día más, ni uno menos— en la misma forma relevaban al com-



pañero diplomado a quien yo entregara el puesto. Entonces tomó la Dirección el contralmirante Rueda Medina; escritor laureado que para mal de la Armada moriría joven, cuando no terminaba su obra literaria con argumentos del mar, y la historia de nuestra Marina.

Chocante era el procedimiento de don Rodolfo Sánchez Taboada, relevando a los altos jefes cuando menos se lo pensaban, enviando al relevo con el oficio en el bolsillo. Ese señor nos tenía desconcertados con sus deseos de molestar, y no encontrábamos la razón. El presidente de la República, don Adolfo Ruiz Cortines, tenía entre sus ayudantes a dos tenientes de navío, que habían cursado el 4to. año y parte del 5to., siendo yo subdirector de la Escuela en 1941. En ocasión en que pregunté a uno de ellos, Ricardo Cházaro Lara, algo sobre la actitud del citado ministro cuando se refería a nosotros, me contestó: ¡Viera usted lo feo que se expresa el general, cuando se trata de ustedes los altos jefes! Yo me hacía cruces porque cuando el señor recibía a uno en su oficina, lo trataba con mucha amabilidad, y no se me olvidaba el abrazo afectuoso que me había dado en Veracruz cuando la ceremonia en memoria de Juárez, cuando vi por primera vez a Echeverría. El general pagaba, según se oía decir, parte de la publicación del periódico amarillista *Zócalo*, que se proponía sacar siempre algo en contra nuestra.

Pero volviendo a lo de mi relevo; como hacia muchos años que no pedía licencia y nunca había hecho uso de vacaciones; solicité seis meses para poder terminar una casa que estaba haciendo. Tenía tres años construyéndola; había comprado un terreno frente al mar, que entonces costaba 58 pesos metro cuadrado para pagar a cinco años.

Con varillas de demolición y otros materiales baratos construía yo. El ingeniero Flores Muñoz, hermano del entonces gobernador de Nayarit, había montado los motores de la Escuela de Antón Lizardo; le habían sobrado dos toneladas

de varilla y me las obsequió. Aprovechando oportunidades como ésta, fui construyendo, haciendo pininos sin usar servicios de ingenieros, guiándome por un anteproyecto que una arquitecto esposa de un compañero, capitán de navío Julián H. Brañas, me hizo. Fue como poco a poco, disimulando errores, tenía ya, la obra, a medio terminar cuando salí de Veracruz.

Tuve la idea de quedar comisionado en el gobierno del estado con objeto de quedarme unos meses más, cosa que no fue difícil conseguir. El gobernador me dio un puesto dependiente de Obras Públicas. Me caía bien el asunto, pues era sugestivo practicar algo nuevo como era, inspeccionar trabajos de carreteras. Me presenté al director de ese Ramo, el general Álvaro Rosado, cuñado del gobernador. Mi tocayo, como le decía, me expresó que en la carretera donde yo iba a supervisar, estaban por entonces suspendidos los trabajos. Se me cayeron las alas del corazón; quedar como un vil "aviador" cobrando sin hacer nada, era poco sugestivo. Me dijo: "Te voy a dar otros trabajos para que me los revises, lo puedes hacer aquí o en Veracruz, y cuando se reanuden los de la carretera a Zongolica entonces sí te vas a fregar".

"Bueno, —dije— me gusta el asunto; nada más que esto que me das ahora te lo termino en una semana; y me va a dar pena cobrar un mes por solamente ocho días de trabajo". "No tengas cuidado que siempre te estaré dando qué hacer", me respondía.

Estuve en esta situación seis meses, durante los que llegué a terminar la "obra negra" de mi casa. Me decidí a salir de Veracruz para ir a un lugar donde se ganara el ciento por ciento como sobresueldo regional, ya que debía mucho por materiales de construcción en el comercio. Dejé la casa encargada a un pariente y un maestro yesero, quien me estaba agradecido por haberlo recomendado con el ingeniero jefe de la compañía constructora que estaba haciendo la Es-



cuela de Antón Lizardo. El maestro hizo todos los aplanados de paredes y plafones, ganando mucho dinero. Se comprometió, como pago del favor que le hice, a trabajar en mi casa los aplanados, cobrando cantidades sumamente pequeñas por concepto de materiales. Todo esto salió del buen artesano, sin que yo lo hubiese pedido como pago por el favor de haberlo recomendado con el Che Méndez, dueño de la constructora de marras.

No avisé a mis acreedores, de mi salida, pues seguramente hubiese tenido alguna dificultad. Ya les caerían de sorpresa mis remesas mensuales por la deuda. Si el empleo en la Dirección de obras públicas de Jalapa me hubiese impuesto un trabajo de más actividad en construcción de carreteras, quizás habría dilatado en volver a la Armada, pero la forma como ganaba mi mensualidad no me satisfizo y no duré ni un año en esa situación. Preferí reincorporarme a Marina. El licenciado Muñoz, me puso a las órdenes de la Armada, con la misma gentileza con que había solicitado se me comisionara en el gobierno del estado.

### *En Isla Margarita por segunda vez*

Pasé por Jalapa cuando abandoné Veracruz, no necesité hacer antesala para ver al gobernador, me recibió de inmediato cuando me anuncié, más trabajo me costaba ver a algún segundón. Le dije que pensaba presentarme en Marina, renunciando previamente como empleado de la Dirección de Obras Públicas; dándole mis más expresivas gracias por todas sus atenciones con que me había distinguido. Le pregunté si quería quedarse con la casa que dejaba yo a medias en el puerto; él seguiría pagando lo que se debía en el comercio, y como treinta y seis letras del terreno; se encargaría de terminarla y solamente pedía, para mí, 25 mil pesos. El terreno pasaba de mil metros cuadrados y se llevaba unos 300 la construcción.

Sintió mucho no poder aceptar porque, según me expresó, no andaba muy bien de dinero en esos días. Salí de Veracruz a tomar la comisión que por mi jerarquía me correspondía; en algunas comandancias de zona, el sobresueldo era de un ciento por ciento, que bien lo necesitaba. Estaba muy lejos de pensar que mi casa levantada con materiales de demolición y par de varillas obsequiadas, fuera a ser la "Casita Blanca" de Agustín Lara.

Cuando me presenté en la capital ante el comandante general de la Armada, le comenté lo de la casa, y mi intención de venderla. Entonces me dijo: "ofrézcasela al ministro, que él probablemente la compre". Con esto recordé al momento que una tarde, habiendo estado yo en la obra, pasó el general con su esposa, una señora veracruzana hermana de una conocida mía, Dora Cruz. En tal ocasión, el general ordenó al chofer, retornar. Me extrañó esa actitud y me sentí intrigado por su atención de regresar a saludarme, o curiosidad del personaje y su esposa por ver la casa. Me hicieron preguntas sobre distribución y número de recámaras, por lo que pensé que, a la señora le hubiese gustado. La ocasión para ellos era buena (por entonces, los veracruzanos temían vivir frente al mar, por la corrosión de los metales. Todavía no principiaba a usarse en portones y ventanas el aluminio anodizado. Además, los jarochos no estaban acostumbrados a oír desde la cama el reventar de las olas y el bramido del viento. Debido a todo esto, los terrenos frente al mar costaban una bicoca. Para el ministro hubiese sido una buena oportunidad quedarse con la finca; pero él seguramente les temió a lenguas viperinas: era un demagogo de categoría. Se hubiese dicho que compraba un palacete frente al mar. Efectivamente, nadie se hubiese puesto a pensar que se trataba de una casa, mal hecha, con materiales de demolición entre los que entraron para cimientos, unos magníficos trozos de concreto que resultaron al aco-



rtar un camellón que forzaba una curva y don Adolfo Ruiz Cortines sugirió a los contratistas, "Guerra y Cla.", la modificación, después de que las llantas de su automóvil rechinaron al tomar dicha curva.

De manera que la sugerencia que el comandante de la Armada me hizo la puse en práctica, y cuando hablé con el general, con motivo de mi partida a la nueva comisión, le sugerí la compra, recordándole que había estado en su esposa y por las preguntas que me habían hecho me pareció se interesaban. Llevaba yo un apunte con el detalle de lo pendiente por pagar, y lo que deseaba recibir. Me expuso los motivos que le impedían hacer la operación —fueron de peso— pero no dejó de echarle varias veces la mirada al apunte que contenía las condiciones de la venta. Me dijo a lo último: "Ciertamente, me parece barato esto; ya había pensado en ello, a mi esposa le gusta el sitio donde está la casa, frente al mar, pero he llegado a la conclusión de que sin perspectiva de ir a vivir al puerto la compra no tiene caso. Entonces me hice ánimo de tener que seguir mandando mis quincenas para terminar la obra. Esto sería cosa de un año más.

Se me iba a nombrar comandante de la zona naval en Ciudad del Carmen, Campeche. Fui a despedirme del general, y al salir de su oficina vi sentado, haciendo sala, a Rubén de Gante, un compañero a quien apodábamos "el burro". Tenía en las manos un rollo de planos. Este burrito era de cuidado por su manera de proceder cuando trataba de sacar ventaja de algo. Tomaba una carta náutica (algún portulano<sup>1</sup>), copiaba a menor o mayor escala lo que le convenía, diciendo que había tomado los datos en el lugar de interés y con sus propios elementos. Inventaba algún proyecto de muelles, dragado u otros trabajos. Era un blofista que hacía impacto cuando topaba con gente que no era de la profesión. Le

expuso al general su proyecto de hacer muelle para la zona y otros trabajos. El caso fue que, cuando salió el famoso burro de la oficina ministerial, yo ya no iría a Ciudad del Carmen.

Al día siguiente después de que se me había designado para otra zona, me encontré con mi competidor, tuve impulsos de acogerlo, pero no valía la pena arriesgarme a quedar en disponibilidad. Se me mandaba a Baja California donde se recibiría mejor paga que en Ciudad del Carmen, y lo necesitaba para salir pronto del apuro que tenía por acabar la casa de Veracruz.

Cuando llegué a Puerto Cortés —febrero de 1954— llevaba conmigo un cargamento de semillas, de verduras y de flores. En la Paz me hice de media docena de azadones. Llevaba mi plan de trabajo: Reduciría el tiempo de instrucción militar para la "compañía" de infantes de marina, y los pondría a trabajar en hortaliza y albañilería. Se contaba, principalmente, con el personal de la planilla de la zona, que eran como 40 entre clases y marinería.

Conocía yo bien la capacidad de trabajo de mis compañeros, sabía que, en su mayoría, eran preparados, había un buen porcentaje de inteligentes, pero les faltaba algo así como espíritu de empresa, inventiva para ser pioneros, para conseguir por medio de un gran esfuerzo, lo que necesitábamos, tanto para que nuestros barcos fueran eficientes para cumplir su cometido como en el aspecto de obras materiales, y aunque parezca cosa extravagante para lograr un aprovisionamiento de vegetales, tan difíciles de conseguir en lugares apartados, y que tan fácilmente se cultivaban; procurando con ello, mejor vida para nuestra gente. Nada creativos eran los colegas de mi tiempo, gran cantidad habían poltronados, jugadores de dominó, que en ese periodo de gobierno, la afición a ese entretenimiento principiaba en la misma presidencia.

<sup>1</sup> *Portulano*: carta náutica representando puertos o aproches. Lugares chicos en gran tamaño sobre el papel.



Puse 12 hombres en trabajos de hortaliza; y se dispuso de albañiles y carpinteros, ya que de todo se puede sacar en un conjunto de 150 hombres. Habían brazos como para transformar el lugar en un puerto pequeño, que en presentación y limpieza nada pidiera a los de Estados Unidos. Serían dos años los que iba a permanecer ahí, había que trabajar duro para dejar algo.

Se sembró algodón, como prueba, en una superficie de unos 400 metros cuadrados, y resultó de buena calidad. Sacamos lo suficiente para hacer varios colchones, con lo que surgió la idea de hacer una "maternidad". Las mujeres de la isla parecían conejas y algunas daban a luz en petate. Esto sucedía en el año 1954, 18 años tenía la isla de estar habitada por personal de la Armada con amplias facultades para hacer y deshacer, lo que viniese en gana a comandante de la zona, y todavía se veía gente miserable, pocilgas sin camas, barracas levantadas con cartones escogidos del basurero.

Cuando la hortaliza principió a rendir, se dispuso que las verduras se distribuyesen usando una carreta tirada por un burro, principiando por las casas de los soldados, que estaban ubicadas más cerca del llamado "ranchito", donde se encontraban los sembrados. Esto causó extrañeza entre toda la gente acostumbrada a que en ese pedacito de tierra siempre hubo privilegiados y, como consecuencia, discriminados. Se encontraba en la isla, un tipo que cuando por casualidad llovía —una vez cada cinco o seis años que pasaba "la cola de un ciclón"— recogía agua en una pequeña presa natural; entonces sembraba y recogía un poco de verdura, que era para dos o tres familias y, para una o dos semanas. No se volvía a cosechar sino hasta la siguiente lluvia, cuando soplara otro ciclón. Desde que principió el servicio aéreo llegaban las verduras de Ensenada cada ocho días, y en ese tiempo —1955— una lechuga costaba como cinco pesos. Así se vivía, careciendo de lo que podía obtenerse fácil-

mente; pues no era necesario esperar el agua de lluvia; la que se obtenía de los pozos, era "gruesa" por la cantidad de minerales que contenía, pero muy buena para el riego. Se necesitaba solamente un poco de iniciativa para las cosas más sencillas. No costaba trabajo leer uno de tantos libritos que hay sobre horticultura y mandar al diablo a los ignorantes del lugar que tenían por mala esa tierra. Tierra bendita que con un poco de elementos para neutralizar la fuerza de sus componentes químicos, producía todo. Una de las actividades que ofrecía mayor beneficio era la de quemar tabique y tejas. La concha también se quemaba para producir cal. Se levantó un obelisco de piedra a la memoria del comodoro don Manuel Azueta. Con esto dábamos a conocer a los nativos algo de nuestra historia, ya que vivían aislados del resto de la nación, tanto que los pequeños principiaron a aprender las primeras letras, debido al establecimiento de los servicios navales en ese lugar.

Tendría yo tiempo de terminar 12 casas de material con techo de lámina, y otra docena de madera. Con eso se conseguiría albergue para 24 familias que vivían en barracas. Se ofreció que a quienes aportaran un 50 por ciento para remozar totalmente la casa de su propiedad, se les pondría baño, del cual carecían la mayoría. Cuando llegué, no había más que una casa con vidrios, aparte de las tres construcciones principales. Todos tenían pedazos de madera o cartón en sus ventanas, el vidrio era artículo de lujo. Se hacía cuesta arriba resignarse a ver a la gente de tropa, y hasta oficiales, vivir en una aparente miseria, que no era real porque se ganaba sueldo doble y no había exigencias. Pero, eso era el reflejo del mal padecido por siempre, en toda la nación, el que seguimos padeciendo, el de contribuir, en diferentes formas, todos los sectores sociales al mal aspecto en la vivienda de la gente del pueblo, y a la vez que autoridades y un gran sector de la población —los pudientes econó-



micamente— se resignan a ver con naturalidad esa miseria, sin meditar sobre la forma en que eso pueda superarse.

La casa de los vidrios era del propietario de una tienda. Hice que dicho propietario ordenase una remesa de vidrios de una misma medida pedidos a La Paz, para obligar a los carentes de los mismos a comprarlos y, la zona daría todas las facilidades de carpintería para el acondicionamiento de ventanas.

Al cine habla que ir con lámpara de mano por lo que se puso instalación eléctrica en la calle, con focos de 1000 w. Los postes se hicieron con tubería de drenaje, sobrantes en gran cantidad, de la obra que hablan hecho tiempo antes. Se hicieron faroles con lámina delgada, algunos se colgaron en paredes de las esquinas, quedando cada apagador dentro de la casa más cercana, para librarlos de la intemperie. Con esto era una batalla constante estar recomendando encender cuando obscurecía y apagar por las mañanas.

Se hicieron juegos infantiles (carrusel, volantes, sube y baja, laberintos), con material como varilla, tubos, baleros y demás, tomado, todo esto, del montón de fierros viejos que se venía formando junto a los talleres desde que se establecieron los servicios navales en 1936; además, se utilizó madera de mangle para hacer bancas rústicas.

A la persona que quería tener casa propia, se le hacía si proporcionaba los materiales, como fue el caso de una señora: doña Lidia; una buena mujer, esposa del teniente enfermero que llevaba 18 años en el lugar. Al horrible aspecto de pocilgas con piedras en los techos para sostener las láminas rotas, me propuse hacerlo desaparecer. Era obsesión la que me embargaba pensando en que ese pequeño lugar tuviese el sello característico de nuestros cinturones de miseria.

Como doña Lidia era muy influyente, consentida de todos los comandantes que habían pasado por la isla —incluso yo la estimaba bas-

tante—, no quería salir de lo que yo le puse “el primer cuadro”; le ofrecí que su casa quedaría como un palacete, más del cuádruple en amplitud de la que había habitado durante los últimos años. Resultó la “mansión” de doña Lidia con tres recámaras, baño, comedor grande para dar de comer a sus abonados, baño amplio y consultorio para su marido, a quien los nativos le reconocían más conocimientos que a los médicos que nos enviaban. Todo le costó mil seiscientos pesos a la buena señora que merecía eso y más por bondadosa. Había asistido a gran cantidad de solteros dándoles buena comida sin sacar utilidad en dinero, solamente por hacer el servicio.

Mis dos antecesores inmediatos habían dejado lo que llamaban “Junta de fomento”; éste reunía lo que se recaudaba del cine (400 pesos a la semana) y se vendía el petróleo para las estufas y el agua que proporcionaba la evaporadora.

Esto del agua, el comandante que me entregó lo había hecho en otros lugares donde había tenido mando. Lo hacía para emplear el dinero en refacciones, ya que se carecía de presupuesto para este renglón. Cuando yo había visto eso años antes en Ciudad del Carmen, con el mismo comandante, le dije: No me explico el que no se te haya formado un llo con esto de la venta del agua; yo te conozco que eres íntegro, y además, te concedo mucha inteligencia, pero esto puede interpretarse muy mal, de todas maneras, aunque estés obrando con legalidad, te expones a ser tachado de un monstruo explotador; nuestra gente siempre critica y cree que abundamos en dinero; se llen si oyen decir que tú, con sacrificios, compras refacciones. Lo que decía yo a Fritcher era la amarga verdad: Nuestra gente es, en su mayoría, ignorante y mal agradecida; lo que hacíamos era por pura convicción, pero sin la menor esperanza de que se nos agradecieran un comino. En cuanto a integridad para manejar dinero, lo mismo podía decirse de su antecesor, tan honrado era Fritcher como Aznar,





pero tal parecía que no conocían a la humanidad; mal pensada y mal agradecida.

Desde el día siguiente al de recibir el puesto, ordené suspender la venta de ambos líquidos; el resultado inmediato fue que a la hora de entregarlos había pleitos disputándose los primeros lugares, hasta que se puso vigilantes para obligar a las mujeres y muchachos a "hacer cola". Por otra parte, las familias principiaron a encargarse más estufas de petróleo, y dejaron de quemar leña. Esto se hacía después de que habían estado en la Ínsula, como jefes, individuos de inteligencia y honorabilidad reconocidas. ¿Cómo podían exponerse a las malas interpretaciones de esa "mala bestia" que es el populacho ignorante? Afortunadamente no tuvimos descomposturas en maquinaria que nos pusieran en apuros de andar enviando giros telegráficos para adquirir refacciones.

Se inauguraron 12 baños con inodoros correspondientes a 12 casas de las antes citadas que solamente constaban de una pieza, los llamados "cuartos redondos". Para hacer uso de aquéllos, había que atravesar un patio de cortas dimensiones. Haberlos hecho separados de las habitaciones, se justificaba por eso de lo pequeñas que eran las viviendas.

De mucho tiempo atrás se acostumbraba negar a los chiquillos subir al camión. Era algo muy estricto ese egoísmo. Lo que me pareció absurdo, y se anuló la disposición, recomendando, a la vez, que no nada más a aquéllos se les permitiese abordar el vehículo, sino a cualquier persona que tuviese necesidad de trasladarse a lugar por donde pasara el camión, con motivo de algún servicio.

Se hizo una carnicería aprovechando la parte exterior de la pared del cuartel, forrándola de azulejos; éstos se quitaron de las paredes de los talleres (era para asombrarse ver un conjunto de construcciones que no llenaban las necesidades de habitación en una mínima parte, a la vez que los talleres estuviesen forrados de azule-

jo. Eso, sencillamente era estúpido). El mostrador se hizo de granito, y unas varillas que se doblaron adecuadamente y se les sacó filo en los extremos, sirvieron de ganchos para colgar la carne en "canal".

Contigua a la carnicería se hizo otra media construcción, con pesebre para tener a las reses comiendo por varios días, ya que se compraban diez o 12 animales, y se les dejaba sueltos para irlos sacrificando uno cada dos o tres días. Como estábamos en tierra árida, los últimos animales en sacrificar, eran ya unos esqueletos padeciendo hambre y sed. Por este motivo se daban abundantes casos de diarrea. Durante 17 años, se había estado haciendo la matanza y expendio de carne sobre el suelo arenoso, frente a la casa que llamaban "de los Murillos" (así se apellidaban quienes mataban las reses) y resultaba incomprendible el que a esas fechas no se hubiesen preocupado por hacer un focal para ese negocio. La carne se vendía a cuatro pesos el kilogramo, cuando en La Paz costaba 18, y pasaba de 25 en otras partes de la República. Calculo que deben haberse gastado no más de 200 pesos entre láminas para el techo, madera, clavos, granito y cemento, para dejar establecidos un pequeño establo, cuarto de matanza y el expendio de la carne.

Sencillamente, se vivía en forma primitiva, por negligencia, por mala costumbre, por nuestra idiosincrasia de darle importancia solamente a lo propio sin hacer un esfuerzo por las cosas de beneficio colectivo, dejando esto para que sea solventado por "papá gobierno", siempre con disculpa a flor de labios, de "no hay dinero, nada puede hacerse", con lo que se incurre en la actitud criminal de los ineptos, que no mueven un dedo en beneficio de los demás.

jefes de clara inteligencia bien intencionados y aptos habían pasado por la base naval, como fue el caso del almirante Mario Rodríguez Malpica, ¿Por qué no transformaría ese lugar cuando



tuvo más de mil hombres bajo su mando? Seguramente las exigencias en tiempo de guerra se lo impidieron.

## *¿Por qué no una iglesia?*

Aparte de otras cosas que escapan a mi memoria, estuvo dentro de mis proyectos en la isla, realizar la construcción de una iglesia, aunque fuese pequeña. Para ello se escogió un lugar intermedio entre el recinto de la zona y el poblado de pescadores llamado Alcatraz, que se encuentra como a un kilómetro en dirección norte.

Recuerdo que cuando hablaba con alguno de los que habían sido mis antecesores en ese lugar, y les trataba lo de la iglesia, casi todos me decían que habían dispuesto algo al respecto: que habían hecho trazos, que habían hecho proyectos, pero nadie lo realizó o, por lo menos, "dejó desplantados los muros".

A quienes nunca habían pensado en eso, les parecía cosa indebida. Alguien me decía: "Somos militares y creo no debemos meternos en cosas de la Iglesia". Ese razonamiento me parecía absurdo y las bromas del compañero Agustín Ordóñez me irritaban; decía que el Arzobispo de México me iba a premiar con un algo cargo honorífico de la Iglesia. Yo le llegué a decir en ocasión en que nos encontramos en la capital: "Haciendo a un lado chistes quiero asegurarte que no solamente se levantará la iglesia: tengo pensado hacer otra construcción que servirá también de templo para los protestantes que haya en la isla.

Cuando decidí emprender la obra para los fieles católicos, me puse de acuerdo con las mujeres, esposas de jefes, de oficiales, y de civiles como era el caso del administrador de correos y los propietarios de negocio. Se les sugirió que formasen un comité y se adjudicaran el mérito de haber concebido la idea. Hacer correr el rumor de que ellas mismas adquirirían el cemento y demás materiales que no podían llamarse "de

fortuna" como eran los que la misma isla proporcionaba: cal, piedra, barro y arena. De otro modo, podría tenerse alguna dificultad, podrían (resultado de la demagogia) hacerme observaciones por distraer personal y gastar materiales en asuntos de índole religiosa. La sombra de Plutarco Ellas Calles, la de Garrido Canabal y la de Adalberto Tejeda, todavía era algo fantasmal y hacía mella en el ánimo de los timoratos. Es algo que, aún a la fecha, impide obrar con toda libertad cuando el asunto se relaciona con la cuestión de cultos. También tuve la precaución de poner a trabajar a nativos, familiares de algunos contratados. Estos eran pagados con facilidades que se les daban, para transportarse en lancha de la zona, entrada gratis al cine, y aprovisionamiento de agua evaporada, petróleo y verdura a sus familiares. Esos individuos que trabajaban con la empresa empacadora de la isla, se daban tiempo para ir por ratos a meter la mano en los trabajos de la iglesia. Lo hacían con gusto. Nunca vi trabajar con tanto entusiasmo. Ahí me di cuenta de lo fácil que les es a los curas conseguir la cooperación de la feligresía.

La construcción se desplantó en una superficie como de 15 metros de frente por unos treinta de fondo. Pensé ponerle cúpula y unos contrafuertes, pero como se acercaba el término de mi comisión cuando a la obra le faltaba el techo, y quien me relevaba, mi gran amigo Altamirano Domínguez, no se había aficionado a la construcción, tuve temor de que llegase a fallar ésta. Entonces modifiqué el proyecto, reduciendo la parte cóncava del citado techo, descansando en los muros laterales y paralelamente sobre dos traveses longitudinales sostenidas por columnas. O sea que la concavidad quedaría en la parte media, corriendo desde la entrada hasta el fondo. Dejé los planos y le rogué se terminase lo que había quedado a medias.

Altamirano era de buen calidad como amigo, en los casos en que se necesitaba, mostraba



sus cualidades de gente bien nacida, de lo que hay un pequeño porcentaje tanto en nuestro medio de la Armada como en cualquier otro. No era necesario mi ruego para que continuase la obra. Él no iba a la isla con el prurito de criticar al que entregaba, para hacer algo con que pudiera decir: "ésta es idea mía". ¡Qué diferencia a como se comportan la generalidad de los hombres! ¡Qué ejemplo para quienes criticarían mis trabajos, que tres años después principiaría en Veracruz, consistentes, en una colonia, que cuando la dejé, la actuación de quien me relevaba en tal ocasión fue la de suspenderlas y rematar 30 toneladas de cemento que dejé en bodega. En tales casos, no solamente los de uniforme, sino también los civiles, principalmente los políticos profesionales, desde un ministro hasta un presidente municipal, y hasta un simple intendente, muestran es "miseria humana", ese afán de continuar lo que el anterior emprendió y quieren dejar la huella propia aunque resulte la de un vándalo. Es una costumbre inveterada, que observábamos desde que éramos jóvenes, y se ha venido heredando sin poder decir si será defecto mexicano, únicamente, o si es condición humana.

Altamirano, al terminar la iglesia, el kinder y otras construcciones que dejé a medias, o a dos tercios, dio muestra de compañerismo, de señoría, de tener calidad, a diferencia de quienes sin recato han llegado a malversar materiales que el antecesor les entregó, y a criticar vilmente los trabajos que recibieron para que fueran terminados.

Pero estas cosas se ven en cualquier parte en que uno se encuentre, dondequiera se presenta la intriga, se palpa el egoísmo y a veces nos vemos arrastrados a ser copartícipes del enredo que los intrigantes provocan con sus miserias. Este comentario me recuerda la plática que en el año 1942, presencié en la comida en que estuve con el general Orozco Camacho en isla María Magdalena. Era gobernador del archipiélago de

islas Marías, y a la sazón director del Penal que ahí se encuentra. Lo había llevado en mi barco. Antes de nuestro arribo ya habían llegado a la isla unos empleados de la Secretaría de Gobernación, entre los que se encontraba una señora. Las tres o cuatro horas en que estuvimos de sobremesa, fueron de estar oyendo intrigas. La mencionada señora daba suelta a un sinfín de chismes de los cuales el general se asombraba. Este señor de tipo ranchero, criollo sanguíneo, bigotes a la káiser y mirada severa, por momentos parecía exasperarse, pero terminaba diciendo: "Lo mejor es no hacer caso de la intriga. A todos los politiqueros deberían mandarlos aquí, a trabajar en las Salinas". Lo que oí, era algo en que se envolvía a reos, abogados y hasta altos funcionarios de Gobernación. Cuando me despedía del general para zarpar, me dijo: -¿Qué le parece, comandante?: Hasta aquí, en mitad del océano se oyen chismes".

"Efectivamente, mi general", le contesté agregando —es más grata a la isla María Elena Blanco— (reclusa tristemente famosa por matar a su marido) que esa señora que, con su lengua, asesina a medio mundo.

Pero al expresarme de Altamirano en la forma que lo hago, pienso que uno siempre habla bien de un compañero leal, a la vez que recuerda a otros pérfidos y bajos en su proceder, y eso es el resultado de no poder seleccionar a buenos: todos tienen cualidades o defectos. En nuestro caso, lo mismo ingresa a la Escuela Naval, con un certificado de secundaria y un examen de admisión, el que dentro lleva el alma de un señor, de un caballero, que quien lleva los instintos bajos de un rufián, cualidades, por una parte, y defectos por la otra, que datan de muchas generaciones; éstas se dejan ver cuando el individuo ha llegado a cierta posición, que en el caso de un militar, es cuando se tiene mando: entonces aflora lo que se trae desde antes de la cuna. Lauro Franco y Bruno Reyes, desde el alumbrado



miento o antes de que el espíritu tomara vehículo para el tránsito por esta vida, eran entidades que solamente llegaban para hacer cosas buenas. Eran mis dos queridos compañeros, por quienes sentía gran afecto. El primero, oficial de cubierta extremadamente cumplido, el segundo, un gran maquinista naval. Los dos de tez muy morena y muy blancos del alma, fueron la quinta esencia de la rectitud en su comportamiento como militares y, simplemente, como ciudadanos; no tenían doblez, dispuestos siempre al cumplimiento de su deber. Nobles y generosos, fueron modelo de oficiales; jóvenes todavía pasaron por la transición de ida, dejando un grato recuerdo entre los compañeros de la Armada que los quisimos como hermanos.

La digresión que toca mis impresiones en Islas Marías, y recuerda a dos queridos compañeros, a propósito de haber experimentado algo, en cuestión de nobleza e hidalguía relacionada con Altamirano, nos lleva a otro comentario más: el de que esas cualidades de Franco y de Reyes, no dejarán de existir aunque muy pocos las posean. La mayoría de la juventud actual, no sabe con qué cubiertos se come ese platillo de hidalguía. Y junto a la pequeña proporción de hombres que como "rara avis" quisieran con toda buena voluntad, con su ciencia y con todas las fuerzas de su alma arreglar el mundo, se encuentran las mayorías integradas por jóvenes y por adultos que olvidaron por completo los arrestos de su vida de estudiantes; de ellos no surgen figuras señeras con autoridad moral para conducir a aquéllos, cada día más prostituidos.

Me tocó inaugurar la tienda que la Secretaría de Marina estableció en Isla Margarita para abaratar la vida. Eso fue un acierto de la superioridad; pues los comerciantes del lugar, que eran dos, cobraban un refresco embotellado a más de un peso, cuando la fábrica —por caja— las entregaba como a 25 centavos; pero en La Paz (capital del territorio), costaban 80 al llevarlas por

carretera hasta el punto donde las recogía una embarcación se cobraba diez por cada botella, y el comerciante le ganaba veinte.

Al establecerse la tienda de la zona, se contó con que los barcos que transportaban mercancías no cobraban flete, ya que estaba subvencionados; las pérdidas por merma o rotura de empaques y demás, las absorbía Marina. De manera que todo bajaba como en un sesenta por ciento. Pero no todo podía salir a pedir de boca; tanta belleza y felicidad no podía ser completa, tenían que surgir dificultades.

Al señor de confianza a quien encomendaron llevar las mercancías y la apertura del expendio, se le dieron toda clase de facilidades para que el cargamento fuese desembarcado y trasladado el local que se destinó para tienda. Después de instalar ésta, el citado señor se marchó y dejó encargados a un par de rufianes. Estos tipejos salidos quién sabe de dónde! principiaron por tratar mal a las soldaderas. El primer día en que aquélla debía de funcionar, a esas pobres mujeres las despidieron después de hacerlas esperar largo tiempo, sin despacharles las mercancías que pretendían comprar. Trataron de implantar un horario caprichoso. Los dos primeros días, hicieron que las pobres mujeres estuviesen asoleándose sin abrirles la puerta del establecimiento, para decirles despóticamente, que hasta el día siguiente se les despacharía.

Cuando me enteré de estas anomalías, fui con mi ayudante a la tienda y tuve que golpear con fuerza la puerta para que se me abriera. Uno de los tipos, con cara de forajido, contestando a pregunta mía, dijo que ellos habían puesto el horario que les parecía bueno; y como eran civiles, también eran autónomos. Me imaginé que algún abogadillo de la Secretaría había dado malos consejos a estos ignorantes, que intentaron llegar como azote de los habitantes de la isla.

No me quedó más remedio que hacer uso de la fuerza para que los mentecatos compren-



dieran que estaban equivocados. Me di cuenta de que se habían alterado los precios, pero una relación completa de los mismos me había sido proporcionada por el encargado de la apertura de la tienda. De inmediato se sacaron copias de dicha relación, repartiéndolas y avisando que desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche estaría abierta la tienda. Nombré interventores, uno civil, y otro oficial de Infantería de Marina, para que vigilasen que se expendiera todo, de acuerdo con la relación de precios que a todos los compañeros se les había repartido.

Al poco tiempo tenía yo una inspección. En un avión de la Secretaría llegó el vicealmirante Raymundo Hernández, jefe de la Comisión Inspectora de Marina. Me sorprendió la llegada intempestiva del personaje antes mencionado, a quien acompañaban sus respectivos colaboradores. Me dijo que se trataba de una inspección "ordinaria", cosa que, desde luego, no era la realidad, pero me hice cargo, enseguida, de que alguna intriga se había presentado. Aunque el jefe Hernández (era del cuerpo de máquinas, por ello el tratamiento de jefe), me dispensaba su amistad y deferencia; tenía que cumplir su cometido con la imparcialidad requerida y el rigor que acostumbraba en todos los asuntos del servicio.

Lo primero que hice fue llevarlo a las siembras, y a que presenciara cómo se repartía la verdura, sin cobrar, de casa en casa. Le mostré los juegos infantiles, que estaban recién estrenados; juegos que presentaban un buen aspecto, habiéndose realizado con materiales de desecho. Le mostré las casas en construcción.

Preguntó por el Petróleo, y le expliqué la forma de repartirlo gratuitamente, habiendo modificado lo que habían hecho al respecto mis antecesores. La estupidez que habían estado haciendo, pero sin la menor intención de lucro. Al pasar frente a la casa de una señora doña Juana, de esas que la tropa les llama "madres" porque asisten en la comida a los solteros, y les ayudan

en el lavado de ropa y a veces con hospedaje con el cariño de una madre; hice que se presentara al jefe y le dije. "El señor vicealmirante, viene a pasar una inspección, de modo que cualquier cosa que quieran exponer —peticiones o quejas— ya saben que él atenderá. No se hizo esperar la mujer, quien de inmediato con su manera de hablar que le caracterizaba dijo: "Inspección ahora que hasta verduras nos regalan; ¿por qué no vinieron antes cuando las lechugas y acelgas solamente las comían las dos o tres señoras apretadas?"

Tuve que atajar a doña Juana diciéndole: "No le siga, va a creer el jefe que yo la aconsejé". De inmediato me espetó: —Ya sabe contralmirante, que yo digo la verdad, y no me quedo callada, yo les he dicho en su cara las verdades a los que se han portado mal; llevo 15 años aquí y a ningún cabrón se le había ocurrido sembrar para comer verdura fresca; si la queríamos era gringa y muy cara, traída por avión. Y cuando la señora tomaba aire para seguir echando de su ronco pecho, le di las gracias y un apretón en sus brazos fornidos, en tanto que el jefe le decía adiós. Fuimos a las dos tiendas de comerciantes particulares, e hice porque el jefe se percatara de que ningún vínculo de trafique me unía a ellos. Dije, y repetí, que **ni una gota de licor** se expendía, a lo que uno de los dos tenderos dijo que yo había prohibido la venta de cerveza, y él sabía que ese líquido era considerado como refresco. El tipo era un sinvergüenza, que además de estar ganando como empleado de correos quería explotar a la pobre gente vendiéndoles cerveza, lo que por muchos años había sido el gran negocio en la isla. Había suficiente dinero para fomentar el vicio, ya que en esa región los emolumentos estaban aumentados en un cien por ciento.

De manera que el jefe se enteró de todas mis actividades, y a lo último, cuando se iba para México, al ver que lejos de encontrar algo cen-



surable, veía mejoramiento en las condiciones de vida, me dijo (mostrándome un telegrama): "Esto va contra ti, como podrás verlo, aunque ahora estoy seguro de que son falsedades". Después de leerlo y darme cuenta de que era intriga de los empleados de la tienda, dije: "Por supuesto, no podían ser más que los tipos éstos, y como usted sabe, ya he pedido que los quiten". Los echarían más pronto de lo que yo esperaba: el relevo llegó pocos días después de que partió la comisión inspectora. Esos tipos greñudos, mal vestidos, altaneros y ladrones, me ponían a pensar, y a preguntarme: ¿serán de los sirvientes de Echeverría, o serán de Cervantes del Río?... porque estos dos señores eran los dos más cercanos colaboradores del secretario de Marina, y el encargado directamente de lo de las tiendas era el nombrado en segundo término y, era desconcertante ver lo de surtir a la isla con artículos de consumo sumamente baratos, —algo muy bueno, digno de alabarse— y al mismo tiempo tener que lamentarse de que se tomaran como hombres de confianza a unos individuos de la peor ralea. ¿Qué sinrazón nos hacía soportar mañana anomalía?

Antes de que se fueran el inspector y sus ayudantes, aquél me dijo: "Solamente veo un poco inconveniente eso de la iglesia que vas a principiar a construir, pues cuando esté aquí el cura, tú pasarás a segundo término".

"No jefe", le contesté, "la iglesia no tendrá sacristía que sirva de alojamiento, y los sacerdotes ya saben que siempre estarán de entrada por salida. Inicié la cimentación ya, y creo que será una obra útil porque el ciento por ciento de los habitantes de la isla son católicos; las pobres mujeres hacen una caminata como de tres kilómetros hasta una roca donde tienen la imagen de la virgen. Los sacerdotes que lleguen de la Paz, como lo han venido haciendo desde hace mucho tiempo, seguirán llegando, dirán su o sus misas, llevarán a cabo bautizos y casamientos, y

se irán en el siguiente avión del que los traiga, siendo el servicio aéreo cada semana.

El funcionario de la Secretaría de Marina que tenía el asunto de las tiendas a su cargo —ya antes se insinuaba— era el licenciado Luis Echeverría Álvarez, que era jefe del Departamento Administrativo de la Secretaría. Las tiendas todavía funcionan, algunas, por lo menos, en la capital y en Veracruz, y en la de dicho puerto continúa el mismo encargado. Pero el asunto se ha desvirtuado completamente; por lo menos eso se puede observar en dicho puerto donde el tendajón es uno más en la barriada, con los mismos precios de plaza y, en ocasiones, más altos, o sea, un negocio de un "bien parado", quien no sacó de su bolsillo un solo centavo para establecerlo y le deja un buen embute a sus bolsillos.

Las famosas tiendas, tanto de comestibles como las de ropa y diversos artículos se fueron acabando; quiebras fraudulentas se repitieron, porque al frente ponían a gentes de quien no se sabían antecedentes; eran paniaguados de algún alto jefe. Un esfuerzo de tanto mérito que, ya fuese el producto de una sana intención o una postura demagógica, debería haberse fortalecido, haberse incrementado y mantenido bajo una constante vigilancia. Algo muy bueno se les daba a los empleados de Marina, sobre todo a la gente de la Armada, y los mismos beneficios deberían haber colaborado para conservar lo que representaba un positivo ahorro, que por tanto tiempo hablamos estado deseando. Pero nuestro medio no estaba preparado para ese paso progresista, del que los norteamericanos nos daban ejemplo. (A menudo nombro a los primos del norte por la sencilla razón de que son a quienes tenemos más cerca y en verdad que están muy adelantados). A ellos se los copiamos, pero no eran las mismas gentes quienes iban a disfrutar del nuevo sistema. En nuestro medio, infortunadamente, los de arriba nunca se ocupan por sostener una vigilancia estricta,



para un buen manejo de los bienes nacionales: Actualmente parece que se ha iniciado algo que parece supervisión; y se han abierto tiendas con artículos de primera necesidad. En la capital, el tendajón funciona con exceso de personal, la gran capacidad de gañanes que combinan el retozo con el fácil trabajo de estar despachando, dan mucho que pensar, lo primero que ocurre a la mente, es, trasladar a las dos docenas de zán-ganos a un barco, donde apenas están cubiertas las plazas. Se repite el caso de no lograr las aspiraciones en la forma como debieran lograrse; todo por culpa de quienes tienen el panderero en la mano, los que obran de acuerdo a su sola manera de pensar, y cuando hay intervención de consejeros, estos son los menos calificados. No hay consejeros sinceros, todos son aduladores incondicionales, y a los ministros les encanta que se les aplaudan sus desatinos, y no nada más para esto con los estóridos, sino también con los inteligentes. Tiendas del ISSSTE, y las Conasupo, las de la Armada y demás dependientes del gobierno, son la continuación de la labor defectuosa de nuestros burócratas que destruyen nuestra economía. Por eso los obreros ya se preparan para tener su banco, y sus tiendas, y don Fidel Velázquez ha dicho, con sobrada razón, que ellos construirían sus viviendas. Nada mejor que eso podían hacer los líderes, porque ahorrarían muchos millones, aunque se quedasen algunos billetes en los bolsillos de los constructores de segunda categoría. Y ojalá que al salir a la luz estos escritos no vaya yo a tener que lamentar el hacer hoy un elogio a don Fidel, porque resulte verdad lo oído por mí en un café: que "El viejo líder" lo que quiere es quedarse con lo del INFONAVIT. Solamente creo que él trata de obtener viviendas más baratas para los obreros, rebajadas en la proporción en que están encarecidas por tanto pulpo que de ese renglón chupa.

Volviendo al caso de Isla Margarita, después que despidieron al par de tipos que antes me he

referido, la tienda funcionó con precios a la vista, y fue tanta la rebaja en aquéllos, que uno de los dos comerciantes particulares tuvo que emigrar y el otro cerró el negocio pero no salió de la isla por ser el empleado de correos.

Un compañero que andaba de servicio como comandante en un guardacostas, aficionado a la fotografía y cine, tomó películas de todas las actividades en la isla. En la cinta puede apreciarse cuando se arranca del suelo una acelga enorme con más de medio metro de altura, y la misma medida el diámetro de la planta. Los betabeles gigantes hasta de tres kilogramos. Rábanos muy largos, que no se podían comer sin remojarlos por varias horas; e igualmente los nabos. Lo fuerte del sabor de estas crucíferas parecía quemar la lengua, y esto, tanto como el gigantismo, se debía a la gran cantidad de elementos químicos del agua, según el análisis que teníamos y probablemente también lo tenía la tierra. Por consejos de un libro de horticultura se sembró semilla de alfalfa para revolver ésta con la tierra del lugar. Este elemento de la naturaleza se principió a transportar de lugares tropicales (Manzanillo y Mazatlán). Se propuso a la Secretaría que cada barco, al ir a la isla, en su viaje periódico, llevase algunos sacos rellenos y se hiciera envío en viaje especial desde Acapulco con tan precioso cargamento. Aunque fui criticado por mi "peregrina" idea, se acarrearón, en un corto lapso, bastantes metros cúbicos. La tierra que llegaba de Acapulco era completamente negra. No faltaron los eternos criticones que opinaran sobre el fracaso que sería ese trabajo, porque la tierra llevada de otro lugar perdería propiedades en la Baja California. No presté oídos a la sentenciosa observación. Esto me costó contratiempos, ya que ciertos comandantes, con cualquier pretexto evitaban el cargamento, que para algunos era como de risa. "¡Transportar tierra!" decían. No llegaban a comprender que ese cargamento significaba un tesoro. La de la isla, desde luego, era buena y rea-



lizaba el gigantismo en el fruto, pero a la lechuga y otras verduras las quemaba, así como que el rábano lo hacía incomible; por eso era necesaria la revoltura. Si desde que se establecieron los servicios navales en 1936, se hubiese dado la consigna de acarrear tierra negra, que se recogía con facilidad en determinados lugares, y en la isla adquiría valor, se hubiesen podido obtener mucho mayor cantidad de verduras y legumbres. Esto ponía a uno a pensar que hay cosas que con facilidad nos muestran las características de la raza, porque, si en ese lugar apartado se hubiesen establecido unos gallegos, o portugueses, o chinos, o japoneses, seguramente habrían encontrado la manera de proporcionarse todos los medios de subsistencia y comodidad. Pero me parecía que a mi amigo Antonio Cortés no le hubiese dado por eso de la siembra en 1939 y 1940, ya que fue quien mandó abrir los pozos. No cabe duda que él fue pionero: muy serio, honrado, íntegro, cabal... Fue a padecer los sinsabores de abrir brecha. Eso lo ignoran quienes en las "maduras" han tenido todo resuelto: magníficos sueldos, presupuestos para hartarse, y gran cantidad de unidades a flote a su servicio. La gente mal agradecida e ingrata de la isla tendrá la misma imagen del esforzado y honesto que de los zánganos incumplidos e indolentes, porque son pocos los que saben diferenciar. Para esa gente lo mismo es el jefe altruista bondadoso y trabajador como lo fue Cortés, que el inepto y el convenenciero desordenado que por ganar popularidad permite el desorden.

¿Habrá entre los que ahora llevan galones en demasía, quienes no recuerden que tuvieron un espejo en que verse?

### *Banquetes con pescado y mariscos*

Cuando el jefe Hernández se despidió de mí, me dijo: "Al secretario no le va a caer muy bien el informe que voy a dar de tus trabajos y ac-

tuación en general. A él le gusta coger a los jefes en alguna falta o delito, le gusta destituir, castigar". Le contesté: "Muy bien jefe, aunque su informe contenga verdad, de todas maneras estoy muy agradecido". Se me quedó algo en el buche que pensé preguntarle: "Si el general Sánchez Taboada trata siempre de cogernos en algo malo, siendo eso señal de que no nos quiere, ¿por qué, entonces, nos confía el mando? ¿por qué no renuncia a la Secretaría y se larga? Nos haría un favor". A ese señor algún complejo lo llevaba a obrar con tan mala intención hacia nosotros.

Comenté lo de la inspección con un señor que vivía en el pequeño pueblo llamado Magdalena, ubicado al fondo, al noroeste de la bahía del mismo nombre. Era él un solterón que llevaba muchos años viviendo en ese lugar, había llegado como radiotelegrafista. Por los días en que lo conocí, era el delegado de Hacienda, y llevaba el Registro Civil, tanto en Magdalena como en la isla. Pescaba y empacaba mariscos con procedimientos rudimentarios y, con eso había amasado una pequeña fortuna. Este señor, con quien llevé buena amistad, me dijo que había conocido a Sánchez Taboada hacía mucho tiempo. Estaban en la misma corporación, él como telegrafista y el general, en aquel tiempo —años 1919 y 1920— era capitán segundo y pertenecía al cuerpo médico: era algo así como enfermero o camillero.

Se trataba de las fuerzas de Guajardo, a quien se ha achacado el asesinato de Zapata. Gómez no había presenciado la escena en que acribillaron al jefe suriano, porque estaba recibiendo mensajes, pero se enteró de que Sánchez Taboada no era ajeno a los acontecimientos. Todavía estando Obregón en el poder, fue a dar a Magdalena Juan José de J. Gómez, que así se llama el personaje en cuestión, y continuaba ahí en 1955, como única autoridad civil. El general Sánchez Taboada ofreció ayudar a ese hombre generoso que su dinero lo repartía entre los pescadores y, como lo que era, un quijote, rechazó





el ofrecimiento del que fuera su compañero en Chinameca y lo volvió a encontrar convertido en secretario de Estado.

Pensaba yo que cuando dejase la isla me iría satisfecho, habiendo plantado árboles que con mil sacrificios, se habría logrado como un centenar en el poblado, dejando siembra de verduras, casas, un jardín de niños; una iglesia en tres cuartas partes de construcción, juegos infantiles, una carnicería y establo, una maternidad. Se había quitado la pestilencia en las viviendas, de lo que pudiera llamarse en el primer cuadro, construyendo "céspedes" de material con tabiques, en cada alcantarilla en el piso, al pie de cada inodoro su céspol correspondiente de material, cosa muy sencilla de hacerse (receptáculo para impedir la comunicación directa del drenaje con las tazas de excusados. Los que había eran antiguos en forma de cubeta). Se había iniciado el cultivo de flores intentando despertar el interés entre las mujeres en este menester, para lo cual se obsequiaban macetones que se hacían con losas de barro. Quedarían tabiques y tejas por muchos millares, así como un obelisco de piedra erigido a la memoria de los Azueta. Todo eso hacía falta, mucha falta, en lugar tan apartado, y olvidado. Fue una lástima —por largos lapsos— no haber aprovechado los recursos naturales que se tenían en abundancia. No era un mérito desarrollar iniciativa, no hacerlo era reprochable. Jugar dominó y embriagarse era criminal. Como criminal era sentarse en el casino a tomar licor a "fuer" de privilegiado.

Tuve gran satisfacción en ver la sorpresa que causó a los agregados militar y aéreo de la embajada de Estados Unidos, el que los agasajara, en cuestión de comida, cuando estuvieron como mis huéspedes, como si estuviésemos en la misma capital de la República. Estos agregados habían ido en ocasiones anteriores gozando de vacaciones, con objeto de pescar. Arribaban en un avión D.C. 3 de la misma embajada. Llegaron

con obsequios, principalmente verduras. Les agradecí su atención; dándome cuenta con ello de que alguno de mis antecesores lo aceptaba con regocijo: seguramente había hecho alarde de carencias. Eso me produjo una impresión deprimente, que me hizo obrar con premeditada actitud, como de "desquite". Desde luego que los visitantes obraban con la mejor intención de ayudar al desvalido como lo hacen siempre: con todo corazón con gran sinceridad, en su actitud de acaudalados hacia el necesitado. Ellos se mostraban como los "grandes cuates". Entre algunos compañeros oía yo decir: "Ah! Conover es cuantísimo, William también, y Layon no se diga... son rete buenas gentes". Expresiones sinceras y a veces ingenuas sin pensar que en muchos casos era la bondad protectora del fuerte. A mí me parecía humillante. Me imaginaba, con rabia, a mis antecesores exclamando palabras de agradecimiento para quienes se compadecían de los "pobrecitos hambreados confinados en una isla, ¡vergonzoso!

El cocinero, hombre de mi confianza a quien había tenido como mayordomo en Mazatlán, cinco años antes, se la pasaba leyendo el libro de cocina, del que casi a diario seleccionaba un platillo, y lograba, con su buen sazón, dar a la comida el sabor que pudiera darle el mejor cocinero de la zona rosa del Distrito Federal. Tenía las verduras de nuestra hortaliza, las hierbas de olor y especiería que en gran cantidad me había mandado mi hija Carola, de la capital, abundante mantequilla y leche de lata en mi refrigerador de petróleo (12 pies cúbicos). Queso fresco recibía casi a diario de la península a bordo de lanchas. Langostas, lenguado, abulón, camarones, ostiones, garropas y otras, pescados y mariscos estaban a la mano. Las gallinas y pollos llegaban a un centenar. Con todo esto se obtenían los mejores platillos que pudieran apetecer los huéspedes que llegaban para agasajarlos espléndidamente.



El coronel Sker me dijo: "Sentimos ofrecerle lo que usted tiene de sobra, pero en ocasiones anteriores los comandantes fulano y zutano ca-recían de legumbres y verduras". Estuve a punto de decirle: "Sí coronel, a unos compañeros les gusta aparecer como pobres menesterosos. Hay gente para quienes tiene algo de encanto mos-trarse como sufridos, y eso han hecho algunos de mis compañeros. Yo creo, coronel, que se pue-de recibir decorosamente a un huésped, hasta en el desierto". Cuando los despedí les dije: "No dejen de venir el año entrante que para entonces ya estaremos, mi mayordomo no le pedir nada al cheff del Prendess.

Después de la multicitada inspección, escribí una carta al ministro de Marina, la que no me contestó. Me parecía inaudito que sin previo avi-so, hubiese mandado inspectores por avión. Si me había esforzado en hacer obras de beneficio en aquel lugar apartado, ¿por qué el citado mi-nistro, solamente obedeciendo a la queja de unos barbajanes, trató de exhibirme como un incumplido o como un bribón?

Pensaba entonces que ese señor algo tenía contra nosotros. Probablemente en alguna oca-sión se encontró con uno de esos broncos de la Armada —Trujillo, Castillo Bretón, Cuéllar, Hiram Hernández— que eran bragados. Probablemen-te una cosa tan vulgar como guardar rencilla por un asunto personal con un marino le hacía observar esa actitud hacia nosotros. Por ningún otro lado velamos que se justificara.

Escribí una carta a nuestro jefe y detractor, sin guardar copia, según mi mala costumbre. Mucho me hubiese satisfecho insertar en esta memoria lo que escribí en un rato de indigna-ción. Pero recuerdo que decía algo así como: "...si se me envió aquí fue porque no tenía ante-cedentes de explotador de los de abajo. Si usted no tiene confianza de sus colaboradores, por mi parte prefiero estar en disponibilidad, asegu-rando a usted, señor general, que ningún otro

móvil se anima en el desempeño de mi comi-sión, mas que el de servir con lealtad a la insti-tución. Lamento mucho decir a usted que entre los civiles de confianza que prestan servicios a la Secretaria, hay gente indigna de estar gravando el presupuesto de la nación, como en el caso concreto de los individuos a quienes se les están confiando el manejo de las tiendas en lugares apartados...".

Esta carta, si la leyó el ministro, debe haberla regresado a su secretario particular diciéndole: "Archívese".

Sobre la actuación del general para con nosotros, los que teníamos alta jerarquía, no po-díamos encontrar el motivo de esa malquerencia, y lo desconcertante era que al tratar con cual-quier jefe sobre algún asunto, se portaba muy amable y parecía comprensivo. Dejaba bien im-presionado a quien hablaba con él en su oficina o cualquier otra parte, pero a la vez, se oía decir, por parte de los ayudantes que estaban en la presidencia, que en las antesalas, el señor echa-ba de su ronco pecho, conceptos muy desfavo-rables respecto a nosotros, los de la Marina que ya portábamos guila con estrellas.

Enemigos gratuitos como el preciado ge-neral, ha tenido muchos nuestra institución; cuando éramos oficiales en Guaymas, había un coronel de esos robavacas que nos odiaba; man-daba arrestado, con cualquier pretexto, a los ofi-ciales que se encontraban en alguna cantina, pero había otro coronel, Morroyoqui, un yanqui, como de 100 kilos de peso —era un toro— que se hizo muy amigo nuestro; cuando éste se en-teró de las arbitrariedades de su colega, lo ame-nazó con pegarle si insistía con molestar a los "muchachos marinos". Malos ratos pasaríamos a lo largo de nuestra carrera, aún siendo coman-dantes de zona, por tener que sortear esos es-collos que eran los jefes de guarnición en lugares como Manzanillo, La Paz, Guaymas, Veracruz, Mazatlán..., donde siempre tenían grado mucho



más alto que nosotros. Nos la tendríamos que ver con señores que no querían ni a sus mismos oficiales cuando éstos eran egresados del Colegio Militar. Pero seríamos embusteros si no reconociéramos que entre esos señores torpes —esos jefes sin escuela— los hubo de oro.

Mi pariente en tercer grado, el general Armando Escobar Estejer, y muchos otros, eran gente de buena calidad humana que por su comprensión y camaradería íbamos de la mano, sin que tuviésemos que sufrir las consecuencias de una arbitrariedad. El asunto fue mejorando desde que los mandos fueron recayendo en los contemporáneos nuestros: Cuenca, Chagoya, Cueto, Fernández, Pámanes, Gurza, Garduño, Sandoval, Castarica, Ballesteros, Bulnes, De Alba Rueda Magro, y muchos más de las generaciones de la segunda y tercera década. Los que se recibieron en las postrimerías de la Academia de Estado Mayor, y las primeras generaciones del Colegio Militar, era ya gente con quien se establecían relaciones en plena armonía.

Dábanse casos en que, teniendo mando como teniente de navío, nos topábamos con señores generales caballerosos, como Sánchez Hernández, Reynaldo Híjar, León Lobato y otros de quienes conservamos un buen recuerdo, pero un caso de éstos era entre muchos desafortunados, como el de un coronel de apellido Franco, que, en Manzanillo, pedía la lancha del barco para hacer compras a bordo de barcos japoneses. Yo relevé a un comandante accesible que le había cumplido sus gustos al coronel, a costa del servicio y tuve que arriesgarme a que se enfureciera contra mí el señor, cuando le negó lo que pedía.

Las intenciones del general Sánchez Taboada quedaron de manifiesto con un desgraciado suceso que tuvo lugar en el año 1955: Por uno de los primeros meses se hundió un remolcador de la Armada donde todos perecieron. Con este motivo, el ministro puso al comandante general de

la Armada, almirante Mario Rodríguez Malpica, a disposición de la agencia del ministerio público. Esto levantó una ola de indignación, no solamente entre el personal de la Marina Militar, sino también entre la gente civil de Veracruz, quienes entendían algo de jerarquías y atribuciones entre funcionarios y servidores del gobierno.

No era razonable que el jefe "número uno" fuera quien respondiese por los detalles del hundimiento, que en tal caso, la responsabilidad podía fincarse sobre el jefe de los servicios navales del lugar donde zarpó el barco, y antes que éste, estaba quien mandaba la unidad, y al comandante nunca se le obliga a salir a la mar cuando se tiene la certeza de un temporal.

El resultado fue que no habiendo elementos de juicio para procesar al almirante Malpica, quedó nuevamente en su cargo, absuelto de toda culpa.

Fue al puerto el general Sánchez Taboada con motivo de la ceremonia luctuosa (21 de abril), aniversario de la toma de Veracruz por los norteamericanos en 1914. Andaba yo en el puerto en esos días habiendo hecho el viaje para vender mi casa que ya se había terminado. Asistí a la ceremonia de la Escuela a donde también llegó el comandante de la Armada. Me pude dar cuenta de que ningún jefe como ningún civil, se le acercaba al citado general; en cambio, el almirante estaba rodeado tanto de marinos como de personas importantes del puerto.

Mucho había influido en el ánimo de la gente el que a un funcionario se le hiciera un cargo terrible de manera tan injusta. El general moriría a los pocos días. Se rumoreaba que el señor tenía intenciones de llegar a la silla presidencial: era un político habilísimo —a la mexicana— pero en el caso de la consignación injusta del alto jefe Rodríguez Malpica cometió un error lamentable.

El licenciado Marco Antonio Muñoz me había escrito una carta proponiéndome la compra



de mi casa. Su gobierno la obsequiaría al músico poeta Agustín Lara. Más bien, se trataba de ayudarlo a adquirirla, y por lo tanto, el señor gobernador me pedía que me pusiera en plan de ayudar al maestro que "a veces tenía dinero y a veces no".

Esto de la casa necesitaría un capítulo para expresar la manera de comportarse del mimado Agustín. La impresión que me quedó de su persona, su condición de soberbio, con otras características que le adornaban, me han hecho guardar un mal recuerdo de este artista cuya memoria es honrada por la inmensa mayoría del pueblo, por millones de mujeres, sobre todo "las horizontales". La persona que promovió la adquisición de la casa, un danés conocido mío Enrique Grueguersen, era íntimo amigo y adorador del flaco; avisó a Agustín sobre mi finca, éste se echó en brazos del licenciado Muñoz, a quien el músico le decía por teléfono, "hermano, te mando mis bendiciones". Y así, haciendo una cadena de amistades, se llegó a la venta, en que no fue tal suya, sino que Agustín llegó ante el Notario Público, como el niño que llega a la juguetería con su papá o su padrino, y lo único que hace es arrebatar el juguete, abrazarlo con fuerza y que su protector se entienda con el pago completo sin que él, como beneficiado, eche mano de su alcancía para contribuir a la compra. Cuando se hizo la "operación de compra-venta", yo muy atento (atentísimo) observé hasta el último momento, las reacciones del músico, y no vi que le diera las gracias a su protector. Como esto sucedía en la terraza del Hotel Mocambo, a donde el notario llevó el "protocolo", Agustín ya tenía unos cognacs entre pecho y espada; se concretó a decir unos chistes y a contar algo de su vida, cuando como músico desconocido tuvo una oportunidad de iniciar su ascenso a lo más alto de la fama; pero no le oí decir algo así como "hermano, te lo agradezco". Lara creía que era acreedor a todo lo que por él se hiciera. Estaba sumamente engreído.

A mi regreso de Veracruz seguí trabajando con ahínco en "mi ínsula": quería terminar o adelantar todo lo posible cuanto había planeado pensando en que una comisión, por ley, dura regularmente de dos a tres años.

Desde mi llegada a la isla había declarado el estado seco: ni una sola cerveza podía expendirse. No transigía por ningún motivo. En pláticas amigables con mi jefe de Estado Mayor, con el comandante de la compañía de Infantería de Marina y los dos comerciantes del lugar, se había tratado de que la cerveza estaba considerada como refresco. Esto no me convencía de manera que cambiase mi propósito, y la drástica disposición seguiría vigente. Nunca antes, ni después, fue tomada por otros esa medida para impedir el desorden.

Decía a mis amistades y compañeros: "No se revisan los equipajes, ni se abren los bultos que lleguen por correo; no se si contengan alguna botella, y con esta se pongan una papalina "de buró" encerrados en su casa, pero eso yo lo ignoro, y nadie se sentir facultado para venirme con líos provocados por el alcohol; se había dado el caso de un homicidio, siendo comandante mi compañero Antonio Aznar; fue cometido con el teniente Sea Salas, y todo como consecuencia del aguardiente. Había estado en Margarita, de paso con mi barco, unos años antes, y entonces había presenciado una gran injusticia: que comandante y oficiales de la zona, se divertían alumbrados por las copas, mientras la gente de tropa solamente se conformaba con ver; porque, por lo visto, la prohibición era nada más para estos últimos y para los civiles. Oí en una ocasión el comentario de un compañero que había estado como comandante antes que yo. Decía con solemnidad: "Cuando fui comandante no permitíamos mas que cerveza y eso en el Casino de oficiales". Expresión abominable me parecía, pues la cerveza también emborracha cuando se toma media docena de botellas; es tan peligrosa como



cualquier aguardiente, y sobre todo, en esto no debe haber distingos. Tan desordenado es un general borracho como un soldado raso, y tan indigno puede portarse un señor ministro como un limpiabotas cuando se le suben las copas.

De manera que, aun cuando la superioridad nada había dispuesto al respecto a bebidas; en los días de mi mandato. El "estado seco" fue declarado en ese ínfimo pedazo de tierra mexicana. Pero cual sería mi asombro cuando el día primero de junio (día de la Marina), los pescadores y demás civiles andaban abrazados borrachos, paseándose por fuera del recinto militar. Me di una vuelta por el poblado, y ni me volteaban a ver los ebrios, pacíficos pero llenos de euforia. Entonces mandé llamar a mi jefe de Estado Mayor, así como al comandante de la compañía de Infantería de Marina; ordené que se armaran de "toletes" 12 hombres, y que por parejas recorrieran los alrededores de la zona y casas contiguas. Llegó un momento en que desaparecieron los borrachitos. Se fueron a sus casas o al cerro — inofensivos— sin provocar el menor incidente. Entonces dije al comandante de la compañía de infantería: Me satisface que nadie se sienta con facultades de venir a molestar porque nos consideren los culpables de la existencia del alcohol en la isla.

La introducción del aguardiente se hacía por el muelle de la empacadora de mariscos. Le dije a mi amigo el ingeniero mecánico naval, José Iñiguez, que era un alto empleado de dicho factoría; —Pídemme gente y te enviaré los soldados suficientes para que vigilen el muelle y demás lugares que tú señales cuando los barcos arriben, y mientras estos permanezcan en puerto—. Esto se hizo en lo sucesivo pero ya no me tocó pasar otro día de la Marina en la isla, y no pude constatar la eficiencia de esa medida previsor.

El general Sánchez Taboada, había muerto de un ataque cardiaco. En realidad, no fue muy sentido por la gente de la Armada, salvo por

aquéllos que se colaban con cualquier pretexto, y llegaron a frecuentar su oficina, salvando conductos, cosa indebida, pero autorizada por el alto jefe. Esos tipos, de los que nunca faltan en cualquier ministerio —civil o militar— y hasta en la misma presidencia de la República; esos que se meten hasta por el ojo de la llave, gozaban de atenciones y favores del general, pero a la vez aguantaban humillaciones.

El general Sánchez Taboada murió cuando más santo se sentía; en 1.º de mayo de 1955. Era un hombre corpulento; calmado; parecía que iba a figurar todavía mucho tiempo en la política. Lo sustituyó el vicealmirante Gómez Maqueo quien al finalizar el año ordenaría cambios en los mandos.

### *Jefe de Estado Mayor de Marina*

Me llamaron a México causando baja de Puerto Cortés, al principiar 1966, para quedar como jefe de Estado Mayor de la Secretaría. Habían nombrado comandante general a mi amigo Vázquez del Mercado. Sería la cuarta vez que trabajaría muy cerca de él, y también la última. El ministro lo había mandado llamar para darle el cargo importante de la Armada.

Con el propósito de poner atención, de preferencia a lo que fuese de sentido práctico y no lo que eran especulaciones sobre táctica, estrategia y otras disciplinas que, por entonces, de nada nos servían, pensé que se le deberían dedicar horas extras al trabajo, que los oficiales del citado organismo no se volvieran simples burócratas, cerrando los cajones de su escritorio a las dos y media en punto para abrirlos hasta la mañana del día siguiente.

Principié a trabajar 13 horas diarias, procurado con mi secretario particular y ayudante a la vez, el teniente Manuel Ferrer Lara, no dejar un sólo papel en el cajón de los asuntos pendientes.



Me hacía yo el cargo de que teníamos un Estado Mayor que se trataba de equiparar al de países muy adelantados en su organización. Pensando que nuestra labor inmediata era otra cosa y sencilla, esforzarse por perfeccionar los servicios y todo lo relacionado con nuestra vida cotidiana; *vr. gr.* ver cuál era el origen de la tardanza en trámite de toda índole, tanto los que impedían que uno de nuestros barcos cumpliera con una orden de operaciones, transcurriendo un plazo que pudiera acortarse, como lo que entorpecía el llevar al cabo oportunamente una orden de pago. Deseaba descubrir el motivo por el cual nuestro vestuario y equipo no eran de la mejor calidad, ya que los precios eran estratosféricos, y se suponía que había robo a la nación, de grandes proporciones en este asunto; descartando la idea de que el asunto fuese solapado por el presidente de la República y el secretario. Pensaba que se debería organizar un taller o talleres de sastrería, que para ello nos sobraban vacantes, las cuales podían llenarse con gente conocedora del oficio; sastres que andaban por las calles sin trabajo y muy bien les caería un sueldo permanente en la Armada.

Pensaba que debería darse cima al proyecto sobre un cuerpo que bien podría llamarse de "construcciones" o propiamente "zapadores de la Armada", con el objeto de realizar la construcción de casas suficientes para el personal, en los diferentes puertos de ambos litorales. Era un inconveniente estar sujetos a procedimientos apoyados en nuestras obsoletas leyes de secretarías; el sistema burocrático nos asfixiaba, ya que una promoción, de cualquier índole, quedaba sujeta a mil trámites; porque intervenían, en primer lugar, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público con sus "grandes" economistas, siguiéndoles la cauda de arquitectos, ingenieros, abogados, inspectores, interventores, intermediarios, comerciantes consentidos, y poderosos promotores enchufados en el gobierno con puestos hasta de

gobernadores; de modo que, al llegar al final en una "obra", siempre festinada, solamente se parían un ratón.

Decía yo: "procuremos hacer un reglamento para los viajes de prácticas de acuerdo con lo mucho que hemos experimentado estudiando los informes de los que se han llevado a efecto para impedir que se conviertan en viajes de paseo solamente".

Y mis comentarios eran a diario con alguno de mis inmediatos colaboradores, como: "...muy importante —indispensable— es llegar a tener un personal de cámaras selecto y no compuesto por gente reacia a presentarse correctamente vestida, andar limpios, gente que no sabe servir una mesa... "Importante es ver que el tiempo se gasta en preparar a un personal con estudios superiores, y en general, la vida de a bordo, y los cambios de comisión, principalmente de un litoral a otro, sin orden ni concierto, presentan la realidad del descuido que hay, en otros aspectos, como son el mantenimiento de las unidades a flote y las penalidades que sufren los oficiales con la constante movilidad en sus puestos. Consideraba que la labor leal y obligada de todo oficial, principalmente el de Estado Mayor, no era solamente la de ir resolviendo los asuntos de manera objetiva, según se fueran presentando, sino dar siempre sugerencias, dar luces, crear.

En más de una ocasión comenté con los jefes de sección, Raúl Niembro Godínez, Salvador L. González Lascano y Lorenzo del Peón; "He observado en otros compañeros, y en mí mismo, lo penoso de los traslados. Las familias sufren por esa falta de consideración, de la que nadie responde. Hace falta sacar una estadística del personal movilizado por tierra en un año; con esto, el promedio de gastos de hoteles y pago por transporte de menaje de casa. Necesitamos una sección o simplemente una mesa especial encargada de dar servicio recogiendo a los interesados con familiares, y transportarlos a esta-



ciones o centrales camioneras, que se ocupen del envío oportuno del mensaje, para que en lugares de paso, como es la capital, sean recogidos los viajeros, llevarlos a hoteles, y que sea costeadado el hospedaje de dos o tres días; continuando estas atenciones de traslado, hasta que aquéllos lleguen a su destino. Esto lograr a llenar una necesidad cuando al término de un viaje la familia se instale en una casa, propiedad de la Armada".

La sección o mesa por la que yo abogaba, dependiendo de la "Dirección de Servicios", al poco tiempo se creó pero como Dirección y se llama "Seguridad Social" con una exagerada cantidad de empleadas con diferentes jerarquías desde marineros hasta oficiales, gran número de maestros y varias de jefes. Un verdadero quebrantamiento de la disciplina. Pero en esta modificación no mejoró lo que yo pretendía que mejorase. Todo ese ejército de trabajadores sociales, lo menos que hacen es trabajar.

Exponía yo a mis compañeros cuando pugnaba porque se beneficiaría a los que viajaban por cambio de comisión: "Es penoso y hasta conmovedor, ver a jovencitas —verdadera representación de la familia— cargar maletas y bultos como gitanas, hijas de contra maestres que se apenan de sus carencias. Estas gentes necesitan de nuestra atención. El oficial de baja graduación, el maestro, de cualquier cuerpo, por haber llegado a esa jerarquía, muestra que se quedar definitivamente en la Armada, y son éstos quienes necesitan más de los servicios de transporte, hotel y vivienda. Sus familias tienen derecho a viajar con las mismas comodidades con que lo puedan hacer los de los oficiales y altos jefes. Si se pone esfuerzo en plantear estos asuntos y hacerlos cristalizar, algo se habrá sembrado; si nada se logra y se continúa en las mismas condiciones de carencias de nada nos servirán tantos adornados con el distintivo de la sapiencia. Antes que otra cosa, debemos hacer ver a nuestros jefes,

que poner atención a esos pequeños, en realidad grandes, problemas, tendientes a mejorar las condiciones de vida de nuestro personal, es la base que se eleve el "espíritu de cuerpo", y ello es un gran paso en el mejoramiento general de la institución. Más caro salen al gobierno los estudios de un ingeniero naval, que beneficiar por un año a todo el personal en tránsito; y todavía más cuando el favorecido va a estudiar gracias a influencias personales y no por haberse distinguido en sus estudios".

Exponía esto a quien no se aburriera de oír mi cantaleta; y a los compañeros del Estado Mayor, pedía que intentáramos algo así como una "cruzada", para dar mayores facilidades de vida al personal, principalmente el embarcado; prestando atención con ello a los que siempre parecieron asuntos sin importancia; que no se esforzasen en cuanto a los estudios que conducían a implantar métodos inadecuados en nuestro medio; cosas que antojábanse exóticas dentro de nuestra realidad.

Sobre esas "pequeñeces" que paradójicamente las llamo "grandes cosas" había mucho que trabajar. Lo primero era, enmendar algunos artículos de la Ley Orgánica. Por esos días se trabajaban "horas corridas" que creo, a la fecha es lo mismo. Quise que el personal bajo mis órdenes cambiase de horario. Por mi parte, asistía a la oficina también por las tardes, saliendo muchas veces. Después de las nueve de la noche. Trataba de no dejar asuntos pendientes en mi escritorio.

Así quise que los jefes de sección lo hicieran, pero muchas veces se propasa uno en sus atribuciones impulsado por un deseo vehemente de realizar algo; y pareció, con lo que yo deseaba, que sujetaría a mis subordinados a un trabajo que no era indispensable. Oí argumentos que no me convencieron, pero no tuve mas que aceptar bien con quienes se libraban de arriba, quienes quedaban bien con quienes se libraban de trabajar por la mañana y la tarde, haciéndose a un



lado el ánimo de trabajo que me hacía ir más allá de mis facultades.

Con mi ayudante logré un bosquejo del plan para ayudar a oficiales y familiares que mudaban de residencia, por cambio de comisión. Se había sacado —según ya se dijo— un promedio de gente que en un año se trasladaba de un puerto a otro, ya fuese en el mismo litoral o de uno a otro, cantidad para comprar tres camiones, y libre uso de los ya existentes; pago de hoteles y demás. No excedían los gastos de unos cien mil pesos anuales. Cuando entregué el bosquejo, el comandante de la Armada me dijo más o menos: "Muy bien, pero me quedaré con esto por ahora para proponerlo cuando vea una buena oportunidad".

Por esos días todo lo que proponía el jefe mencionado se le rechazaba. Esa costumbre de estar modificando constantemente nuestros sistemas administrativos hacía que la Armada no pudiera disponer ni para la compra de pintura. Una burocracia en el medio civil, que todo lo aplazaba, boicoteaba cuando era solicitado por nuestra comandancia general, si no era canalizado por los conductos de cuatro o cinco allegados a la Oficialía Mayor, algunos con galones. Eran esos quienes manejaban nuestro presupuesto: ¡cosa incomprensible! No se concebía que unos cuantos tipos pudiesen sabotear las propuestas de gastos presentadas al ministro, cuando provenían de gentes que no estaban amafiados con aquéllos.

Mis sugerencias, por supuesto, quedaron en los anaqueles, para dormir el sueño que guardan muchos proyectos que probablemente ya estén apolillados; o probablemente estén en manos de los "flamantes" jefes y jefecitos que con el panderero en la mano vienen gozando, no de la abundancia sino del despilfarro general que los ha convertido en el niño del juguetito deseado; cuando lo tienen no saben cómo jugarlo y ni siquiera por dónde agarrarlo. Probablemente les hará provecho mi apolillado proyecto.

Quedaba el Estado Mayor, como una oficina de trámite. No había un trabajo intenso, como debe ser en una dependencia que ese organismo es el principal asesor del mando.

Me puse a revisar la ley orgánica, con mi ayudante el teniente de navío José Ferrer. Los jefes de sección, al ver que no los tomaba en cuenta, se me acercaron a decirme que se comprometían a hacer el trabajo para enmendar, por lo menos, los artículos que lo ameritaban, y que desde hacía mucho tiempo deberían haberse corregido, ya que dicha ley, por quién sabe qué circunstancias adversas, había quedado incompleta y defectuosa.

Me satisfizo que los citados jefes de sección se comprometieran estudiar dicha Ley se señalar las partes que requiriesen enmienda; eran gente de fiarse. Sin averiguar a qué horas se reunirían, ni lugar en que lo hicieran, recomendé no caer en el error en que siempre se caía, de abrumarse con el trabajo de corregir lo escrito de la primera a la última página. Solamente había que poner atención a lo que de manera palmaria se manifestaba inadecuado.

El trabajo se comenzó de inmediato, y principié a revisar lo que diariamente se me entregaba. Al ritmo que iba el asunto, hacía pensar que a fines del año quedaría terminado. Manifesté que mucho me gustaría terminar con el trabajo para el mes de diciembre, o principios del año de 1957, porque pensaba no seguir en esa oficina; que haría todo lo posible por irme a Veracruz a construir casas para oficiales. Se me había metido muy hondo esa idea. Deseaba realizar mi proyecto de una "colonia de la Armada". ¿Cómo lograría una empresa que a todos parecía cosa del otro mundo?.. De alguna manera tendría que llevarla a cabo. La base era que contábamos con muchas plazas vacantes a la vez que en el puerto había mucha gente sin trabajo; los haberes y raciones que no se ejercían, los recogía la Secretaría de Hacienda, o sea les daba otro des-





tino del cual no veíamos beneficio para la Armada. De manera que no había por qué desperdiciar la oportunidad de llenar esas vacantes con trabajadores, aunque no se les exigiera disciplina militar ni se les proporcionase uniformes. Solamente sentarían plaza para cobrar y desempeñar el trabajo de su especialidad.

Se contaría con combustible de sobra. A Marina en ese sexenio le proporcionaban mucho dinero para obras portuarias, y de ahí podía sacarse para nuestras construcciones. Migajas que nos dieran, eran buenas sabiéndolas emplear. Me había forjado una idea y no había obstáculos que no pudiese superar. El cálculo era fácil, la ecuación se planteaba clara, diáfana: factores favorables, eran la buena voluntad y la sana intención del ministro; dos camiones, gasolina, trabajadores que ocupaban plazas vacantes y terreno cedido por el Ayuntamiento. Despejada la incógnita, igual a trabajo y más trabajo; resultado: casas para las familias de los embarcados, no en número suficiente porque parecía que solamente a uno le interesaba el asunto. El número de viviendas resultaría la mitad del anteproyecto, concebido de acuerdo a la superficie del terreno. Después, como siempre pasa, ese pedacito de la Armada serviría para que otros se pararan el cuello. Pero qué gran satisfacción era ser realizar algo que cubriese parte de las necesidades de vida de aquéllos a quienes veía uno como a sus propios hijos!

### *Acto de soberanía en las Islas Revillagigedo*

Los trabajos de la Ley Orgánica en el Estado Mayor se fueron alargando, ya que enmendar un articulado es cuestión de discutir bastante; hay que agotar argumentos, para hacer que prevalezcan los mejores conceptos. La reforma llegaría a realizarse mucho tiempo después cuando yo me encontraba ya retirado, los detalles que he

palpado, dejan ver que el capricho de un atolondrado se impuso copiando lo que no debe copiarse de otra nación por ser inadecuado a nuestro medio.

A fines de 1956, se presentó un asunto que llegaba a tener carácter internacional, y sirvió para poner a prueba la gran capacidad de trabajo que podemos desarrollar los mexicanos, teniendo como elemento principal a nuestra gente, de abajo, nuestro "pelado" el mestizo, que sabiéndolo dirigir, y cuando él ve que se trata de alguna obra de beneficio colectivo, donde no va a quedar su esfuerzo en la nada; pone su fuerza física, que es enorme, su gran voluntad, y todo su entusiasmo, por llevar al cabo las más grandes empresas.

Se trataba de hacer "acto de soberanía" en las islas Revillagigedo; archipiélago que teníamos abandonado. Eran días de "guerra fría" y sabíamos perfectamente que en caso de un ataque extracontinental contra América, México se presentaba como un lugar de penetración.

Independientemente de que existía esta situación, ignoro si hubo pláticas diplomáticas con algún país del continente tratando sobre nuestras islas, que deberían estar ocupadas con nuestras fuerzas militares. Seguramente no hubo presión exterior, pero se imponía al llenar una necesidad que se venía contemplando desde antaño. El ministro y el comandante de la Armada pusieron atención al asunto. Desde tiempo antes, en varias ocasiones, los oficiales comentábamos sobre el por qué de tener las islas abandonadas; pero hasta ahí llegaban nuestras conjeturas. Había mucho en el país que distraía la atención; el asunto social ocupaba el primer plano; llevaban mucho tiempo los esfuerzos por tratar de componerlo, no teniendo para cuándo darle fin; y ¡claro! ir a poblar una isla que no dejaba un beneficio inmediato era algo que se iba dejando al margen. Mientras estuvo abandonado el Archipiélago, empresas clandestinas



explotaban el negocio de lana, ya que en la isla Socorro abundaba el borrego, y se echaba de ver que se trataba de algo bien organizado, ya que había alambradas dispuestas como para concentrar los animales y trasquilarlos.

El caso real era, que no se daba importancia a la situación de tener abandonados esos lugares que eran pedazos de la nación.

Encontrándome en "acuerdo" con el comandante general, éste expresó que el ministro estaba indeciso para llevar al cabo la operación. "No me parece cosa del otro mundo" pensaba yo. Vázquez del Mercado me dijo: Hay que llevar al cabo el asunto. —Ya lo creo, —comenté, agregando, —¿Como para cuándo crees que pueda hacerse esto? Me dijo: De inmediato.

Él decidió asunto tan importante; tomó las providencias del caso para alistar los buques que tomarían parte en la "operación"; pero ignoraba yo a quién se designaría para comandarla.

En esos días, por algún motivo que escapa a mi memoria, nos trasladamos a Veracruz los principales jefes, el secretario, el sub-secretario, el comandante de la Armada y jefe de Estado Mayor. Esto sucedía al final del año 1956. Estando sentado a la mesa en un desayuno, con otros jefes y funcionarios, unos civiles de la Secretaría, dijo el ministro: ¿Cómo se va a ver nuestro jefe de Estado Mayor mandando la expedición?. Eso me hizo sentir alegría pues era algo fascinante para mí, como para desarrollar iniciativa y trabajo. Le quedaría yo agradecido para siempre a don Roberto. Se trataba de iniciar un poblado. Aunque pequeño, daba oportunidad a persona que siempre le gustaron las llamadas cuestiones "operacionales", como era mi caso. Me di cuenta de que en esos momentos se le había ocurrido al ministro nombrarme jefe de la misión, sin haberse tratado el asunto antes, ya que noté la sorpresa de mi inmediato jefe, quien probablemente había pensado en otro. No solamente por convicción iría yo con todo gusto —con entrega completa—

a desempeñar lo mejor posible comisión tan importante, sino por corresponder a la espontánea manifestación del ministro en el sentido de que yo fuese en quien confiaba. He creído que no quedó defraudado. Después, como si tuviesen muy mala memoria algunos de mis colegas, me contarían de lo bonito que está el lugar, lo bien que está escogida la explanada en que se ubican las construcciones... ¡Ah!. lo más interesante: se piensa en una granja. Zánganos, digo yo. Hace 20 años que fuimos y hasta ahora les brilla el coco. Inmediatamente después de haber terminado la "operación" que nos llevó menos de una semana; deberían haber principiado los sembradíos, las vaquitas y el fantástico aeropuerto que ahora anuncian con clarines y trompetas. Bien está que le den importancia a ese lugarcito apartado de la metrópoli. Yo he dicho: "Está muy bien que eso progrese, pero debe ponerse atención a que si el despilfarro de nuestro tesoro es lo que, contradictoriamente, ha facilitado el mejoramiento de la isleta, eso no tiene ningún mérito, porque todo lo que en los últimos años ha relumbrado en cuestión de obras materiales del gobierno, ha venido siendo, mas que otra cosa, como arriba queda asentado, despilfarro de grandes proporciones.

Sobre el aspecto logístico, en cuanto a movilizar las cinco unidades que tomaban parte en la operación Revillagigedo. se principió a trabajar en la jefatura de servicios, bajo las directivas del comandante general, previendo lo que debería transportarse a la isla apartada para establecer un pequeño poblado. Era cuestión de estudiarlo muy poco. Lo primero en que hubo de pensarse, fue en una planta de luz para satisfacer todos los servicios de alumbrado, refrigeración y cuanto trabajase bajo la fuerza eléctrica; tres tanques para almacenar agua potable, solamente para beber y se contaba con las friáticas, magníficas para lavar, regar y otros servicios. Además, había la probabilidad de que se descubriera algún ojo de agua, como lo había en Isla Margarita, que



evitarla el surtir periódicamente a la base, transportado por los barcos; caseta para servicio radiotelegráfico; cemento para los trabajos que se presentasen, ya que arena y grava seguramente se encontrarían como materiales de "fortuna"; herramientas de toda clase, tanto para taller mecánico como principalmente carpintería y albañilería.

Antes de salir de México, había yo presentado un pliego con solicitudes para que fuesen atendidas de inmediato; la primera para ordenar el Carpintero de Isla Margarita se trasladase a la capital, llevando las medidas de unas casas de madera que por radio, le recomendé las tomara. Eran medidas de tabazón de construcciones sencillas que bajo mi dirección se habían hecho en la mencionada isla, no hacía más de un año; la segunda, una orden de pago para la compra de madera, y tercera, se entregó la relación de herramientas para los diferentes trabajos; 1 minas de cartón comprimido, material de alumbrado, refrigeración, tubería galvanizada, codos "niples" y demás. Respecto al mástil y otros elementos para la estación de radio; el jefe de ese servicio, el radiotelegrafista Eduardo Carrillo, se encargaría de hacer acopio y enviarlos a Manzanillo.

Especial atención se prestaría a los víveres para asegurar el consumo de determinado tiempo, por parte del destacamento que se quedaría en la isla.

La expedición salió compuesta por tres "fragatas" y dos buques de menor tonelaje. Mi insignia iba izada en la fragata Papaloapan.

La madera se compró en Manzanillo y de inmediato se principiaron a cortar tablas, horcones y rehilos. Ordené la concentración de los Carpinteros de los barcos a la Papaloapan, y bajo la dirección del maestro Pérez Bolde que fue el "importado" de Isla Margarita, todos trabajaban con una rapidez y disciplina que daría, como resultado, el llegar a Socorro con las casas ya prefabricadas, que únicamente había que armar. No iban a dejarse barracas sostenidas solamente por

clavos, sino ancladas con varilla de acero en cimientos de piedra, y reforzadas de madera que soportasen la fuerza del viento que desplegase cualquier ciclón tropical.

Llevábamos como a unos 20 periodistas; entre éstos a Luis Spota, Mario Huacuja, Julio Scherer García, los hermanos Mayo —conocidos fotógrafos—, un señor Martínez; el locutor Cazares; el subdirector del periódico *Zócalo*, Enrique Vázquez Herrera, y otros que me es difícil recordar. El *Zócalo* había atacado sistemáticamente a la Armada en el tiempo del general Sánchez Taboada, y era subvencionado por la misma Secretaría. El citado periodista, subdirector de *Zócalo*, quedó encantado de la vida a bordo; no viajó en el barco en que yo iba; por tal motivo, casi no lo traté. Al regreso del viaje ese señor escribió un reportaje especial, de muchas páginas, casi un libro, sobre sus impresiones. Yo estaba extrañadísimo de cómo ese colaborador de un diario que tanto nos había atacado, después se deshacía en alabanzas, poniendo por las nubes al personal, tanto por su calidad como gente de cortesía y buenas costumbres, como por el espíritu de sacrificio que reinaba en la institución, y la capacidad profesional de los oficiales. Pero lo que más le había llamado la atención, era el trato de superiores a inferiores; "sin arrogancia, sin altanería, sin tratar de humillar". Este señor, probablemente pensaba ver en comandantes y oficiales, hombres rudos y mal hablados. Como trató mucho con los comandantes Niembro Godínez y Carlos Abaroa, vio que había estado equivocado; pues casualmente estuvo cerca de dos ejemplos de cortesía para tratar tanto al de arriba como al de abajo.

Le atrajo tanto el asunto marineramente al susodicho periodista, que al poco tiempo estaba asociado con unos amigos de Ciudad del Carmen, en negocio de pesca.

Cuando se comentaba sobre el costo de la expedición, yo opinaba que era "cuartilla"; no tenía interés por llegar a saber el monto exacto,



pero pensaba que no valía la pena. A *grosso modo*, podría calcularse que un desayuno, o comida, en gira de propaganda presidencial costaba tanto como lo que se gastó en ir a izar nuestra bandera en isla Socorro.

Se arribó un día domingo (13 de enero de 1957), al fondear había dictado mis disposiciones; se habían nombrado diversas comisiones; conmigo iría el jefe del Departamento de Radio, para ver en qué lugar era conveniente instalar la estación, y levantar los mástiles que ya se habían preparado durante la navegación. Iría el capitán de navío Donaciano Hernández, que era el designado para quedarse como comandante del sector naval. También me acompañaría el comandante de la fragata Papaloapan, capitán de navío Rivas Sáenz, media docena de marineros para abrir brechas con machete, donde se hiciera necesario. Nos acompañarían los periodistas que viajaban en la Papaloapan.

Otro grupo de gente al mando de oficiales, llevaría los suficientes elementos para hacer trabajos de desmonte, nivelación del terreno y exploración. Lo principal era encontrar el lugar más apropiado los fines propuestos y, que el poblado quedase lo más cercano posible a donde fondearan los barcos.

Otros grupos explorarían diferentes partes de la isla y se buscaría minuciosamente algún lugar donde hubiese manantial y ojo de agua, lo que seguramente habría, ya que se criaban borregos en gran cantidad.

Por la parte del lunes 14, quedó definido el sitio donde se principiase a trabajar. Afortunadamente, cerca de donde quedaba el mejor fondeadero había una explanada muy extensa, a la cual se ascendía por una ladera de poca pendiente: era un pequeño valle sin accidentes, con piedras de origen volcánico, rico en tierra, que abonándola podría dar buenos frutos.

El mismo lunes —ya entrada la tarde— se principiaron los trabajos siguientes:

1. Excavación para hacer un pozo, que a tres metros de profundidad afloró el agua, un poco salobre, pero lo suficientemente buena para cualquier uso, menos para beberla.

2. "A lomo de cristiano" —con maniobra de parihuela— se principió a subir el motor que sería el corazón palpitante del lugar.

3. Traslado de estación de radio, antenas y accesorios.

4. Acarreo de congelador, refrigerador, batería de cocina, vajilla, implementos de trabajo y equipo.

5. Solventar la torre o mástil para la radio.

6. Traslado de madera para levantar seis construcciones para: motor y talleres; estación de radio, cuadra de Marinería, cámara de oficiales, cocina y para la comandancia.

Se dejó madera para que el personal destinado a la base, continuase levantando las construcciones que se fueran ofreciendo.

El traslado de los tanques de hierro para 30 toneladas de agua dulce no fue hasta la parte donde quedó la estación naval, sino se dejaron cerca de la playa, para que se facilitara el abastecimiento desde los barcos; y con bomba, y tubería, que de inmediato se encargó, sería bombeada hasta su lugar de uso.

Este problema de agua dulce no era delicado; 30 hombres no consumían ni media tonelada diaria, y los barcos hacían menos de dos días en la travesía. De manera que con el pozo que se abrió, había suficiente líquido para bañarse, lavado de ropa y demás aseo. Además, contando con refrigeración, y habiendo llevado bebidas gaseosas, el consumo del tanque era mínimo.

Habiendo principiado a bregar, el lunes 14 de enero, los trabajos terminaron el viernes 18. El sábado, vestimos uniforme de paño negro y todo el personal estuvo presente a izar la bandera; ceremonia en la cual pronuncié unas palabras durante 15 minutos; un barco hizo salva de 21 cañonazos a los acordes del himno nacio-



nal, (no se había olvidado llevar un disco con dicho himno). Hablamos hecho "acto de soberanía". Cuando estuvo terminado el pueblecillo con todos los satisfactores que por entonces se requerían, en cinco días de trabajo, les preguntaba a los comandantes Rivas, Abaroa y Niembro: "Si toda empresa del gobierno se llevase al cabo con el entusiasmo y pureza de propósitos con que hemos hecho esto, ¿no seríamos un gran país?" (Modestia aparte...)

El combustible gastado con motivo de la "operación" podía considerarse como consumido en vigilancia de costa, con deseos de hacer aquella poco costosa, ya que los barcos estaban en constante navegación, principalmente las fragatas. No hubo gastos en lo que pudiera llamarse tecnología; los de madera, motores, materiales de construcción y otros menores, apenas llegarían a dos o tres cientos de miles, sin obligarnos a pronunciar el aterrador vocablo de los millones. ¡Qué satisfacción tan grande se siente cuando se hace mucho sin despellejar el presupuestol! Los periodistas hicieron una publicidad al asunto que a los criticones sistemáticos les pareció exagerada y ridícula, porque nada íbamos a descubrir; por otro lado, no supieron apreciar el mérito que representaba un esfuerzo que iba más allá de la obligación, esfuerzo que raras veces se ve en país donde cualquier empresa que se propone realizar el gobierno necesita ser animado con dinero y más dinero.

Cuando recuerdo esos días de trabajo arduo y satisfactorio en las Revillagigedo, así como cuando me vienen a la memoria los de construcciones de obras materiales en otros lugares para beneficio de nuestro personal pienso que el derroche —ahora en el sexenio de los setenta— y en menor grado en los anteriores, son algo así como puñaladas asesinas que se le han dado a la patria; los miles de millones de dólares que todos los departamentos y secretarías han mal manejado por décadas, incluyendo, por su-

puesto, a la de Marina, son instrumento atizador del fuego que puede hacer reventar la caldera alimentadora de la maquinaria que mueve a una nación excesivamente endeudada; y no pesará sobre las conciencias de quienes no traicionamos nuestros principios; pero afectará indudablemente al pueblo por tanto tiempo sufrido y conforme. Muchos de los malos mexicanos contribuyentes a un violento y funesto cambio social, salvarán vida y capital refugiándose bajo otra bandera. Y ¿qué pasará con la Armada?, ¿ha trabajado en casa de cristal? Recuerdo, para mi tranquilidad, la construcción de barcos en España, la expedición a las islas Revillagigedo, la manera como se realizó nuestra colonia en Veracruz; y en fin, cómo sin dinero, siempre hicimos mucho. Creemos que si la vorágine nos lleva en su torbellino, sufriremos en forma colectiva las consecuencias, pero con la conciencia limpia de no haber formado porte del cardumen de pirañas voraces que han dejado solamente el esqueleto de su víctima: nuestra economía.

Los trabajos para dejar una base naval en isla Socorro, se llevaron a cabo en cinco días —de lunes a viernes—; insisto en ello porque esto indica lo grande que es el llamado pelado, sometido a un régimen militar, al cual se asimila con facilidad: No necesita ser apremiado para que trabaje, no hay que apelar a procedimientos coercitivos, sino únicamente bien dirigidos, bien aconsejados. Estos hombres son un factor maravilloso en el trabajo, y como son de la misma raza que los sindicalizados, que los campesinos, me imagino que si con estos últimos no se obtiene el mismo rendimiento en su trabajo del campo y con los otros en la fábrica es porque se les ha prostituido con la demagógica labor disolvente de los líderes. ¡Ah! pero, también hay mucha culpa por parte de los empresarios voraces, los que ven con toda naturalidad la explotación de los de abajo.

Los detalles de la "operación Revillagigedo" estuvieron saliendo en primera plana en los día-



rios de la capital, durante una semana. Me divertía ver tanto argüende, como si se tratase de una expedición a tierras desconocidas. El señor Cazares —experimentado locutor— me hizo hablar por radio una vez que la estación transmisora estuvo lista; y pienso que de haber estado tan adelantada la televisión como en la actualidad, el público se hubiese distraído un poco al ver a nuestra gente trabajar de sol a sol y dejar un pueblo, hasta con la carne en el congelador al quinto día de haber arribado a tierra desierta.

### *Visita oficial a Estados Unidos*

Al regreso de la expedición al archipiélago de las Revillagigedo, me encontré con que estaba invitado por el gobierno de los Estados Unidos para hacer un recorrido por las bases navales e instalaciones de importancia. Era una cortesía que se acostumbraba llevar a cabo con los jefes de nuestra Marina, en cada régimen de gobierno. Iríamos el ministro, el comandante general de la Armada, ya como jefe de Estado Mayor, y un ayudante del primero.

El recorrido por los diversos lugares donde nuestros vecinos tienen cosas muy interesantes que mostrar, se acostumbraba periódicamente, lo mismo cuando se trataba de invitados especiales como con los agregados navales acreditados en ese país o los miembros de la junta interamericana de defensa; asimismo, con los becados que hacían el curso de Estado Mayor y otros estudios. El transporte y gastos, en general, era, por supuesto, a cargo del gobierno de Estados Unidos. En tales casos se nos llenaba de atenciones, y uno enseguida se daba cuenta, en cada lugar, cuando los jefes anfitriones eran de esa clase de norteamericanos que por cortesía de políticos, nos trataban bien, o cuando eran verdaderos amigos nuestros. En los últimos tiempos, en la mayoría de los casos, podría decirse que los altos jefes eran convencidos del beneficio que

es la buena vecindad. Noté que casi todos hablaban castellano, muy al contrario de como sucedía en mis tiempos de oficial. En los últimos años, me ha parecido que todos esos altos jefes son verdaderamente sinceros, y tratan de demostrar que nunca hubiesen querido enfrentamientos entre las dos naciones.

Las visitas de costumbre fueron realizadas; sus grandes bases navales, sus grandes proyectos como el submarino atómico, y los centros de entrenamiento, todo nos fue mostrado. La travesía de Nueva York a San Francisco nos llevó como 32 horas. Por entonces los aviones en servicio más eficientes, eran los D.C. 3. Desde luego que el aparato estaba equipado espléndidamente, pero era de poca velocidad comparado con los actuales jets. Poco tiempo después, haría otra travesía de nuestra capital a Panamá, para presenciar unas maniobras. En tal ocasión, el aparato era el famoso Vaca Sagrada, que había sido presidencial sirviendo al presidente Roosevelt.

Fue para mí una gran satisfacción regresar a San Francisco, a Oakland, a Alameda, donde había dejado buenos amigos en el año 1943, con motivo de las reparaciones que se nos hicieron en los astilleros de la Bethlenshem. Me dio tiempo de visitar al doctor Arthur Guerra, quien ya estaba viudo, y vuelto a casar con una de las señoras mexicanas que formaban parte del grupo que frecuentábamos su casa en los días de la guerra.

La nueva esposa no sentía celos de un gran óleo que el doctor tenía con la bella efigie de su difunta esposa, Lula, una gran mujer que alegraba las fiestas iluminando el convivio con su presencia. Era señora de prosapia, descendiente de las mejores familias de por los "altos de Jalisco"; la misma tierra del doctor Guerra. Éste, desde joven había ido a estudiar a Estados Unidos, haciendo su carrera de médico en la Universidad de California, y se quedó por allá, como sucede con tanto mexicano de valla.



Visitando la casa del doctor, al ir al comedor para la cena, al pasar frente al mencionado óleo, aquél me dijo: "Mire a Lulita, qué bien está". "Sí —le contesté— hace mucha falta su presencia, nos conformamos con su retrato. De todos modos, siento gozar de un grato calor, casi familiar, que ustedes siempre brindan a sus amistades. Ustedes son de los paisanos que honran a México en los Estados Unidos".

En San Pedro, que fue uno de los lugares donde visitamos instalaciones de la Armada norteamericana, también encontré amigos. La comitiva paró en el entonces moderno Hotel El Cortés, que tenía, como novedad, un ascensor accionado con un émbolo larguísimo para elevarse y descender. Dicho elevador quedaba en la parte exterior del edificio, y siendo su envoltura transparente (cristal o plástico) era un atractivo para la gente, ir viendo al exterior al subir o bajar. A mí me parecía un gusto chabacano, pero era la atracción de entonces.

Para mi sorpresa, me habló por teléfono una mujer norteamericana, no me imaginaba que alguien, al leer en la prensa los nombres de los visitantes mexicanos, se acordase de inmediato que entre los nombrados se encontraba mi amigo. Se trataba de Mary Murdock, la había conocido siendo yo comandante de la zona en Isla Margarita, dos o tres años antes. Había arribado con su esposo, un señor que le llevaba bastante edad, a bordo de su yate. Ella la hacía de marino en el barco. Él era un comerciante que parecía se había retirado de los negocios, y su arribada a Isla Margarita fue yendo de aguas mexicanas, desde Acapulco, rumbo a San Pedro. Era Mary una mujer atractiva, de esas norteamericanas excepcionales que ponen al marido a que les ayude en los quehaceres de casa, y ellas, a bordo lo mismo la hacen de cocinera que de timonel y, a veces de navegante. Mucho de esto he visto, una verdadera camaradería entre marido y mujer, demostrada a base de un tremendo

esfuerzo físico por parte de ellas sin menoscabo de sus encantos femeninos. Y esto lo digo a las mexicanas que tanto atosigan con su propaganda contra el "machismo", pero incapaces de meter mano en donde haya riesgo de quebrarse una uña.

Este matrimonio había estado más de una semana en la Isla Margarita (1955). En tal ocasión les ayudé en todo lo que pude, tanto en aprovisionamiento de combustible, para que lo repusieran al arribar a Ensenada, como en ligeras reparaciones del motor auxiliar de su barco.

El señor enfermó y se vieron obligados a emprender el viaje en avión, el cual pasaba cada semana para Ensenada. El hijo del señor Murdock, que lo era del primer matrimonio, llegó con dos veleristas para llevarse la embarcación. Como una semana más tarde hice viaje a Ensenada para entregar el trofeo presidencial a los ganadores de una regata. Fue otra ocasión en que tuve oportunidad de ver a Mary Murdock; había ido a encontrar a su veleiro que se preparaba para seguir su viaje a Estados Unidos.

Durante su permanencia en la isla, habían estado felices; les ofrecí albergue para que descansaran un poco de las incomodidades que proporcionó el deporte. Como vieron mis siembras, cuando arribaron a su tierra me mandaron semillas de girasol, que dieron flores de un tamaño gigantesco. Yo nunca había visto antes una de estas flores, y nunca creí que llegaran a tener hasta 40 centímetros de diámetro. También me enviaron semilla de alfalfa, habiéndome aconsejado el señor que, al cortarla, la revolviere con la tierra para quitarle a ésta, la fuerza de las sustancias minerales con que estaba recargada. Me aconsejaba lo que ya antes me habían indicado que hiciera.

Pude entonces constatar la diferencia entre las semillas nacionales y las de Estados Unidos. No le queda a uno más que expresar la verdad,



exponiéndose a ser calificado de malinchista. Verdad era que betabeles, zanahorias, rábanos, algodón, acelgas y verdolagas se daban en gran cantidad, y de buen sabor; pero ¿por qué nos habíamos gastado como 30 kilogramos de semilla de alfalfa pedida a México y no pudimos cosechar más que un puñado? No es más que el cuidado —el celo— de cuidar, fumigar y conservar bien la semilla para tener éxito en la cosecha.

De manera que, estando de huésped en El Cortés, sin acordarme de mis días en Isla Margarita, recibí la llamada telefónica de Mary Murdock. Como estuvimos cuatro días en San Pedro, me dio tiempo de gozar la hospitalidad de mis amigos; me llevaron a cenar y a dormir a su lujosa casa. Habían cambiado de bote, el primero que conocí se llamaba Chirrio; el sustituto era Chirrio II; más grande, por supuesto. Envidiaba a esa gente, que sin necesidad de ser millonarios, podían tener el placer de realizar travesías en esas maravillas del deporte que son los veleros.

Cuando platicaba durante la cena con el matrimonio Murdock (ambos medio hablaban español), les decía que el deporte de la vela realizaba una como hermandad entre los que lo practicaban; les conté que en Manzanillo, como unos 20 años antes, habiendo estado yo de comandante en el transporte Progreso, había hecho amistad con un matrimonio que andaba tratando de pasar al Atlántico, por el Canal de Panamá. Los había atendido haciéndoles una comida a bordo, y conseguí que en tierra se hicieran unas piezas que necesitaban, para reforzar la arboladura de su bote. Posteriormente los encontré en Acapulco; cuando mi barco fondeó en la bahía, ellos ya estaban en lancha de alquiler, listos para salir a bordo de mi barco. Eran tiempos en que todavía no había club en ese puerto. Esos jóvenes navegantes tuvieron la mala suerte de que habiendo ido a pasear a Taxco, el muchacho fue pateado por un caballo, y corriendo el peligro de que se le gangrenase la pierna, se

fueron por tierra a Estados Unidos. El bote fue rematado. Supe todo esto por carta que con mucha retraso me llegó de ellos. Me decían que estaban escribiendo un libro (él era escritor) en el cual hacían mención especial de mi persona.

También me visitaron parientes durante mi estancia en San Pedro. La propaganda de haber salido en el diario en fotografía —uniformado— (“Admiral”) como visitante distinguido, representando al gobierno mexicano, aun cuando no era yo la primera figura en el grupo, movió más gente —amigos y parientes— que los que me había imaginado. Unos tíos políticos —a quienes había visitado en el año 1938— estuvieron a verme, igualmente primos; unos Paullada Baqueiro, criados allí, ciudadanos norteamericanos; unos Paullada Repeto, que teniendo toda la pinta de sajón (ojos azules y cutis rojizo, con algo de pecas, hablando perfectamente el inglés, y habiendo ganado bastante dinero en el lado norteamericano) hizo viaje en su avión desde Caléxico para verme.

De lo más interesante en nuestro viaje fue la visita a la sede de la Junta Interamericana de Defensa en Washington. Su presidente, entonces, era el general norteamericano de apellido Shepher, quien ya había cumplido su tiempo de servicios, y en breve sería retirado. El jefe de la delegación mexicana en la junta era el general Guzmán Cárdenas, hombre adusto, muy especial, de una presencia física, pero algo hosco para ser político, No era el *ad hoc* para ese puesto donde se necesita un tipo que sepa fingir a la vez que le guste hablar de más. Los arrestos de mucha franqueza son peligrosos en esos lugares. No era Guzmán Cárdenas de los que esperaban consigna de México para expresar una determinación. Era, como vulgarmente decimos en México, un tipo “aventado”.

El general nos había puesto a trabajar por varios días al sub-secretario de Relaciones Exteriores, el fino poeta Gorostiza; al licenciado Emilio





Rabasa, consejero en dicha Secretaría; al jefe de Estado Mayor de la Defensa, general Sánchez Hernández, y a mí como jefe de Estado Mayor de Marina. Todo esto, por supuesto, tuvo lugar antes del viaje a que me vengo refiriendo. El asunto fue una polémica suscitada en una sesión de la junta, que con motivo de distribuir sectores en el mar, entre los países de América, tanto a México como a Guatemala, les tocaría determinada parte, de acuerdo con su longitud de costa, para vigilar, defender y emprender determinada clase de operaciones.

Guzmán Cárdenas, cuando expuso sus conceptos, sin tomar muy en cuenta el celo de los guatemaltecos para conservar la idea de que Belice les pertenece, dijo más o menos: "me gustaría oír la opinión de mis colegas de Guatemala al respecto". Los colegas dijeron que no dirían palabra hasta después de consultar con su gobierno.

Aquí fue donde el asunto se puso espinoso. Recuerdo que entonces llegaron a Washington el teniente coronel Ballesteros y el capitán de navío Antonio Aznar Zetina.

Hay que reconocer que los señores poseedores de distintivos que los identifican como diplomados, son unos fervorosos eternos estudiantes de los asuntos internacionales. Para hablar sobre lo de Belice, hubieron de remontarse a referencias de algunas juntas, acuerdos y resoluciones, que desde muchos años anteriores se habían llevado a cabo. Esos señores enumeraban, asambleas, artículos, fechas e incisos con gran precisión. Se hablaba de las actas levantadas en determinadas sesiones. Los diplomados se mostraban, como vulgarmente se expresa en jerga estudiantil, como unos buenos macheteros, pero no resolvían el caso. Y yo, desde el primer momento en que se suscitó el caso, dije a mi oficial jefe de la sección segunda José H. Orozco: "El asunto no tiene solución, por lo menos, por ahora".

Los guatemaltecos alegaban que, sin lugar a discusión, Belice les pertenecía; que nuestro argumento para tener jurisdicción en la parte que pretendíamos (necesitábamos custodiar la entrada de Bacalar), no tenía valor alguno. Decían que ese Bacalar era una salida de río donde no entraban y salían más que cayucos; que no había obras de importancia; que no había tráfico marítimo.

Los guatemaltecos no se preocupaban por el matiz que le daban al asunto y a nuestros diplomáticos sí les interesaba. O sea que, no deberían aparecer nuestros argumentos con matices políticos, y nosotros, los marinos, estábamos para dar una razón de carácter técnico. El general Sánchez Hernández era parco en sus intervenciones. Los señores Gorostiza y Rabasa lo hacían como buenos diplomáticos. Aznar y Ballesteros daban rienda suelta a sus conocimientos sobre la historia del asunto, que ocupaba una gran cantidad de hojas archivadas en los anaqueles en nuestra embajada en Washington. Solamente yo no habría la boca, porque lo que oía me parecía solamente paja. Llevaba mi parecer sobre la posible solución y esa se exponía desde el primer momento —era cuestión de segundos—. El aspecto técnico no se justificaba. Estaba claro que era por demás reservarnos el derecho de custodiar los aproches y paso por Bacalar, puesto que, en realidad, lo era solamente para cayucos; aunque México, en el momento en que quisiera podía dragar y ensanchar el canal para barcos de gran tonelaje, pero pensaba que, como se trataba de un plan a desarrollar para el futuro, quizás nunca llegaría ocasión de realizarlo. Además: siendo cuestión de patrullar las aguas muy cercanas a las costas, y encontrándose por coincidencia, más o menos frente al punto discutido, una isla llamada Turneff, había yo pensado que la solución sería dejar a los guatemaltecos la custodia de dichas aguas desde el paralelo que pasara por la parte media de la isla, hacia el sur, y que hacia el norte le tocara a México.



Mi proposición la vieron como una solución basada en asunto político, por lo que quedó descartada. Lo cierto es que en 1965 (ocho años después), cuando fui miembro de la junta, el asunto se encontraba en las mismas, estaba como cuando Guzmán Cárdenas testereó el polvorín. Y desde entonces me he puesto a considerar que dos países como México y Guatemala en determinado momento, pueden llegar, con facilidad, a romper relaciones diplomáticas por un asunto de tan poca importancia, como es patrullar unos cuantos kilómetros de costa; pero si se diera el remoto caso de un ataque extracontinental y toda América se aliase, poniendo en acción, cada país, su actividad de defensa correspondiente, como sembrado de minas, detección de proyectiles dirigidos, protección de convoyes con barcos modernos, de poder ofensivo y defensivo, creo que estaríamos, tanto nosotros como nuestros vecinos del sur, muy lejos de solventar tales servicios bélicos, y ya se sabe de sobra quiénes serían los que se harían cargo del asunto ante la solvencia precaria de las dos naciones en discordia.

A mí se me fija la idea de que hemos sido poco serios para responder a obligaciones que se nos imponen como país en el concierto mundial. Creo que si hemos aceptado un compromiso interamericano, deberíamos sacrificarnos para conseguir la adquisición de material flotante, ya fuese comprado en Europa o construido por nosotros en los arsenales de la Armada; hacer a un lado la demagogia de que nuestro presupuesto de educación llegue a varios miles de millones por día. Recuerdo haber oído —y leído— que algunos de nuestros ministros de Marina hicieron declaraciones que aplaudieron los ignorantes y los demagogos. Los miembros han hecho mal en no decir claramente que se necesita gastar en armamento a flote y en aviación. No somos un país de agresión, pero debemos estar preparados para la defensa. Ha faltado valor por parte

de nuestros ministros para decir a los presidentes que se lleva una política equivocada en cuanto a la Marina Militar.

Se cree que con la compra de unas lanchas en Inglaterra —exageradamente caras—, algo así como 29 millones de pesos cada una, ya quedan satisfechas las necesidades de México en cuanto a su flota militar. Nada más absurdo que esta creencia; y lo indignante para quienes no comen de cuentos, ha sido esa resignación a que la Armada sea vista solamente como un cuerpo de policía en el mar, para vigilar que los barcos extranjeros no se roben nuestros camarones.

Para cuidar la costa en plan de vigilancia de pesca que, entre paréntesis, debe estar a cargo de la Armada, por muchos motivos que no es necesario exponer por ahora, hasta con barcos armados en nuestros arsenales, (no digo astilleros), montándoles los motores y artillería adquiridos en el extranjero: naves rápidas sin tanto aparato moderno electrónico, que no necesitan; y saldrían a una octava parte del costo ruinoso que han tenido las extranjeras. Con 20 unidades por litoral basta para barrer la costa. Considero idiota ese ritornelo de: "Una inmensa riqueza en nuestros mares, que se llevan otros y nuestros barcos podían aprovecharla". Mentira que nos lo quitan. La mar da para todos y nuestros pescadores venden el producto en alta mar y lo hacen porque se sienten explotados por los líderes de las cooperativas como lo han sido antes por los armadores. La demagogia del cooperativismo no deja progresar la pesca; no hay que echarle la culpa a la falta de vigilancia. Es preciso dejar esos embustes, además de que hay motivos poderosos que no se confiesan y no se sabe el por qué de una gran tolerancia en las promesas de pesca de extranjeros.

Digo lo anterior por experiencia, ya que en 1957, en que se ordenó el paso de cuatro de nuestros guardacostas del Pacífico al Golfo, en unos cuantos días se hicieron como 18 presas



de pesqueros norteamericanos. El asunto fue fácil como lo puede ser ahora y sería en cualquier tiempo. ¡Ah! pero en la ocasión citada se armó un lío que dio como resultado modificar las disposiciones sobre vigilancia y apresamiento. En cuanto a esto; ¿por qué esos reporteros que sistemáticamente hacen la misma pregunta respecto a si con los barcos que se adquieren, se resuelve el problema de la piratería por qué, repito, no promueven aclaraciones dirigidas al pueblo que, por una parte ilustren sobre la principal misión de una flota militar; y, por la otra, la posición de nuestro país en el aspecto económico respecto al poderoso vecino del norte que en los casos en que les llega a molestar sensiblemente la aplicación de una de nuestras leyes, ponen de inmediato en un predicamento a nuestro gobierno? ¿Qué los armadores laberintosos en unas ocasiones, y los cooperativistas en otras estarán dispuestos a renunciar a sus ganancias, a su posición aburguesada y a todo su bienestar, en un caso extremo de suspensión definitiva del negocio de camarón con Estados Unidos, o, por qué no decirlo, estar hinchados de una fervor patrio y guerrero que les tenga levantado el espíritu y se formen en primera fila en un caso extremo de conflicto internacional que requiera la presencia inmediata de todos los mexicanos? También se impone asentar aquí que "todo lo que el gobierno erogue para cooperativas pesqueras, es dinero tirado al mar". Esto es tan palmario como ver salir el sol; y hay temor a que se vea, como si se diera un paso atrás en las conquistas de los trabajadores, si se decretara la pesca libre para las especies reservadas a las cooperativas. Estas han funcionado tan mal como la concesión de los barcos bacaladeros que acabaron por irse a dejar el producto a España, y a la fecha no se sabe de otros que los llamados Patachín y Matlamani.

Entonces: si las cooperativas no han funcionado bien, y si la concesión que dejaba pin-

gües ganancias al concesionario dejó de operar, quién sabe por qué razones el precio del bacalao subió exageradamente; ante esta evidencia, ¿por qué no decretar la "pesca libre?". Se impone dejarse de demagogia por un lado y de favoritismos por el otro.

Pero continuando con lo referente a barcos de línea y operaciones en casos de conflicto internacional, afirmo y sostengo mi dicho respecto a que la política ha sido equivocada en cuanto a que no se tengan buques completamente modernos y eficientes; y si se ha de seguir adquiriendo el material que Estados Unidos nos da, casi regalado, con precios simbólicos, debe hacerse lo que los países del "cono sur" han hecho y, como decían los cubanos antes del régimen de Castro, ponerlos al día en armamento y maquinaria, dejándolos como unidades acabadas de botar.

El lector de estas memorias notará que frecuentemente arremeto contra los militares de cualquier arma que solamente saben de orgánica, táctica y geopolítica. Mas no creo que deba considerárseme como al ignorante contramaestre o sargento que ve en los superiores, a "militares de banqueta" por el solo hecho de ser gente de estudios. No, por supuesto. Mi aversión siempre ha sido hacia los marinos que se la pasan en estudios superiores sin navegar y hacia los de tierra que no han estado en los servicios propios de la vida castrense que no sean los del pupitre de un eterno estudioso.

Pero qué duda cabe: a mis asertos no me ha llevado una ignorancia del arte de la guerra, y el militar debe, por lo menos, intuir cómo es el origen y desarrollo de los estados, que viene siendo la parte principal de lo que se llama geopolítica. Esta nos indica a qué debemos atenernos: si debemos ser unos eternos pacifistas en plan de franciscanos, o si estamos obligados a armarlos para la defensa de nuestra soberanía. Debemos acabar con el argumento de que el úni-



co enemigo en potencia son los Estados Unidos y que, por lo tanto, es absurdo querer armarnos.

Prestando atención a las enseñanzas de la geopolítica, cualquier gobernante, por muy ignorante que sea, verá muy claro cómo debe prestársele más atención a nuestra Armada que la presta hasta estos días de "bluff" y de mentiras.

Sin detenerme a tratar sobre otros detalles de poca significación sobre el viaje al país del norte, y derivando del mismo, a nuestra siempre equivocada política para los asuntos del mar; insistiendo navales, dragado y demás; quiero, por primera vez (antes nadie lo ha hecho), hacer en este modesto trabajo, un llamado al pueblo para que comprenda que debemos tener una flota militar moderna; que no sea el resultado del favor de Estados Unidos. A México le hace falta su flota de guerra pese a la oposición de los políticos demagogos. No vaya a suceder que una República pequeñita azuzada por una gran potencia, nos vuelva a lastimar como lo hizo Guatemala cuando su esquizofrénico presidente, Idígoras Fuentes, se puso agresivo contra México. En tal ocasión su pueblo no protestó; la prensa de Guatemala no reprobó la conducta de sus aviadores ni la del presidente, que seguramente los condecoró por su hazaña, en tanto dábamos sepultura a pescadores mexicanos, ¿se ha olvidado eso?

La Armada, con seguridad, puede construir sus naves de cualquier tipo, comprando los motores, aparatos auxiliares y armamento, a un país europeo; y no se dice norteamericano, porque en Estados Unidos es muy cara la mano de obra. Se pueden comprar barcos a España como se hizo en 1933, nombrando oficialidad para inspeccionar las construcciones. Puede repetirse el procedimiento. En tal ocasión no hubo influencias ni amiguismo para proceder a los nombramientos; no hubo un señor poderoso junto al presidente de la República que recomendase a sus "paniaguados"; por eso no resultaron menos manchadas por la mordida; todo fue bien hecho;

todo en casa de cristal. Así pudiera hacerse ahora y gastar poco para obtener mucho. Pudiéramos conseguir lo que necesitamos sin la hasta ahora obligada repartición de dividendos entre altos y medianos funcionarios. Repetimos que ya se hace necesaria la adquisición de elementos de defensa en el mar. Los gobiernos de los países, de nuestro continente no escatiman dinero y esfuerzo por llevar la paridad con sus vecinos en cuestión de armamento. Triste es constatar que el pensamiento bolivariano fue un sueño al recordar que el mismo gigante de los andes dijo antes de morir: "Hemos arado en el mar". Si por circunstancias especiales de la política internacional del momento, se han abrazado Echeverría y Langerut, y éste ha dicho que somos sus hermanos, ante la catástrofe de Guatemala por los sismos. Si hay un Torrijos en Panamá que "quiere" a México, todo esto puede cambiar en un día. No hay seguridad de que las relaciones hispanoamericanas sean siempre el reflejo de una hermandad; todo es resultado de circunstancias, y estas cambian en un momento. Lo cierto es que dos de nuestros países pueden entrar en conflicto con la mayor facilidad, como entraron Honduras y Salvador, con tremenda ferocidad, y todo con el pretexto de un partido de fútbol. Este deporte que actualmente es un opio embrutecedor en todo el planeta, pudiera ser el pretexto de que una Republicuita nos viniera a bombardear nuestros puertos y hasta nuestra misma capital. Pudió haber sido atacados por el aire en nuestra propia capital, cuando el caso antes citado de Idígoras. La exagerada y reprobable serenidad de nuestro presidente López Mateos, que a muchos mexicanos nos irritó, fue lo que evitó el derramamiento de sangre; pero con detrimento de nuestra dignidad, que debe anteponerse a todo. Antes que cualquier otra cosa, está el decoro nacional. Necesitamos tener lo necesario, lo adecuado, para nuestra defensa; y esto deben saberlo interpretar pseudo campesinos, y todos los



ciudadanos en general: potentados, trabajadores, campesinos. El pueblo, que ha venido siendo engañado con la cantinela de que "somos nación pacífica y no necesitamos gastar en armamento", necesita analizarse hasta dónde llega la justificación de tales gastos, y dónde principia lo injustificado, porque esa canción tan repetida ha influido en el ánimo de mucha gente, tanto del ciudadano común, indiferente hacia los problemas nacionales, como de quienes ocupan puestos relevantes en la administración pública; y todos han aplaudido esa absurda actitud de tener racionado el presupuesto, no solamente en cuanto a la fuerza de defensa en el mar sino también la del aire.

En resumen: No son las misiones específicas de nuestras tres armas, andar coleando a los pescadores, andar quemando plantíos de mariguana, y andar acarreado por el aire damnificados debido a las inundaciones. Esto debe entenderse como una cooperación. Lo principal es tener bien entrenados a nuestros ejércitos de tierra, mar y aire para la guerra. Suena mal, pero esa es la penosa realidad, la cual no podemos soslayar a quien pretenda hacerlo es un necio.

### *Casas para oficiales, mi desideratum*

Cuando estaba por terminarse el viaje a Estados Unidos, ya para abandonar San Diego, California, se autorizó una modificación en la ruta de regreso.

En dicha ciudad se nos habían presentado unos marinos mexicanos retirados (cosa mal hecha el haber llegado galoneados al aeropuerto del gobierno sin previa invitación). Los vecinos del norte conocen bien lo poco formales que somos y no hicimos mucho caso de esa irregularidad. Entre los visitantes se encontraba, también, el general, mexicano, José de Jesús Clark, lo había conocido de mucho tiempo atrás, desde que

estaba en la banda del Colegio Militar, cuando le llamaban "el Feto", como se acostumbraba apodar a los de poca edad y a los chaparros. Él había entrado muy chamaco al colegio.

El general, por esos días de nuestra visita en Estados Unidos, ya era millonario; tenía en proceso un fraccionamiento en Ensenada, y se interesó en que lo visitásemos. El ministro Gómez Maqueo accedió a la petición de Clark respecto a la modificación de nuestro itinerario y pensó aprovechar la ocasión para ver algunas obras del citado puerto.

Fuimos a visitar el fraccionamiento y, desde luego, no faltó la insinuación de que la Armada adquiriese casas para el personal de los servicios navales que ahí radicaba. La vivienda más barata salía en \$80 mil: eran 80 mil del año 1957...

A preguntas del comandante general sobre las casas de Clark, expuse que estaban muy por fuera de nuestras posibilidades. "Tú piensas en tus casas de cartón como las de Isla Margarita" —me dijo— y le respondí: "No, en lo que pienso es en que no tenemos dinero.

Ya en vuelo hacia la capital, pensé en lo caras que eran las construcciones de Clark, y la gran cantidad de oficiales que necesitaban de vivienda. Me decía a mí mismo: "Esto es como si se tratase de vestir a un menesteroso que se halle en cueros, y lo que se designa para aliviar su mal, se gasta en un smoking y una chistera, debiendo principiar por comprarle calzones".

Oficiales en Ensenada, contando a la gente de la "dependencia" en tierra y los embarcados, cuyos barcos tenían de base ese puerto, eran como 30. ¿Cuánto se necesitaba desembolsar para dar casa a 30 familias? Algo así como 2 millones 400 mil pesos; y esta cifra que para nosotros era estratosférica, nos podía servir para un centenar de viviendas, sin recurrir a empresas constructoras. "Clark y Mancilla" e intermediarios, pensaba yo, no debían echarse a la bolsa, graciosamente, un millón de pesos, aparte de lo



que se filtraría en la Oficialía Mayor, el Departamento Administrativo, el de Compras y, demás lugares por donde se tramitase el asunto. Todo ello me hacía ver claramente que, con habernos separado de la Secretaría de la Defensa, y haberse formado la de Marina, promovíamos, sin quererlo, una situación en que dentro de ésta quedábamos relegados como hijos putativos. El jefe de Obras Marítimas era un ingeniero militar, gran amigo de la Armada, y no era su persona quien nos parecía "no grata", sino toda la burocracia y engranaje que unía a su departamento con la Armada y a ésta la imposibilitaba de desenvolverse libremente en el caso de obras materiales.

Como veía yo claramente la realidad, pensaba que sólo a base de nuestro esfuerzo nos podíamos proporcionar vivienda, edificios en bases navales y en cualquier otro lugar, como en la misma capital. La Armada podía hacerse cargo de construir sus muelles, bodegas y cuanto pudiera contarse en cuestión de obras que fuesen para nuestro servicio. Estábamos capacitados para todo eso, como ahora lo estamos. Prueba de ello daría el capitán de fragata, ahora vicealmirante, Lorenzo del Peón, cuando tuvo a su cargo el Departamento de Alumbrado Marítimo. Él es ahora, un jefe de alta jerarquía que comprende claramente cuál debe ser la verdadera misión de la Armada.

A la par que Del Peón hacía magnífica labor en "Alumbrado Marítimo", se construía la colonia de la Armada, como demostración de nuestra capacidad. Pero esos destellos de "eficiencia" son solamente destellos, entre una eterna bruma de abulia, ineptitud y holgazanería.

Antes de nuestro arribo a la capital, el ministro había expresado: "Llegando a México veremos esto de las casas, como lo propone Sandoval". Cómo agradecí al ministro que interpusiera sus buenos oficios en tomar en cuenta mis proyectos! Era la autorización para llevar al cabo lo que yo había concebido, que parecía insensato

por expresarlo con calor, un tanto y exagerar mis apreciaciones en contra de lo que pensaba serenamente, con cálculo, con su frialdad característica el comandante general de la Armada.

Estando ya en la capital, don Roberto mandó llamar a un tipo, que proponía terrenos en el pequeño poblado de Boca del Río, el cual se encuentra a la desembocadura del río Jamapa, entre Veracruz y Antón Lizardo. Este señor ofrecía más de 80 mil metros cuadrados a precio muy bajo: como de dos pesos metro. Con él hice viaje al puerto creyendo que era hombre solvente. No era más que un representante de los señores Farahon Chaul y Guillermo Liera, los verdaderos propietarios. Lo de menos era que el intermediario, resultase o no el principal socio, puesto que tenía una carta poder de sus amigos. De manera que la operación pudo haberse llevado a cabo, y eso era algo de maravilla. El citado intermediario resultó un "caballero de industria" que hizo trampas a gente de Veracruz y a los copropietarios; pero éstos le perdonaban sus chapucerías por quién sabe qué motivos. Algún secreto se callaba el disque socio del señor Chaul.

Me estaba haciendo ilusiones de contratar gente en Boca del Río, planeando un fraccionamiento con 500 casas, tienda, jardín y farmacia. Pero el comandante general, para gran sorpresa mía, se reunió en Veracruz con los jefes y oficiales que se encontraban en dicho puerto, habló de dicha colonia, preguntó opiniones respecto al lugar de ubicación y otros puntos particulares, de cómo debía ser establecida, etcétera. Por supuesto que de inmediato surgieron los opositores, exponiendo que Boca del Río quedaba muy lejos de Veracruz. Sucedió lo de siempre: A nadie se le ocurre en mucho tiempo levantar una basura que ensucia y da mal aspecto, pero cuando surge un decidido todos lo critican, ya sea por la forma en que lo hace, o por cualquier otra idiotez. A los eternos anodinos se les despierta un gran interés por expresar su parecer



sobre lo que nunca pensaron hacer. Siempre se desvirtúa la parte constructiva de una idea y se señalan inconvenientes. Esos fueron de los primeros obstáculos que debería yo apartar.

Entonces surgió el problema sobre conseguir terreno; cosa de la que los opositores no se ocuparían. Pero siempre hay concurrencia de circunstancias sobre un punto, que a veces salvan una situación, o la hunden. En este caso, sucedió que el asunto llegó a oídos del entonces presidente municipal de Veracruz, el licenciado Francisco Ramírez Govea, quien aprovechando la oportunidad de corresponder a muchos servicios que había recibido su municipio por parte de la Secretaría de Marina, y probablemente dado el dinamismo que le caracterizaba, pensó que mejorarían sus relaciones con dicha Secretaría, y ofreció terreno en la ciudad jarocha, por un rumbo en donde, en ese tiempo, sólo había dunas.

Desechado el proyecto de Boca del Río, me resigné a concentrar mis esfuerzos en el pequeño predio que el mencionado presidente municipal ofreció. Se trataba de un lugar donde había que arrasar muchos metros cúbicos de arena. Ya se había hecho algo de esto, porque ese lugar lo iban a dedicar a casas de empleados de Petróleos Mexicanos, pero Ramírez Govea prefirió a la Armada. Todavía me tocó dirigir el trabajo de continuar rebajando una duna que ocupaba una superficie sobre la que se asentarían cuatro medias "manzanas".

El comandante general era realista, pero este realismo suyo, que en una ocasión iluminó por algún tiempo el horizonte de la Armada, en el caso que ahora trato, no era necesario, y aunque parezca paradójico, sirvió para obstruir el bien intencionado proyecto. Él quería cargar al costo de cada casa, el sueldo de los operarios que se habían contratado, en su mayoría, como marineros. Yo sostenía que eso no procedía, como que tampoco deberíamos considerar precios de la gasolina de los camiones a nuestro servicio

en las obras, y lo que estos vehículos habían costado. Tampoco acarreo de materiales. La gasolina en esos días nos sobraba, tanto que la obsequiaban a cualquier paniaguado de algún funcionario. Eché mano de choferes de la Armada que estaban al servicio de amigos y familiares de ex-secretarios. Había estudiantes de medicina y, en la Escuela Náutica, alumnos apoyados por un "bien parado", y algunos que se habían quedado en esa situación por haberlos dejado un influyente de régimen anterior, gravitando sobre nuestro presupuesto. Muchos amigos de jefes de la Armada tenían su "aviador", gente que nada más cobraba y nunca nos prestaba servicio. Además, contábamos con cientos de plazas vacantes. Eché mano de todo esto.

Yo consideraba que, en nuestro medio, no era un "pecado" ayudar a un amigo con sostenerle un hijo o estudiando y gravitando sobre el presupuesto de Marina, pero en esos momentos los brazos eran oro molido y había que tomarlos de donde se pudiera.

Hice una circular a las personas que pudieran responder por esos miembros de la Armada a sus órdenes, y directamente a los estudiantes "aviadores". Hubo un médico acaudalado de mucho prestigio profesional, que llevaba años con uno como chofer. Este profesionista, con bastante cortesía, me contestó suplicando que gestionase yo la baja del individuo a sus órdenes, para que él lo siguiera teniendo a su servicio bajo su cuenta, y con esto podíamos disponer de una plaza vacante. En los demás casos, unos se presentaron a prestar servicio, como fueron dos estudiantes de medicina que quedaron comisionados en el sanatorio de la localidad, otros causaron baja y en general, aprovechamos de inmediato las vacantes. Se recuperaron, como 20 plazas de las que pudo disponerse. Rodolfo Tiburcio Márquez, el gran Negro Tiburcio, al ver que comenzaba yo las obras, de *mottu-propio*, se presentó a devolver al marinero que le habían faci-



litado desde el principio del sexenio. Agradecí a mi amigo su generosa actitud, ya que siendo influyente había podido retener al sujeto. El Negro Tiburcio, hombre que había trabajado en los muelles, que representó a los trabajadores en la cámara, no fue universitario, y se labró un porvenir e hizo fortuna a base de trabajo; y no precisamente como comerciante amparado por las leyes para obtener ganancias fabulosas, ni con puesto en el gobierno sino bregando en el fondo del mar. El Negro merece un capítulo, si no es que un libro.

Como queda expresado, había, por otra parte, gran cantidad de vacantes. Entonces, autorizado por la superioridad, puse un aviso en el periódico local solicitando albañiles, con lo que dos días después ya tenía a mi disposición un centenar de hombres, más un oficial de la "Escala de Mar", a quien puse de "encargado", algo así como un capataz. Este viejo contraamaestre llevaba como medio año descansando en su casa convaleciente de una enfermedad. Escogí, casi en su totalidad, gente de edad, que sin llegar a viejos, no pudiera decirme que fuesen muchachos. Con esto me salía de las leyes y reglamentos, puesto que estos señalaban como edad límite para el contrato, algo así como 29 años. Tuve discusiones acaloradas con el sub-director de la Armada, que en esos días la denominación del cargo era la de "jefe de servicios". A su jefatura concernía esto de los contratos, y él quería apearse estrictamente a la ley. Este compañero mío, con quien chocaba yo a menudo por su manera de ser, imponía su criterio cuando los superiores no eran muy enérgicos, o porque le reconocían inteligencia sin fijarse que los inteligentes se dan maña para imponer sus asuntos y sean aceptados, aunque no lleven la razón. Él se apellidaba Fritcher. Era duro, haciendo honor a su apellido alemán. En la Escuela me había tranzado a golpes con él, una tarde, después de haber dejado fuera de combate a otro a quien llamábamos El Gallego Santibañez, con el mocoso Lorenzo Egu-

rrola como testigo. En el transcurso de la carrera tuve diferencia con Fritcher, pues era despiadado y con toda facilidad podía mandar procesar a alguien; no se apiadaba de viuda o huérfano que algo le pidiera. Pero todo esto no me impedía reconocerle su inteligencia, aptitud y amplios conocimientos. En el caso de los albañiles le gané la partida. Expuse que lo peor en una obra de albañilería eran los muchachos, por irresponsables; en cambio, los individuos de 40 y hasta mayores de 50 años, daban un gran rendimiento. Él acabó exclamando: "Bueno, si las leyes y reglamentos nos las pasamos por el trasero todo se vuelve un relajo, que viva la pepa". Yo con gran regocijo le contesté: "Sí, es verdad que se transgreden las leyes y reglamentos, pero cuando éstos se han hecho al capricho, a la ligera...". Está bien obrar ahora con mayor criterio del que prevalecía cuando los "sabiñondos", sin experiencia en la vida profesional, impusieron normas que —ahora vemos— van contra la razón, contra la sensatez. Sencillamente, si nos volvemos unos legalistas cerrados, sin aplicar el criterio, no podremos movernos. Si en estos momentos nos atenemos estrictamente a las leyes, no habrá colonia de la Armada. Esto lo deberías comprender tú que no eres de mente cerrada. Fritcher terminaba riéndose de mí, al ver la vehemencia que ponía yo en mis expresiones. Era un tipo con muchos recursos para discutir cualquier asunto de la profesión. Estaba acostumbrado a "salirse siempre con la suya". Era demasiado rigorista, inflexible, tremendo.

No me duraría mucho el gusto de tener bajo mis órdenes a un ciento de operarios, con los que me sentía capaz de realizar cualquier construcción. Las casas eran cosa fácil. Hubiésemos hecho edificios, muelles, gradas para astilleros, todo lo que necesitásemos; hasta una ciudad que cambiase la fisonomía de Antón Lizardo.

Por supuesto, qué entre el personal contratado había muchachos bastante jóvenes, pero eran en número muy reducido.





El crédito en el comercio era ilimitado, principalmente con los proveedores de materiales para construcción y ferreteros, porque desde Isla Margarita les había enviado quincenalmente mis remesas, de lo que les había quedado a deber cuando se construía la casa que llegó a ser del músico poeta. De modo que aproveché mi crédito y de inmediato se pidió cemento para hacer tabique. La piedra principió a acarreararse del río cuando ya se excavaba para cimentar. Los hombres que ya principiaban a ganar haberes y ración de Armada, eran ocupados en su totalidad. Pedí al ingeniero encargado de obras marítimas del puerto un camión prestado. Solicité una dotación semanal de gasolina, y que se me hiciera la primera ministración de dinero.

¿Cuánto me darían en total? ¿a cuánto llegarían las ministraciones, y a qué plazos me serían cubiertas? Nada de esto se había tratado. Pero podía asegurar, por todo lo que tenía a mi alcance, que de momento, en las primeras casas, no gastaríamos más de unos 11 mil pesos por unidad.

Con una máquina primitiva de hacer tabique prensado, de las que llaman de gusano, se principió el trabajo. El yesero Luis Buendía, a quien había recomendado para los trabajos de la Escuela Naval de Antón Lizardo, me facilitó la manera de conseguir dicha máquina a crédito, y la habilitamos para hacer también mosaicos. Con el camión prestado gentilmente por el director de obras de puerto en Veracruz, el ingeniero Alejandro Olavarrieta, ordenó hacer viajes acarrear arena y piedra. No pagábamos a los concesionarios lo que pedían, pero les prometimos darles un poco de nuestra gasolina para sus camiones, cosa que cumpliríamos religiosamente.

Toda la gente quedó ocupada en sus diferentes especialidades. Para que cada quien principiara con lo suyo, no hubo problema. En su mayoría eran hombres serios, algunos habían estado en el Ejército y en la Armada.

Salí a la capital para pedir dinero con urgencia. Solicitaba de pronto 50 mil pesos por lo menos, y regresé a Veracruz con solamente diez mil (cosa risible).

### *Solamente perseverando*

En Marina casi todo el presupuesto lo manejaba la Dirección de Obras Marítimas; era incomparablemente superior lo que este Departamento manejaba, con lo que tenía el resto de la Secretaría. El ministro decía al ingeniero Romero: "A ver si se le pueden dar a Sandoval unos 50 mil pesos", "Sí señor, —contestaba el ingeniero— vamos a ver lo más que se le pueda entregar". En el trayecto de la oficina del secretario a la del ingeniero, éste me decía, más o menos: "Andamos muy mal de dinero, yo creo que no le podremos entregar a usted más de unos 30 mil". Al llegar a la oficina, se nos presentaba un empleado importante de obras marítimas, el que firmaba los cheques, quien tenía directamente en sus manos el flujo y reflujo del precioso presupuesto. Después de que hablara Romero, decía ese otro respetable personaje, manejador de fondos: "No creo que dispongamos en estos momentos de esa cantidad". Yo aguardaba lo más que podía, para no decirle a mi amigo Romero: "Por favor, haga que este tipo me proporcione lo que dijo el ministro o, por lo menos, lo que usted ha ofrecido, y después que se las averigüe como pueda para resolver sus mil problemas de pagos". Pero me aguantaba ante ese regateo que se me hacía, pues podía echar a perder mis proyectos si me propasaba en mis palabras. Además, Romero era un hombre muy estimado por mí: había podido apreciar su buena intención cuando, encontrándome en Isla Margarita, ofreció amplia y desinteresada cooperación para nuestros trabajos, siendo él, ingeniero residente en Guaymas. Habíamos sido compañeros de trabajo incesante en Baja California en los días de la guerra. Com-



prendía yo que Romero, como director de Obras Marítimas, daba dinero para todo, haciendo milagros para solventar los miles de pedimentos que se le hacían.

Mi primera gestión para sacar dinero terminó en que conseguí solamente diez mil pesos, que fue con lo que me presenté en Veracruz, para dar pequeñas cantidades a cada uno de los comerciantes, quienes habían principiado a darme crédito.

Necesité ir a Veracruz el ministro para que se tomase más en cuenta mi esfuerzo.

Cuando lo que me entregaba en efectivo había llegado a 30 mil pesos, el secretario mandó llamar al ingeniero Romero, llevaba fresca la buena impresión que le dieron los trabajos de la colonia en reciente visita que había hecho a Veracruz. Se había encontrado con cimientos en dos manzanas, dos casas completamente terminadas, un gran acopio de grava y arena; herramienta de toda clase para que simultáneamente trabajaran cien hombres; una máquina de hacer mosaicos, primitiva pero eficaz, que todavía no se pagaba y solamente debíamos 11 mil pesos al comercio. De inmediato, se me autorizó a sacar un camión de redilas de la agencia Ford, y se dijo al ingeniero Olavarrieta que todos los trámites burocráticos, relacionados con el dinero que recibíamos y la justificación de gastos, la solventara la dependencia a su cargo. Este era el caso de hacer una cosa buena que podía parecer mala. Pero bajo estas contradicciones me ha gustado trabajar porque solamente así puede hacerse algo. En México solamente así podemos trabajar: diferente a como lo estipula la ley de Hacienda; si yo me hubiese sujetado a sus preceptos, absolutamente nada hubiese podido realizar en cuestión de obras materiales.

Antes de encarrilarme en mis trabajos pasé las de Caín; tuve ratos negros, pues desde que

llegué hubo necesidad de salvar grandes obstáculos. He asentado antes algo sobre mis relaciones con el ingeniero residente Alejandro Olavarrieta, quien llegó a ser mi amigo y un gran apoyo; pero en los primeros momentos no podía obrar de manera satisfactoria para mí. Él siempre había tratado con gente de cuidado, la que abunda en nuestro suelo, y pretendió manejar la obra. Se oponía a proporcionarnos el camión, que de palabra había ordenado el ministro se nos pasara para los trabajos que emprendería con mi gente. Pero una vez que se fueron aclarando las cosas y aquél observó la manera como trabajábamos, su recelo se tornó en amistad y completa cooperación. Gracias a ello, por la confianza que llegó a tener en la manera como manejábamos los bienes de la nación, se pudo tener éxito, si éxito puede llamarse a realizar lo que se realizó con tan poco dinero.

El comandante de la zona naval se molestó porque se solicitaron los servicios de un chofer para manejar el camión que me había facilitado el residente de obras marítimas; y cuando se dio cuenta del trabajo efectivo con que principiábamos, prestó apoyo con toda buena voluntad, con gran compañerismo. Fue una gran ayuda la del vicealmirante Luis Bravo Carrera.

El entonces presidente municipal me hizo pasar tremendos apuros: había pensado que los trabajos serían a cargo del Ayuntamiento. Al respecto, antes he asentado algo con motivo de decir que los terrenos los proporcionó el Municipio. Un día le dije: "licenciado, por favor no nos ponga obstáculos con los trazos de las calles pues le aseguro que me esfuerzo por hacer las cosas lo mejor que puedo en el sentido de no estorbar su proyecto de ampliación de la avenida.<sup>1</sup> Además, le aseguro que estamos trabajando con las sobras de dinero de la Secretaría. Todo esto es a base de un gran esfuerzo, y si usted nos pone

<sup>1</sup> Nuestra colonia está ubicada al margen de la llamada Avenida Miguel Ángel de Quevedo, que no se les había ocurrido a las autoridades modificarla sino en los días en que se nos cedía el terreno.



dificultades, se lo llevará la fregada". Pero el licenciado me aplicaba el carácter jocosos del jarocho, y me apaciguaba con facilidad. Uno de sus síndicos, a quien mis trabajadores le pusieron El Cautín, porque tenía la nariz roja, casi a diario se presentaba en la obra e indicaba que tales o cuales trazos de calles no estaban bien, de acuerdo con el proyecto de la ampliación de la avenida principal contigua. Cuando me cansé de sus necesidades lo mandé al diablo. En un ocasión, se presentaron obreros a levantar una construcción para una cocina económica, donde venderían comida barata para la gente de las colonias proletarias del rumbo. Era un esfuerzo sincero del gobernador Quirazco, o una argucia demagógica del habilísimo presidente municipal, cosa que no pude averiguar.

Cerca del lugar ya había una de esas cocinas que tenía tiempo de funcionar. De manera que querer abrir otra, escogiendo nuestra bocacalle para levantar la construcción, era hacer algo que me parecía inaudito. Mandé estacionarse al bulldozer frente a donde ya llevaban cimientos y como medio metro de muros. Llevé a unos individuos de los más fornidos para que apartaran del lugar a los trabajadores a la hora en que el aparato arrasaría lo que estaban levantando. Por supuesto que al verlo llegar todos se retiraron, y el asunto se supo en el palacio municipal, casi de inmediato. Antes de ver a Ramírez Govea, pensaba que probablemente estaría furioso, y yo, desde luego, sí que lo estaba; pero no me ponía a reflexionar sobre qué podría suceder si me llegaba de las aclaraciones al disgusto; y si esto llegaría más lejos, no me importaba. Cuando lo vi en su oficina me recibió con su risa burlona, y no entró en discusión. Mandó llamar a algunas personas del Departamento de Obras Públicas y con tono pomposo dijo: "A ver mis ingenieros —abriendo espectacularmente los brazos—, resolvamos esto de la nueva cocina". Sentía yo ganas de estrangularlo cuando señalando en el

plano dije: Aquí hay más de mil lugares donde puede pararse esa cocinita, y hasta puede ser en alguno de los lotes que se nos han concedido pero ¡caramba! hacerlo a media calle es ya un relajito, que ninguno de los ingenieros debe ignorar y menos aprobar.

A lo último, el asunto resultó como de costumbre, el presidente no se molestó lo más mínimo, hubo guasas, derroche de ingenio y apretón de manos a la despedida. Así era ese jarocho vacilador, que se pitorreaba hasta del color de su piel.

En los terrenos de la colonia se llegó a organizar un centro de trabajo; tenía como gran colaborador a Luis Buendía, el yesero a quien ya me he referido; hombre de gran capacidad de trabajo, fue quien me facilitó la manera de conseguir la máquina para hacer mosaicos, para pagarla en los plazos que yo mismo pusiera y sin recargo de intereses.

Relevándose los mosaiqueros, hacíamos hasta dos mil piezas al día. Se compró lo necesario para soldar con electricidad; se hacían ventanas de hierro, tabiques prensados con un dibujo en bajo relieve, que hasta después de 19 años, no se han visto en otras construcciones, más que en las fachadas de esas casas. Las rejas se hacían aprovechando tubos de calderas que se conseguían del arsenal y demás talleres de la Armada, los de Manzanillo, Salina Cruz y Guaymas, donde se encontraban como chatarra. Los vidrios de las primeras casas, se compraron por "peso", casi regalados, de los tranvías antiguos de la capital, que estaban tirados en Tlanepantla, también como chatarra. Lo admirable de esto, era que a pesar de estar volcados dichos tranvías, los vidrios casi en su totalidad se conservaban enteros.

Se contrataron dos graniteros que fabricaban los lavaderos, fregaderos, postes, escalones, y piezas de cemento imitando granito. Se contrató a un fontanero, que de inmediato encontró dos ayudantes idóneos. Gestioné el traslado de un teniente electricista, quien no pasó



trabajos para descubrir, de entre los contratados, a dos que le ayudaran. De la misma manera se contó, de pronto, con pintores, y con algo muy importante, un jardinero, a quien se le encargó hacer un pequeño vivero. Afanosamente trabajó este hombre en el reducido pedazo de terreno, donde fueron sus dominios. De ahí salieron todas las palmeras, flamboyanes y otros árboles que adornan la colonia. Hacíamos tubería para el drenaje en forma sencillísima, utilizando un molde comprado a un señor español, padre de un cadete de nuevo ingreso.

La obra duraría demasiado tiempo para lograrla en la mitad de lo que se había proyectado, ya que por lapsos largos no se recibía dinero. Contábamos con lo poco que se recaudaba de rentas —unos dos mil pesos mensuales—. De los ríos tomábamos la piedra y la arena de las minas. Aprovechábamos la llamada cal de carburo (residuos de la industria del gas, que no utilizaban y para nosotros era muy útil). Nos quedábamos con ese magnífico material a cambio de dejarle completamente limpios los tanques que lo contenían. Así se continuaba construyendo paso a paso. Pero el lector se preguntará: ¿por qué 20 hombres? y la respuesta la encontrará en el siguiente capítulo.

No me apartaba un ápice de mi propósito, firme era la idea de construir habitaciones para quienes veía pasar penalidades de orden común económico; de la misma manera que las habíamos pasado quienes ya éramos jefes; y en esa idea de construir, estaba implícita la de que fuese gratuita la vivienda. El beneficio debería ser completo, sobre todo, para quienes prestaban servicio embarcados, que esa situación los obligaba a tener sus gastos repartidos. Pero se recibió orden de imponer una renta mensual (individuos desautorizados por su carácter de ajenos a la vida de a bordo, habían hecho un reglamento sobre las rentas). La cantidad a cobrar quedó a mi criterio, y puse cuotas sumamente cómodas.

De acuerdo con la jerarquía, quien más pagaba, era un coronel de Infantería de Marina (Adolfo Payán) que aportaba 150 pesos mensuales. Se formó una comisión administrativa, y el dinero recaudado se utilizaba en lo más indispensable, como era el cemento. De todas maneras, se iba trabajando paso a paso, según ya he mencionado antes.

Pero hubo etapas desoladoras que solamente el firme propósito de llevar al cabo la obra evitó que se renunciara a tal empresa.

Inexplicablemente nos parece, a veces, la condición humana. Inexplicables las acciones dirigidas a estorbar algo que lleve buena intención. Acciones que también las practican hasta gentes de valía, cuando el autor de algo constructivo no cede su mérito a quien se encuentra en el asiento del poderoso, aunque éste trate de desvirtuar lo que el esforzado, a su vez, trata de lograr. Las placas de bronce y granito con los nombres de los señores de un "régimen", se habían hecho indispensables, ostentando el mérito del presidente de la República en primer término, a continuación los de dos o tres funcionarios, quedando a la cola el autor de la obra, ya fuese modesto servidor de la nación, o un tipo de gran empresa, pero un "vivillo" cuyo mérito quedase menguado ante la degradante acción de seguir tan ruin y convenenciera costumbre de perpetuar los nombres de falsos prohombres. Por eso, la placa de granito que se colocó cuando se principiaron los trabajos de mi querida colonia, si aún queda en pie, contiene, solamente, el nombre de la misma y la fecha en que se puso la primera piedra. Pero el señor ministro Gómez Maqueo era tan sencillo que nunca ambicionó tener una placa con alusión a su persona, y él hubiera sido, precisamente, de quien yo hubiese tomado el nombre en caso de no prescindir de hacerlo, pues fue definitivo su apoyo a mi proyecto. Continuarlo cuando él dejó su puesto, se logró solamente con perseverancia.



Pero esto no infiere que el sucesor haya sido obstruccionista, ya que, en ningún momento se opuso a mi propósito; dejó que continuara yo desarrollando la iniciativa y dio el visto bueno para que se aprovechara lo destinado a combustible para fragatas que no se utilizó debido a la baja de esos barcos, (idea de mi buen amigo Rigoberto Ota, el oficial mayor). ¡Qué ejemplo de compañerismo y honestidad de mi buen amigo! Esa partida pudo haber quedado en manos sucias.

### *Comandante de zona naval en Veracruz*

Fui nombrado comandante de la zona naval, en el puerto jarocho, el primero de enero de 1958, relevando al hoy secretario de Marina, almirante Luis Bravo Carrera (año 1976). Hubo muchos movimientos en los mandos, y a mí me tocó dejar la jefatura de Estado Mayor, ya que ese carácter no lo había perdido en tanto que organizaba los trabajos en Veracruz, o sea que, estaba por hacer un viaje a la capital para efectuar la entrega y regresar para dedicarme a mi trabajo de constructor; pero como cosa inesperada llegó la orden de recibir la comandancia de la zona naval. Poco antes de que esto aconteciera, habiendo tenido una plática con el comandante general; hablando yo muy entusiasmado de lo que consideraba un éxito el realizar construcciones baratas, aquél, con su manera mesurada que le caracterizaba, me atajaba diciendo: "No vayas a equivocarte, haz bien tus cuentas, toma en consideración todo lo que sea gasto. No alcanzaba yo a comprender tanta sutileza en tal recomendación, pero, desde luego, entresacaba de la misma, que él tenía algo calculado, con lo que me daría una sorpresa; eso era su "mero mole". Gustaba hacer ver a quien se creía listo, que caía en algún error. No era esto para establecer responsabilidades, sino solamente se com-

placía en comprobar que él tenía la razón. Eso de "haz bien tus cuentas", me recordaba lo hablado cuando volábamos de Ensenada a México, durante el viaje narrado en capítulo anterior. Como yo aseguraba, con toda convicción, que haría casas mucho —pero muchísimo— más baratas que las del militar comerciante Clark, el comandante general, me guardó el asunto para que yo viese que me equivocaba, al expresar algo así como: "¿para qué comprar casas tan caras de 80 mil pesos a Clark si podemos hacerlas por ocho mil?.. Solamente hay que quitar un cero".

Encontrándome ya como comandante de la zona y, a la vez director en las obras de la colonia; una mañana de febrero de 1958, se me presentó de manera intempestiva el personaje a que me vengo refiriendo, sin previo aviso; y ante mi sorpresa, llegando hasta mi escritorio me entregó un papel. Intenté atenderlo como correspondía y me advirtió: No te molestes, voy al arsenal a ver unos trabajos, regresaré. Mientras tanto entérate de este documento.

El papel de marras contenía la relación del personal de reciente ingreso que quedaba bajo mis órdenes directas, y los sueldos que habían devengado. Eso, más lo que se me había proporcionado en efectivo, sumaba lo que habían costado mis casas, mucho más caras que los 8 mil que tanto había yo pronosticado.

Cuando lo volví a ver le dije: Esto no lo veo justo... me interrumpió riéndose y diciendo: "No tengas cuidado, solamente es para que veas que te equivocaste".

De pronto vela yo derrumbarse mi proyecto, y exponía; "Muchos de los que figuran en la relación de trabajadores, llegaron a ocupar las vacantes de otros que causaron baja porque no estaban prestando servicios en ninguna dependencia". La zona no contaba con ellos, y sus padrinos —todos influyentes— a cuyas órdenes figuraban, no protestaron. Agregué: "respecto a las otras plazas que ocuparon civiles de nuevo



ingreso, eran vacantes de nuestras planillas, y ya sabemos que lo sobrante de esas vacantes, se lo lleva la Secretaría de Hacienda a fines de año. De modo que nunca pensé considerar como nuevo gasto lo que se pagara a un individuo contratado como marinero, para que hiciera el trabajo de albañil". Después pensé que debería haber agregado: "Faltó aquí, en esta relación, poner una cantidad que haría aumentar los costos: es el sueldo mensual del ingeniero de las obras, que soy yo".

Me quedé muy confiado, creyendo que el asunto seguiría como hasta entonces iba, contando con el personal necesario, que día a día era mejor controlado y se le hacía rendir en el trabajo; pero recibí una ingrata sorpresa cuando al fin de año llegó la orden de no reanudar el contrato a los recién ingresados: De acuerdo con esto llegaban como a cien los individuos que iban a ser separados del servicio. Por eso antes he dicho que muy poco me duraría el gusto de no sufrir carencia de mano de obra. Me había hecho ilusiones, hasta de adoquinar nuestra colonia.

"Cómo va a poder ser eso!". Exclamaba yo, hablando por larga distancia con el jefe de personal. "No creo que estemos tan necesitados de hacer transferencias de partidas en nuestro presupuesto y vayan a distraer en despilfarros lo que estos hombres dejan de devengar. Lo de la habitación es de lo primero que debemos ocuparnos". Pero no se me hizo caso. Cosa inaudita me parecía la poca importancia que se daba al asunto.

Conseguí que me dejasen como a unos diez, escogiendo a los más hábiles. Entonces recurrí a los barcos surtos en bahía, y otras dependencias de tierra, como el "centro de capacitación", para que facilitasen los servicios de dos o tres individuos de la categoría de marineros o camareros por cada unidad, para que sirviesen de peones, e irlos enseñando a trabajar. Hubo, de

inmediato, bastantes voluntarios, ya que en esa situación se libraban de la guardia cada tercer día que se acostumbraba a bordo.

Por esos días llegó al puerto el ministro. Le expuse que probablemente todo quedaría paralizado y le pedí que ordenara aportar más dinero para utilizar algunos trabajadores del sindicato. Concedida mi petición pude continuar con los trabajos, aunque muy lentamente, hasta terminar el periodo gubernamental.

Nuevas esperanzas tuve al entregar el poder al presidente Ruiz Cortines al licenciado López Mateos; entonces tomó la cartera de Marina el almirante Manuel Zermeno Araico. Él había ingresado poco tiempo antes que yo a la Armada, como fue el caso con Vázquez del Mercado. Éramos amigos —nos tuteábamos, por supuesto— solamente que ellos se recibieron antes, porque con examen extraordinario pasaron segundo año, adelantando a su grupo y aparte de esto, yo estuve fuera del servicio por un lapso de casi tres años.

Cuando el presidente electo pasó por el puerto, me tocó estar sentado junto a él durante el desayuno que personal del Ejército y Armada destacados en Veracruz, le ofrecimos. El gape que de tiempo atrás se ha acostumbrado. Costumbre absurda que no era demostración de afecto, sino solamente ha sido lo que vulgarmente se llama una barbeada y que debe acabarse a medida que los uniformados se sientan más dignos, más fuertes. Como el candidato me dirigiese la palabra en dos o tres ocasiones, le expresé algo sobre los trabajos de la colonia, pero no "soltó prenda"; cambió la conversación. Fue una de las veces en que me hice el cálculo de que para eso de la política, para eso que se llama "meterse" siempre he valido un camino; eso tiene su técnica, su maña, hay que saber hacerlo, y no todos los caracteres pueden apreciar cuándo es el momento oportuno de exponer algo. Consideré inoportuno explicar que con las uñas se



levanta algo a base de esfuerzo. Se me figuraba que el señor podía exclamar: "¡Qué pronto me salen al encuentro los "pidinches"! como en México se llama a los pedigüños. Ya para despedirme, haciendo un gran esfuerzo le dije, más o menos: Espero, señor licenciado, que cuando visite usted el puerto como presidente, pase por la colonia que estamos haciendo para la oficialidad. "Cómo no", me respondió y lo cumplió a los seis años cuando estaba de salida.

Cuando se iba don Adolfo (el viejo) que poco antes de su entrega del poder estuvo en el puerto; hice que el ministro lo llevase a la colonia, aunque el señor no había movido un dedo para la realización de los trabajos. Ya llevábamos como una "manzana" terminada, que por una parte eran viviendas en dos plantas. En total sumaban como 30. El señor se dedicó a guasear; que si "las verjas de tubos se oxidan", que si "las jardineras ya están pasando de moda"; que si "los faroles están muy chaparritos". En fin, se obstinó en demostrar que no se interesaba mucho por el asunto, y expresó que ya se acabaría la ayuda para el progreso marino —o algo por el estilo—. Don Adolfo, nunca dijo aquello de "la marcha al mar". Eso fue de otro político que tenía pretensiones presidenciales, pero lo sorprendió la muerte, aquél siempre decía "ayuda para el progreso marítimo".

Al día siguiente de esa visita —no grata— le pregunté al ministro: ¿qué así se comporta siempre don Adolfo, como lo hizo ayer? Me contestó: —No, lo cierto es que él anda contento, lo ha hecho muy bien en su sexenio y ahora, que está de salida, a todo mundo vacila. ¡Valiente vaciladal, me dije.

Cada régimen de gobierno tiene sus modalidades, no solamente en la parte de su política bajo el aspecto social, sino también en su administración, que se refleja hasta en las oficinas más insignificantes. En el sexenio de López Mateos, en cuanto a obras de gobierno concernía, cual-

quier trabajo que no fuese menor de \$25 mil pesos, debería ser bajo contrato, y no por administración. Con esto se me complicaba el asunto, porque perdía esa comodidad de pedir al comercio, para pagar con lo que me daba la Secretaría a cambio de un recibo, y todo el demás, papeleo y trámites burocráticos, lo solventaba Obras Portuarias, bajo la Dirección en Veracruz del ingeniero Olavarrieta.

Por mas que quise sacar las ministraciones, valiéndome del titular de la Secretaría exponiendo que siempre se me hicieran aquéllas por menos de los \$25 mil. El tipo que entonces era director de Obras Marítimas puso miles de trabas, y tuve que buscar contratista. Pero ¿a quién recurrir que no quisiera quedarse con un 30 por ciento de tajada?, ¿a quién recurrir que no me viniera a enmendar la plana, y resultando un gran coyote amigo del ingeniero opositor, me eliminará y se quedará con todo el trabajo, aunque costase a la nación muchos millones?, ¿qué hacer para no verme obligado a renunciar a mi propósito ante una taxativa presentada con toda mala intención?

Cuando más cavilaba sobre todo esto, vino a mi memoria una persona de quien torpemente me había olvidado; mi amigo Fernando de la Miyar, que había sido mi alumno en la Escuela Naval; posteriormente estuvo bajo mis órdenes como profesor, cuando llegué a director. Para 1958, se había convertido en industrial y comerciante en el puerto; no solamente eso sino hasta director y propietario de un periódico. De la Miyar y sus hermanos son de las muchas familias veracruzanas donde los muchachos se olvidan que su padre, o abuelo, fueron españoles. A los que ahora me refiero les adornaba la cualidad de ser, todos profesionistas, de educación esmerada, hombres de bien y buenos para hacer dinero. Alguien me dijo que descendían de sefarditas. Nada más indicado que acudir a él, Fernando, el mayor de la dinastía, y así lo hice. Él sería quien



apareciese como contratista; tramitaría lo conducente y cobraría a Marina, para entregarme el dinero. Por tratarse de compañerismo y amistad, el trabajo sería sin remuneración, sin ganancia para su negocio establecido, pero pasado un poco de tiempo, al obtener la primera ministración, vimos que él se había tomado algo de trabajo que le quitaba tiempo, y habiendo hecho algunos gastos de esos que son "indispensables" en nuestro medio mexicano, acordamos en que se quedase con un modesto diez por ciento.

Posteriormente, el oficial mayor de la Secretaría prestaría gran ayuda, consistente en sacar dinero con mucho más facilidad. Resultó un caso muy curioso, que nos puso, tanto a De la Miyar como a mí, en condiciones de habernos podido robar varios cientos de miles de pesos. El asunto estaba en que los ingenieros de Obras Marítimas del Puerto, que iban a hacer las supervisiones de los avances en construcción, calculaban con los precios de plaza; con sus tabuladores. Ellos no tenían ninguna orden especial de México respecto a cómo estimarían nuestros trabajos. Les dije que mis costos eran sumamente bajos; me salía el metro cuadrado de colado en 30 pesos; ellos lo estimaban entonces a más de cien, y en lo demás era la misma proporción en diferencia de costo. Cuando De la Miyar me entregaba el dinero lo repartíamos a la Ferretera del Sur, a Mosaicos El Baluarte, la ferretería de don Santiago Scheleske, y otros comerciantes del puerto; ellos me daban una carta de crédito para ir descontando. Creo que éramos los únicos constructores que pagábamos adelantado. Como fue creciendo la cantidad de dinero de que podíamos disponer, por aparecer ya justificado su gasto, ya que había sido proporcionado de acuerdo a las estimaciones hechas, hubo un momento en que, graciosamente, los billetes podíamos haberlos puesto en nuestras cuentas personales. Calculamos que iba a llegar un momento en que quedaría un saldo muy grande a favor de De la Miyar

(como medio millón). Entonces le dije: "¿Qué le parece, si ya no solicitamos estimaciones, hasta no gastar todo lo que hay en el banco?". Estuvo de acuerdo y se firmó una acta que contenía los detalles que aclaraban el estado de cuentas y el efectivo de que se podía disponer. Con ese "sobrante" se lograron 27 casas más. A mi amigo, el vicealmirante Rigoberto Otal (oficial mayor), era a quien se debía la gran ayuda. La oportunidad se presentó porque se dieron de baja unas fragatas, y como ya estaba aprobado el presupuesto de combustible para un año, correspondiente a dichas unidades, y, por supuesto no se consumiría; entonces, por medio de una combinación presupuestal, una cantidad como de 450 mil pesos, se aprovecharían para levantar casas y no para quemar diesel. Cuántos que han vivido cómodamente en esas casas ahorrándose bastante dinero de renta, ignoran que eso lo deben a la buena voluntad de Rigoberto Otal, buen amigo, y gran compañero. Pero no solamente él ayudó con gran entusiasmo; también otro buen amigo, el capitán de navío Lorenzo del Peón que era director de Faros y Alumbrado Marítimo, fue un ejemplo de buena voluntad para cooperar en una labor que a él le parecía de beneficio colectivo. En un lapso de carencia completa de dinero, antes de que se operase con el dinero que se había destinado a combustibles se había recurrido a Del Peón, que podía disponer de centavos para su trabajo de alumbrado —faros, etcétera—. Se mostró extrañado al ver que no había un presupuesto especial para el asunto de la colonia. Me dijo que le diese unos días para ver si algún contratista podía aportar, y cargar la cantidad a trabajos de su departamento. En esos días me urgía echar el colado de unas viviendas y pagar un equipo de soldadura eléctrica. Todo se resolvería con unos diez mil pesos. Tenía yo gente del sindicato y ésta jalaba mucho dinero. Mi plática con Del Peón fue en la capital; le prometí ir pagando tan pronto





como pudiera. Salí al puerto y a los pocos días él mismo en persona me llevó el dinero.

Lorenzo del Peón, hijo de españoles, de los mal llamados "gallegos" en Veracruz, ha sido uno de los elementos de la Armada que llegaron a desarrollar ideas, hombre bien preparado y de iniciativa, dio un impulso al alumbrado y trabajos de hidrografía en nuestras costas, como ningún otro lo ha hecho después de lo que dejaron los poderosos contratistas ingleses.

Cuando terminó el periodo gubernamental del licenciado López Mateos, en una ceremonia hubo entrega simbólica de viviendas. Hasta entonces cumplió el presidente su promesa que había hecho seis años antes. En esa ceremonia entregó las llaves de las últimas cuatro casas terminadas. Ya habían pasado siete años de que se habían entregado las primeras. En dos ocasiones anteriores había yo intentado que el mandatario nos visitara, pero el asunto fue sabotado; seguramente a los políticos del Estado, y a los de la misma ciudad, no les era conveniente que aquél viese obras de un costo tan bajo; todo lo que le presentaban era del orden de docenas o cientos de millones; lo nuestro no llegaba a uno. Cuando la entrega de llaves mencionada no pude mostrar al presidente saliente, los improvisados talleres, porque el ministro de Marina, y el general Agustín Olache, secretario de la Defensa, me presionaban con impaciencia, para que ya dejase ir al señor presidente, cuando salió de la casa que visitó. Veían que lo exponía yo a que los andrajosos del barrio que se arremolinaban en su derredor fueran a cometer algo inconveniente. Le quería yo mostrar cómo se hacían ventanas metálicas, tubos de drenaje, mosaicos, postes, faroles, lavaderos y media docena más de cosas para la construcción. Él se había detenido a observar unas losetas que adornaban un alero que en forma de "lanzamiento" (como la proa de un barco), adornaban la fachada de la casa que visitó. Con la mano tocó el material y me

preguntó: "¿esto aquí lo fabrican?". Al estarle explicando que efectivamente ahí se hacía casi todo lo que utilizábamos, e invitándolo a ver los talleres, una gran nube de chiquillos andrajosos en carrera desaforada se acercaba a la comitiva, levantando polvo y todos queriendo saludar al mandatario.

A mí me sorprendió esa acometida infantil, pues se trataba de un escuadrón de mocosos que se desprendieron de un lugar completamente opuesto a donde se hallaba la Escuela del barrio. Después del suceso, me quedé pensando que algún idiota, de esos rojillos que quieren hacerse interesantes, condujo a la muchachada, que levantó una tolvenera, y con ello, hizo a los dos divisionarios —el de Marina y el de la Defensa— apremiarme para que el señor presidente subiese en forma apresurada al autobús, y su visita en mis dominios quedara reducida a la mitad de lo que yo había programado. No perjudicó gran cosa el contratiempo, ya que el señor estaba de salida. Iba a oír las flores que tanto le echaban en las postrimerías de su mandato. A escuchar sin cansarse las loas para él y para el presidente, por entonces la "extraordinaria mujer" que ponía toda su inteligencia, todas sus virtudes al servicio de su pueblo. La heroína del momento como lo había sido doña María y como lo sería doña María Esther. Como lo han sido y seguirán siendo las esposas de nuestros presidentes, como coincidencia de orden divino: "Lo mejor, de lo mejor, de lo mejor...".

*INVI, INFONAVIT, INDECO y demás:  
puras pamplinas.*

Cuando entregué la comandancia de la zona naval y la colonia —a mitad de lo proyectado— habían levantadas 56 casas, sobre un terreno que, en un principio el presidente municipal Ramírez Govea nos lo redujo en dos ocasiones con diferentes pretextos, hasta que pudo ver que en



eso no dejaba nada a la comuna, o fue, probablemente, que se apiadó de nosotros. Nos había dado mucha lata con sus intervenciones en nuestras obras.

Lo que faltaba para completar las 56 casas era echar colado de techo a cuatro. En la manzana que fue parte de lo substraído por el municipio, construimos un parque sin consultar a nadie. La disque sociedad de padres de familia del rumbo, por voz de un señor de esos "vivos" que cazan oportunidades: las damas de una sociedad "X"; y los profesores de una escuela contigua a dicha manzana; andaban a la greña queriendo disponer del pedazo de tierra, pero nadie decía que ya tuviesen proyecto y dinero para emprender alguna obra. En cada líder o lidereza, veía yo un oportunista. Esto junto a la amenaza de algún desaguisado del alcalde, me ponían a pensar, y un buen día todos vieron con sorpresa y sin poder protestar, a mi gente haciendo los trazos para el parque. Se cavó un pozo de tres metros de diámetro; se compró una bomba de gasolina que se puso a trabajar hasta cuatro horas diariamente, con dos chorros de media pulgada, y el nivel del agua no bajaba ni un decímetro (un lugar privilegiado en cuanto a aguas friáticas). De manera que el pasto estaba perfectamente bien regado. Las palmeras que fueron plantadas desde que se principió la colonia, ya daban cocos cuando dejé Veracruz y los flamboyanes daban una vista preciosa al lugar, en la temporada de floración. En el parque se sembraron robles que me enviaron de Xalapa; se recibieron como 600, pero en la actualidad no hay más de una docena. El esfuerzo de Pepe Eroza, viejo empleado de agricultura, tan honesto como servicial, apenas si perduró. Sus "robles" fueron mutilados y descuidados.

Cuando se terminaba el parque, el caballero y honesto presidente municipal, don Manuel Caldelas, sustituto de Ramírez Govea, aportó la cantidad de \$3,500. El gobernador del estado,

licenciado Fernando López Arias, quien estaba bien informado de la obra, aportó materiales para la terminación incluyendo un kiosco. Lo había llevado a visitar la colonia, le manifesté mis deseos de dejar ese pequeño jardín, y le comenté que el presidente municipal me había ofrecido que en determinados días la banda municipal tocaría en el kiosco. Entusiasmado se ofreció a dar cualquier ayuda y su aportación paró en enviar 30 toneladas de cemento (600 sacos). Era demasiado cemento para un kiosco, pero era una gran cosa la aportación porque ese material, aparte de utilizarlo en el parque también serviría para una docena de usos más.

El gobernador cumplió la promesa, pero cuando llegó el cemento ya no estaba yo en Veracruz.

Era mucho pedir que se realizara tanta belleza, como que me quedase más tiempo en Veracruz. Con mi relevo, el parque quedó sin kiosco, la bomba se descompuso, el pozo se azolvó; el cemento desapareció. Cuando volví a ver la colonia dos años después, no había prados en el parque, todo era gris, sentí un inmenso pesar.

El costo total de la "obra", incluyendo parque, drenaje, tubería de agua, alumbrado, herramienta y maquinaria ligera, jardinería, árboles y pago como de \$80 mil a albañiles del sindicato, fue en total de \$1,092,191.43; cantidad en la cual están incluidos los \$3,500 que aportó el señor don Manuel Caldelas, presidente municipal. Esa cantidad "estratosférica" figura en el papel pero en realidad recibí nada más de 950 mil. El señor sub-jefe de compras no nos supo dar cuenta sobre 50 mil pesos de facturas con que se quedó esa oficina.

Si no se hubiese contado con la gran colaboración del alcalde licenciado Ramírez Govea en los días en que se principió la obra, donando el terreno, habría que aumentar el valor de los metros cuadrados que en aquellos días se cotizaban como a 20 pesos por el rumbo de los Médanos.



En ese tiempo se llevaba a cabo un fraccionamiento para miembros del Ejército, rumbo al campo militar "La Boticaria". Como una mera coincidencia, fueron también 56 casas. Llegaron al puerto para la inauguración, varios generales que tenían relación con el asunto; eran el representante del Banco del Ejército y Armada; el de Pensiones Militares; y el jefe de Estado Mayor Presidencial. Era toda una plana mayor, que a mí me parecía mucho aparato para tan poco rendimiento. Se habían utilizado ingenieros y arquitectos, pero no del Ejército; no se usaron zapadores; oí decir que quien tenía mayor ingerencia en eso, era principalmente dicho jefe de ayudantes de la presidencia. ¿A título de qué?.. El arquitecto que intervino, a una pregunta que le hice respecto al costo de la obra, me dijo: "No estoy en el control de los centavos, pero me parece que el costo es como de cuatro millones". Con esto surgía nuevamente la pregunta: ¿por qué? En Veracruz había mucho más de los 56 oficiales y jefes. Entonces ¿para cuándo tenían esperanzas los que no alcanzaron casa? Con nuestra colonia sucedía lo mismo, pero había costado una cuarta parte.

Este asunto de la vivienda viene siendo el "Parto de los Montes" en toda la República, y con cualquier sector de la población a la que se pretenda hacer llegar el beneficio. Lo mismo que sucedía con el INVI sucede con el INFONAVIT, y en la actualidad se agudiza el mito de la vivienda popular, aunque sigan aumentando el número de instituciones, que como medida salvadora las crean, y resultan solamente nuevos organismos burocráticos que contribuyen a aumentar el número de esquiladores del erario. La casa de interés social, pasa del orden de los 200 mil pesos (años 1976-1977), que con créditos llega como a 300 mil. El hombre de pocos recursos económicos, simple y sencillamente no podrá tener casa, y cuando se construye un conjunto de las que están al alcance de los de clase media, para

podar dar el enganche, los agraciados son una décima parte de los interesados. Por eso el líder obrero, Fidel Velázquez, ha expresado que ellos mismos se ocuparán de construir sus casas. Ojalá tomase cuerpo esa amenaza; sería algo fantástico, porque se evitarían el gasto de tanto zángano que intervienen en esa actividad.

En cuanto a las fuerzas armadas, éstas necesitan promotores con amor a la institución; se necesitan crear cuerpos de zapadores, eliminar intermediarios, tomar arena, grava y piedra de donde la haya, utilizar sus propios vehículos, desechando la idea de que el Banco del Ejército y Armada obtenga dividendos; no permitir que general, almirante o jefe, allegado a la presidencia intervenga en el asunto. En concreto digo que: todo lo erogado para las obras, sea sagrado para quienes las dirijan, además, no deberán venderse las casas para que las colonias sean todo el tiempo, propiedad del gobierno, y con ese se evita el que los adquirientes creen intereses. A una colonia podrán llegar los jefes, oficiales y sargentos procedentes de cualquier plaza de la República, a ocupar una casa de la institución; donde no pagará renta el que se incorpora, para tomar la casa del que es relevado.

Al mencionar a los sargentos, y con ello los de categoría equivalente, considero que al no nombrar al soldado o marinero, es porque con éstos, no se tiene la seguridad de que sigan por siempre la carrera. El que toma las cintas de sargento es un sujeto que demuestra querer seguir como militar hasta su edad de retiro.

Los periodistas, Carlos de Negri y Bartolomé Padilla, el primero del diario *Excelsior* y el segundo de *El Dictamen de Veracruz*, visitaron la colonia; se dieron cuenta de cómo puede lograrse un esfuerzo en bien colectivo cuando no intervienen intereses bastardos; hicieron sendos escritos alabando la obra; pero estas cosas no las leen los presidentes, y a éstos les deforman la imagen de lo que no llegan a estudiar en sus



detalles; y cómo todas las cosas "chuecas" en que intervienen funcionarios con los concesionarios de altura son presentadas ante el mandatario como lícitas y dignas de alabanza, entonces éste mira con los mismos ojos, las obras meritorias con sello de esfuerzo, y las fraudulentas, costosísimas, que representan menos de la mitad de lo que por las mismas eroga la nación.

Una gran experiencia fue para mí haberme dedicado a la construcción, sin descuidar, por supuesto, a las dependencias de tierra y a flote, que estuvieron bajo mi jurisdicción. Poco a poco, sin gran esfuerzo, llegamos a tener una pequeña factoría en un pedazo de terreno baldío que no nos dio tiempo de ocuparlo con construcciones. Bajo un techo de láminas de cartón sostenidas por rehilos, llegamos a tener talleres que no ocupaban más de unos 200 metros cuadrados, donde se fabricaban puertas metálicas y de madera, así como ventanas; mosaicos imitando a los llamados "venecianos", tubería de albañal, mosaicos comunes y corrientes, escalones de granito, postes y demás materiales que ya he enumerado antes. Todo esto se lograba a pesar del sabotaje que padecíamos, desde arriba, tanto por mala comprensión del asunto, como en otros casos, por indiferencia. Llegué a contar, cuando terminó mi gestión, 95 familias que se habían beneficiado con vivir en la colonia pagando un promedio de 60 pesos mensuales de renta.

Cada casa contaba con un prado ante la fachada de seis a diez metros cuadrados; unas tenían garage, pero las calles se dejaron con amplitud suficiente para poder estacionar los automóviles frente a la fachada, sin que estorbasen el paso de otros vehículos.

Cuando platicaba con miembros de agrupaciones sindicales sobre los detalles de mis construcciones, como fue el caso de un señor Aguirre, les decía: "probablemente los profesores puedan lograr algo semejante, así como los sindicatos, sobre todo el de la construcción". A un profesor

le decía: "La Secretaría de Educación, que eroga millones de pesos diariamente, puede pagar obreros con su presupuesto, cargando las erogaciones a plazas destinadas a profesores. En tal caso, con toda seguridad no faltar entre los educadores, quiénes, conociendo algo de construcción se hagan cargo de las obras en determinados lugares.

Entonces mi pensamiento se extendía hasta los estibadores y cargadores, los que podían escoger, entre su personal de eventuales, a conocedores del manejo de la cuchara, el pico y la pala, ya que entre la gente de nuestro pueblo es raro aquél que no sabe algo de albañilería. Tratando siempre de eliminar contratistas, ingenieros y arquitectos, así como concesionarios de materiales (arena, piedra, barro, etc.); trabajando, los mismos sindicalizados con maquinaria propia para quebrar la piedra y obtener grava; poniendo esfuerzo con honradez, a la vez que amor a su gremio, mucho podían lograr. Solamente así, en verdad, podía llegarse a decir — sin echar mentira como a diario las echan— que los trabajadores lograban su casa, a bajo precio.

Cuando era presidente municipal el licenciado Tomás Tejeda Lagos, me invitó a dar una plática en el municipio durante una de las juntas que acostumbraba con numeroso público de las colonias proletarias. El tema debería ser sobre la colonia de la Armada. A pesar de haberme expresado, como antes se asienta, respecto a que nuestro procedimiento se extendiera a otros sectores, dije a Tejeda que lo nuestro era cosa muy peculiar, ya que el instituto armado estaba en condiciones de disponer de quienes pudiéramos llamar zapadores, o en un determinado momento los improvisaba; que en cuanto a los fines de las juntas organizadas por él, para dialogar con el pueblo, mi asunto no cuadraba. Me contestó: "De todas maneras será muy interesante". Al fin acepté y expuse lo de los profesores y de los otros trabajadores sindicalizados. Como hablé so-



bre construcciones de costos entre 11 y 25 mil pesos, al día siguiente me visitó un comerciante árabe, para proponerme "el gran negocio": las haríamos de 11 mil; él pondría el dinero e iríamos a mitad de las ganancias.

Despedí al "vivo" negándome a su brillante negocio y me puse a pensar que esa clase de comerciantes carecían de todo sentido de ética. El señor no era de los amigos árabes que tengo en Veracruz, apenas si lo había visto una o dos veces en su negocio, cuando pasaba yo rumbo al mercado. A él la cosa le pareció sugestiva; sacarles un 500 por ciento a casas con garage, dos recámaras, sala comedor y cuarto para criados.

Un compañero me propuso hacerle una casa en un terreno recientemente adquirido y me quedase con los 11 mil pesos. Me extrañó la actitud de ese compañero a quien lo tenía por muy "derecho", como vulgarmente se dice. Era un individuo que no había hecho capital. Decía verdades crudas a quien él creía que las mereciera. Solía expresarse con aforismos, aplicándolos oportunamente. ¿Qué le pasaría a ese compañero que traicionó sus ideales al ofrecerme negocio tan chueco? Seguramente se hizo una reflexión que para los mexicanos no es para escandalizarse: "soy uno de los muy pocos entre mis contemporáneos que no tienen casa propia, cuántos imbéciles "vivos" para los centavos están en jauja. Aprovecharé esto que no será una taras cada considerable al presupuesto...". Le propuse que él dirigiera la obra, que se gastara más de los 11 mil, yo le daría toda clase de facilidades y, no tendríamos nada que temer de murmuraciones.

Me entusiasmaba la idea de ayudar a todos los oficiales que fueran propietarios de la casa que vivían, para mejorarla, ponerle un segundo piso o hacerles cualquier reforma. Así lo hice con dos o tres; el primero fue Hilario Pérez. Para mí, prestar el camión, el maestro de obras y llevar arena o piedra, no era engorroso ni oneroso;

en cambio, sentía gran satisfacción al ayudar a un compañero como si se tratase de un hermano.

Cuando se me preguntaba respecto al precio a que se venderían las casas a los oficiales, respondía: "las casas son del gobierno, no se hicieron para vender. Si tal cosa fuera, no estaría yo aquí". Me aterraba pensar que un adquirente de vivienda, al poco tiempo de tomar posesión de la misma, la vendiera a un corredor de fincas. Con nuestra colonia no sucedería lo que lastimosamente sucedió con los terrenos de la colonia Marte en el Distrito Federal, que tantos desvelos costó a Hurtado, capitán del Ejército a quien acusarían y enjuiciarían quienes no habían tenido la visión, para lograr tan brillante idea. Ésta era la de dar techo, con muchas facilidades, a personal necesitado. Al capitán Hurtado los mismos de la directiva lo destituyeron. Otro oficial del Ejército siguió las obras, con colegas de su arma y de la Armada a quien también destituyeron y en una asamblea tormentosa, a la que yo asistí, los asistentes que no formaban parte de la directiva echaban rayos y centellas. El general Pamanes y el vicealmirante Otal resultaron electos para la última directiva, no sin que haya habido protesta. Lo menos que se gritaba era que, todos eran unos bandidos. Lo triste ha sido que se trataba de que oficiales del instituto armado, tuvieran un patrimonio, consistente en una finca, y ¿en qué paró el fraccionamiento?.. Pues en una zona residencial de gente adinerada donde solamente el diez por ciento son militares.

Por esos días en que el alcalde Tejeda Lagos reunía con mucha habilidad a los habitantes de las colonias proletarias, llegó de México el entonces oficial mayor —o subsecretario— de patrimonio nacional, un arquitecto apellidado Rossell de la Lama. Este señor dio una conferencia mostrando un anteproyecto de infraestructura, tanto para la ciudad de Veracruz como para el puerto. Se trataba de una ampliación o transformación,



y el asunto se proyectaba para un futuro lejano. Tejada Lagos me volvió a invitar para hablar de mis trabajos. En esa ocasión no acepté. Pero me interesé por oír lo que el arquitecto llevaba, ya que un ingeniero del puerto me dijo que el trabajo de anteproyecto costaba a la nación un gasto de millones de pesos.

Ese arquitecto me pareció un cuentista; pero así es como en nuestro país se llega a grandes alturas en política contando cuentos, engañando a los de abajo y sorprendiendo a los de arriba. Por eso los hombres de honor, los hombres rectos, como el caso concreto del licenciado Seatiel Alatríste, son raros. Son los de esas personas que por no traicionar a sus principios dejan el escenario político. Alatríste, cuando manifestó su inconformidad en seguir llevando los asuntos de la Secretaría del Seguro Social, por quién sabe qué motivos, fue de inmediato relevado por un señor hecho *ad-hoc* a nuestra política. Esta tiende (dicen) a un socialismo justo, pero que es impracticable por la falta absoluta de honradez administrativa, y por la carencia de valor civil en la mayoría de los hombres que rodean al primer magistrado, incapaces de hacerle ver sus errores, cobardes para decirle que se equivoca, medrosos ante el peligro de ser cesados, y —eso sí— valientes para hacer fortuna.

Muy poco le duró al pundonoroso señor Alatríste su puesto como ministro. “¡Cómo puede ser que se desate un escándalo nacional!”, comentan siempre los que están en el panderero. Se dice: “hay que tapar el agujero que dejan los antecesores en las arcas de la nación” y todos los que entran saben que deben apechugar con ese “mandamiento”, no es tanto el compañerismo entre los componentes de la familia que soban y soban la palabra Revolución sino un tácito convenio: “No armo escándalo para que a mí no me lo armen”. Y así, ese agujero se ahonda cada vez más. Quie-

nes van llegando, arriban con el consentimiento de proseguir la “tónica”<sup>1</sup> establecida.

Había oído decir que en el anteproyecto de Rossell se habían gastado dos millones de pesos, pero en una ocasión, siendo alcalde del puerto Mario Vargas Saldaña y gobernador del estado el licenciado Rafael Murillo Vidal, encontrándome con ellos y mi amigo Rafael Arriola Molina; el primero aludió el asunto y mencionó una cantidad de cuatro a cinco millones, de lo cual se sorprendió Murillo Vidal y exclamó: “¡Cómo! ¿qué clase de proyecto es ese? Por esos días era presidente de la Junta de Mejoras un señor de apellido Abreu; al preguntarle yo a este señor sobre lo expuesto por él en el municipio, me dijo: “No dude usted que ese proyecto tiene mucho de magnífico; el arquitecto es un hombre que se proyecta a primer plano nacional; es de una inteligencia maravillosa”. ¡Caramba! —exclamé— de estas maravillas estamos llenos, principiando por el primer magistrado, pero nunca atinamos una.

No dudo de la inteligencia del señor arquitecto Rossell, puesto que se hacía rodear de gente brillante como era mi sobrino Pedro Ojeda Paullada, quien como una de las pocas excepciones, ha escalado altos puestos sin entrar en la política por debajo de la puerta. De modo que no he dudado que el grupo era de una competencia indiscutible, pero siempre me pregunté: “¿Para qué queremos proyectos hasta el año 2000? Veracruz necesitaba resolver de inmediato, a corto plazo, la invasión de arena y la constante limpieza de la ciudad, que tiene muchos años de ser una cloaca. El problema de Veracruz es perfectamente conocido por toda la gente que ahí reside: mugre por todas partes, y manos sucias de los alcaldes. ¡Ah! valor civil de todos los jarochos jacarandosos es lo que se necesita. La ciudad limpia que yo había conocido en 1916, era solamente un recuerdo.

<sup>1</sup> *Tónica*: palabrita muy sobada, que algún político —jilguero— sacó del diccionario con tanto éxito que la oímos desde el Distrito Federal hasta el cerro del Bacatete.



Los jarochos se dejaban tomar el pelo al tragarse esas conferencias como la mía de interés solamente para los marinos de la Armada; y la de Rossell, que forzaba a un gran esfuerzo de imaginación, y todo quedaba en una nebulosa. Pero como algo asombroso veía yo esa habilidad del alcalde "Tomasito" Tejeda Lagos, para dar la "coba" al pueblo que se presentaba periódicamente a oír solamente promesas y regresaba a sus jacales habiendo "comulgado con ruedas de molino".

Cosas semejantes a eso que entonces sucedía, ya habían sido antes como serían después; y no solamente en Veracruz sino en los demás estados, en los territorios y en el Distrito Federal. Por todo el suelo de Anáhuac, se le ha tomado y se le seguirá tomando el pelo al pueblo sufrido y conforme.

## *Ayudé a Fidel Castro*

Siempre me han interesado los asuntos de Cuba. Siendo jefe de Estado Mayor, leía sobre la política cubana y las vicisitudes de esa nación, cuyos habitantes se mostraban tan acogedores con los mexicanos que llegábamos de visita en los viajes de prácticas, tanto en Santiago de Cuba como en La Habana. Pero no tragaba yo a Batista, me chocaba su postura de amo y señor. Él, siendo un oscuro sargento, derribó al presidente Machado, porque en éste veía al dictador de un sistema capitalista antidemocrático. Pero dió un viraje que lo convirtió en multimillonario y amo de la nación.

En el año cincuenta, cuando estuve en La Habana como jefe en el viaje de prácticas de los cadetes, oía por todas partes, en las conversaciones de los mismos cubanos la misma cosa respecto a la inmoralidad administrativa que privaba en México. Así como se hablaba por acá de grandes fortunas (miles de millones de pesos) amasadas por los trafiques de influyentes políticos y los coyotes, lo mismo se oía en la isla, pero allí

eran dólares los que danzaban. Se me mostraba un gran edificio y era el hotel de la mujer de Batista. Se hablaba de hermosas residencias, y eran de los paniaguados de Batista...

Pero todo esto no hacía mello en mi ánimo que me predispusiera contra el gobierno negroide. Lo que me indignó, fue saber que de un puntapié quitaba al presidente Prío Socarrás, para colocarse una vez más en la silla presidencial. Se había convertido ya en señor y amo de la nación. Si Prío Socarrás lo estaba haciendo mal ¿qué títulos llevaba Batista para moralizar el ambiente y enderezar la economía, o enmendar cualquier error que él no hubiese cometido?.. En los días del golpe de Estado, comentaba yo con una dama que vivía en Veracruz, señora cubana, esposa de un abogado mexicano: "¿Qué no hay hombres en Cuba?"... y yo pensaba: "¿Acaso ese tipo que todavía apestaba a forniture de sargento se había convertido en el director eterno de los destinos cubanos?"

La señora Durán, que era mi interlocutor, se mostraba molesta por los acontecimientos en su país; a mí me pedían como si también fuese cubano. Pero surgió, al fin, un muchacho muy hombre que acompañado de otros valientes, haría saber al mundo que en la "Cubita bella" no todo era rumba y cumbancha; también había conciencia sobre los derechos humanos y justicia social.

Me pareció una gran figura la de Fidel Castro, como la de sus principales acompañantes en la aventura.

En los días de mi última visita a La Habana (1951), un teniente de navío, apellidado Sampera, había sido mi edecán; éste y el capitán de fragata Rodríguez Alonso, finísimo amigo, siguieron en contacto conmigo por correspondencia; ellos me comentaban lo que yo leía en la prensa respecto a los disturbios en la isla, me decían que no era difícil el estallido de una Revolución. Posteriormente no supe más de ellos; probablemente quedaron refugiados en Florida, E.U.



Cuando fui jefe de Estado Mayor en 1956-57, tuve que ver con el asunto revolucionario de la isla. En el citado organismo estaba, como jefe de la sección segunda, el capitán de navío José H. Orozco. En capítulo anterior lo he mencionado. Era concuño mío; tipo muy cumplido. Su papel en dicha sección la desempeñaba con celo en cuanto a sus relaciones con los agregados navales extranjeros en nuestro país. En una ocasión se me presentó en el agregado cubano, quien llevaba la misión de informar sobre el conocimiento que en su embajada tenían de una conspiración contra su gobierno. Decía que algunos de los conjurados se encontraban en México, de cuyas costas saldría un barco con los principales dirigentes del movimiento subversivo.

De pronto creí que era solamente alarma infundada; cambié impresiones, al respecto, con el comandante general de la Armada, y el asunto no pasó más que de una plática. Pero mi concuño, que era tesorero, casi a diario se me presentaba para recordarme el "interesantísimo" asunto cubano. Orozco tenía la flema sajona; el que hubiese estado en Estados Unidos antes de entrar a la Escuela Naval nos hizo apodarlo El Gringo. Llegué a decirle: "Deja esa cantilena de los conspiradores. Dile a tu amigo el *attaché* cubano que no moleste; ¿qué, tratan de patear a Batista?.. pues ya quisiera yo verlo. Ese tipo no merece otra cosa más que lo fusilen".

Mi concuño no pasaba de conformarse con que nos quedásemos con los brazos cruzados, y no desplegásemos una estricta vigilancia por toda la costa para impedir que Fidel y sus compañeros, que principiaban a dejarse crecer la barba, se hicieran a la mar para llegar a sus playas desplegando su bandera reivindicadora.

Poco después, encontrándome de comandante en la zona naval de Veracruz, que fue cuando más se habló sobre la expedición de Fidel, recibimos la orden de vigilar la costa veracruzana. Cumplí con mi deber, pero en realidad

no puso todo mi empeño ni toda mi aptitud; no deseaba que alguno de nuestros barcos se tocase con el de los insurgentes cubanos. Por esos días andaban atareados barriendo nuestras aguas al norte del paralelo 23. En una ocasión en que Orozco, que ya tampoco estaba en el Estado Mayor, y no quitaba el dedo del renglón, me decía algo sobre la poca importancia que se estaba dando a ese asunto internacional, le dije: "Por mi parte, mandaríamos a nuestras unidades a custodiar al barquito en que salgan los valientes que van a luchar. Orozco me vio fijamente con su flema, sereno, y sonrió como acostumbraba cuando creía que alguien cometía un dislate; y yo concluí diciéndole: "Sí, Gringo, óyelo bien, espero que a Batista se lo lleve el carajo".

Después, cuando veía en una publicación al grupo de barbudos sentados al borde de una loma en la Sierra Maestra, grupo entre los que probablemente se encontraban el Che Guevara y Cienfuegos, comentaba yo: "Estos tipos me caen bien: son valientes como los Maclovio Herrera, los Urbina, los Almanza, los Robles, los Buelna de nuestra Revolución mexicana, y andarían exponiendo el pecho a las balas, si Batista y sus generales, (ejército inútil), hubiesen ido a la Sierra a combatir con coraje, como lo había hecho nuestro Ejército Federal en los años de 1910 a 1914, que a pesar de haber peleado sin convicción, como ejército pretoriano que era, los asistió el mérito de entrar a la guerra con entereza y coraje. En Cuba no fue así; el sargento cobarde tenía paralizados a sus generales de banqueta, y un puñado de valientes, tomaron con facilidad el poder.

De manera que, sin pensar yo que Castro tuviese ideas comunistas, o solamente fuese un ciudadano patriota con agallas; sin tomar en cuenta lo que pudiese acontecer después de su triunfo; sin querer justificar ni criticar su actitud de rebelde contra el gobierno de Estados Unidos; sin querer analizar el por qué de su alianza con la Unión Soviética, sin haberme manifestado su





correligionario, solamente con mi actitud pasiva y de no prestar oídos a noticias que para mí eran versiones de alarmistas; con solo eso, en verdad, que yo ayudé a Fidel Castro.

## Viaje al Mediterráneo

En 1964 fui relevado interinamente en mi cargo de comandante de zona en Veracruz, por un contralmirante que se encontraba en disponibilidad, y se me nombró comandante de una flotilla, formada por los cañoneros Potosí y Querétaro, que en viaje de prácticas saldrían al Mediterráneo. Me sentí feliz de volver a pisar la cubierta de un barco y sería la última vez en mi carrera. La superioridad consideró pertinente que aparte del director de la escuela, fuese al viaje un jefe de más representación. Izé mi insignia de mando en el Potosí.

Los lugares que se tocarían —excepto San Miguel de Azores y Filadelfia—, nunca habían sido visitados por barcos mexicanos. El itinerario fue: Azores, Tolón, Civitavecchia, Nápoles, Split, El Pireo, Alejandría, Port Said, Valleta, Lisboa, Filadelfia y Veracruz.

Al tocar Tolón, el gobierno francés invitaría un viaje a París; en Split, a la capital yugoslava (Belgrado) y en Alejandría, por supuesto, al Cairo. Civitavecchia es el puerto de Roma, y no podíamos dejar de visitar la Ciudad Eterna. De El Pireo, nos trasladaríamos a la bella Atenas para admirar las maravillas de Ictíno, Callicrates y Fidias.

Con la poca experiencia que había adquirido en la oratoria durante el tiempo que fui director de la Escuela, me sentí seguro de poder tomar la palabra en donde se ofreciera; y como me avisaron con anticipación, eché mano de los magníficos libros que hay sobre la materia aunque en las postrimerías de mi carrera, me era fácil dirigir la palabra a cualquier clase de auditorio.

Desde que arribamos a San Miguel de Azores, los *speeches* fueron casi a diario en cada

lugar donde tocábamos, y el mayor número de veces fue en Yugoslavia. En Italia ni una sola vez. En Tolón, en una sola ocasión para ofrecer una comida en que se encontraba presente la máxima autoridad de la Armada Francesa, el comandante de la flota, un señor muy estirado (almirante Patou, herido en la segunda guerra), otro almirante, Baudin, contestó a mis palabras, con expresiones conmovedoras, a la vez que su esposa lloraba. Decía el almirante de referencia, jefe del sector naval, que su hijo, piloto aviador, muerto durante la guerra, amó a México. La historia, en síntesis, era que el muchacho estando en Texas, haciendo un curso de aviador, había viajado rumbo a México, pero por descompostura en su automóvil había quedado, junto con dos compañeros norteamericanos, "varado" en un pueblo de Chihuahua, habiendo sido hospedados en una humilde casa de nativos, para reanudar el viaje varios días después, ya que esperaban refacciones para el automóvil. La familia los había tratado con esmerada hospitalidad, y como fueran los días de Navidad, por la noche del 24 recibieron sus regalos. Ese joven, escribió a sus padres diciendo que cuando volviese a tener vacaciones vendría nuevamente a México, país del que había quedado encantado, habiendo llegado a querer a esos buenos campesinos que le dieron hospitalidad. Pero ese joven iría a la guerra en Europa y no tendría la oportunidad de volver a América; ni siquiera a su patria por haber muerto en acción de guerra.

En Chivitavecchia una visita eclesiástica estaba dentro del programa. El cardenal —nuncio papal, o algo así— que nos visitó, iba acompañado por varios clérigos y un ayudante, oficial de la Armada Italiana. El personaje hablaba perfectamente el castellano. Estuvo a bordo más del tiempo que se tenía estipulado. Era un tipo interesante, alto, delgado, de nariz aguileña que revelaba inteligencia. Se nos sirvieron "margaritas" de tequila que aceptó de buena gana. Yo me



fijaba que sus acompañantes se mostraban preocupados y se volteaban a ver uno al otro a la llegada de las copas, y algunos no tomaban; pero aquél sí aceptaba de buena gana una, otra y otra más. Se interesaba vivamente por saber si éramos un país que se dirigía vertiginosamente al comunismo. Yo le hablé de nuestra Revolución y le expuse que había tendencia a un socialismo justiciero, pero no creía que llegásemos a un extremo, y menos a ser satélites de Rusia.

Cuando el representante del Papa estuvo por salir del barco, nos puso en un aprieto: ¿qué honores le correspondían? Nuestra ordenanza no previene absolutamente nada respecto a la visita de un eclesiástico. Entonces, se mandó formar la guardia, se le acompañó hasta el portón del barco y se tocó atención con la corneta. Cuando terminó de bajar la pasarela, desde el muelle, nos echó su bendición. Fue muy grata la visita de tan interesante general de la Iglesia. Esto en tiempo de Calles o de Cárdenas, hubiese sido una ofensa a nuestra Constitución.

En Malta también estaba prevista una visita a la autoridad eclesiástica, pero se nos suplicó que se dispensara la presencia del prelado a bordo. Se trataba de un anciano que apenas podía caminar. Cuando lo visité, me dio la impresión de un santo, me recordó al obispo que había casado a mi hijo Álvaro en Veracruz. No cabe duda que hay señores de la Iglesia que verdaderamente representan la bondad y la humildad de Cristo: vibran en un plano superior que despierta no solamente en los fieles, impulsos de piedad y bienaventuranza. Como también, hay curas con tipo de abarroteros mal encarados y más déspotas que un capataz. Los he oído echar carajos y decir que dan un tortazo a alguien que les cae mal. Esto me recuerda que en Bilbao, en 1934, traté con un sacerdote, no muy anciano, y extremadamente amable, con acento de bondad en su manera de expresarse, que había estado en México. Como una gran cantidad de

españoles, él tenía un pariente en nuestro suelo de Anáhuac, poseedor de una fortuna. Conservo la idea de que se llamaba Venancio Ruiz, como los cientos de Ruices españoles que viven en México y los miles de venancios que nunca pierden su acento peninsular. Este señor de la iglesia no se perdía de un solo juego de fútbol y echaba sus coños sonoros cada vez que los del Atlético perdían el balón.

A la isla de Malta, preciosa como todas las legendarias del mediterráneo, la recuerdo como de un cuento. Quise conocer el lugar donde dice la historia —o leyenda— que llegó como naufrago San Pablo; pero el tiempo apenas alcanzó para ver lo más accesible. El gobernador nos recibió con toda cordialidad; en la inmensa casa en que tenía sus oficinas y residencia, no habla más de tres o cuatro personas.

El capitán de navío Palmer, de la Armada Británica, era el jefe de la base naval, con oficinas y residencia en el castillo de San Ángel. Nos hizo la visita de cortesía. Nos invitó a comer a mí, a los comandantes y a cuatro oficiales. Nos esperaba con su uniforme tropical de pantalón corto, cosa que me pareció incorrecta, pero pensé, en comidas no muy formales acostumbran ese uniforme. A la comida asistió con su esposa y cuatro damas al servicio de la Armada Inglesa. Entre ellas había una joven que no llegaría a 30 años que me recordó a una amiga mexicana, veracruzana, muy bella, que estuvo casada con un compañero de la Armada. Tenía un parecido extraordinario, y esto me impresionó tanto, que al día siguiente puse una tarjeta a mi amiga diciéndole: "Estoy seguro que en este mundo, o en otro, todos tenemos un doble; tú lo tienes aquí, en Malta; una inglesa, es tu retrato de cuando estabas en tus 25". La Chuchy Carvallo merecía ese cumplido.

Allí estaban esas inglesas, servidoras del gobierno de Su Majestad Británica en la Real Armada, bajo las órdenes del capitán Palmer, con



quien comenté sobre el pueblo maltés premiado con la George Cross en 1942, en reconocimiento a su heroísmo, que contribuyó al triunfo de los aliados, a costa de soportar más de 1200 bombardeos que desencadenaron las fuerzas aéreas de Alemania e Italia. No fue la única vez en que ese minúsculo pedazo de tierra se convertía en teatro de la guerra. Su situación estratégica en el mar lo ha hecho objetivo de beligerantes. Ha sufrido ataques e invasiones desde la época de los fenicios. El sitio que la flota turca impuso en el siglo sexto por mandato de Solimán El Magnífico, y de ahí la heroica defensa, que Enrique Brandford relata en su interesante libro *The Great Siege, Malta, 1965*, nos presentan a la legendaria isla como uno de los sitios de más renombre en las aguas del Mediterráneo.

Fue muy interesante conocer esas obras espléndidas de la ingeniería militar que fueron teatro de sangrientas batallas, como el Fuerte de St. Elmo.

Y no solamente sus fuertes y magníficas bahías naturales resultan un atractivo para el visitante: sus iglesias son una belleza, entre las que está la de San Juan, donde se encuentra una pintura de grandes dimensiones del famoso pintor El Caravaggio. El óleo muestra el momento en que decapitan a San Juan, y a Salomé lista para recibir la cabeza del mártir.

Y como algo muy interesante los guías se empeñan en mostrar la enorme reja de plata que cierra una nave de la preciosa iglesia. Esta obra, no de un herrero cualquiera sino de un orfebre, fue pintada y ensuciada para mostrar mugre e imitar hierro oxidado, cuando en 1798, Napoleón se apoderó de la isla. Los "caballeros de San Juan" no quisieron que El Corzo acarreará con botín tan importante. Poca es la gente que llega a ese bello lugar, aún ahora que el turismo se encuentra tan desarrollado. Malta, como San Miguel de Azores, me dejaron un recuerdo como el que le deja al niño un cuento de hadas.

Si en el Mediterráneo, entre las islas legendarias visitamos Malta, laureada con una preseña por el comportamiento heroico de sus habitantes; en el Océano Atlántico, nos encontramos con San Miguel de Azores que también posee títulos para ocupar lugar de preferencia. Sus habitantes también merecen los laureles por haber conseguido hacer un paraíso de su isla, separada casi mil millas del continente europeo.

San Miguel es la maravilla donde se cosechan frutas tropicales, como piña y tabaco. En el año de 1964, había una producción de lecho con valor de 50 millones de pesos sin haber dehesas. La superficie de la tierra está cultivada de extremo a extremo. Hay fábrica de cerveza y cigarrillos, y se empacan toda clase de mariscos. Estos productos tropicales se obtienen a pesar de encontrarse —esa tierra— por los 40 grados de latitud norte. Se logra valiéndose de cobertizos gigantescos con temperaturas acondicionadas, y su producción la exporta, aparte de autoabastecerse y enviar dinero a la metrópoli. Es único, lo que se ve en ese pedazo del mundo.

Las calles y calzadas, en toda la isla, se encuentran totalmente adoquinadas: tienen sembradas, en toda su longitud, hortensias. No hay limosneros, no hay cantinas, no hay desocupados. Los niños son robustos, bonitos y bien vestidos. Se acercan a los extranjeros y les hacen preguntas. Cada pequeño poblado (todos iguales), tiene su iglesia, escuelas con sus alumnos uniformados, calles adoquinadas, una limpieza esmerada, ausencia de policías, tiendas bien surtidas con dependientes extremadamente atentos, hacen un pequeño mundo en perfecto orden.

Desde luego que en tres o cuatro días no se puede conocer a fondo el sentir de los ciudadanos, y menos yendo uno a todas partes acompañado de autoridades y edecanes; pero como es tan pequeño el lugar, en el poco tiempo visitamos las seis o siete ciudades o poblados que



hay en toda la isla. Nos tocó presenciar una fiesta de campesinos. No había gente astrosa, ni chiquillos que se acercasen a pedir dinero. No se veían ebrios en las calles. Un día domingo estuvimos en un lugar donde la población paseaba por la calle principal, sin aglomeraciones en cafés ni restaurantes, lo que me hizo pensar que no vivían en una absoluta democracia; pero en cuanto a eso, también se piensa que hay pueblos necesitados de un control gubernamental; y esto me hace ver ahora, que si pocos días después observáramos la misma limpieza, un excepcional servicio de autobuses y, en general, un orden perfecto en Lisboa (la capital); ello se debía a que una larga dictadura tenía sometido al país. Y ¿qué opinar respecto a estos sistemas de gobierno? Portugal tenía un Oliveira Salazar igual que México tuvo su Porfirio Díaz. ¿Cómo se hace imposible generalizar en este asunto! Tiempo, circunstancias y naturaleza del pueblo, la raza, determinan las condiciones bajo las cuales un país busca su estabilidad política, económica y social. Estoy convencido de que hay lugares que necesitan la mano suave que los guíe por el buen sendero usando, cuando se necesita, el puño que les hace rectificar sus errores. Portugal se sacudió una dictadura, pero ¿acaso no irá a terminar en otra, para salir del desorden surgido por la caída de aquella? España no toleró a un primo de Rivera; pero surgieron los políticos en su mayoría intelectuales, sociólogos y literatos, líderes de los partidos; y ¿no terminaron en una anarquía, asesinando ferozmente a Calvo Sotelo?

Esto trajo el surgimiento de un Franco que a base de terror gobernó a la nación. ¿México no tuvo que inventar un PRI que es realmente una dictadura *ad-hoc* a nuestro medio? Tal partido permite la demagogia, el fraude electoral, y soslaya el enriquecimiento desmedido de los funcionarios y de una inmensa mayoría de pillos. También permite —a medias— la libertad de im-

prenta; y unge con los óleos sagrados de la omnisciencia a un señor, cada seis años.

Entonces, volviendo a lo que origina esta digresión, si aquella bella isla, San Miguel de Azores, era cuando por allá estuve, un pequeño paraíso, sin desocupados, sin vicios, sin bandidos, sin prostitutas; si se fomentaba lo estético en todo, como sus calles, sus edificios, sus jardines y, sobre todo, su exagerada limpieza, bendita la hora en que una dictadura logra el bien de un conglomerado. Y al llegar a este punto, nos acordamos de Cuba, y nos preguntamos: ¿Cómo será la realidad de ese pueblo antillano? ¿Cómo podrá Fidel Castro sacudirse a los soviéticos? Y si la virtud del presidente barbudo es la de haber desterrado la prostitución que denigraba a la bella ciudad de La Habana, si después logra una autosuficiencia y encamina a su pueblo por un sendero de progreso y justicia social, se terminará diciendo que eso se ha debido a la dictadura de Fidel.

Es muy difícil para los gobernantes de países subdesarrollados, hispanoamericanos, y los que forman el ahora llamado tercer mundo, hacer política predicando la democracia, a sabiendas de que se trata de palabras y conceptos necesarios para arrastrar a las masas, pero que en el fondo carecen de consistencia. En la política es válida la mentira, y cuando las grandes masas populares son de ínfima capacidad intelectual, aquella es como un alimento que reciben con beneplácito porque les mantiene viva la esperanza de mejorar. Por años ha vivido así nuestro pueblo: engañado.

En Yugoslavia se esmeraron las autoridades en demostrarnos su simpatía. El señor Slic, jefe del Consejo Municipal de Split, puerto de arribada, así como los principales jefes del ejército, eran conocedores de nuestra historia, hasta en mínimos detalles. Admiradores de nuestra música, todos cantaban las mañanitas, y hubo necesidad de explicarles que la canción no se llamaba Mamá Juanita, como ellos decían. Había un grupo



de altos jefes que llevaban una condecoración, la cual les distinguía como hijos predilectos de la patria; habían sido combatientes, durante la revolución española, peleando al lado del gobierno. Estos jefes hablaban español, decían que había mucha semejanza en la historia de Yugoslavia con la de México. Eran unos admiradores de Benito Juárez. Todo esto me hizo preparar mis *speeches* con esmero habiendo dicho durante un banquete, que no nos extrañaba la cordialidad del recibimiento, pues las dos naciones tan separadas geográficamente, se encontraban vinculadas por hechos históricos semejantes que ambos pueblos habían derramado mucha sangre en sus esfuerzos por la libertad.

El secretario de la Defensa nos dijo que él siempre había pensado venir al "gran país mexicano", quería hacerlo a raíz de haber terminado la revolución de España, donde él combatió, pero se vio obligado a regresar a su patria invadida. Añadía que era el primer admirador "del gran país que tendió la mano generosa a los refugiados españoles, cuando éstos, errantes, tenían dificultades para entrar en otras naciones".

En Belgrado se me llenó mi cuarto del hotel Metropol, con las camaristas del piso. Fue algo divertido para ellas la llegada de mexicanos, uniformados. Por mucho tiempo habían oído hablar de México, teniéndolo como algo muy grande. Llevaban la fotografía de López Mateos que una de ellas conservaba. La intérprete, me dijo, en inglés, que ahí se había hospedado el presidente de México, lo cual para el hotel había sido una gran cosa: aunque ahí se habían hospedado presidentes de muchos países, ninguno les había causado tanta admiración y alegría como el apuesto mexicano.

Split es un bello puerto de Yugoslavia, en el que permanecemos cuatro días. Nos dio tiempo de admirar sus modernos astilleros, el museo de la ciudad y el palacio diocleciano construido a principios del siglo IV, especie de inmensa forta-

leza, donde podía refugiarse todo un pueblo. El emperador diocleciano, que dividió jerárquicamente el poder del imperio romano, fue quien ordenó la construcción de dicho palacio.

Era interesante observar cómo a diario, y a determinadas horas, salían preciosos barcos de regular tonelaje, y regresaban llenos de pasaje, con la exactitud de una línea de autobuses. Era el tráfico entre Split y las islas adyacentes al litoral.

Nuestros barcos parecían una feria, miles de visitantes entraban y salían a diario, principalmente jóvenes de ambos sexos quienes gozaron con la presencia de jovencitas guapas, fueron como siempre los cadetes, a pesar de que no les fue fácil entenderse, ya que el inglés no es idioma popular en ese país, y era del que se podían valer los muchachos. Impresiona, como sucede con todos los países del Mediterráneo, ver que todo está vinculado directamente con el mar. País de gran tradición marinera, tiene su precioso bergantín El Jordán para las prácticas de sus cadetes. El pequeño velero es una maravilla de la construcción naval. Pasó cerca de nuestro barco, con todo el aparejo desplegado, tal parecía que hacían alarde de buenos marineros.

En Egipto, las autoridades no estuvieron muy cordiales. Principiando porque en la mar recibimos un comunicado, anticipando agradecimiento porque se advirtiese a la tripulación cómo debían comportarse ante las costumbres de su pueblo. Nos decían que los hombres acostumbraban ir cogidos de la mano, lo que no debería tomárseles a mal y que no se quedaran viendo insistentemente a las mujeres; por cierto, feas en su mayoría. Por último: a las 11 de la noche los tripulantes deberían regresar a bordo.

No debería ser motivo de nuestra curiosidad ver a nuestro paso orando en la vía pública a alguien que súbitamente tendiese una manta y se arrodillase y comenzar su rezo.

El ayudante que me asignaron era un tipo petulante, y lo recuerdo contestando a preguntas



mías: "Eso es un secreto". Cuando regresé de la visita oficial, al llegar al muelle me encontré con dos marineros parados al pie de la escala. Como por coincidencia los uniformes eran iguales a los de nuestra gente, y ellos son muy parecidos a nuestros mestizos. Pregunté al oficial de guardia por qué estaban esos marineros en el muelle, debiendo estar arriba (en el barco). Me dijeron que eran egipcios. "¿Y para qué?" inquirí. Me parecían algo así como policías. Exigí que los quitaran y retirasen unos botes que, con gente armada, andaban rodeando al costado del barco.

Sinceramente, fueron poco simpáticos los servidores del Gamel Abed Nasser. Estaban muy soberbecidos, creían que con Rusia serían los poderosos del Medio Oriente; pero ese pueblo pequeño que se llama Israel, se encargaría de darles una tremenda tunda que haría llorar al que ya se creía un iluminado, enviado por Dios para unir y dirigir a todos los pueblos de origen árabe.

Se siente el cambio al pasar de un país europeo a un africano; miles de moscas lo acosan a uno. En Alejandría se observa de lejos una mezquita, mostrando la belleza de su arquitectura y no se resiste uno a dirigirse hacia ella, pero desde la entrada llega la desilusión; gente con llagas astrosas, tirada en el suelo duerme o pide limosna. Todo por dentro del bello edificio religioso se encuentra sucio. Esto me recordaba mi país, mi Veracruz donde se admira su bonito edificio de Correos y Telégrafos, pero al entrar, los mendigos, sentados a los lados de la escalera, la mugre, y lo descascarado de las paredes borran la buena impresión que da su exterior, a distancia.

El Nilo, el legendario río, con sus barcos veleros apolillados, hace recordar esa fase de conocer es desilusionarse, pero ¡qué duda cabe! quien por sus lecturas sabe del significado divino que le daban los antiguos a los fenómenos que se producían con respecto al río sagrado durante el solsticio de verano y el equinoccio de otoño, no puede menos que contemplar con unción

esas aguas que toman el color rojo durante las épocas antes citadas.

Las pirámides ponen a pensar sobre la gigantesca organización que debieron tener los egipcios para el reclutamiento de trabajadores que fueron cientos de miles, bajo la dirección de los arquitectos sabios.

Verdaderamente bello es el espectáculo de "son a lummiere" que en tibia noche de verano presencié al aire libre frente a la esfinge y la que fuera una de las siete maravillas (la gran pirámide de Reops). Espectáculo bellísimo que posteriormente se veía en nuestro país, en San Juan Teotihuacán y otros lugares.

Lo que vi allá en la tierra de los faraones me impresionó: la luz parecía emerger del interior de los enormes monumentos. La esfinge daba la impresión de elevarse (ilusión óptica como la que se experimenta en la mar con los destellos de los faros). Al defecto del monstruo sagrado que tiene en la nariz (resquebrajadura por el tiempo), lo hace desaparecer la iluminación y este cobra vida cuando aparenta hablar. El espectáculo conmueve a un temperamento sensible y le produce arrobamiento entrando en comunicación mística con el animal fabuloso.

El espectáculo deja un gran recuerdo a quien visita El Cairo. El presenciarlo hace recordar al Egipto de una profunda sabiduría al país que Sehura ha definido como "La fortaleza de las puras y altas doctrinas, cuyo conjunto constituye la ciencia de los principios y que pudiera llamarse la ortodoxia esotérica de la antigüedad".

Cuando admirábamos la grandiosidad de la "gran pirámide", recordaba mis estudios esotéricos, y en ellos a Hermes, el trimegisto, quien nos legara su sabiduría con los siete principios universales. Recordaba la leyenda de Isis y Osiris. Tomaba presencia en mi pensamiento, el diálogo del maestro con uno de sus discípulos, sobre la infalibilidad de Dios. De cómo un elegido puede evolucionar caminando hacia la perfección; y



cómo ni los mismos evolucionados pueden por medio de su lenguaje vulgar, explicar lo que desde el profano hasta el estudioso de las cosas esotéricas, pretende saber sobre la existencia del supremo director del universo.

De Grecia ¿qué impresión podría quedar nos? nuestro guía, una señora que había escrito un librito en español sobre el Acrópolis, nos llevó dos veces, acompañados por un capitán de fragata de la armada griega.

Me atreví a preguntar a mi guía ¿por qué no reforzar con cemento el Partenón en las partes más agrietadas? Era como una ofensa a la historia: "¡No, de ninguna manera se admite eso!". Me decía entre razonamientos. Entonces le dije: "Cuando ya ni las columnas estén en pie ¿qué irán a mostrar?"... Y me contestó: "Lo que quede tirado en el suelo, como están estos millares de piedras que usted ve aquí regados. Estos pedazos de mármol pentélico, aquí quedarán como un tesoro".

Pero por noticias de una parienta que recientemente fue a la ciudad de Pericles, me entero de que la obra de Ictinos, Calicrates y Fidias, se está restaurando. Los griegos no podían haber hecho otra cosa mejor. Aunque los autores del proyecto de tal restauración deben haber luchado mucho contra los opositores de la idea.

Port Said es un puerto inmenso, contiguo a la entrada del canal de Suez. La arribada ahí fue mas bien técnica que de cortesía fuimos a rellenar combustible, de manera que no hubo oportunidad de conocer la ciudad, cual fue más inglesa que árabe. La salida, pasando frente a las calles de la ciudad, duró como dos horas; el espectáculo era de maravilla. Hubiese querido permanecer más tiempo en ese lugar donde los ingleses dejaron instalaciones muy interesantes.

Pocos lugares presentan el espectáculo que brinda esa ciudad cuando se va saliendo del puerto, se antoja ir por una gran avenida y mirando hacia la margen que se va dejando por la banda de babor, lado sur, se pueden ir contando

las calles que desembocan al gran canal o río por donde se transita.

Habíamos entrado hasta el fondo del puerto para rellenar de agua y combustible haciendo varias horas en el recorrido ya que no se desarrollaba la velocidad de travesía; pero resultaba divertido esa vista primorosa de calles perfectamente trazadas en línea recta, calles por las que no fue posible caminar por el corto tiempo de estadía.

El último puerto de Europa que se tocó, del cual partimos hacia los Estados Unidos, fue Lisboa. La impresión de Lisboa dejaba al visitante, en esos días en cuanto a la limpieza, medios de transporte urbano y orden que era algo que difícilmente puede olvidarse.

Por ello, mucho me extrañó que en medio de tanta pulcritud la famosa Torre de Belén estuviese descuidada. Ese monumento histórico, uno de los que adornan la orilla del río Tajo, se encontraba anegada en su interior; se recordó las tinajas de San Juan de Ulúa en Veracruz, que no se podían visitar más que de pasada, por estar encharcadas y servían de mingitorio a los trabajadores del Arsenal Nacional.

La bellísima Torre de Belén, de construcción románica, gótica, que su historia acompaña a la de Portugal, en su obra de los grandes viajes transoceánicos, la que a su arquitectura agrega algo de estilo morisco, y su hermosa fachada, a diario saluda a las naves que entran por el río Tajoé. Ella bellísima y el convento de los Jerónimos, son algo que deja recuerdo imborrable a quien visita la capital lusitana.

Había visto esta joya de la arquitectura en fotografía, y admirado su belleza, al entrar al tajo de inmediato, la identifique en la orilla. La contemplé con placer y dije al oficial que me habían nombrado como edecán —el cual ya se encontraba a bordo—, que no fuera a olvidarse de llevarme a visitarla. Pensaba que por dentro fuese algo así como Versalles o Shombrum en pequeño. Nada, de eso, yo probablemente estaba exi-



giendo mucho y exhibía mi ignorancia. No me puse a pensar que no había sido palacio de reyes.

También pedí conocer el sepulcro, o algún monumento levantado a Eca de Queiroz, el gran poeta novelista, humanista y diplomático, que honró a su patria. En esto fue afortunado. No supo decirme el edecán si bajo el monumento que visitamos reposaban los restos de tan insigne portugués. Aquel está en un pequeño parque. Es algo bello. Las figuras del poeta y su musa, que se antojan gigantescas, no descansan sobre alta columna sino en una gran y deforme piedra, nada de mármol, nada de bronce. La inscripción, rayada en la piedra está en armonía con el conjunto sencillo austero.

La obra escultórica conmueve a quien sabe de la vida del bardo que amó a su tierra —a su campaña— cuajada de viñas y pomares; el hombre a quien Mario Duarte llama “cónsul al servicio de la patria y de la humanidad”.

El monumento de Queiroz muestra a una mujer con los hombros desnudos y, por la espalda, un hombre —la figura de Eca— se los está cubriendo con un delicado velo transparente. Esto materializa el gran pensamiento de Queiroz: “Sobre los hombros de la verdad desnuda, el mando di fano de la fantasía”. Había yo quedado satisfecho, feliz, con haber visto esa obra de piedra, tan sencilla que se convertía en la verdad de la grandeza del bardo.

Del muro del Tajo se eleva un precioso monumento, perpetuando a Enrique el Navegante, seguido de una hilera de hombres de mar. La obra en forma de medio arco sobresale de la orilla del río, representando el momento en que se camina para abordar una nave, pero cuando se contempla aquello, siempre asalta a la mente el pensamiento de que Enrique, el promotor de viajes y descubrimientos, tuvo ese gran mérito de promover, pero lo menos que hacía era navegar.

Estaba de embajador en Lisboa, don José C. Valadez, el escritor sinaloense, periodista viril,

a quien había yo conocido en Mazatlán por el año de 1944, cuando asesinaron al gobernador del estado. Nos dio una recepción. Yo nunca había visto mujeres bellas de origen portugués; ni una sola conocí en el Brasil, tampoco las vi en Azores, ni en Lisboa, pero el día de la recepción referida estaba presente, ayudando a la gente de la embajada a atendernos, una verdadera belleza, esposa de uno de nuestros cancilleres, Luis Chozá, con quien había yo hecho amistad, a quien llegué a decirle: “Te felicito hermano, porque en esta tierra donde escasean los rostros bellos, tú escogiste lo que con trabajos puede encontrarse en cualquier otro lugar del mundo que sea famoso por sus mujeres bonitas”.

No hubo necesidad de tomar la palabra en Lisboa, pero ya se había hablado mucho en Azores. El almirante Reboredo, alto jefe de la Armada Portuguesa, nos dio una comida; se trataba de un hombre enterado hasta de los más mínimos detalles de nuestra política.

Como no ofreció el ágape, yo no tomé la palabra, aunque llevaba cuerda para seguir hablando de las maravillas que tenían en San Miguel de Azores. No me perdí de conocer el famoso Estoril, lugar ubicado frente a las playas del mismo nombre. Entre las mansiones que por ahí estaban, se encontraba la del heredero de la corona española, el padre de Juan Carlos, quien por la omnipotencia de Francisco Franco sería coronado. De don Juan había oído hablar cuando estuve en España haciendo el curso de tiro naval. Un español, compañero mío de estudios había estado con él en la Academia Naval de Santa María de Cádiz; se contaban anécdotas respecto a la manera de ser del príncipe, que era muy simpático y liberal; le chocaba que se le anduviese cuidando cuando salía franco. Por aquéllos tiempos era teniente de navío.

Al pasar frente a la residencia, me dijo el edecán que si yo quería visitar al príncipe, era fácil conseguirlo, pues era hombre muy sencillo,





y tratándose de un almirante mexicano, que había hecho estudios en su patria, de inmediato lo recibiría.

Pensé un rato el asunto y me decidí por no intentarlo; el momento político me lo impedía. La representación que yo llevaba no me permitía esa libertad.

Ya había tratado con un monarca durante el viaje. Cuando estuvimos en Atenas, nuestro embajador Delfín Sánchez Juárez, que tenía jurisdicción en Grecia y había hecho el viaje a bordo desde Yugoslavia, llevaba la condecoración del águila azteca para imponérselo al rey Constantino. La ceremonia no resultó solemne; después casi nadie se atrevía hablar, y el joven rey se mostraba comunicativo. Sabiendo yo que él era aficionado al deporte de vela, pensé decirle que yo era presidente del Club de Yates de Veracruz; pero lo estirado del acto me hizo desistir. Creo que el muchacho, tan sencillo, hubiese principiado a hablar sobre sus botes y las regatas que había ganado. El joven y bien parecido monarca, al poco tiempo caería de su trono, dejando el país de los dioses.

El regreso de Europa era, por supuesto, por navegación ortodrómica,<sup>1</sup> que hubo de abandonarse por los cambios de rumbo constantes hacia el sur a que obligaron las perturbaciones del tiempo. El punto de recalada, Philadelphia, debería quedar, más o menos rumbo al oeste y resultó que durante los dos últimos días de navegación, llevábamos proa al norte. La razón fue que habiendo atravesado el Atlántico en el mes de julio, que es cuando se presentan las "bajas presiones", se tuvo que ir desviando el rumbo hacia el sur, según quedó asentado, ya que se presentaron como cinco perturbaciones. Los barcos fueron zarandeados con peligro de zozobrar en caso de una descompostura. Uno de los ciclones no pudo evitarse y tuvimos que capear

un tiempo con rachas de viento de 60 metros por segundo y mar del 9. En mis años de marino, siempre navegué con la seguridad de llevar el barco hasta su lugar de destino sin el temor de que algo grave sucediera a pesar de haber soportado mares gruesas en la parte norte del Pacífico con vientos huracanados y haber capeado, en dos ocasiones, perturbaciones ciclónicas tropicales. Pero el caso de mi último mando era distinto; en esta ocasión de cruzar el Atlántico, ya los barcos habían sido reformados en cuanto a su sistema de propulsión; se les había cambiado calderas y turbinas por motores de combustión interna y con eso mejoraron en velocidad y desaparecieron las que habían sido continuas descomposturas en las turbinas y principalmente en las calderas; pero, para la modificación se habían tenido que quitar los mamparos estancos, (planchas que independizan una parte del barco de las otras, y a mayor número de estos mamparos, hay mayor estancamiento del agua).

De modo que mi temor era el de alguna descompostura por la cual el barco quedase al garete unos minutos, pues al atravesarse a la mar, había la seguridad de una inundación total, y en cada buque viajaban 200 personas, de las que un 70 por ciento eran jóvenes de 16 a 20 años.

De regreso a México, traté de expresar en el Estado Mayor, que para barcos de tonelaje como nuestros cañoneros no debería trazarse derrota en la parte norte del Atlántico en los meses de julio y agosto. Por esto entré en discusión con un diplomado que había navegado poco.

Parece que se ha tomado con prudencia el caso, como lo indica el hecho de que los guardacostas que últimamente se han adquirido de Inglaterra toman rumbo por la zona de los alisios y además se escoge esa época para la travesía.

<sup>1</sup> *Ortodrómica*: método que hace más corta la navegación.



## *En nuestro continente*

En Filadelfia se me figuró que ya estábamos en casa, me trala el recuerdo de haberla visitado en 1941, yendo como subdirector de la escuela en viaje de prácticas. Los norteamericanos siempre nos recibían con suma cordialidad. Como se hizo necesaria una reparación bastante complicada en el cañonero Potosí y había que cumplir con el itinerario, nos ofrecieron talleres; la mano de obra sería por nuestra cuenta. "Los heroicos maquinistas" de la Armada, todavía, hasta en años de la sexta década, seguían las tradiciones de sus superiores, sus maestros, los que fueron de las generaciones sufridas. Esos jóvenes maquinistas del Potosí, se echaron auestas la responsabilidad y en 78 horas —trabajando día y noche— dejaron lista la máquina sin tener que dar muchas molestias de nuestros vecinos y amigos del norte, porque casi todo el trabajo se hizo a bordo.

Cuando recalábamos a Veracruz, se nos hizo un recibimiento que nunca antes, ni después, se ha hecho. Desde que el barco se encontraba a cuatro o cinco millas del puerto, todas las lanchas del club de yates salieron a recibirlo. Embarcaciones de motor fuera de borda y balandros, rodeaban al barco insignia, dándole la bienvenida. El presidente municipal acompañado de los síndicos, pasó a bordo a presentar sus saludos. Era el resultado de su amistad que, como comandante de la zona naval, llevaba con el honesto y caballeroso alcalde que entonces tenía Veracruz, don Manuel Caldelas.

Como presidente del Club de Yates, que era yo en Veracruz, el recibimiento, mas bien parecía una cosa personal. Ahí pude meditar sobre la buena labor que con un fin desinteresado, puede llevarse a cabo, en el aspecto social. Y al respecto cabe una moraleja: "El hombre que tiene un cargo como autoridad, debe pensar que aquel ser efímero, y solamente los cretinos lo ignorarán, que son quienes, con cualquier empleo como

autoridad se comportan muy déspotas, altivos y como consecuencia son odiados".

El viaje no había terminado en Veracruz, se agregarla otro cañonero —el Guanajuato— y con los tres iríamos rumbo a Panamá para pasar al Pacífico por el canal. Los cadetes desembarcaron en Veracruz, bajo el mando de su director, un hombre caballeroso con bastantes conocimientos pero no era el tipo requerido para entrenar cadetes a bordo. Nunca se ocupó, como la mayoría de los colegas por las prácticas marinas ni por adquirir robustez física tan necesarias para soportar jornadas de instrucción en las cubiertas de los barcos.

Siempre he opinado que el director de la Escuela debe ser escogido con mucho cuidado. Debe satisfacer muchas condiciones, sobre todo, que sea como un trabajador infatigable. No debe escogérselo porque haya sido muy estudioso. Por lo regular, los que durante el tiempo de cadetes y oficiales son muy estudiosos, quietos, amantes de desempeñar comisiones en tierra, que le huyen a la vida de embarcado, no son aptos para mandar. En más de una ocasión, durante el viaje, me propase tomándome atribuciones que no me correspondían, porque veía poca actividad en la instrucción; pero me excusaba ante mi colega, el director, contralmirante Carrera, diciéndole que lo mío era pura colaboración, lo hacía como un simple instructor.

En Panamá fuimos estacionados en Rodman, base naval norteamericana. En esos días andaban alborotados los panameños, fue cuando quemaron una bandera de Estados Unidos; un vigilante yanqui había matado a un estudiante panameño, que fue a burlarse de él cuando el soldado guardaba la entrada a la base naval.

Estaba entonces —en Panamá— un embajador mexicano que había sido militar; nos había invitado a ver al presidente, en compañía del grupo de guardiamarinas —eran como 20 recién recibidos—. Como estábamos atentos a los



camiones de la base naval, y se nos hablan ofrecido para el traslado al palacio nacional, que distaba algunos kilómetros, al no ver que apareciera el autobús, traté de comunicarme con dicho embajador, sin conseguir la comunicación. No comprendíamos qué pudiera estar sucediendo.

Cuando ya obscurecía —tres horas después de la que se había previsto para la cita— me habló el embajador. Me reclamaba porque no nos habíamos presentado. Le expuse que no habíamos tenido medio de transporte. Se aclaró que los jefes de la base habían saboteado la visita.

El segundo comandante de la base fue al barco para darnos mil disculpas; una fue la de que temieron que los panameños apedrearán o disparasen sobre el camión creyendo que se transportaba de personal norteamericano, y fuésemos a ser víctimas de un atentado.

El embajador me dijo que el señor presidente de Panamá nos había estado esperando. Entonces le contesté: Considere usted otra entrevista y vehículos, y a como dé lugar nos presentaremos. Si usted quiere, en estos mismos momentos marcharemos y yo iré al frente. —Ya es tarde —me contestó— si es preciso, ya le avisaré. Se pidió disculpa al señor presidente.

El comandante de la base, un contralmirante enorme, que en Anápolis había sido campeón de fútbol americano, nos dio una recepción y no sabía como hacer para desagraciarnos. El caso fue que se salió con la suya, porque ya no se concertó visita con el presidente panameño. A ese contralmirante, lo volví a ver año y medio después, en Washington, estando yo como agregado naval; él llegaba para informar al Pentágono sobre algunos asuntos de la inquieta Panamá. Ya para entonces, su esposa me trataba con mucha confianza, como viejo conocido. Unos meses después, siendo yo el *dean* (presidente de la Asociación de Agregados Navales) haciendo un recorrido por las bases norteamericanas, los volví a encontrar en Panamá, ocasión primera en que

tuve que dirigir unas palabras en inglés. Dos días después de que llegásemos a Washington; los agregados asistíamos a los funerales de ese joven almirante, cuyo cadáver acababa de ser trasladado por avión, por haber sufrido un paro cardíaco. Me tocó dar el pésame a su esposa, en nombre de la Asociación. El llanto y expresiones de dolor y agradecimiento por las condolencias eran como las de una vieja amistad. En el panteón de Arlington lo enterraron, cerca de donde quedaba el sepulcro de Kennedy, la viuda me decía frases de dolor, de desesperación que me conmovieron. No parecía una mujer de raza sajona —fría, serena— sino más bien era como la gente nuestra —expresiva, daba rienda suelta a su dolor—.

Con la salida de Roadman, para pasar al Pacífico, principiaba la última etapa del largo viaje de dos meses y medio.

Quise despedirme de mis actividades marinerías, navegando en formación y haciendo movimientos tácticos. También pensé en un ejercicio de tiro, pero esto no se pudo llevar a efecto por evitar el consumo de proyectiles.

En Manzanillo me embarqué en el tren, después de entregar el mando de la flotilla al comandante más antiguo; y salí a la capital para entregar mi informe de viaje; el de prácticas lo había entregado en Veracruz.

Con la ida al Mediterráneo y el traslado de cañoneros al Pacífico, me despedía yo de la mar; seguiría recreándome en las playas, y con el deporte de la vela, en mi pequeña embarcación, que era solamente para voltejear en bahía o aproches del puerto; a nuestros barcos subiría solamente para visitar a comandantes que había instruido en los viajes de prácticas, 12 o 15 años antes.

Se acercaba el fin de mi carrera; el tiempo que se restaba para llegar a la edad de retiro lo seguiría pasando en comisión donde no dormiría al arrullo de las olas. Me iría por segunda vez de



agregado naval, no por gestiones más, ni obediendo a un "rol" de comisiones, sino por especial orden superior. Conocería bien la bonita ciudad de Washington, en la que por dos ocasiones había estado unas cuantas horas, en 1941, cuando mi querido ex-compañero el gran Raymundo Cuervo me llevara por la noche a recorrer esa parte de la ciudad que ningún visitante deja de admirar.

### *Agregado naval en Washington*

En la actual capital de mundo desempeñé la última comisión de mi carrera, como agregado naval. Hubiera querido haber llegado a más, pero eso de alcanzar algo que uno ve como cosa muy grande, muy interesante, raras veces se logra por méritos. Suelen subir muy alto los menos indicados, un anodino o a algún torpe muy activo que es la clase de sujeto más peligroso. Yo tenía ilusión pero, a la vez, también una gran falta de seguridad en mí mismo, por mi carácter de no saber pedir nada en un momento dado; por mostrar inconformidad en todo cuanto está mal hecho y ante cualquier gente. Mi actitud tocaba de imprudencia, y en esta vida, para llegar a ser una figura de representación, antes que otra cosa, hay que ser muy cauto, hay que andarse con prudencia. Claro que esto es la generalidad, puesto que mucha gente cabal, sin tacha, llega por sus méritos a figurar en primeros lugares, pero éstas son las raras excepciones de la regla.

De manera que con el cambio de gobierno, y con poco más de siete años en Veracruz, era seguro el relevo. ¿A dónde iría? Menos mal que fue para Washington como agregado naval. Desde el momento en que tomaron los puestos de presidente de la República, el licenciado Díaz Ordaz, y de secretario de Marina, el personaje multicitado, el almirante Antonio Vázquez del Mercado, comenzaron los movimientos de jefes y se principió a aumentar el número de agregadurías

navales, que siempre habían sido uno o dos y cuando mucho tres.

Se nos envió de attachés a los vicealmirantes más antiguos que estábamos próximos al retiro. El ministro escogió a sus inmediatos colaboradores, de acuerdo con su manera de proceder, con su visión, siempre calculadora; gobernaría en la Secretaría de acuerdo con sus métodos. Tenía capacidad para estar al tanto de los más mínimos detalles. El subsecretario murió al poco tiempo, y lo sustituyó por otro que nunca había sido su amigo pero incapaz de decirle: "En esto estás mal". A otro algo jefe lo destituyó de la comandancia de la Armada a los pocos meses, y puso en su lugar a mi amigo Altamirano, que nunca antes fuera su amigo ni colaborador.

Pero ya todo cuando sucediera en la Secretaría era para mí el último episodio de mi vida en la Armada. Había indicios de mejoramiento en el instituto armado; el señor presidente tomaba muy en cuenta a nuestro secretario, no en el plan de amigote sino para firmar todos sus proyectos. Brillaba nuevamente nuestro horizonte, sentiría yo que no me tocasen los días de la abundancia, que no tuviese un puesto en primera fila para desarrollar mi docena de proyectos, que tenía en mente, que para ellos había dinero.

Principiaba el año 1965. En Estados Unidos escandalizaba El Poder Negro. Estaba fresco el asesinato de Kennedy. Fueron esos días, cuando se puso en revolución Santo Domingo, y el coronel Camaño tenía en jaque la paz de la isla. Pero los norteamericanos la invadieron. Nos reuníamos dos o tres veces por semana los miembros de la Junta Interamericana de Defensa. En capítulo anterior he hecho referencia a que Chile, Uruguay y México, fueron los tres países que no aceptaron de inmediato la invasión, quedándose firme México, en esa actitud hasta el final. Se trataba de justificar a posteriori la intervención de un ejército compuesto por soldados de todas las naciones de América.



Por esos días nuestra Secretaría trató de comprar unos cañones y un dique flotante, localizado en Kentucky.

Yo trataba estos asuntos con el contralmirante Weatherwax, muy amigo de nosotros, que hablaba un poco de español, y tenía a su cargo el Departamento de Asistencia Recíproca entre Estados Unidos y México.

A pesar de la amistad con ese alto jefe, cuando hablé de los cañones se me dio, como precio, una cantidad estratosférica —algo así como 600 mil dólares por pieza—, y había que darles una reactivada, que se llevaba otra buena suma de moneda norteamericana. Del dique, ni hablar, no había dique para nosotros.

Cuando nuestro ministro, por teléfono, asombrado de los precios me decía: “¡Qué bárbaro!.. eso es carísimo, imposible de adquirir!, yo pensaba que nada deberíamos pedir si ostentábamos una actitud de dignidad en la junta interamericana, y si a todo decíamos que “no”, lo único que podíamos esperar era que se nos siguiera negando cuanto solicitáramos. Seguía yo con mis reflexiones: “Somos dignos —no cabe duda— y como los norteamericanos nos regalan mientras seamos sumisos, no debemos estar solicitando cañones, aviones y diques a precios de regalo”.

A este asunto que es interesantísimo deben prestar mucha atención tanto los mandatarios como el pueblo, ignorante de la misión de la fuerza naval.

Las cosas cambiaron después de que estuve en Washington. Nos han dado a precios simbólicos unidades muy útiles: un precioso destructor como es el Comodoro Azueta que nos costó 80 mil dólares —de a \$12.50—; solamente un radar lo vale.

Pero durante el gobierno de don Luis Echeverría, ya se han hecho compras de material en Inglaterra. De todas maneras, seguimos adquiriendo barcos por parte de Estados Unidos —regalados— y se compra a los constructores in-

gleses, unos barquitos que considero le salen a la nación sumamente caros. Estos se podrían hacer en México en talleres de la Armada, sin tantos aparatos electrónicos. Y con perdón de mis lectores pongo mi disco diciendo que en nuestro arsenal y en nuestros varaderos de la Armada podríamos armar lanchas guardacostas, que darían el mismo servicio que prestan las traídas de Inglaterra. Las nuestras saldrían a precio ínfimo pero no construidas en esos astilleros que desde su inauguración, a la vez que son “fuente de trabajo”, lo son de enriquecimiento de tipos enchufados en el gobierno. Además sirven de campo de acción a líderes obreristas solapadores de hoigazanes.

Pero estamos llenos de técnicos, de ingenieros navales, y mecánicos navales, y una inmensa burocracia, que intervienen en la construcción de un barco, con la mano de obra de unos trabajadores civiles sindicalizados que no mueven una mano si el capataz no se los ordena; y todo eso redundando en el encarecimiento de cuanto salta de los citados astilleros. Efectivamente estos son semioficiales y, como toda empresa paraestatal, una rémora.

Por eso, tratándose de la Armada, necesario es darle la luz verde para que con su personal militarizado e instalaciones trabaje, como trabajó en otra época y obtendremos nuestra flota militar barata, donde cada tornillo represente su valor real y que no contribuya a enriquecer a los potentados de la política de quienes no deberían hacerse incondicionales de los altos jefes ni los rastreros que se les pegan como servidores que cobijados a un buen árbol, con mucha visión llegan a convertirse en *factoctum* de la cosa marítima. Así suben a lo más alto de las jerarquías y cuando su patrón llega a estar en primera fila, en vez de jalarle el saco cuando va a cometer un destrozo, por lo contrario; se hacen cómplices de su patrón y lo llegan a hacer creer que está acertado en sus intervenciones.



Los consejeros de uniforme, tanto de nuestros secretarios como de los presidentes, no deben llevar su influencia hasta llegar a una operación de compra de lanchas guardacostas inadecuadas, excesivamente caras. Además: la nación no debe estar estirando la mano a Estados Unidos como limosneros con garrote. Debemos ser más dignos, para poder gritar. Entonces sí: Con qué gusto nuestro presidente podría poner su cara enfurecida que reflejase todos los agravios que hemos recibido de nuestros primos del norte; cara como la que uno de nuestros presidentes puso cuando el norteamericano estaba sonriente, amigable, casi amoroso (Ford hubiese querido, en esos momentos, devolvernos Texas, Nuevo México y California). Si somos solventes por hacer las cosas como deben hacerse, podremos dejar de estirar la mano para obtener material de guerra a precio simbólico. Nuestra mala administración no es por falta de capacidad, sino porque todo se vuelve ilícito. Cuando al son de las fanfarrias se anunciaba un paso hacia adelante en la gigantesca industria de la construcción naval, mancomunadamente con los norteamericanos; en AVSA (Astilleros Unidos S. A.), estábamos tan escépticos que no creíamos que tanta belleza fuera verdad, y lo confirmamos al ver —cuando nacía la empresa— señores (mexicanos, metidos en negocios), pero que no habían metido un solo centavo, se mostraba como derechohabiente en la empresa, y era acreedor de la misma. El Gallego, amigo veracruzano, me decía, que en su puesto de la Secretaría, tenía un sueldo, pero su principal entrada era la que sacaba de astilleros por “quién sabe qué gracia” y, así solamente por honorarios, la naciente empresa tenía una enorme derrama. Ingenieros, empleados, secretarias, por partida doble; los que ponían los norteamericanos con sueldos en dólares y la otra parte con pesos mexicanos. Así se comenzó a trabajar con números rojos. Llegó un momento en que aquéllos optaron por sepa-

rarse. Un gerente nuevo, experimentado ejecutivo, no pudo meter orden donde el mismo presidente de la República impuso de director general a un consuegro que era un gran conocedor de los negocios pero en el ramo de telas, broches de presión y brocados, y por esta falta de toda ética, Astilleros de Veracruz fue en forma precipitada al caos.

Por estas sinrazones —insistiré una y otra vez— nuestra necesarísima flota deber armarse en astilleros exclusivos de la Armada de México y el ministro de Marina que no pugne por eso con la renuncia en la mano, será un pobre menguado.

Darle luz verde a la Armada quiere decir: no solamente aumentarle presupuesto y comprarle material flotante, sino también dejarla en libertad de organizarse en la mejor forma en que pueda hacerlo. Y es absolutamente cierto que una de las deficiencias que obstruyen el rendimiento de un taller es tener gente militarizada trabajando con sindicalizados que no trabajen a destajo. Ese sistema de organización obrera, el sindicalismo, es magnífico para evitar los abusos de un patrón, pero a menos de tratarse de un país totalitario el obrero civil y el uniformado no pueden trabajar codo con codo. Y los jefes de la Armada, que se encuentren en el activo y tengan que ver con el asunto como directores de esos establecimientos híbridos, deberían renunciar. De lo contrario, están colaborando con el gran desorden nacional.

Me pasé dos años allá en esa bella ciudad capital —1965 y 1966— cuando un 60 por ciento de los habitantes era de raza negra. El barrio por donde quedaba nuestra embajada —la Avenida 16, una bella arteria— estaba invadida por gente de color, así como las calles que desembocaban a la misma. Antiguas, bellísimas residencias de ese rumbo, estaban alquiladas a embajadas, ya que la gente de raza blanca había salido a vivir a los nuevos fraccionamientos que estaban alrededor del distrito de Columbia, dentro de los estados de Maryland y Virginia.



Las muchachas, secretarias y cancilleres de la embajada, estaban temerosas de que las raptaran para violarlas; cuando no podían contar con su automóvil había que irías a dejar después del trabajo.

Por el rumbo se encontraba la Academia donde iba yo a recibir mi clase intensiva de inglés; a la secretaria del plantel, la asaltaron cuatro muchachos negros y abusaron de ella. Desde entonces llevé a mi profesora a su casa después de la clase. Era ésta, una judía, por cierto muy fea y sofisticada, casi cómica. Cuando me hablaba del caso de la joven violada le decía yo: Cállese, a lo mejor a ella le gustó el percance pues hoy la vi muy sonriente en la oficina ¿por qué usted no prueba esa aventurita?. Como ya habíamos tomado confianza, soportaba la guaza pero me decía que todos los hombres —blancos y negros— teníamos los mismos instintos salvajes.

Nuestra embajada era una vieja mansión; la parte donde se encontraban las oficinas del embajador y la residencia, era algo muy particular —un gran salón con murales de pintores mexicanos—, pero la cancelería era un tugurio asqueroso. Pedí una "orden de pago" y se me concedió un presupuesto de un 1500 dólares para arreglar nuestra oficina de la agregaduría naval. Mobiliario nuevo, alfombra, cortinas, pintura en muros y un cuadro representando la Batalla de Trafalgar, cambiaron el aspecto de mi oficina.

No me sentía muy a mi gusto en ese medio, ya que el ambiente diplomático, de constantes sonrisas y conversaciones banales, recepciones y cumplimientos, no cuadraban con mi carácter; pero procuré hacer todo lo posible por cumplir debidamente; implanté las recepciones en el Día de la Marina, escogiendo las de precio más alto por el ambigú. Había desde mil dólares hasta 4 mil, para 300 personas; ordené esta última. Alguien me fue a ver con cara de extrañeza; nunca se había dado una recepción de ese postín. Les dije a mis subalternos: si fuésemos verdadera-

mente íntegros, daríamos una recepción cada mes, ya que lo cobrado por ustedes y por mí, como gastos de representación, suma más o menos esa cantidad que ahora vamos a gastar.

El mexicano, cualquiera que sea su puesto, dentro del país o en el extranjero, lo que cobra como gastos de representación íntegro se lo echa al bolsillo. En esto deberíamos imitar a estos señores norteamericanos, que en México pude observarlos; andaban los *attaches* de Estados Unidos buscando agasajos como banquetes, invitaciones a los toros y otros espectáculos para salir del dinero que su gobierno les asignaba como gastos de representación. Les quemaba las manos lo que les iba sobrando.

Al día siguiente de la primera recepción que ofrecimos, me fueron a dar las gracias los funcionarios de nuestra embajada (no el embajador) todos esos señores que tiene títulos muy sonantes como agregado comercial cultural, como cónsul general y cancilleres; me dijeron que la recepción había estado ¡espléndida! Entonces pregunté, si mis antecesores no se habían comportado igual, y supe que no.

Por eso se oye comentar que fulano dejó mucho dinero al morir y perengano tiene tres automóviles y residencia en Polanco (tal parece que los uniformados queremos andar a la par con esos universitarios que nos han dado cátedra de deshonestidad).

Ha habido agregados que se han pasado uno y hasta dos periodos de gobierno en el extranjero. Si en tan largo lapso se han comportado de manera tan corta para agasajar con recepciones y otra clase de invitaciones, a su regreso deben haber adquirido una fortuna. En cuanto al personal de la Armada, hemos tenido favorecidos en el cargo, cuatro, cinco y seis años. Y en pocos casos se ha tenido la atingencia de enviar a gente de categoría. Mucho cuidado debe tener nuestro gobierno en este aspecto, para no mandar a personas que creen cumplir protocolaria y



socialmente al recibir a sus invitados en el garage de su casa y ofrecer tacos y mole Doña María. Debe observar el reglamento de agregados militares y navales. Las inspecciones deben hacer llegar su acción fiscalizadora a todas nuestras embajadas. Puedo decir que jamás se ha hecho una visita a embajadas por una comisión inspectora para investigar la actuación de sus representantes que muchos solamente van a enriquecerse y a desprestigiar a la nación.

### *Corto viaje a México*

En 1966 hice viaje oficial a México, con motivo de las fiestas patrias; aproveché para pasar a Veracruz por un día con el fin de visitar la colonia de la Armada. Me encontré con que el kiosco había sido un sueño mío, habían desaparecido los improvisados talleres, el pozo estaba asolvado y los prados secos. Nada de nuevas construcciones. Habían triplicado las rentas. Oí algo respecto a calumnias en mi contra, que lejos de causarme indignación me dieron tristeza, pues se manifestaba en ello la miseria humana. El cemento, amablemente obsequiado por el gobernador para hacer el kiosco, había desaparecido. Pero en cambio, en una revista que editaba Marina, se publicaba lo de la colonia como logros de una dirección recientemente creada llamada "Seguridad Social". Todas las casas aparecían en dicha revista, como una creación de dicho nuevo departamento; las fotos habían sido tomadas de mis informes mensuales. Quien me sustituyó, un compañero a quien yo había apreciado mucho, se llevó al personal de obreros para hacer guardias militares abandonando la obra. Este sujeto tomó actitudes desconcertantes de anticomunista: su obsesión era que los comunistas asaltarían sus dominios. ¿Cómo podría abrigarse la esperanza de que se siguiera la obra de una colonia, con un obsesionado, a quien la gente le parecía poca para cuidar los recintos bajo su jurisdicción

y su casa? El tipo iba para loco. No se volvió a pegar un tabique, pero las rentas corrían borrasca. Con el tiempo, cuando estuve de regreso (viviendo en situación de retiro), ante la amenaza de unos vecinos proletarios de la colonia, interesados en quedarse con los lotes y una manzana completa que se encontraban baldeos, decidí ver al ministro y le previne del riesgo eminente que en Veracruz representaba un predio sin construir, de cualquier superficie que fuese. Le dije que un grupo de "paracaidistas" estaba listo para invadir dichos terrenos. A la vez solicité reanudar mi trabajo, como se había hecho antes. Cuando cambió el régimen en 1970 el nuevo ministro me oía de buena gana, pero había que seguir los malditos trámites burocráticos y tener que vérselas con el "eficientísimo INFONAVIT, con el Banco del Ejército y Armada, con una cadena de trámites estorbosa. Había que entrar a concursar junto con los ya identificados y amafiados, o sea que, aquel procedimiento adoptado con tino y puesto en práctica años antes; ya no era posible en 1971. Una vez que intereses poderosos entran en juego y la maquinaria burocrática se "hace una" con los bienes parados en oficinas, como oficialías mayores y con las empresas que se prestan a cualquier procedimiento —"chueco" o "derecho"— que lleve a un fin, el de repartirse equitativamente los dineros que dejan los infladísimos costos, entonces nadie que quiera hacer algo de buena fe, algo en verdadero beneficio colectivo, puede lograr la menor cosa. Nada se pudo hacer, y mi amigo el ministro, almirante Bravo, no pudo ayudar a que se reanudaran los trabajos, como se había hecho en recientes años anteriores.

La suma de metros cuadrados de los terrenos que habían quedado baldíos, era como de dos millares. Había pensado construcciones con dos casas, en sentido vertical y en la manzana mencionada, en tres plantas, de manera que salían como 50 viviendas más. La colonia quedaría con más de cien, aparte de su parque con su





tantas veces mencionado kiosco. De todo esto había dejado planos al ministro que tomó posesión en diciembre de 1964; pero desde que entregué mis carpetas, con muchas proposiciones, aparte de lo concerniente a la colonia, me imaginé que todo iría a dar al cesto de los papeles.

Pero seguir avanzando en la colonia de acuerdo con mis planes eran solamente ilusiones más, cuando años después siguieron las obras para aprovechar los terrenos baldíos, el gobierno se valió de una de sus dependencias destinadas a la construcción de viviendas. No aprovecharon hacer las construcciones de dos y tres pisos, y con esto resultaron en número muy inferior al que se tenía en el proyecto original. Pregunté a un miembro de la Armada encargado de una mesa de las muchas oficinas por donde se tramitan estas cosas, sobre el precio de esas casuchas que estaban levantando y me enteré que estaban sobre los \$120,000. Por esos días, principiaba a construir por mi cuenta, negocio que duraría cinco años; y sacando costos calculé que esa cantidad de 120 mil podía haber sido de una cuarta parte. Pero ¡claro! una de esas casitas tenía que dejar algo para el arquitecto, para el ingeniero, para el de la concesión, para el jefe de un departamento administrativo, para los vendedores de materiales que fían al gobierno, pero pasan unas facturas que espantan, porque llevan cargado lo que se da al mordelón que las hace efectivas. En fin, una casita da para muchas gentes desde los que viven en humildes chozas (los pobres albañiles) hasta los que su parte la gastan en los restaurantes de la Zona Rosa. Unos, los que verdaderamente lo ganan con su sudor; otros, fácilmente, desde su lujosa oficina de constructores "bien parados" con el gobierno y, finalmente, los que llevan la mejor tajada; los que hicieron la carrera fácil de burócrata inmoral que inflando precios en oficialías mayores o de compras o simplemente como gestores, constituyen ese maldito sector de la sociedad que va constituyéndose en un nuevo "poder".

Considero que si hay muchos contratistas amigos de gente encumbrada, si hay muchos ingenieros y arquitectos a quienes con título o sin él, es necesario protegerlos; si hay muchos gallegos y judíos vendedores de materiales, con influencia —que se hablan de tú con los personajes más importantes del gobierno—; está bien que para esa gente se reserven los grandes edificios, los grandes puentes, las grandes presas; pero habiendo una institución que tenga gente competente para construir su propia morada y la de sus compañeros; deben hacerse a un lado a todos esos pulpos que se quedan con las tres cuartas partes de lo presupuestado; deben también hacerse a un lado las instituciones estorbosas que en los últimos años se han creado como INVI, INDECO, INFONAVIT y demás, dejando que se trabaje como se trabajó, entre 1958 y 1964 en Veracruz, que es como lo quiere hacer Fidel Velázquez con sus obreros; como seguramente lo logrará y cuando esto sea, yo le iré a ofrecer mis servicios gratuitamente, aportando toda mi experiencia.

Mi amigo el ministro de Marina (1975) Luis Bravo, estoy seguro de que hubiese obrado de manera que las cosas tomaran el camino de la economía y la honestidad; pero parece que una de las modalidades más notorias de nuestro sistema, es el de que hasta para hacer, o comprar, un escritorio, el asunto debe sujetarse a estudio y aprobación de muchas dependencias, que son tentáculos del inmenso molusco cefalópodo, controlador, que se llama "Secretaría de la Presidencia", y claro, lo que no está dentro de los cánones establecidos, lo que un "loco iluso" pretende hacer con procedimientos que eliminan a tantos intermediarios, en beneficio de la nación, es cosa desechada de antemano; el autor de un proyecto que no se sujete a los numerosísimos e inútiles procedimientos que la poderosísima burocracia politizada impone, en un tipo loco, un lírico, un soñador.



Andaba yo de mesa en mesa, en los departamentos que tenían injerencia en el asunto de casas; y me daba cuenta, cada vez con mayor claridad, de que mi "disco" tocaba una rara sinfonía y ya estaba muy rayado, hasta que me convencí de que; el "poder", sin estorbos del secretario de Marina, Gómez Maqueo, la voluntad de ayudar del oficial mayor, Rigoberto Otal y la del señor Camacho, alto empleado de Hacienda (cosa rara) para hacer una transferencia, fueron los principales factores que hicieron posible llevar a cabo algo que después sería imposible.

### *Dean de la Asociación de Agregados Navales*

Cuando llegué a Washington, podía entender el inglés que hablaban los hispanoamericanos y los europeos, pero no así cuando se trataba de los norteamericanos. Hablaba poco, solamente lo que la mayoría de oficiales de nuestra Armada saben, por lo que se estudia en la Escuela Naval, y las permanencias, en diferentes ocasiones en puertos de Estados Unidos. Como deseaba poder entender todo y hablar con facilidad principié por tomar una hora de clase diaria en la Academia Berlitz. Pero un día, el contralmirante Acosta (chileno) me dijo: "Prepárate porque tú vas a ser el siguiente *dean* (presidente de la Asociación de Agregados Navales)". "¡Cómo va a ser eso!", exclamé. "Sí" me contestó, en agosto se va Pratch y Geovanini antes. El primero, francés, era el dean, con el grado de vicealmirante, y seguía el brasileño Geovanini. Yo era el tercero en la jerarquía. Era cosa de la que no me había ocupado, ver cuánto tiempo llevaban esos señores en Washington, ni lo que duraría su permanencia. Esto sucedía en el mes de abril, de manera que hice mis cuentas, tenía cuatro meses para ponerme bien en el inglés. Entonces cambié de escuela, y fui a dar con la profesora judía a quien antes he mencionado.

De pronto me pusieron en un grupo de cursos intensivos. Al solicitar tomar solo la clase, el director me dijo que me saldría muy caro porque así debería pagar lo que le costaba al grupo de ocho alumnos. No importa —le contesté— lo interesante es que me prepare. Entonces me puse a estudiar cuatro horas diarias, por la mañana con mi profesora judía; y en las noches lo hacía por otras cuatro, oyendo los discos con grabaciones de la National School.

Antes he asentado que la profesora era feíta y algo vieja, de manera que no me distraía yo por contemplar en ella algún encanto, y esto era una ventaja, además de que hablaba un inglés perfecto. Le supliqué me permitiese opinar respecto a que estudiásemos los modismos (*idioms*), pues me parecía era un método eficaz para adelantar, y en realidad, noté el progreso en mi aprendizaje; cosa que con los profesores de la Berlitz nunca hubiese logrado.

Llegado el día en que tomaba la presidencia, ya me sabía de memoria mi alocución, que de manera obligada debía dirigir a los miembros de la Asociación. Entre agregados y ayudantes pasábamos de 120, de los que más de la mitad hablaban bien el inglés. Había escrito cuatro páginas a doble renglón. Hice un esfuerzo para prepararlo sin ayuda del secretario ni de mi ayudante, quien hablaba el idioma como un norteamericano. Después se los pasé para que le hicieran las correcciones pertinentes, que no fueron muchas, y por último se lo presenté a mi profesora, quien se esmeró en poner las expresiones más apropiadas. Al volver a mostrar a los primeros correctores las observaciones de aquella, quedaron conformes, pero me advirtieron que —en la calle, en las oficinas, o en cualquier otra parte—, no se hablaba ese inglés tan refinado. Entonces, dejé el asunto como ellos me aconsejaron.

Como duré casi una semana repasando el discurso, me di el lujo de extractar, en una tarjeta, los puntos principales del tema; para no tener



que leer. De memoria sabía lo que había escrito. El haberme expresado con naturalidad fue una sorpresa para quienes poco tiempo antes me habían visto hablar con dificultad.

Los viajes de agregados navales en Estados Unidos, son de un gran interés; porque se visitan las principales bases, como es la de submarinos en Hawai. Los norteamericanos se muestran cordiales y abiertos tanto con los hispanoamericanos como con los europeos, asiáticos y africanos; tienen abiertas sus escuelas para recibir estudiantes de cualquier especialidad. Lo que es reserva se lo saben guardar, y a una pregunta sobre algo que no tratan en sus conferencias, y que el huésped interroga, contestan en forma categórica: "Sobre eso no puedo decir nada". (Me sucedió en Cabo Kennedy, cuando pregunté sobre el material que en la cápsula de la nave espacial tiene la parte cóncava y transparente).

De la impresión de que se empeñan en mostrar su poderío pero no dejan de dar a entender que su mira es la paz mundial.

En 1966 tuvo lugar la visita de Lindon Johnson a México. Pocos días después estuvieron por allá comisiones de representantes de ambas cámaras, la de Estados Unidos y México que periódicamente se reúnen. Nuestro embajador, don Hugo B. Margain, comentaba con unos diputados mexicanos la acogida calurosa que se dio al presidente de Estados Unidos en la capital mexicana, al que, por supuesto, lo acompañó en su viaje. Entre los diputados mexicanos que andaban en ese viaje con sus colegas norteamericanos, se encontraban los licenciados Arturo Llorente y Alejandro Carrillo.

Confieso que el licenciado Margain por quien sentí yo admiración me desilusionó. Yo estaba muy extrañado, pensando que no podía esperarse del pueblo mexicano, una reacción espontánea de simpatía hacia el citado presidente.

Johnson no tenía nada de simpático, menos de popular. ¿De dónde le venía al populacho mexicano tal simpatía?

Hacia poco habían asesinado a Kennedy, que tanto fue sentido, no nada más en Estados Unidos. Siendo nuestro pueblo de gran sensibilidad, la pareja que aquél hacía con su Jaqueline, había movido ese sentimiento un tanto romántico que caracteriza al mexicano, sobre todo a las mujeres; no pocas lloraron al desaparecido. La forma en que fue asesinado conmovió profundamente a los mexicanos, quienes de inmediato principiaron a oír, que los grandes millonarios de Texas lo habían mandado matar. Se supo, por folletos que corrieron de mano en mano, de la terrible conspiración y hasta unos estudiantes en Nueva York, representaban comedias o sainetes, o como pueda llamarsele, donde las figuras de Johnson y familia eran personajes en acción y todo en derredor del asesinato.

Pero ya fuera que Johnson hubiese tenido o no conocimiento de la conspiración, de cualquier manera gozaba de simpatía para que nuestro pueblo repitiese con entusiasmo la manifestación espontánea y cariñosa que había brindado a su carismático antecesor.

El recibimiento a Johnson fue forzado, pero eso ya lo sabemos; hubo el consabido acarreo de gente de los sindicatos, trabajadores, burócratas y campesinos; seguramente fue preparada la conmovedora escena de una humilde anciana que rompiendo la valla se echó a los brazos del texano encumbrado.

Toda esa farsa la conocemos bien, sabemos que se hace necesaria, ya sea como demostración de apoyo a un candidato, tratándose de la política nacional, o para recibir a un Johnson o a un Nixon. En todos los casos, se llenan de gente las calles; a los burócratas les sale bien el asunto porque es como un paseo; los obreros, de todas maneras reciben su salario los niños de la Escuela lo toman a chungu, porque de todo hacen relajo. En muchos casos esa masa siente atracción por



el personaje, y de todas maneras acudiría si su asistencia quedase a su voluntad; como fue el caso de la reina de Inglaterra o del mariscal Tito; pero no creo que haya alguien en la República a quien le importase un comino el texano Johnson.

Por eso, cuando don Hugo B. Margain comentaba sobre el asunto de manera entusiasta, y lo tomaba como "una demostración del respaldo que el pueblo daba a su presidente", sentí mal esas expresiones, de un hombre tan apreciado por mí —tan estimado por todos conceptos— y yo mismo me repetía: "respaldo del pueblo a su presidente". Preguntándome después: "¿será tan arrastrado nuestro pueblo de respaldar siempre a su presidente, aunque lo que haga sea reprochable?" don Gustavo Díaz Ordaz, presidente de México en esos días, podría tener cualidades, pero no era querido por el pueblo, no era simpático. Entonces "¿cómo podía tomarse ese loco entusiasmo al paso de Johnson por las calles, solamente por apoyo al gobernante?" y seguía con mi coloquio interno: "¿el pueblo mexicano es hipócrita?"; y ahora me sigo preguntando: "¿esas manifestaciones entusiastas a los candidatos del engaño o el temor a la cláusula de exclusión?". Porque lo del recibimiento del presidente de Estados Unidos fue algo verdaderamente extraño, algo que nunca hubiese yo esperado. El recibimiento a Nixon fue algo distinto; no se habló del desbordamiento de entusiasmo, y además, era un tipo agradable; había perdido las elecciones cuando triunfó Kennedy y en cuanto a esto; en ninguna fotografía que muestre a los dos personajes, se nota el menor gesto de desagrado del uno, dirigiendo su mirada hiriente al otro. Esta observación que para alguien pudiera parecer fuera de sensatez, a mí me dice mucho. Yo me puse a ver un álbum que contiene una colección de fotografías de Kennedy en diversas actitudes, la mayoría hablando a su pueblo desde la tribuna y en las que a espaldas, o a un lado, aparece Johnson: éste, invaria-

blemente, dirige al candidato, o al ya presidente de Estados Unidos, una mirada fulminante.

¿Todas estas cosas, estas coincidencias de sucesos, no dicen nada a los norteamericanos?, ¿nada dicen al mundo? A mí sí, y mucho. Pero de esto, al tiempo y a los historiadores del país vecino corresponderá aclarar, aunque es seguro que al asesinato de Kennedy le darán tanta importancia como al de Carranza y al de Obregón en México; tampoco se llegará a aclarar cuál fue el cerebro director de la felonía. Esos crímenes se preparan bien, en la sombra, luego oficialmente se tapan por muchos años, y más hoy en que la ciencia se pone al servicio de los asesinos.

La vida en la capital de Estados Unidos, era para mí, como para todos los agregados navales hispanoamericanos, "una vida regalada", ya que los emolumentos eran muy superiores a lo que recibían los europeos. ¿A qué se debía esa diferencia? Los países de la América Hispana se encuentran, en su economía, tan bien (!) que se permiten darles a sus agregados vida de reyes, en tanto que Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y otros poderosos los tienen recortados. Nuestro sueldo —de los mexicanos— era como para desear muchos años en esas condiciones, que permitían una vida de burgués, sin descuidarse de cumplir con los compromisos sociales que imponía el cargo, compromisos a los que la gran mayoría no atienden, pues en este edén mexicano desde que el muchacho comienza a darse cuenta de lo bueno y lo malo oye hablar de la deshonestidad; pero no tanto en forma de reproche hacia el deshonesto sino como conquista de los más listos. Son lecciones que bien se aprenden y por eso vemos que, tanto civiles como militares a quienes se designan cantidades en metálico para gastos de representación, se embolsan hasta el último centavo, menguando —con esto— notoriamente, el lucimiento de las recepciones o cualquier otra clase de festejo que deben ofrecer en nombre de nación o gobierno



que representan. Me tocó ir a dos funciones de ópera, en las que actuaron cantantes del Metropolitan de Nueva York, y a otras consideradas como los mejores espectáculos, que en nuestro país solamente es cosa reservada a los acaudalados y a los rastacueros.

Cuando la comisión, se quedó principiando un trabajo que yo consideraba de importancia. Se trataba de una traducción muy interesante de oceanografía. El trabajo lo dividí en tres partes; tomé los primeros capítulos a mi cargo y en mucho mayor proporción a mi ayudante, Horacio Fourzán, de quien ya he asentado algo sobre su amplio conocimiento del inglés. La tercera parte al secretario de la agregaduría, que tenía como 30 años en la embajada. Pedí autorización a la editorial que era del gobierno de Estados Unidos, y no solamente autorizaron la petición, sino que pidieron comprar un determinado número de volúmenes.

El trabajo no se terminó nunca. Con mi salida, todo quedó suspendido. Repito lo asentado en el capítulo anterior respecto a que en nuestro medio, raras veces se continúa lo que otro emprende. No había negligencia por parte de mis colaboradores, pero una vez que dejé el cargo, quedaron sujetos a la manera de pensar de otro —uno de tantos que me siguieron en el cargo—, y como los puestos son ocupados tanto por gente de criterio como por cretinos, seguramente una disposición como esa de “cartucheras al cañón”, hizo que no se contribuyese a nuestra cultura profesional.

Como de esto se había platicado al capitán Heimark, cuando en ocasión de haber estado de visita en su casa me preguntó si acabaríamos con la traducción antes de mi regreso a México y le contesté: “Es imposible porque falta poco para que me releven y no sé quien será el sustituto. Si llega algún señor entonces si se continuará, pero en caso de que venga un barbaján seguramente no habrá traducción”.

Con estas cosas nos exhibimos como poco serios ante nuestros vecinos, tan formales y emprendedores para cualquier trabajo. De pronto confié en que quien me relevó continuaría con el mismo entusiasmo con que yo lo había principiado, pero desafortunadamente ese jefe falleció al poco tiempo de tomar el cargo, y el sustituto era un tipo disolvente.

Se me hizo una despedida muy cordial, una comida en el restaurante mas lujoso de Georgetown. El convite fue organizado por el almirante Ery, que siendo sucesor de Weadernwax, ocupaba el puesto de jefe del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca), Ery era una bella persona, no de los que como cortesía se expresaban bien de lo nuestro, sino que era un verdadero admirador de México. Hablaba bien el castellano, era de familia rica, tenía su yate y sus vacaciones las pasaba viviendo a bordo del velero. Como por ese lado del bello deporte coincidíamos, nos llegamos a tomar gran estimación.

Poco antes de llegar al término de mi comisión, había entrado Ery a la Junta Interamericana de Defensa, y a los pocos días de su ingreso, los miembros de dicha junta realizamos el viaje acostumbrado anualmente, por algunos lugares de América Latina. Entonces tocó la visita a México.

Cuando llegamos a la capital se le presentó a Ery, en la sala del aeropuerto, el oficial que la Secretaría de Marina había designado como su edecán. Al ver en la placa que el oficial mexicano llevaba en el pecho, el nombre de teniente de navío Álvaro Sandoval P., supuso de quién se trataba. Como coincidencia habían nombrado a mi hijo como su edecán, lo que bastante me satisfizo.

Ery estuvo feliz en México; fuimos al estado de Guanajuato, y al ver un batallón de agraristas montados y armados, me dijo en tono de admiración: “¡Qué buena está la organización de los campesinos, cosa que no me esperaba!” Heimark ya me había dicho que para conocer bien a



México habla que visitarlo. (Heimark había sido agregado naval pocos años antes, y le gustaba todo lo nuestro). Decía que para él significaba mucho en su vida de marino, el haber estado como agregado naval en México.

## *El retiro*

Al cumplir dos años en mi comisión de agregado, el primero de febrero de 1967 causé baja para ser retirado del servicio. Se estaba aplicando esa medida muy justificada para evitar lo que se venía acostumbrando de prorrogar a fulano y sutano su permanencia en el activo con la nota mentirosa de "por necesidades del servicio". No recuerdo de alguno que no se haya quejado; unos con indignación, según ellos —los quejosos— se prescindía injustamente de sus valiosos servicios. Hasta los que siempre fueron inútiles lanzaban denuos contra la medida. Y este mal ejemplo de alegar méritos después de que la nación ha sido tan indulgente con sus malos servidores, ha resonado hasta los últimos días del periodo echeverrista en que las seudovíctimas, han ganado amparos y se han retirado con la jerarquía que ellos han querido. Y esto que nunca antes se había visto no es —como podría pensarse— actos de justicia, entre tanta injusticia en que siempre hemos vivido, sino la ineptitud de los abogados de nuestro "Departamento Jurídico" ante la audacia de otro abogado vivo o un pica-pleitos cualquiera que hace valer el relajo en que, también siempre hemos vivido.

Daba la coincidencia de que cuando cesaba en mi comisión retiraban al capitán Heimark de manera que se aprovechó la despedida para los dos.

Ery debe ser, por estos años, almirante; y no es difícil que éste a punto de tomar el mando de la Armada, ya que era de los altos jefes que tenían el mejor curriculum.

En esos últimos días de diciembre de 1966, hubo cambios en el Pentágono, y llegó el viceal-

mirante Flukey; un jefe de origen escocés, pelirrojo; se hizo cargo de una de las principales oficinas que tienen contacto directo con los agregados navales. A este almirante lo había conocido en Hawai, donde estaba como comandante de la base. Tenía la especialidad de piloto aviador. Este personaje, héroe de la guerra en el Pacífico, hizo una amistad sincera conmigo. Me obsequió unas mancuernillas y un broche de oro con las alas que usan los de su especialidad. Me dijo que tenía ilusión por conocer México. Estando yo ya en la capital, recibí una carta en que me participaba su retiro del servicio y ponía a mi disposición su nuevo domicilio. Todos estos detalles de cortesía, parece que han hecho mella en compañeros míos que han ocupado puestos de representación en el extranjero, y actualmente algo de eso se enseña a nuestros oficiales.

Muy buenos recuerdos me quedarían de Washington, que tiene bien ganada la fama de bonita ciudad. La parte sur del Distrito de Columbia, o sea, donde se encuentran el Capitolio, los monumentos a Washington y a Jefferson y el maravilloso dedicado a Lincoln. El inmenso parque, con sus espejos de agua, los edificios como el palacio de la pintura, donde en un jardín interior y cubierto (como un invernadero) se dan conciertos gratis; todo ello es algo de admirarse, y deja al visitante grata impresión. Los norteamericanos, en esa zona, han hecho un gran esfuerzo por realizar construcciones de arquitectura muy bella; éstas no tendrán el valor de reliquia histórica pero, como réplicas de los monumentos y arquitectura antigua, renacentista y neoclásica, son algo fascinante. Sus templos góticos, su hermosa catedral y lo mas bello en cuestión de templos que es la iglesia de la inmaculada Concepción con su arquitectura románica y bizantina, le dan a la ciudad un sabor exquisito, más cuando a distancia se destacan partes que presentan aspectos de bellas estampas, como sucede cuando se va arribando por el rumbo de Arlington,



en que antes de llegar al laberinto de pasos a desnivel, se contemplan los edificios de la Universidad de Georgetown. ¡Qué diferencia de Los Ángeles o del mismo Nueva York, tan monótonos que cansan la vista en vez de deleitarla!

En esta pequeña villa, o condado, o barrio de Georgetown, se encuentra un restaurante cuyos aparadores muestran fotografías de algún cantante que actuará durante la hora de la cena. No había otra cosa de adorno en dicho aparador, ni en la fachada. Las mesas y sillas eran corrientes, los cubiertos, a veces torcidos, los manteles raídos. O sea que nada había de elegancia. En el costo de la cena estaba incluido el programa de música, consistente en el canto de arias de ópera acompañadas por piano. Los precios eran como los de cualquier restaurante común y corriente y tenía uno la oportunidad de oír las más bellas arias. Se deleitaba el melómano en esta rama del arte.

Solía yo invitar a mis amistades para cenar en ese lugar tan original y lo curioso era que, para muchos norteamericanos del Pentágono resultaba una novedad. En una ocasión en que pedí a un tenor ligero que cantara la Chegelida Manina, de la ópera Bohemia, le quise dar una propina y se excusó de recibirlo. En esa ocasión, uno de los encargados me dijo que esos cantantes eran gente ambiciosa por llegar a la fama, y de ahí habían salido varios al Metropolitan de Nueva York.

Le dije a ese señor: "Me imagino que este será el único lugar en el mundo en que por el pago de una cena se oyen las mejores voces". Me dijo que, en realidad, no era un negocio productivo, y apenas se sostenía pero con orgullo con la seguridad de que era cierto lo expresado por mí, que se trataba de algo único, por lo menos en los Estados Unidos. Había diferencia entre oír, por unos cuantos dólares, las voces que probablemente se oírían en el Metropolitan, y pagar cientos de francos por ver a las encueradas

del Lido de París, o cientos de pesos por oír bramar a cantantes mediocres en cualquier salón de nuestra capital y dando buenas propinas por conseguir lugar que no fuera un rincón. Esto me dice que entre los países que he conocido, Estados Unidos es donde menos se estafa a la gente. Me han dicho que en Alemania y los países escandinavos reina también la honestidad en todo. Entonces, parece que solamente debemos temer a los llamados latinos, aunque no conocimos a los orientales y a los egipcios, que también tienen lo suyo.

La noche antes de mi salida invité a varias amistades a cenar y oír opera. Actuó una soprano de color muy hermosa, el salón estaba lleno, la hicieron repetir dos veces. Su voz no le pedía nada a la de la Callas. En verdad no exageraban al decir que eran artistas de gran categoría.

Pocas gentes conocen ese rincón de Washington; de entre los mexicanos que por allá estaban, solamente unos pocos sabían del mismo: los demás hablaban entusiasmados de los burlesques.

Debido a que mi viaje a México sería por carretera, pedí a mi hijo que solicitara licencia de una semana para que manejara el automóvil; yo no estaba para exponerme en recorrido tan largo pegado al volante. 19 años antes había hecho el viaje con él desde Otawa, Canadá; en tal ocasión me tocó echarme jornadas hasta de 18 horas.

El 7 de febrero de 1977 estábamos entrando a la capital. Principiaría yo mis actividades en el oficio de la albañilería. Me separaban del servicio "por edad límite". Como no quería irme a sentar a una poltrona, con tiempo me había preparado para no fallar en mi intento de construir casas. Había comprado un manual para personas que, sin los conocimientos de un ingeniero o arquitecto, se encontrasen en condiciones de dirigir trabajos de albañilería y, en general, los requeridos para dejar habitable una finca sencilla.



Con tanta práctica que había tenido desde que iba, como desterrado, a nuestros lugares más apartados, como Isla Margarita, el asunto se me facilitaría, pues bastante experiencia había adquirido. No me iría al café con los jubilados que se desesperan al no poder arreglar el mundo. Me aterraba la idea de perder todas las mañanas o las tardes en el café, como acostumbran los asiduos concurrentes a esos mentideros, hablando banalidades que no instruyen, ni le sirven a nadie, ni siquiera divierten. No quería formar peña con retirados de la Armada, del Ejército, de Petróleos, del Ferrocarril, y de empresas particulares. Quise estar en constante actividad. Esto lo conseguiría por cinco años; atendiendo mis construcciones y dos supervisando por parte de un banco, las que una empresa realizaba.

Llegué a México usando un lujoso automóvil oldsmobile. Siempre me había sido indiferente el asunto de "los carros", al grado de confundir las marcas. Consideraba estúpida la presunción de manejar siempre "el último modelo". Para mí era lo mismo un cadillac que un volkswagen. Pero cuando en la embajada dije que iba a adquirir vehículo, intervinieron mis ayudantes convenciéndome de que con el oldsmobile jamás tendría una descompostura. Era "una gran cosa de vehículo". No me enteré de que se trataba de una marca que no se armaba en México, y como salía tan cómoda la compra, poco más de 3 mil dólares, por el descuento a diplomáticos, por primera vez, anduve manejando "un carrazo", según decían, que la vanidad humana admira, tomando al propietario como "una gran personalidad", de hecho como un privilegiado.

En los primeros días, cuando iba por las avenidas de la capital, me preguntaban en las paradas de esquinas, desde el carro que quedaba junto al mío, sobre la marca. La línea y detalles llamaban la atención, y lo mismo se interesaban mujeres que hombres maduros, o muchachos, y hasta los chiquitines. Hice amistad, en una ga-

solinera, con una familia que llegaba a lavar su vehículo. Cuando el mío era elevado para cambio de aceite, los chiquillos jalaban al padre para decirle que viera "ese carro tan padre". Mi llegada a Veracruz se supo con el comentario sobre el automóvil que llevaba. No me había salido ni en 40 mil pesos, ya que por ley pasó sin pagar impuestos, dado que había estado como residente, con cargo diplomático.

Con todo esto, me daba cuenta de lo banal que es la generalidad de la gente; un mueble de categoría; da personalidad a quien lo posee; un mueble que por fortuna cae en manos de uno, le proporciona amigos y se recibe trato de millonario. Yo me sentía desagrado usando algo que estaba más allá de mis posibilidades económicas continuar adquiriendo en propiedad los modelos subsiguientes, que ya sin las franquicias del primero, tendría que ir haciendo, periódicamente, gastos del orden de los 300 mil pesos, tomando en cuenta los derechos aduanales.

El coche me duró seis años sin causar molestias, hasta que principió a requerir refacciones; las pedía a Estados Unidos y tardaban en llegar hasta dos meses. Cuando esto sucedía con la amenaza de alza en precio en la gasolina, di a precio de regalo el magnífico armatoste automático, con dirección hidráulica, calefacción y refrigeración, para quedarme con un modesto volkswagen.

Tenía la firme intención de permanecer indefinidamente en el puerto; pensaba que mis ocupaciones dentro del ramo de la construcción me atarían por el resto de mi vida en lugar tan acogedor. Había porvenir para los constructores, tanto los que con muchos millones fraccionaban como los poquiteros como era mi caso podíamos vender, en esos momentos, cuantas casas se levantarán. Después de lo atractivo que me eran mi carrera y los deportes marinos, tenía en segundo término la afición a cualquier clase de construcción; que no fuese un edificio de varios pisos.





Había llegado a conocer bastante —a base de preguntar, observar y estudiar un poco de resistencia de materiales— todo lo necesario para saber la profundidad de cimentación, cantidad de varilla en el concreto colocación de la misma y porcentaje de materiales para el mortero. Era el año 1967 cuando todavía se conseguían en el fraccionamiento más moderno de la ciudad, los terrenos a 140 pesos metro cuadrado. Con algo de favor por parte de mi amigo Valentín Ruiz Ortiz, que era el propietario de dicho fraccionamiento, lo conseguí a 130 pesos.

El retiro se me comunicó poco tiempo después de mi llegada a Veracruz. Mucho se comentaba en los mentideros del puerto cumbanchero, que se nos hubiese retirado cuando todavía teníamos condiciones físicas y mentales como para poder desempeñar cargos de mando en zonas navales; pero a mí me pareció buena la medida, ya que de no haber sido así, se hubiese seguido tolerando una anomalía; seguiríamos cometiendo la injusticia de llegar a octogenarios tapando el escalafón, como por mucho tiempo se acostumbró en todas las “armas” provocando con ello el éxodo de gran cantidad de oficiales que veían pocas posibilidades de ascender.

Al respecto, sobre este asunto; muchas veces he hecho el comentario de que el retiro de la Armada debería ser en el grado de capitán de navío, para los que no tienen méritos, no cumplen condiciones para ser promovidos al grado de oficial general.

Esto lo hemos visto en otras naciones —especialmente en Estados Unidos, Inglaterra y en España—, pero son países más adelantados que México en su organización castrense. En nuestro país aún reina la forma injusta de proceder, en ciertos aspectos con favoritismo. Por otra parte, se ha visto que si se deja el sistema de tomar como norma el respetar la antigüedad, se seguirá dando el caso de que si un inepto

ocupa un lugar anterior a un oficial competente, éste siempre seguirá por detrás del asno en cuanto a adoptar el sistema de selección, esto conlleva el riesgo de que la toga de la justicia pueda portarla un ignorante o un indigno.

El problema que ha sido de antaño no parece que se pueda componer porque nuestros organismos de estudio siempre han estado bajo el capricho de un individuo, que es el ministro o algún “bien parado” con gran influencia política, y por lo regular a esta clase de hombres no les interesa el instituto al que pertenecen sino su posición en medio político.

También el ejército de tierra ha padecido por esas grandes anomalías que no han podido evitar los jefes competentes que con un gran espíritu han intentado hacer de su institución un modelo de organización castrense.

El mal ha comenzado en la presidencia de la República, cuando los primeros mandatarios han ascendido a sus ayudantes, postergando a gran cantidad de jefes capaces, que han cumplido condiciones dentro del servicio. Se ha dado el caso de que un pagador principia su sexenio, al lado del señor presidente, con la jerarquía de coronel y terminara con el guila de las tres estrellas de divisionario. En seis años los tres grados más saltos: ¡Caracoles!

No obstante, las nuevas generaciones dicen tener esperanza de que llegue el momento en que se dé a cada quien lo que le corresponda sin pasar sobre los derechos de los demás. Se desea fervientemente que se practique la selección, y que los galones no se ganen en las antecámaras de los ministerios. Eso lo desean los buenos elementos del Ejército, los marinos y los aviadores. Y los señores presidentes no solamente deben prestar oídos a los uniformados que los rodean. Deben conocer el sentir de los que están en la brega y de los experimentados que encuentran en retiro y no obran bajo el impulso de conservar una chamba.



## Los presidentes Díaz Ordaz y Echeverría

En ese año del 67, cuando con sentimiento dejaba yo el servicio activo, México vivía un clima de aparente prosperidad. Nos gloriábamos de que al año siguiente nuestra capital sería la sede de las olimpiadas ¡ah!.. “la gloria” de haber conseguido tal distinción era uno de los laureles con que se coronaba el anterior presidente. Adolfo López Mateos. Gustavo Díaz Ordaz cargaba con el compromiso y apechugaba con el enorme gasto, que implicaba un evento de esa clase, propio para países “ordenados”, serios, responsables y trabajadores. El dispendio que se veía en los trabajos de infraestructura y demás preparativos para lograr la mayor eficacia en la justicia **metían miedo**, y no se creía en las razones que daban los “enterados” respecto a que los grandes gastos fuesen recuperados.

¡Caramba! decía uno cuando oíamos decir que quedaríamos con nuestra Olimpiada “mejor que Italia”, “mejor que Japón”. ¡Quién se lo iba a imaginar! Dinero no faltaba, “México era país solvente”, lo obteníamos “a pasto” de instituciones de crédito extranjeras, nuestro endeudamiento con el extranjero no nos importaba y nuestra economía iba vertiginosamente hacia abajo. No se calculaba el incremento de nuestra deuda externa creciente en razón más que aritmética; y sería casi geométrica durante la siguiente administración, que batiera el récord del despilfarro y la tolerancia criminal en el mal manejo de los dineros de la nación.

Se hablaba insistentemente sobre las olimpiadas por llegar, y a diario un jilguero de la televisión anunciaba los días que faltaban para que se inauguraran. Pero nuestro mandatario no sospechaba lo que acontecería poco antes de que tuviese la gran satisfacción de recibir a los mejores atletas del mundo. A él le reservaba el

destino una prueba tremenda; apuraría el cáliz de la amargura. No pidió a Dios, seguramente, que de sus labios lo apartase; por el contrario, “duro y severo”, afrontó la situación que, tozudo y soberbio, no trató de sortear.

Si con entereza, sin menoscabar su dignidad, podía haber evitado el tremendo conflicto, con dignidad y energía sofocó un intento de rebelión, pero sin evitar la sangre y la muerte. Y de ello no solamente a él hay que culpar, sino muy especialmente a sus más inmediatos colaboradores, que seguramente temblorosos de miedo, no se atrevieron a decirle que estaba haciendo mal por no haber querido oír, en un principio, las demandas que los estudiantes exponían para deponer su actitud de huelga.

Un pretexto fútil había provocado la huelga. Fue un zafarrancho entre pelafustanes de dos secundarias, a lo que algunos reporteros se empeñaron en hacerle publicidad desmedida, con lo que se atizó la hoguera y el comité de huelga de los estudiantes aprovechó las circunstancias del momento para mostrar las inquietudes que la juventud trataba de exponer.

Los estudiantes son quijotes, paladines, capaces de dar su vida por una causa —mientras no han llegado a relacionarse con la corrompida familia política— y no se encuentran encuadrados en las filas del partido oficial. Los pasantes de derecho, mientras no principian a litigar sacando jugosas “ganancias” de sus clientes y, a la vez, de la parte contraria. Los de medicina, cuando ya no se les detiene el brazo alargándolo con ligereza para recibir sus bien ganados honorarios, que familias pobres pagan con el dinero que pudiera aprovecharse mejor en alimentos. Si se trata de arquitectos e ingenieros, también son idealistas cuando todavía no han sabido aliarse con los maestros de obras para tallar en trabajo agotador a los “albañiles y peones”, escamoteándoles parte de la “raya”, la de los apodados “matacuaces”, que con más sudor y peligro se devenga



entre los trabajadores de la construcción. Los que destripan, que son los mas alborotadores, cambia desde el momento en que se ven con un hueso que les permite dar mordiscos al sangrante erario de la nación.

Pero a pesar de todo ello, la gran masa del estudiantado representa al pensamiento puro de la juventud, de la que todavía no se contamina, y en última instancia debe ser oída antes de echarles la policía garrote en mano y los soldados con bayoneta calada.

Con esos idealistas del momento, tuvo que vérselas nuestro presidente, los que tomaron como pretexto la "brutal" intervención de la policía preventiva, que garroteó a los hermanos menores de secundaria.

Declararon la huelga general presentando seis puntos petitorios. El no poder acceder a exigentes peticiones de los arrogantes conductores de estudiantes —algunos dignos y respetables— y gran cantidad de rufianes insolentes, no se oponía a que el mandatario prestara oídos a las demandas que, de sobra se sabía, era el eterno clamor que la inquietud juvenil pretende que se oiga. No siempre se trata de caprichitos de zániganos que no quieren estudiar.

Repito; la garrotiza a los párvulos fue solamente un pretexto para prender la mecha en los acontecimientos del 68, pero la raíz estaba en lo que ocurre en todas las épocas y en todos los continentes: Las desigualdades impuestas por la sociedad, de la que sus estratos más sufridos, han vivido en una gran injusticia por siglos y manifiestan su inconformidad en forma que parece cíclica, y en la década trágica de los sesenta el conducto para tal manifestación fueron precisamente los estudiantes que se hicieron llamar caja de resonancia del clamor popular.

El joven de la actualidad —el que no está todavía contaminado— desea equidad en la distribución de los bienes para la subsistencia, y se revela tanto contra la tendencia capitalista, como

contra la comunista, donde el hombre carece completamente de libertad.

Pero los jóvenes mexicanos, aparte de considerar las citadas tendencias que son comunes tanto en el europeo como en el hispanoamericano y en el norteamericano; aquí en su tierra han afrontado otras experiencias amargas; el vivir en un medio corrupto, carente de valores morales. Han oído que el hombre honrado es un tonto y que los méritos para progresar, son la audacia, el cinismo y la falta de dignidad. Se han dado cuenta de que la injusticia campea y solamente nos queda una atalaya del honor y de la dignidad, que se llama Suprema Corte de Justicia. Han comprobado que, el nepotismo es característica muy nuestra, que la demagogia va en aumento, y que la masa embrutecida, ciega, se deja arrastrar por falsos líderes del taller y del campo. El presidente, de esos días negros, de origen burócrata encuadrado por muchos años en la maquinaria oficial, pertenecía a la élite mandona que cree tener la razón en todo, y no quiso rebajarse a escuchar las razones que la juventud exponía siendo el eco del clamor popular. Entonces los agentes pagados por las organizaciones internacionales interesadas en nuestra disolución social, que aprovecharon las circunstancias del momento para "llevar agua a su molino", armaron la mano, tanto de los buenos como de los malos, y el 2 de octubre la Plaza de las Tres Culturas de nuestra capital, se tiñó de rojo con la sangre de más inocentes que de culpables.

El mandatario fue aclamado y respaldado en la cámara por los representantes del pueblo y por los hombres de su gabinete. Esa brutal represión tuvo sus consecuencias, nada menos que la tolerancia de todos los demanes de la juventud por parte del presidente sucesor inmediato, que principió por darles todo lo que pidieran; la más amplia libertad de alborotar, de holgazanear, puestos en el gobierno, dinero, y cuanto canonjía se les antojaba. Tan grande ha-



bía sido el "pecado" del secretario de Gobernación, Luis Echeverría, de no haber puesto algo de su parte para evitar la violencia, que una vez impuesto en la presidencia, no dejó reaccionar al estudiantado, dándoles a manos llenas más de lo que pedían. No les dio tiempo para el desquite, pues les obsequió autobuses como quien regala canicas; paseos, enchufes de dinero a los lidercillos, empleos, y cuanto les venía en gana. Los bergantes ensoberbecidos, como los niños consentidos de la nación, se paseaban en sus confortables camiones haciendo excursiones a lugares de turismo. Andrajosos se les vela llegar al puerto de Veracruz, que mas que estudiantes parecían vagabundos y era tanta la soba para ese material rodante, que pronto se convertía en chatarra.

Y así con marcada diferencia de actitud por parte de los dos gobernantes hacia el estudiantado, han transcurrido ocho años desde la noche de Tlatelolco hasta los días de pasar a máquina este capítulo, cuando el pueblo atacado de la histeria impuesta por su presidente, hace votos porque el sucesor sea más centrado y menos demagogo. El candidato del PRI actualmente en innecesaria y costosa gira de propaganda nos dice su slogan, no tan sonante, ni tan místico, ni tal lleno de demagogia. Solamente nos hace ver que "La solución somos todos". Vaya que sí suena a perogrullada; mas no deja de ser necesario recordar a poderosos capitalistas, principalísimos contribuyentes a la constante alza de precios que forma el círculo vicioso en ese maldecido forcejeo entre patrones y trabajadores. Son culpables, en el "general desorden" los falsos líderes que han formado castas dentro del proletariado, como lo son petroleros, electricistas y ferrocarrileros. Han formado también una generación de campesinos flojos y desaprensivos, que desconfían hasta de su sombra. Somos culpables los de la clase más sufrida, la clase media, que parece ser la única que no tiene conciencia de clase, y carecemos de valor para revelarnos contra la injus-

ticia. Y quienes más culpa llevan son los funcionarios que lejos de aportar sus talentos a la gran causa nacional, la causa de ver a la patria en camino de prosperidad, lo utilizan para hacerse de inmensas fortunas. Éstos, entre los que "somos todos", vienen siendo los mas culpables de que no llegue a realidad la "resolución" por la que tanto aboga López Portillo.

### *Me dediqué a la construcción*

Cuando tuve mi pliego de retiro en la mano, sin pensarlo mucho, me dispuse a principiari la construcción de casas en muy pequeña escala. Como no era capitalista, con mis pocos ahorros compré un terreno de 600 metros cuadrados, que permitía la distribución de tres viviendas, y adelantarlas en un porcentaje de trabajo que respondiese a las exigencias del banco para conseguir financiamiento. No opté por los préstamos para casas de "interés social", porque los bancos hacían casi imposible esa clase de operación. Me di cuenta de la engañifa que era lo de la cacareada vivienda popular. Escribí en el periódico no menos de 12 artículos, titulados: "La vivienda, tema inagotable".

No se había disparado, por esos días, el alza de precios en materiales, ni se pensaba en la carestía de terrenos. Con gran facilidad vendía las casas una vez terminadas. Siendo un constructor "poquitero" mi trabajo abarcaba desde lo que correspondía al ingeniero, hasta lo del maestro de obras. Vigilaba los trabajos, y controlaba los materiales, hacía estimaciones y personalmente pagaba a todo el personal. Tuve oportunidad de haberme asociado con un arquitecto en quien vela grandes cualidades, pero acostumbrado a mandar, tuve el temor de que la sociedad terminase en poco tiempo por culpa mía, ya que seguramente yo trataría de imponer mi autoridad. Mis casas tenían un sello característico, quedaban bien reforzadas con acabados



que ningún otro constructor hacía en viviendas de bajo precio, por lo que me dejaban poca ganancia. Las construía como si yo mismo las fuese a vivir, cuando todos los constructores acostumbraban terminarlas con el mínimo de gastos. Se hacían casas por comercio, como una vez que principié a trabajar, y las personas que andaban buscando vivienda se daban cuenta de la buena construcción y acabado de las mías, "corrían la voz" en beneficio de mi incipiente negocio, ya que Veracruz era un pueblo grande, y todo se extendía por la ciudad con rapidez. Esto hizo que tuviese visitantes a diario, matrimonios y principalmente señoras. Duré cinco años en mi actividad de albañil. No me comprometía a ofrecer en venta una casa, sino hasta su total terminación, sabiendo que lo peor que puede pasarle a un constructor, arquitecto o ingeniero, es contraer compromiso con el cliente, principalmente si es mujer, y quedar a su capricho, porque agrandar recámaras o garage, cambiar de lugar los muebles de baño, agregar un closet y hacer mil y una modificaciones, es algo inevitable. Mi sistema de trabajo, mi inexperiencia en la vida civil y mi falta de espíritu comercial, no me permitieron tener más que modestas utilidades. Los compradores eran unos "tigres", que me convencían de hacer rebajas en el precio, e invariablemente daban molestias por mucho tiempo, después de ocupada la casa, arguyendo infinidad de necesidades, como el que un inodoro se tapara, o el desagüe del lavadero goteara; descomposturas de los cuales ellos mismos, los niños o las sirvientas eran causantes.

Me daba cuenta —ya viejo— que vivíamos en un mundo en el cual la gente de buena fe está expuesta a perecer ante la maldad de los demás. Sobre esto ya había tenido algo de esa experiencia cuando anduve como capitán del petrolero que me tocó mandar durante la guerra. Era un medio completamente distinto al que había vivido toda mi vida. Entonces pasaba yo

de un medio en que los vivillos, los pillos que había en la Armada, eran unos angelitos, si se les comparaba a las buenas fichas que abundaban en el medio civil; solamente dos compradores de mis casas fueron gente muy formal y muy recta, que apreciaron la limpieza en mi negocio, y no hubo regateo ni motivo de discusión o enredo, pero en los demás casos, el que no me hizo una chicana, por lo menos me firmó letras siendo el negocio de contado. Un mueblero, que ya se había posesionado de la vivienda, me hizo dar una mano más de pintura, antes de ir con el notario. Lo de ese tipo fue el peor negocio que hice. Me sucedieron cosas que al contarlas no faltará quien diga: Esto solamente les pasa a los tontos. Creo que le pasa a quien es caballero, que cuando se topa con un "vivo" como dicho mueblero, carente de toda ética, lo que se gana es experiencia para entrar al mundo de la desconfianza, de la vileza, de la sinvergüenzada, al mundo con el que debe uno identificarse; por eso a partir de ese fracaso, después de que traté con el mencionado mueblero, que me pagó mucho menos de lo que yo pretendía, adopté nueva manera de negociar con mis clientes. Después ya no tuve de qué arrepentirme al comportarme como uno de esos comerciantes que desconfían hasta de su propia sombra.

Con todo y los sinsabores de mi nuevo trabajo en que aparte de lamentar el no sacar mejor producto económico del que merecía, había de estar recibiendo el mal pago de los desagradecidos trabajadores. Me sentí muy bien, sin tener tiempo para pensar en la triste situación que en México quieren imponerle al retirado, y los ratos que me tomaba para distracción o paseo, como eran los sábados por la tarde y los domingos, los pasaba navegando a la vela en mi bote, dentro y fuera de la bahía, para lo cual contaba con los servicios del Club de Yates del Puerto, del cual era yo presidente honorario vitalicio, por haber contribuido a su construcción y haber prestado



ayuda moral para la misma cuando fui comandante de la zona naval.

Pero el curso de una vida puede cambiar de un momento a otro por circunstancias inesperadas. Los síntomas de una enfermedad, diabetes, complicada con la deficiencia de la circulación de la sangre, me atemorizaron y deje de construir. Obsequié mi bote a la Escuela Náutica y preparé viaje a la capital. Circunstancias especiales en las que no había yo pensado, impidieron el viaje. Coincidió esto con la desenfrenada subida de precios en los materiales de construcción, con la escasez de terrenos, que en unos meses acarreó una desmesurada especulación en los mismos. La propiedad subió, triplicándose en dos años y todo ello me impidió reanudar mis actividades de constructor. Los grandes capitalistas continuaron fraccionando, construyendo y vendiendo, pero muchos poquiteros, como siempre sucede en el comercio y la industria, cesamos en nuestra actividad, ante la amenaza de quebrar. La enfermedad fue controlada, la alteración nerviosa cesó y ahora (año de 1977), encontrándome, con ánimo y físicamente capacitado para emprender cualquier tarea, solamente espero se calme el torbellino desquiciador en que se encuentra la nación para reintegrarme a mi trabajo de construcciones. Espero haya esperanzas de que la curva de la inflación haya llegado a su máxima ordenada, que los magnates de la industria y el comercio ablanden un poco su corazón y se haga el milagro de una prolongada estabilidad de precios, que para eso ha contribuido el líder obrero Fidel Velázquez, y nadie se lo podrá negar.

Pienso, por supuesto, seguir como albañil los años que me restan de vida, ya sea en Veracruz, o en la horrible capital de la República o en cualquier pueblo, donde no se encuentra saturado el campo de esa actividad de las construcciones. Trato de no llegar al final de mi paso por esta vida, como los miles de jubilados, que no

salen del "café" discutiendo como neuróticos, o se apoltronan en sus casas, donde son estorbo para las familias por no saber y no querer hacer otra cosa aparte que lo que les dio de comer.

En cuanto reanude mis actividades, no repararé en volver a andar lleno de cal y chapoteando el cemento, como anduve durante cinco años, subiendo por andamios, discutiendo con los obreros desconfiados, desobligados y ladinos, pero siempre dignos de que se les tienda la mano por que ellos no han sido culpables de su mísera condición. Me encontraré nuevamente nivelando terrenos, haciendo rectificar hiladas de tabiques, obligando a enderezar aleros defectuosos, pisando los coiados de concreto recién endurecidos de los techos, como lo hacía desde donde podía contemplar el mar, donde principié mi vida de marino.

Si mi destino es no pasar mis últimos años en el querido puerto, donde quiera que me encuentre, mis intenciones serán las mismas en cuanto al trabajo que reanudaré oportunamente, el que en cinco años me proporcionó un beneficio económico, que me permitió abrir cuenta bancaria con una cantidad modesta más o menos igual a la que ya tenía después de prestar 46 años de servicios a la nación, estudiando, navegando, cumpliendo misiones en la mar; construyendo, sembrando la tierra en beneficio del personal de marina, entrenando gente marinera, educando cadetes, y tomando parte activa en acciones de combate, pudiendo haber caído en cubierta, como cayeron compañeros, cumpliendo en defensa de nuestras instituciones dejando reglamentos y un libro de texto escrito como resultado de mi dedicación a la artillería, navegando submarinos que tantas vidas de compañeros de la Armada y mercantes truncaron.

Con este capítulo termino mi modesta narración, que abarca entre la segunda y la séptima década de este siglo, exponiendo parte de la triste historia de nuestra marina militar; y lo que



pude apreciar de nuestra Revolución, desprestigiada por los pseudo revolucionarios. No quedándome más que expresar una satisfacción inmensa, la de haber sido pionero cuando se necesitó de esta clase de elemento humano, en la formación del espíritu de cuerpo y el sostenimiento del prestigio y dignidad de mi institución. Que ahora cuando por circunstancias especiales, apenas la marina militar viene siendo dignificada, aunque paradójicamente sea el resultado del desenfrenado desorden nacional en esta década de los empréstitos diarios al extranjero. Ahora que aquella va tomando su correspondiente sitio dentro del contexto nacional, tengo la conciencia

de haber contribuido a ello con mi trabajo, cooperando con compañeros bajo cuyas órdenes estuve y educando a los que años después me siguieron".

A los que fueron mis alumnos cuando fui director de la Escuela dedico mis renglones. Con ellos conviví, enseñándoles el arte marino durante cuatro viajes de instrucción consecutivos. En ellos la Armada cifra su esperanza de mejoramiento hasta llegar a la organización total, lo cual será contribuyente, con los demás esfuerzos de los buenos mexicanos, a encontrar para esta nuestra patria dolorida, lo que por tanto tiempo viene anhelando: su redención.

